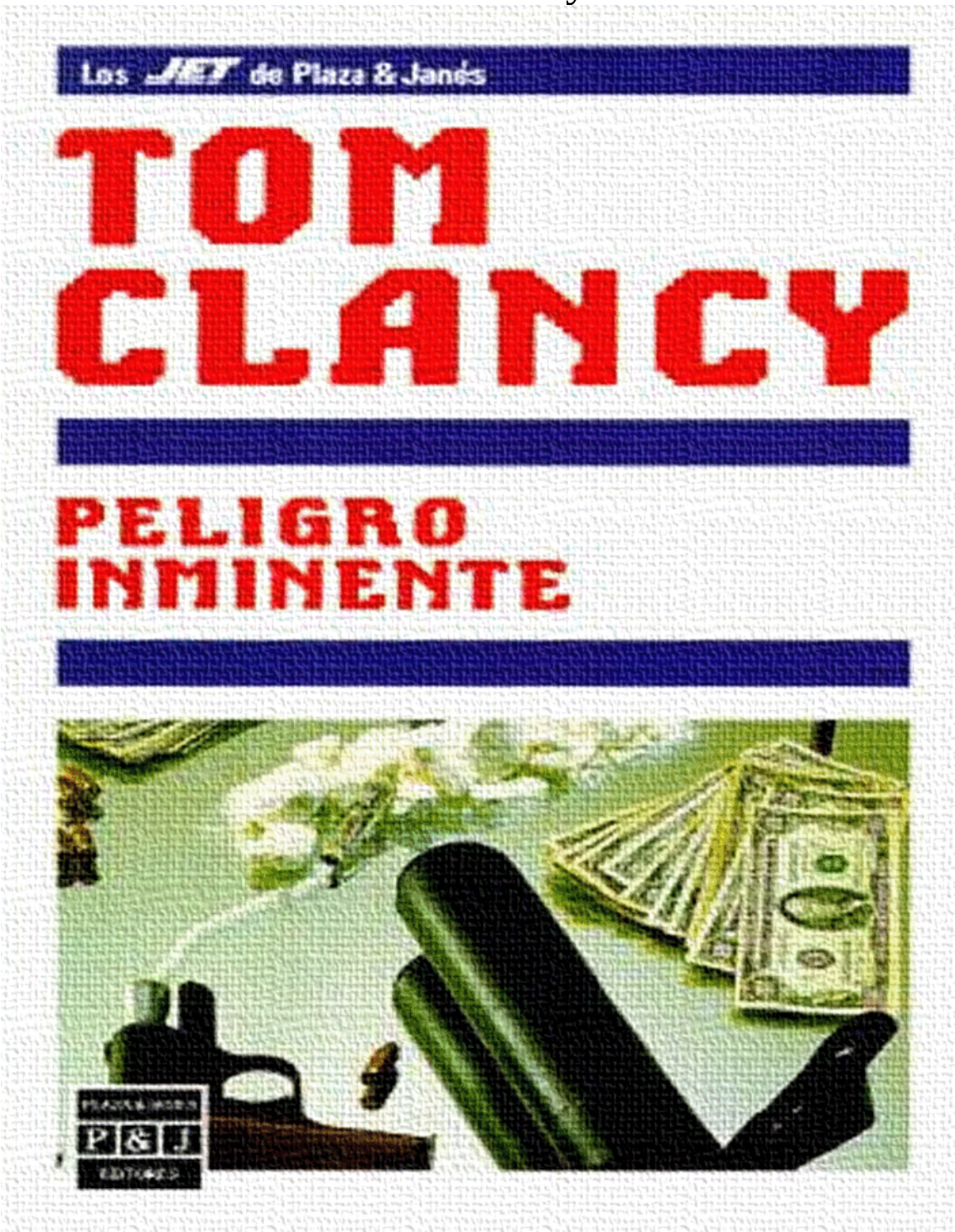
Peligro Inminente
Tom Clancy



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, estoy en deuda con muchas personas. Quiero agradecer al «Gran Geraldo» su amistad; a Russ, de nuevo, sus sabios consejos y su enorme gama de conocimientos, a Carl y Colin, que no tenían la menor idea de en qué se estaban metiendo, pero yo tampoco; a Bill, su inteligencia; a Rich, por poner el énfasis en lo importante, a Tim, Ninja seis, por brindarme más de un dato sobre el arte de la supervivencia; a Ed, comandante de guerrilleros, y a Patricia, que bautizó el casco Repollo, por su amable hospitalidad; a Pete, director que fue de la escuela más apasionante del mundo (el doctorado es la vida misma); a Pat, que enseña lo mismo en otra escuela; a Harry, mi alumno, por su solemne irreverencia; a W. H., que se empeña en realizar un trabajo imposible e ingrato lo mejor posible; y a una decena de sargentos capaces de enseñarles un par de cosas a los mismos astronautas; y a muchos más: ojalá la patria los sirviera con la misma fidelidad que ustedes a ella.

A la memoria de John Ball,
amigo y maestro,
el profesional que abordó el último avión.

Librodot

La ley, sin la fuerza, es impotente.

Pascal

La función de la Policía es ejercer la fuerza o amenazar con ella, a fin de hacer cumplir los fines del Estado, internamente y en circunstancias normales. La misión de las Fuerzas Armadas es ejercer la fuerza o amenazar con ella en el exterior en circunstancias normales y en el interior, sólo en circunstancias anormales...

Para lograr sus fines, el Estado debe hallarse preparado para ejercer la fuerza en el grado que el Gobierno de turno crea conveniente o necesario para evitar la disolución de sus funciones y la cesión de sus responsabilidades.

General sir John Hackett

Prólogo

SITUACIÓN

El salón estaba desierto. El Despacho Oval ocupa el extremo sudeste del ala oeste de la Casa Blanca. Tiene tres accesos: uno desde la oficina de la secretaria privada del Presidente, otro desde la cocina, que, a su vez, da paso al estudio presidencial, y el tercero desde un pasillo, frente a la entrada del Salón Roosevelt. El despacho es de medianas dimensiones para tratarse de tan alto funcionario: es común escuchar a los visitantes decir que esperaban algo más grande. El escritorio presidencial está colocado frente a gruesas ventanas de policarbonato, a prueba de balas, que distorsionan el panorama de los jardines. La madera viene del HMS *Resolute,* una nave británica que se hundió en aguas de Estados Unidos alrededor de 1850. Los estadounidenses la salvaron y devolvieron al Reino Unido, y la reina Victoria agradeció el gesto con un escritorio hecho con maderas de roble de la nave. Al haber sido construido en una época en que la talla de los hombres era menor que la actual, fue necesario aumentar su altura durante la presidencia de Reagan. El escritorio se veía atestado de carpetas y memorandos sobre diversos asuntos de Gobierno; encima de la pila estaba la agenda de audiencias del día; había, además, un teléfono interno, otro externo con varias líneas y un tercero de aspecto común, aunque en realidad era un aparato sumamente complejo utilizado para conversaciones de alta seguridad.

El sillón presidencial, hecho a medida del usuario, tenía un respaldo alto, reforzado en su interior con láminas de kevlar -un producto «Du Pont» más fuerte y liviano que el acero- para brindar protección adicional en el caso de que los proyectiles disparados por algún demente lograran perforar las ventanas reforzadas. Desde luego que durante las horas hábiles había una decena de agentes del Servicio Secreto de guardia en ese sector de la mansión presidencial. La mayoría de las personas sólo tenía acceso a través de un detector de metales -que estaba muy a la vista- y todos bajo la atenta vigilancia de las penetrantes miradas de los agentes, cuya misión no era mostrarse amables sino proteger la vida del Jefe del Estado. Cada uno llevaba una pistola de grueso calibre y estaba instruido para ver en todo y en todos una posible amenaza para *Domador.* Ése era el nombre en clave del Presidente: fácil de pronunciar y de reconocer en un circuito de radio.

El vicealmirante James Cutter, ocupaba una oficina en el extremo opuesto, noroccidental del ala oeste. Se encontraba allí desde las 6:15 de la mañana: los deberes del puesto de asesor presidencial en materia de Seguridad Nacional obligan a su titular a madrugar. Cuando faltaba un cuarto de hora para las ocho, bebió una segunda taza del excelente café de la Casa Blanca y dispuso sus papeles en la carpeta de cuero. Cruzó la oficina de su ayudante, que estaba de vacaciones; giró a la derecha en el pasillo, frente a la oficina también desierta del vicepresidente -de visita oficial en Seúl-, y a la izquierda, frente a la del secretario general de la Presidencia. A diferencia del vicepresidente, Cutter pertenecía al círculo íntimo de funcionarios que tenían acceso directo al Despacho Oval sin pasar por secretaría general, aunque solía anunciarse para no tomar por sorpresa a los empleados. Semejante privilegio fastidiaba profundamente al secretario general de la Presidencia, y, por eso mismo, era tanto más agradable poder ejercerlo. Cuatro agentes de seguridad saludaron al paso del vicealmirante, el cual devolvió el gesto como si fueran empleados de baja jerarquía. Su nombre clave era *Leñador,* y aunque sabía que los agentes lo llamaban de otra manera, a esas alturas le importaba poco lo que otra gentecilla dijera de él. Desde muy temprano reinaba una gran actividad en la antesala de los secretarios, ocupada por tres empleadas y un agente secreto.

-¿Ya viene el jefe? -preguntó.

-*Domador* está bajando, señor vicealmirante -respondió el agente especial Connor. Tenía cuarenta años, era jefe de sección del destacamento presidencial y le importaba un bledo el grado militar de Cutter o lo que éste pensara de él. Los presidentes y sus asesores llegaban y se iban, algunos, queridos, otros, odiados, pero los profesionales del Servicio Secreto velaban por todos. Los ojos del agente se posaron en la carpeta de cuero y en el traje del vicealmirante. Estaba desarmado. El agente no era un maniático. Recordaba que un rey de Arabia Saudí había sido asesinado por un miembro de la familia real, y que a un ex primer ministro de Italia su propia hija lo había entregado a los terroristas que lo secuestraron y asesinaron. Cualquiera, no sólo un loco, podía constituir una amenaza para el Presidente. Por suerte para Connor, sólo tenía que ocuparse de su seguridad física. Había otros, menos profesionales que él, que se ocupaban de otras clases de amenazas.

Todo el mundo se puso de pie cuando el Presidente llegó, seguido por su guardaespaldas personal, una joven esbelta de unos treinta años y larga cabellera, que además era una de las tiradoras más certeras del servicio. *Daga* -así la llamaban en el Servicio- sonrió al ver a Pete. Les aguardaba un día de poco trabajo, porque el Presidente no saldría de la Casa Blanca. Ya había verificado la lista de audiencias, controlado los nombres en las computadoras del FBI, y, desde luego, someterían a los visitantes a una inspección cuidadosa, aunque sin registrarlos. El Presidente indicó al vicealmirante Cutter que lo siguiera. Los dos agentes repasaron la agenda de audiencias. Era un procedimiento de rutina. Al agente superior no le molestaba trabajar con una mujer. *Daga* se había ganado el puesto en las calles. Todos decían que si fuera hombre, ya tendría su ascenso, y que si algún aspirante a asesino la tomaba por una secretaria, peor para él. Mientras Cutter permanecía en la oficina, uno de los agentes, cada cinco o diez minutos, echaría una mirada por la mirilla de la puerta blanca para asegurarse de que no sucedía nada extraño. El Presidente llevaba ya tres años en funciones y estaba habituado a la vigilancia constante. Ningún agente se hubiera detenido a pensar que un control tan estrecho pudiera resultar fastidioso. Su tarea era estar al tanto de todo: cuántas veces por día iba al excusado, cuándo (y con quién) se acostaba. No por nada los llamaban el Servicio Secreto. Ocultaban toda clase de pecados veniales. La primera dama no tenía derecho a saber qué hacía el Presidente a cada hora del día -así lo habían dispuesto algunos mandatarios-, pero el destacamento de seguridad, sí.

Se cerró la puerta y el Presidente se sentó. Entró un camarero filipino con café y *croissants,* los dejó sobre la mesa, saludó en posición militar de firmes y se retiró. Concluida la rutina preliminar matutina, Cutter empezó su informe sobre seguridad nacional. La CIA se lo había llevado a su casa de Fort Myer, Virginia, antes del amanecer para que tuviera tiempo de prepararlo. El informe fue breve. Era el final de la primavera boreal y el mundo estaba poco agitado. Las guerras africanas en curso no afectaban mayormente los intereses de Estados Unidos, y la situación en Oriente Medio era tan calma como podía llegar a serlo. Había tiempo para ocuparse de otros asuntos.

-¿Qué ocurre con *Showboat?* -preguntó el Presidente mientras untaba un *croissant* con mantequilla.

-Empezó, señor Presidente. Los agentes de Ritter están en camino -dijo Cutter.

-Me preocupa la seguridad del operativo.

-La hemos cuidado al máximo, señor. Es imposible evitar todos los riesgos, pero el número de participantes es el mínimo indispensable y todas las personas han sido cuidadosamente seleccionadas.

El Presidente asintió con un gruñido. Como la mayoría de sus predecesores en el cargo, era víctima de sus propias palabras. El pueblo tenía la molesta costumbre de recordar las promesas y las declaraciones presidenciales. Y cuando las olvidaban, la Prensa y la oposición les refrescaban la memoria. Su presidencia había tenido fructíferos aciertos. Pero muchos de

ellos eran secretos y nadie los revelaba... para gran fastidio de Cutter. Desde luego, así debía ser. Pero en política ningún secreto es inviolable, sobre todo cuando se acercan las elecciones. Se suponía que ese asunto no correspondía a Cutter. Era un oficial naval de carrera y su enfoque de los problemas de la seguridad nacional debía ser apolítico, pero el autor de esa norma sólo podía ser un monje. Los altos funcionarios no formulaban votos de pobreza y castidad..., y la obediencia también dependía de las circunstancias.

-Prometí al pueblo que tomaríamos medidas con respecto a este problema -dijo el Presidente con fastidio-. Hasta ahora no hemos conseguido una mierda.

-Señor Presidente, no se pueden enfrentar las amenazas a la seguridad nacional por medio de la Policía. Y nuestra seguridad está amenazada o no lo está. -Hacía años que Cutter insistía en ello. Ahora, por fin, tenía quien lo escuchara.

-Bueno, bueno, eso lo dije yo, ¿no?

-Sí, señor Presidente. Es hora de demostrarles qué les ocurre a los que se hacen los malos con nosotros. -Cutter sustentaba esa posición desde el comienzo, cuando era ayudante de Jeff Pelt. Ahora que Pelt había renunciado, podía imponer sus puntos de vista.

-Muy bien, James, usted está al mando. Adelante. Pero necesito resultados, recuérdelo.

-Y los tendrá, señor. Se lo aseguro.

-Es hora de darles una lección a esos hijos de puta -musitó el Presidente. Sabía que esa lección sería muy dura, y tenía razón. El despacho que ocupaba era el foco del poder máximo de la nación más poderosa de la historia de la civilización. El pueblo que elegía al ocupante de ese despacho esperaba, sobre todo, que le brindara protección. Que lo protegiera de los caprichos de potencias extranjeras, de delincuentes internos, de toda clase de enemigos. Esos enemigos tomaban muchas formas, algunas de las cuales no habían sido previstas por los padres de la Patria. Pero sí habían previsto una de esas formas, que se hallaba justamente en esa oficina..., aunque no tenía nada que ver con lo que el Presidente pensaba en ese momento.

Una hora más tarde, el sol salía sobre la costa del Caribe; a diferencia del ambiente climatizado de la Casa Blanca, allí el aire era húmedo y sofocante, y la alta presión atmosférica hacía presagiar un día bochornoso. Después de atravesar las colinas boscosas hacia el Oeste, los vientos quedaban reducidos a tímidas brisas, y el propietario del yate *Empire Builder* no veía el momento de hacerse a alta mar, donde el aire era fresco y el viento corría en libertad.

Los tripulantes llegaron tarde. No le gustó el aspecto que llevaban, pero eso no tenía importancia. Lo importante era que guardaran la debida compostura, ahora que salía a navegar con toda la familia.

-Buenos días, señor. Me llamo Ramón y él es Jesús -dijo el más alto de los dos. Había algo indefinible en el aspecto de los dos hombres que perturbaba al patrón del yate, una especie de maquillaje que parecía encubrir no se sabía qué. Pero tal vez sólo querían mostrarse presentables.

-¿Les parece que podrán manejarlo? -preguntó.

-Sí. Tenemos experiencia con los yates de motor grandes -respondió el hombre, mostrando los dientes parejos y deslumbrantes en una amplia sonrisa.

Evidentemente, el tipo siempre cuida de parecer presentable, pensó el patrón. Sus temores se desvanecían.

-Y Jesús es buen cocinero, ya lo verá.

Encantador, el hijo de puta, pensó.

-Bueno, el camarote de la tripulación está en la proa. Ya tiene combustible y los motores están en marcha. Vámonos de una vez, que quiero un poco de aire fresco.

-Muy bien, capitán.

Ramón y Jesús descargaron sus pertenencias del jeep. Tuvieron que ir y volver varias veces, pero, poco antes de las nueve, el *Empire Builder* soltó amarras, zarpó y, al salir del puerto, dejó atrás un grupo de embarcaciones mayores cargadas de turistas yanquis con aparejos de pesca deportiva. Al llegar a mar abierto, el yate tomó rumbo Norte para un crucero de tres días.

Ramón estaba al mando. Eso significaba que ocupaba un gran sillón elevado sobre cubierta mientras el piloto automático controlaba el timón. El *Rhodes* era fácil de manejar, con sus estabilizadores laterales. El único problema era la falta de comodidades para la tripulación. *Típico de los dueños de estos barcos,* pensó Ramón. *Gastan millones de dólares en equiparlos con radar y toda clase de juguetes, pero a la tripulación que los gobierna no le dan siquiera un televisor o un videocasete para entretenerse durante el descanso...*

Se irguió en el asiento y estiró el cuello para echar una mirada al castillo de proa. El patrón roncaba ruidosamente, como si estuviera agotado después del esfuerzo de hacerse a la mar. O tal vez el esfuerzo de atender a su esposa, tendida a su lado, boca abajo sobre una toalla, y con la parte superior del bikini quitada para broncearse la espalda. Ramón sonrió. Sería un crucero de lo más agradable. Pero convenía esperar: tanto mayor sería el placer. Desde el salón principal, a popa, le llegaba la música de una película: allí estaban los hijos del patrón. En ningún momento sintió la menor compasión hacia las cuatro personas. Pero no carecía por completo de sentimientos. Jesús era buen cocinero y a los dos les parecía bien que los condenados disfrutaran de una excelente última cena.

La luz apenas bastaba para ver sin las gafas de visión nocturna: era el crepúsculo del amanecer, la hora más temida por los pilotos de helicópteros, el ojo debe adaptarse sucesivamente a la primera claridad del cielo y a la Tierra, todavía sumida en la penumbra. El pelotón del sargento Chávez ocupaba el helicóptero: cada hombre estaba sujeto con un cinturón de seguridad y llevaba su arma entre las piernas. El helicóptero «Blackhawh UH-60A» sobrevoló la cresta de una loma y luego descendió rápidamente.

-Treinta segundos -indicó el piloto a Chávez por el intercomunicador.

Era un ejercicio de infiltración clandestina, en el cual, el helicóptero seguía los accidentes del terreno tratando de confundir a cualquier observador casual. El «Blackhawk» descendió en picado, y, centímetros antes de tocar el suelo, el piloto accionó la palanca de control de manera que la trompa apuntara hacia arriba. Al mismo tiempo dio la señal para que el jefe de tripulación abriera la puerta deslizante y los soldados soltaran sus cinturones de seguridad. El «Blackhawk» no podía demorarse más de unos segundos.

-¡Ya!

Chávez saltó al suelo, corrió unos tres metros y se lanzó cuerpo a tierra, seguido por sus hombres. El «Blackhawk» se alzó al instante, despidiéndose de sus pasajeros con puñados de tierra en la cara. Volvería a aparecer más allá de la loma, como si no se hubiera detenido en absoluto. En tierra, el pelotón se desplegó y avanzó hacia los árboles. Para ellos, el ejercicio apenas había comenzado. El sargento dio sus órdenes con gestos de la mano y todos partieron a la carrera. Era la última misión; después, el descanso.

En el campo de prueba y desarrollo de armamentos de la Armada, en China Lake, California, técnicos civiles y especialistas en explosivos rodeaban un nuevo modelo de bomba. Sus dimensiones eran casi las mismas que las de un viejo aparato de mil kilos, pero pesaba unos trescientos veinte kilos menos debido a los materiales con los que estaba construida. La camisa no era de acero sino de celulosa reforzada con kevlar -la idea de fabricar las camisas con fibras naturales era de los franceses- con algunas aplicaciones de metal en los lugares donde se insertaban las aletas o los complejos accesorios que la transformaban en una BGL capaz de seguir un blanco predeterminado. Pocas personas saben que las llamadas «bombas inteligentes» son artefactos comunes a los que se les acopla un mecanismo de orientación.

-No va a lanzar esquirlas -objetó un civil.

-De qué sirve un bombardeo invisible al radar si el enemigo consigue un rebote en la bomba -replicó otro técnico.

-Bueno... -gruñó el primero-. De qué sirve una bomba que sólo le hace cosquillas al enemigo.

-Pero si la dejas caer sobre su tejado, va a sentir algo más que cosquillas, ¿no?

-Claro... -En todo caso, sabía cuál era el destino de esa bomba: el Avión Táctico Avanzado, ATA, un bombardero de ataque, con base en un portaaviones, provisto de la tecnología necesaria para evitar el radar. *Ya era hora de que la Armada incorporara esa tecnología,* pensó. Pero ahora se trataba de verificar si la nueva bomba, con el peso y el centro de gravedad alterados, era capaz de dar en el blanco con un aparato BGL estándar. La grúa alzó el artefacto de su plataforma de *carga.* El operador maniobró hasta colocarlo bajo el centro de carga de un bombardero de ataque A-6E «Intruder».

Los técnicos y los oficiales abordaron el helicóptero para trasladarse al campo de pruebas. No tenían prisa. Una hora más tarde, desde la seguridad de un búnker claramente señalizado, uno de los técnicos civiles apuntó un aparato de aspecto extraño hacia el blanco, a seis kilómetros de distancia. Era un viejo camión de cinco toneladas, abandonado por los *marines y* que, si todo salía bien, sufriría una muerte espectacular y violenta.

-Avión se dirige a campo de pruebas. Empecemos.

-Entendido -dijo el civil, y accionó el disparador de la BGL-. Apuntado.

-Avión acusa recibo... preparados...

En el otro extremo del búnker, un oficial observaba la imagen transmitida por una cámara de televisión acoplada al «Intruder».

-Bomba lanzada. Un lanzamiento desde el expulsor. -Más tarde vería la misma imagen desde otro ángulo, tomada por una cámara acoplada al cazabombardero «Skyhawk» A-4 que seguía al A-6. Pocos saben que el lanzamiento de una bomba desde un avión es un ejercicio complejo y arriesgado. Una tercera cámara seguía la trayectoria descendente de la bomba.

-Las aletas funcionan bien. Ahí va...

La cámara del camión era, por supuesto, de alta velocidad. La caída de la bomba se llevaba a cabo con demasiada rapidez para captarla en la primera imagen, pero cuando la nota grave, devastadora, de la detonación llegó al búnker, el operador ya rebobinaba el tape. El *replay* se hacía cuadro por cuadro.

-Ahí está la bomba. -La trompa apareció a quince metros por encima del camión-. ¿Qué clase de mecha tiene?

-Teuve -dijo uno de los militares. TV quería decir «tiempo variable». La bomba llevaba un minitransceptor de radar en la trompa y estaba programada para explotar a una determinada

distancia del suelo, en este caso a un metro setenta y cinco, casi el momento de hacer impacto sobre el camión-. El ángulo parece perfecto.

-Ya decía yo que iba a funcionar bien -observó un ingeniero. Había sugerido que por tratarse de una bomba de quinientos kilos, se debía programar el aparato de orientación para ese peso. Aunque en realidad era un poco más pesada, la menor densidad de la camisa de celulosa inducía ese comportamiento balístico-. Detonación.

Como siempre sucede con las imágenes de alta velocidad de ese fenómeno, la pantalla se volvió sucesivamente blanca, roja y negra a medida que la expansión de los gases liberados por la explosión enfriaba el aire. Delante de los gases avanzaba la onda de choque: era simplemente el aire, comprimido a un grado tal que se volvía más denso que el acero y se desplazaba más veloz que una bala. Ninguna prensa mecánica podía simular ese efecto.

-Acabamos de matar un camión -dijo alguien. La observación estaba de más. La cuarta parte de la masa del camión estaba aplastada en el fondo de un cráter de un metro de profundidad y unos veinte de diámetro. El resto se había desintegrado en esquirlas, lanzadas hacia los costados. El efecto general era el de un auto explosivo como los usados por los terroristas, *pero mucho más seguro desde el punto de vista del lanzador,* pensó uno de los civiles.

-Joder... ha sido demasiado fácil. Tienes razón, Ernie, ni siquiera hace falta reprogramar el buscador -comentó un capitán de fragata. Estaba convencido de que habían ahorrado más de un millón de dólares a la Armada. Se equivocaba.

Así comenzó un proceso que, en realidad, ni había comenzado del todo ni terminaría rápidamente, y en el que muchas personas se desplazarían en distintas direcciones desde distintos puntos de partida, para realizar misiones que creían comprender. Estaban en un error, pero eso era mucho mejor. El futuro se presentaba aterrador, y más allá de los límites esperados e ilusorios, las decisiones tomadas esa mañana darían lugar a sucesos que no convenía contemplar.

I. EL REY DE BYR[1]

Al contemplarlo, Red Wegener sentía siempre una profunda satisfacción. El guardacostas *Panache* era único en su clase debido a un error de diseño, pero era su barco. El casco, de color blanco, deslumbraba como un témpano, con aquella franja anaranjada en la proa que identifica al Servicio de Guardacostas de Estados Unidos. Con sus ochenta y seis metros de eslora, el *Panache* no era una nave grande, pero sí la mayor que le había tocado comandar, y seguramente la última. Wegener era el capitán de corbeta más viejo de la Fuerza, pero también El Hombre, el indiscutido rey de las misiones de búsqueda y rescate.

El inicio de su carrera era similar al de muchos de sus colegas. Se había criado en los trigales de Kansas, a miles de kilómetros del mar. El día que terminó sus estudios de enseñanza media, harto de ver tractores y cosechadoras, decidió buscar algo distinto y se dirigió a la oficina de reclutamiento del servicio de Guardacostas. El contramaestre que recibió su solicitud no tuvo que esforzarse demasiado para entusiasmarlo, y una semana después inició su carrera con una travesía en autobús hasta Cape May, Nueva Jersey. Años después, recordaba al suboficial principal que inculcó en los reclutas la divisa de los Guardacostas: «Estás obligado a zarpar, pero no a volver».

En Cape May, Wegener tuvo la oportunidad de asistir a la última verdadera escuela de náutica de Occidente. Aprendió a manejar sogas y hacer nudos marineros, apagar incendios, arrojarse al agua para rescatar a un náufrago herido o asustado y a realizar las cosas bien en el primer intento, siempre... bajo el riesgo de no salir con vida. Al terminar el curso, lo destinaron a la costa del Pacífico. Un año después fue ascendido a segundo contramaestre.

Sus superiores advirtieron rápidamente que Wegener poseía ese don natural tan infrecuente llamado «instinto de marinero». En otras palabras, sus manos, sus ojos y su cerebro actuaban concertadamente para someter la nave a su voluntad. Guiado por un duro y viejo contramaestre, obtuvo rápidamente el «mando» de «su» nave: un patrullero de puertos de diez metros de eslora. Cuando se trataba de realizar una tarea realmente difícil, el suboficial mayor acompañaba al joven cabo. Wegener, desde el comienzo, demostró que la primera experiencia le bastaba para asimilar la lección. Los cinco primeros años bajo bandera, durante los cuales aprendió el oficio, pasaron rápidamente. No le había sucedido nada espectacular: sólo había realizado una serie de trabajos, de acuerdo con las instrucciones, con eficacia y rapidez. Cuando llegó el momento del reenganche, no cabía duda de que su nombre era el primero en aparecer cada vez que se debía realizar una misión difícil. Al finalizar su segundo reenganche, era el hombre al que los oficiales consultaban siempre. A los treinta años, era uno de los segundos contramaestres principales más jóvenes del servicio y había conquistado cierta influencia gracias a la cual le dieron el mando del *Invincible,* una nave de dieciséis metros, sólida y fiable. La borrascosa costa californiana era su hogar y fue allí donde la fama de Wegener empezó a trascender los límites del servicio. Cuando un barco pesquero o un yate tenía problemas, el *Invincible* aparecía, en medio de las olas de diez metros, con los tripulantes sujetos a la cubierta por medio de cinturones y cuerdas, pero listos para entrar en acción al mando de un hombre pelirrojo con una pipa apagada aferrada entre los dientes. Ese año salvó a más de quince personas.

Al finalizar su período de servicio en ese puesto solitario había salvado a más de cincuenta. Un par de años después le dieron el mando de un puesto, y se ganó el título al que todos los marinos aspiran -el de capitán-, aunque su grado era el de suboficial de la Armada. El puesto estaba situado en la margen de un río que desemboca en el océano más grande del mundo, y él lo comandaba como si de un barco se tratara: los oficiales inspectores concurrían, no para inspeccionar el trabajo de Wegener, sino para ver cómo hacía las cosas.

[1] Búsqueda y rescate.

Para bien o para mal, una colosal tormenta que se abatió sobre la costa de Oregón alteró por completo la carrera de Red Wegener. Para entonces comandaba un importante puesto de rescate, cerca de la desembocadura del río Columbia, con sus traicioneros bancos de arena. Un día recibió una desesperada llamada de auxilio del pesquero de altura, el *Mary-Kat.* Con las máquinas y el timón averiados, el viento lo arrastraba hacia una costa de sotavento que era un verdadero cementerio de barcos. Un minuto y medio después, su buque insignia, el *Point Gabriel,* de veintisiete metros, soltó amarras mientras su tripulación mixta de veteranos y aprendices ajustaba los cinturones de seguridad y Wegener coordinaba el rescate a través de sus propios canales de radio.

Fue una batalla épica. Al cabo de seis horas de titánica lucha, Wegener pudo rescatar a los seis pescadores del *Mary-Kat;* segundos después, el pesquero encallaba en una roca sumergida y se partía en dos.

Quiso el Destino que en esa oportunidad se encontrara a bordo un joven periodista del *Portland Oregonian,* que además era un marinero aficionado, convencido de que sabía cuanto había que saber sobre el mar. Mientras el buque avanzaba en medio de las gigantescas olas de los bancos del Columbia, el periodista tomaba apuntes, vomitaba sobre su cuaderno, lo limpiaba y seguía escribiendo. Publicó luego una serie de notas especiales sobre «El ángel de los bancos de arena» con las que ganó el premio Pulitzer de periodismo.

Un mes más tarde, el senador por el Estado de Oregón, cuyo sobrino había sido uno de los tripulantes rescatados del *Mary-Kat,* se preguntó en voz alta cómo era posible que un marino de los quilates de Red Wegener no tuviera el grado de oficial. El comandante de los Guardacostas, un almirante, que se encontraba presente para discutir el presupuesto del servicio, decidió prestar atención al comentario, y, al final de esa semana, Red Wegener fue ascendido a alférez de fragata, porque al senador le parecía que era demasiado viejo para ser alférez de corbeta. Tres años después fue recomendado para el primer puesto de mando que quedó vacante.

Había un solo problema, pensó el comandante. El mando del *Panache* podía parecer un presente griego a los troyanos. Su construcción estaba casi terminada. Debía de ser el primero de una nueva clase de buques, pero habían retirado los fondos, el astillero contratista había quebrado y el capitán encargado de ponerlo en servicio había sido relevado por incompetencia. En otras palabras, el servicio tenía en su poder un buque a medio construir, con las máquinas que no funcionaban, en un astillero cerrado por quiebra. Pero Wegener tenía fama de hacedor de milagros, pensó el comandante. Para darle la mejor oportunidad posible, le asignó varios suboficiales de más edad expertos, en compensación por la falta de experiencia de los oficiales.

Para entrar en el astillero tuvo que atravesar un piquete de obreros en huelga. Una vez superado ese obstáculo pensó que lo peor había pasado. Entonces vio por primera vez lo que se suponía era su buque: un adefesio de acero, puntiagudo en un extremo y redondeado en el otro, pintado a medias, la cubierta cargada de cables, cajones y trastos. Parecía un cadáver putrefacto, abandonado en la camilla del quirófano. Para colmo de males, no podían bajar el *Panache* del dique seco al agua: antes de partir, un obrero había quemado el motor de una grúa que le cerraba el paso.

El capitán anterior ya había partido en desgracia. La tripulación se reunió en cubierta para recibirlo, con expresiones de chicos obligados a asistir al entierro de un tío tacaño, y cuando Wegener quiso dirigirles la palabra, resultó que el micrófono no funcionaba. Con eso se rompió el maleficio. Wegener soltó una carcajada y les indicó que se acercaran.

-Caballeros, soy Red Wegener -dijo-. Dentro de seis meses, éste será el mejor buque y ustedes la mejor tripulación del Servicio de Guardacostas de Estados Unidos. Eso no lo conseguiré yo sino ustedes mismos, con mi pequeña ayuda. Por ahora les daré todos los pases

que sea posibles, mientras estudio la situación. Que los disfruten. Cuando vuelvan, nos pondremos a trabajar. Rompan filas.

Un suspiro colectivo de alivio se alzó de la tripulación, que había esperado una filípica llena de gritos y amenazas. Los suboficiales mayores alzaron las cejas y se miraron, mientras los jóvenes oficiales, que momentos antes habían creído hallarse ante el final de su carrera, se retiraron a la cámara de oficiales a comentar su asombro. Antes de bajar a conocerlos, Wegener se reunió con sus tres suboficiales.

-Empecemos por las máquinas -dijo.

-Puedo darle el cincuenta por ciento de potencia las veinticuatro horas, pero basta encender los turbocompresores para que todo se vaya al diablo en quince minutos -dijo el suboficial Owens-. Y no logro descubrir por qué. -Mark Owens tenía dieciséis años de experiencia con los motores diesel marinos.

-¿Puede llevarnos a la bahía Curtis?

-Sí, capitán, siempre que no le importe tardar un día más.

-Perfecto -replicó Wegener, y lanzó su primera bomba-: Zarpamos dentro de dos semanas para terminar de ponerlo en servicio allá.

-El nuevo motor de la grúa no llegará hasta dentro de un mes, capitán -terció el contramaestre ayudante Bob Riley.

-¿Los engranajes giran?

-Sí, señor, pero la bobina del motor está quemada.

-Cuando el momento llegue, tenderemos un cable desde la proa hasta la culata de la grúa. Tenemos un tramo de veinticinco metros de agua. Soltamos el embrague, tiramos con sumo cuidado, accionamos la grúa manualmente y nos vamos.

Se fruncieron los entrecejos.

-Podría romper la grúa -observó Riley después de pensarlo un instante.

-Joder, la grúa no es mía, pero éste es mi buque.

Riley soltó una carcajada.

-Bienvenido a bordo, Red... ¡perdón, capitán Wegener!

-Lo primero es llegar a Baltimore para el equipamiento. Veamos qué hay que hacer y hagámoslo paso a paso. Todo el mundo a formar mañana a las siete. ¿Sigues preparando el café como antes, «Portugués»?

-Ni lo dude, señor. Traeré un termo -dijo el contramaestre principal Oreza.

Los hechos dieron la razón a Wegener. Doce días después, el *Panache* estaba listo para zarpar, a pesar de los cajones y trastos sujetos de cualquier manera sobre la cubierta. Retiraron la grúa antes del amanecer para que nadie los viera; y, más tarde, los del piquete de huelga tardaron varios minutos en advertir la ausencia del buque. Les había parecido imposible: si ni siquiera estaba pintado.

Realizaron esa tarea en el estrecho de la Florida, junto con otra aún más importante. Un mediodía, cuando Wegener dormitaba en su sillón de cuero en el puente, el silbido del intercomunicador lo despertó: era el suboficial Owens, que le pedía que bajara a la sala de máquinas. El suboficial, el marinero aprendiz de maquinista y el oficial jefe de máquinas rodeaban la mesa de trabajo, cubierta de pianos.

-Esto es lo que se llama increíble pero cierto -anunció Owens-. A ver, díselo, muchacho.

-Marinero raso Obrecki, señor. El motor está mal instalado -dijo el joven.

-¿Por qué?

Eran un nuevo tipo de motores diesel marinos, diseñados supuestamente para facilitar su operación y mantenimiento. Con ese fin, se proveía a cada tripulante de la sala de máquinas de un pequeño manual de instrucciones que incluía un diagrama plastificado, más fácil de interpretar que los planos del fabricante. La empresa también proveía un croquis ampliado, sujeto a la mesa de trabajo.

-Señor, esta máquina es muy parecida a la del tractor de mi padre. Es más grande, pero...

-Está bien, Obrecki, te creo. Sigue.

-El turbocompresor está mal instalado. Coincide con estos planos, pero la bomba hace circular el aceite en sentido contrario. Hay un error en los planos, señor. Culpa del dibujante. Mire, capitán: la entrada debería ser por aquí, pero el dibujante señaló aquí y nadie se dio cuenta, y...

Wegener rió y se volvió hacia Owens.

-¿Cuánto tardarán en arreglarlo?

-Obrecki dice que puede tenerlo listo en veinticuatro horas, capitán.

-Señor -terció el alférez de navío Michelson, jefe de máquinas-. La culpa es mía. Debería haber... -El oficial esperaba que lo mandaran al calabozo.

-La lección de este episodio, alférez Michelson, es que no debe confiar ni siquiera en el manual. ¿Entendido?

-¡Entendido, señor!

-Suficiente. Obrecki, tú eres marinero raso de primera, ¿verdad?

-¡Sí, señor!

-Incorrecto. Eres ayudante de maquinista de tercera.

-Señor, tengo que aprobar un examen escrito...

-Mr. Michelson, ¿diría usted que Obrecki aprobó el examen?

-Desde luego, señor.

-Felicitaciones a todos, caballeros. Mañana a esta hora quiero hacer veintitrés nudos.

A partir de entonces, todo había marchado a pedir de boca. El motor es el corazón de la nave, y no hay marinero en el mundo que prefiera un barco lento a uno rápido. Una vez que el *Panache* demostró que era capaz de mantener una velocidad de veinticinco nudos durante tres horas, los pintores empezaron a pintar mejor, los cocineros a esmerarse más con la comida y los técnicos a apretar más las tuercas. El buque no estaba ya lisiado y el orgullo los bañó a todos como el sol después de una lluvia de verano, en especial porque uno de los suyos había resuelto el problema. El *Panache* llegó al astillero naval de bahía Curtis un día antes de lo previsto. Wegener tenía el timón y puso en juego toda su pericia para atracar sin el menor inconveniente. «El viejo sí que sabe manejar este jodido barco», observó alguien en el castillo de proa.

Al día siguiente, una leyenda apareció en el tablero de anuncio de a bordo: PANACHE: AUDACIA Y DESENVOLTURA EN EL ANDAR. Siete semanas después, el buque entró en servicio activo y se dirigió hacia el Sur, hacia el puerto de Mobile, Alabama, listo para entrar en acción. Su reputación justificaba ya su nombre.

Esa mañana había niebla, algo que no molestaba al capitán, pero la misión, sí. El Rey de BYR se había convertido en policía. La misión del guardacostas había cambiado cuando él estaba bastante avanzado en su carrera, pero eso no se notaba en los bancos de arena del río Columbia, donde los enemigos seguían siendo el viento y las olas. En el golfo de México, esos mismos enemigos coexistían con otro. La droga. Wegener no pensaba mucho en ello. Para él, la droga era algo que uno tomaba cuando el médico lo indicaba: uno seguía las instrucciones impresas en el envase hasta que el frasco quedaba vacío. Cuando quería alterar su estado mental, recurría al medio tradicional de los marineros -la cerveza o las bebidas más fuertes-, pero lo hacía con menor frecuencia ahora que se aproximaba a la cincuentena. Siempre había temido a las agujas -cada cual tiene su miedo-, y la mera idea de que alguien la clavara voluntariamente en su propio brazo no dejaba de asombrarlo. En cuanto a lo de sorber un polvo blanco por la nariz... bueno, eso superaba todo el asombro. No era un ingenuo: sólo reflejaba las ideas de la época en la que se había criado. Era consciente de la existencia del problema. Como todos los miembros de las Fuerzas Armadas, debía someterse a un análisis periódico para demostrar que no consumía «sustancias controladas». Para los tripulantes más jóvenes era una rutina, pero para los de su edad sólo suponía una molestia y un insulto.

Su preocupación inmediata eran los traficantes de drogas, pero la más inmediata era un punto en la pantalla de su radar.

Estaban lejos de su base, a ciento cincuenta kilómetros de la costa mexicana. El *Rhodes* debía haber regresado a puerto hacía horas. El patrón se había comunicado días antes para comunicar que iba a demorar su regreso... pero a su socio le había parecido extraño y se había comunicado con el puesto local de los guardacostas. Averiguaron que el patrón, un comerciante adinerado, rara vez se alejaba de la costa durante más de tres horas. La velocidad de crucero del *Rhodes* era de quince nudos.

El yate medía veinte metros de eslora: lo suficiente para necesitar un par de marineros, pero no tanto como para que la ley lo obligara a obtener un permiso especial. Podía llevar hasta quince pasajeros y dos tripulantes y su valor superaba los dos millones de dólares. El propietario, corredor de bienes raíces y dueño de un pequeño imperio en las afueras de Mobile, era un novato en cuestiones marinas y un hombre prudente. «Y por eso mismo, inteligente», pensó Wegener. Demasiado para alejarse tanto de la costa, consciente de sus limitaciones, algo fuera de lo común entre los navegantes aficionados, en especial los más ricos. Dos semanas antes había partido hacia el Sur, bordeando la costa y efectuando algunas paradas, pero había demorado el regreso y faltado a una cita de negocios. Su socio dijo que no lo hubiera hecho sin un motivo poderoso. Un avión de reconocimiento había avistado el yate el día anterior pero no trató de comunicarse. El comandante de distrito decidió que había algo raro en todo aquello y ordenó al *Panache,* el buque más cercano al yate, que echara una mirada.

-Dieciséis mil metros. Rumbo cero siete uno -dijo el principal Oreza-. Velocidad, doce nudos. Él no va hacia Mobile, capitán.

-La niebla se levantará en una hora, u hora y media -dijo Wegener-. Vamos ya. Mr. O'Neil, adelante a toda máquina. Principal, dígame el rumbo de intercepción.

-Uno seis cinco, señor.

-Siga ese rumbo. Si la niebla levanta, lo ajustaremos cuando estemos a cinco o seis kilómetros y nos aproximaremos por su popa.

El alférez de corbeta O'Neil dio las órdenes al timonel. Wegener se acercó a la mesa de mapas.

-¿Hacia dónde dirías que va, *Portugués*?

El contramaestre principal proyectó el rumbo, que no parecía dirigirse a un lugar en especial.

-Ha puesto la velocidad de crucero más económica..., no va a ningún puerto del golfo, diría yo.

El capitán calculó la distancia sobre el mapa.

-La capacidad de los tanques del yate es de... -Frunció el entrecejo-. Supongamos que los llenó antes de zarpar. Tiene más que suficiente para llegar a las Bahamas. Vuelve a cargar y ya está, puede arribar a cualquier puerto de la costa atlántica.

-Piratas -conjeturó O'Neil-. Hace mucho que no nos cruzamos con uno de éstos.

-¿Qué le hace pensar eso?

-Señor, si yo tuviera un barco tan grande, jamás se me ocurriría navegar en la niebla sin radar. Y el de éste no está operando.

-Ojalá se equivoque, hijo -dijo el capitán-. ¿Recuerdas la última vez que nos cruzamos con uno, suboficial?

-Fue hace cinco años, tal vez más. Creía que ya no había más de ésos.

-Bueno, dentro de una hora lo sabremos. -Wegener contemplaba la niebla. La visibilidad se había reducido a doscientos metros. Se volvió hacia la pantalla del radar. El yate era el blanco más cercano. Meditó un instante y pasó el aparato de activo a silencio. Los informes de Inteligencia decían que los narcotraficantes tenían el equipo necesario para detectar las señales de radar-. Volveremos a encenderlo cuando nos encontremos a ocho o diez kilómetros del objetivo -dijo.

-Entendido, señor -respondió el joven oficial.

Wegener se acomodó en su sillón de cuero y sacó la pipa del bolsillo de la camisa. Últimamente fumaba muy poco, pero era parte de la imagen que él mismo se había creado. Poco después, la guardia del puente iniciaba la rutina normal. De acuerdo con la tradición, el capitán subía al puente para hacerse cargo del cuarto de la mañana -durante las dos horas en que el oficial de servicio era el oficial subalterno de menor antigüedad-, pero O'Neil era un chico listo y la presencia de Oreza bastaba para resolver cualquier problema. El *Portugués* Oreza tenía una reputación similar a la de su capitán. En sus tres años en la Escuela de Guardacostas había ayudado a forjar toda una generación de oficiales, así como Wegener se había destacado en la formación de reclutas.

Además, Oreza conocía la importancia de una buena taza de café, y si uno subía al puente durante el cuarto del *Portugués,* sabia que podía contar con ello. Llegó en el momento oportuno, servido en la taza especial usada por los guardacostas, en forma de florero de base ancha, revestida de caucho por fuera, y borde superior estrecho para darte estabilidad. Estaba diseñada para las veloces patrulleras, pero también era útil en el *Panache,* de marcha rápida. Wegener casi no lo advertía.

-Gracias, suboficial -dijo al aceptar la taza.

-Una hora, creo.

-Sí, pienso lo mismo -asintió Wegener-. Ocuparemos nuestros puestos de combate a las cero siete cuarenta. ¿Quién está de turno en el bote de abordaje?

-Mr. Wilcox. Kramer, Abel, Dowd y Obrecki.

-¿Tiene Obrecki experiencia en esto?

-El campesino sabe usar las armas, señor. Riley le hizo una prueba.

-Que Riley reemplace a Kramer.

-¿Huele algún problema, señor?

-No sé, hay algo que no me gusta.

-Una avería en el transmisor, diría yo. No hemos visto un pirata desde hace..., joder, ya ni me acuerdo de la última vez, pero sí, puede ser. ¿Llamo a Riley?

El capitán asintió. Oreza envió la orden y Riley se presentó en el puente minutos después. Los dos suboficiales superiores y el capitán salieron al alero del puente a conferenciar. Tardaron apenas un minuto, por el reloj de O'Neil. Al joven alférez le extrañó que el comandante confiara más en los suboficiales que en los oficiales, pero los capitanes viejos solían tener costumbres bastante raras.

El *Panache* cabalgaba sobre las olas a toda máquina. Su velocidad máxima era de veintitrés nudos, pero alcanzaba los veinticinco con poca carga y en aguas tranquilas. Aun cuando los turbocompresores inyectaban aire en los motores diesel, la velocidad apenas superaba los veintidós nudos. En esas condiciones, era difícil conservar el equilibrio en el puente: había que mantener los pies muy separados o caminar en el puesto, como O'Neil. La humedad de la niebla se condensaba en las ventanas del puente. El oficial puso los limpiaparabrisas en marcha. Salió al alero a contemplar la niebla. No le gustaba navegar sin radar. O'Neil aguzó el oído, pero sólo oía el sordo ruido de los motores del *Panache.* Culpa de la niebla: una mortaja húmeda que, además de entorpecer la visión, absorbía los ruidos. Aparte de los motores, sólo se escuchaba el susurro de la proa del buque al romper el agua. Se volvió un instante hacia la popa antes de entrar en el puente. Con su pintura blanca, el buque resultaba casi invisible.

-No hay sirenas de niebla allá afuera -dijo-. Va a salir el sol.

-En menos de una hora -asintió el capitán-. Y hará calor. ¿Tenemos el pronóstico meteorológico?

-Anuncian tormentas para esta noche, señor. El frente que pasó por Dallas a medianoche. Hubo algunos daños, incluso un par de ciclones que atravesaron una playa de casas rodantes.

Wegener meneó la cabeza.

-Yo no sé qué tienen las casas rodantes, que parecen atraer a las tormentas... -Se detuvo y se acercó al radar-. ¿Listo, suboficial?

-Listo, señor.

Wegener encendió el aparato y se inclinó sobre la pestaña de caucho de la pantalla.

-Casi en el centro del blanco, suboficial. Contacto rumbo uno seis cero, distancia seis mil. Mr. O'Neil, vire a la derecha, a uno ocho cinco. Oreza, indique cuándo viramos a la izquierda para aproximarnos a él por atrás.

-Entendido, capitán. Un minuto.

Wegener apagó el radar y se enderezó.

-Puestos de combate.

Tal como lo habían planeado, cuando la alarma sonó, todo el mundo había desayunado. Además, ya se había corrido la voz de que posiblemente había un «narco»[2] navegando en medio de la niebla. El grupo de abordaje formó junto al «Zodiac» inflable. Cada uno cargaba un arma: un fusil automático M-16, una escopeta antimotines y pistolas automáticas calibre 9. Otro pelotón se hizo cargo del cañón de 40 mm emplazado en la proa: un «Bofors» sueco tomado de un destructor de la Armada, el objeto más viejo que había a bordo, sin contar al

[2] Abreviatura de narcotraficante (traficante de drogas), pero que se conservará así a lo largo de esta novela debido a la gran difusión que dicha palabra tiene en los medios de comunicación.

capitán. Un marinero retiró la funda de plástico de una ametralladora pesada M-2 calibre 50, casi tan vieja como el «Bofors», que estaba emplazada justo detrás del puente de mando.

-Recomiendo viraje a la izquierda, señor -dijo el suboficial Oreza.

El capitán encendió el radar.

-Viraje a la izquierda a cero siete cero. Aproximación al blanco por su banda de babor.

La niebla empezaba a disiparse. La visibilidad era de casi quinientos metros, poco más o menos, según entraban y salían de los bancos de bruma. El suboficial Oreza tomó el radar mientras los demás ocupaban sus puestos de combate normales en el puente. Había aparecido un blanco nuevo, a unos treinta kilómetros de la costa: tal vez era un buque cisterna que se dirigía a Galveston, pero la rutina exigía que determinaran su posición.

-Distancia al blanco, dos mil metros. Rumbo constante a siete cero siete. Blanco mantiene rumbo y velocidad constantes.

-Bien, lo tendremos a la vista en cinco minutos.

Wegener echó una mirada a su alrededor. Los oficiales tenían los prismáticos pegados a los ojos. Era una pérdida de energía, pero todavía no lo habían aprendido. Salió al alero de estribor del puente y echó una mirada al grupo de abordaje. El alférez Wilcox alzó el pulgar, y, a su espalda, el contramaestre principal Riley asintió para ratificarlo. Un suboficial principal experimentado manejaba la grúa. No era difícil lanzar el «Zodiac» al mar en esas condiciones, pero el mar siempre se reservaba sus sorpresas. La calibre 50 apuntaba al cielo; de su costado izquierdo colgaba la caja de proyectiles. Desde la proa llegó un chasquido metálico: cargaban el cañón.

Antes nos acercábamos a prestar ayuda a las naves averiadas. Ahora cargamos los cañones, pensó Wegener. *¡Drogas de mierda!*

-Lo veo -avisó un vigía.

Wegener se volvió hacia proa. No resultaba fácil distinguir el yate blanco entre la niebla, pero el yugo de popa se veía con claridad. Alzó los prismáticos para leer el nombre: *Empire Builder.* Era el que buscaban. No llevaba bandera en el mástil, pero eso ocurría con frecuencia. No había nadie a la vista, y el yate seguía su rumbo. Por eso se había aproximado por la popa. *Desde que el hombre se hizo a la mar, a ningún vigía se le ha ocurrido mirar atrás,* se dijo.

Le espera una sorpresa, pensó O'Neil al salir al alero junto al capitán. *La ley del mar.*

Wegener meneó la cabeza con fastidio.

-El radar no gira. Debe estar averiado.

-Vea la foto del patrón del *Empire Builder,* señor.

No la había visto antes. Cuarentón, probablemente se había casado pasados los treinta, porque, según los informes, lo acompañaban dos niños, uno de ocho años y otro de trece, además de su mujer. Un hombre robusto, metro ochenta, calvo y gordo, de pie en un muelle junto a un pez espada de buen porte. *Le habrá costado mucho esfuerzo sacarlo del agua,* pensó Wegener al advertir las quemaduras del sol en el rostro y las piernas... Alzó los prismáticos.

-Demasiado cerca -comentó-. Vire a babor, Mr. O'Neil.

-Entendido, señor. -O'Neil volvió al timón.

Idiota, pensó Wegener. *A esta altura tendría que habernos escuchado. Bueno, eso se arregla muy fácilmente:*

-¡Despiértenlo!

Había una sirena sujeta al mástil del guardacostas, similar a las que usan los coches patrulla y las ambulancias, pero bastante más grande. El alarido casi sobresaltó al capitán. Y tuvo el efecto deseado: antes de que Wegener contara hasta tres, una cabeza asomó de la timonera del yate. No era la del patrón. El yate viró a la derecha.

-¡Idiota! -gruñó el capitán, y ordenó-: ¡Aproxímese!

El guardacostas viró a la derecha. La popa del yate se hundió un poco al tomar velocidad, pero no podía alejarse del *Panache.* Dos minutos después, el guardacostas se acercaba al yate de través. A esa distancia no podían disparar el «*Bofors*». Wegener ordenó que enviaran una salva de aviso por encima de la proa del *Empire Builder.*

La calibre 50 soltó una estruendosa salva. Aunque el ocupante del yate no viera los fogonazos, el ruido era inconfundible. Wegener tomó el micrófono del altavoz:

-Atención, guardacostas. ¡Al pairo de inmediato, prepárese para ser abordado!

La indecisión del timonel era casi palpable. El yate viró a la izquierda sin alterar su velocidad. Un hombre corrió a la popa e izó una bandera: la panameña, advirtió Wegener, y sonrió, divertido. El paso siguiente era decir por el altavoz que el guardacostas carecía de autoridad para abordarlo. La sonrisa de Wegener se desvaneció.

-Atención, *Empire Builder,* éste es un buque del servicio de guardacostas de Estados Unidos. Usted es un barco de bandera estadounidense. Vamos a abordarlo. Al pairo... *¡ya!*

El yate obedeció: la proa se alzó del agua al detener su marcha, y el guardacostas tuvo que aplicar toda su potencia en reverso para evitar pasar de largo. Wegener salió y agitó la mano para llamar la atención del pelotón de abordaje. Hizo un gesto como si accionara la corredera de una pistola automática. Era su manera de decirles que tuvieran cuidado. Riley dio dos palmadas a la cartuchera de su pistola para indicarle al capitán que los del pelotón no eran tontos. Bajaron el «Zodiac» al agua. Luego ordenaron a los ocupantes del yate que se dejaran ver. Dos hombres salieron a cubierta. No se parecían a la foto del patrón. La ametralladora del guardacostas apuntaba hacia ellos, a pesar del mar agitado. Era el momento más tenso de la operación. El *Panache* sólo podría proteger al pelotón de abordaje si abría fuego antes que el otro, pero eso estaba prohibido. El servicio todavía no había sufrido bajas por esa causa, pero era cuestión de tiempo y cuanto más tarde sucediera, peor.

Wegener mantuvo sus prismáticos clavados en los dos hombres mientras el «Zodiac» surcaba el trayecto entre los dos barcos. No portaban armas a la vista, pero tampoco era difícil ocultar una pistola debajo de una camisa suelta. Había que estar loco para pretender oponerse a un abordaje en esas condiciones, pero el capitán sabía que el mundo estaba lleno de locos: había dedicado treinta años de su vida a rescatarlos. Ahora se dedicaba a detener a aquellos cuya locura maligna trascendía de la mera imprudencia.

O'Neil reapareció a su lado. El *Panache* estaba detenido en el agua, con los motores en punto muerto, y ahora que las olas lo tomaban de través, el ruido era más fuerte y más lento al mismo tiempo. Wegener se volvió hacia la ametralladora. El marinero la apuntaba hacia el yate, pero mantenía sus dedos alejados del disparador, como el reglamento indicaba. Los cinco cajones vacíos se deslizaban sobre la cubierta. Wegener frunció el entrecejo. Esos cajones eran un problema: había que sujetarlos de alguna manera, no fuera cosa que el chico de la ametralladora tropezara con uno de ellos y disparara por error...

Se volvió otra vez hacia el «Zodiac», que se aproximaba a la popa del yate. Muy bien: abordarían por allá. El alférez Wilcox subió a la cubierta del yate y esperó a los demás. El timonel aguardó a que todos subieran, luego hizo retroceder el bote de abordaje y aceleró hacia delante para acompañar el avance de la partida. Wilcox avanzó por el lado de babor, escoltado por Obrecki, que apuntaba la escopeta hacia el cielo. Riley entró en la cabina

seguido por su escolta. El alférez se acercó a los dos hombres. Era extraño verlos hablar sin poder escucharlos...

Alguien dijo unas palabras, la cabeza de Wilcox giró rápidamente a derecha e izquierda, Obrecki bajó el cañón de la escopeta. Los dos hombres cayeron cuerpo a tierra y desaparecieron de vista.

-Parece un atraco, señor -dijo el alférez O'Neil.

Wegener dio un paso hacia la timonera.

-¡Transmisor!

Un tripulante le arrojó un transceptor «Motorola» portátil. Wegener lo encendió para escuchar pero no trató de comunicarse. No sabía qué habían hallado en el yate, pero tampoco era cuestión de distraerlos. Obrecki permaneció junto a los dos hombres mientras Wilcox se introducía en el yate. No cabía duda de que Riley había hallado algo. La escopeta apuntaba hacia los dos y la tensión de los brazos del muchacho se irradiaba sobre el agua hacia el guardacostas. El capitán se volvió hacia el encargado de la ametralladora, cuya arma seguía apuntando al yate:

-¡Póngale el seguro!

-¡Entendido! -replicó el marinero, bajó sus manos y el cañón del arma apuntó al cielo. El oficial a su lado hizo un gesto de contrariedad. Era una nueva lección. Una hora o dos más tarde vendría el sermón: jamás se hacía la vista gorda ante un error cometido con las armas.

Wilcox reapareció, seguido por Riley. El contramaestre entregó dos juegos de esposas al oficial, que se inclinó para colocarlas. Por consiguiente, sólo había dos a bordo; Riley guardó la pistola y Obrecki apuntó la escopeta al cielo. Wegener vio cómo volvía a ponerle el seguro al arma. El joven campesino realmente sabía manejar las armas, había aprendido igual que su comandante. ¿Por qué le había quitado el seguro...? En ese instante, el transmisor crujió.

-Wilcox al capitán. -El alférez se detuvo al hablar y los dos hombres se miraron a cien metros de distancia.

-Aquí el capitán.

-Mala cosa, señor... Señor, hay sangre por todas partes. Uno de ellos estaba fregando el salón, pero... es una carnicería, señor.

-¿Son sólo dos?

-Afirmativo, dos hombres a bordo. Los hemos esposado.

-Verifiquen -ordenó Wegener.

Wilcox interpretó la orden tácita: se quedó con los prisioneros para que el suboficial Riley prosiguiera el registro de la embarcación. El contramaestre reapareció tres minutos después y meneó la cabeza. Wegener advirtió su palidez a través de los prismáticos. ¿Qué había encontrado Riley para reaccionar así?

-Sólo estos dos, señor. Indocumentados. Creo que no debemos registrar demasiado, más bien...

-Correcto. Le dejo a Obrecki y un hombre más. ¿Podrá llevar el yate a puerto?

-Por supuesto, capitán. Hay combustible de sobra.

-Pronostican tormenta para esta noche.

-Conozco el pronóstico, señor. No hay problema.

-Bien, espere que me comunique con tierra para que desde allí organicen todo.

-Entendido. Señor, sugiero que envíe la cámara de filmar para que complemente las fotografías.

-De acuerdo, va para allá.

Transcurrió más de media hora antes de que la base de guardacostas, el FBI y la DEA[3] se pusieran de acuerdo sobre el procedimiento a seguir. Mientras tanto, el «Zodiac» transportó a otro tripulante con una cámara y un grabador portátiles. Tomaron sesenta instantáneas con una «Polaroid» y registraron todo en vídeo. Los guardacostas encendieron los motores del *Empire Builder y* pusieron proa a Mobile mientras el *Panache* vigilaba desde babor. Wilcox y Obrecki conducirían el yate a Mobile y un helicóptero iría a buscar a los prisioneros esa tarde... si el tiempo lo permitía. El helipuerto estaba muy lejos.

El buque guardacostas debía tener su propio helicóptero, pero el presupuesto no alcanzaba para tanto. Un tercer marinero fue asignado al yate y llegó el momento de trasladar los prisioneros al *Panache.*

El suboficial Riley los llevó a popa. A la vista de Wegener, el contramaestre casi los arrojó al «Zodiac». Cinco minutos después, subieron a bordo. El yate tomó rumbo Noroeste y el guardacostas reanudó su patrullaje. El primero en volver al puente fue el marinero que había tomado las fotografías «Polaroid». Tendió media docena al capitán.

-El suboficial separó éstas para que usted las viese, señor. Es peor de lo que parece en las instantáneas. Ya verá la filmación. Está a punto para copiar.

Wegener le devolvió las fotos.

-Bien, guarde todo en la caja de las pruebas y reúnase con los demás. Que Myers coloque otra cinta en la videocámara y quiero que todos digan ante ella lo que vieron. Conocen el procedimiento. Hagamos las cosas bien.

-¡Entendido, señor!

Riley subió a cubierta. Robert Timothy Riley presentaba el aspecto tradicional del contramaestre principal: un metro noventa, noventa kilos, brazos gruesos y velludos como los de un gorila, vientre de buen bebedor de cerveza y una voz ronca que cuando él quería era más fuerte que el silbido del viento huracanado. Su manaza derecha aferraba un par de bolsas de plástico. En su rostro, la ira remplazaba al estupor.

-Ese yate parece un jodido matadero, señor. Como si hubieran reventado un par de peroles de pintura parda... sólo que no es pintura. Mierda. -Alzó una de las bolsas-. El más bajo de los dos estaba limpiando la sala cuando bajamos. Hay una bolsa de residuos con media docena de cartuchos de escopeta servidos. Saqué estas dos de la alfombra como nos enseñaron, capitán. Las levanté con el bolígrafo y las metí en la bolsa, sin tocarlas. Dos pistolas que encontré a bordo las dejé allí, en bolsas. Eso no es lo peor. La bolsa siguiente contenía una fotografía enmarcada, seguramente del patrón y su familia. Y la tercera...

-Lo encontramos bajo una mesa, señor. Violación. Creo que tenía la menstruación, pero eso no les impidió... A la esposa, tal vez también a la nena. Hay unas cuchillas de carnicero en la cocina, y todas manchadas de sangre. Creo que descuartizaron los cadáveres y los tiraron por la borda. A estas alturas, esas cuatro personas son ya cagada de tiburones.

-¿Drogas?

-Unos veinte kilos de polvo blanco en el camarote de la tripulación. Un poco de marihuana también, creo que para consumo personal. -Riley se encogió de hombros-. No he hecho un análisis, señor, no hace falta. Es piratería agravada con asesinato. Hay un orificio de bala en la

[3] Drug Enforcement Administration (Departamento de represión del tráfico de drogas), conocido en todo el Mundo por esas siglas (DEA), por ello se usarán así a lo largo del relato cuando se refiera a este departamento.

cubierta. En mi vida he visto cosa igual, Red. Como en las películas, pero peor. -Tomó aliento con fuerza-. Hay que verlo para creerlo, señor.

-¿Qué sabemos sobre los prisioneros?

-Nada, sólo contestan con gruñidos, yo no he oído otra cosa. No llevan documentos de identidad encima, y no quise revolver nada. Eso es trabajo para la Policía. La timonera está limpia, lo mismo que los portalones. Mr. Wilcox podría llevarlo sin problema. Escuché cuando ordenaba a Brown y Obrecki que no tocaran nada. Hay combustible de sobra para arribar a Mobile a toda máquina. Va a llegar antes de medianoche, si el tiempo lo permite. Es un lindo barquito. -Se encogió de hombros otra vez.

-Tráiganlos a cubierta -ordenó Wegener tras una breve pausa.

-Entendido. -Riley se alejó hacia la popa.

Wegener cargó la pipa, pero tuvo que hurgar en todos sus bolsillos en busca de las cerillas. Tenía la incómoda sensación de que el mundo había cambiado mientras él se dedicaba a otros quehaceres. Bastantes peligros había en el mar. El viento y las olas eran enemigos de cuidado. El mar acechaba siempre, a la espera de su oportunidad, de que uno olvidara por un solo instante que no debía confiarse. Wegener era de los que jamás lo olvidaban y dedicaba su vida a proteger a los demás. Gracias a ello había llevado una vida plena de satisfacciones. Era el ángel guardián en la nave blanca como la nieve. Si Red Wegener andaba cerca, uno no tenía motivos para desesperar. Las probabilidades indicaban que él llegaría a tiempo para sacarlo a uno de la tumba líquida...; pero, en ese momento, los tiburones estaban devorando a cuatro personas. Wegener amaba el mar a pesar de sus caprichos, pero detestaba los tiburones, y pensar que estaban devorando personas que él hubiera podido salvar... Cuatro personas que habían olvidado que existen tiburones acuáticos y terrestres. Wegener meneó la cabeza. Eso era lo nuevo. Piratas. Así los llamaban en la jerga marinera. La piratería. Las películas de Errol Flynn que Wegener recordaba de su infancia. Algo que había desaparecido dos siglos antes. La piratería y el asesinato: esto último no aparecía en las películas. Piratería, asesinato, violación: crímenes que en los viejos tiempos se castigaban con la pena máxima...

-¡De pie y firmes! -rugió Riley, que los aferraba de los brazos. Estaban esposados y las manos de Riley les impedían separarse. El principal Oreza los acompañaba para asegurarse de que nada ocurriera.

Los dos contarían unos veinticinco años, y eran delgados. Uno mediría más de un metro ochenta, y, para sorpresa del capitán, su mirada estaba llena de insolencia. ¿Acaso no era consciente de la gravedad de su situación? Sus negros ojos miraban a Wegener con odio, mientras éste contemplaba al joven sin inmutarse, la pipa entre los dientes. Había algo extraño en aquella mirada que Wegener no podía descifrar.

-¿Cómo te llamas? -preguntó el capitán. No hubo respuesta-. Tienes que decirme cómo te llamas -insistió Wegener sin elevar la voz.

Entonces, algo muy extraño sucedió. El más alto lanzó un escupitajo al pecho de Wegener. Sobrevino una pausa muy larga, durante la cual el capitán trató de asimilar lo que acababa de suceder; su rostro ni siquiera denotaba sorpresa. Riley fue el primero en reaccionar ante la blasfemia.

-¡Hijo de puta! -Alzó al prisionero como si fuera un muñeco de trapo y lo arrojó con fuerza contra la baranda del puente. El joven se dobló en dos y, por un instante, pareció que le había partido por la mitad. Pataleó con desesperación para recuperar el aliento y el equilibrio.

-¡Por Dios, Bob! -exclamó Wegener cuando Riley agarró al prisionero por la garganta y lo alzó con un solo brazo-. ¡Basta, Riley!

En todo caso, el contramaestre lo había despojado de su soberbia. Había miedo en los ojos del prisionero, que jadeaba para recuperar el aliento. Oreza había obligado al otro a arrojarse cuerpo a tierra. Riley dio un violento empujón a su hombre y el pirata -así lo llamaba Wegener en su mente- cayó junto a su compinche. Su frente tocó la cubierta. Jadeaba y se retorcía, en tanto Riley trataba de recuperar la compostura.

-Discúlpeme, capitán. Creo que he enloquecido por un instante. -Por su tono era evidente que sólo pedía disculpas por haberle faltado la consideración a su superior.

-Al calabozo -dijo Wegener, y Riley se los llevó.

-Mierda -exclamó Oreza en voz baja. El contramaestre sacó su pañuelo para secar la camisa del capitán-. Carajo, Red, ¿adonde iremos a parar?

-Qué sé yo, *Portugués.* Nos hemos vuelto viejos, los dos. -Wegener encontró las cerillas y encendió por fin la pipa. Durante unos instantes contempló el mar en busca de inspiración-. Cuando me enrolé, mi primer maestro fue un viejo principal que contaba anécdotas de la época de la ley seca. Pero, como él lo contaba, había sido un juego de niños comparado con esto.

-Tal vez la gente fuese más civilizada entonces -musitó Oreza.

-Más bien creo que no se podía llevar un cargamento millonario de alcohol en un bote de motor. ¿Recuerdas la serie *Los Intocables*? Las peleas entre las pandillas eran como las de ahora, o peores. Mierda, qué sé yo. No me enrolé para ser policía, principal.

-Ni yo, capitán -gruñó Oreza-. Envejecimos, y el mundo cambió sin que nos diéramos cuenta. Hay algo que ojalá no hubiera cambiado.

-¿Qué, *Portugués?*

El suboficial contramaestre principal miró a su superior a los ojos.

-Algo que escuché en la Escuela de Guardacostas de New London hace unos años. Cuando no tenía otra cosa que hacer, asistía a las clases como oyente. Antiguamente, cuando apresaban a un par de piratas, podían someterlos a Consejo de Guerra a bordo y aplicarles la pena correspondiente. Parece que daba buenos resultados. Tal vez por eso lo prohibieron -gruñó.

-Un juicio justo..., y a la horca.

-Joder, ¿por qué no, capitán?

-Porque no es propio de gente civilizada.

-Civilizada, sí. -Oreza abrió la puerta de la timonera pero se volvió un instante-. Lo sé, como en las películas.

Wegener sonrió sin saber por qué. La pipa se había apagado. Mientras buscaba las cerillas se preguntó por enésima vez por qué no dejaba de fumar, pero la pipa formaba parte de su imagen. El viejo del mar. En verdad, había envejecido. Trató de arrojar la cerilla por la borda, pero el viento la hizo caer sobre la cubierta. ¿Cómo se había olvidado del viento?, se preguntó mientras se inclinaba para recogerla.

Entonces vio una cajetilla de cigarrillos semioculta en un imbornal. Hombre obsesionado por la pulcritud, Wegener estaba a punto de elevar su voz furiosa cuando cayó en la cuenta de que el culpable no podía ser uno de sus tripulantes. El rótulo era «Calvert», que, según recordaba, era una marca iberoamericana fabricada por una empresa de tabacos de Estados Unidos. Era un paquete tipo cajita, y lo abrió por curiosidad.

No eran cigarrillos. Mejor dicho, no eran de tabaco. Sacó uno para observarlo mejor. No eran de fabricación casera, pero tampoco tan prolija como los que salían de las fábricas de

cáncer estadounidenses. El capitán sonrió. Un empresario astuto había tenido la idea de disimular los porros -así los llamaban, ¿no?- bajo la forma de cigarrillos. O tal vez era una manera cómoda de transportarlos. El paquete debía de haber caído del bolsillo del hombre que Riley alzó en el aire, pensó Wegener. Se lo guardó para entregarlo más tarde al encargado de la caja de seguridad. Oreza regresó en ese momento.

-Pronóstico actualizado. El frente de tormenta pasará por aquí a las veintiuna. Vientos bastante fuertes, con ráfagas de hasta cuarenta nudos. Nos vamos a agitar un poco, señor.

-¿Tendrá Wilcox problemas con el yate? Estamos a tiempo para cambiar la orden.

-No lo creo, señor. El frente viró al Sur. Un sistema de alta presión está bajando desde Tennessee. Mr. Wilcox va a navegar por un mar sereno, capitán, pero el helicóptero podría tener problemas. Dicen que van a llegar a las dieciocho, o sea que deberán luchar contra el frente de tormenta durante la travesía de regreso.

-¿Mañana?

-Aclarando al amanecer y después llega el sistema de altas presiones. Esta noche vamos a tener balanceo, pero después nos esperan cuatro días de buen tiempo. -Oreza no tuvo necesidad de expresar su sugerencia. Los viejos profesionales se comunicaron con la mirada.

Wegener asintió.

-Comuníquese con Mobile: sugerimos esperar hasta mañana.

-Entendido, capitán. No hay necesidad de arriesgar un helicóptero para recoger basura.

-Tienes razón, *Portugués.* Transmite el pronóstico a Wilcox, por si el sistema cambia de rumbo. -Wegener miró su reloj-. Me espera el papeleo.

-Un día agitado, Red.

-Demasiado.

Desde luego, el camarote de Wegener era el más grande de la nave, y el único privado, ya que la privacidad y la soledad son lujos reservados para el capitán. Pero el *Panache* no era un crucero, y el camarote de Wegener medía apenas veinte metros cuadrados, aunque disfrutaba de baño propio, lo cual en cualquier barco era un lujo por el que valía la pena pelear. Durante toda su carrera, Wegener había tratado de evitar el papeleo. En la medida que su conciencia se lo permitía, dejaba esa clase de trabajo en manos de su segundo, un alférez joven e inteligente; aunque de todas formas, debía dedicarle dos o tres horas diarias. Lo afrontaba con el mismo entusiasmo que demuestra un hombre camino al patíbulo. En esa ocasión, el esfuerzo requerido le parecía mayor que nunca. No podía alejar los asesinatos de su mente. Asesinato en alta mar, pensó, con la vista clavada en el ojo de buey de estribor. Sucedía, claro. En treinta años había conocido algunos casos, aunque nunca de manera directa. Frente a la costa de Oregón, un tripulante, bruscamente afectado de locura homicida, había atacado a un suboficial matándolo casi: resultó que el pobre diablo padecía un tumor cerebral y había muerto poco después. Red recordaba el caso porque había sido el *Point Gabriel* el encargado de llevar el hombre a puerto, atado de pies y manos, dormido por los sedantes. Hasta ahí llegaba la experiencia de Wegener con la violencia en alta mar. Es decir, con la violencia humana. Había suficiente peligro sin ella. La idea rondaba por su cerebro como el estribillo de una canción. Trató de concentrarse en su trabajo, mas no pudo.

Frunció el entrecejo ante su propia indecisión. El papeleo, aunque era algo molesto, formaba parte de su trabajo. Encendió la pipa para tratar de concentrarse, y le resultó imposible. El capitán soltó un juramento, sonrió a pesar suyo y fue a servirse un vaso de agua. Los papeles lo esperaban, acusadores. Se miró al espejo: tenía la barba crecida. Y los eternos papeles...

-Te estás volviendo viejo, Red -dijo al rostro reflejado en el espejo-. Viejo e idiota.

Decidió rasurarse. Lo hacía a la antigua, con crema y brocha. Su única concesión a la modernidad era la maquinilla desechable. Tenía la cara cubierta de espuma y se había rasurado una mejilla cuando golpearon a la puerta.

-¡Adelante!

-Perdón, capitán -saludó el suboficial Riley-. No sabía...

-No importa, Bob. ¿Qué hay?

-Tengo el primer borrador del informe de abordaje, señor. Pensé que quería leerlo. Tenemos las declaraciones de todos, escritas, grabadas y filmadas. Myers ha hecho una copia de la cinta de vídeo. El original y las pruebas están guardados en una caja cerrada dentro del cofre de seguridad, según sus órdenes. He hecho la copia para mostrársela.

-Bien, déjela sobre la mesa. ¿Novedades de nuestros huéspedes?

-Ninguna, señor. Es un bonito día.

-Pero yo estoy encerrado aquí con estos papeles.

-Si el suboficial trabaja las veinticuatro horas del día, el capitán debe trabajar veinticinco -murmuró Riley.

-Le recuerdo, señor suboficial principal, que no debe faltarle al respeto a un superior -dijo Wegener. Contuvo la carcajada para evitar cortarse la yugular con la navaja.

-Humildemente ruego al señor capitán me perdone. Con su permiso, señor, yo también tengo tareas que cumplir.

-El chico que pusimos en la ametralladora esta mañana está en el pelotón de cubierta. Necesita unas lecciones sobre seguridad. Tardó demasiado en ponerle el seguro. Dígaselo sin arrancarle la cabeza. Yo hablaré con Mr. Peterson.

-Sí, que jodan con esas cosas es justo lo que necesitamos. Hablaré con el chico después de la inspección, señor.

-Yo voy a hacer otra inspección después del almuerzo. Habrá tormenta esta noche.

-Lo sé, el *Portugués* me lo dijo. Sujetaremos todo.

-Nos veremos luego, Bob.

-Entendido -dijo Riley, y se retiró.

Wegener terminó de afeitarse y volvió junto al escritorio, donde lo aguardaba el borrador preliminar del informe de abordaje y detención. Ya estaba mecanografiando la versión definitiva, pero le gustaba leer la primera, que, por lo general, era la más precisa. La leyó mientras sorbía el café, que ya se había enfriado. Las instantáneas «Polaroid» estaban insertadas en una lámina de plástico doble. Eran malas, como siempre. Lo mismo que los informes. Decidió mirar la filmación en su vídeo particular antes del almuerzo.

No era un trabajo profesional. Resulta casi imposible mantener la cámara en equilibrio en un yate; además, la luz era escasa. Con todo, mostraba un cuadro perturbador. El micrófono había recogido retazos de conversaciones y *el flash* de la «Polaroid» oscurecía algunos cuadros.

Era evidente que cuatro personas habían muerto a bordo del *Empire Builder y* que sus únicos restos eran las manchas de sangre. Bastante poco, pero suficiente para que la imaginación terminara de componer el cuadro. En el camarote del patrón había una enorme mancha de sangre sobre la almohada. Disparo en la cabeza. Las manchas restantes estaban en el salón principal. Era el ambiente más espacioso del yate, el lugar elegido por los piratas para

Librodot

su esparcimiento. *Diversión,* pensó Wegener. Tres grupos de manchas, dos próximos entre sí, el tercero más alejado. Una esposa bonita, una hija de trece años..., habían obligado al esposo a contemplar todo el espectáculo.

-Mierda -suspiró Wegener. Así había sido, sin duda. *Lo obligaron a mirar y después les mataron..., descuartizaron los cadáveres y los arrojaron por la borda.*

«¡Hijos de puta!»

II. CRIATURAS DE LA NOCHE

De acuerdo con su pasaporte, se llamaba J. T. Williams; pero, en realidad, tenía más de un pasaporte. Se presentaba como agente de ventas de un laboratorio estadounidense de especialidades medicinales y era capaz de disertar con erudición sobre los antibióticos sintéticos. En su carácter de representante de «Caterpillar Tractor», también podía hablar acerca de la situación del mercado de tractores y cosechadoras y tenía otras dos identidades que se ponía y se quitaba con la misma facilidad que se cambiaba de ropa. No se llamaba Williams. En la Dirección de Operaciones de la CIA lo llamaban Clark, el mismo nombre con el que vivía y criaba a su familia, aunque no era el que constaba en su partida de nacimiento. Instructor en la escuela de agentes de la CIA, llamada «la granja», por su habilidad como agente, solía realizar misiones con frecuencia.

Clark era un hombre robusto, de un metro ochenta, espesa cabellera negra, una mandíbula prominente que delataba su origen y un par de ojos celestes que tanto lanzaban destellos divertidos como de furia, según la voluntad de su dueño. Aunque había pasado los cuarenta, su cintura no mostraba esa gordura propia de quienes militan detrás de un escritorio, y sus hombros mostraban los cuidados que dedicaba a su estado físico. En una época como la actual, caracterizada por la obsesión con la salud física nada de ello hubiera llamado la atención, pero agregaba una particular señal visible: en el antebrazo llevaba tatuada una sonriente foca de color rojo. La prudencia indicaba que hubiera debido borrársela, mas sus sentimientos no se lo permitían: esa foca pertenecía a su ser más íntimo. Cuando le preguntaban, respondía que había estado en la Armada, lo cual era verdad, y añadía que el Servicio había costeado sus estudios de bioquímica o ingeniería mecánica o la mentira que se le ocurriese en el momento. En realidad, no tenía ningún título universitario, pero sí los conocimientos suficientes para justificar media docena de diplomas en distintas disciplinas. De acuerdo con el reglamento, la falta de diploma lo inhabilitaba para ejercer el puesto que detentaba en la Agencia, pero poseía un don que no es frecuente en los Servicios de Inteligencia occidentales. La necesidad de ejercitar ese don tampoco es frecuente, pero un oficial superior de la CIA había reconocido la utilidad de un hombre como Clark. Para colmo, se había convertido en un agente muy eficiente, sobre todo en la ejecución de trabajos breves y peligrosos. Era una especie de leyenda, aunque no más de media docena de altos oficiales sabían el porqué. Había un solo Mr. Clark.

-¿Cuál es el motivo de su visita al país, Mr. Williams? -preguntó el funcionario de inmigración.

-Negocios, pero espero poder dedicarme unos días a la pesca antes de regresar a casa -dijo Clark en español. Dominaba seis idiomas, tres de ellos sin el mínimo rastro de acento extranjero.

-Lo felicito por su conocimiento del español.

-Gracias. Viví en Costa Rica de niño -mintió. Ésa era otra de sus habilidades-. Mi padre trabajó allá durante varios años.

-Sí, he reconocido su acento. Bienvenido a Colombia.

Fue a buscar su equipaje. Advirtió que el aire estaba enrarecido a causa de la altura. Sus prácticas de *jogging* le ayudarían a superar el problema, pero debería dejar pasar unos días antes de intentar grandes esfuerzos. Se trataba de su primera visita a Colombia, y su instinto le decía que no sería la última. El primer paso de toda misión importante era, como en ese caso, el reconocimiento del terreno. La naturaleza del terreno le daría luego un indicio sobre la verdadera naturaleza de la misión. No era la primera vez que lo hacía, se recordó a sí mismo: una misión similar a la que estaba a punto de emprender había sido la causa de que la CIA lo reclutara, modificara su identidad y cambiara su vida para siempre hacía veinte años.

Una de las singularidades de Colombia era que se podía entrar en el país con armas sin mucha dificultad. En esa ocasión, Clark no iba armado, pero pensó que en el siguiente viaje no sería igual. No podía establecer contacto con el agente residente en el país, que ni siquiera estaba al tanto de su presencia. Se preguntó por qué habrían tomado esa precaución, pero sólo por un instante. Eso no le concernía. Sólo le interesaba la misión por realizar.

El Ejército de Estados Unidos había retomado la idea de la División de Infantería (Ligera) pocos años antes. No fue difícil crear unidades. Bastó tomar una División de Infantería (Mecanizada) y quitarle todo su equipo (Mecanizado). Quedó entonces una estructura de unos diez mil quinientos efectivos cuya TOD (Tabla de Organización y Dotación) era más ligera que las de las divisiones aerotransportadas -las más ligeras hasta entonces-, y podía ser transportada íntegramente en *apenas* quinientos vuelos del puente aéreo militar. Las Divisiones de Infantería Ligera, llamadas las DIL, no eran tan ineficaces como un observador superficial pudiera suponer. Todo lo contrario.

Al volver a los «combatientes ligeros», el Ejército había retomado las verdades fundamentales de la historia. Cualquier guerrero consciente dirá que existen dos clases de combatientes: la infantería y los que, de una u otra manera, sirven de apoyo a los primeros. Las DIL eran más que nada instituciones de posgrado donde se adquirían las destrezas propias del infante. En ellas, el Ejército formaba sus sargentos a la antigua, y con ese fin las ponía al mando de sus mejores oficiales. Los generales de brigada y de división eran veteranos de Vietnam que habían aprendido a admirar a sus adversarios en ese enconado conflicto: el Vietcong y el Ejército norvietnamita habían sabido extraer ventajas incluso de su falta de pertrechos y armamento. Según los teóricos militares, no había motivos para que el soldado norteamericano no adquiriera las destrezas de combate en la selva que los hombres de Vo Nguyen Giap poseían y los combinara con el poder de fuego estadounidense. El resultado de ello fue la creación de cuatro divisiones de élite: la 7.ª, en las boscosas colinas de Fort Ord, California; la 10.ª de montaña, en Fort Drum, Nueva York; la 25.ª, en Schofield Baracks, Hawai, y la 6.ª, en Fort Wainwright, Alaska. Sin embargo, les resultaba difícil conservar a sus sargentos y oficiales subalternos, pero eso era parte del plan. Los combatientes ligeros llevan una vida ardua, y, al cumplir los treinta, hasta el mejor entrenado anhela ser transportado al frente en helicóptero o en carro blindado, poder pasar un poco más de tiempo con la esposa y los hijos y un poco menos con sus camaradas en las montañas. Los mejores, los que seguían adelante hasta completar sus arduos cursos de instrucción de las escuelas de suboficiales -donde aprendían que, en ocasiones, el sargento debe saber qué hacer sin recibir órdenes del teniente- pasaban luego a las unidades pesadas, llevando consigo ciertas destrezas que jamás perdían. En última instancia, las DIL eran las fábricas donde el Ejército producía sargentos con don de mandos y conocimientos de las verdades inmutables de la guerra: fundamentalmente, que ésta se reduce a unos cuantos hombres, con botas embarradas y uniformes malolientes, capaces de aprovechar el suelo y la noche como aliados para llevar la muerte a sus congéneres.

Uno de ellos era el sargento Domingo Chávez, a quien sus hombres llamaban «Ding». Tenía veintiséis años, nueve de ellos en el Ejército. Había formado parte de una pandilla en Los Ángeles, pero su innato sentido común había podido más que su falta de cultura: cuando un amigo murió en un tiroteo cuya finalidad no había podido descubrir, llegó a la conclusión de que no tenía futuro con los *Bandidos.* El lunes siguiente, por la mañana, se presentó en la Oficina de Reclutamiento del Ejército, después de que fuese rechazado por los *marines. A* pesar de que era casi analfabeto, el sargento aceptó su solicitud: le faltaban hombres para cumplir su cuota del mes, y, además, el chico estaba dispuesto a alistarse en Infantería, con lo que mataba dos pájaros de un tiro. Además, quería ingresar al instante. Mejor, imposible.

Chávez tenía pocos preconceptos sobre el servicio militar y la mayor parte resultaron equivocados. Con la pérdida del cabello largo y la barba rala adquirió el conocimiento de que la agresividad es inútil si no es disciplinada y que el Ejército no tolera la insolencia. Esto último lo aprendió en el desierto patio trasero de una barraca a manos de un sargento instructor de rostro más negro que una noche en la selva. Pero las lecciones en su vida nunca habían sido fáciles y había aprendido a aceptar las más duras sin rencor. Descubrió que el Ejército es una jerarquía con normas rígidas, aprendió a aceptarlas y se convirtió en un recluta excepcional. En la pandilla había aprendido a apreciar la camaradería y el trabajo en equipo, y no le fue difícil imprimir una orientación positiva a esas características. Al cabo del primer período de instrucción, su cuerpo era delgado y enjuto como un cable de acero, sentía orgullo por su apariencia física y dominaba casi todas las armas que el soldado de Infantería puede usar. ¿En qué otro lugar, se preguntaba, le dan a uno una ametralladora y le pagan por dispararla?

Pero los buenos soldados no nacen, se hacen. Su primer destino fue Corea, donde aprendió a combatir en la montaña y conoció a su primer enemigo de verdad, ya que la zona desmilitarizada nunca fue lo que se dice un lugar seguro. Allí aprendió de una vez y para siempre el fin último de la disciplina: conservar la vida. Un grupo de infiltrados norcoreanos con fines conocidos sólo por sus superiores, decidió atravesar las líneas defendidas por su unidad. De paso, descubrieron un puesto de vigilancia estadounidense cuyos ocupantes habían resuelto dormir esa noche, y jamás despertaron. Más tarde, el Ejército surcoreano persiguió y mató a los invasores, pero Chávez fue el que halló a los dos hombres de su pelotón degollados como solía suceder en su propio barrio. Entonces y allí llegó a la conclusión de que quería dominar el oficio del soldado. El sargento y el teniente descubrieron que Chávez prestaba atención a las clases teóricas, e incluso trataba de tomar apuntes. El jefe de pelotón comprendió que era capaz de memorizar, pero que le resultaba muy difícil leer y escribir, por lo que decidió ayudar al joven cabo. Trabajando duro en su tiempo libre, antes de que el año terminara, Chávez aprobó -¡en el primer intento!, decía a quien quisiera escucharlo- su examen equivalente al bachillerato, y logró su primer ascenso, con un aumento salarial de 58,50 dólares mensuales. El teniente no comprendía, pero el sargento sí, que la combinación de circunstancias había alterado para siempre la vida de Domingo Chávez. Al orgullo propio del hispano, se agregaba la convicción del soldado de dieciocho años de que ahora tenía algo de lo que podía enorgullecerse. Por ello se consideraba en deuda con el Ejército, y con ese profundo sentido del honor, que también era parte de su herencia cultural, decidió que dedicaría su vida a pagar esa deuda.

Algunas costumbres jamás se pierden. Cuidaba al máximo su estado físico. En parte porque era un hombre más bien menudo -apenas metro sesenta y cinco-, pero también porque comprendía que la vida real no era una competición deportiva: la mayoría de los que llegan a la meta son los combatientes ligeros y sólidos. A Chávez le gustaba correr y ejercitarse. Por todo eso era casi inevitable que lo destinaran a la 7.ª División de Infantería (Ligera). Aunque su base permanente estaba en Fort Ord, cerca de Monterrey, en la costa de California, el campo de entrenamiento y maniobras se encuentra en la reserva militar Hunter-Liggett, que había sido el enorme rancho propiedad de la familia Hearst. Ese lugar de bellas colinas verdes, se vuelve un áspero desierto lunar durante el verano californiano, un paisaje de colinas escarpadas, árboles informes y hierba que se convierte en polvo bajo las botas. Para Chávez fue su hogar. Llegó como sargento bisoño para realizar el curso de mando en combate, de dos semanas, que le sirvió luego como preparación para la escuela de *rangers* de Fort Benning, Georgia. Cuando salió de esa academia, la más rigurosa de cuantas posee el Ejército, Chávez era más delgado y confiado que nunca. Su retorno a Fort Ord coincidió con la llegada de una nueva «cohorte» de reclutas a su batallón. A «Ding» Chávez le dieron el mando de un grupo de reclutas apenas salidos de la instrucción de infantería. Era el primer mando del joven sargento. El Ejército había invertido tiempo y esfuerzo para instruirlo y ahora debía transmitir

Librodot

esos conocimientos a los nuevos reclutas; pero, al mismo tiempo, demostrar si poseía don de mando. Como comandante del pelotón, se consideraba el padrastro de nueve niños rebeldes. Quería que triunfaran porque eran sus hijos, y se iba a asegurar de que sucediera así.

En Fort Ord aprendió el verdadero arte del soldado, porque para los combatientes ligeros la táctica es precisamente eso, un arte. Destinado a la Compañía Bravo, 3.er Batallón del 17.° Regimiento de Infantería, cuya altisonante divisa era «¡Ninja. La noche es nuestra!», Chávez iba a la guerra con el rostro cubierto con pintura de camuflaje -como todos en la 7.ª DIL, incluso los pilotos de los helicópteros- y aprendía su oficio a la vez que enseñaba a sus hombres. Amaba la noche. Su pelotón se desplazaba en medio de la selva con menos ruido que una brisa. El objetivo de las misiones era casi siempre el mismo. Incapaces de hacer frente a una formación pesada, Chávez se entrenaba para las tareas sucias propias del infante ligero: incursiones furtivas, emboscadas, infiltración, espionaje. Sus recursos eran el sigilo y el ataque por sorpresa, aparecían donde no se los esperaba, atacaban con ferocidad y desaparecían en la oscuridad sin darle tiempo al enemigo a reaccionar. Los estadounidenses habían sido víctimas de esas tácticas, y era justo que trataran de devolver el favor. En síntesis, el sargento Domingo Chávez era un hombre al que los apaches o el Vietcong hubieran considerado un hermano... o un enemigo de los más peligrosos.

-¡Oye, *Ding*! -exclamó el sargento primero-. Preséntate al teniente.

Había amanecido dos horas antes, y, con la salida del sol, concluía un largo período de maniobras en Hunter-Liggett. Había durado nueve días y el esfuerzo había sido excesivo, incluso para Chávez. Sus piernas le decían que ya había pasado de los diecisiete años. Éstas eran sus últimas maniobras con los «Ninjas». Había llegado el momento del traslado, y su nuevo destino era el de sargento instructor en la escuela militar de entrenamiento básico en Fort Benning, Georgia. Era un gran orgullo para Chávez que el Ejército lo tuviera en tan alto concepto como para servir de ejemplo a los reclutas. El sargento se detuvo, pero antes de presentarse al teniente, sacó de su bolsillo una estrella de la muerte. Desde que el coronel los había bautizado «Ninjas», esos mortíferos proyectiles de acero eran *de rigor* para los soldados, con gran fastidio de sus superiores. Sin embargo, siempre estaban dispuestos a hacer la vista gorda ante los pecados veniales de los buenos, y Chávez era uno de ellos. Bastó una rápida flexión de la muñeca para que el proyectil fuera a enterrarse en la corteza de un árbol, a cinco metros de distancia. La extrajo y fue a presentarse a su jefe.

-Permiso, mi teniente -saludó Chávez en posición de firmes.

-Descanse, sargento -dijo el teniente Jackson. Se había sentado de espaldas a un árbol para aliviar sus pies, llenos de ampollas. Oficial de veintitrés años, graduado de la academia militar de West Point, empezaba a descubrir lo difícil que era mantenerse a la par de los hombres a los que debía mandar-. Me han llamado del cuartel, quieren que se presente allí inmediatamente para un trámite relacionado con su traslado. Vaya al almacén de aprovisionamiento, habrá un helicóptero dentro de una hora. Y ya que estamos, lo felicito por el trabajito de anoche. Lamento perderle tan pronto, *Ding.*

-Gracias, mi teniente.

A pesar de su juventud, Jackson no resultaba un mal oficial, pensó Chávez. Tenía mucho que aprender, pero era esforzado e inteligente. Chocó los talones y se llevó la mano a la frente.

-Cuídese, sargento -dijo Jackson. Se puso en pie para devolver el saludo militar.

-¡La noche es nuestra, mi teniente! -respondió Chávez, a la manera de los «Ninjas», 3.er Batallón del 17.° de Infantería. Veinticinco minutos después, abordó un helicóptero «Sikorsky» UH-60A Blackhawk para el vuelo de cincuenta minutos a Fort Ord. El suboficial mayor del batallón le entregó el mensaje. Tenía una hora para asearse antes de presentarse en

G-1, la oficina de personal de la división. Un baño prolongado le permitió eliminar todo rastro de sal y «pintura de guerra» y pudo llegar unos minutos antes de tiempo, vestido con su mejor uniforme de campaña.

-Hola, *Ding* -le dijo otro sargento, condenado por una pierna fracturada a permanecer detrás de un escritorio en G-1-. Te esperan en la sala de reuniones del segundo piso,

-¿Se puede saber qué ocurre, Charlie?

-Que me condenen si lo sé, pero un coronel te espera.

-¡Maldición, y yo que necesitaba un corte de cabello! -murmuró Chávez al subir la escalera al trote. Y a sus botas no les hubiera venido mal un poco más de lustre. Linda manera de presentarse a un coronel desconocido, pero también tenía derecho a que le avisaran con un poco más de anticipación. Una de las cosas buenas del Ejército era que todo el mundo obedecía las mismas reglas, pensó el sargento. Cuando golpeó la puerta, ya no se sentía tan preocupado, pero sí muy cansado. Además, no pasaría mucho más tiempo en aquel lugar. Ya tenía la orden de presentarse en Fort Benning y se preguntaba cómo serían las mujeres solteras de Georgia. Poco antes se había peleado con su novia. Como sargento instructor, llevaría una vida un poco más estable, y tal vez...

-¡Adelante! -tronó una voz detrás de la puerta.

El coronel estaba sentado detrás de una mesa de madera ordinaria. Llevaba un jersey negro sobre la camisa verde oliva, con una placa que decía SMITH.

-Permiso, mi coronel. Se presenta el sargento Domingo Chávez, 3.° de la 17.ª como se le ha ordenado.

-Descanse, sargento. Siéntese, sé que ha estado de maniobras. Ahí tiene usted café si quiere.

-No, gracias, mi coronel.

Chávez se sentó y empezaba a ponerse cómodo cuando advirtió su expediente sobre el escritorio. El coronel Smith lo abrió, lo ojeó un poco, alzó la vista y sonrió. No llevaba distintivo alguno en el pecho, ni siquiera el de la bayoneta y el reloj de arena que identificaba a la 17.ª DIL. ¿De dónde venía? ¿Quién diablos era ese tipo?

-Yo diría que es más que bueno, sargento. Si no me equivoco, lo espera el ascenso a sargento primero en dos o tres años. Veo que ha estado en el Sur. Tres veces, ¿no?

-Sí, mi coronel. Dos veces en Honduras y una en Panamá.

-Tuvo buen desempeño las tres veces. Aquí dice que habla español a la perfección.

-Era el idioma de la familia, mi coronel.

En todo caso, la observación resultaba innecesaria: su acento lo delataba. Quería que el tipo fuera al grano de una buena vez, pero los sargentos no hacen esa clase de preguntas a los coroneles. De todas maneras, su deseo se cumplió.

-Sargento, estamos formando un grupo para una misión especial. Queremos que usted se integre en él.

-Mi coronel, acabo de recibir mis órdenes...

-Lo sé. La gente que necesitamos tiene que conocer bien el idioma y, además..., bueno, queremos los mejores soldados de infantería ligera. Su hoja de servicios dice que usted es uno de los mejores de la división. -Chávez cumplía otros requisitos, que el tal coronel Smith no mencionó. Era soltero, huérfano, no tenía familiares cercanos, que se supiera al menos, no mantenía correspondencia ni contacto telefónico asiduo con nadie. No era el hombre idóneo pues había algunos requisitos que no cumplía, pero sí los suficientes para seleccionarlo-. Es

Librodot

una misión especial. Puede resultar peligrosa, pero lo más probable es que no. Durará unos meses, seis a lo sumo. Cuando haya finalizado, usted será ascendido a sargento primero y le permitirán elegir su nuevo destino.

-Háble me sobre la misión, mi coronel -dijo Chávez con vivacidad. La idea de ascender a sargento primero con un par de años de anticipación merecía toda su atención.

-No puedo comentarle nada, sargento, a pesar de que no me gusta pedirle que acepte a ciegas -mintió el coronel Smith-, pero yo también obedezco órdenes. Puedo decirle que lo enviarán a un lugar al este de aquí para recibir entrenamiento intensivo. Tal vez eso sea todo, tal vez no. En todo caso, se cumple el trato en cuanto al ascenso y la elección de destino. En la misión, si la hay, deberá poner en práctica sus conocimientos especializados. Puedo decirle que tiene que ver con una operación de espionaje clandestina. No irá a Nicaragua ni a ningún lugar por el estilo. No se trata de una guerra secreta. -Lo cual no era mentira en el sentido estricto, pero «Smith» no estaba al tanto de los pormenores, y sus superiores no alentaban las especulaciones. Conocía los criterios de selección y su tarea, que estaba a punto de terminar, era reunir a la gente necesaria para... lo que diablos tuvieran que hacer-. Bueno, es todo cuanto puedo decirle. Lo que se ha hablado aquí queda entre estas cuatro paredes. En otras palabras, no debe hablar sobre esto con nadie sin mi autorización. ¿Entendido?

-¡Sí, señor!

-Hemos invertido tiempo y dinero en usted, sargento. Es hora de cobrar esa inversión. El país necesita de usted. Es hora de poner en práctica lo que sabe hacer.

Había una sola respuesta posible a semejante exhortación, y Smith lo sabía. El joven tardó cinco segundos -menos de lo esperado- en responder.

-¿Cuándo empiezo, mi coronel?

Smith sacó del cajón central del escritorio un sobre de papel manila con el nombre de Chávez escrito con rotulador de punta gruesa.

-Me he tomado la libertad de adelantar sus trámites, sargento. Aquí están sus hojas médica y financiera. Ya me ocupé de casi todo. He incluido un poder para que alguien envíe sus efectos personales adonde el formulario indica.

Chávez asintió. Se sentía un poco mareado. El tal coronel Smith, quienquiera que fuese, debía de tener mucho peso para liquidar con tanta facilidad el papeleo que la engorrosa burocracia militar exigía. Cada traslado solía tardar cinco días de colas y antesalas. Tomó el sobre que el oficial le tendía.

-Prepare sus efectos y preséntese aquí a las dieciocho. No se corte el cabello: queremos que se lo deje crecer. Yo hablaré con sus superiores. Y recuerde: ni una palabra a nadie. Si le preguntan, diga que debe presentarse en Fort Benning antes de lo esperado. Confío en su discreción. -El «coronel Smith» se levantó y extendió la mano para poner fin a la entrevista con una verdad a medias-: Ha hecho muy bien en aceptar, sargento. No esperábamos menos de usted.

-¡La noche es nuestra, mi coronel!

-Marche.

El «coronel Smith» guardó el expediente en su portafolio. Listo. Casi todos los hombres estaban camino de Colorado. Chávez era uno de los últimos. «Smith» se preguntó qué resultaría de todo aquello. Se llamaba Edgar Jeffries, y, años antes, había interrumpido su carrera militar para ingresar en la CIA. Era de esperar que todo se resolviera de acuerdo con los planes, pero su experiencia le indicaba que rara vez sucedía así. No era la primera vez que salía a reclutar voluntarios. No todas las misiones terminaban bien, y muy pocas de acuerdo con lo previsto. Pero Chávez y los demás se habían reenganchado voluntariamente en el

Librodot

Ejército y también en la misión que él les había propuesto. El mundo era peligroso y esos cuarenta hombres habían tomado la decisión consciente de dedicarse a una profesión de las más peligrosas. Esa idea lo tranquilizaba, porque Edgar Jeffries era un hombre de conciencia, y necesitaba ese consuelo.

-Que le vaya bien, sargento -murmuró.

Chávez tuvo un día muy atareado. Se vistió de civil, lavó su uniforme de campaña y sus pertenencias, y reunió los efectos que debería entregar. Limpió todo muy bien, porque su obligación era devolver el equipo en mejor estado del que lo había recibido: así lo exigía el sargento primero Mitchell. A las 13, cuando el resto del pelotón volvió de Hunter-Liggett, ya había realizado una buena parte de la tarea, hecho que sus camaradas no dejaron *de* advertir. El sargento primero apareció poco después.

-¿Ya te preparas para partir, *Ding*? -preguntó Mitchell.

-Sí, me esperan en Benning antes de lo previsto. Por eso... esteee... me mandaron llamar esta mañana.

-¿Está enterado el teniente?

-Lo habrán avisado, ¿no? A él o al suboficial mayor.

Chávez se sentía molesto por tener que mentirle a su sargento primero. Bob Mitchell había sido su amigo y maestro durante los cuatro años en Fort Ord. Pero la orden había sido dada por un coronel.

-Tienes mucho que aprender sobre el papeleo, *Ding.* Vamos muchacho. El teniente está en su oficina.

El teniente de Infantería Timothy Washington Jackson no había tenido tiempo de bañarse, pero estaba a punto de dirigirse a su alojamiento de soltero, en el barracón de oficiales. Alzó la vista cuando los dos suboficiales entraron.

-Permiso, mi teniente. Chávez tiene orden de salir para Fort Benning ahora mismo. Vienen a buscarlo esta tarde.

-Sí, el suboficial mayor me avisó. ¿Qué diablos pasa aquí? Ésta no es manera de hacer las cosas. ¿Cuándo se va?

-A las dieciocho, mi teniente.

-¡Pero qué bien! Bueno debo asearme para presentarme al capitán. Sargento Mitchell, ¿puede hacerse cargo de las planillas de embarque?

-Sí, mi teniente.

-De acuerdo. Volveré a las diecisiete para la firma. Chávez, no se vaya antes de que yo vuelva.

El resto de la tarde transcurrió con rapidez, Mitchell se encargó de las planillas de embarque -no había mucho para embarcar-, y dedicó unas horas a iniciar a su joven camarada en los secretos de la burocracia. El teniente Jackson volvió a la hora indicada y los convocó a su oficina. Era una hora tranquila. La mayoría de los soldados se había ido a la ciudad para una merecida francachela.

-*Ding,* su partida es un poco intempestiva. Todavía no sabemos quién lo remplazará. Creo que usted mencionó a Ozkanian, sargento primero Mitchell.

-Sí, mi teniente. ¿Qué dices tú, Chávez?

-Creo que puede hacerlo.

-Muy bien, el cabo Ozkanian tendrá su oportunidad. Usted es un hombre de suerte, Chávez. Terminé todo el papeleo antes de que saliéramos de maniobras. ¿Quiere conocer su evaluación?

-Sólo lo bueno, mi teniente -rió Chávez. Sabía que el teniente tenía un gran concepto de él.

-Bien, yo creo que usted es un soldado de primera. Mejor dicho, no lo creo, lo sé. Lamento que se vaya. ¿Tiene transporte ahora?

-No hay problema, mi teniente. Iba a caminar.

-Nada de eso. Anoche tuvimos caminata de sobra. Lleve su equipaje a mi coche. -Le entregó la llave-. ¿Queda algo pendiente, sargento Mitchell?

-Nada que no pueda esperar hasta el lunes, mi teniente. Creo que nos merecemos un buen descanso este fin de semana.

-Como siempre, su lógica es irrefutable. Mi hermano ha venido a visitarme, así que me voy hasta el lunes a las 6.

-Entendido. Que pase un buen fin de semana, mi teniente.

Chávez tenía poco equipaje y, cosa rara, no poseía coche. Ahorraba para comprar el de sus sueños, un «Chevy Corvette»[4], y todavía le faltaban cinco mil dólares para pagarlo al contado. Puso su equipaje en el asiento trasero del «Honda». Cuando el teniente salió del cuartel, Chávez le devolvió la llave.

-¿Adónde lo llevo?

-Oficina de personal, mi teniente.

-¿G-1? ¿Por qué no al salón Martínez? -preguntó Jackson al poner el motor en marcha. Era el lugar donde concentraban a los soldados que partían hacia nuevos destinos.

-Voy adonde me dicen, mi teniente.

-Como todos -rió Jackson.

Pocos minutos después, se despidió de Chávez con un buen apretón de manos. Había otros cinco militares, observó el teniente. Todos sargentos, y de aspecto hispano. Conocía a dos de ellos. León estaba con el pelotón de Ben Tucker, 4.° de la 17.ª, y Muñoz, con la división de exploradores. Buenos soldados, los dos. El teniente Jackson se encogió de hombros y se alejó.

[4] Chevrolet.

III. EL PROTOCOLO PANACHE

Wegener realizó la inspección antes de almorzar, no después. No hubo quejas. El suboficial Riley lo había precedido en la tarea. Aparte de un par de latas de pintura y pinceles en uso -la tarea de pintar una nave no tiene principio ni fin; es, sin más-, no había nada suelto. El cañón estaba debidamente asegurado, lo mismo que las cadenas de las anclas, los cabos de salvamento y las escotillas, debido a la inminente tormenta. Unos marineros en horario de descanso tomaban el sol o leían, pero se pusieron en pie de un salto ante la orden de Riley, «¡Atención sobre cubierta!». Un marinero raso leía *Playboy.* Wegener le dijo con una sonrisa que se cuidara la próxima vez, ya que tres mujeres se integrarían a la tripulación en menos de dos semanas y no debían herir su susceptibilidad. La ausencia de mujeres a bordo era una mera anomalía estadística, y la novedad no quitaba el sueño al capitán, pero sus suboficiales superiores se mostraban escépticos, en el mejor de los casos. También necesitarían turnarse en el uso de los sanitarios, ya que los diseñadores del buque no habían anticipado la presencia de tripulantes femeninos. Era la primera vez en todo el día que Red Wegener hallaba un motivo para sonreír. El problema de hacerse a la mar con mujeres... Su sonrisa se desvaneció cuando su mente evocó las imágenes filmadas. Dos mujeres -mejor dicho, una mujer y una niña- que se habían hecho a la mar...

No conseguía olvidarlo.

Echó una mirada en derredor, a las expresiones de curiosidad de los marineros. Algo molestaba al capitán. No sabían qué era, pero tampoco convenía hacerse ver cuando el jefe estaba furioso por algo. Entonces observaron cómo se alteraba su expresión: el capitán se formulaba mentalmente una pregunta.

-Todo luce muy bien, caballeros. Que siga así. -Saludó y se retiró a su camarote, desde donde mandó llamar al suboficial Oreza.

El contramaestre se presentó ante él en menos de un minuto. El *Panache* era demasiado pequeño para hacer caminatas largas.

-¿Llamaba, capitán?

-Cierra la puerta y toma asiento, *Portugués.*

El suboficial principal contramaestre era de origen portugués, pero tenía acento de Nueva Inglaterra. Era un excelente marinero, como Bob Riley, y un gran instructor, como su capitán. Toda una generación de oficiales había aprendido el manejo del sextante con ese moreno y gordo profesional. Los hombres como Manuel Oreza eran la columna vertebral del servicio, y, en ocasiones, Wegener lamentaba haber abandonado sus filas para ascender a oficial. Pero no las había abandonado del todo, y cuando estaban a solas, Wegener y Oreza se tuteaban.

-Vi la filmación, Red -dijo Oreza, que sabía leer los pensamientos de su capitán-. Debiste permitir que Riley hiciera pedazos a ese hijo de puta.

-Ésa no es manera de resolver las cosas -dijo Wegener, aunque sin convicción.

-Piratería, asesinato, violación..., y, para colmo, drogas. -El contramaestre se encogió de hombros-. Yo sé cómo tratar a los tipos como ésos. El problema es que nadie quiere hacerlo.

Wegener entendía lo que quería decir. Aunque últimamente se había instituido la pena de muerte para el asesinato relacionado con el narcotráfico, no era frecuente que la solicitaran. El problema radicaba en que cada narcotraficante detenido conocía a un pez más gordo que él, y cuya captura era más valiosa que la suya: los más gordos jamás se colocaban en una posición hasta la que el brazo supuestamente largo de la justicia pudiera alcanzarlos. Las fuerzas de seguridad federales eran omnipotentes de fronteras para adentro y los guardacostas eran plenipotenciarios en el mar -estaban autorizados a abordar y registrar buques de bandera

Librodot

extranjera a voluntad-, aunque existían ciertos límites. No podía ser de otra manera. El enemigo conocía esos límites y se adecuaba a ellos con facilidad. Era un juego en el que sólo un bando acataba las normas; el otro gozaba de libertad para interpretarlas a voluntad. No resultaba difícil para los «capos» evitar las situaciones de peligro, y siempre había abundancia de peces pequeños dispuestos a correr el riesgo a cambio de una paga varias veces superior a la de cualquier Ejército. Esos infantes eran despiadados, astutos; la contienda se hacía difícil, y, cuando caían presos, siempre estaban dispuestos a trocar lo que sabían por la inmunidad frente a la ley.

Por eso, nadie parecía pagar por esos crímenes. Salvo las víctimas, claro. La voz del suboficial interrumpió sus pensamientos.

-¿Sabes una cosa, Red? Es posible que estos dos queden en libertad.

-Pero eso no puede ser, *Portugués,* si...

-Mi hija mayor estudia Derecho, capitán. ¿Quieres saber qué puede ocurrir?

-Bueno, dímelo.

-Los llevamos a puerto, o mejor dicho, el helicóptero los lleva, y lo primero que hacen es solicitar la presencia de su abogado. Cualquiera que haya visto las series norteamericanas lo sabe. Digamos que no abren el pico. El abogado declara que sus defendidos vieron un yate a la deriva y que lo abordaron. La embarcación que los transportaba siguió su rumbo y ellos se quedaron en el yate para llevarlo a puerto y pedir una recompensa. No se comunicaron por radio porque no saben utilizarla. En la película filmada allí se ve que es uno de esos aparatos computarizados ultramodernos que para aprender a usarlo hay que leer un manual de cien páginas... y resulta que los dos amiguitos no saben mucho inglés. Algún pesquero confirmará la primera parte de la historia. Todo ha sido debido a un lamentable malentendido. Entonces, el fiscal federal de Mobile llega a la conclusión de que faltan pruebas suficientes y nuestros amigos aceptan declararse culpables de un cargo menor. Así es cómo se hacen estas cosas.

-No puedo creerlo.

-¿Dónde están los cadáveres? ¿Los testigos? Las armas sí las tenemos, pero ¿quién vio a los autores de los disparos? Las pruebas son meros indicios. -Oreza sonrió con amargura-. Mi hija me explicó muy bien cómo funciona el sistema. No es difícil conseguir a alguien que corrobore sus aseveraciones, algún sujeto de prontuario limpio, y entonces resulta que la defensa tiene testigos y nosotros tenemos una mierda. Se declaran culpables de cualquier tontería, y ya está...

-Pero si son inocentes, ¿por qué no...?

-¿Por qué no hablaron? Diablos, eso es lo más fácil de responder. Un buque de guerra extranjero les intercepta el paso y les envía una partida de abordaje armada. Los amenazan con armas de fuego, les sacuden un poco y ellos tienen tanto miedo que no abren la boca. Eso dirá el abogado. No lo dudes. Claro que no saldrán en libertad inmediatamente; pero, por miedo a perder el caso, el fiscal buscará la solución más fácil. Les echarán un año o dos y después les darán un billete de avión a su país.

-Pero son unos asesinos.

-Claro que sí -asintió el *Portugués*-. Pero si son asesinos vivos, pueden salirse con la suya. Tienen muchos recursos. Lo más importante que mi hija me enseñó, Red, es que las cosas nunca son tan sencillas como parecen. Hiciste mal en no permitir que Bob se ocupara de ellos. Los chicos hubieran respaldado cualquier cuento que inventaras. Deberías escuchar sus comentarios.

El capitán Wegener meditó en silencio. Era lógico, ¿no? Los marineros no cambiaban con los años, ¿verdad? Cuando estaban en tierra, se esforzaban en bajarle las bragas a cuanta

hembra se les cruzara en el camino, pero en materia de asesinato y violación, los «chicos» y los veteranos pensaban igual. Los tiempos no eran tan distintos, después de todo. Los hombres eran hombres y tenían noción de lo que era la justicia, con independencia de lo que los tribunales y los abogados dijeran.

Después de pensarlo un poco, Red se dirigió a su biblioteca. Junto al *Código de Justicia Militar y* al *Código de procedimientos de Consejos de Guerra,* tenía un tomo muy antiguo conocido por su título informal de *Rocas y bajíos.* Era el antiguo manual de reglamentos que se remontaba al siglo XVIII y había sido remplazado después por el *Código de Justicia Militar* después de la Segunda Guerra Mundial. El ejemplar de Wegener era una antigüedad bibliográfica. Lo había hallado en una polvorienta caja de cartón, en un viejo puerto californiano. Databa de 1879, cuando las reglas eran muy distintas, y el mundo, un lugar más seguro. Y con razón: bastaba conocer las leyes para comprender el porqué.

-Gracias, *Portugués.* Tengo algo que hacer. Preséntate con Riley aquí a las 15.

-Entendido, señor -dijo Oreza al ponerse en pie. Se preguntó qué le agradecía. Sabía adivinar los pensamientos de su comandante; pero, en esa ocasión, no pudo hacerlo. Algo se le había ocurrido, mas sólo se enteraría a las 15. Debería esperar hasta entonces.

Poco después, Wegener fue a almorzar con los oficiales. Sentado a la cabecera de la mesa, leía en silencio los últimos mensajes transmitidos por teletipo. Los oficiales eran jóvenes y el ambiente, informal. La conversación de sobremesa resultaba animada. El tema del día era el que cabía imaginar, y Wegener dejó que hablaran mientras leía con rapidez las amarillas hojas. La idea que se le había ocurrido en el camarote empezaba a tomar cuerpo. Meditó los pros y los contras en silencio y llegó a la conclusión de que las consecuencias no podrían ser demasiado graves. El problema era saber si sus hombres lo secundarían.

-Oreza dice que en los viejos tiempos sabían tratar a los hijos de puta como ésos -dijo un subteniente desde el otro extremo de la mesa. Los demás asintieron.

-El progreso es una mierda -añadió otro que, sin saberlo, permitió que su capitán tomara una decisión.

Sí, era posible, pensó Wegener. Alzó la vista para mirar a sus oficiales. Los había entrenado bien. Después de diez meses bajo su mando, su rendimiento dejaba muy poco que desear. Había transformado a un grupo de hombres tristes y deprimidos en un equipo de oficiales entusiastas. Dos de ellos se habían dejado crecer el bigote para parecer más marineros. Sentados con aparente despreocupación alrededor de la mesa, trasuntaban eficacia. Amaban su nave y eran leales a su capitán. Lo respaldarían en todo. Red terció en la conversación, arrojó un globo sonda para determinar quién participaría y quién permanecería al margen.

Después de almorzar, volvió al camarote donde todavía lo aguardaba el papeleo. Terminó lo más rápido que pudo y abrió el viejo tomo sobre *Rocas y bajíos.* A las 15, llegaron Oreza y Riley. Les explicó su plan: los dos suboficiales principales se mostraron sorprendidos, pero aceptaron con entusiasmo.

-Riley, quiero que lleves esto a nuestros huéspedes. Uno de ellos lo dejó caer sobre el puente. -Sacó el paquete de cigarrillos-. ¿Tiene tronera el calabozo?

-Claro, capitán -respondió el contramaestre, sorprendido. No sabía nada sobre los «Calvert».

-Empezamos a las 21 -dijo el capitán.

-A esa hora tendremos tormenta -replicó Oreza-. De acuerdo, Red. Hay que tener cuidado con...

-Sí, *Portugués,* lo sé. La vida es aburrida si no corres algunos riesgos -sonrió.

Riley fue el primero en salir. Bajó por una escalera cerca de la proa hasta el segundo nivel, y se dirigió al calabozo, cerca de la popa. Los dos permanecían tendidos sobre sus respectivas literas en la jaula de tres por tres. Tal vez habían estado conversando, pero callaron apenas se abrió la puerta. El contramaestre pensaba que no era mala idea instalar un micrófono oculto en el calabozo, pero un fiscal les había explicado que eso constituía una violación de garantías constitucionales o de los procedimientos de allanamiento y detención o alguna estupidez legal por el estilo.

-Oye, infeliz -dijo. El de la litera inferior, el mismo al que había arrojado contra la borda, se incorporó para ver quién era y lo miró con ojos temerosos.

-¿Sí?

Hablaba con un acento extranjero que el suboficial no pudo identificar.

-Se os cayeron los cigarrillos en cubierta. -Arrojó el paquete por entre los barrotes, y Pablo -el suboficial pensó que tenía cara de llamarse Pablo- los recogió sorprendido.

-Gracias.

-De nada. Por favor, muchachos, no salgáis sin avisarme, ¿entendido? -rió Riley, y se alejó. Era un calabozo de verdad, y estaba bien diseñado. Incluso tenía sanitarios propios. Para Riley era una ofensa que hubiera calabozo en un guardacostas. Pero al menos tenía la ventaja de que se podía prescindir de una guardia especial para los detenidos. Claro que un poco más tarde... Sonrió. *Muchachos, una linda sorpresa os espera.*

En el mar, el viento es un fenómeno impresionante. Tal vez lo parece por la manera como barre la superficie uniforme, o quizá la mente humana sabe que su poder en el mar es superior al que tiene en tierra firme. A la luz de la luna creciente, Wegener contemplaba el avance de los chubascos de ceja de más de veinte nudos. El viento era de veinticinco nudos, con ráfagas casi el doble de fuertes. La experiencia le indicaba que las suaves marejadas de un metro que apenas agitaban al *Panache* se convertirían más tarde en agitadas olas con rompiente y espuma. Nada grave, pero sí lo suficiente para sacudir al buque. Algunos tripulantes bisoños lamentarían haber cenado. Bueno, uno aprendía por experiencia que el mar castiga la gula.

Para Wegener, la tormenta era una ventaja adicional porque creaba la atmósfera que él buscaba, y además le daba un pretexto para alterar el plan de guardia. El joven O'Neil tendría la oportunidad de aprender a gobernar el barco en un mar agitado.

-¿Problemas, oficial?

-Ninguno, señor.

-Bien, recuerde que si algo inesperado sucede, estaré en el salón.

Una de las órdenes permanentes de Wegener decía: *Un oficial jamás sufrirá una reprimenda por solicitar la presencia del capitán en el puente. Aunque sólo sea para saber la hora exacta, llámeme.*

Se trataba de la clásica exageración habitual. Pero era necesaria, porque se sabía de oficiales subalternos que, temerosos de interrumpir el descanso de su capitán, habían embestido a otro buque y puesto fin con ello no a su sueño sino a su carrera. La virtud del buen oficial, insistía Wegener, era saber que siempre tenía algo que aprender.

O'Neil asintió. Los dos sabían que no había motivos para preocuparse. Sólo que el chico todavía no había aprendido por experiencia que el buque se comporta distinto cuando el viento y el mar corren de través. De todas maneras, el suboficial Owens lo acompañaba. Wegener fue hacia la popa y el segundo contramaestre de guardia anunció: «El capitán abandona el puente».

En el comedor de la tripulación, los reclutas veían una película. Era un cinta nueva, con una letra «R» en el estuche: Porno duro. Riley la había puesto. Abundancia de tetas y culos para mantener fija su atención. Quien quisiera ver la televisión en el salón de oficiales encontraría la misma película. Los jóvenes oficiales tenían los mismos impulsos hormonales que los reclutas, pero esa noche no les darían rienda suelta.

La tormenta mantendría a los hombres alejados de las cubiertas superiores, y el ruido no vendría mal. Wegener sonrió al abrir la puerta del salón. Mejores condiciones, imposible.

-¿Estamos listos? -preguntó.

El entusiasmo inicial que el plan había despertado se había desvanecido. Era de esperar, pensó. Los jóvenes se mostraban ahora muy serios, pero no asustados. Sólo esperaban que alguien diera la orden.

-Preparados, señor -dijo Oreza desde la cabecera. Los oficiales asintieron. Red fue a su asiento junto a la mesa y miró a Riley:

-Tráigalos.

-Entendido, señor.

El contramaestre se dirigió al calabozo. Al abrirlo, un olor de humo acre, que le hizo pensar que había un incendio en el cofre de las sogas, lo asaltó... hasta que comprendió...

-Mierda -gruñó, furioso. *¡En mi barco!*-. ¡Arriba, infeliz! -ordenó-. Tú también.

El de la litera inferior arrojó la colilla al inodoro y se puso en pie con una sonrisa despectiva. Riley sonrió a su vez y les mostró una llave. La sonrisa de Pablo se alteró, mas no se desvaneció.

-Vamos a dar un paseo, hijos. -El contramaestre sacó un par de esposas. Estaba seguro de que podía dominarlos con facilidad, y más en esos momentos que estaban drogados, pero la orden del capitán era clara. Introdujo la mano entre los barrotes, aferró a uno de ellos y lo atrajo hacia sí al tiempo que le ordenaba darse la vuelta. El hombre obedeció y se dejó esposar, lo mismo que el otro. Su actitud sumisa sorprendió al suboficial. Luego abrió la puerta del calabozo y les indicó que salieran. Riley le quitó el paquete de cigarrillos a «Pablo» y los arrojó sobre la litera.

-Marchen. -Los tomó del brazo para girarlos. Se tambaleaban al caminar... y no sólo a causa del bamboleo de la nave. Tardaron varios minutos en llegar al salón.

-Prisioneros, siéntense -dijo Wegener-. El tribunal entra en sesión.

Los dos lo miraron atónitos, en una actitud cuyo significado no escapó a ninguno de los presentes. Riley los condujo hasta sus asientos, junto a la mesa de la defensa. Es difícil para un hombre soportar las miradas fijas de sus congéneres, sobre todo cuando no comprende qué sucede. Después de una breve pausa, el más alto abrió la boca:

-¿Qué ocurre?

-Señor -dijo Wegener con calma-, éste es un Consejo de Guerra Sumarísimo. -Ante la mirada de incomprensión del otro, prosiguió-: Que el señor auditor militar lea la acusación.

-Señor Presidente, de acuerdo con el artículo once del Código de Guerra se acusa a los prisioneros de piratería, violación y homicidio. Cada uno de estos crímenes conlleva la pena capital. Especificamos: que el día catorce del corriente mes, los acusados abordaron el yate motor *Empire Builder;* que mientras permanecían a bordo, procedieron a asesinar a las cuatro personas que ocupaban esa nave; a saber, el dueño y patrón de la nave, su esposa y sus dos hijos, menores de edad; que, en el curso de los mencionados sucesos, los acusados procedieron a violar a la esposa y a la hija del dueño y patrón; que los acusados procedieron a

Librodot

desmembrar y eliminar los cadáveres de las víctimas poco antes de que nosotros abordáramos la nave en la mañana del día quince. La auditoría demostrará que estas acciones tuvieron lugar en el curso de una operación de contrabando de drogas. El homicidio agravado por tráfico ilegal de estupefacientes conlleva la pena capital de acuerdo con el Código Penal de Estados Unidos. Además, digo, el homicidio agravado por piratería y la violación agravada por piratería son crímenes que conllevan la pena capital de acuerdo con el Código de Guerra. Este tribunal sabe que la piratería es un crimen bajo la doctrina del *jus gentium y* cae bajo la jurisdicción de cualquier nave de guerra interesada. Además, digo, el homicidio agravado conlleva la pena capital. Como buque del Servicio de Guardacostas de los Estados Unidos de Norteamérica, poseemos el poder *de jure* para abordar cualquier nave de bandera estadounidense, pero no es estrictamente necesario invocar esa autoridad en esta ocasión. Por todo lo anterior, este Consejo tiene plena jurisdicción para juzgar, y, en su caso, ejecutar a los prisioneros. La auditoría deja asentada su intención de solicitar la pena de muerte.

-Gracias -dijo Wegener y se volvió hacia la defensa-. ¿Comprenden ustedes de qué se les acusa?

-¿Cómo?

-El señor auditor les ha dicho que se les juzga por piratería, violación y homicidio. De hallarlos culpables, este Consejo procederá a resolver si los ejecuta. Tienen derecho a un abogado, conforme a la ley. El alférez de navío Alison, sentado junto a ustedes, cumplirá esa función. ¿Comprenden? -Necesitó un par de segundos, pero comprendió-. ¿Se da por enterada la defensa de cuál es la acusación?

-Nos damos por enterados, señor Presidente. La defensa solicita que se juzgue a cada acusado por separado y solicita permiso del tribunal para conversar a solas con los acusados.

-Señor Presidente, la auditoría tiene objeción a la primera solicitud.

-Que la defensa presente su argumento.

-Señor Presidente, estando en juego las vidas de mis defendidos, como el señor auditor acaba de decir, solicito al tribunal se me permita realizar la mejor defensa posible y...

Wegener alzó la mano.

-El defensor señala con razón que en los crímenes que conllevan la pena máxima corresponde otorgar las mayores garantías a la defensa. El Consejo considera que el argumento es justo y concede la solicitud. Asimismo, declara un cuarto intermedio de cinco minutos para que el defensor pueda conversar a solas con los acusados. El Consejo sugiere al defensor que instruya a sus clientes para que se identifiquen correctamente.

El alférez los condujo a un rincón y les habló en voz baja. Los dos seguían esposados.

-Escuchen, soy el alférez Alison y me han encargado que les defienda la vida. Por empezar, lo mejor que pueden hacer es decirme sus nombres.

-¿Qué es esta jilipollada? -preguntó el más alto.

-Esta jilipollada es un Consejo de Guerra. Por si no lo sabía. Estamos en alta mar, y en un buque de guerra norteamericano, donde el capitán hace todo lo que le da la gana. Ya está bastante furioso, traten de no fastidiarlo más.

-¿Y qué?

-¡Joder, los *están juzgando,* idiotas! Es un juicio con juez y jurado. Pueden condenarlos a muerte y ejecutarlos ahora mismo, en el barco.

-Jilipolladas.

-Por Dios, díganme al menos cómo se llaman.

-Pregúntale a tu madre -replicó el más alto con desdén. El otro se mostraba menos confiado. El alférez se rascó la cabeza, gesto que no pasó inadvertido para el capitán Wegener.

-¿Qué mierda hicieron a bordo de ese yate?

-¡Quiero un abogado de verdad!

-Por si no se ha dado cuenta, no tendrán más abogado que yo.

Tal como todos preveían, el hombre no lo creyó. El defensor condujo a los acusados a la mesa.

-El Consejo entra de nuevo en sesión -anunció Wegener-. Escucharemos el alegato inicial de la defensa.

-Si el Consejo me permite, los acusados optan por no identificarse.

-No es cuestión de permitirlo, sino de aceptar el hecho. Al acabar este proceso los identificaremos como John Doe y James Doe -dijo Wegener, señalando sucesivamente a uno y otro-. Juzgaremos en primer término a John Doe. ¿Objeciones? Muy bien, el auditor tiene la palabra.

Durante los veinte minutos siguientes, le tomó declaración a su único testigo, el suboficial Riley, quien relató el abordaje y efectuó algunos comentarios sobre la filmación.

-¿Dijo algo el acusado?

-No, señor.

-Describa por favor el contenido de esta bolsa.

-Señor, creo que ese objeto es lo que llaman tampón. Parece usado, señor -dijo Riley, molesto-. Lo hallé debajo de la mesa ratona, en el salón principal del yate, cerca de una mancha de sangre..., ésta que se ve en la fotografía, señor. Como usted comprenderá, yo no sé demasiado sobre estos objetos, pero nunca he visto que una mujer los deje tirados por ahí. En cambio, si alguien fuera a violar a una mujer, esa cosa estorbaría, digamos, y entonces es posible que lo quitara de ahí para poder hacer lo que..., lo que quiere hacer. Si mira el lugar del que lo recogí, que es donde están las manchas de sangre, no es difícil comprender lo sucedido.

-No hay más preguntas, señor Presidente. La auditoría ha concluido su presentación.

-Muy bien. Antes de presentar sus argumentos, diga el defensor si tiene intención de convocar a otros testigos al estrado.

-No, señor Presidente.

-Muy bien. Como Presidente de este Consejo, me dirijo al acusado. -Wegener giró la cabeza y se inclinó hacia delante en su asiento-. Señor, ahora que va a defenderse, tiene derecho a una de tres posibilidades. Una, puede optar por no hacer declaración alguna, en cuyo caso este Consejo no extraerá conclusiones sobre su actitud. Dos, se le permite hacer una declaración bajo juramento, no sujeta a interrogatorio posterior. Tres, puede hacer una declaración bajo juramento y someterse a interrogatorio por parte del auditor de guerra. ¿Comprende usted cuáles son sus derechos?

John Doe, que había seguido todo el proceso con una sonrisa desdeñosa, se puso en pie con dificultad. Con las manos esposadas a la espalda, en ese barco que se agitaba como un árbol caído en un torrente no era fácil conservar el equilibrio.

-¿Qué coño pasa? -preguntó con ese acento que ninguno de los presentes podía identificar-. Quiero volver a la celda, y que me dejen en paz hasta que pueda conseguir el abogado que quiera, qué mierda.

Librodot

-Mr. Doe -replicó Wegener-, insisto, por si no se ha dado cuenta, que se lo juzga por piratería, violación y asesinato. En este libro -alzó el de *Rocas y bajíos*- se dice que puedo someterlo a proceso aquí y ahora, y que si lo hallo culpable, tengo facultad para ahorcarlo sobre cubierta. Es verdad que esta ley no se aplica desde hace más de cincuenta años, pero por su bien le conviene creer lo que le digo. La ley está en vigencia, puesto que nadie se tomó la molestia de abolirla. No es lo que usted esperaba, ¿verdad? ¿Quiere un abogado? Tiene a Mr. Alison. ¿Quiere defenderse por sus propios medios? Hágalo. Pero tenga en cuenta que éste es un juicio en única instancia, sin apelación. Piénselo bien y decida lo antes posible. ¿Tiene algo que decir?

-Sí, que se vayan todos a la mierda, hijos de puta.

-El Consejo hará caso omiso del comentario del acusado -dijo Wegener, tratando de mantener una expresión serena y adusta, como corresponde a quien preside un juicio con posible pena de muerte.

Durante el cuarto de hora siguiente, el defensor trató valientemente de refutar las pruebas presentadas por el auditor, pero fue inútil. La auditoría y la defensa presentaron sus alegatos finales y nuevamente tomó la palabra el capitán Wegener.

-Los miembros del Consejo procederán ahora a dar su veredicto. El voto será secreto y por escrito. El señor auditor recogerá luego los votos.

Este trámite se demoró menos de un minuto. El fiscal entregó a cada uno de los cinco miembros del Consejo una hoja de papel. Cada juez miró al acusado antes y después de efectuar su voto. El fiscal recogió las hojas, las mezcló con la misma habilidad con que un chico de cinco años maneja un mazo de naipes, y las entregó al capitán. Wegener desplegó los votos sobre la mesa, hizo una anotación y alzó la vista.

-Póngase de pie el acusado y mire de frente al tribunal.

Mr. Doe, ¿tiene algo que decir antes de que el tribunal pronuncie su sentencia?

La respuesta fue una sonrisa desdeñosa e incrédula.

-Muy bien, el tribunal vota por mayoría de dos tercios que el acusado es culpable y lo condena a muerte en la horca. La sentencia se ejecutará dentro de una hora. Que Dios se apiade de su alma. El tribunal entra en receso.

-Lo lamento, señor -dijo el defensor-. Usted no hizo mucho por facilitar mi tarea.

-¡Quiero un abogado! -chilló Mr. Doe.

-Lo que usted necesita, señor, no es un abogado, sino un cura -dijo el defensor, y, en ese momento, el suboficial Riley le aferró el brazo.

-Vamos. Una linda soga te espera.

El otro prisionero, el llamado James Doe, había seguido todo el proceso con una mezcla de incredulidad y fascinación. Ahora su expresión se había alterado: era la de un hombre a punto de ser arrollado por una locomotora.

-Y *usted,* ¿comprende lo que sucede?

-Todo esto es falso -dijo el preso, aunque sin la convicción que había demostrado una hora antes.

-Oye, ¿todavía no se da cuenta? ¿No les dijeron que últimamente los tipos como ustedes desaparecen y no se vuelve a saber de ellos? Empezamos a hacer esto hace más de seis meses. Las cárceles están llenas, y los jueces, hartos de todo esto. Si detenemos a un tipo con las manos en la masa, nos ocupamos de todo, aquí, en alta mar. ¿No le dijeron que las cosas no son como antes?

-¡No pueden! -chilló.

-¿De veras cree que no podemos? Bueno, se lo demostraré. Dentro de diez minutos subiremos a cubierta. Y le digo que si no colabora, no jugaremos con usted, amigo. Es tarde y estamos cansados. Siéntese, piénselo bien y cuando el momento llegue, verá cuál es la verdad.

El alférez se sirvió una taza de café para pasar el tiempo, y no volvió a dirigirse al acusado. Bebía el último sorbo cuando la puerta se abrió.

-Todos a cubierta a presenciar la ejecución -anunció el suboficial Oreza.

-De pie, Mr. Doe. Venga a ver.

El alférez lo agarró del brazo y lo condujo a la escalera frente a la puerta del salón de oficiales. La subieron y se dirigieron por un pasillo estrecho hacia la cubierta de popa, que era una pista de aterrizaje para un helicóptero.

El alférez de navío Rick Alison, un joven negro de Albany, Nueva York, era el navegante. Todas las noches agradecía a Dios por el hecho de hallarse bajo el mando de Red Wegener, de lejos el mejor capitán que había conocido en toda su vida. Más de una vez había pensado en pedir la baja, pero últimamente había resuelto seguir hasta jubilarse. Condujo a Mr. Doe a la popa, a unos diez metros de la ceremonia.

El mar estaba muy picado, advirtió Alison. Calculó que las ráfagas eran de más de treinta nudos y las olas de tres o cuatro metros. El *Panache* se balanceaba hasta unos veinticinco grados a izquierda y derecha de la vertical, como una especie de columpio. Alison recordó que O'Neil estaba al timón, con ayuda del suboficial Owens. El nuevo alférez de corbeta era un buen chico, pero tenía mucho que aprender, pensó el navegante, que era apenas seis años mayor. A estribor, relámpagos ocasionales iluminaban el mar. La torrencial lluvia barría la cubierta a un ángulo agudo y, lanzada por el viento, azotaba los rostros de los hombres con fuerza. En definitiva, era una noche propia de un cuento de Poe. No había luz, aunque la pintura blanca de la nave les daba una especie de referencia visual fantasmagórica. Alison se preguntó si Wegener había tomado aquella decisión a causa del tiempo o si sólo era una afortunada casualidad.

Capitán, le he visto cometer algunas locuras desde que se hizo cargo de esta nave, pero ésta se lleva la palma.

Apareció la soga. Alguien la había pasado sobre la punta del mástil que sostenía las antenas de la radio y el radar. *Un ejercicio de lo más divertido,* pensó Riley. El único capaz de hacer semejante locura era el suboficial Riley.

Trajeron al prisionero, con las manos esposadas a la espalda. Lo flanqueaban el capitán y el segundo. Wegener pronunciaba unas palabras, pero no podían escucharlo. El viento silbaba al cruzar la cubierta y entre las drizas del mástil... ajá, eso era, pensó Alison. Riley había utilizado una de las drizas como cuerda viradora para alzar la soga de cáñamo hasta el aparejo. Nadie era tan loco como para trepar al mástil en medio de semejante tormenta.

Se encendieron unas luces. Eran los reflectores de cubierta que se utilizaban para guiar a los helicópteros. No servían gran cosa en medio de la lluvia, pero aclaraban un poco el cuadro. Wegener se dirigió una vez más al prisionero, que aún conservaba su actitud de soberbia. *Todavía no lo cree, tal vez no llegue a creerlo nunca,* pensó Alison. El capitán meneó la cabeza y dio un paso atrás. Riley le puso la soga al cuello.

La expresión de John Doe se alteró un poco. Aunque todavía no terminaba de creerlo, la situación, de repente, le parecía un poco más grave. Cinco hombres tomaron el cabo de la soga. Alison tuvo que reprimir la carcajada. Conocía el método, pero pensaba que el capitán no se atrevería a llegar a tanto...

Librodot

El broche de oro fue la capucha negra. Riley obligó al prisionero a volverse para quedar de frente a Alison y su amigo -por varios motivos- antes de darle la sorpresa. Y entonces Mr. Doe terminó de comprender.

-*¡Noooooo!*

Fue perfecto, un grito prolongado y fantasmal, a tono con la noche y el viento. Sus rodillas se doblaron y los hombres que sostenían el cabo suelto corrieron hacia la popa, apartándose de él. Los pies del prisionero se alzaron de la cubierta antideslizante y su cuerpo ascendió hacia el cielo. Las piernas se agitaron un par de veces, nada más, mientras ataban el cabo a un candelero.

-Bueno, ya está -dijo Alison. Asió al otro Mr. Doe del brazo y lo condujo hacia la proa-. Ahora te toca a ti.

Cuando llegaron a la escotilla, un relámpago iluminó la cubierta. El prisionero se detuvo para echar una última mirada. El cuerpo de su compañero se balanceaba como un péndulo bajo la lluvia.

-¿Ahora sí me crees? -preguntó el navegante al obligarlo a entrar. Los pantalones de Mr. Doe estaban empapados, y no sólo a causa de la lluvia.

Lo primero era secarse. Cuando el tribunal volvió a entrar en sesión, todos vestían ropa limpia; James Doe llevaba un mono marinero azul. Le quitaron las esposas, y al sentarse halló que le habían servido una taza de café muy caliente. No advirtió la ausencia de los suboficiales Oreza y Riley. La atmósfera era mucho menos tensa que antes, pero tampoco cayó en la cuenta de ello. James Doe no se sentía demasiado cómodo.

-Mr. Alison -dijo el capitán-, sugiero que converse a solas con su defendido.

-La alternativa es de lo más sencilla -dijo Alison-. Cantar o morir. Al capitán le importa una mierda. Para empezar, ¿cómo te llamas?

Jesús abrió la boca por primera vez. Un oficial empuñó una cámara portátil de vídeo -la misma que habían utilizado en el abordaje-, y le dijeron que empezara otra vez.

-Bueno, ¿comprendes que no estás obligado a hablar? -le preguntaron. El prisionero no escuchó. Repitieron la pregunta.

-Sí, entiendo, ¿está bien? -replicó sin volver la cabeza-. ¿Qué quieren que les diga?

Las preguntas ya estaban formuladas por escrito. Alison, que también era el asesor legal del buque, leyó la lista con la mayor lentitud posible frente a la cámara. El problema era conseguir que el prisionero hablara con idéntica lentitud y de manera inteligible. El interrogatorio duró cuarenta minutos. El prisionero respondía con rapidez y sin vueltas, y parecía no advertir las miradas de los hombres que lo rodeaban.

-Gracias por tu cooperación -dijo Wegener una vez que todo el proceso concluyó-. Trataremos de que no sean tan duros contigo. Claro que no podremos hacer mucho por tu amigo. Lo comprendes, ¿verdad?

-Problema suyo -espetó el hombre, y todos se relajaron.

-Hablaremos con el fiscal federal -prometió el capitán-. Alférez, conduzca al preso al calabozo.

-Entendido, señor. -Alison y el detenido salieron del salón, bajo la mirada de la cámara. Sin embargo, al llegar a la escalera, el preso tropezó. No vio la mano que lo hizo caer, ni tuvo tiempo de ver a la otra cuando cayó con violencia sobre su nuca. El suboficial Riley quebró un brazo del hombre desvanecido y el suboficial Oreza cubrió su boca con una gasa empapada en éter. Los dos cargaron con él hasta la enfermería, donde el médico de a bordo le enyesó el

brazo. Era una fractura simple, no requería cuidados especiales. Le esposaron el brazo sano a la cama y lo dejaron dormir.

El prisionero despertó ya avanzada la mañana. Le sirvieron el desayuno y le permitieron asearse antes de que el helicóptero arribara. Oreza lo llevó a la helipista, donde el suboficial Riley ya entregaba al otro prisionero. James Doe -cuyo verdadero nombre era Jesús Castillo- advirtió con estupor que John Doe -es decir, Ramón José Capati- estaba tan vivo como él. Un par de agentes de la DEA los mantenía muy separados, de acuerdo con las instrucciones. El capitán les había advertido que uno había confesado, para gran disgusto del otro. Castillo no podía apartar los ojos de Capati, y los agentes, que confundieron su asombro con miedo, y estaban encantados de contar con una confesión en un caso como ése, decidieron mantenerlos lo más separados posible en el reducido espacio interior del helicóptero. También se llevaron las pruebas del delito y los videocasetes. Wegener miraba cómo el rotor del «Dolphin» tomaba velocidad mientras se preguntaba cómo reaccionarían en tierra. Era el momento de reflexión que sigue a todo acto de locura, pero Wegener lo había anticipado. Creía haberlo previsto todo. Sólo ocho tripulantes estaban al tanto de lo sucedido, y sabían qué debían declarar. El segundo de a bordo apareció a su lado.

-Las cosas nunca son lo que parecen, ¿no?

-Supongo que no, pero tres inocentes han muerto. De hecho, cuatro. -*El dueño del yate no era lo que se dice un santo,* pensó el capitán. Pero ¿por qué tuvieron que matar a la mujer y los hijos? Wegener contempló el impasible mar. No tenía la menor idea del proceso que había desencadenado ni de cuánta gente moriría a causa de ello.

IV. PRELIMINARES

Chávez advirtió por primera vez que se trataba de una misión bastante inusual cuando llegaron al aeropuerto de San José. Los llevaron en una camioneta alquilada, sin identificación oficial, al sector civil de la aeroestación, donde un *jet* privado los esperaba. Eso los impresionó. El «coronel Smith» no abordó el avión. Estrechó la mano de cada uno, les dijo que los esperaban y regresó a la camioneta. No era *un jet* de empresa, sino más bien un avión de pasajeros pequeño. Ni siquiera faltaba una azafata para servir unos tragos. Cada uno guardó su equipaje y todos se sirvieron copas, menos Chávez, que estaba demasiado cansado, incluso para mirar a la joven. Casi no advirtió el despegue y se durmió antes de que el aparato completara su ascenso. Una voz interior le decía que debía aprovechar todo el tiempo disponible para dormir. Ese instinto rara vez falla a los soldados.

El teniente Jackson nunca había estado en la base de Monterrey, pero su hermano mayor le había indicado cómo llegar. Encontró el casino de oficiales sin inconvenientes. Al cerrar su «Honda» advirtió que el suyo era el único uniforme del Ejército a la vista y se sintió muy solo. En todo caso, no era difícil saber a quién debía hacer la venia. Los subtenientes saludan a casi todo el mundo.

-¡Aquí estoy, Timmy! -exclamó su hermano desde la puerta.

-Hola, Rob.

Se abrazaron con fuerza. Pertenecían a una familia muy unida, y Timmy no veía a su hermano mayor -el capitán de fragata Robert Jefferson Jackson, de la Armada de los Estados Unidos- desde hacía casi un año. La madre de Robby había muerto años atrás. Una noche, a los treinta y nueve años, sintió una leve jaqueca, se acostó a descansar y murió a causa de un infarto. La autopsia reveló que padecía hipertensión asintomática, ese mal tan común entre los negros norteamericanos. Su esposo, el reverendo Josiah Jackson, lloró su muerte acompañado por los vecinos de la comunidad donde criaban a sus hijos. Pero ese hombre de Dios también era padre de familia, y a sus hijos le faltaba una madre. Cuatro años más tarde, se casaba con una joven de su grey y empezaba otra vez. Timothy era el hijo mayor de su segundo matrimonio. Su cuarto hijo siguió las huellas del primero. Robby Jackson, graduado de la academia naval de Annapolis, era piloto de combate. Timmy había ingresado en West Point con la ambición de hacer su carrera en Infantería. Otro hermano era médico y el cuarto, abogado, con aspiraciones políticas. Corrían nuevos vientos en Mississippi.

Los dos se profesaban un respeto enorme. Robby, con sus tres franjas doradas en las hombreras, llevaba sobre el pecho la estrella dorada de los que han ejercido el mando en el mar: en su caso era un VF-41, una escuadrilla de cazas F-14 «Tomcat». Ahora tenía un puesto en el Pentágono, pero muy pronto pasaría a comandar la escuadrilla de un portaaviones y luego tal vez la nave misma. Timothy había sido el alfeñique de la familia, pero eso era antes de West Point. Ahora tenía cuatro centímetros más que su hermano y seis kilos más de puro músculo. Llevaba el distintivo de los *rangers y* el del reloj de sol, propio de su división. Otro chico que se había vuelto hombre a la manera antigua.

-Se te ve muy bien, muchacho -dijo Robby-. ¿Una copa?

-Pequeña, gracias. Si no, me duermo ahora mismo.

-¿Un día muy duro?

-Una semana muy dura -respondió Tim-, pero no puedo quejarme: ayer pude dormir la siesta.

-Veo que te tratan bien -dijo el mayor de los Jackson con fingida preocupación.

-Bueno, si hubiera querido una vida cómoda, me hubiese enganchado en la Armada -dijo Tim, y los dos soltaron la carcajada.

Robby pidió un cóctel de ron, un gusto adquirido recientemente, gracias a un amigo, y Tim una cerveza. Durante la cena, después de cambiar noticias sobre la familia, se pusieron a hablar de su trabajo.

-Lo nuestro no es muy distinto -dijo Timmy-. Vosotros evaporáis a la gente con misiles, nosotros les metemos balas en la cabeza sin darles tiempo para descubrir nuestra presencia. Pero tú sabes de eso, ¿no, hermano? -preguntó con una sonrisa no exenta de envidia. Robby había conocido la guerra.

-Sí, y con una vez basta y sobra -dijo Robby, muy serio-. La pelea cuerpo a cuerpo es para los idiotas como vosotros.

-Sí, bueno, como te decía, anoche fuimos la vanguardia del batallón. Mi pelotón era una belleza de ver. El oponente era un grupo blindado de California. Descuidaron la vigilancia y el sargento Chávez penetró por la retaguardia sin que se dieran cuenta. Vale la pena ver actuar a ese tipo. Te juro que parece el Hombre Invisible cuando quiere. No va a ser fácil de reemplazar.

-¿Reemplazar?

-Lo han trasladado esta tarde. El pase estaba previsto para dentro de un par de semanas, pero lo mandaron a Fort Benning antes de lo previsto. -Hizo una pausa-. Ahora que lo pienso, todos son hispanos. Qué casualidad. -Otra pausa-. Y León también estaba destinado a Fort Benning, si no me equivoco.

-¿Quién es León?

-Un sargento. Estaba en el pelotón de Ben Tucker, mi viejo camarada de West Point. Iban a enviarlo a la escuela de los *rangers* en un par de semanas. ¿Por qué se los habrán llevado juntos? Bueno, así es el Ejército. Cuéntame un poco sobre el Pentágono.

-Hay destinos peores, pero no mucho -admitió Robby-. Me quedan veinticinco meses y después me liberan, gracias a Dios. Soy uno de los postulantes a comandar un grupo aéreo con base en un portaaviones -dijo el hermano mayor. Había llegado a la etapa más difícil de su carrera, cuando había más postulantes que puestos. Al igual que en el combate, uno de los factores decisivos era la suerte. Timmy todavía no había llegado a esa etapa.

Al cabo de tres horas de vuelo, el *jet* aterrizó en una pequeña pista aérea y se deslizó hasta la terminal de cargas. Chávez no sabía dónde se encontraban. Estaba muy cansado, pero lo despertó el ruido de la puerta al abrirse. Su primera impresión fue que le faltaba el aire y le pareció muy extraño, pero lo atribuyó a una confusión provocada por el brusco despertar.

-¿Dónde diablos estamos? -preguntó un sargento.

-Ya se lo comunicarán cuando bajen -dijo la azafata-. Espero que lo pasen muy bien -añadió con una sonrisa encantadora que no admitía réplica.

Los sargentos recogieron su equipaje, descendieron a la pista y abordaron una camioneta que los esperaba. Chávez comprendió por qué era tan difícil respirar. Al volver la mirada hacia el Oeste, vio los altos picos de una cadena de montañas perfiladas contra el cielo del atardecer. Un vuelo hacia el Este, tres horas, montañas: tenían que ser las Montañas Rocosas, aunque nunca había estado allí. Un camión cisterna se dirigía hacia el avión. Chávez no terminaba de comprender. El aparato despegaría en menos de media hora. Pocos notarían la presencia del *jet y* nadie se preguntaría qué hacía en ese lugar.

Librodot

Clark se alojó en un buen hotel, acorde con su identidad. El dolor de la nuca le decía que todavía no se había adaptado a la altura, pero un par de cápsulas de «Tylenol» lo aliviaron, y sabía que ese trabajo no le exigiría demasiado esfuerzo físico. Pidió el desayuno en la habitación y realizó algunas flexiones para terminar de desperezarse. Durante unos días debería prescindir de su trote matinal. Se bañó y rasuró, y, cuando terminaba de vestirse, llegó el desayuno. A las nueve estaba listo para ir a trabajar. Clark bajó en ascensor al vestíbulo y salió. El coche lo esperaba. Se sentó junto al conductor.

-*Buenos días*[5] -dijo éste-. Creo que va a llover.

-Tengo mi impermeable -repuso Clark.

-También puede hacer frío.

-En ese caso, mi impermeable tiene forro de abrigo -completó Clark el santo y seña.

-El que lo inventó debía de ser un genio -dijo el hombre-. Es verdad que pronostican lluvia. Me llamo Larson.

-Clark.

No se estrecharon las manos porque era contrario a la costumbre. Larson era un hombre de unos treinta años, con una cabellera negra que desmentía su apellido de reminiscencias nórdicas. Para sus conocidos, Carlos Larson era hijo de padre danés y madre venezolana. Era instructor de vuelo, oficio para el que existía una gran demanda. Piloto hábil y mejor maestro, también era un hombre discreto, virtud muy apreciada por sus clientes. No necesitaba hacer preguntas; los pilotos, sobre todo los aprendices, hablaban mucho; además, tenía buena memoria para todo tipo de detalles y la clase de conocimientos que invitan a pedir consejos. Se creía que había reunido los fondos necesarios para su empresa por medio de unos cuantos vuelos altamente clandestinos y luego se había retirado -aunque no del todo- para llevar una vida de lujos. Esa leyenda, que no le granjeaba enemigos, le servía como prueba de buena fe ante las personas que le interesaban. Era un hombre que había hecho lo necesario para conseguir lo que quería y llevar la clase de vida que deseaba. Con ello justificaba su poderoso automóvil «BMW», su lujoso apartamento y su amante, una azafata de «Avianca», que, en realidad, era correo de la CIA. Para Larson, se trataba de una misión paradisíaca, sobre todo porque la joven era realmente su amante, lo cual tal vez no hubiera sido del agrado de sus superiores en la Agencia. El único detalle desagradable era que el jefe local de la CIA no estaba al tanto de su presencia en Colombia. A pesar de su relativa falta de experiencia, Larson -a Clark le hubiera sorprendido saber que ése era su verdadero nombre- estaba lo bastante al tanto de los métodos de la Agencia como para saber que la existencia de cadenas de mando independientes significaba un operativo especial. Durante dieciocho meses sólo se le había pedido que dejara claramente establecida su identidad de trabajo. La presencia de Clark era la señal de que algo iba a cambiar. Había llegado el momento de ganarse el sueldo.

-¿Cuál es el plan para hoy? -preguntó Clark.

-Volaremos un poco, todo lo posible antes de que venga el mal tiempo.

-Sé que tienen buen concepto de usted como piloto.

-Gracias, lo consideraré un voto de confianza -sonrió el piloto al enfilar hacia el aeropuerto-. Creo que ya ha visto las fotografías.

-Sí, las de hace tres días. Pero estoy tan chapado a la antigua que me gusta echarle un vistazo al terreno. En los mapas y las fotos no aparecen todos los detalles.

-Me dijeron que la misión consiste en hacer una pasada lenta, pero nada de sobrevolar en círculos el lugar porque la gente podría enojarse.

[5] En español en el original.

Librodot

Lo bueno de tener una escuela de pilotos era que sus aviones no llamaban la atención en ningún lado, pero si uno demostraba demasiado interés por ciertas personas, éstas anotarían el número de matrícula e irían al aeropuerto a averiguar los motivos. Las averiguaciones de los habitantes de Medellín solían ser bastante desagradables. Larson no los temía. Sabía que no tenía mucho que temer mientras no traicionara su identidad. Pero era un profesional, es decir, un hombre cuidadoso, sobre todo cuando se trataba de su propia supervivencia.

-Me parece muy bien -dijo Clark. Él también lo sabía. Había sobrevivido a los peligros de su oficio porque sólo corría los riesgos indispensables, que ya eran bastante grandes de por sí. Sucedía como en la lotería. Aunque las probabilidades iban en contra de acertar el número ganador, si no jugaba durante el tiempo suficiente, alguna vez aparecería el número, por más cuidado que uno tuviera. En esa lotería, el premio no era una suma de dinero, sino una pequeña y anónima tumba. Y eso sólo si el contrario conservaba un poco de espíritu religioso.

La misión no le gustaba del todo. A pesar de su noble fin. En cambio..., pero a Clark no le pagaban para hacer esa clase de juicios de valor. Su tarea era llevar a cabo la misión, no pensar en ella. El problema principal de los operativos clandestinos radicaba en que uno arriesgaba la vida de acuerdo con criterios ajenos. Era bueno conocer los porqué, pero los responsables de las decisiones decían que ese conocimiento aumentaba los peligros. Los agentes no siempre lo creían así. Y eso molestaba a Clark. El *Twin Beech* estaba en el sector general del aeropuerto internacional de El Dorado. No era difícil deducir para qué usaban esos aviones pequeños. Tantos coches lujosos, tantos aviones caros no pertenecían a la aristocracia colombiana. Eran los juguetes de los nuevos ricos. Clark los miró con escaso interés.

-Parece que a veces el crimen paga, ¿no? -rió Larson.

-¿Y qué me dice de los pobres diablos que son sus víctimas?

-Sí, lo sé. Sólo quise decir que son buenos aviones. Esos «Gulfstream»... tuve oportunidad de pilotar uno de ellos, es una máquina como pocas.

-¿Cuánto cuestan? -preguntó Clark.

-Como un sabio dijo, si necesitas preguntar el precio, es que no puedes pagarlo.

-Sí, entiendo -sonrió Clark. *Pero el precio de ciertas cosas no se mide en dólares,* pensó. Empezaba a gustarle la misión.

La rutina de despegue le llevó unos quince minutos. Una hora y media antes había aterrizado con ese mismo avión. Pocos pilotos se hubieran tomado la molestia de repetir toda la rutina, pero Larson era un profesional, es decir, un hombre minucioso por definición. Clark se sentó a su lado en la cabina y se ajustó el cinturón, como un alumno en su primer vuelo. A esa hora, el tráfico aéreo era escaso, no tuvieron que esperar turno para salir a la pista. Lo único que sorprendió a Clark fue el largo recorrido de las pistas.

-Eso es debido a la altura -explicó Larson por el intercomunicador al elevarse el avión de la pista-. Los controles son un poco duros a baja velocidad. No hay problema. Es como conducir con nieve: sólo hay que tener un poco de cuidado. -Le dio máxima potencia para que tomara altura rápidamente. Clark estudió el tablero: todo parecía en orden, pero le llamó la atención que pudiera distinguir a las personas en tierra, cuando el altímetro marcaba tres mil metros.

El aparato viró a la izquierda para enfilar hacia el Noroeste. Larson abrió las válvulas de estrangulación: había que prestar atención a la temperatura de los motores, dijo, aunque los «Continental» estaban dotados de sistemas de refrigeración reforzados. Volaban hacia las montañas que conforman la columna dorsal del país. El cielo aparecía despejado y el sol brillaba.

-Qué hermoso, ¿no?

-Ya lo creo -asintió Clark.

Librodot

Los montes estaban cubiertos de árboles cuyas hojas de color verde esmeralda, mojadas por la lluvia de la noche anterior, lanzaban destellos bajo el sol. Pero la mirada experta de Clark veía otra cosa. *Operar en ese terreno va a exigir un esfuerzo de puta madre,* pensó. La única ventaja era la abundancia de vegetación para ocultarse. Con aquellas laderas escarpadas y el aire enrarecido, cualquier esfuerzo sería arduo. No le habían informado sobre la naturaleza de la operación, pero su experiencia le permitía intuirla lo suficiente como para alegrarse de no participar en la parte más esforzada del trabajo.

Las cadenas montañosas colombianas siguen un vector del Sudoeste al Nordeste. Larson buscó un paso adecuado, pero el cruce fue un poco agitado a causa de los vientos del Pacífico.

-Tendrá que habituarse. Hay bastante viento hoy debido al frente de tormenta que se acerca. En esos montes siempre existe mucha turbulencia. Cuando hay mal tiempo... bueno, ya lo verá.

-Gracias, espero que no. ¿Y qué me dice de los lugares donde aterrizar si...

-¿Si algo va mal? Por eso soy tan obsesivo con la rutina de prevuelo. Además, allá abajo hay más pistas de lo que se imagina. Claro que la recepción no suele ser lo que se dice cálida. Pero no se preocupe. Le puse motores nuevos hace un mes. Vendí los otros a un alumno mío que los quería para su viejo «King Air». Ahora los tiene la Dirección de Aduanas.

-¿Tuvo algo que ver con eso?

-¡Negativo! Ellos creen que yo sé por qué esos chicos aprenden a volar. Y se supone que no soy idiota. Así que les enseño las tácticas de evasión más comunes, que además están explicadas en todos los buenos manuales de aviación. Pablo no era lo que se dice un lector, pero sí tenía dotes naturales de sobra para ser piloto. En el fondo me da lástima, era un buen chico. Lo atraparon con cincuenta kilos. He oído comentar que no abrió la boca. No me sorprende: ese hijo de puta tenía agallas.

-¿Diría que esta gente está motivada? -Clark era veterano de la guerra, había estado en combate y sabía que el valor del adversario no se mide en cantidad de armas.

Larson frunció el entrecejo y miró al cielo.

-Depende de lo que quiere decir con eso. Si cambiamos motivado por *macho,* yo diría que lo están de sobra. El culto de la virilidad, esas cosas. En un sentido, es admirable. Su sentido del honor resulta bastante extraño para nosotros. Por ejemplo, mis conocidos me tratan muy bien. Su hospitalidad es magnífica, sobre todo si les demuestro alguna deferencia, como todo el mundo. Además, no les hago la competencia. Quiero decir, que los conozco bastante bien. Muchos de ellos saben volar gracias a mí. Si me hiciera falta dinero, lo conseguiría. Podría ir a la *hacienda*[6]*,* estrechar la mano del patrón, pedirle medio millón en efectivo y salir de allí con el dinero en el portafolio. Tendría que pagarle con un par de vuelos de transporte, por supuesto; y nunca tendría que devolverle el préstamo. Ahora, si yo les jugara una mala pasada, ellos se asegurarían de que lo pagara muy caro. Tienen sus reglas, y si uno las sigue, está a salvo. Si las rompe, mejor que tenga las maletas preparadas.

-Sé que son implacables, pero quiero saber cómo funcionan sus cerebros.

-Tienen bastante inteligencia, y la que les falta, la compran. Pueden comprar todo y a todos. No los subestime. Sus sistemas de seguridad son de lo más avanzado que hay en el mundo, como los de nuestros misiles intercontinentales... o mejores, qué joder. Tienen unos guardaespaldas tan eficaces como los del presidente de Estados Unidos, sólo que menos respetuosos de las reglas de combate. Diría que el mejor índice de su inteligencia es el hecho de que se han unido en un Cártel. Es decir, se han dado cuenta de que la guerra entre las pandillas hace que todos pierdan, por eso se han aliado. El acuerdo no es perfecto, pero sí

[6] En español en el original.

bastante funcional. Los que tratan de irrumpir en el negocio, mueren. No es difícil morir en Medellín.

-¿La Policía? ¿Los jueces?

-Los locales han tratado de enfrentarse a ellos, hay una montaña de cadáveres de polis y jueces. -Larson meneó la cabeza-. Pero no es fácil seguir adelante cuando no se ve el menor resultado. ¿Cuántos hombres son capaces de rechazar un portafolio lleno de billetes de cien dólares, libres de impuestos? Sobre todo cuando la alternativa es una muerte segura para él y para toda su familia. El Cártel es inteligente, amigo mío. Tiene paciencia, recursos y la crueldad suficiente para asustar a un nazi acérrimo. No es un enemigo fácil. -Larson señaló una mancha borrosa a la distancia-: Medellín. Toda la droga del mundo en una pequeña ciudad en medio de las montañas. Bastaría una bomba nuclear de dos megatones que estallara a mil quinientos metros. Creo que el resto del país aplaudiría.

El pasajero miró a Larson de reojo. Vivía en el país, conocía a esa gente, e incluso era amigo de algunos, como acababa de decir. Pero en ocasiones su odio por ellos podía más que su objetividad profesional. Ambivalencia, en el mejor sentido de la palabra. El chico tenía futuro en la Agencia, pensó Clark. Inteligencia y pasión. Si mantenía el equilibrio justo entre las dos, llegaría muy lejos. Clark sacó una cámara y un par de prismáticos de su bolsa. No le interesaba la ciudad en sí.

-Lindas casitas, ¿no?

Los jefes de la droga, con una reciente preocupación por su seguridad, habían clareado de árboles las lomas alrededor de la ciudad. Clark contó más de una decena de casas nuevas. Casas, pensó con desdén. Más bien, castillos. Fortalezas amuralladas. Estructuras inmensas rodeadas por paredes gruesas y éstas a su vez por laderas escarpadas, sin un solo árbol. En Italia o en Baviera, el turista contempla embelesado el pintoresco marco de las aldeas y los castillos, construidos invariablemente en la cima de alguna montaña. Esas construcciones requerían mucho trabajo: talar los árboles, transportar los bloques de piedra hasta la cima, y, al final, se obtenía una vista de varios kilómetros a la redonda. Pero no habían construido esos castillos, esas aldeas -y tampoco esas casas- por simple placer estético. Era imposible acercarse a ellas sin ser visto. El terreno alrededor de la vivienda era lo que la jerga militar llama una zona de fuego libre, sin que nada estorbara la visión de los tiradores expertos con sus armas automáticas. En cada casa, un solo camino conducía a la única puerta. Una helipista permitía una fuga precipitada. Los muros, de piedra, eran capaces de resistir un disparo calibre cincuenta. A través de los prismáticos vio el camino de ladrillo molido o cemento que seguía el contorno interior de los muros: por allí se paseaban los centinelas. A una compañía de Infantería no le sería fácil tomar una de esas haciendas por asalto. *Tal vez una escuadrilla de helicópteros con apoyo de morteros y buques de guerra... Mierda* -se dijo Clark-. *Qué estoy pensando.*

-¿Puede conseguir los planos de las casas?

-Sí, es fácil. Sólo son tres los arquitectos que diseñan estas propiedades. En ese aspecto, la seguridad no es buena. Además, me invitaron a una fiesta hace apenas dos semanas. En eso no son tan vivos, los traiciona el afán de ostentar. Conseguiré los planos. Las fotos recogidas vía satélite revelan las rutinas de guardia, los depósitos de vehículos y todo lo demás.

-En efecto -sonrió Clark.

-¿Puede decirme cuál es su misión aquí?

-Quieren que evalúe las características físicas del terreno.

-Entiendo. Diablo, eso lo podría hacer yo mismo. -Más que curioso, Larson se sentía ofendido porque no le habían encomendado la misión.

-Bueno, ya sabe cómo son en la Central -dijo Clark.

Eres piloto -se abstuvo de decir Clark-. *No sabes lo que es cargar una mochila pesada por las montañas. Yo lo he hecho.* Larson hubiera podido adivinar la misión si hubiese conocido el pasado de Clark, pero pocos sabían qué hacía en la Agencia y qué había hecho antes de ingresar.

-Cuanto menos sepa, mejor, Mr. Larson.

-Entendido -asintió el piloto.

-Quiero tomar unas fotos.

-Antes hagamos una pasada por el aeropuerto. Que parezca todo normal.

-Me parece bien -asintió Clark.

-¿Dónde están las refinerías? -preguntó Clark cuando volvían a El Dorado.

-Casi todas se encuentran al sudoeste de aquí -dijo Larson al virar sobre el valle-. Yo no las conozco, no quiero tener nada que ver con esa parte del negocio. Ellos lo saben. Si quiere explorar, puede hacerlo de noche con equipo de infrarrojos, pero son difíciles de hallar. El equipo es portátil, fácil de instalar y de manejar. Puede cargarlo todo en un camión de mediano porte y volver a instalarse a quince kilómetros al día siguiente.

-No hay tantos caminos...

-Y qué, ¿va a registrar cada camión que pasa? Además, puede hacerlo cargar a hombro. La mano de obra es abundante y barata.

-¿Qué hace el Ejército? ¿Se mete en esto? -Clark había recibido los informes correspondientes antes de iniciar la misión; pero, a veces, la perspectiva local era distinta de la de Washington..., y más cercana a la verdad.

-Hace lo que puede. El problema mayor es la falta de apoyo. Los helicópteros pasan menos del veinte por ciento del tiempo en el aire. Realizan pocas operaciones. Significa que si alguien resulta herido, recibe atención médica muy rápido, pero eso va contra el éxito de la misión. Por otra parte, imagínese el sueldo de un capitán. Ahora, supongamos que alguien aborda a ese capitán en un bar, lo invita a una copa, charla con él. Y le dice que al día siguiente por la noche tal vez le conviniera patrullar el sector sudoeste de su área..., o cualquier sector *menos* el nordeste, ¿entiende? Si acepta patrullar un sector y no otro, le dan cien mil dólares. Tienen dinero suficiente para pagarle esa suma de una sola vez, sólo para saber si está dispuesto a colaborar. Es el gancho, digamos. Una vez se haya vendido, le ofrecen sumas menores, pero ya es un sueldo regular. Además tienen tanta mercadería que, de vez en cuando, le permiten incautarse de un cargamento, así queda bien ante sus superiores. Con el tiempo, el capitán asciende a coronel, controla un territorio mucho mayor. No es mala gente, pero... joder, no pueden hacer nada. Las instituciones son tan frágiles que... bueno, ¿y en casa cómo estamos? Yo...

-Tranquilícese, Larson, no critico a nadie -dijo Clark-. No crea que mucha gente es capaz de perseverar en una misión con todas las de perder. -Volvió el rostro hacia la ventanilla lateral y sonrió-. Es necesario estar un poquito loco para hacer eso.

V. PRELUDIOS

Al despertar, Chávez sintió la jaqueca típica del primer día en el aire enrarecido de la alta montaña, la que empieza detrás de los ojos y se irradia en círculos por toda la cabeza. Sin embargo, no se sentía mal. Durante toda su vida militar se había despertado minutos antes del toque de diana. De esa manera, la transición del sueño a la vigilia era más fácil y tolerable. Volvió la cabeza a uno y otro lado para estudiar el ambiente a la luz anaranjada que penetraba por las desnudas ventanas.

El que no conociera la vida militar diría que ese edificio era una cuadra. A Chávez le parecía más bien un refugio de cazadores, y tenía razón. Calculó que el dormitorio medía unos sesenta metros cuadrados; había cuarenta camas metálicas, cada una equipada con un delgado colchón militar y una manta parda. Las sábanas eran del tipo ajustable, o sea que no los obligarían a doblarlas en escuadra todas las mañanas. Perfecto. El suelo era de pino lustrado, y el abovedado techo se sostenía sobre troncos de pino cepillados, colocados en lugar de las vigas. Y pensar que en la temporada de caza los ricos pagan mucho dinero para pasar unos días en un lugar como éste, se dijo el sargento. Aquello probaba como nada que la riqueza no era sinónimo de inteligencia. Chávez no era lo que se dice un maniático de la vida de cuartel, y si no había alquilado un apartamento privado cerca de Fort Ord, era sólo porque quería ahorrar para comprarse el «Corvette». Para completar la escenografía, al pie de cada cama había un auténtico baúl militar.

Tuvo el impulso de alzarse sobre los codos para mirar por la ventana, pero ya habría tiempo para eso. Al cabo de dos horas de viaje en camioneta desde el aeropuerto, habían llegado a ese lugar, donde les asignaron una cama a cada uno. Las demás estaban ocupadas por hombres dormidos. Todos soldados, sin duda: se notaba por el ruido de los ronquidos. En ese momento tuvo una intuición sobre lo que vendría. Sólo la fatiga obligaría a hombres jóvenes a dormir antes de las veintidós. O sea que no estaban allí de vacaciones. Vaya novedad.

La diana, para alivio de Chávez, era un timbre eléctrico, como el de un reloj despertador barato. Detestaba el despertar al son de los clarines. Como todos los soldados profesionales, Chávez conocía el valor del descanso y sabía que el despertar no era motivo de celebración. A su alrededor se alzó el habitual coro de gruñidos y maldiciones. Se levantó de la cama y advirtió que el suelo estaba muy frío para sus pies descalzos.

-¿Quién eres? -preguntó el soldado de la cama contigua, que mantenía la vista clavada en el suelo.

-Sargento Chávez, compañía Bravo, 3.er de la 17.ª.

-Vega, mismo grado. Compañía comando, 1.° de la 22.ª ¿Llegaste anoche?

-Sí. ¿Qué hacemos aquí?

-La verdad es que no sé, pero ayer nos hicieron correr hasta escupir los pulmones. -Extendió la mano-: Me llamo Julio.

-Y yo Domingo, me dicen «Ding».

-¿De dónde vienes?

-De Los Ángeles.

-Yo soy de Chicago. Bueno, vamos. -Vega se levantó-. Una de las ventajas de este lugar es que hay agua caliente de sobra y no te joden mucho con la limpieza. Si encendieran la calefacción a la noche...

-¿Dónde diablos estamos?

-Sé que es algún lugar de Colorado, pero nada más. -Los dos sargentos se unieron a la hilera de hombres que se dirigían al baño.

Chávez echó una mirada a su alrededor. Ninguno usaba gafas. Todos parecían encontrarse en excelente forma física, incluso para tratarse de soldados. Algunos eran culturistas, pero la mayoría eran como Chávez: delgados, enjutos, con aspecto de maratonistas. Había un detalle adicional, tan evidente que tardó en descubrirlo: todos eran hispanos.

La ducha fue agradable. Había abundancia de toallas nuevas y suficientes lavabos para que todos se rasuraran sin esperar turno. Los inodoros estaban en compartimentos separados, con puerta y todo. Aparte de las molestias ocasionadas por la altitud, era un alojamiento de primera, pensó Chávez. Les dieron veinticinco minutos para la rutina matinal. Casi un lugar civilizado.

O lo fue hasta las 6,30. Vistieron uniformes, botas incluidas, y salieron. Cuatro hombres en línea los esperaban. Por sus posturas y expresiones, sólo podían ser oficiales. Detrás de ellos había un hombre mayor que también parecía un oficial, pero... no del todo, pensó Chávez.

-¿Qué debo hacer? -preguntó a Vega.

-Sígueme. Tercer pelotón, capitán Ramírez. Duro, aunque no es mal tipo. Espero que te guste correr, *mano.*

-Trataré de no hacerte quedar mal -repuso Chávez.

-Lo mismo dije yo el primer día -rió Vega.

-¡Buenos días, caballeros! -tronó el hombre mayor-. Para los que no me conocen, soy el coronel Brown. Bienvenidos a nuestro escondite. Ya están en sus pelotones e informo a todos que nuestra TOD está completa. Todos se encuentran aquí.

No supuso una sorpresa para Chávez que Brown fuera el único no hispano de todos los presentes. Pero le asombró el no sorprenderse. Otros cuatro se acercaron a la agrupación. Eran instructores de educación física. Uno se daba cuenta de ello por sus camisetas blancas y ese aire confiado.

-Espero que hayan descansado bien -prosiguió Brown-. El día comienza con un poco de ejercicio...

-Claro, mátennos antes del desayuno -murmuró Vega.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? -preguntó *Ding.*

-Desde ayer. Joder, espero que hoy no sea tan duro. Los oficiales llegaron hace una semana, por lo menos. No jadean después de correr.

-... y una corrida de cinco kilómetros -dijo Brown como conclusión.

-No parece tan duro -observó Chávez.

-Lo mismo dije yo -respondió Vega-. Gracias a Dios que dejé de fumar.

Ding no supo qué responder. Vega era un infante ligero como él. Pertenecía a la 10.ª de montaña, supuestamente era capaz de caminar todo el día con una mochila de veinte kilos a la espalda. Pero el aire estaba tan enrarecido que Chávez se preguntó a qué altura se encontrarían.

Empezaron con las doce flexiones habituales seguidas por otras tantas. El esfuerzo no resultó excesivo, aunque sí lo suficiente para hacerlo sudar. Pero apenas empezaron a correr, supo que el esfuerzo sería muy grande. Cuando el sol salió sobre las montañas, tuvo su primera visión del terreno. El campamento estaba instalado en el fondo de un valle, ocupaba unas cincuenta hectáreas de terreno casi llano. Las laderas que lo rodeaban parecían verticales, pero las pendientes, vistas de cerca, eran de menos de cuarenta y cinco grados y

estaban sembradas de unos pinos bajos y retorcidos que jamás superarían la altura de un árbol de Navidad. Los cuatro pelotones, conducidos cada uno por un capitán y un instructor, partieron en distintas direcciones, por senderos abiertos en las laderas. Después de un par de kilómetros, Chávez calculó que habían ascendido más de ciento cincuenta metros, siguiendo las curvas del sendero hacia un otero rocoso. El instructor no hizo que cantaran, como se suele hacer al correr en formación. Tampoco habían formado, eran apenas una fila india de hombres que se esforzaban por seguir el trote de un robot sin rostro cuya camiseta blanca los conducía a la destrucción. Chávez, que durante los dos años anteriores no había dejado pasar un día sin sus buenos cinco kilómetros de trote, halló, al cabo del primero, que casi no podía respirar. Quería preguntar a todo pulmón adónde carajo se había ido el aire, pero sabía que no debía desperdiciar el oxígeno, que necesitaba reservar hasta la última molécula. Al llegar al otero, el instructor se detuvo para contar a los hombres, y Chávez, que trotaba obstinadamente en su puesto, tuvo la oportunidad de ver un panorama digno de una fotografía de Ansel Adams, realzado por la luz de un espléndido sol matinal. Pero al contemplar esa vista de más de sesenta kilómetros se sintió aterrado: ¿le obligarían a correr todo eso?

¡Joder, creí que estaba en buen estado físico!

¡Mierda, sí que lo estoy!

En los dos kilómetros siguientes recorrieron una cresta hacia el Este, con la vista muy alerta a pesar de tener el sol de frente. La senda era estrecha; cualquier paso en falso podía provocar una caída peligrosa. El instructor aceleró el trote -al menos, eso parecía- hasta llegar a otro otero.

-¡Sigan moviendo esas piernas! -gruñó a los que habían conservado el paso. Había dos rezagados, un par de bisoños, pensó Chávez. Estaban a veinte metros apenas de sus camaradas y sus rostros reflejaban la vergüenza, así como la resolución de ponerse a la par de los demás-. Bien, caballeros, el resto del camino es cuesta abajo.

Y en efecto, lo era, y tanto más peligroso. Las piernas, debilitadas por la fatiga y la falta de oxígeno, debían recorrer una pendiente que al principio era suave pero luego se volvía peligrosamente empinada, con mucho canto rodado para hacer caer a los desprevenidos. Para mayor seguridad, el instructor disminuyó el ritmo del trote. El capitán dejó pasar la fila y cerró la marcha para vigilar que todo anduviera bien. El campamento estaba a la vista. Eran cinco edificios. El humo que salía de una chimenea hacía pensar en el desayuno. Había una pista para helicópteros, media docena de vehículos, todos de doble tracción, y un polígono de tiro al blanco. No había otra señal de presencia humana a la vista. El sargento recordó que en el amplio panorama desde la cima no había visto edificios a menos de ocho a diez kilómetros del lugar. Era fácil comprender por qué la zona estaba escasamente poblada. Pero en ese momento le faltaban tiempo y energía para pensar. *Ding* Chávez mantenía los ojos en la senda y la mente en conservar el paso. Se situó junto a uno de los anteriores rezagados para vigilarlo. Ése era ya su pelotón, y se supone que cada soldado debe cuidar de sus camaradas. Pero el hombre se había recuperado. Tenía la cabeza erguida, los puños crispados y respiraba profunda y regularmente. Por fin llegaron al terreno llano del campamento. Otro pelotón entraba por el extremo opuesto.

-¡A formar! -exclamó el capitán Ramírez. Era la primera vez que escuchaban su voz. Pasó al frente, al lugar que ocupaba el instructor, el cual se apartó para dejar pasar la formación. Chávez advirtió que el muy hijo de puta ni siquiera transpiraba. El pelotón formó en doble fila detrás del oficial.

-¡Pelotón, marchen!

Tomaron el paso regular de marcha. Eso alivió el dolor de pulmones y piernas, les indicó que estaban bajo el mando de su capitán y que seguían siendo hombres del Ejército. Ramírez los condujo hasta la cuadra. No los hizo cantar, lo cual era inteligente por su parte, pensó

Chávez. Se daba cuenta de que a nadie le quedaba aliento para ello. Julio tenía razón: Ramírez parecía un buen jefe.

-¡Pelotón, alto! Des... cansen. Bueno, no es tan duro como parece, ¿verdad?

-*Madre de Dios*[7] -murmuró una voz. Un hombre de la última fila se dobló en dos para vomitar, pero no tenía nada en el estómago.

-Sí, ya sé -rió Ramírez-. La altura jode. Pero yo estoy haciendo esto desde hace dos semanas. Uno se acostumbra. Dentro de quince días saldrán a correr siete kilómetros con mochilas sin sentir el esfuerzo.

Sí, *te creo,* pensaron Chávez y Julio Vega, al unísono, aunque sabían que el capitán tenía razón. El primer día en el centro de reclutamiento había sido mucho más arduo..., ¿o no?

-Los primeros días no haremos mucho esfuerzo. Disponen de una hora para recuperar el aliento y desayunar. No coman demasiado. Esta tarde tendremos otra sesión de trote. Todo el mundo formará aquí a las ocho para empezar la instrucción. ¡Rompan filas!

-¿Y bien? -preguntó Ritter.

Conversaban sentados a la sombra, en la galería del casco de una antigua *hacienda*[8]*,* en la isla de St. Kitts. Clark se preguntó qué plantarían. Tal vez era caña de azúcar, pero hacía mucho tiempo que no se usaba para eso. La casa señorial se había transformado en la guarida de un gran empresario, para pasar unos días con una amante. En realidad, era propiedad de la CIA, que la usaba como centro informal de reuniones, escondite para defeccionistas importantes y también para fines mundanos, como las vacaciones de sus jerarcas.

-La información es bastante precisa, pero subestima las dificultades del terreno. No lo digo para criticar a los que prepararon el informe, porque hay que verlo para creerlo. Es terreno difícil. - Clark se acomodó en el sillón de mimbre y tomó su copa. Su jerarquía en la CIA era muy inferior a la de Ritter, pero él ocupaba una posición muy especial, lo cual, unido al hecho de que trabajaba con frecuencia bajo las órdenes directas del subdirector a cargo de Operaciones le permitían ponerse cómodo en su presencia. Ritter no demostraba deferencia hacia su subordinado, pero sí bastante respeto.

-¿Cómo está el almirante Greer? -preguntó Clark. James Greer lo había reclutado muchos años antes.

-El pronóstico es malo. Un par de meses de vida, a lo sumo -contestó Ritter.

-¡Coño! -Clark alzó la vista-. Le debo tanto a ese hombre. Toda mi vida, si vamos al caso. ¿No hay esperanzas?

-No, se ha extendido demasiado. A lo sumo pueden aliviarle el dolor. Lo siento. También es mi amigo.

-Sí, lo sé, señor. -Vació su copa y volvió al asunto de la conversación-. No sé qué tiene en mente, pero desde ahora le digo que es inútil tratar de atraparlos en sus casas.

-¿Lo ve tan difícil?

-Así es -asintió Clark-. Haría falta una compañía de Infantería con apoyo, y, aun así, sufriría bajas. Larson dice que las fuerzas de seguridad de estos sujetos son bastante buenas. Podríamos tratar de sobornar a alguien, pero creo que sería contraproducente porque les pagan bien. -El agente no preguntó cuál era la verdadera misión. Suponía que se trataba de cazar a unos cuantos tipos y llevarlos con vida a Estados Unidos para entregarlos al FBI o a un

[7] En español en el original.
[8] En español en el original.

Librodot

tribunal. Se equivocaba, como todos-. Lo mismo ocurriría si tratáramos de cazarlos al vuelo. Toman muchas precauciones: siguen horarios irregulares, itinerarios cambiantes, llevan guardaespaldas armados a todas partes. Para cazarlos harían falta informes que sólo un infiltrado podría conseguir. Larson está muy cerca, aunque no es suficiente. Si trata de penetrar más, lo matarán. Ha conseguido buena información, es un chico hábil, pero los riesgos son excesivos. Supongo que los de allí habrán intentado...

-Así es. Seis de ellos murieron o desaparecieron. Igual que los informantes. En general, desaparecen. En la Policía local hay algún infiltrado, cada vez que intentan una operación, pierden gente. Por eso el número de voluntarios disminuye.

Clark se encogió de hombros y miró hacia el mar. Un crucero de casco blanco se dirigía hacia el puerto.

-No es para sorprenderse que sean un blanco tan difícil. Larson tiene razón, la inteligencia que les falta, la compran. ¿Dónde consiguen asesores?

-En el mercado libre, en Europa sobre todo y...

-Quiero decir, los profesionales de Inteligencia. Deben de tener algunos tipos de primera.

-Parece que tienen a Félix Cortez. Por ahora es un rumor, pero su nombre aparece en media docena de informes de los últimos meses.

-El desaparecido coronel del DGI -dijo Clark.

El Directorio Nacional de Inteligencia cubano seguía el modelo de la KGB soviética. Se decía que Cortez trabajaba con los Macheteros, un grupo terrorista puertorriqueño que el FBI había logrado desarticular. En ese operativo habían arrestado a otro coronel del DGI llamado Filiberto Ojeda, y Cortez había desaparecido. Por consiguiente, no había regresado a su país. Quedaba el interrogante: ¿habría optado por dedicarse a esa floreciente rama del sistema de la libre empresa o seguía trabajando para los cubanos? En cualquier caso, los altos oficiales del DGI recibían instrucción en Rusia, en la academia de la KGB. Eran adversarios dignos de respeto. Cortez lo era, sin duda. Según el legajo, tenía una gran habilidad para conseguir informantes.

-¿Larson está enterado?

-Sí. Escuchó su nombre en una fiesta. Sería extraordinario si pudiéramos conseguir un retrato de Cortez, pero lo único que tenemos es una descripción que podría ser de cualquier iberoamericano. No se preocupe. Larson sabe tomar sus precauciones, y, en el peor de los casos, puede escapar en su propio avión. Tiene órdenes muy precisas. No quiero perder un buen agente en una operación policial -prosiguió Ritter-. Lo envié a usted porque quería tener un punto de vista distinto. Ya que conoce el objetivo en términos globales, dígame qué le parece que se puede hacer.

-De acuerdo. Tienen razón en atacar las pistas aéreas y en montar una operación de Inteligencia. Si contáramos con las fuerzas necesarias, podríamos descubrir los centros de procesamiento; pero son muchos, y su movilidad nos exigiría actuar con demasiada rapidez. Creo que funcionaría una media docena de veces, como máximo, hasta que el enemigo se diera cuenta. Entonces sufriríamos bajas, incluso podríamos perder toda una fuerza de asalto, si es que están pensando en eso. El rastreo de la mercadería elaborada desde los centros de procesamiento resulta casi imposible sin contar con muchos efectivos en tierra, pero eso va en contra de la seguridad de la operación, y, además, daría pocos réditos. Hay muchas pistas aéreas en el norte del país, pero Larson cree que han caído víctimas de sus éxitos. Han comprado a tantos militares y policías locales, que empiezan a descuidarse y siempre usan las mismas pistas. Si las fuerzas de tierra se mantienen bien ocultas, podrán operar, digamos, durante dos meses, o un poco menos, antes de que las retiremos. Quiero ver a los hombres en acción para evaluarles.

-Eso se puede arreglar -dijo Ritter. Ya había tomado la decisión de enviar a Clark a Colorado. Nadie mejor que él para hacer esa evaluación-. Prosiga.

-Esto que estamos montando funcionará bien un mes o dos. Podemos vigilar la salida de sus aviones y avisar a quien sea. -Era la única parte del operativo que conocía-. Les causaríamos inconvenientes durante ese tiempo, pero no más.

-Es un cuadro bastante pesimista, Clark.

Clark se inclinó hacia él.

-Señor, se trata de montar una operación clandestina para reunir información contra un adversario sumamente descentralizado. Yo digo que sí, es posible, pero durante un breve período de tiempo y con objetivos limitados. Si trata de usar más gente para obtener mayores resultados, la clandestinidad se va al demonio. Lo mismo sucede si se excede en el tiempo. No sé por qué nos tomamos la molestia.

Esto último no era totalmente cierto. Clark suponía, con razón, que el motivo eran las elecciones presidenciales, pero un agente no podía hacer esa clase de comentario frente a su superior, sobre todo si era cierto.

-Por qué nos tomamos la molestia no es asunto suyo -dijo Ritter. No alzó la voz. Eso hubiera sido innecesario, y, además, no hubiera intimidado a Clark.

-De acuerdo, pero me parece poco serio. Siempre volvemos a lo mismo, señor. Queremos una misión posible, no imposible. Siempre y cuando se trate de hacer las cosas bien.

-Dígame en qué piensa -dijo Ritter.

Clark se lo dijo. Ritter no dejó que su rostro reflejara emoción alguna al escuchar la respuesta a su pregunta. Una de las virtudes de Clark, pensó, era que nadie más en la Agencia podía discutir esos temas serena y objetivamente, y además en serio. Para muchos, era un ejercicio intelectual interesante, materia de especulación tomada consciente o subconscientemente de las novelas de espionaje. *Oigan, no sería bueno si...* Era una idea bastante difundida en la opinión pública que la CIA empleaba a muchos profesionales de esa especialidad, pero se equivocaban. La misma KGB había dejado de hacerlo y prefería encargar esa clase de tareas a los búlgaros -a quienes sus propios camaradas consideraban gente bárbara y grosera- o a terceros, como los grupos terroristas de Europa y el Medio Oriente. El costo político de esos operativos era demasiado elevado y a pesar de la obsesión con la clandestinidad cultivada por todos los servicios de Inteligencia del Mundo, el secreto, tarde o temprano, salía a la luz. El mundo era más civilizado ahora que cuando Ritter había terminado sus estudios en la Granja sobre el río York, y aunque eso le parecía bueno, a veces los viejos tiempos ofrecían soluciones atractivas a problemas que no terminaban de desaparecer.

-¿Sería difícil? -preguntó Ritter con verdadero interés.

-Si contamos con el apoyo adecuado y algunos efectivos más, es facilísimo -dijo Clark, y explicó a qué clase de efectivos se refería. Todo lo que han hecho últimamente nos favorece. Es su único error. Su concepción defensiva es convencional. Lo de siempre. Se trata de saber quién impone las reglas del juego. A esta altura, los dos bandos jugamos de acuerdo con las mismas reglas, que por ahora favorecen al enemigo. Eso es algo que nunca terminamos de aprender. Dejamos que el oponente fije las reglas. Lo atacamos, lo incomodamos, le quitamos un pequeño margen de ganancias, que en comparación con el total es despreciable. Hay una sola manera de cambiar.

-¿Cuál?

-¿Le gustaría vivir en una casa como ésta? -preguntó Clark, y le tendió una fotografía.

-Una mezcla de Frank Lloyd Wright con Ludovico de Baviera -rió Ritter.

-El hombre que encargó esa casa tiene delirios de grandeza, señor. Manipulan Gobiernos, incluso se comenta que, en la práctica, ellos *son* el Gobierno. ¿Recuerda lo que dicen de Al Capone, que era el amo de Chicago durante la Ley Seca? Bueno, ellos quieren ser los amos de su país, no sólo de una ciudad. Digamos que ya tienen un poder *de facto.* Agregue el delirio de grandeza a eso. Tarde o temprano van a querer actuar como un Estado. Nosotros no violamos las reglas, pero no me sorprendería que ellos lo hicieran, sólo para averiguar hasta dónde pueden llegar con impunidad. ¿Me comprende? Siguen extendiendo sus propios límites y todavía no se han estrellado contra la pared de hormigón, que les dice: de aquí no se pasa.

-John, te has convertido en un psicólogo -sonrió Ritter.

-Puede ser. Las drogas que ellos venden causan dependencia, ¿verdad? Ellos no las consumen, pero me parece que se han vuelto adictos a una droga más dura.

-El poder.

-Exactamente. Y tarde o temprano van a tomar una sobredosis. Entonces, alguien tendrá en cuenta la idea que acabo de exponer. Cuando se juega en las divisiones mayores, las reglas cambian. Claro que eso requiere una decisión política.

Él era el amo de cuanto lo rodeaba. Esa idea rondaba por su mente, y como sucede con todas las frases hechas, era verdad y mentira, ambas cosas al mismo tiempo. El valle que se desplegaba ante su vista no le pertenecía; su parcela tenía menos de mil hectáreas en medio de un panorama de millones. Pero ninguno de los habitantes de esa zona podía continuar con vida si él decidía lo contrario. Ése era el verdadero poder, y él lo había ejercido en innumerables ocasiones. Bastaba un gesto imperceptible de la mano, o una palabra dicha al pasar a uno de sus secuaces, para consumar el hecho. No es que lo tomara a la ligera -la muerte era cosa seria-, pero sabía que podía hacerlo. Tanto poder enloquecía a los hombres. Él lo sabía: lo había comprobado con sus socios. Pero él era estudioso del mundo y de la Historia. A diferencia de la mayoría de sus colegas, se había beneficiado con la educación superior, obligado a ello por su padre, uno de los precursores. Su mayor pesar en la vida era que jamás se lo había agradecido. Sabía tanto de economía como cualquier profesor universitario. Era capaz de interpretar las fuerzas y tendencias del mercado, y conocía los factores históricos que los causaban. Había estudiado el marxismo; rechazaba la visión del mundo marxista por muchas razones, pero sabía que contenía más de una partícula de verdad en medio de la cháchara política. El resto de su educación lo había adquirido «al pie de la máquina». Mientras su padre elaboraba una nueva forma de llevar adelante el negocio, él observaba, aconsejaba, actuaba. Había explorado nuevos mercados, y, bajo la dirección de su padre, se había convertido en un planificador prudente y minucioso, buscado con asiduidad pero nunca detenido; aunque... en una ocasión sí ocurrió; pero dos testigos perdieron la vida y los demás, la memoria: ésa fue su última experiencia directa con la Policía y los tribunales.

Se consideraba producto de otras épocas, un explotador capitalista clásico, como los del siglo XIX, cuyos ferrocarriles habían surcado Estados Unidos -él era un profundo conocedor de ese país- y aplastado todo lo que se oponía a su paso, habían exterminado a las tribus indígenas al mismo tiempo que a los bisontes de las praderas. A los sindicatos los habían neutralizado por medio de matones a sueldo. Habían corrompido y subvertido los Gobiernos, y permitido a la Prensa hacer denuncias hasta que la gente empezó a tomarla en serio. Él seguía ese ejemplo. La Prensa de su país había abandonado las denuncias después de darse cuenta de que sus periodistas eran mortales. Los barones del ferrocarril vivían en verdaderos palacios: mansiones de invierno en Nueva York, casas de campo de verano en Newport. Claro que ahora existían problemas desconocidos para ellos, pero ningún modelo histórico se podía extender hasta el infinito. Además pasaba por alto el hecho de que los Gould y los Harriman

habían legado algo útil, no destructivo, a sus sociedades. Otra lección de la historia era que la competencia encarnizada significaba un derroche. Por ello, convenció a su padre de que negociara con sus rivales. Ya en su juventud sabía ser persuasivo. Había adoptado esa táctica con astucia, en momentos en que el peligro exterior invitaba a la cooperación. Era mejor cooperar, decía, que derrochar tiempo, dinero, energía y sangre, lo que, además, los hacía más vulnerables. Y los había convencido.

Se llamaba Ernesto Escobedo. Uno más dentro del Cártel, pero la mayoría de sus colegas reconocía su influencia. No siempre coincidían con él, ni se sometían a su voluntad, pero siempre prestaban atención a sus ideas porque habían demostrado ser efectivas. El Cártel no era una empresa, y, por lo tanto, carecía de un jefe supremo; era más bien una estrecha confederación de líderes; casi un comité, pero no del todo; casi amigos, aunque tampoco. Se lo podía comparar con la Mafia estadounidense, pero el Cártel era, a la vez, más civilizado y más brutal que aquélla. Escobedo hubiera dicho que el Cártel era más eficaz y vigoroso, atributos ambos de una organización joven y vital, en comparación con otra, antigua y feudal.

Sabía que los hijos de los barones del ferrocarril habían utilizado la riqueza acumulada por sus padres para conformar una élite de poder que gobernaba la nación. No quería dejar ese legado a sus hijos. Además, él pertenecía a la segunda generación, y. los tiempos eran más breves. Ya no se necesitaba una vida entera para amasar una gran fortuna y, por lo tanto, no era necesario dejar esa tarea a sus hijos. Él mismo lo haría, lo tendría todo. Hacía mucho tiempo había llegado a la conclusión de que el primer paso para alcanzar cualquier objetivo era considerar a éste como posible.

Él lo haría. A los cuarenta años, Escobedo era un hombre de gran vigor y confianza en sí mismo. Jamás consumía el producto que elaboraba para otros. Cuando quería alterar algo su conciencia -lo que sucedía en raras ocasiones-, recurría al vino, últimamente bebía apenas un par de copas en la cena, y, en ocasiones, un trago fuerte en las reuniones con los colegas, pero solía preferir un poco de «Perrier». Sus colegas lo respetaban por ello. Sabían que Escobedo era un hombre sobrio y responsable. Hacía ejercicios físicos y cuidaba su salud. Había abandonado el cigarrillo en la juventud. Se cuidaba de no engordar. Su madre era un mujer sana y fuerte de setenta y tres años. Su padre hubiera cumplido setenta y cinco la semana anterior, si no... pero los culpables habían pagado un alto precio por su crimen. Ellos y sus familias habían muerto a manos del propio Escobedo. Para él era motivo de filial orgullo que, antes de matar al último de los asesinos, lo había obligado a presenciar la violación de su esposa y la muerte de sus hijos. Desde luego, no disfrutaba asesinando mujeres y niños, pero tenía que hacerlo. Necesitaba demostrar quién era más hombre, y sabía que, después de esa hazaña, difícilmente volverían a molestar a su familia. Aunque no le causaba placer, la historia demostraba que las lecciones más duras eran las que más tiempo tardaban en ser olvidadas. También de ella se aprendía que quienes no enseñaban esas lecciones no eran dignos de ser respetados. Escobedo exigía respeto sobre todas las cosas. El hecho de haber saldado la cuenta con sus propias manos, en lugar de encomendarla a sus secuaces, le había granjeado mucho prestigio en la organización. Sus colegas decían que era un hombre de ideas, pero también de acción.

Poseedor de riquezas incontables, era como un dios que ejercía el poder de la vida y la muerte. Tenía una bella esposa y tres hijos fuertes. Cuando se aburría en el lecho matrimonial, disponía de un establo de amantes. Poseía todos los lujos que se compran con dinero: casas en la ciudad, la fortaleza en la montaña y *haciendas* cerca del mar; mejor dicho, de los dos mares, porque Colombia tiene costas en los dos océanos. En esos ranchos había establos llenos de caballos árabes. Algunos de sus socios tenían plazas de toros privadas, pero ese deporte nunca le había interesado. Era un hábil tirador y había cazado todo cuanto su país le ofrecía, incluso el hombre. Se decía a sí mismo que podía darse por satisfecho. Pero no lo estaba.

Los capitalistas estadounidenses habían recorrido el mundo, los habían invitado a las cortes europeas, habían casado a sus hijos con herederos de la nobleza; sabía que esto último era un alarde de cinismo, pero comprendía la necesidad. Él no poseía esas libertades, y, aunque comprendía claramente las razones de ello, le ofendía que a un hombre tan poderoso y rico como él se le pudiera negar algo. A pesar de todo lo que había conseguido, su vida reconocía limitaciones, y lo peor era que los límites los imponían otros con menos poder que él. Veinte años antes había elegido ese camino a la gloria; sin embargo, a pesar de sus logros, hombres inferiores a él habían dispuesto que no pudiera gozar de los frutos.

No siempre era así. «Que me importa a mí la ley», había dicho uno de los grandes barones ferroviarios. Y se había salido con la suya, viajando por todas partes como un gran señor.

¿Por qué yo no?, se preguntaba Escobedo. Una voz interior le daba la respuesta, pero otra más potente la rechazaba. No era un ser estúpido ni imprudente, pero, después de haber llegado tan lejos, no podía permitir que otros le impusieran sus normas de vida. Había violado todas las reglas y, gracias a eso, era un hombre rico. El empresario había fijado sus propias normas, pero tendría que modificarlas. Aprenderían a tratar con él según sus propios términos. Estaba harto de adaptarse a las condiciones ajenas. Una vez que tomó la decisión, empezó a estudiar los métodos.

¿Cuál había sido la carta de triunfo de los otros?

La respuesta era evidente: el éxito. Lo que no se podía derrotar, era necesario aceptarlo. La política internacional, como las grandes empresas, tenía pocas reglas, y la única importante era el éxito. Ningún país del mundo se negaba a negociar con asesinos, siempre que fueran eficientes. Bastaba matar a un par de millones de personas para convertirse en estadista. El mundo entero se inclinaba ante los chinos, que habían matado a millones de sus connacionales. Estados Unidos trataba de congraciarse con los rusos, que también habían asesinado a millones. Bajo el Gobierno de Carter, Estados Unidos había apoyado el régimen de Pol Pot, que no difería de chinos y rusos en ese sentido. Durante el Gobierno de Reagan, habían tratado de lograr un *modus vivendi* con el régimen iraní, asesino de sus propios connacionales, incluso de aquellos que veían un aliado en el Gobierno estadounidense mientras éstos los abandonaban a su suerte. En nombre de la *realpolitik,* Estados Unidos ofrecía su amistad a dictaduras sangrientas -tanto de derecha como de izquierda- mientras que negaba su apoyo a Gobiernos moderados -de izquierda o de derecha- porque pensaban que les faltaba moderación. ¿Acaso un país tan carente de principios no podía reconocerles, a él y a sus socios? Ése era el meollo de la concepción de Ernesto. Él tenía ciertos principios inviolables, Estados Unidos, no.

La corrupción de aquel país estaba a la vista. Él era uno de los que la alimentaban. Desde hacía varios años, importantes *lobbies* de Estados Unidos, país que constituía su mercado más importante, luchaban por la legalización del negocio. Por fortuna, habían fracasado; si no, hubiera sido un golpe devastador para el Cártel. Éste era un ejemplo más de cómo un Gobierno carecía de la astucia necesaria para proteger sus propios intereses. El tráfico le hubiera redituado al Gobierno estadounidense miles de millones de dólares -como a Ernesto y sus socios-, pero carecía de la necesaria amplitud de miras y de sentido común. A pesar de ello, se consideraba una gran potencia. Los *yanquis* se creían fuertes, pero les faltaba virilidad y fuerza de voluntad. Él controlaba las vidas de todos en su territorio; ellos, no. Estaban en todos los mares, sus aviones de guerra surcaban los cielos del mundo...; sin embargo no protegían sus propios intereses. Meneó la cabeza y sonrió.

No, los estadounidenses no eran dignos de respeto.

VI. DISUASIÓN

Félix Cortez viajaba con pasaporte costarricense. Si alguien advertía su acento cubano, explicaba que su familia había huido de la isla cuando él era niño, pero evitaba ese problema al elegir cuidadosamente el puerto de arribada. Además, ya le quedaba poco rastro de ese acento. Aparte del español, su lengua materna, hablaba inglés y ruso a la perfección. Hombre apuesto, aunque vulgar, su tez cobriza parecía la de un turista bronceado por el sol. El prolijo bigote y el traje de buen corte eran los de un próspero empresario, y la deslumbrante dentadura lo convertía en un hombre atractivo. En la cola de Inmigración del Aeropuerto Internacional de Dulles, en Washington, conversaba amablemente con la señora que lo seguía, resignado a la demora, como correspondía a un viajero experimentado.

-Buenas tardes, señor -dijo el inspector casi sin alzar la vista del pasaporte-. ¿Cuál es el propósito de su viaje?

-Negocios -respondió Cortez.

-Hmm -gruñó el inspector. Ojeó el pasaporte, repleto de sellos de ingreso. Su titular era un gran viajero y casi la mitad de los visados de los últimos... cuatro años eran norteamericanos. Sus puertos de llegada Miami, Washington y Los Ángeles-. ¿Cuánto durará su estancia?

-Cinco días.

-¿Tiene algo que declarar?

-Sólo traigo mi ropa y mis papeles de negocios -respondió Cortez, y alzó el portafolio.

-Bienvenido a Estados Unidos, Mr. Díaz -dijo el inspector al sellar el pasaporte.

-Gracias.

Recogió su maleta, que era grande y revelaba un uso frecuente. Siempre trataba de llegar en horas de escaso tráfico, no por conveniencia, sino porque no eran las elegidas por los que tenían algo que ocultar. En esas horas, los inspectores de Aduanas tenían todo el tiempo del mundo para fastidiar a la gente, y los adiestrados perros pasaban por entre las maletas sin apuro. Habiendo poca gente en los pasillos y salones, era más fácil detectar la vigilancia especial; Cortez/Díaz, era especialista en tácticas de contravigilancia.

De la aduana fue derecho al mostrador de «Hertz» donde alquiló un «Chevy» de gran tamaño. Cortez no sentía estima por los estadounidenses, pero sí por sus enormes automóviles. Conocía la rutina a la perfección. En esa ocasión utilizó una tarjeta de crédito «Visa». La joven que atendía el mostrador le explicó los beneficios promocionales del «Hertz Number One Club», y él aceptó el folleto con fingido interés. El que utilizara la misma empresa de alquiler de automóviles más de una vez era porque no había suficientes para evitar la repetición. Pero jamás empleaba el mismo pasaporte o tarjeta de crédito dos veces seguidas. En un escondite cerca de su casa tenía una amplia provisión de ambos documentos. El objeto de su viaje a Washington era, justamente, una reunión con su proveedor.

La rigidez de sus piernas le molestaba, mas decidió caminar hasta el coche en lugar de tomar el autobús de la empresa porque estaba cansado de estar sentado. El calor y la humedad de ese primaveral día le recordaban su patria. No sentía gran amor por Cuba; pero, gracias a su Gobierno, había aprendido el oficio. Horas de clase sobre el marxismo-leninismo para convencer a ese pueblo hambriento de que vivía en un paraíso. Por lo menos, Cortez había aprendido en ellas qué quería lograr en la vida. Durante el período de instrucción en el DGI había aprendido a apreciar los privilegios, y las interminables clases de política sólo habían logrado que su Gobierno le pareciera grotesco a la luz de los fines y aspiraciones que proclamaba. Pero había respetado las reglas del juego y aprendido lo necesario sobre sociedades capitalistas, sus puntos fuertes y débiles, la forma de infiltrarse en ellas y

subvertirlas; también se había adiestrado en las destrezas del agente secreto. Al ex coronel le resultaba divertido comparar las dos sociedades. Puerto Rico, a pesar de su relativa pobreza, le parecía un paraíso, a la vez que conspiraba con su camarada, el coronel Ojeda, y los salvajes Macheteros para cambiarla por el realismo socialista a la cubana. Cortez meneó la cabeza y sonrió, mientras se dirigía al estacionamiento.

Unos metros más arriba del cubano, Liz Murray dejó a su esposo, que ocupó su lugar al final de la cola de viajeros. Apenas pudo darle un beso. Tenía mucho que hacer, y el vuelo de Dan partía en pocos minutos.

-Volveré mañana a la tarde -dijo al bajar del coche.

-Bueno. No olvides que tenemos mudanza.

-Sí. -Dan cerró la portezuela y se alejó. Volvió-: No, bueno, quiero decir sí, no me voy a olvidar, mi amor... -Su esposa reía; era la broma de siempre-. *No es justo* -gruñó para sus adentros-. *Me traen de Londres, me dan el ascenso y al segundo día ya tengo que viajar.*

Entró en la terminal y buscó su vuelo en el monitor de televisión. Todo su equipaje era un bolso pequeño, que podía llevar en la cabina. Ya había leído los informes previos, enviados por *fax* a Washington desde la oficina local de Mobile. Habían provocado una pequeña conmoción en el edificio Hoover[9].

El paso siguiente era el detector de metales. Entró por un lado del aparato, y cuando el empleado lo detuvo con el «un momento, señor» de circunstancias, él mostró la credencial que lo identificaba como Daniel E. Murray, subdirector adjunto de la Oficina Federal de Investigación, FBI. No podía pasar ante el magnetómetro con la pistola «Smith & Wesson» bajo el cinturón, y los empleados de los aeropuertos se ponían nerviosos cuando la mostraba. No era un buen tirador, ni siquiera había tenido éxito en las pruebas, que debería repetir la semana siguiente. No se mostraban demasiado estrictos con los altos jerarcas del FBI -el principal accidente potencial de trabajo era clavarse una grapa en el dedo-, pero aunque Murray era un hombre con escasas vanidades, saber disparar bien era una de ellas. Eso le preocupaba, aunque no tenía motivos. Había pasado cuatro años en Londres como agregado legal, y sabía que le faltaba mucha práctica para alcanzar otra vez el grado de «experto» con las dos manos, sobre todo ahora que tenía un arma nueva. Su querido «Colt Python .357» de acero inoxidable había pasado a retiro. El FBI había resuelto volver a las armas automáticas, y, al llegar a su oficina, encontró la «S&W» envuelta para regalo sobre su escritorio. Era una broma de su amigo Bill Shaw, el flamante director ejecutivo adjunto (Investigaciones). Le gustaban esa clase de chistes. Murray tomó el bolso con la mano izquierda y verificó con disimulo que el arma estuviera en su lugar, como cualquier ciudadano haría con su billetera. Lo único que le había disgustado en Londres era la obligación de estar desarmado. Como cualquier otro policía estadounidense, se sentía desnudo cuando le faltaba el arma, a pesar de que jamás la había usado fuera de un polígono de tiro. En todo caso, le servía de garantía para que no desviaran su avión a Cuba. Ya no tendría oportunidad de reprimir el delito en las calles. Lo habían ascendido a un puesto administrativo; una forma de decirle que era demasiado viejo para ser útil, pensó Murray mientras elegía un asiento cerca de la puerta de salida. El problema en cuestión era lo más parecido a un caso policial que le pudiera tocar: sólo porque el director vio el expediente y lo trasladó a Bill Shaw, quien, a su vez, quiso encomendarlo a alguien de su confianza. Era un caso bastante difícil. Realmente querían que tuviera un debut difícil.

[9] Sede del FBI.

Librodot

El viaje consistió en dos horas de auténtico aburrimiento aéreo y una comida insulsa. Lo recibió el agente especial supervisor Mark Bright, jefe adjunto interino de la oficina local de Mobile.

-¿Trae más equipaje, Mr. Murray?

-Sólo este bolso, y me llamo Dan. ¿Han hablado ya con ellos?

-Todavía no han arribado a puerto. Al menos, eso creo.

-Bright miró su reloj-. Los esperaban alrededor de las diez, pero anoche tuvieron una misión de rescate. Un pesquero sufrió una explosión y rescataron a la tripulación. Lo han mencionado en los noticieros de la mañana. Parece que fue un buen trabajo.

-Pero qué bien -comentó Murray-. Nos mandan a interrogar a un héroe y resulta que el tío acaba de anotarse una nueva hazaña.

-¿Conoce la historia? No he tenido tiempo de...

-Me informaron. Y sí, héroe es la palabra exacta. Ese Wegener es una leyenda viva. A Red Wegener lo llaman el rey BYR, o sea de las misiones de búsqueda y rescate. La mitad de los aficionados a la náutica han sido salvados por él en alguna ocasión. Al menos, eso dicen. Y, para colmo, tiene amigos en el Congreso.

-¿Como quién?

-Como el senador Billings, de Oregón -respondió Murray, y le relató brevemente la historia.

-Presidente de la Comisión de Justicia del Senado. ¿Por qué no habrá seguido en la de Transportes? -Bright alzó los ojos al cielo. La Comisión de Justicia del Senado tenía, entre otros, el deber de supervisar al FBI.

-¿El caso es nuevo para usted?

-Sí, en realidad estoy en esto porque mi trabajo es servir de enlace con la DEA. Vi el expediente poco antes del almuerzo. Yo me hallaba de permiso porque mi esposa tuvo un bebé.

-Ajá. -No se podía culpar a un agente por eso-. Enhorabuena. ¿Todo bien?

-He llevado a Marianne a casa esta mañana. Sandra es el bebé más lindo que he visto en mi vida. Claro que llora mucho.

Murray rió. Sus hijos eran ya mayores. En el coche de Bright, un «Ford» cuyo motor ronroneaba como un tigre satisfecho, lo esperaban algunos informes sobre el capitán Wegener. Murray los ojeó mientras Bright maniobraba en la plaza de estacionamiento del aeropuerto. Complementaba lo que le habían dicho en Washington.

-Qué historia, ¿no?

-Ya lo creo -asintió Bright-. ¿Diría que es cierta?

-He conocido algunos casos raros, pero éste se lleva la palma. Y lo más extraño es que...

-Sí -lo interrumpió el joven-, lo mismo pienso yo. Nuestros colegas de Toxicomanía creen que es verdad, pero lo que sale de todo esto..., quiero decir, aunque las pruebas estén embrolladas, lo que descubrimos... es tan...

-Claro. -Le habían encomendado el caso por ese motivo, entre otros-. ¿La víctima era un tipo importante?

-Tenía conexiones políticas importantes, estaba en el directorio de varios Bancos, profesor en la Universidad de Alabama, miembro de grupos de acción cívica..., todo. Ese tío, más que

un pilar de la comunidad era una roca. Su pedigrí incluye un general en la Guerra Civil y un gobernador.

-¿Mucho dinero?

-Más del que yo podría tener en toda mi vida. Tiene una plantación al norte de la ciudad. No sé qué cultivan, pero el dinero no viene de ahí. Invirtió la fortuna familiar en el negocio de bienes raíces. Parece que tuvo mucho éxito. Ahora, no es una sola empresa sino una maraña de pequeñas empresas... lo de siempre. Tenemos a un grupo de gente trabajando en eso, pero les llevará tiempo. Poseía algunas cuentas en Bancos extranjeros, tal vez no podamos investigarlas todas. Ya sabe cómo es eso. Apenas hemos empezado.

-«Vinculan a importante empresario local con jefes del narcotráfico.» Y qué bien que lo ocultaba. ¿Nunca sospecharon de él?

-En absoluto -dijo Bright-. Ni nosotros, ni la DEA, ni la poli local; nadie.

Murray cerró el expediente y contempló el tráfico por la ventanilla. Era el primer atisbo de un caso que tal vez requiriera miles de horas-hombre de trabajo de investigación. *Carajo, todavía no sabemos siquiera qué buscamos,* pensó el subdirector adjunto. *Sólo sabemos que a bordo del buque* Empire Builder *había un millón de dólares en billetes de veinte y cincuenta. Tanto dinero en efectivo significa una sola cosa,* pensó Murray, pero se rectificó: podría significar muchas cosas.

-Bueno, hemos llegado.

No fue difícil penetrar en la base, y Bright conocía el camino hasta el muelle. Visto desde el coche, el *Panache* era un barco grande, una mole blanca con una franja anaranjada y una mancha oscura cerca de la mitad del casco. Murray sabía que era una nave pequeña, pero había que verla en medio de un gran océano. Mientras él y Bright bajaban del automóvil, alguien descolgó el teléfono al comienzo de la pasarela, y, poco después, otro hombre apareció. Murray lo reconoció por las fotografías: era Wegener.

Su cabello, que había sido rojo, ahora era pardo con mechas canosas. «Tiene buen aspecto físico», pensó el hombre del FBI al verlo acercarse a la borda metálica. Aparte de un pequeño rollo de grasa cerca de la cintura, parecía un tipo sólido. El tatuaje en el antebrazo delataba su oficio de marinero y sus impasibles ojos denotaban a un hombre poco habituado a ser interrogado.

-Bienvenidos a bordo. Soy Red Wegener -dijo con una sonrisa, leve pero amable.

-Gracias, capitán. Soy Dan Murray, él es Mark Bright.

-Me han comunicado que ambos son del FBI.

-Sí, yo soy subdirector adjunto, vengo de Washington. Mark es jefe adjunto interino de la oficina de Mobile. -Murray no dejó de advertir el leve cambio en la expresión de Wegener.

-Bien, sé por qué están aquí. Vamos a conversar en mi camarote.

-¿A qué es debido toda esta chamusquina? ¿Algún incendio? -preguntó Dan. En el tono del capitán al recibirlos le había parecido observar algo... extraño.

-No, un barco camaronero tenía un motor incendiado. Sucedió anoche, a unos siete kilómetros de nosotros, cuando nos dirigíamos a puerto. Los tanques de combustible explotaron justo cuando nos acercábamos, pero tuvimos suerte. No hubo muertos, sólo un hombre con algunas quemaduras.

-¿Y el camaronero? -preguntó Bright.

-No pudimos salvarlo. Gracias a Dios que rescatamos a los tripulantes, a veces no se puede pretender más. -Abrió la puerta y los hizo pasar-. ¿Puedo ofrecerles una taza de café, caballeros?

Murray declinó la invitación. Mientras miraba con atención al capitán, que parecía avergonzado por algo. *No es lo que debería sentir,* pensó Dan. Wegener les ofreció asientos y él se acomodó detrás del escritorio.

-Sé a qué han venido -repitió-. La culpa es mía.

-Esteee..., capitán, antes de que diga nada... -quiso interrumpirle Bright.

-He cometido algunas estupideces en mi vida, pero esta vez la he jodido bien. -Wegener encendió la pipa-. ¿Les molesta que fume?

-En absoluto -mintió Murray. No sabía qué iba a decir el capitán, pero sí que no era lo que Bright esperaba. Había varias cosas que Bright desconocía-. Bueno, ¿por qué no nos lo cuenta?

Wegener abrió un cajón y sacó un objeto que entregó a Murray. Un paquete de cigarrillos.

-Uno de nuestros huéspedes dejó caer esto en cubierta, y yo mandé que se lo devolvieran. Pensé... bueno, mírenlos, díganme si no parecen cigarrillos. Se supone que a los prisioneros hay que tratarlos bien, ¿no? Así que les devolví los cigarrillos, pero resulta que eran porros. Por eso, cuando los interrogamos, el tipo que cantó estaba bien drogado. O sea que arruinamos el caso. Ése es el problema, ¿no?

-Pero sucedió algo más, ¿verdad, capitán?

-El principal Riley golpeó a uno de ellos. La responsabilidad es mía. Hablé con el principal. El tío..., no recuerdo cómo se llama, el más insolente de los dos, me escupió. Riley estaba presente y no le gustó nada. Hizo mal, pero somos militares, cuando tratan así al jefe, a la tropa no le gusta. Por eso Riley perdió el control y le pegó... Sucedió a bordo de mi buque, y es mi responsabilidad.

Murray y Bright se miraron. Los sospechosos no habían mencionado nada de eso.

-Capitán, no hemos venido por nada de eso -dijo Murray, después de una breve pausa.

-Ah, ¿no? Y entonces, ¿por qué?

-Dicen que usted ejecutó a uno de ellos -contestó Bright. Se hizo el silencio en el camarote. Desde alguna parte llegaba un ruido de martillazos, pero el sonido del aire acondicionado era más fuerte.

-Están vivos, ¿no? Eran dos, y están vivos. Hice filmar el registro del yate y mandé la cinta con ellos en el helicóptero. Si los dos están vivos, ¿a quién se supone que fusilamos?

-Ahorcaron -le corrigió Murray-. Dicen que ahorcaron a uno de ellos.

-Un momento, por favor. -Asió el teléfono y apretó un botón-. Atención en el puente, habla el capitán. Que baje el segundo a mi camarote. Gracias. -Wegener colgó el auricular y los miró-. Si no les molesta, quiero que mi segundo también oiga esto.

Murray conservó la mirada impasible. *Debiste haberlo pensado, Danny* -se dijo-. *Han tenido tiempo de sobra para ponerse de acuerdo sobre los detalles, y Mr. Wegener no tiene un pelo de tonto. Además, un senador de la nación lo protege y acaba de entregarnos a dos asesinos. Aun sin la confesión, hay pruebas suficientes para condenarlos a muerte por homicidio, y si atacas a Wegener, corres el riesgo de perder el caso. Y en cuanto a la importancia de la víctima... el fiscal no lo aceptará. Ni lo sueñes...* No había un solo fiscal en todo Estados Unidos que no tuviera aspiraciones políticas. Mandar a dos sujetos de semejante calaña a la silla eléctrica equivalía a ganar medio millón de votos. No se podía correr el riesgo

de perder el caso. Jacobs, el director del FBI, había sido fiscal y lo comprendería. Murray pensó que incluso facilitaría las cosas.

Entonces llegó el oficial segundo de a bordo y, hechas las presentaciones, Bright relató lo que los sospechosos habían dicho al FBI local. Durante unos minutos, Wegener fumó su pipa y dejó que sus ojos expresaran asombro.

-Señor -dijo el oficial a Bright-, en el mar se escuchan muchos cuentos chinos, pero hasta ahora no había oído nada parecido.

-Es culpa mía por devolverles los porros -gruñó Wegener.

-¿Cómo es que nadie se dio cuenta de lo que estaban fumando? -preguntó Murray. Le interesaba menos la contestación en sí que la habilidad de Wegener para responder. Para su sorpresa, fue el segundo oficial el que respondió.

-El calabozo tiene un extractor. No vigilamos constantemente a los prisioneros... ya que fueron los primeros que hemos tenido... Bueno, en el *Manual de Procedimientos* dice que no debemos vigilarlos porque es una forma de intimidación. Además, no tenemos suficiente personal para eso. Y con el extractor y todo, cuando sentimos el olor, ya era tarde. Esa noche los llevamos al salón de oficiales para interrogarlos, por separado, como el manual indica, y los dos tenían los ojos un poco vidriosos. El primero no habló, el segundo, sí. ¿Tienen la película de vídeo?

-Sí, la he visto -dijo Bright.

-En ella puede observarse que les leímos sus derechos directamente de la cartilla, como corresponde. Lo que no entiendo es qué significa eso de que los ahorcamos. Me parece una locura. Una locura total. Nosotros..., es decir, no podemos. Ni siquiera sé cuándo era legal hacerlo.

-El caso más antiguo que conozco data de 1843 -dijo el capitán-. ¿Saben por qué fundaron la Academia Naval de Annapolis? Porque hubo una ejecución en el buque *Somers.* Uno de los ahorcados era hijo del secretario de Marina. Se comentó que habían intentado amotinarse, pero hubo un escándalo, como se puede imaginar. Hace mucho que no ahorcamos a nadie -dijo Wegener con una sonrisa irónica-. Yo soy veterano del servicio, pero no tanto.

-Ni siquiera podemos formar un tribunal de guerra -añadió el segundo oficial-. Quiero decir, para hacerlo hace falta un juez, abogados de verdad, qué sé yo. El *Manual de Procedimientos* pesa como diez kilos. Hace nueve años que estoy en el servicio y jamás he asistido a un Consejo de Guerra, fuera de los trabajos prácticos en la Academia. A lo sumo interrogamos a alguien por una contravención, pero no muy seguido.

-Pensándolo bien, no era mala idea ahorcar a ese par de hijos de puta. Yo lo hubiera hecho con mucho gusto -dijo Wegener.

A Murray le pareció una observación extraña y muy astuta. Sentía pena por Bright, a quien probablemente nunca le había sucedido nada parecido en un caso. En ese sentido, sus años de agregado legal en Londres le daban una visión política de la que la mayoría de agentes carecía.

-¿Qué quiere decir?

-Bueno, cuando yo era chico, a los asesinos los ahorcaban. Yo me crié en Kansas. En esa época, el asesinato no era frecuente. Claro que ahora somos civilizados, no ahorcamos a la gente, y por eso hay asesinatos todos los días. Civilizados, sí -gruñó Wegener-. ¿También ahorcaban a los piratas como ésos? -preguntó a su segundo.

-Me parece que no. A los tripulantes de *Barbanegra* los juzgaron en Williamsburg. ¿Ha estado allí alguna vez? Todavía se ve el tribunal en la parte colonial de la ciudad. Dicen que el

patíbulo donde los ahorcaron estaba en una plaza donde ahora hay un hotel para turistas. Y al capitán Kidd, si no recuerdo mal, lo ahorcaron en Inglaterra. El patíbulo estaba en un lugar llamado Muelle de las Ejecuciones, creo. Así que..., no, me parece que no ahorcaban a nadie a bordo. Nosotros sí que no lo hicimos. ¡Joder, qué historia!

-Por lo tanto, no sucedió -dijo Murray. No era una pregunta sino una afirmación.

-No, señor, no sucedió -replicó Wegener, y el segundo oficial asintió con energía.

-Y afirmará lo mismo bajo juramento.

-Claro, ¿por qué no?

-Si no tiene inconveniente, quisiera hablar con uno de sus oficiales. El que «atacó», digamos, al...

-¿Está Riley a bordo? -preguntó Wegener al segundo.

-Sí, con el *Portugués* en su camarote. Haciendo no sé qué trabajo.

-Bien, vamos para allá. -Wegener se puso en pie e indicó a sus huéspedes que lo siguieran.

-¿Me necesita, señor? Tengo algo que hacer.

-Siga, oficial. Y gracias.

-Entendido, señor. Hasta luego, caballeros -dijo el alférez de navío, y se retiró.

El paseo resultó más largo de lo que Murray había previsto. Tuvieron que dar un par de rodeos, porque estaban pintando los mamparos. El salón de los suboficiales estaba cerca de popa. Riley y Oreza, los dos suboficiales más antiguos de la dotación, compartían el camarote cerca del saloncillo donde ellos y sus pares podían comer con relativa tranquilidad. Wegener abrió la puerta y chocó con una nube de humo. El contramaestre fumaba un cigarro mientras sus enormes manos trataban de manejar un destornillador diminuto. Los dos se cuadraron al ver al capitán.

-Descansen. ¿Qué diablos tienen ahí?

-Algo que el *Portugués* ha encontrado. -Riley se lo entregó-. Una verdadera antigüedad.

-1778, señor. ¿Qué le parece? -dijo Oreza-. Un sextante hecho por Henry Edgworth. Lo he comprado en un baratillo. Me darán unos buenos dólares si se halla en buen estado.

Wegener lo estudió.

-¿Dice que es de 1778?

-Sí, señor. Es uno de los modelos más antiguos de sextante. El vidrio está roto, pero eso no es problema. Conozco un museo que paga muy bien por estas cosas..., si es que no decido guardármelo.

-Tenemos visita -dijo Wegener, volviendo a lo que le había llevado allí-. Quieren hablarles acerca de esos dos tíos que recogimos.

Murray y Bright mostraron sus credenciales. Dan advirtió que había un teléfono en la sala. Por consiguiente, el segundo oficial había tenido tiempo de sobra para llamarlos. El cigarro de Riley apenas empezaba a consumirse.

-Con mucho gusto -dijo Oreza-. ¿Qué van a hacer con ese par de hijos de puta?

-Eso lo decidirá el fiscal -respondió Bright-. Nuestra misión es ayudarle a reunir toda la información. Por eso, tenemos que saber con exactitud qué sucedió cuando ustedes los aprehendieron.

-Entonces tienen que hablar con Mr. Wilcox, señor. Él estaba al mando de la partida de abordaje -dijo Riley-. Nosotros no hicimos más que cumplir sus órdenes.

-El alférez Wilcox está de permiso -les informó el capitán.

-¿Qué sucedió cuando los trajeron a bordo? -preguntó Bright.

-Ah, eso -asintió Riley-. Está bien, me equivoqué, pero ese hijo de puta..., quiero decir, escupió al capitán, señor. Eso no se puede permitir, ¿entiende? Por eso le golpeé. Tal vez hice mal, pero ese gilipollas no merecía otra cosa.

-Eso no es problema -repuso Murray al cabo de un momento-. Él afirma que ustedes lo ahorcaron.

-¿Lo ahorcamos? ¿Dónde? -preguntó Oreza.

-Creo que ustedes lo llaman la verga del palo mayor.

-¿Dice que lo ahorcamos? ¿Como en las..., que lo *ahorcamos*? ¿Que lo colgamos del gañote? -preguntó Riley.

-Así es.

El contramaestre soltó una risotada que estremeció la nave.

-Señor, el día que yo ahorque a alguien, ése no vivirá para contarlo.

Murray repitió la historia tal como la había escuchado, casi palabra por palabra. Riley meneó la cabeza.

-No es así como se hace, señor.

-¿Qué quiere decir?

-Usted dice que el más bajo de los dos afirma que vio a su amigo colgado y balanceándose de un lado a otro por encima de la cubierta, ¿verdad? No se hace así.

-No comprendo.

-Cuando se ahorca a alguien a bordo, se le atan los pies juntos y se le sujetan por medio de una candaliza a una baranda o un montante, para evitar el balanceo del cuerpo. Hay que hacerlo, señor. Un objeto que pesa... digamos, de más de sesenta kilos, puede romper algo. Por eso se lo sujeta a dos puntas. Se alza a la cabeza del mástil por medio del aparejo y se le sujeta bien con la candaliza. Así es como se debe hacer. Eso lo sabe todo el mundo.

-¿Cómo es que estaba *usted* enterado? -preguntó Bright, disimulando su exasperación.

-En esta nave siempre andamos bajando o subiendo botes y sujetando toda clase de cosas. Ésa es mi responsabilidad. Es toda una pericia. Quiero decir, suponga que tiene una pieza que pesa tanto como un hombre, ¿me entiende? No puede permitir que esté suelta como una araña de techo en la punta de una cadena, ¿no? Nos podría arrancar el radar del mástil. Y esa noche había tormenta, además. En los viejos tiempos, cuando ahorcaban a alguien, era como izar una bandera de señales: una cuerda por arriba y otra por abajo, bien atadas para que quede firme. Si algún marinero de cubierta deja algo colgado y suelto, le rompo el culo a patadas. El equipo es muy caro. No dejamos que se rompa así como así. ¿Qué dices tú, *Portugués*?

-Tiene razón, señor. Esa noche hubo una hermosa tormenta, ¿no le dijo el capitán? Esos dos infelices pasaron la noche a bordo porque le dijimos al helicóptero que no viniera a recogerlos a causa del mal tiempo. Esa noche no había nadie en cubierta, que yo sepa.

-Claro que no -prosiguió Riley-. Esa noche nos encerramos bien calentitos en los camarotes. Quiero decir, señor, que, si hace falta, somos capaces de trabajar en medio de un huracán; pero, de no ser así, uno no sale a cubierta durante una tormenta. Es muy peligroso. Mucha gente ha caído al mar por eso.

-¿Fue muy fuerte la tormenta? -preguntó Murray.

-Algunos de los chicos nuevos vomitaron hasta el apellido. El cocinero había preparado filetes -rió Oreza-. Bueno, así se aprende, ¿no, Bob?

-Es la única manera -asintió Riley.

-O sea que no hubo Consejo de Guerra esa noche.

-¿Cómo? -preguntó Riley con una genuina expresión de perplejidad en su rostro; pero, a continuación, sonrió-: Ah, pregunta si les hicimos un juicio justo y después los ahorcamos, como en las viejas películas de piratas.

-A uno de ellos -acotó Murray.

-¿Por qué no a los dos? Los dos son unos jodidos asesinos, ¿no? Yo estuve en el yate, señor. Vi lo que hicieron. ¿Usted lo vio? Fue una carnicería. Tal vez usted está acostumbrado a ver cosas así, pero yo, no. Y no voy a ocultarle que me enfermó lo que vi. Usted dice que los ahorcamos, pero, si yo lo hubiera hecho, ahora no se estarían quejando. De acuerdo, reconozco que tiré a uno de ellos contra la baranda y casi lo rompí en dos. Perdí la cabeza; hice mal, lo siento. Pero ese par de hijos de puta mató a una familia entera, violó a una mujer y una nena. Soy casado, ¿sabe? Tengo hijas. El *Portugués,* también. Si quiere que alguien sienta lástima por esos dos jodidos, no lo busque aquí, señor. Al contrario, siéntelos en la silla eléctrica, y yo iré a oprimir el botón por usted.

-Entonces, ¿no lo ahorcaron? -preguntó Murray.

-No, pero ojalá se me hubiera ocurrido -dijo Riley. Después de todo, la idea había sido de Oreza.

Murray miró a Bright, que a esas alturas estaba a punto de estallar. Había resultado más fácil de lo que esperaba. Ya le habían advertido que el capitán era un tipo inteligente. El Servicio no encomendaba el mando de uno de sus buques a un idiota..., al menos, eso suponía.

-Bien, caballeros, por el momento no tenemos más preguntas. Agradecemos su colaboración. -Salieron precedidos por Wegener.

Al llegar a la pasarela, Murray indicó a Bright que lo esperara en el coche y se volvió hacia el capitán.

-¿De veras es posible maniobrar un helicóptero sobre esa cubierta?

-Claro que sí. Ojalá tuviéramos un aparato permanentemente.

-¿Me permite verlo un instante? Nunca he estado en un buque de éstos.

-Sígame.

Wegener lo condujo al centro mismo de la cubierta, a la gran cruz amarilla pintada sobre la plataforma negra de material antideslizante. Wegener le explicaba el funcionamiento de las luces en la torre de control, pero Murray observaba el mástil y trazaba una línea imaginaria de la verga a la cubierta. *Sí, no es nada difícil,* pensó.

-Capitán, por su propio bien, espero que jamás vuelva a cometer semejante locura.

Wegener lo miró, sorprendido.

-No comprendo...

-Sí que comprende.

-Usted cree que esos dos...

-Así es. Un jurado no lo creería..., es decir, me parece, pero uno nunca sabe de antemano cómo reaccionará un jurado. Pero ustedes lo hicieron. Ya sé que no puede reconocerlo...

-¿Qué le hace pensar...?

-Capitán, hace veintiséis años que estoy en el FBI. He oído muchos cuentos raros, algunos eran reales; otros, no. Uno aprende a distinguir la verdad de la mentira. Por lo que veo, sería bastante fácil bajar una soga desde ese aparejo, y si la nave está bien al pairo, un hombre colgado desde ahí no oscilaría demasiado. En todo caso, no le haría el menor daño a ese radar que tanto preocupa a Riley. Insisto, no lo vuelva a hacer. Por esta vez no hay problema porque vamos a condenarlos sin presentar las pruebas reunidas por ustedes. Pero no insista. Bien, estoy seguro de que no volverá a hacerlo. Al final, no resultó tan sencillo como ustedes pensaban, ¿no?

-Me sorprendió saber que la víctima era...

-Así es. Destaparon una gran gusanera sin ensuciarse demasiado las manos. Tuvieron suerte, no abusen de ella -dijo Murray.

-Gracias, señor.

Minutos más tarde, Murray se sentó en el coche junto al agente Bright, que no parecía demasiado feliz.

-Hace años, cuando era un cachorro apenas salido de la Academia, me enviaron a Mississippi -dijo Murray-. Habían desaparecido tres militares del movimiento pro derechos de los negros. Yo era el miembro más joven del equipo que aclaró el caso. Mi tarea..., poco más que correr pegado a los faldones del inspector Fitzgerald. ¿Ha oído hablar de *Big Joe*?

-Mi padre trabajó con él.

-Entonces sabe que Joe era todo un personaje, un verdadero poli a la antigua. Bueno, nos llegó la voz de que los muchachos del Ku Klux Klan local andaban diciendo por ahí que iban a matar a un par de agentes. Ya sabe cómo son esas cosas: llamadas anónimas a las familias, amenazas, en fin. Joe estaba furioso. Fui con él a visitar al gran jefe local del Klan, que también era el más fanfarrón. Lo encontramos sentado a la sombra de un arbolito en su jardín, la escopeta al alcance de la mano y medio borracho. Joe se acerca, el tipo empieza a alzar la escopeta, pero Joe lo mira fijamente y prosigue su avance. Tenía una verdadera mirada asesina; en su tiempo había matado a más de tres, y eso se veía claro en su expresión. Yo estaba asustado, estaba a punto de sacar la pistola, pero Joe no hizo más que mirarlo fijo. Le dijo que a la próxima amenaza o la próxima llamada anónima a una esposa o a los hijos, lo mataría allí mismo, en su propio jardín. No alzó la voz: lo dijo como si pidiera un café. El jefe le creyó. Yo también. Y se acabaron las amenazas.

»Lo que Joe hizo en esa ocasión fue totalmente ilegal -prosiguió Murray-. A veces hay que torcer un poco las reglas. Todos lo hacemos, también usted.

-Yo nunca...

-No se agite, Mark. Dije *torcer,* no romper. Las reglas no prevén todas las situaciones. Por eso esperamos que los agentes demuestren iniciativa. Así funciona la sociedad. Esos guardacostas nos han dado información valiosa, pero sólo podremos usarla si olvidamos cómo la consiguieron. No hay problema, porque juzgarán a los dos por homicidio: las pruebas físicas son suficientes. Entonces van a la silla o se declaran culpables y aceptan colaborar, y, en ese caso, nos dan otra vez la información que el buen capitán Wegener les extrajo. Eso es lo que nuestros superiores en Washington han decidido. Si saliera a la luz lo que sucedió en ese buque, sería muy incómodo para todos. Además, ¿le parece que un jurado de aquí...?

-No, claro -lo interrumpió Bright-. Cualquier picapleitos lo refutaría, y aunque no lo hiciera...

-Exacto. Nos encontraríamos dando vueltas en círculos. Este mundo no es perfecto, pero creo que Wegener no volverá a cometer ese error.

-Está bien -dijo Bright, a sabiendas de que no era así, pero no había nada que hacer.

-Así que el paso siguiente es descubrir por qué el infeliz se hizo matar junto con toda su familia por un *sicario* y su escudero. Sabe, cuando yo perseguía a los sabelotodo en Nueva York, nadie se metía con la familia. Nunca mataban a un tipo frente a su mujer, excepto para dar un escarmiento.

-Pero los narcos no respetan nada -dijo Bright.

-Lo sé; y pensar que para mí no había nada peor que un terrorista.

Era tanto más agradable que trabajar con los Macheteros, pensó Cortez. Sobre todo, era grato estar sentado en un restaurante lujoso, estudiando la gran carta de vinos -se consideraba un conocedor del tema-, en lugar de una choza infestada de ratas en el barrio puertorriqueño, comiendo fríjoles y repitiendo consignas revolucionarias con unos tipos que reducían el marxismo al asalto a los Bancos y el envío de alegatos altisonantes a las radios para que los transmitieran entre la música y los anuncios publicitarios. Estados Unidos, pensó, era el único país del mundo donde la gente iba en coche a las manifestaciones, y las colas más largas eran las de los supermercados.

Eligió una marca poco conocida del valle del Loira para la cena, y el *sommelier* asintió con aprobación al anotarlo y retirar la carta.

Cortez se había criado en un lugar donde los pobres -es decir, casi todo el mundo- tenían que ahorrar para comprar zapatos y había poco que comer. En los barrios pobres de Estados Unidos la gente consumía drogas, un hábito que requería cientos de dólares a la semana. Era un fenómeno que el antiguo coronel no terminaba de comprender. Las drogas pasaban de los tugurios a los suburbios y volvían prósperos a aquellos que tenían lo que otros deseaban.

Lo mismo sucedía en el plano internacional. Los *yanquis*[10], siempre tan mezquinos para brindar ayuda oficial a sus vecinos menos prósperos, ahora enviaban verdaderos torrentes de dólares, pero de persona a persona, como ellos decían. Era algo divertido. No sabía cuánto dinero enviaba el Gobierno *yanqui* a sus amigos, ni le importaba saberlo, pero estaba seguro de que el ciudadano común -tan aburrido de su vida sin sobresaltos que recurría a estimulantes químicos- daba mucho más sin ninguna clase de reclamación sobre «derechos humanos». Como oficial de Inteligencia, había dedicado muchos años a buscar la manera de denigrar a Estados Unidos, perjudicar su posición, disminuir su influencia. Pero comprendía que había empleado el método equivocado al combatir el capitalismo por medio del marxismo, a pesar de las pruebas concluyentes sobre cuál de los dos sistemas era eficiente y cuál no lo era. Sin embargo, no podía combatir el capitalismo por medio del propio sistema y, a la vez, disfrutar de sus beneficios. Y lo más extraño de todo era que sus antiguos patrones lo consideraban un traidor porque había descubierto un método eficiente...

El hombre sentado frente a él era un estadounidense típico, pensó. Gordo debido al exceso de alimentos, la ropa cara pero descuidada. Probablemente ni se lustraba los zapatos. Cortez recordaba que había andado descalzo durante la mayor parte de su juventud y se consideraba un ser privilegiado por tener tres camisas. Ese hombre tenía un automóvil caro, un apartamento cómodo, un sueldo equivalente al de diez coroneles del DGI... pero todo aquello no le bastaba. Así era Estados Unidos: lo que uno tenía, nunca era suficiente.

-¿Qué me ha traído?

-Cuatro sujetos posibles. La información está en el portafolio.

-¿Todos sirven?

[10] Igual en el original.

-Al menos reúnen las características que usted mencionó. ¿Acaso no he...?

-Sí, usted siempre es de fiar. Por eso le pagamos bien.

-Me alegro que confíen en mí, Sam -dijo el hombre con cierto desdén.

Félix -a quien su contertulio llamaba Sam- había apreciado siempre a la gente que trabajaba con él. Reconocía el talento y la capacidad para reunir información. Pero despreciaba la debilidad. Claro que un oficial de Inteligencia -como él creía ser, a pesar de todo- no tenía mucho dónde elegir. Los tipos como éste abundaban en Estados Unidos. Cortez no se detenía a pensar que también él se había vendido. Se consideraba un profesional capaz, tal vez algo mercenario, pero eso era parte de una honrosa tradición, ¿no? Además, todo lo que hacía era lo mismo que sus antiguos superiores le pedían, y con mayor eficiencia que el DGI. Y, para colmo, su sueldo no lo pagaba el DGI sino, en última instancia, los propios estadounidenses.

La cena transcurrió plácidamente. El vino era tan bueno como había previsto, pero la carne estaba dura y las verduras insulsas. Los restaurantes de Washington no justificaban su fama, pensó. Al salir, tomó el portafolio de su contertulio y se dirigió a su coche. Veinte minutos más tarde estaba en su habitación del hotel. Estudió los documentos durante varias horas. El hombre era de fiar, merecía el buen concepto que tenían de él. Los cuatro sujetos presentaban buenas perspectivas.

La tarea de reclutamiento comenzaría al día siguiente.

VII CERTEZAS E INCÓGNITAS

Tal como Julio había previsto, una semana de entrenamiento fue suficiente para que se adaptaran a la altura. Chávez se quitó la mochila. No estaba cargada del todo, apenas diez kilos, pero el proceso era gradual: querían que los soldados llegaran al estado ideal poco a poco, no de manera precipitada. Lo cual estaba muy bien para el sargento, cuya respiración era un poco agitada después de doce kilómetros de trote. Los hombros y las piernas le dolían un poco, pero nadie jadeaba a su alrededor y, por primera vez, nadie había abandonado el ejercicio. Sólo se escuchaban, como siempre, gruñidos y maldiciones.

-Esta vez no ha sido tan cansado -dijo Julio sin jadear-. Pero sigo pensando que no hay mejor ejercicio que un buen polvo.

-En eso tienes toda la razón -asintió Chávez-. Todos esos músculos que no se usan.

Lo mejor del campamento era la comida. Para el almuerzo les daban paquetes de VLC -«vianda lista para comer», tres mentiras por el precio de una-, pero el desayuno y la cena estaban bien preparados en la gran cocina del campamento. Chávez siempre se servía un gran tazón de fruta fresca, con mucha azúcar para darse energía, y el café del Ejército, que contenía más cafeína que el común y lo despertaba mejor. Comía con avidez su tazón de naranjas, pomelos y toda clase de fruta mientras sus camaradas preferían los huevos con tocino. Luego se servían unos buñuelos. Le habían dicho que los hidratos de carbono daban energía, y ahora que estaba casi acostumbrado a la altura podía comer grasas sin sentirse mal.

Todo marchaba a pedir de boca. Se trabajaba mucho, pero nadie los jodía con la limpieza. Se les consideraba profesionales con experiencia y como tal eran tratados. No se derrochaban energías en hacer bien las camas; los sargentos sabían, y si alguien no estiraba bien las sábanas, sus pares se encargaban de hacérselo saber, sin necesidad de gritos por parte de un superior. Eran jóvenes, realizaban sus tareas en absoluta seriedad, pero con espíritu de aventura. No les habían informado sobre la finalidad del entrenamiento, y eso, inevitablemente, daba lugar a toda clase de especulaciones. Por las noches, se producía un coro de susurros entre las camas que se convertía gradualmente en una sinfonía de ronquidos cuando se llegaba a un acuerdo sobre alguna idea, por demás fantasiosa.

Chávez era un hombre inculto, pero no tonto. Algo le decía que todas las teorías estaban equivocadas. Lo de Afganistán había terminado: por lo tanto, no los enviarían allá. Además, todos hablaban español. Volvió a pensar en ello mientras masticaba un puñado de kiwis, una fruta deliciosa cuya sola existencia había desconocido hasta una semana antes. No los entrenaban en la altura por las buenas. Por lo tanto, no irían a Cuba ni a Panamá. ¿Había montañas en Nicaragua? En México y en varias naciones centroamericanas sí las había. Todos eran sargentos. Todos habían comandado pelotones y realizado algún tipo de entrenamiento especializado. Todos eran infantes ligeros. Por consiguiente, la misión consistiría en entrenar a otros combatientes ligeros. Tenía que ser algo relacionado con la contrainsurgencia. Sí, eso era: en todos los países al Sur del Río Bravo había guerrillas, producto de la injusticia de los Gobiernos y de las economías; pero, para Chávez, la explicación era más sencilla: esos países estaban jodidos. Lo había visto en sus viajes con el batallón a Honduras y Panamá. Las ciudades eran sucias; al lado de ellas, su propio barrio parecía el paraíso terrenal. En cuanto a la Policía... bueno, jamás pensó que llegaría a admirar al Departamento de Policía de Los Ángeles. Pero lo que despertaba su mayor desdén eran los ejércitos locales. Gamberros, holgazanes e incompetentes. No eran muy distintos de las pandillas callejeras, salvo que todos portaban las mismas armas (mientras que en las calles de Los Ángeles se fomentaba el individualismo). Su destreza con las armas era más o menos la misma. No era difícil para un soldado romperle el culo a culatazos a un pobre diablo. Entre los oficiales no había hallado uno solo comparable con su teniente Jackson, que salía a ejercitarse con sus hombres y no le

molestaba ensuciarse y sudar como un soldado de verdad. Los sujetos más despreciables eran los sargentos. *Ding* Chávez había visto la luz en Corea, gracias al sargento McDevitt: la destreza más el profesionalismo equivalen al amor propio. Y en última instancia, ser hombre era ganarse el derecho a sentir amor propio. A causa del amor propio, uno es capaz de correr kilómetros y kilómetros por esas montañas de mierda. No era cuestión de decepcionar a los camaradas, de no estar a la altura de sus expectativas. Eso era la síntesis de lo que él -y todos los presentes en ese comedor- habían aprendido en el Ejército. Ahora debían inculcar el mismo concepto a otros. Por consiguiente, les tocaba una misión bastante convencional. Por algún motivo -tal vez político, aunque él no se metía en eso; la política le resultaba bastante incomprensible-, la misión era secreta. Su instinto le indicaba que tenía que ver con la CIA. En eso tenía razón, pero se equivocaba sobre la naturaleza de la misión.

Terminaron de desayunar a la hora indicada, se pusieron en pie y dejaron sus platos en el mostrador antes de salir. La mayoría pasó por las letrinas y algunos -Chávez entre ellos- se cambiaron la camiseta. La pulcritud no obsesionaba al sargento, pero le gustaba la sensación de ponerse una camiseta lavada y planchada. El campamento contaba con un excelente servicio de lavandería. Chávez pensó que lo echaría de menos, a pesar de la altura. El aire era fresco y seco. Todos los días se escuchaba el lúgubre ulular de las locomotoras diesel que veían durante las sesiones de trote, al entrar en el túnel Moffat. Por las noches solían divisar las luces de un tren de pasajeros que iba a Denver. Tal vez había buena caza. Vieron manadas de grandes ciervos cariacúes y también de pequeñas cabras de las Rocosas, capaces de trepar las paredes casi verticales cuando los soldados se acercaban. Esas desgraciadas sí que están en buena forma física, había dicho Julio el día anterior. Pero Chávez sabía que los animales que ellos saldrían a cazar tenían sólo dos patas. Y que el cazador descuidado terminaba cazado.

Formaron los cuatro pelotones, el capitán Ramírez se hizo cargo de los hombres y los llevó a su sector particular, a un kilómetro del campamento principal, en el extremo llano del valle. Los esperaba un negro vestido con camiseta y pantalón corto de donde desbordaban sus abultados músculos.

-Pelotón, buenos días -dijo-. Soy Mr. Johnson. Hoy comenzaremos el verdadero entrenamiento de la misión. Todos ustedes han hecho instrucción en combate cuerpo a cuerpo. Mi tarea es determinar qué es lo que saben y enseñarles un par de cositas que quizá no aprendieron antes. Matar sin hacer ruido no es tan difícil. El problema reside en cómo acercarse al enemigo. Eso lo sabemos todos. -Johnson se llevó las manos a la espalda sin dejar de hablar-: Ésta es otra manera de matar sin ruido.

Mostró una pistola con un artefacto largo y cilíndrico enroscado al cañón. Antes de que a Chávez se le ocurriera que aquello era un «silenciador», Johnson alzó la pistola con las dos manos y disparó tres veces. El silenciador era muy efectivo, pensó *Ding.* El chasquido metálico de la corredera fue más suave que el entrechocar de los cristales de las tres botellas, que se hicieron polvo al impacto de los proyectiles. Y los disparos en sí no produjeron el menor ruido. Era impresionante.

Johnson sonrió con malicia.

-Además, uno no se lastima las manos. Como dije, ustedes conocen la lucha cuerpo a cuerpo y vamos a perfeccionarnos en eso. Pero yo ya estoy de vuelta de muchas cosas, igual que ustedes, así que no andaremos con rodeos. El combate armado supera al desarmado en todos los terrenos. Así que vamos a aprender una nueva clase de lucha: combate *armado* silencioso. -Se inclinó y retiró la funda de una ametralladora de mano, que también estaba provista de silenciador. Por consiguiente, pensó Chávez, todas las especulaciones anteriores estaban equivocadas: la misión era de cualquier clase menos de adiestramiento.

Librodot

El vicealmirante James Cutter, de la Armada de los Estados Unidos de América, era un patricio. Al menos, así lo veía Ryan: alto y delgado, de cabellera plateada y una sonrisa confiada en su limpio y rozagante rostro. Actuaba como tal... es decir, eso creía él, se rectificó Jack. Él pensaba que las personas realmente importantes no necesitaban esforzarse para demostrarlo. Además, ser el asesor presidencial en asuntos de seguridad nacional no era un título de nobleza. Ryan conocía a unas cuantas personas que los poseían. Cutter pertenecía a una de esas viejas familias de Nueva Inglaterra que después de cultivar la tierra durante varias generaciones se habían dedicado al comercio y enviado algunos de sus hijos al mar. Pero Cutter era uno de esos marineros para los que el mar no era un fin, sino un medio. Había pasado la mitad de su carrera en el Pentágono, que no era lugar para un marino de verdad, pensaba Jack. Había recorrido el escalafón, comandando un destructor y luego un acorazado. Siempre se había desenvuelto bien, o lo suficientemente bien para que lo notaran, que era lo importante. Muchos oficiales destacados no habían podido pasar el grado de capitán por falta de padrino en las altas esferas. ¿Qué había hecho Cutter para destacar del montón...?

Tal vez supo golpear las puertas convenientes, pensó Jack al terminar el informe.

Ya no tenía importancia. El Presidente había advertido su presencia en el equipo de Jeff Pelt, y ahora que éste había vuelto al mundo académico -era titular de la cátedra de relaciones internacionales en la Universidad de Virginia-, Cutter había ocupado su lugar con la misma facilidad con que un destructor ocupa un amarradero junto al muelle. Sentado detrás de su escritorio, con su traje de buen corte, bebía café de un tazón de marinero con la placa USS Belknap, para que nadie olvidara que él había mandado ese buque. Y si el visitante pasaba por alto ese detalle -las visitas a la oficina del asesor de seguridad nacional eran escasas-, tenía toda la pared cubierta con plaquetas de los buques en los que había servido y más fotografías autografiadas que un agente de Hollywood. Los oficiales navales llaman a esto la pared *yo me amo, y* aunque casi todos la tienen, en general, la guardan en su casa.

Ryan no sentía gran estima por Cutter. Tampoco la había sentido por Pelt, con la diferencia de que éste era casi tan inteligente como él creía. Cutter no le llegaba ni a la suela de los zapatos. Al almirante le quedaba muy grande el puesto, pero carecía de la sensatez para darse cuenta. Lo peor era que Ryan también era asesor especial, aunque no del Presidente. Por consiguiente, debía presentar sus informes a Cutter. Y ahora que su jefe estaba internado en el hospital, eso sucedería con frecuencia.

-¿Cómo está Greer? -preguntó, con un acento nasal de Nueva Inglaterra que debía de haber muerto de muerte natural años atrás. Era lo único en él que no molestaba a Ryan, al que recordaba sus años estudiantiles en Boston.

-Todavía no han terminado los análisis -respondió, sin ocultar su preocupación. Parecía un cáncer de páncreas, y Cathy le había dicho que las probabilidades de supervivencia eran casi nulas. Había tratado de internar a su jefe en el hospital «Johns Hopkins», pero Greer era oficial de la Armada y lo habían enviado a «Bethesda». El centro médico «Bethesda» era el mejor hospital naval del país, pero no era tan bueno como el «Johns Hopkins».

-¿Va usted a ocupar su puesto? -preguntó Cutter.

-Almirante, eso me parece de muy mal gusto -dijo Bob Ritter, anticipándose a su amigo-. El doctor Ryan remplazará al almirante Greer mientras él permanezca internado.

-Si hace todo tan bien como este informe, nos llevaremos muy bien. Lamento mucho lo de Greer. Espero que todo resulte bien -dijo con tanta emoción como si preguntara la hora.

Tú sí que eres un tipo entrañable, pensó Ryan al cerrar su portafolio. *La tripulación del* Belknap *te quería como a un padre,* ¿no? Pero la tarea de Cutter no era la de ser un tipo entrañable, sino la de asesorar al Presidente. Y la de Ryan era la de informar a Cutter, no la de quererlo como a un padre.

Tenía qué reconocer que Cutter no era idiota. Su especialidad no era la de Ryan y no poseía, como Pelt, el instinto del tahúr para las negociaciones políticas en la trastienda; también, a diferencia de Pelt, le gustaba actuar sin consultar al Departamento de Estado. Los métodos de la Unión Soviética no los entendía en absoluto. Ocupaba esa silla de alto respaldo detrás del escritorio de roble oscuro porque se decía que era especialista en otras cuestiones que, evidentemente, interesaban al Presidente. Ryan no sabía cuáles eran. En lugar de desarrollar ese pensamiento hasta sus conclusiones lógicas, terminó su informe sobre las actividades de la KGB en Europa central. El error de Jack tenía que ver con algo más elemental. Cutter se sabía menos inteligente que Jeff Pelt y quería superarlo.

-Me alegro de verle, doctor Ryan. El informe fue muy bueno. Hablaré de ello con el Presidente. Ahora, si nos disculpa, el SDO y yo tenemos que discutir un asunto en privado.

-Nos veremos más tarde en Langley, Jack -dijo Ritter. Ryan asintió y salió. Esperaron a que la puerta se cerrara y luego el SDO presentó su informe sobre la «Operación SHOWBOAT». Le llevó unos veinte minutos hacerlo.

-Bueno, ¿cómo lo coordinamos? -preguntó el almirante.

-Como siempre. Lo único positivo que sacamos del fracaso en el desierto es que se demostró que las comunicaciones vía satélite son seguras. ¿Conoce el equipo portátil? -preguntó el SDO-. Es parte del equipamiento de la Infantería ligera.

-Sólo conozco los navales. No son realmente portátiles.

-Este equipo tiene dos piezas, una antena en forma de aspa y un soporte que parece una percha de alambre estirada. Se lleva en la mochila y pesa menos de siete kilos, incluido el auricular. Lleva un transmisor «Morse» si se quiere bajar el tono. Banda única de ultrafrecuencia, supercodificada. Más seguro, imposible.

-¿Y la clandestinidad? -Eso era lo que más preocupaba a Cutter.

-Si fuera una región densamente poblada -explicó Ritter por enésima vez-, el enemigo no la usaría. Además, operan de noche, por razones obvias. Así que nuestra gente dormirá de día y se desplazará en la oscuridad de la noche. Tienen equipo especial y han sido entrenados para eso. Lo hemos pensado mucho. Están...

-¿Abastecimientos?

-Por helicóptero. La gente de operaciones especiales en Florida.

-Sigo pensando que deberíamos enviar a los *marines.*

-Los *marines* tienen otra misión. Ya hemos hablado de ello almirante. Estos chicos tienen un buen entrenamiento y un gran equipamiento, casi todos han estado en regiones como ésta, y es fácil reclutarlos para el proyecto sin que nadie se dé cuenta.

Ritter estaba harto de explicar lo mismo, una y otra vez; pero Cutter no acostumbraba a escuchar a los demás. Su propia voz era demasiado fuerte. El SDO se preguntó cómo se las arreglaba el Presidente, pero era una pregunta inútil. Un susurro presidencial era más fuerte que cualquier grito. El problema radicaba en que el Presidente solía depender de sujetos idiotas para materializar sus deseos. A Ritter no le hubiera sorprendido saber que su opinión del asesor de seguridad nacional era la misma que la de Jack Ryan; sólo que éste no podía saber por qué.

-Bien, en esto manda usted -dijo Cutter-. ¿Cuándo empieza la operación?

-Dentro de tres semanas. Anoche recibimos un informe. Todo marcha viento en popa. Los soldados poseían ya la destreza necesaria, sólo falta afinarla un poco. Hemos tenido suerte, no ha habido accidentes.

Librodot

-¿Desde cuándo tienen ese campamento?

-Unos treinta años. Iba a ser un centro de defensa antiaérea, pero retiraron los fondos. La Fuerza Aérea nos lo entregó, y desde entonces lo usamos para entrenar a nuestros agentes. No aparece en ninguna lista del Gobierno. Pertenece a una empresa *offshore* que usamos para distintos fines. En otoño lo arrendamos a grupos de cazadores y con eso se autofinancia, por eso no aparece en los inventarios. Más clandestino, imposible, ¿no le parece? Nos resultó de gran utilidad durante la operación en Afganistán, que fue similar a la que nos enfrentamos ahora y nunca se supo nada...

-Tres semanas.

-Día más, día menos... -asintió Ritter-. Nos falta afinar la coordinación entre la información vía satélite y los efectivos en tierra.

-¿Funcionará? -Era una pregunta retórica.

-Almirante, ya hemos hablado de esto. Si quiere soluciones mágicas, no las tenemos. Podemos darles un golpe. Los informes de Prensa serán favorables e incluso tal vez salvemos un par de vidas. Para mí, vale la pena, aunque no consigamos grandes resultados.

Lo bueno de Ritter es que no insiste en lo que es obvio, pensó Cutter. Claro que conseguirían resultados. Todos lo sabían. La misión no era un alarde de cinismo, por más que algunos lo creyeran así.

-¿Y la detección con radar?

-Son sólo dos aviones. Están probando un sistema nuevo, un radar de baja probabilidad de intercepción, BPI. No conozco los detalles, pero sé que es muy difícil captar sus emisiones gracias a una combinación de altas frecuencias, compartimentos laterales reducidos y potencia generada relativamente baja. Con ello, el equipo ESM que utiliza el enemigo pierde toda su eficacia. Nuestras fuerzas terrestres vigilan de cuatro a seis de las pistas aéreas clandestinas y nos informan cada vez que un cargamento sale. Los E-2 modificados toman contacto al sur de Cuba y los siguen hasta que el caza F-15, que le mencioné, los intercepta. El piloto es un chico negro de Nueva York, me han dicho que es un piloto de primera. Un «camello» atacó a su madre, prácticamente la destrozó. Murió en el hospital. Era una mujer salida del *ghetto* que supo educar muy bien a sus tres hijos. Y le aseguro que el piloto es un chico bastante furioso. Está dispuesto a hacerlo y a no abrir el pico.

-Por ahora -dijo Cutter, escéptico-. ¿Y si más adelante cambia de opinión y...?

-Me dijo que está dispuesto a matar a todos esos hijos de puta si nosotros le damos esa misión. Quiere vengarse de los «camellos» que mataron a su *madre.* Hay muchos proyectos secretos en Eglin. Su avión está separado del resto de la escuadrilla, forma parte del proyecto de radar BPI. Dos aviones de la Armada transportan el radar, sus tripulantes fueron escogidos con el mismo criterio. Y recuerde que apenas el F-15 los avista, el avión radar se va. Así que si «Potro» -así llaman al piloto- derriba al narco, nadie se entera. Si logra aterrizar, se va a cagar de miedo. Yo mismo elaboré los detalles. Si hay desaparecidos, cosa que dudo, también se puede arreglar. Los *marines* son todos de operativos especiales. Uno de mis agentes se hará pasar por agente federal, y el juez es el mismo que el Presidente...

-Sí, lo sé. -Qué extraño, cómo crecen las ideas, pensó Cutter. El germen había sido una observación extemporánea del Presidente al enterarse de la muerte del primo de un buen amigo suyo a causa de una sobredosis. Un mes más tarde, la semilla había empezado a brotar y, dos meses más tarde, el plan estaba elaborado. Se redactó un Informe Presidencial secreto, del cual sólo existían cuatro copias. Ahora, el plan se ponía en marcha y no había manera de echarse atrás, pensó. Había participado de todas las reuniones de planificación, y, a pesar de ello, la operación empezaba a dar frutos...

Librodot

-¿Qué podría salir mal? -preguntó a Ritter.

-En las operaciones de este tipo, cualquier cosa puede andar mal. Hace varios meses, una fracasó porque un giro ilegal...

-Culpa de la KGB -le interrumpió-. Jeff Pelt me lo explicó.

-No somos infalibles. Las cagadas suceden, como ellos dicen. Lo que se podía hacer, se ha hecho. La operación está montada en compartimientos estancos. Por ejemplo, en las Fuerzas Aéreas, el piloto de caza no conoce a los del radar ni ellos a él: no son más que voces y señales. La gente de tierra desconoce a las del aire. Los que infiltraremos allá recibirán sus órdenes por vía satélite, sin saber de dónde vienen. Los que los transportan no saben por qué lo hacen ni quién dio la orden. Sólo un puñado de gente está al tanto de todo. Concretamente, los que saben algo son menos de cien, y sólo diez están al corriente de todo. Más seguro, imposible. Entonces, ¿damos la señal de largada o no la damos? La decisión es suya, almirante Cutter. Me imagino que ha informado al Presidente -añadió para impresionarlo.

Cutter no pudo reprimir una sonrisa. Era infrecuente, incluso en Washington, que uno pudiera mentir y decir la verdad al mismo tiempo.

-Por supuesto, Mr. Ritter.

-Por escrito.

-No.

-Entonces, anulo la operación -dijo el SDO-. No voy a exponer mi pellejo esta vez.

-¿Y espera que yo lo haga? -preguntó Cutter. Aunque se abstuvo de alzar la voz, su expresión reflejó la ira que lo embargaba. Ritter replicó con la maniobra que tenía preparada.

-El juez Moore lo exige. ¿Prefiere que él hable con el Presidente?

Cutter no supo qué responder. Después de todo, su tarea era proteger al Presidente. Había tratado de transferir la responsabilidad a Ritter y/o el juez Moore, pero lo habían vencido en su propio terreno. Alguien tenía que asumir la responsabilidad, y, en última instancia, debía ser una sola persona. Como en el baile de la silla, el perdedor era el que se quedaba sin asiento. A pesar de su astucia, el vicealmirante Cutter había perdido en la puja con esa última silla. Su formación naval lo había preparado para asumir responsabilidades; pero, aunque Cutter decía ser un oficial, y en verdad lo creía -un oficial sin uniforme, claro-, siempre había esquivado las responsabilidades. Eso era fácil en el Pentágono, y más aún en la Casa Blanca. Pero en esa ocasión resultaba imposible. Se sentía tan vulnerable como en aquella operación de reabastecimiento en la que el acorazado a su mando estuvo a punto de embestir a un buque cisterna; se salvó gracias a una oportuna orden del segundo oficial al timonel. Lástima que el segundo sólo había llegado a capitán: le faltaba pasta de almirante...

Cutter abrió un cajón de su escritorio, sacó una hoja de papel con membrete de «La Casa Blanca» y con una estilográfica de oro escribió la autorización que Ritter requería, empleando su mejor caligrafía. *El Presidente de la Nación autoriza a...* El almirante plegó la hoja, la puso en un sobre y se la entregó.

-Gracias, almirante -dijo Ritter al guardar el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta-. Le mantendré al tanto de todo.

-Cuidado con ese papel -le advirtió Cutter con frialdad.

-Le recuerdo que mi oficio es guardar secretos, señor.

Ritter se levantó y se dirigió a la puerta de salida. Se sentía muy bien, ahora que tenía el culo bien protegido. Muchos en Washington anhelaban sentirse así. Ritter no tenía esa obsesión, pero no era culpa suya que Cutter se hubiera descuidado.

A siete kilómetros de allí, Ryan se sentía triste y deprimido en la oficina del SDI. Contempló el anaquel y la cafetera, en la que James Greer preparaba su café, muy fuerte, y su sillón de alto respaldo en el que el viejo se acomodaba para pontificar sobre cuestiones prácticas y teóricas y hacer chistes. El jefe tenía un gran sentido del humor. Hubiera sido un gran profesor, y, en verdad, había sido un gran maestro para Jack. Seis años antes cuando Ryan ingresó en la CIA, el almirante Greer había pasado a ocupar, en gran medida, el lugar de su padre, muerto en un accidente aéreo en Chicago. Él acudía a ese mismo lugar en busca de orientación y de consejos. ¿Cuántas veces lo había hecho?

Desde las ventanas de la séptima planta, contemplaba los árboles cubiertos del verdor del verano que tapaban la vista del Valle del Potomac. Las peores locuras suceden cuando los árboles están pelados, pensó Jack. Recordaba cómo se paseaba sobre la alfombra de nieve mientras trataba de hallar respuesta a los problemas más difíciles. A veces las hallaba, a veces no.

El vicealmirante James Greer no vería el siguiente invierno. La nieve y la Navidad pasadas eran las últimas de su vida. Internado en la mejor *suite* del centro médico naval de Bethesda, el jefe de Ryan conservaba su inteligencia y su buen humor. Pero había perdido siete kilos en tres semanas y la quimioterapia le vedaba cualquier alimento que no fuese el que le administraban a través de los tubos clavados en sus brazos. Y el dolor. No había nada peor que contemplar el dolor ajeno. Ryan había conocido el dolor de su esposa y de su hija en el hospital, y era mucho más difícil de sobrellevar que el sufrimiento propio. Se le hacía difícil contemplar al almirante; ver cómo se crispaba su rostro cuando sufría los espasmos, algunos provocados por el cáncer, otros, por la medicación. Greer era parte de su familia, era... *¡Por Dios, estoy pensando en él como si fuera mi padre!* se dijo Ryan. Así lo haría hasta el fin.

-Mierda -musitó.

-Lo comprendo, doctor Ryan.

-¿Eh? -Jack se volvió con rapidez. El conductor (y guardaespaldas) del almirante lo observaba mientras él recogía unos papeles. Aunque Ryan era el ayudante especial y segundo *de facto* del SDI, había que vigilarlo cuando recogía documentos rotulados «sólo para el SDI». Las reglas de seguridad de la CIA eran lógicas, inflexibles e inviolables.

-He dicho que lo comprendo, doctor. Llevo trabajando once años con el almirante. Además de mi jefe, es un amigo. Hace regalos a mis chicos en Navidad, recuerda sus cumpleaños... ¿Queda alguna esperanza?

-Cathy trajo a uno de sus colegas, el profesor Russ Goldman. Uno de los mejores. Profesor de oncología en el «Hopkins», asesor de Salud Pública y no sé cuántos títulos más. Dice que la probabilidad es de una entre treinta. La metástasis fue demasiado rápida y extensa, Mickey. Un par de meses, a lo sumo, salvo que se produzca un milagro. -Sonrió a medias-. Ya he hablado con un sacerdote.

-Sé que es amigo del padre Tim, de Georgetown -asintió Murdock-. Anoche jugaron al ajedrez en el hospital. Ganó el almirante en cuarenta y ocho movimientos. ¿Alguna vez ha jugado con él al ajedrez?

-No estoy en la misma categoría. Creo que nunca lo estaré.

-Sí que lo está, doctor -aseguró Murdock después de una pausa-. El almirante me lo dijo.

-Así es él.

Ryan meneó la cabeza. Esa clase de conversación hubiera enfadado a Greer. Había mucho que hacer. Sacó la llave y abrió el cajón archivador del escritorio. Dejó el llavero sobre el escritorio para que Mickey lo recogiera; pero, en vez de abrir el cajón, se equivocó y sacó la

bandeja deslizante que se podía usar para escribir, pero que el SDI empleaba sólo para poner la taza de café. Sujeta a la bandeja había una tarjeta con dos números, que correspondían a sendas cajas de seguridad, escritos con la inconfundible letra de Greer. El almirante tenía una caja de seguridad en su oficina, Ritter, otra. Jack recordó que su jefe siempre olvidaba el número de la combinación, por eso lo había anotado. En un principio le pareció extraño que el almirante conociera los dos números; aunque, a continuación, pensó que era lo más lógico. Si era necesario abrir la caja del SDO -por ejemplo, si secuestraban a Ritter, había que averiguar en qué asunto secreto estaba trabajando-, eso sólo podía hacerlo un alto funcionario, como el SDI. Probablemente, Ritter conocía la combinación del almirante. ¿Quién más las conoce?, se preguntó Jack. Se encogió de hombros, corrió la bandeja y abrió el cajón. Había seis expedientes, correspondientes a operaciones de Inteligencia de largo plazo que el almirante quería estudiar. No eran de una importancia crítica, ni siquiera eran demasiado secretas, pero le darían algo de que ocuparse.

Dos agentes de seguridad de la CIA montaban guardia frente a su puerta, y todavía podía hacer algo en el tiempo que le quedaba.

¡Basta de joder con esto!, se dijo. *No pienses más en ello. Tiene alguna probabilidad a su favor, ¡diablos! Es mejor que no tener ninguna.*

Chávez nunca había usado una metralleta. Su arma siempre había sido el fusil M-16, a veces con un lanzagranadas M-203 bajo el cañón. También sabía usar el SAW -el fusil automático de fabricación belga que el Ejército había agregado a su inventario-, y era un experto tirador con pistola. Pero el Ejército había desechado la metralleta tiempo atrás por considerar que no era un arma seria para un soldado.

Con todo, no se podían negar los méritos de ésa en particular. Era alemana, modelo MP-5 SD2, fabricada por «Heckler & Koch». Desde el punto de vista estético, era fea, de color negro mate, áspera al tacto, sin esas líneas compactas y sensuales de la «Uzi» israelí. Pero al fabricante no le interesaba producir un objeto bonito, sino que disparara bien, con rapidez y precisión. Al sostenerla en la mano por primera vez, Chávez se dijo que el diseñador realmente sabía lo que era disparar un arma. A diferencia de la mayor parte de las armas alemanas, no estaba compuesta de muchas piezas diminutas. Se desarmaba y limpiaba con facilidad y se montaba en menos de un minuto. Se ajustaba perfectamente al hombro y la cabeza ocupaba naturalmente la posición para apuntar a través de la mira.

-Comiencen a disparar -ordenó Mr. Johnson.

Chávez tenía el arma en posición de disparo individual. Soltó la primera descarga para probar la cola del disparador. Requirió unos cinco kilos de fuerza, el retroceso fue derecho hacia atrás y suave, y el extremo del cañón no se alzó como sucedía con algunas armas. El proyectil atravesó el centro de la cabeza del blanco. Hizo un par de disparos y luego cinco ráfagas rápidamente. La sucesión de disparos lo hizo retroceder un par de centímetros, pero el resorte de la culata absorbió casi todo el retroceso. El blanco presentaba siete agujeros en un grupo pequeño y compacto, como la nariz de un payaso. Muy bien. Pasó el selector de disparo a la posición de automático: hora de divertirse un poco. Disparó tres ráfagas al pecho del blanco. Esta vez el grupo fue más grande, pero cualquiera de las tres ráfagas hubiera sido fatal. Después de una descarga adicional llegó a la conclusión de que podía disparar una salva de tres proyectiles sin desviarse del blanco. El fuego automático total era innecesario, un derroche de proyectiles. Su actitud podría parecer extraña en un soldado, pero como infante ligero conocía el esfuerzo de cargar las municiones. Para vaciar el resto del cargador de treinta proyectiles apuntó a distintos lugares del blanco; en todos los casos donde puso el ojo, puso la bala.

Librodot

«Quédate a mi lado, no te vayas, primor.» Lo mejor de todo era que el ruido no superaba el crujido de las hojas secas bajo los pies. No llevaba silenciador: el propio cañón *actuaba* como tal. Sólo se escuchaba el chasquido sordo del mecanismo y el silbido del proyectil. Éstos eran subsónicos, dijo el instructor. Chávez sacó uno de la caja para estudiarlo. La punta era hueca, muy grande, y al hacer impacto probablemente se abría hasta adquirir el diámetro de una moneda. Muerte fulminante con un disparo a la cabeza y casi instantánea al pecho... pero si les enseñaban a usar silenciador, era para disparar a la cabeza. Podría hacerlo fácilmente desde quince o veinte metros, tal vez más, si las circunstancias eran ideales, pero los soldados saben que rara vez lo son. Evidentemente, lo preparaban para acercarse a unos quince o veinte metros del blanco y matarlo sin hacer ruido.

La naturaleza de la misión podía ser cualquier cosa menos de entrenamiento, pensó.

-Muy buenos esos disparos, Chávez -dijo el instructor. Eran cuatro hombres en la línea de fuego. En cada grupo, dos cargarían las metralletas, otros dos -Julio entre ellos- llevarían las ametralladoras SAW y el resto fusiles M-16; dos, con lanzagranadas. Todo el mundo llevaba pistola. A Chávez le parecía extraño, pero no le molestaba, a pesar del peso adicional.

-Este cacharro no va nada mal, señor.

-Es suyo. ¿Dispara usted bien con pistola?

-Más o menos. Tengo pocas oportunidades...

-Sí, lo sé. Bueno, ya tendrán oportunidad de practicar. La pistola no es demasiado útil, pero en ocasiones, es justo lo que se necesita. -Johnson alzó la voz-: A ver, síganme los cuatro. Queremos que todos sepan usar todas las armas. Todo el mundo tiene que ser experto.

Chávez entregó su arma a un camarada y se alejó de la línea de fuego. Todavía trataba de descubrir el trasfondo de todo aquello. El combate de infantería es mortal siempre y se realiza de manera directa: uno ve lo que hace y a quién se lo hace. El hecho de no haberlo llevado a cabo todavía carecía de importancia para Chávez: era su tarea, y la organización de la unidad le indicaba algo acerca de la naturaleza de la misión. Operaciones especiales. No podía ser otra cosa. En Fort Bragg había conocido a un integrante de la «Fuerza Delta». Las operaciones no eran más que el combate de infantería llevado a un alto nivel de perfección. Uno se acercaba, eliminaba a los centinelas y golpeaba con fuerza y rapidez, como un rayo. Si la operación duraba más de diez segundos... bueno, ahí empezaban las emociones fuertes. Lo que más llamaba la atención de Chávez era la similitud con las tácticas de las pandillas callejeras. En la guerra no existía el juego limpio. Uno se acercaba con todo sigilo y atacaba al otro por la espalda, sin darle la menor oportunidad para defenderse. Pero lo que en un pandillero suponía cobardía, en el soldado era buena táctica. Chávez sonrió al pensarlo. En el fondo, aquello resultaba bastante injusto. El Ejército no era mejor que una pandilla, aunque sí más organizado. Y el blanco lo elegían otros. Lo que el Ejército hacía cumplía una función que alguien consideraba justificada. Lo mismo podía decirse de las pandillas; pero, en el caso del Ejército, ese alguien era una persona importante, que sabía lo que hacía. Lo que no tenía sentido para el soldado, sí lo tenía para alguien. Chávez era demasiado joven para recordar Vietnam.

La seducción era el aspecto más deprimente de su trabajo.

A Cortez le habían enseñado a realizar esa tarea como cualquier otra, con fría objetividad y eficiencia, pero la frialdad se daba de patadas con la intimidad, si es que uno quería obtener algún resultado. La propia KGB lo reconocía. En la Academia habían dedicado muchas clases a explicar las trampas. Un ruso tratando de dar lecciones sobre amores fugaces a un hispano: Cortez sonreía con desdén al recordarlo. El propio clima del país conspiraba contra el amor. Uno tenía que adaptarse a las peculiaridades del blanco, que en ese caso era una viuda,

todavía hermosa a sus cuarenta y seis años, lo bastante joven para anhelar la compañía de un hombre por las noches, cuya cama solitaria era un depósito de recuerdos ya lejanos, cuando sus hijos se acostaban o salían con sus respectivas parejas. No era la primera vez que atacaba esa clase de blanco, siempre valiente y a la vez patético. Le habían enseñado que los problemas del otro eran asunto del otro y una oportunidad para él. Pero ¿cómo se establece una relación íntima con una mujer sin sentir su dolor? Los instructores de la KGB no conocían la respuesta, pero sí le habían enseñado la técnica adecuada. También él había sufrido no hacía mucho tiempo la pérdida de un ser muy querido.

Su «esposa» también había muerto de cáncer, le dijo a ella. Se había casado a una edad relativamente avanzada -prosiguió con su historia-, después de reactivar la empresa fundada por su padre, lo cual le había obligado a viajar por todo el mundo. Se había casado con María tres años antes. Ella quedó embarazada, pero cuando fue al médico a confirmar la feliz noticia, los análisis de rutina revelaron..., apenas seis meses. No hubo manera de salvar el bebé, y nada le quedó de María. Tal vez, dijo, con los ojos fijos en la copa de vino, Dios lo había castigado por casarse con una muchacha tan joven, o por sus innumerables aventuras de *playboy* irresponsable.

En ese momento, Moira extendió la mano sobre la mesa para rozar la suya. Él no tenía la culpa, dijo la mujer. Y Cortez alzó la vista y vio en sus ojos la simpatía de quien se había formulado preguntas bastante similares a las que él acababa de dirigirse a sí mismo. Las reacciones de la gente eran previsibles. Bastaba apretar los botones correspondientes y demostrar las emociones necesarias. Cuando la mano de ella rozó la suya, la seducción estaba consumada. Fue una transmisión de simple calor humano. Pero ¿cómo iba a retribuirle -y cumplir su misión- si no permitía que ella fuera algo más que un blanco? Percibió su dolor, su soledad. Se mostraría bueno con ella.

Y lo hizo. Dos días habían transcurrido desde su primer encuentro. Era cómico; pero, sobre todo, conmovedor, ver cómo se había arreglado para la salida, igual que una adolescente en su primera cita de amor, por primera vez en más de veinte años. A sus hijos les había parecido divertido: había pasado bastante tiempo desde la muerte del padre, podían comprender las necesidades de su madre y la habían despedido con una sonrisa de aliento. Una cena rápida, nerviosa, el breve viaje al hotel, una copa de vino para el nerviosismo que ambos sentían, aunque ella un poco más. La espera bien había valido la pena. A ella le faltaba un poco de práctica, pero sus reacciones eran más auténticas que las de sus compañeras de cama habituales. Cortez era un buen amante. Conocía su propia capacidad, y su rendimiento en la ocasión había sido de primera: una hora de trabajo para excitarla gradualmente y tanta ternura como fue capaz de darle.

Ahora estaban tendidos uno al lado del otro, ella apoyada la cabeza sobre su hombro y dejaba correr las lágrimas. Era una amante de primera. Su esposo murió joven, pero había sido afortunado al poseer una mujer capaz de apreciar que el silencio podía ser la pasión más fuerte de todas. Miró el reloj en la mesa de luz y dejó pasar diez minutos antes de hablar.

-Gracias, Moira... no sabía..., hace tanto. -Carraspeó-. Es la primera vez que... desde que... -En realidad, sólo había pasado una semana desde la última vez. Entonces había pagado treinta mil pesos a una muchacha joven, hábil. Pero...

La fuerza de esta mujer era sorprendente. Su abrazo era tan poderoso que cortaba el aliento. Un resto de conciencia que aún le quedaba le dijo que era un desgraciado por tratarla así, pero otra voz, más fuerte, respondió que le había dado más de lo que había recibido. Esto era mejor que el sexo pagado. El dinero no compraba sentimientos; ese pensamiento reconfortó a Cortez, pero también aumentó sus remordimientos. Otra vez se impuso la voz que decía que la vergüenza era producto de ese abrazo apasionado, el cual había sido provocado a su vez por el placer que él le brindaba.

Extendió el brazo para encender un cigarrillo.

-Haces mal en fumar -dijo Moira Wolfe.

Sonrió.

-Lo sé. Debería abandonar el hábito. -Una sonrisa maliciosa-: Pero después de lo que me has hecho, lo necesito para recuperarme.

-*Madre de Dios*[11] -dijo él después de una nueva pausa.

-¿Qué ocurre?

Otra sonrisa.

-Me he entregado a ti, ¡y casi no te conozco!

-¿Qué quieres saber sobre mí?

Sonrió y se encogió de hombros.

-No importa... quiero decir, nada puede ser más importante de lo que me has dado ya. -Un beso. Una caricia. Silencio. Apagó el cigarrillo a medio fumar para demostrar que valoraba su opinión-. No sé hacerlo bien.

-¿De veras? -Le tocó a ella sonreír y a él ruborizarse.

-Es distinto, Moira. Cuando yo era joven, se decía que cuando... que no era importante. Pero ahora soy un hombre mayor, no puedo tomarlo... -Con timidez-. Si me permites, quiero conocerte mejor, Moira. Viajo a Washington con frecuencia, y necesito... No quiero más soledad. Estoy harto de... deseo conocerte -dijo con vehemencia. Y añadió con timidez, vacilación, esperanza y temor-: Si lo permites.

Un beso suave en la mejilla.

-Lo permito.

En lugar de abrazarla, Cortez se relajó con un suspiro de alivio que no era totalmente fingido. Otra pausa.

-Quiero que me conozcas. Soy rico. Mi empresa fabrica máquinas, herramientas y repuestos para automóviles. Tengo una fábrica en Costa Rica y otra en Venezuela. Es un negocio difícil y... no peligroso, pero resulta difícil tratar con los grandes industriales. Tengo dos hermanos menores, que trabajan conmigo. Bueno, háblame de lo que haces.

-Soy secretaria ejecutiva desde hace veinte años.

-¿No me digas? Yo tengo una secretaria.

-Y seguramente la persigues por todo el despacho...

-¿A Consuelo? Tiene la edad de mi madre. Fue mi padre quien la contrató. ¿Así sucede en este país? ¿Tu jefe te acosa? -Un matiz de rabia celosa en la voz.

Una risita.

-No, para nada. Mi jefe es Emil Jacobs, el director del FBI.

-No conozco ese nombre --mintió él-. El FBI, son *los federales,* ¿no? ¿Dices que eres la jefa de las secretarias?

-No, no es eso. Mi trabajo es organizar la agenda de Mr. Jacobs. Es increíble, la cantidad de reuniones y compromisos que tiene en un solo día. A veces he de hacer verdaderos juegos malabares.

[11] En español en el original.

-Sí, Consuelo dice lo mismo. Si no fuera por ella... -Rió-. Si tuviera que elegir entre ella y uno de mis hermanos, me quedaría con ella y buscaría otro gerente. ¿Cómo es Mr... dices que se llama Jacobs? Sabes, cuando era niño, soñaba con ser policía, llevar una pistola, conducir el coche. Pero ser el jefe..., qué extraordinario.

-No creas; la mayor parte de su trabajo es firmar papeles. Yo los archivo, todo dictados. El jefe hace cuentas, preside reuniones y poca cosa más.

-Pero está al tanto de... de todo lo más importante, ¿no? Lo mejor de ser policía es saber lo que los demás ignoran, pienso yo. Saber quiénes son los criminales, cazarlos.

-No sólo eso. Además del trabajo policial, hacen contraespionaje. Persiguen espías.

-¿No es eso trabajo de la CIA?

-No. No puedo entrar en detalles, pero es función del FBI. En realidad forma parte de lo mismo, y no tiene nada que ver con las series de televisión. Resulta de lo más aburrido. Yo leo casi todos los informes.

-Qué mujer tan extraordinaria -dijo Cortez con expresión de placidez-. Además de todo su talento, me educa. -Sonrió para alentarla a continuar. El idiota que se la había señalado sugirió que tratara de sobornarla. Cortez pensó que sus instructores sabrían apreciar su técnica. La KGB era muy mezquina con los fondos.

-¿Tienes mucho trabajo? -preguntó instantes después.

-Algunos días trabajamos hasta muy tarde, pero es un hombre considerado y atento.

-Si te hace trabajar demasiado, hablaremos, tu Mr. Jacobs y yo. Imagínate que vengo a Washington y no podemos reunirnos porque estás en la oficina...

-¿De veras quieres...?

-Moira.

El tono de su voz se había alterado. Sabía que la había presionado demasiado para ser la primera vez. Había sido tan fácil que se había excedido en las preguntas. Después de todo, la viuda solitaria era una mujer de buena posición y tenía un trabajo de gran responsabilidad. Por lo tanto, era una mujer inteligente. Pero también demostraba ser apasionada, romántica. Movió la cabeza y las manos. Vio la pregunta dibujada en su rostro: ¿Otra vez? Y su sonrisa respondió: otra vez.

En esa ocasión se mostró menos paciente. Ya no exploraba lo desconocido: conocía el terreno. Había descubierto qué le gustaba y podía imprimir una orientación a sus movimientos. A los diez minutos, ella había olvidado las preguntas. Sólo recordaría su olor, el contacto de su piel. Se solazaría con la juventud recuperada. Se preguntaría adonde irían a parar, pero no de dónde venían.

Lo propio de las citas de amor es la conspiración. Poco después de medianoche, la acompañó hasta su coche. Nuevamente, su silencio era asombroso. Se dejaba llevar de la mano como una colegiala, pero el roce de su mano no era, en modo alguno, tan elemental. Un beso antes de descender del vehículo, mas no permitió que él lo hiciera.

-Gracias, Juan -dijo.

Él respondió de corazón:

-Moira, gracias a ti soy un hombre de nuevo. Cuando vuelva a Washington, debemos...

-Sí, lo haremos.

Librodot

La siguió en su coche para demostrar que quería protegerla, pero se desvió antes de llegar a la casa para que sus hijos -que seguramente la esperaban despiertos- no lo viesen. Sonreía al volver a su apartamento, y no sólo a causa del éxito de su misión.

Sus compañeros de trabajo lo advirtieron al instante. Había dormido menos de seis horas, pero entró en la oficina con paso elástico y un vestido que no usaba desde hacía más de un año. El brillo de su mirada era inconfundible. El director Jacobs también lo advirtió, pero nadie dijo nada. Jacobs la comprendía. Había enterrado a su esposa meses después de que Moira perdiera a su marido, y sabía que el trabajo no alcanzaba para llenar ciertos huecos. *Me alegro por ella,* pensó. Aún tenía hijos menores. Tendría que acortar su horario, para que ella pudiera aprovechar la oportunidad de rehacer su vida.

VIII. DESPLIEGUE

Todo había salido a pedir de boca, pensó Chávez, no sin asombro. Si bien todos eran sargentos, el hombre que los había juntado era indudablemente inteligente, porque había asignado las funciones sin el menor inconveniente. Un especialista en operaciones ayudaba al capitán Ramírez a hacer los planes. Tenían un excelente enfermero, que se había entrenado con los Boinas Verdes. Julio Vega y Juan Piscador, ametrallador, cargaban los SAW. El sargento de comunicaciones también era un experto. Cada miembro del equipo ocupaba un puesto preasignado y cada uno respetaba los conocimientos de los demás, sobre todo después de haberse entrenado juntos. El duro régimen de ejercicios físicos había elevado el amor propio de todos, y, a las dos semanas, el equipo funcionaba como una máquina de precisión. Chávez, graduado de la escuela de los *rangers,* era hombre de lanza y explorador, con la tarea de adelantarse a los demás, desplazarse sigilosamente de un puesto de observación a otro, y luego informar al capitán Ramírez.

-¿Dónde están? -preguntó el capitán.

-A doscientos metros, pasada esa curva -susurró Chávez-. Cinco. Tres duermen, dos hacen guardia. Uno, sentado junto al fuego. El otro tiene una metralleta, pasea un poco.

A pesar de hallarse en pleno verano, las noches eran frescas en la alta montaña. Un coyote lejano aullaba a la luna. De vez en cuando se escuchaba el susurro de un ciervo al desplazarse entre los árboles, y el único ruido humano venía desde muy arriba, de los aviones. Era una noche despejada, y la visibilidad, excelente, tanto que habían prescindido de las gafas de infrarrojos. En el aire diáfano de la alta montaña, las estrellas no titilaban, unas brillaban como constantes y discretos puntos de luz. Chávez era capaz de apreciar tanta belleza, pero no en horas de trabajo.

Ramírez y el resto del pelotón vestían uniformes de camuflaje de cuatro colores, de fabricación belga. Habían pintado sus rostros con maquillaje (evidentemente, el Ejército no lo llamaba así) de colores similares, de manera que desaparecían en las sombras como el hombre invisible de H. G. Wells. Lo más importante era que se sentían a sus anchas en la oscuridad. La noche era su mejor y más poderosa aliada. El hombre es un cazador diurno. Sus sentidos, instintos e invenciones funcionan mejor cuando hay luz. Sus ritmos primordiales le restan eficacia durante la noche, salvo que se entrene con mucho esfuerzo para superarlos, como esos soldados. Las tribus indígenas americanas, que vivían en estrecho contacto con la Naturaleza, temían la noche, rara vez combatían, y ni siquiera montaban guardia, después de la caída del sol: así el Ejército había adquirido los rudimentos de una doctrina de combate nocturno. Durante la noche, el hombre enciende el fuego para darse calor y luz, pero con ello reduce la visibilidad a un par de metros. La verdad es que, con la preparación adecuada, el ojo humano ve bastante bien en la oscuridad.

-¿Nada más que cinco?

-Son los que pude distinguir, mi capitán.

Ramírez asintió e hizo un gesto. Otros dos hombres se acercaron. Susurró sus órdenes y se alejó con los dos hacia la derecha para rodear el puesto.

Chávez volvió a avanzar. Su tarea era eliminar al centinela y al hombre que dormía junto al fuego. En la oscuridad, es más difícil desplazarse sigilosamente que ver bien. Para el ojo humano es más fácil detectar el movimiento que los objetos estáticos. A cada paso tanteaba con el pie, por temor a pisar algo que hiciera ruido al moverse o deslizarse: no se debe subestimar la sensibilidad del oído humano. De día, su manera de desplazarse hubiera parecido graciosa, pero ése era el precio del sigilo. Lo más fastidioso de todo era que debía caminar lentamente, porque «Ding» se sentía impaciente como cualquier muchacho

Librodot

veinteañero. Se había entrenado para superar esa debilidad. Caminaba agazapado, con el arma preparada para disparar y los sentidos totalmente alertas, como si una corriente eléctrica surcara su piel. Su cabeza giraba lentamente a derecha e izquierda, sus ojos no se posaban en ningún objeto en particular porque las formas se difuminan en la oscuridad cuando se las mira con fijeza.

Chávez sentía una vaga inquietud, mas no sabía a qué atribuirla. Se detuvo un instante, miró hacia la izquierda, con todos los sentidos alerta, durante medio minuto. Nada. Por primera vez echaba de menos las gafas de visión nocturna. Meneó la cabeza: quizá se trataba de una ardilla o de alguna ave nocturna. En todo caso, no era un hombre: nadie era capaz de moverse en la noche como un *ninja.* Sonrió, y continuó el avance.

En pocos minutos llegó a su puesto, detrás de un pino pequeño, Y puso rodilla en tierra. Destapó la esfera de su reloj digital y contempló la lenta marcha de los números verdes hacia el momento señalado. El centinela caminaba en círculos, de espaldas al fuego para proteger su visión. Pero la luz reflejada en las rocas y los pinos la perjudicaba: en dos ocasiones miró hacia donde Chávez se encontraba, mas no lo vio.

Ahora.

Chávez alzó el MP-5 y disparó al pecho del blanco. El hombre se crispó, se llevó las manos al punto del impacto y cayó con un gemido. El chasquido metálico del MP-5 era muy suave, como el choque de dos piedras pequeñas que ruedan por el suelo, aunque no era un ruido habitual en la noche de la montaña. El hombre que dormitaba junto al fuego empezó a volverse, pero también recibió el impacto y cayó.

Chávez pensó que se encontraba él solo, pero cuando iba a apuntar a uno de los hombres dormidos, el ruido característico del arma automática de Julio despertó a los tres. Se levantaron de un salto, mas cayeron muertos al instante.

-¿De dónde mierda has salido? -preguntó el centinela moribundo. Le dolía el pecho, debido al impacto del proyectil de cera y a la sorpresa. Ramírez y los demás ya entraban al campamento.

-Chico, eres de lo mejor -dijo una voz a espaldas de Chávez. El sargento se sobresaltó cuando una mano cayó pesadamente sobre su hombro-. Ven.

Sorprendido, Chávez siguió al hombre hasta la fogata. De paso, descargó su arma: los proyectiles de cera eran muy peligrosos a corta distancia.

-Bien, éxito total -dijo el hombre-. Cinco muertos, ninguna reacción del enemigo. Capitán, el ametrallador se excedió un poco en los disparos. Yo sería más cauto: el ruido de un arma automática llega muy lejos. También trataría de acercarme un poco más, aunque... no, era imposible. No he dicho nada. Olvídelo. Hay que usar el terreno tal como es, no podemos elegirlo. Me ha gustado la disciplina de los hombres durante la marcha, y la aproximación al objetivo ha sido excelente. El hombre destacado en punta es increíble. Casi me descubrió. -Esto último no fue precisamente un elogio desde el punto de vista de Chávez.

-¿Quién coño es usted? -preguntó.

-Chico, yo hacía esto en serio cuando tú jugabas con tu primer revólver de plástico. Además, hice trampa. -Clark mostró las gafas nocturnas-. Veía muy bien el camino y, además, me detenía cada vez que mirabas hacia mí. Lo que oíste fue mi respiración. Pensé que el ejercicio iba a fracasar por mi culpa. Lo lamento. Me llamo Clark. -Extendió la mano.

-Chávez -dijo el sargento al estrechársela.

-Eres muy bueno, Chávez. El mejor que he visto en mucho tiempo. Me ha gustado tu manera de avanzar. Pocos tienen tanta paciencia. Nos hubieras venido bien en el 3.er SOG. -En boca de Clark, ése era el elogio máximo, siendo él tan parco en ellos.

Librodot

-¿Qué es eso?

-Algo que nunca existió. -Rió-. No te preocupes.

Clark fue a examinar a los dos hombres a los que Chávez había disparado. Tenían sendos impactos en el mismo lugar: sobre el corazón.

-Y además disparas bien.

-Cualquiera lo hace bien con esto.

Clark se volvió hacia el joven.

-Recuerda que cuando lo hagas en serio, no va a ser lo mismo.

Chávez comprendió que el otro hablaba muy en serio, y preguntó:

-¿Hay algo que deba hacer distinto, señor?

-Determinar eso es lo más difícil de todo -dijo Clark, mientras el resto del pelotón se acercaba a la fogata. Le habló en el tono de un maestro a un alumno aventajado-: Por un lado, debes pensar que estás en un ejercicio de entrenamiento. Por el otro, has de saber que dispones de poco margen para cometer errores. Puede primar un aspecto o el otro, dependerá del momento. Tienes buen instinto, chico. Déjate llevar por él si quieres seguir con vida. Si te parece que algo anda mal, es porque anda mal; No confundas esa sensación con el miedo.

-¿Cómo?

-Vas a tener miedo, Chávez. Yo siempre lo tenía. Si lo asumes, puedes transformarlo en una ventaja para ti. No es para avergonzarse, coño. Uno de los peores problemas en terreno enemigo es temer al miedo.

-Señor, ¿me puede decir para qué coño nos están entrenando?

-Todavía no lo sé. No es asunto mío. -Clark logró reprimir una mueca de disgusto. El entrenamiento no se ajustaba a lo que debía de ser la naturaleza de la misión. Tal vez Ritter se hacía el astuto. Nada inquietaba más a Clark que un superior con un ataque de astucia.

-Pero usted trabajará con nosotros, si no me equivoco.

Era una observación muy perspicaz, pensó Clark. Él había solicitado que lo enviaran, pero ahora comprendía que Ritter lo había impulsado a hacerlo. Clark era el mejor hombre con que la Agencia contaba para esa clase de operaciones. Pocos empleados del Gobierno tenían tanta experiencia, y casi todos eran, como Clark, un poco viejos para el combate de verdad. ¿Nada más? No lo sabía. A Ritter le gustaba guardar sus secretos, sobre todo cuando se creía muy astuto. Pero el exceso de astucia es una trampa peligrosa en la que el mismo Ritter podía caer.

-Es posible -confesó con renuencia. El problema no era trabajar con esos hombres sino las circunstancias que lo requerían. *¿Estás todavía en condiciones de hacerlo, muchacho?*

-¿Y bien? -preguntó el director Jacobs. Bill Shaw estaba presente.

-Sí, no hay duda de que lo hizo -respondió Murray al levantar su taza de café-. Pero sería difícil llevarlo a juicio. Es inteligente, y la tripulación lo respalda. Si quiere saber por qué, lea su hoja de servicios. Es un oficial de primera. El día que yo fui, acababa de rescatar a la tripulación de un pesquero siniestrado..., una maravilla de precisión. Tuvo que acercarse tanto, que el casco de su barco sufrió algunas quemaduras. Claro que podemos interrogarlos por separado, pero no sería fácil determinar quién tuvo algo que ver y quién no. Me parece que no vale la pena. Para colmo, tendríamos a un senador mirándonos por encima del hombro y creo que al fiscal tampoco le gustaría. A Bright no le agrada la idea de dejarlo así, pero lo convencí. Y ya que lo menciono, ese Bright es bastante bueno, ¿eh?

-¿Qué me dice de la defensa de los acusados? -preguntó Jacobs.

-Débil. La acusación dispone de todas las pruebas que necesita. Balística pudo identificar el proyectil que extrajeron de la cubierta en Mobile con el revólver que tiene las huellas digitales de los dos: un verdadero golpe de suerte. En ese mismo lugar había una mancha de sangre AB, Rh positivo, la de la esposa. Otra mancha a un metro de ésa confirma que tenía la menstruación, y la presencia de dos gotas de semen sugiere que hubo violación. En este momento están haciendo las pruebas de ADN en las muestras de semen tomadas de la alfombra: ¿alguno de los presentes quiere apostar que van a dar negativas? Tenemos media docena de huellas digitales con sangre que coinciden con las de los dos acusados en más de diez puntos. Hay pruebas físicas más que suficientes, y todavía no han analizado ni la mitad del material. El fiscal va a pedir pena de muerte, y creo que la obtendrá. Lo único que interesa ahora es si les permitimos que nos den información a cambio de una sentencia más leve. Pero eso no es asunto mío -añadió Murray como conclusión.

-Piense, por un momento, que lo es -sonrió el director.

-Bien, en una semana, más o menos, sabremos si tienen información útil. Mi instinto me dice que no. Creo que podemos averiguar quién era el jefe de la víctima en la organización, y, seguramente, será el mismo que ordenó la masacre. Lo que ignoramos ahora es el motivo. Pero creo improbable que esos dos lo sepan. Me da la sensación de que estamos ante un par de *sicarios* que esperaban conseguir un ascenso en la organización, tal vez en la parte comercial. Para mí, pueden prescindir de ellos. De ser así, no saben nada que no podamos averiguar por otras vías. Supongo que habremos de darles una oportunidad, pero yo me opondría a una conmutación de la sentencia. Cuatro asesinatos... con alevosía y toda clase de agravantes... La pena de muerte existe, y, para este servidor, nada les cabe mejor que la silla eléctrica.

-Te has vuelto un viejo sanguinario -dijo Shaw. Era una broma que sólo ellos comprendían. Bill Shaw, uno de los intelectuales del FBI, había ascendido en la organización luchando contra el terrorismo en el país, y para ello había elaborado métodos de recogida de información y posterior análisis. Ajedrecista hábil, sereno y organizado, ese hombre alto y enjuto era partidario de la pena de muerte y sustentaba su opinión con argumentos lógicos y bien fundados. La opinión de la Policía era casi unánime. Para comprender la necesidad de la pena de muerte, bastaba ver el horrendo espectáculo de la escena de un crimen.

-El fiscal federal está de acuerdo, Dan -dijo el director Jacobs-. A esos dos narcos se les acabó la jodienda.

Pero no tiene la menor importancia, pensó Murray. Lo importante para él era que dos asesinos pagaran por su crimen. La presencia de una gran cantidad de drogas a bordo del yate permitía al Gobierno invocar la ley que imponía la pena máxima para asesinatos relacionados con el tráfico de drogas. En este caso, la relación no era demasiado firme, pero eso carecía de importancia para los tres hombres presentes en la oficina. El homicidio premeditado y alevoso merecía la pena de muerte. Pero decir, como ellos y el fiscal federal del distrito Sur de Alabama dirían ante las cámaras de televisión, que le habían dado un golpe al narcotráfico, era una mentira cínica.

Murray había recibido una educación clásica en Boston College, donde se había graduado treinta años antes. Aún recordaba pasajes en latín de la *Eneida,* de Virgilio, y los primeros párrafos de las Catilinarias de Cicerón. A los autores griegos los había estudiado por medio de traducciones: una cosa eran los idiomas extranjeros y otra muy distinta los alfabetos extraños. Pero recordaba la leyenda de la Hidra, el monstruo mitológico de siete cabezas o más. Si le cortaba una cabeza, otras dos crecían en su lugar. Lo mismo sucedía con el narcotráfico. El dinero corría en cantidades abrumadoras, que trascendían la mera avidez. Dinero más que suficiente para comprar todo cuanto un hombre sencillo -la mayoría de ellos lo era- pudiera

desear. Con un solo trabajo podía ganarse lo suficiente para vivir rodeado de lujo el resto de sus días, y no faltaban hombres dispuestos a arriesgar su vida en ese solo golpe. Y el hombre dispuesto a jugarse la vida a una sola tirada de dados, ¿qué valor le asignaba a la vida ajena? La respuesta era evidente. Esos hombres mataban con la brutalidad e inconsciencia de un niño que pisotea un hormiguero. Mataban a los competidores para que no hubiera competencia. Mataban a sus familias de ésos porque sabían que, en caso contrario, cinco o diez o veinte años después tendrían que enfrentarse a la furia vengadora de un hijo. Además, al igual que en las relaciones entre los Estados nacionales armados con artefactos nucleares, ponían en práctica el principio de la disuasión. Un hombre dispuesto a jugarse la vida vacilaría antes de jugar las de sus hijos.

Le habían cortado dos cabezas a la Hidra. En tres meses, el Gobierno presentaría su alegato de acusación ante el tribunal federal de distrito. El juicio duraría una semana. La defensa trataría de salvarlos; los federales ganarían el caso si eran hábiles al presentar las pruebas. La defensa trataría de desacreditar a los guardacostas, aunque no era difícil adivinar la estrategia del fiscal: el jurado vería a un héroe en el capitán Wegener; en los dos acusados, escoria. La táctica probable de la defensa resultaría contraproducente, casi con seguridad. El magistrado estaba obligado a fallar conforme a derecho, pero en el Sur se esperaba de los mismos jueces federales que tuvieran nociones de justicia sencillas y claras. Conocido el fallo de culpabilidad, se pasaría a la etapa de sentencia, que también se desarrollaría *en* el Sur, donde la gente leía la Biblia. El jurado conocería los agravantes: asesinato en masa de una familia, presunta violación, matanza de niños, drogas. Pero había un millón de dólares a bordo, diría la defensa. La víctima principal era narcotraficante. Eso no está demostrado, replicaría el fiscal, y preguntaría compungido: ¿qué nos dicen de la esposa y de los niños? En silencio sereno, casi reverente, los miembros del jurado escucharían las instrucciones del mismo juez que les había explicado ya cómo hallar culpables a los acusados. Deliberarían durante un lapso razonable, fingirían estudiar de manera exhaustiva una decisión que habían tomado días antes y presentarían su recomendación: muerte. Los criminales -que ya no meros acusados- volverían a la cárcel federal. La apelación era automática, pero difícilmente habría una revocación de la sentencia, salvo que el juez hubiera cometido errores procesales graves, lo cual resultaba de todo punto improbable en vista del carácter físico de las pruebas. Las sucesivas apelaciones se prolongarían durante años. Habría objeciones de principios a la sentencia -Murray no las compartía, pero las respetaba- y, tarde o temprano, el caso llegaría al Tribunal Supremo. Pero los «supremos», como la Policía los denominaba, sabían que, a pesar de alguna jurisprudencia en contra, la Constitución contemplaba la pena capital y la voluntad del Pueblo, expresada a través del Congreso, la ordenaba para ciertos crímenes relacionados con el tráfico de drogas, como la decisión mayoritaria lo afirmaba en lenguaje seco y conciso. Por consiguiente, dentro de unos cinco años los dos hombres serían sujetados a una silla de madera y se accionaría una llave eléctrica.

Y Murray se declararía satisfecho. A pesar de su experiencia y su cultura, seguía siendo un policía. Cuando se graduó en la Academia del FBI, creía que él y sus compañeros -la mayoría ya se había retirado- cambiarían el mundo. Las estadísticas lo confirmaban, pero las cifras eran demasiado escuetas, remotas, inhumanas. Murray concebía la guerra contra el crimen como una serie de pequeñas batallas. Las víctimas de robo, secuestro u homicidio eran individuos a quienes los sacerdotes-guerreros del FBI debían salvar o vengar. Su punto de vista era producto de su formación católica, y el FBI seguía siendo un bastión del catolicismo irlandés en Estados Unidos. No había cambiado el mundo, aunque sí salvado vidas y vengado muertes. Habría nuevos criminales, como siempre, pero había ganado todas sus batallas y estaba convencido de que, en última instancia, el saldo neto sería positivo, favorable a la sociedad. Con el mismo fervor con que creía en Dios, estaba seguro de que cada criminal atrapado significaba una vida salvada.

En ese caso, había ayudado a lograrlo una vez más.

Pero al negocio de la droga no lo afectaba en absoluto. En su nuevo puesto jerárquico tenía que ver más allá del horizonte inmediato, algo que los agentes subordinados sólo hacían mientras bebían una copa en el bar después de las horas de trabajo. Esos dos asesinos habían quedado fuera de circulación, pero Murray sabía que la Hidra tenía ya dos o más cabezas nuevas. Su error consistía en no pensar en el mito hasta las últimas conclusiones, como otros hacían. Hércules había modificado sus tácticas y con ello había matado a la Hidra. Uno de los presentes en esa oficina sí lo recordaba. A Murray le faltaba aprender que en los niveles decisorios de la jerarquía, cuando se ampliaba el panorama, uno cambiaba sus puntos de vista poco a poco.

A pesar de la falta de aire, a Cortez le gustaba la vista en esa guarida de montaña. Su nuevo patrón conocía las actitudes superficiales de los poderosos. Se sentaba de espaldas al ventanal, de tal manera que su rostro era difícil de escrutar para el que lo miraba desde el otro lado del gran escritorio. Hablaba con la voz suave y serena de un poderoso. Sus gestos eran mínimos, sus palabras, generalmente mansas. En realidad era un hombre salvaje, y, a pesar de su formación, menos instruido de lo que él creía, pero justamente por eso había contratado a Félix. Por eso, el ex coronel entrenado en la central de Moscú ajustó su mirada al verde panorama del valle y dejó que Escobedo demostrara su poder. Había jugado a lo mismo con hombres mucho más peligrosos.

-¿Y bien?

-He reclutado a dos personas -informó Cortez-. Uno nos dará información a cambio de dinero, el otro, por otros motivos. Estudié otras dos posibilidades, pero tuve que descartarlas.

-¿Quiénes son? Me refiero a los que nos servirán.

-No. -Cortez meneó la cabeza-. Como dije, no puedo revelar la identidad de mis agentes. Es una norma de principios. Su organización está infiltrada por informantes, y las habladurías disminuirían nuestra capacidad para reunir los informes que usted requiere. *Jefe* -agregó con su tono más elocuente. A éstos había que tratarlos así-. *Jefe,* usted me contrató debido a mis conocimientos y experiencia. Ahora permítame hacer bien mi trabajo. Si quiere comprobar la calidad de mis fuentes, espere mis informes. Sé que no le gusta, y es normal. El mismo Castro me ha hecho esa pregunta, y mi respuesta ha sido la misma. Así debe ser.

Escobedo respondió con un gruñido de admiración. Le gustaba que lo compararan con un jefe de Estado, sobre todo con uno que durante varias décadas había desafiado a los *yanquis* con todo éxito. Félix sabía, sin necesidad de mirarlo, que su rostro trasuntaba satisfacción. Su respuesta era una mentira por partida doble. Castro jamás se lo había preguntado y ni él ni nadie en la isla hubiera osado negarse a responder una pregunta del dictador.

-Bueno, ¿qué ha sabido hasta ahora?

-Algo se prepara -respondió con voz llana, casi burlona. Tenía que justificar su salario-. El Gobierno de Estados Unidos está elaborando un programa destinado a mejorar la intercepción. Mis agentes todavía no me han aportado datos concretos, pero lo que me han dicho, probablemente cierto, proviene de muchas fuentes. La segunda fuente confirmará a la primera. -Escobedo era incapaz de apreciar la importancia de esto último. Cualquier Servicio de Inteligencia del mundo lo hubiera felicitado por obtener dos fuentes complementarias en una misión.

-¿Cuánto nos costará esa información?

El dinero. No sabe pensar en otra cosa. Cortez reprimió un suspiro. Por algo contrataba a un profesional para montar su servicio de seguridad. Sólo un idiota cree que el dinero lo compra todo. Claro que, en ocasiones, el dinero es útil. Escobedo no sabía que pagaba a sus empleados y traidores estadounidenses más que la red comunista a todos sus agentes.

-Si va a gastar mucho dinero, conviene dárselo todo a un alto funcionario en lugar de distribuirlo entre los subordinados. Doscientos cincuenta mil dólares bastarán para obtener la información que buscamos. -Desde luego que Cortez se quedaría con la mayor parte de esa cantidad para sus propios gastos.

-¿Nada más? -preguntó Escobedo, atónito-. Pero si pago mucho más sólo...

-Porque su gente no tiene criterio, *Jefe.* Pagan de acuerdo con el puesto que la fuente ocupa, no de acuerdo con lo que esa fuente sabe. Usted no ha adoptado una estrategia frente a sus enemigos. La información adecuada le permitirá usar su dinero con mayor eficiencia. Podrá elaborar una estrategia, no sólo tácticas. -Era el remate perfecto.

-¡Sí! ¡Debemos enseñarles que han de respetarnos!

Félix pensó, y no por primera vez, que le convenía fugarse con el dinero... tal vez refugiarse en España... o quizás eliminar a ese bufón, con sus manías de grandeza. Era para pensarlo..., más adelante. A pesar de esas manías, Escobedo era astuto y de reacciones rápidas. La diferencia entre éste y sus anteriores patrones, era que no temía tomar una decisión y ponerla en práctica. No existía una burocracia: los mensajes llegaban directamente a su destino, sin pasar por intermediarios. En eso *el Jefe* era digno de respeto. Sabía tomar decisiones. La KGB soviética, los Servicios de Inteligencia estadounidenses, tal vez habían sido así alguna vez. Pero ya no.

-Una semana, nada más -dijo Ritter al asesor de seguridad nacional.

-Es bueno saber que la cosa avanza -replicó el almirante-. ¿Ahora, qué?

-Dígamelo usted, mejor. Sólo para que todo quede claro -dijo el SDO-. La idea original fue suya -le recordó.

-Bueno, convencí al director Jacobs -dijo, satisfecho con su propia astucia-. Cuando estemos listos para proceder, o sea para apretar el botón, Jacobs irá allá a conferenciar con el ministro de Justicia. El embajador dice que el Gobierno de Colombia aceptará cualquier plan. Están más desesperados que nosotros y...

-Pero no habrá...

-No, Bob, no le hemos dicho nada al embajador. Quédese tranquilo. -*No soy el idiota que ustedes creen,* dijo con la mirada-. Si Jacobs los convence, enviaremos a nuestra gente lo antes posible. Quiero introducir un cambio.

-¿Cuál?

-La operación aérea. Según su informe, las prácticas de rastreo han descubierto ya algunos blancos.

-Sí, dos o tres por semana -asintió Ritter.

-Si ya contamos con los medios para atacarlos, ¿por qué no ponemos en marcha esa parte de la operación? Incluso nos ayudaría a identificar las zonas donde queremos enviar nuestra gente, obtener información sobre el terreno, en fin, muchas ventajas.

-Prefiero esperar un poco -dijo Ritter, cauteloso.

-¿Por qué? Si identificamos las zonas más frecuentadas, después no tendrán que desplazarse tanto. Éste es el riesgo mayor, ¿no? Con este método obtenemos información que nos permite extender la operación en todo sentido.

El problema de Cutter es que el hijo de puta sabe lo suficiente del tema para resultar peligroso, pensó Ritter. Peor aún, tenía el poder necesario para imponer su voluntad... y recordaba la historia reciente de la Dirección de Operaciones. Él mismo lo había dicho hacía

unos meses: «Las mejores operaciones de los últimos años se originaron en la oficina de Greer...». Se refería a Jack Ryan, la estrella ascendente y probable titular próximo de la SDI. Lástima. Ritter sentía gran estima por el director de Inteligencia, pero no tanta por su protegido. Con todo, era innegable que los dos últimos grandes éxitos de la CIA se habían originado en la Dirección «equivocada», y ya era hora de que Operaciones reafirmara su primacía. Ritter se preguntó si Cutter trataba de provocarlo, pero acabó por desechar la idea. El almirante carecía de experiencia en la lucha interna. Claro que no tardaría en adquirirla.

-La precipitación es uno de los errores más comunes en las operaciones sobre el terreno -dijo el SDO sin convicción.

-Pero no es el caso. En esencia, se trata de dos operaciones distintas, ¿no? Las fuerzas de aire operan con independencia de las de tierra. Comprendo que resulta menos efectivo, pero funcionará. Es una oportunidad para observar en la práctica el aspecto menos dificultoso del plan antes de iniciar la fase verdaderamente peligrosa. Y además, podemos ir al Gobierno colombiano con algunas pruebas tangibles en la mano.

Todavía no es el momento, clamaba la voz en el cerebro de Ritter, pero su expresión era indecisa.

-¿Quiere que lo someta al Presidente? -preguntó Cutter.

-¿Dónde está hoy? ¿En California?

-Una gira política. No quisiera molestarlo con un problema como éste, pero...

Qué situación tan extraña, pensó el SDO. Había subestimado la astucia de Cutter, el cual, por su parte, la sobrestimaba constantemente.

-Está bien, lo haremos. *OJO DE ÁGUILA* se pone en marcha pasado mañana, el tiempo necesario para convocar a todo el mundo.

-¿Y *SHOWBOAT?*

-Necesitan una semana más para terminar la preparación e instrucción de los equipos. Cuatro días para llegar a Panamá, reunirse con las fuerzas de aire, verificar los sistemas de comunicaciones, etcétera.

Cutter sonrió y tomó su taza de café. Era el momento de sanar las heridas del ánimo.

-Qué bueno es trabajar con profesionales, por Dios. Piénselo bien, Bob. Tendremos dos semanas para interrogar a quien caiga en la red aérea, y las fuerzas terrestres tendrán una idea mucho más acabada sobre cómo operar en el terreno.

Hijo de puta, ya conseguiste lo que querías. ¿Por qué echas sal en la herida?, se abstuvo de decir Ritter. Y si hubiese aceptado el *bluff de* Cutter, ¿qué hubiera dicho el Presidente? El SDO estaba en una posición vulnerable. Había elevado quejas frecuentes porque la CIA no realizaba una operación seria desde hacía... ¿cuánto tiempo? ¿Quince años? Bueno, eso dependía del significado de la palabra «serio». Ahora le daban la oportunidad, y lo que había sido una linda frase, para repetirla en las reuniones de altos funcionarios del Gobierno mientras tomaban el café, se había convertido en una amenazadora realidad. Esas operaciones eran peligrosas. Lo eran para los que daban las órdenes, para los que las ejecutaban y para los Gobiernos que las auspiciaban. Se lo había dicho a Cutter, pero el asesor de seguridad nacional, como muchos otros funcionarios, había caído bajo el hechizo de las operaciones sobre el terreno. Los profesionales lo llamaban síndrome de *Misión Imposible*[12]. Cualquiera podía confundir la realidad con una serie televisiva, y en todas las áreas de Gobierno los funcionarios escuchaban sólo lo que querían escuchar y descartaban lo demás. Claro que ya

[12] Serie de la televisión estadounidense.

Librodot

era demasiado tarde para las advertencias. Desde hace años venía insistiendo en que la misión era posible, y, en ocasiones, un complemento útil de la política exterior.

También repetía con frecuencia que la Dirección a su cargo era capaz de realizarla. Nadie había tomado en cuenta la necesidad de reclutar efectivos del Ejército y la Fuerza Aérea. En otros tiempos, la CIA contaba con fuerzas de tierra y de aire propias... y si todo resultaba bien esta vez, quizá volviera a tenerlas. Ritter estaba convencido de que la CIA y el país lo necesitaban, y ésta era la oportunidad soñada. Si para ello tenía que tratar proveedores de poder aficionados como Cutter, pagaría ese precio.

-Muy bien, pondré la operación en marcha.

-Se lo diré al jefe. ¿Cuándo tendrá los primeros resultados?

-Imposible saberlo.

-Que sea antes de las elecciones -sugirió Cutter con una sonrisa.

-Sí, claro. -Como siempre, la política. Pero eso era lo que mantenía todo en movimiento.

La 1.ª Escuadrilla Aérea de Operaciones Especiales tenía su base en Hurlburt Field, en el extremo occidental de la gran Base Aérea Eglin, de Florida. Era, como su nombre indicaba, una unidad especial. Ese adjetivo tiene distintos significados. «Armas especiales» suele referirse, en general, a las nucleares, y, en ese caso, se emplea el término por respeto a aquellos que relacionan «nuclear» con nubes en forma de hongo y centenares de miles de muertes; como si un cambio de palabras significara un cambio de fondo, lo cual es una característica común a todos los Gobiernos del mundo. «Operaciones especiales» significa algo muy distinto. En general, se refiere al asunto clandestino de introducir personas en lugares donde no deberían estar, darles apoyo mientras permanecen allí y sacarlos cuando terminan de llevar a cabo cosas que no deberían hacer. La 1.ª Escuadrilla Aérea tenía esa tarea, entre otras.

El coronel Paul Johns -llamado PJ- no estaba al tanto de todas las actividades de la escuadrilla. Ésta era una unidad bastante extraña, donde la autoridad no siempre coincidía con el grado, la tropa brindaba servicios a los aviones y a sus tripulaciones sin saber por qué, los aparatos aterrizaban y despegaban en cualquier momento del día o la noche y se desalentaba la curiosidad sobre los movimientos ajenos. La escuadrilla estaba dividida en feudos individuales que interactuaban cuando era necesario. El feudo de PJ comprendía media docena de helicópteros MH-53J «Pave Low III». Johns era un veterano de la Fuerza, y la mayor parte de su carrera había transcurrido en el aire. Esto le permitía llevar una vida emocionante y plena a la vez que reducía a cero sus probabilidades de acceder al grado de general. Pero le importaba prácticamente un bledo. Había ingresado en la Fuerza Aérea porque le fascinaba volar, cosa que los generales hacen con poca frecuencia. Él había cumplido la parte de su compromiso que le correspondía. Y el servicio, la suya, lo cual no es tan común como pudiera parecer. Desde el principio, Johns había descartado los aparatos de alas rígidas, esas máquinas veloces que arrojan bombas o derriban otros aviones. Él quería a las personas, había iniciado su carrera con los Gigantes Verdes, los helicópteros de rescate HH-3 que habían adquirido tanta fama en Vietnam, y luego ascendido a los supergigantes HH-53, del Servicio de Rescate Aéreo. Poco después de ascender a capitán, participó en la incursión a Song Tay como copiloto del avión que se había estrellado adrede sobre un campo de prisioneros treinta kilómetros al oeste de Hanoi para ayudar al rescate de gente que, como averiguaron entonces, ya no se encontraba allí. Ése era uno de los pocos actos fallidos de su vida. El coronel Johns no estaba acostumbrado al fracaso. El hombre que resultaba derribado podía tener la certeza de que PJ lo salvarla. Ocupaba el tercer puesto entre los mejores pilotos de rescate de la historia de las Fuerzas Aéreas. Gracias a él, el actual jefe de Estado Mayor y

Librodot

otros dos generales del aire se habían salvado de una estancia en las cárceles militares norvietnamitas. Por eso, era rara la ocasión en que tuviera que pagarse una copa. Los mismos generales le hacían la venia, según exigía la tradición cuando uno recibía la Medalla de Honor.

Como muchos héroes, su aspecto era de lo más normal. Era un hombre delgado, de apenas metro sesenta y cinco, mediana edad, y las gafas de leer le daban un cierto aire de afable empleado de Banco. Rara vez alzaba la voz. Cuando tenía tiempo, cortaba el césped de su jardín, y si no, su esposa lo hacía. Tenía un coche barato que había elegido porque gastaba poco combustible. Su hijo estudiaba ingeniería en el Instituto Tecnológico de Georgia y su hija había ganado una beca para la Universidad de Princeton. Desde entonces, su esposa y él vivían en una casa demasiado apacible dentro de la base aérea mientras esperaban el pase a retiro, para el que le faltaban unos pocos años.

Pero en ese momento no pensaba en nada de ello. Sentado en el asiento izquierdo del helicóptero «Pave Low», examinaba a un capitán, un joven brillante que, según las previsiones, en poco tiempo pasaría a comandar una escuadrilla. El helicóptero de varios millones de dólares rozaba las copas de los árboles a poco menos de doscientos nudos por hora. Era una noche oscura y nublada en Florida, y ese sector de la base Eglin carecía de reflectores, pero no tenía importancia. Los dos llevaban cascos con gafas para luz de baja intensidad, bastante parecidos al que Darth Vader usaba en *La guerra de las galaxias.* Pero éstos eran de verdad y hacían un cuadro verde y gris de la brumosa oscuridad. PJ movía la cabeza constantemente y se aseguraba de que el capitán hiciera lo mismo. Uno de los peligros del aparato de visión nocturna era que la percepción de profundidad -cuestión de vida o muerte cuando se volaba a baja altura- se veía alterada en el panorama artificial generado por la máscara. Casi un treinta por ciento de las pérdidas sufridas por el escuadrón se debían a ese peligro en particular, pero los magos de la tecnología aún no habían descubierto la solución. El índice de pérdidas de los «Pave Low», tanto en las operaciones como en los vuelos de instrucción, era relativamente elevado. Ése era el precio de la misión para la cual se adiestraban, y la única solución consistía en entrenarse más y más.

La hélice de seis paletas giraba sobre sus cabezas, impulsada por dos motores a turbina. El «Pave Low» era uno de los helicópteros más grandes, con una dotación de combate de seis hombres y capacidad para transportar a más de cuarenta con equipo de combate. Con su ancho morro, donde transportaba radar, equipo infrarrojo y varios instrumentos más, parecía un insecto de otro planeta. Junto a las puertas, a cada lado del armazón, había soportes para pequeños cañones de repetición; había un tercero en la puerta trasera, de carga, porque su tarea principal -infiltración y apoyo de fuerzas en operaciones especiales- era muy peligrosa, así como su función secundaria de buscar y rescatar pilotos derribados en combate. Ése era el objeto del ejercicio de esa noche. Durante su servicio en el Sudeste asiático, PJ había trabajado con los bombarderos de ataque A-1 «Skyraider», los últimos aparatos de ataque con motor a pistón, llamados SPAD o «Sandy». Aún no se había determinado quién les serviría de apoyo. Como protección adicional, llevaba lanzagranadas y lanzallamas, equipo antiinfrarrojo..., y una tripulación de locos.

Johns sonrió para sus adentros. Eso era volar en serio, cosa que sucedía cada vez con menos frecuencia. Podían utilizar un sistema computarizado de radar y piloto automático que permitía al aparato esquivar los obstáculos, pero esa noche simulaban un fallo en el sistema. Con o sin el automático, el responsable de la máquina era el piloto, y Willis se esforzaba por conservar el helicóptero a baja altura sobre los árboles. De vez en cuando, Johns reprimía un gesto de temor cuando le parecía que una rama demasiado alta iba a azotar el suelo del aparato, pero el capitán Willis era un joven prudente y no volaba a alturas excesivamente bajas. Además, PJ sabía por experiencia que las ramas más altas eran delgadas y frágiles, incapaces de causar más daño que un rasguño a la pintura. Más de una vez, sus helicópteros habían vuelto con manchas verdes como las de los fundillos en el pantalón de un niño.

-¿Distancia? -preguntó Willis.

El coronel Johns estudió el tablero de navegación. Podía elegir entre el Doppler, el de satélite, el de inercia y la anticuada mesa que todavía utilizaba y en la que enseñaba a sus subordinados.

-Tres kilómetros, cero cuatro ocho.

-Entendido. -Willis redujo la velocidad.

En esa misión de instrucción, un verdadero piloto de combate se había ofrecido como voluntario para que lo abandonaran en la selva, donde otro helicóptero había soltado un paracaídas sobre un árbol para simular la caída de un piloto, el cual había activado un auténtico transmisor de señales. Uno de los nuevos recursos a prueba era que la tela del paracaídas estaba tratada con un producto que era fluorescente a la luz ultravioleta. La tarea de Johns como copiloto era manejar un láser UV de baja potencia en busca de la señal de retorno. El autor de la idea merecía una medalla, pensó PJ. En todas las misiones de rescate, la parte más larga y aterradora era la de descubrir a la víctima, porque el enemigo en tierra, que también andaba de cacería, escuchaba el ruido de la hélice y decidía que valdría la pena derribar dos aparatos en un solo día... Había ganado su Medalla de Honor en una misión sobre Laos, cuando la tripulación de un F-105 «Wild Weasel» atrajo a un pelotón de soldados norvietnamitas. A pesar del apoyo agresivo de un «Sandy», los pilotos derribados no se atrevían a revelar su posición. Pero Johns había resuelto no volver con las manos vacías y su «Gigante» había recibido más *de* doscientos impactos en una nutrida ráfaga de disparos antes de partir con los dos tripulantes caídos. A veces, Johns se preguntaba si tendría el coraje -la locura- suficiente para repetir la hazaña.

-Paracaídas a las dos.

-Papa Lima a Rayo-X dos seis, veo su paracaídas. ¿Puede marcar su posición?

-Afirmativo, lanzo humo, lanzando humo verde.

La víctima obedecía las normas al indicar el color del humo, pero en la oscuridad daba lo mismo. Al mismo tiempo, el calor del artefacto pirotécnico era como un faro en la pantalla de infrarrojos, y el hombre se hacía visible.

-¿Lo ve?

-Sí -dijo Willis, y se comunicó con el jefe de tripulación-: Atención, víctima a la vista.

-Preparados, señor.

-El ingeniero de vuelo, sargento mayor Buck Zimmer -antiguo camarada de guerra del coronel- activó la manivela del control. Del extremo del cable de acero pendía un artefacto de acero llamado penetrador. Tenía peso suficiente para atravesar el follaje de cualquier árbol y se abría como los pétalos de una flor para que la víctima se sentara en él y se dejara alzar entre las ramas. Esa experiencia, por extraño que pareciera, aún no había matado a nadie. Si la víctima estaba herida, el sargento mayor Zimmer o un enfermero bajaba, sujetaba al hombre al penetrador y subía con él. En ocasiones era necesario buscar a la víctima. Incluso bajo el fuego enemigo. Por eso, los pilotos de rescate trataban a sus tripulantes con gran respeto. No hay nada más aterrador para un aviador que hallarse en tierra, y bajo el fuego de los disparos.

Pero no era el caso. En épocas de paz se aplicaban las normas de seguridad, y el rescate se efectuaba en un claro de la selva. Zimmer hizo descender el penetrador. La víctima desplegó los pétalos, se sentó en uno de ellos y se sujetó con fuerza: sabía lo que le esperaba. El ingeniero de vuelo alzó un poco el cable, se aseguró de que la víctima estuviera bien sujeta y lo notificó a la tripulación.

Librodot

En la cabina de vuelo, el capitán Willis aceleró a fondo y ascendió. En quince segundos, el piloto «rescatado» se encontraba a cien metros del suelo, aferrado a un cable de acero y se preguntaba por qué coño había cometido la idiotez de mierda de ofrecerse voluntario para ese ejercicio. Cinco segundos después, el forzudo brazo del sargento mayor Zimmer lo ayudaba a subir a bordo.

-Rescate concluido -dijo.

El capitán Willis apuntó el morro hacia el suelo. Se había elevado en exceso, y, para compensarlo, quería demostrarle al coronel Johns que era capaz de buscar rápidamente la seguridad de los árboles. Lo consiguió, pero sabía que los ojos de su jefe le taladraban la cabeza. Había cometido un error. Y Johns no toleraba los errores. La gente moría a causa de los errores, repetía constantemente, y él estaba harto de ver gente muerta.

-¿Lo recibe un momento? -preguntó Willis.

-Copiloto se hace cargo -dijo Johns. Tomó el control y descendió algo menos de un metro-. No se eleve tanto cuando alza a la víctima. Puede haber misiles SAM allá abajo.

-Por la noche es más lógico suponer que hay ametralladoras, y no misiles -dijo Willis. En un sentido tenía razón. Era una decisión difícil. Sabía cuál sería la respuesta.

-Las armas de bajo calibre no nos hacen daño. Las de gran calibre son tan peligrosas como los SAM. La próxima vez, no se aleje tanto de tierra, capitán.

-Entendido, señor.

-Aparte de eso, no estuvo mal. ¿Le duele el brazo?

-Sí, señor.

-Es por los guantes. Si no son del tamaño exacto, uno agarra los controles con mucha fuerza, eso se transmite a la muñeca y el antebrazo. El brazo se vuelve rígido y torpe para manejar los controles. Consígase un par de guantes. Mi esposa me los hace a medida. A veces hay que salir sin copiloto, y estas misiones son lo bastante difíciles como para evitar problemas innecesarios.

-Sí, señor.

-Y, antes de que me olvide, ha aprobado el examen.

No correspondía dar las gracias al coronel, de manera que Willis flexionó los dedos unos minutos y pidió el control del aparato.

-Copiloto se hace cargo -dijo PJ-. Ya que estamos...

-¿Señor?

-En una semana o dos salgo en misión especial. ¿Le interesa?

-¿De qué se trata?

-Se supone que usted no debe preguntar eso -repuso el coronel-. ACS[13] por poco tiempo. No es muy lejos. Iremos en este aparato. Digamos que es una operación especial.

-De acuerdo, cuente conmigo -dijo Willis-. ¿Quién está autorizado a...?

-Francamente, nadie. Vienen Zimmer, Childs, Bean y un equipo de apoyo. Si nos preguntan, diremos que estamos ACS de instrucción a la costa de California. No necesita saber más por ahora.

Willis alzó las cejas bajo el casco. Zimmer conocía a PJ desde la época del Gigante Verde en Thailandia, era uno de los pocos suboficiales con experiencia de combate que seguía en

[13] Ausentes en comisión de servicio.

servicio activo. El suboficial Bean era el mejor ametrallador del escuadrón, seguido por Childs. Estarían ACS, pero de verdad, no de instrucción. Para Willis, significaba seguir de copiloto durante un tiempo más, pero no le importaba. Siempre era un placer volar con el campeón de Salida a Rescate. De ahí venía la clave especial del coronel, C-SAR, que él pronunciaba «César».

Chávez y Julio Vega se miraron a los ojos: *¡Jesucristo!*[14]

-¿Preguntas? -dijo el instructor.

-Sí, señor -dijo un operador de radio-. ¿Qué sucede después que hayamos enviado el mensaje?

-El avión será interceptado.

-¿Lo harán de veras, señor?

-Depende de ellos. Si no obedecen, caerán al agua. No puedo decir más. Caballeros, todo lo que acaban de escuchar aquí es *Top Secret.* Nadie, insisto, *¡nadie!,* sabe absolutamente nada. Si alguien que no debe se entera de esto, va a haber muertos y heridos. El objetivo de esta misión es impedir la entrada de drogas en Estados Unidos. Va a ser duro.

-Ya era hora, ¡qué joder! -dijo una voz.

-Bueno, ya lo saben. Repito, caballeros, que la misión es peligrosa. Les daremos tiempo para pensarlo. El que quiera, puede retirarse de esto. Nos las veremos con gente bastante mala. Claro que - hizo una pausa y sonrió- entre nosotros también hay tipos bastante malos.

-¡Y que lo diga, coño! -dijo otra voz.

-Tienen toda la noche para pensarlo. Salimos mañana a las dieciocho, y entonces nadie podrá volverse atrás. ¿Entendido? Bien, eso es todo por ahora.

-¡A... tención! -ordenó el capitán Ramírez, y todos se pusieron en pie de un salto cuando el instructor salía. Correspondía hablar al capitán-: Bien, caballeros, ya están enterados. Piénsenlo muy bien y con tranquilidad. Quiero que vengan... joder, los necesito a todos, pero el que no se sienta cómodo, mejor que no venga. ¿Alguna pregunta para mí? -No las hubo-. Bien. Todos sabemos lo que es la droga. El que no tiene un amigo, tiene un pariente, qué sé yo... Pero ahora podemos vengarnos. Estos hijos de puta quieren joder a nuestro país, pero ahora es el momento de que les demos una pequeña lección. Piénsenlo. El que tenga algún problema, que me vea de inmediato. Si alguien se quiere borrar, no hay problema.

Su tono y la expresión de su rostro decían todo lo contrario. Si alguien se borraba, su superior lo consideraría indigno de llamarse hombre, lo cual sería doblemente deshonroso porque Ramírez había estado siempre al frente de sus soldados, se había sacrificado y esforzado con ellos en cada etapa de la instrucción. Giró sobre sus talones y salió.

-¡Joder! -exclamó Chávez después de una pausa-. Ya me parecía que era algo raro, pero... joder.

-Un amigo mío murió de una sobredosis -dijo Vega-. Lo hacía por joder, no era un consumidor habitual, pero le vendieron mala mercadería. Me cagué en los calzoncillos y nunca volví a probar esa mierda. Tomás era un amigo de verdad, *mano.* Si pudiera encontrar al hijo de puta que se la vendió, me gustaría enseñarle mi «SAW».

Chávez asintió con toda la seriedad de sus veintitantos años. Las pandillas de su niñez eran implacables en sus peleas, pero aquello había sido un juego de niños en comparación con eso. Las de antes eran simbólicas, para saber quién era el rey de la cuadra. Ahora se disputaban los

[14] En español en el original.

mercados. Había mucho dinero en juego, más que suficiente para matar por él. Eso era lo que había transformado su barrio, de zona de pobreza en zona de combate. Algunos no se atrevían a salir a la calle por miedo a las drogas y a las armas. Las balas perdidas entraban por las ventanas, mataban a la gente sentada frente a sus televisores. La Policía no se atrevía a patrullar la zona, salvo que tuviera los efectivos y pertrechos de un ejército invasor... todo a causa de la droga. Y los culpables vivían en el lujo, a dos mil kilómetros de allí...

Chávez no tenía la menor noción de cómo habían sido manipulados él y sus camaradas, incluido el capitán Ramírez. Todos eran soldados que se entrenaban constantemente para proteger a su país de sus enemigos, productos de un sistema que absorbía su juventud y entusiasmo para imprimirle una orientación determinada; que, en premio al esfuerzo, les inculcaba amor propio y realización personal; que orientaba su energía ilimitada hacia fines precisos y, a cambio de ello, sólo les pedía lealtad. Puesto que la mayoría de los suboficiales provienen de las capas más pobres de la sociedad, todos habían aprendido que el hecho de pertenecer a las minorías étnicas no tenía importancia, porque el Ejército premiaba la excelencia sin tener en cuenta el color de la piel ni el acento. Todos ellos conocían de cerca los problemas sociales ocasionados por la droga y pertenecían a una subcultura que no la admitía: la expulsión de los drogadictos de las filas militares había sido un proceso doloroso pero eficaz. Para los que se quedaron en el Ejército, la droga era tabú. Ellos eran los triunfadores de sus barrios, un ejemplo para los demás. Eran los audaces, los valientes, los graduados de las calles salvajes para los cuales los obstáculos eran desafíos a superar y que, por instinto, ayudaban a los demás a superarse.

Todos habían soñado con una misión como la que se les ofrecía. Era la oportunidad de proteger el país, pero también los barrios de donde ellos habían escapado. Elegidos entre los mejores combatientes de las unidades más exigentes del Ejército, entrenados al máximo, para ellos, borrarse de la misión equivalía a despojarse de la propia virilidad. Cada uno había soñado alguna vez con matar a un narcotraficante. Y ahora, el Ejército les brindaba la oportunidad de hacer algo mejor que eso. Claro que lo harían.

-¡Hijos de puta, vamos a reventarlos! -dijo el operador de radio-. ¡Les vamos a meter un cohete en el culo! ¡Tienes derecho a permanecer *muerto,* hijo de puta!

-Eso mismo -asintió Vega-. No estaría nada mal. Escuchad, quién nos dice si no vamos a ir por los jefes máximos en sus palacios, coño. ¿Crees que podremos con ellos, *Ding*?

-¿Me estás jodiendo, Julio? ¿Crees que sus guardias son soldados? Joder. Son infelices con metralletas, ni siquiera saben limpiarlas. Pregunta mejor si podrán ellos con nosotros. Contra lo que hay allá puede ser, pero ¿contra nosotros? No, coño. Ni hablar. Me acerco, bajo a los centinelas sin problemas y después vosotros acudís a hacer lo más fácil.

-Otro *ninja* de mierda -dijo un fusilero en tono burlón.

Ding sacó una de sus estrellas arrojadizas y, sin esfuerzo aparente, la clavó en el marco de la puerta, a cinco metros.

-Cuida la boquita, muchacho -rió.

-¿No me enseñas a usarla, *Ding*? -preguntó el fusilero.

A nadie interesaban los peligros de la misión, sólo las oportunidades.

Lo llamaban *Potro.* Flamante capitán de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, su verdadero nombre era Jeff Winters, pero como piloto de combate debía tener un nombre especial, como una clave. El suyo había nacido en una fiesta en Colorado -donde él asistía a la Academia de la Fuerza Aérea- en la cual se cayó de un caballo. El pobre animal era tan manso que casi se desmayó del susto. La gran consumición de cerveza había contribuido en algo a su

caída, lo mismo que las risas de sus compañeros, uno de los cuales -que ahora pilotaba avionetas a hélice, recordó Winters con una sonrisa irónica- lo bautizó al instante. Ese amigo, le dijo Winters a las estrellas, era buen jinete de caballos, pero no de los F-15-Charlie. La justicia no abundaba, pero algo había.

Lo cual era justamente el propósito de su misión.

Winters era un hombre menudo y joven. A los veintisiete años llevaba setecientas horas de vuelo en el avión de combate fabricado por «McDonnell-Douglas». Así como algunos hombres vienen al mundo para jugar al béisbol, cantar o pilotar coches de carrera, Potro Winters había nacido para pilotar aviones de combate. Tenía la vista de un lince, la coordinación muscular de un pianista sumada a la de un trapecista y una cualidad muy poco frecuente, que en su comunidad cerrada llamaban conciencia del entorno. Winters siempre sabía qué sucedía a su alrededor. Su avión era una parte tan natural de su cuerpo como los músculos de su brazo. Transmitía sus deseos al avión y el F-15C obedecía al instante, conforme a la imagen formada en la mente del piloto. Donde su mente iba, la máquina le seguía.

En ese momento orbitaba sobre el golfo de México, a trescientos kilómetros de la costa de Florida. Cuarenta minutos antes había despegado de la base aérea Eglin, había tomado combustible de un avión cisterna KC-135, y ahora tenía JP-5 para cinco horas de vuelo si conservaba la velocidad crucero, como era su intención. Llevaba depósitos adicionales de combustible sujetos a los costados del fuselaje. Por lo general, solía llevar también misiles -el F-15 tiene capacidad para ocho- pero para esta misión sólo transportaba municiones para su cañón giratorio de 20 milímetros. Nunca volaba sin ellas porque servían para equilibrar el peso a bordo del avión.

Volaba en círculos, con los motores en velocidad de crucero. Los ojos negros y penetrantes de *Potro* barrían constantemente el cielo en busca de luces móviles de aviones entre las estrellas, pero no las había. No se sentía aburrido en absoluto. Por el contrario, le encantaba que los contribuyentes de su país le pagaran más de treinta mil dólares anuales para dedicarse a lo que para él constituía el máximo placer. *Pero esta noche me estoy ganando la paga,* pensó.

-Ocho-tres Quebec a Dos-seis Alfa, ¿me reciben?, cambio.

Potro oprimió un botón en la palanca de control:

-Dos-seis Alfa a Ocho-tres Quebec, lo recibo perfecto, cambio. -Hablaban por un canal cifrado. Esos dos aviones eran los únicos que usaban ese algoritmo de codificación particular; cualquiera que lograra interceptar sus transmisiones, sólo escucharía un concierto de crujidos y silbidos.

-Tenemos un blanco en el radar, coordenadas uno nueve seis; distancia, dos uno cero a su posición. Ángeles dos. Curso uno cero ocho. Velocidad dos seis cinco. Cambio. -La orden estaba implícita en la información. Para mayor seguridad, se trataba de reducir la cháchara al mínimo indispensable.

-Entendido. Cambio y fuera.

El capitán Winters movió la palanca hacia la izquierda. Su mente ya había calculado el rumbo y la velocidad de intercepción. El «Eagle» viró hacia el Sur. Winters bajó levemente el morro del aparato, varió el rumbo ciento ochenta grados y aumentó la potencia para tomar velocidad. Pensaba que era perjudicial para la máquina volar tan lento, pero se equivocaba en eso.

Se encontró ante un «Beech» bimotor, el avión más común de los narcos. Probablemente transportaba cocaína -la marihuana era demasiado voluminosa para ese avión- lo que le

alegró, ya que se suponía que el asesino de su madre era un traficante de cocaína. Situó el F-15 a la cola del otro y a un kilómetro de distancia.

Era la octava vez que interceptaba a un transportista, pero la primera que le permitían hacer algo más que seguirlo. Antes, ni siquiera le habían permitido dar aviso a los muchachos de la Aduana. *Potro* verificó el rumbo que seguía el blanco -para los pilotos de combate, el que no es amigo es un blanco- y pasó revista a sus sistemas. El transmisor direccional de radio en su estuche aerodinámico en el centro del aparato se acopló al receptor de radar del «Beech». Al realizar su primera comunicación, encendió las luces de aterrizaje directamente sobre el pequeño avión privado. El «Beech» se lanzó en picado hacia las olas, seguido por el «Eagle». Llamó por segunda vez, pero no obtuvo respuesta. Corrió el botón de la palanca de control a la posición de «disparo». Acompañó la tercera llamada con una descarga del cañón. El «Beech» inició una serie de arriesgadas maniobras de evasión. Evidentemente, el blanco no estaba dispuesto a obedecer sus órdenes.

Peor para él.

Un piloto cualquiera, sobresaltado por las luces, hubiera virado para evitar una colisión, pero los narcos no eran unos pilotos corrientes. El «Beech» bajó en picado, redujo la potencia y alzó los flaps para disminuir bruscamente la velocidad. El F-15 no podía hacer lo mismo sin apagar sus motores; los narcos solían recurrir a esa maniobra para evadir los aviones de la DEA y a los Guardacostas. Pero la misión de *Potro* no era seguirlo adonde fuera. Cuando el «Beech» viró al Oeste para enfilar hacia la costa mexicana, el capitán Winters apagó sus luces, aumentó la potencia y ascendió a mil setecientos metros. Ejecutó un viraje cerrado y bajó en picado mientras el radar del «Eagle» barría la superficie del mar. Ahí estaba: rumbo Oeste, velocidad de ochenta y cinco nudos, a pocos metros de las olas. Había que ser valiente para volar tan despacio y a tan poca altura, pensó. Claro que eso no tenía la menor importancia.

Winters accionó los frenos y los flaps para descender. Verificó que el selector siguiera en posición de «disparo» y observó en su tablero electrónico cómo el radar apuntaba el cañón y lo mantenía fijo sobre el blanco. Hubiera sido más difícil si el «Beech» hubiese aumentado la velocidad para tratar de evadirlo, pero en el fondo daba lo mismo. *Potro* era demasiado hábil, y en su «Eagle», poco menos que invencible. A cuatrocientos metros del blanco, oprimió el botón durante una fracción de segundo.

Las verdes balas trazadoras surcaron el cielo.

Algunas pasaron de largo, pero casi todas hicieron impacto en la cabina. No escuchó el menor ruido. Sólo vio un breve resplandor, seguido de una ola de espuma blanca fosforescente en el lugar de la caída.

Por un instante, Winters pensó que acababa de matar a un hombre, tal vez a dos. No había problema. Nadie los echaría de menos.

IX. PRIMER ENCUENTRO

-¿Y bien?

Escobedo miró a Larson con frialdad, como un biólogo a una rata de laboratorio. No tenía motivos para sospechar de él, pero se sentía furioso y Larson se encontraba ante él. De todas maneras, Larson estaba habituado a eso.

-No lo sé, *jefe*[15]*.* Ernesto era buen piloto y buen alumno. Lo mismo que su acompañante, Cruz. Los motores estaban casi nuevos, apenas doscientas horas cada uno. El avión tenía seis años, pero eso no debería ser problema con buen mantenimiento. Hacía buen tiempo, apenas unas nubes altas sobre el canal de Yucatán, nada de que preocuparse. -El piloto se encogió de hombros-. Los aviones desaparecen, *jefe, y* uno no siempre sabe por qué.

-¡Es mi primo! ¿Qué voy a decirle a su madre?

-¿Ha investigado en las pistas aéreas en México?

-¡Sí! ¡Y también en Cuba, Honduras y Nicaragua!

-¿No hubo peticiones de auxilio? ¿Ni informes de aviones o buques que operasen en la zona.

-Nada -respondió Escobedo, bajando un poco el tono mientras Larson, el profesional competente, enumeraba las posibilidades.

-Si sufrió un desperfecto eléctrico, habrá efectuado un aterrizaje de emergencia en alguna parte, pero... es mejor no hacerse ilusiones, *jefe.* Si estuvieran a salvo, ya se hubieran comunicado. Lo lamento mucho, *jefe.* Tal vez los hemos perdido. No es la primera vez que sucede algo así, ni será la última.

También era posible que Ernesto y Cruz hubieran modificado su itinerario, vendido los cuarenta kilos por su cuenta y desaparecido con el dinero, pero no parecía demasiado probable. El tema de la droga no había surgido en la conversación porque Larson no tenía nada que ver con eso: era un asesor técnico que, a petición propia, permanecía al margen del negocio. Escobedo confiaba en la honradez y la objetividad de Larson porque siempre se había limitado a hacer su trabajo y cobrar lo convenido, y además no era tonto, conocía la suerte que corrían los mentirosos y los traidores.

Conversaban en el lujoso apartamento de Escobedo en Medellín, un apartamento que ocupaba toda la planta alta del edificio. En la planta inmediatamente inferior vivían los vasallos y sirvientes del amo. Los ascensoristas eran empleados que sabían a quién le podían franquear el paso y a quién no. Toda la manzana de la calle estaba vigilada. Por lo menos, no había peligro de que le robaran los tapacubos del coche. También él se preguntaba qué diablos le había sucedido a Ernesto. ¿Era sólo un accidente? Sucedía con frecuencia. Lo habían contratado como instructor de vuelo porque en las operaciones de contrabando se perdían muchos aviones, a veces por causas de lo más prosaicas. Pero Larson no era idiota. Pensaba en las visitas recientes, y en las últimas órdenes recibidas desde Langley; en la Granja enseñaban a los alumnos a no creer en las coincidencias. Aparentemente estaban preparando una gran operación, y tal vez ése había sido el inicio.

Pero le parecía improbable. Esa clase de trabajos pertenecían al pasado de la CIA, lo cual era lamentable, pero cierto.

-¿Era buen piloto? -insistió Escobedo.

[15] En español en el original.

-Yo mismo le enseñé, *jefe.* Tenía cuatrocientas horas de vuelo, conocimientos de mecánica y era tan hábil con el instrumental como un joven piloto puede serlo. Lo único que me preocupaba era que le gustaba volar bajo.

-Ah, ¿sí?

-Sí. Sobrevolar el mar a baja altura resulta peligroso, sobre todo de noche. Uno se desorienta con facilidad, olvida dónde está el horizonte, y si mira demasiado por la ventanilla en lugar de concentrarse en el panel... Pilotos experimentados han caído al agua. Por desgracia, volar bajo es emocionante y para muchos, sobre todo para los jóvenes, supone una prueba de virilidad. Con el tiempo, los pilotos se dan cuenta de que es una tontería.

-Quiere decir que los buenos pilotos son prudentes.

-Eso es justamente lo que les digo a mis alumnos -replicó Larson-, pero no todos me creen. Así sucede en cualquier parte. Pregúntele a los instructores de no importa qué Fuerza Aérea del mundo. Los pilotos jóvenes cometen errores tontos debido a su juventud y a su falta de experiencia. La prudencia nace de la experiencia, en general de una experiencia peligrosa. Los supervivientes aprenden, pero no todos sobreviven.

Escobedo lo meditó durante varios segundos.

-Ernesto tenía mucho amor propio -comentó por fin, como si pronunciara una oración fúnebre.

-Repasaré la planilla de mantenimiento del aparato -dijo el piloto-. También repasaré los informes meteorológicos.

-Gracias por venir de inmediato, Mr. Larson.

-A sus órdenes, *jefe.* Si me entero de algo nuevo, me comunicaré con usted.

Escobedo lo acompañó a la puerta y volvió a su escritorio. Cortez entró por una puerta lateral.

-¿Y bien?

-Larson me gusta -respondió Cortez-. Dice la verdad. Es orgulloso, pero no demasiado.

Escobedo asintió.

-Es un mercenario, pero de los buenos. -*... Como tú.* Cortez no reaccionó ante el mensaje implícito.

-¿Cuántos vuelos se han perdido en total?

-No empezamos a llevar la cuenta sino hace dieciocho meses. Desde entonces, nueve. Por eso contratamos a Larson. Yo pensaba que los accidentes se debían a la falta de pericia de los pilotos y a los fallos de mantenimiento. Carlos ha demostrado ser un buen instructor.

-¿Nunca quiso participar del negocio?

-Jamás. Es un hombre sencillo. Le gusta lo que hace y lleva una vida acomodada. Eso tiene sus ventajas -sonrió Escobedo-. ¿Verificó su pasado?

-*Sí.* Todo está en orden, pero...

-¿Pero?

-Si él no fuera lo que dice ser, todo estaría igualmente en orden.

En ese momento, un hombre común diría, *no se puede sospechar de todo el mundo.* Escobedo no lo hizo, lo cual era una muestra de su inteligencia. El jefe era un conspirador experimentado, sabía que debía sospechar de todo el mundo. No era un profesional, pero tampoco un idiota.

-Le parece...

-No... No estaba ni cerca del lugar de partida del vuelo, ni siquiera sabía que se iba a realizar. Lo he verificado. Se hallaba en Bogotá con su amiga. Cenaron solos y se acostaron temprano. Tal vez fue un accidente, pero sabiendo que los *norteamericanos*[16] están cocinando algo, me parece más prudente descartar esa posibilidad. Creo que debo volver a Washington.

-¿Qué investigará?

-Trataré de descubrir qué están tramando.

-¿Tratará?

-Señor, conseguir información secreta es un arte...

-¡Puede comprar lo que necesite!

-Se equivoca -dijo Cortez, mirándolo a los ojos-. Las mejores fuentes de información no son las que se compran. Es un error, peligroso y estúpido, tratar de comprar la lealtad.

-¿Qué me dice de usted?

-Ése es un problema que debe tener en cuenta, pero estoy seguro de que ya lo hizo.

La mejor manera de ganarse la confianza de ese hombre era decirle que no debía confiar. Escobedo pensaba que la lealtad que no se compraba con dinero se imponía con el miedo. En ese sentido, era un estúpido. Pensaba que su fama de hombre violento acobardaba a cualquiera, sin tener en cuenta de que había hombres capaces de darle lecciones al aplicar la violencia. En muchos sentidos era un hombre admirable, pero también despreciable. En el fondo, un aficionado -aunque con talento-, que aprendía de sus propios errores, pero carecía de la educación formal necesaria para aprender de los errores ajenos y en última instancia, los especialistas en Inteligencia habían aprendido las lecciones de los errores ajenos. Lo que necesitaba no era un asesor en cuestiones de Inteligencia y Seguridad sino en operativos clandestinos en sí, pero ése era un terreno en el que esos hombres se negaban a pedir o aceptar consejos. Eran hijos y nietos de contrabandistas, expertos en corrupción y soborno. Sólo que no habían aprendido a jugar contra un oponente organizado y poderoso: los colombianos no lo eran. El hecho de que los *yanquis* no hubieran juntado aún el coraje suficiente para emplear todo su poderío no era más que buena suerte. La lección que la KGB se había esforzado en inculcar a Cortez era que la buena suerte no existía.

El capitán Winters estudió el *videotape* con los hombres llegados desde Washington. Ocupaban un despacho en uno de los edificios de Operaciones Especiales -en Eglin había varios-, y los otros dos vestían uniformes de la Fuerza Aérea con galones de teniente coronel, un grado intermedio que era el más conveniente para el caso.

-Dispara bien, muchacho -dijo uno de ellos.

-Él pudo haber dificultado las cosas -repuso el *Potro,* inmutable-. Pero no lo hizo.

-¿Había tráfico en la superficie?

-Nada en cincuenta kilómetros a la redonda.

-Veamos el *tape* del «Hawkeye» -ordenó el hombre mayor. Usaban cinta de tres cuartos de pulgada, la preferida por los militares por su mayor capacidad de almacenamiento de datos. Ya estaba en punta. Mostraba el Beechcraft, señalado con el XXI en la tabla alfanumérica. Eran contactos, casi todos aviones comerciales que habían sobrevolado muy alto el lugar del incidente. También había contactos en la superficie, pero alejados de la zona de ataque, y la

[16] En español en el original.

Librodot

cinta terminaba antes de la caída del aparato. La tripulación del «Hawkeye» no tenía conocimiento directo de lo sucedido después de entregar el blanco al avión de combate. Las instrucciones habían sido muy claras y se había elegido un punto de intercepción alejado de las rutas navieras habituales. La baja altura de crucero de los narcotraficantes obraba a favor de la misión, ya que ni el resplandor ni la explosión se percibirían a gran distancia. En este caso, nadie había visto nada.

-Muy bien -dijo el hombre mayor-. Todo dentro de los parámetros establecidos. -Cambiaron otra vez las cintas.

-¿Cuántos proyectiles disparó? -preguntó el hombre más joven.

-Ciento ocho -dijo el capitán-. Es difícil ahorrar proyectiles con un «Vulcan». Disparan muy rápido.

-Partió el avión en dos, como una sierra sinfín.

-Ésa fue mi intención, señor. Podría disparar un poco más rápido, sólo que la orden era tratar de evitar los depósitos de combustible, ¿no?

-Así es.

Si alguien llamara a los diarios para informar que había visto un resplandor, la Fuerza Aérea informaría que se trataba de un ejercicio de tiro contra un blanco aéreo, de los que en Eglin se realizaban con frecuencia. Pero si nadie veía nada, tanto mejor.

Al *Potro* no le gustaba tanto secreto. En su opinión, no había nada más lógico que derribar a los hijos de puta. Cuando lo reclutaron para la misión, le dijeron que el narcotráfico era una amenaza para la seguridad nacional. Esa frase lo legitimaba todo. Como piloto de la defensa aérea, su tarea era enfrentarse a las amenazas a la seguridad nacional con ese método específico: derribarlos con la misma frialdad con que se dispara contra un plato de arcilla en el deporte del tiro. Además, se dijo el *Potro,* si de verdad son una amenaza a la seguridad nacional, el pueblo debe estar enterado. Pero no debía de preocuparse por esas cuestiones. Era capitán, los capitanes son ejecutores, no pensadores. Alguien en la cúpula había dicho que eso estaba bien, y para él era suficiente. Despachar al «Twin-Beech» había sido poco menos que un asesinato, pero lo mismo podía decirse de cualquier acción de combate. El juego limpio era para las Olimpíadas, donde uno no arriesgaba la vida. Si alguien era tan idiota como para dejarse meter un tiro en el culo, ése no era problema de el *Potro,* sobre todo si el otro cometía un acto de guerra contra su país. *Ése* era el significado de la frase «Amenaza a la seguridad nacional», ¿o no?

Además, él había dado la voz de alto al hijo de puta de Juan, o como se llamara. Si el idiota se creía capaz de evadir al mejor avión de combate de todo el puto mundo, peor para él.

-¿A estas alturas tiene algún problema, capitán? -preguntó el hombre mayor.

-¿Qué clase de problema, señor?

¡Qué pregunta tan idiota, coño!

La pista aérea era demasiado corta para un avión de transporte militar. Los cuarenta y cuatro efectivos de la Operación *SHOWBOAT* viajaron en autobús hasta la Base Aérea Peterson, cerca de la Academia de la Fuerza Aérea en Colorado Springs. Desde luego, viajaban de noche. El conductor era uno de los «jefes de excursión», como los soldados los llamaban. Viajaban en silencio, muchos dormían, agotados por el último día de instrucción. Los demás iban sumidos en sus pensamientos. Chávez contemplaba las montañas mientras el vehículo bajaba las últimas cuestas. La instrucción había concluido.

-Lindas montañas, ¿no? -dijo Julio Vega entre bostezos.

-Sobre todo cuando las bajas en autobús.

-¡Sí, coño! -rió Vega-. ¿Sabes?, algún día voy a venir aquí a esquiar. -El ametrallador se acomodó en el asiento y se durmió.

Los despertaron treinta y cinco minutos después, al atravesar el portón de entrada de Peterson. El autobús los dejó al pie de un avión de transporte C-141 «Starlifter», de la Fuerza Aérea. Los soldados se levantaron y recogieron su equipaje. Los capitanes controlaban que cada hombre tuviera el equipo que le habían entregado. Algunos aprovechaban la breve caminata hasta el avión para mirar a su alrededor. No había nada que les llamara la atención, ni siquiera una guardia especial: sólo la tripulación de tierra, que llenaba los depósitos de combustible y realizaba la rutina de despegue. En el otro extremo de la pista se alzaba un avión cisterna KC-135, y, aunque nadie tomó nota de ello, poco después se reunirían en el aire con esa máquina. El suboficial de la Fuerza Aérea que supervisaba la carga les hizo pasar y los acomodó lo mejor posible en la cabina desprovista de casi toda comodidad: eso significaba darle un protector de oídos a cada uno, y nada más.

La tripulación de vuelo verificó los motores y, poco después, el «Starlifter» comenzó a moverse. A pesar de los protectores, el ruido era insoportable, pero la tripulación estaba formada por oficiales de la reserva aérea que trató de facilitar el proceso. Claro que no había manera de facilitar el reabastecimiento en vuelo. Era como una caída en montaña rusa, agravada por la ausencia casi total de ventanillas que revolvía el estómago, pero todo el mundo lo tomó con calma. Media hora después del despegue, el C-141 tomó rumbo al Sur y los soldados, abatidos por la fatiga y el aburrimiento, se durmieron para el resto del viaje.

Casi a esa misma hora, el MH-53J alzó el vuelo de la Base Aérea Eglin, habiendo rellenado sus depósitos después de calentar motores. El coronel Johns ascendió trescientos metros y tomó rumbo dos uno cinco, hacia el canal de Yucatán. Tres horas después, un avión cisterna de apoyo «Combat Talon» MC-130E alcanzó al «Pave Low», y Johns dejó la operación de reabastecimiento a cargo de su comandante. La operación se repetiría tres veces más, y el cisterna los acompañaría hasta llegar a destino, llevando a bordo una tripulación de mantenimiento y apoyo y una carga de repuestos.

-Listos para el acople -dijo PJ.

-Entendido -replicó la capitana Montaigne, y niveló el MC-130E para realizar la operación.

Johns observó con qué facilidad Willis introducía la boca de la manguera en el agujero del depósito.

-Estamos acoplados.

En la cabina del 130E se encendió una luz testigo. La capitana Montaigne tomó su micrófono:

-*¡Aaaaay, señor coronel!* -dijo con voz sensual-. *Nadie* lo hace como usted.

Johns soltó una carcajada y apretó dos veces el botón de su micrófono: afirmativo.

-¿Qué sentido tiene negarle un poco de diversión? -le preguntó a Willis, que era un poco chapado a la antigua. La operación de reabastecimiento concluyó en seis minutos.

-¿Cuánto tiempo estaremos allá? -preguntó Willis más tarde.

-No me lo dijeron, pero si se prolonga, enviarán un relevo.

-Ah, qué bien -murmuró el capitán.

Su mirada se paseaba constantemente entre los instrumentos de vuelo y el mundo exterior a la cabina blindada. El aparato estaba pertrechado en exceso, porque al coronel Johns le gustaba disponer de gran poder de fuego; le habían quitado los artefactos de contravigilancia

electrónica. En otras palabras, no tendrían que preocuparse por un radar hostil, lo cual significaba que la misión no los llevaría a Cuba ni a Nicaragua. Al mismo tiempo, dejaba más lugar para el transporte de pasajeros y eliminaba al segundo ingeniero de vuelo.

-Tenía razón sobre los guantes -dijo-. Mi esposa me hizo un juego a medida y la verdad que es mucho mejor así.

-Algunos no los usan, pero a mí no me gusta manejar los controles con las manos transpiradas.

-No pensé que haría tanto calor.

-Hay calores y calores -puntualizó Johns-. A veces, la transpiración de las manos no se debe a la temperatura exterior.

-Ah. Sí, entiendo. -*¿Significa eso que a veces tiene miedo, como todo el mundo*?

-Yo siempre le digo a mi gente que cuanto más se piensa antes de que el barullo empiece, menos barullo habrá. Con todo, sobrará barullo.

Una nueva voz terció en el circuito de comunicación interna:

-Señor, si sigue hablando así, va a asustarnos a todos.

-Suboficial Zimmer, ¿cómo va todo allá atrás? -preguntó Johns. El puesto de Zimmer, justo atrás de los pilotos, era un panel de instrumentos impresionante.

-¿Le sirvo café, té o leche, señor? Nuestro menú incluye pollo a la Kiev con arroz, carne asada en su jugo con patatas, y, para los que cuidan la silueta, jugo de naranja y verduras hervidas... y si lo cree, es porque está mareado de tanto mirar el panel. ¿Por qué diablos no traemos una azafata?

-¡Porque tú y yo estamos ya demasiado viejos para eso, Zimmer! -rió PJ.

-No es tanto esfuerzo en un helicóptero, señor. Digo, con tanta vibración...

-Desde Corea que trato de reformarlo -dijo Johns al capitán Willis-. ¿Cuántos años tienen los chicos, Buck?

-Diecisiete, quince, doce, nueve, seis, cinco y tres, señor.

-Por Dios -terció Willis-. Su esposa parece una mujer fuera de serie, sargento.

-Tiene miedo de que eche una cana al aire, por eso me absorbe toda la energía -replicó Zimmer-. Vuelo para estar lejos de ella, si no, me mandaría a la tumba.

-Además, a juzgar por el tamaño de su uniforme, parece que es buena cocinera.

-Al señor coronel le place burlarse de su suboficial -dijo Zimmer.

-No diga eso. Sólo quiero que sea tan lindo como Carol.

-Eso es imposible, señor.

-De acuerdo. Una taza de café no vendría nada mal.

-A la orden, señor. -Zimmer bajó rápidamente a la cabina de vuelo. El panel de instrumentos era enorme y complejo, pero el suboficial había instalado soportes para los jarritos que el coronel Johns usaba. PJ sorbió un poco de café.

-Y también sabe preparar café, Buck.

-Las vueltas que da la vida, ¿no?

Carol Zimmer sabía que su esposo compartirla el termo de café con el coronel. Su nombre de pila no era Carol. Había nacido treinta y seis años antes en Laos, hija de un señor feudal

Hmong que había luchado larga y esforzadamente por un país que ya no era su patria. Ella era la única superviviente de una familia de diez. PJ y Buck la habían rescatado de una colina en 1972, durante la etapa final de un asalto norvietnamita. Estados Unidos no había podido ayudar al hombre y a su familia, pero sí a su hija. Zimmer se había enamorado de ella a primera vista, y todos sus conocidos coincidían en que tenían los siete hijos más lindos de Florida.

-Sí, ya lo creo.

Era muy tarde en Mobile cuando los dos aviones volaban hacia el Sur. En las cárceles, sobre todo en las sureñas, las normas son muy estrictas. Pero no lo son tanto para los abogados, y, paradójicamente, eran muy flexibles para esos dos sujetos en particular. En un futuro cercano, pero todavía no determinado, les aguardaba la silla eléctrica de la prisión de Admore. Por eso, los guardianes de Mobile se cuidaban de cometer la menor violación de los derechos constitucionales de los prisioneros: les permitían recibir a su abogado a cualquier hora, y, en general, les brindaban algunas comodidades. El abogado Edward Stuart estaba al tanto del caso y hablaba un español muy fluido.

-¿Cómo lo hicieron?

-No lo sé.

-Chillabas y pataleabas, Ramón.

-Lo sé. Y tú cantaste como un pajarito.

-Eso no importa ya -dijo el abogado-. Van a acusarles de homicidio y piratería cometidos en una operación de tráfico de estupefacientes. No van a utilizar la información que Jesús les dio.

-¡Entonces sáquenos de aquí, abogado, coño!

La expresión de Stuart fue una respuesta por demás elocuente. -Dígales a nuestros amigos que si no nos sacan de aquí, cantamos todo.

Los guardianes les habían explicado con todo lujo de detalles cuál era el destino que les aguardaba. Le habían mostrado a Ramón un cartel de la silla con la leyenda *JUGOSO O BIEN COCIDO.* Aunque era un hombre insensible y brutal, la idea de que lo sujetaran a una silla de madera de respaldo duro, con una abrazadera de cobre en la pierna izquierda, un casquete metálico sobre la coronilla, afeitada la noche anterior por el peluquero de la prisión y mojada con solución salina para facilitar el paso de la corriente, y una máscara de cuero para impedir que los ojos saltaran de las órbitas... Ramón era un tipo valiente cuando tenía un puñal o un revólver y su oponente estaba desarmado o atado. Entonces, sí. No había contemplado la posibilidad de que algún día el indefenso podía ser él. Había perdido tres kilos en una semana. Casi no comía, y demostraba un interés desmedido por los enchufes y otros artefactos eléctricos. Tenía miedo; pero, sobre todo, estaba furioso: consigo mismo por tener miedo, con los guardianes y con la Policía que lo habían asustado, y con sus compinches por no sacarlo de allí.

-Tengo mucha información. Datos útiles.

-No importa. He hablado con los *federales*[17], no les interesa lo que ustedes puedan contarles. El fiscal federal dice que no tiene el menor interés en eso.

-Pero eso es ridículo. Siempre dan algo a cambio de la información, siempre...

-Esta vez, no. Las reglas son otras.

[17] En español en el original.

-¿Y usted qué dice?

-Haré lo que pueda por ustedes. -*Tendría que decirles que mueran como hombres, pero no puedo*-. En las próximas semanas puede haber novedades.

Lo miraron con escepticismo, aunque no sin esperanza. Él mismo la había perdido. El fiscal federal se había hecho cargo del caso para aparecer en los noticiarios nacionales de las 17:30 y las 23. El juicio sería muy rápido y en poco más de dos años quedaría vacante un escaño en el Senado. Tanto mejor si el fiscal tenía un buen legado. La condena a muerte de un par de narcotraficantes-piratas-violadores-asesinos caería muy bien entre los ciudadanos del soberano Estado de Alabama. El defensor se oponía, por principios, a la pena capital, y había dedicado mucho tiempo y dinero a luchar por su abolición. En una ocasión había apelado al Tribunal Supremo, que por cinco votos contra cuatro había dispuesto un nuevo juicio, en el cual conmutaron la pena de muerte de su defendido por cadena perpetua con la accesoria de reclusión por tiempo indeterminado. Stuart lo consideraba una victoria, aunque su cliente había logrado sobrevivir apenas cuatro meses en la prisión: otro prisionero, que no sentía amor por los asesinos de niños, le había hundido un punzón en la región lumbar. No le gustaban la mayoría de sus clientes. A algunos les temía, sobre todo a los narcos. En general, esperaban que, a cambio de lo que le pagaban -siempre en efectivo-, les consiguiera la libertad. No comprendía que en Derecho no existen garantías, sobre todo cuando se es culpable. Y esos dos eran *culpabilísimos.* Pero no merecían la muerte. Stuart estaba convencido de que la sociedad no debía rebajarse al nivel de... sus defendidos. En el Sur, pocos compartían su posición, pero él no ambicionaba ocupar cargos públicos.

No obstante, era su abogado defensor y tenía la obligación de brindarles la mejor defensa posible. Ya había estudiado las probabilidades de trocar información por una sentencia de cadena perpetua. El estudio exhaustivo del caso le mostraba que las pruebas de la defensa eran puramente circunstanciales -no había otros testigos que sus propios defendidos-, el peso de la evidencia física era abrumador. Los guardacostas habían dejado la escena del crimen intacta, sólo habían retirado algunas pruebas para guardarlas en una caja fuerte con el fin de conservar su pureza. Esos hombres estaban bien informados y entrenados. Por ese lado, no había muchas posibilidades. Su única esperanza era poner en tela de juicio su credibilidad. Era una esperanza débil, pero no tenía otra.

El agente especial supervisor Mark Bright también estaba muy atareado, junto con su gente. Para empezar, habían registrado una casa y una oficina, un procedimiento lento que era apenas el primer paso de un proceso que tal vez durase meses, ya que todos los documentos hallados, los números telefónicos anotados en once lugares distintos, las fotografías sobre el escritorio y en las paredes y todo lo demás sería objeto de investigación. Tendrían que entrevistar a los socios, vecinos y conocidos del muerto, a los ocupantes de las oficinas contiguas a la suya, a los miembros de su club de campo e incluso a los feligreses de su iglesia. El primer gran golpe de suerte se produjo durante la segunda hora del cuarto registro efectuado en la casa, un mes después del inicio del caso. Su instinto le decía que tenía que haber algo más. En el despacho del muerto hallaron una caja fuerte hundida en el suelo -no habían descubierto indicio alguno sobre su compra e instalación-, oculta bajo una esquina de la alfombra. Se necesitaron treinta y dos días para descubrirla y noventa minutos para abrirla. Un agente experimentado se puso a jugar con los cumpleaños de los familiares del muerto y diversas variaciones sobre el tema. Resultó que los tres elementos de la combinación eran el mes de su nacimiento más uno, el día de su nacimiento más dos y el año más tres. La puerta de la lujosa caja «Mosler» se abrió sin producir ruido alguno, salvo el del roce contra la alfombra.

No había dinero, joyas ni carta lacrada para su abogado. La caja contenía solamente cinco diskettes compatibles con el ordenador personal «IBM» del empresario. Los agentes no

buscaron más. Bright llevó los diskettes y los ordenadores a su oficina, cuyos ordenadores también eran «IBM» compatibles. Mark Bright era un buen investigador, lo cual significaba que era un hombre paciente. En primer lugar, llamó a un experto en informática que solía ayudar al FBI. El programador, que trabajaba como asesor de empresas, dijo que estaba muy ocupado, pero lo dejó todo cuando le informaron que se trataba de una importante investigación criminal. Al igual que muchos colaboradores ocasionales del FBI, consideraba que el trabajo policial tenía gran emoción, pero no tanta como para aceptar un puesto *full time* en el laboratorio, donde los sueldos eran muy inferiores a lo que el sector privado pagaba. Bright se había adelantado a sus primeras instrucciones: traiga la computadora del hombre muerto y el disco duro.

Después de copiar los cinco diskettes por medio de un programa llamado *CINTURÓN DE CASTIDAD,* devolvió los originales a Bright y se puso a trabajar con las copias. Desde luego, los archivos estaban cifrados. Existían varias maneras de hacerlo, el programador las conocía todas. Tal como Bright había previsto, el algoritmo estaba grabado en el disco duro del muerto. A partir de ahí, sólo era cuestión de descubrir la opción y la clave utilizada para grabar los datos en los diskettes. Tardaron nueve horas, durante las cuales el amigo de Bright trabajaba sin cesar mientras el agente le servía café y sandwiches y se preguntaba por qué estaba dispuesto a hacerlo gratis.

-¡Lo conseguí!

Una mano regordeta apretó la tecla de *PRINT,* la impresora láser zumbó y empezó a escupir papel. Los cinco diskettes estaban llenos de datos, que ocuparon más de setecientas páginas apretadas. Cuando el tercer diskette empezó a imprimir, el programador ya había partido. Bright tardó tres días para leer todo aquello. Luego hizo seis fotocopias para los demás jefes que se ocupaban del caso. Las ojeaban sentados alrededor de la mesa de conferencias.

-¡Joder, Mark, esto es increíble!

-Tal como les previne.

-¡Trescientos millones de dólares! -exclamó uno-. Yo mismo compré ahí...

-¿Cuánto es el total? -preguntó un tercero.

-Lo he calculado por encima -dijo Bright-, pero está en el orden de los setecientos millones. Ocho centros comerciales, desde Fort Worth hasta Atlanta. Las inversiones abarcan once grandes empresas, veintitrés Bancos y...

-¡Ésta es mi compañía de seguros! Me calculan los impuestos y...

-Y tal como lo montó, el único que estaba al corriente de todo era él. Más que un artista, el tipo era un verdadero Leonardo...

-Pero la codicia lo perdió. Si no lo he entendido mal, se quedó con treinta millones... por Dios...

Como todos los grandes planes, ése era de una elegante sencillez. Se basaba en ocho empresas de bienes raíces. En cada caso, el muerto se había constituido en accionista general, representante de fondos extranjeros, descritos en todos los casos como dólares petroleros del golfo Pérsico o de la industria japonesa, blanqueados en un increíble laberinto de Bancos extranjeros. El accionista general utilizaba los «petrodólares» -término de uso casi genérico en el mercado de capitales- para comprar los terrenos y poner las obras en marcha; luego solicitaba fondos adicionales a socios menores que no tenían voz ni voto en la administración de las inversiones, pero cuyas ganancias estaban aseguradas por la ejecución previa de la corporación. Incluso el de Fort Worth mostraba ganancias a pesar de la recesión en la industria petrolera. Cuando se iniciaba la obra, la identidad del propietario quedaba oculta

detrás de inversiones efectuadas por Bancos, compañías de seguros y particulares adinerados: buena parte de la inversión extranjera, ya recuperada, volvía al Banco de Dubai u otros, pero casi todas las acciones quedaban en la propia obra. Así, los inversores extranjeros recuperaban rápidamente su inversión inicial con un beneficio interesante, obtenían beneficios adicionales de las operaciones y anticipaban nuevas ganancias con la venta del proyecto a capitales locales. Bright calculó que por cada cien millones de inversión se obtenían ciento cincuenta millones de dólares totalmente limpios. Los cien millones invertidos y los cincuenta millones de ganancia eran netos y relucientes, como el mármol del monumento a Washington.

Salvo por lo que los diskettes decían.

-Cada proyecto, cada centavo invertido pasó por la Oficina de Impuestos, la Secretaria de Comercio y un ejército de abogados, y *nadie* se enteró de nada. Conservaba estos datos por si alguien lo delataba; supongo que esperaba cambiar esta información por protección...

-Así sería el habitante más rico de Cody, Wyoming -dijo Mike Schratz-. Pero se enteraron quienes no debían. Me pregunto qué lo habrá delatado. ¿Qué dicen nuestros amiguitos?

-No saben nada. Aceptaron el trabajo de matarlos a todos y eliminar los cadáveres para que se pensara en una desaparición. Sus contratantes estaban seguros de que caerían, por eso no les dieron información. Conseguir un par de infelices para ese trabajo resulta más fácil que anotarse en el carné de baile de una chica en el cotillón de fin de año.

-Sí, claro. ¿Has informado ya a la Central?

-No, Mike, quería informaros a vosotros primero. ¿Qué opinan, caballeros?

-Si nos damos prisa... nos quedamos con todo el dinero... salvo que lo hayan trasladado a otra parte -musitó Schratz-. Me pregunto si no lo hicieron. Aunque son tan vivos... apuesto a que no. ¿Alguien acepta la apuesta?

-Yo no -replicó otro agente, que era contador público y abogado-. No tienen motivos para correr ese riesgo. Esto es lo más parecido que he visto en mi... joder, *es* un plan perfecto. Deberíamos estarles agradecidos, todo este dinero nos ayudará a equilibrar la balanza de pagos. Bueno, señores, el caso está aclarado.

-Tenemos para cubrir el presupuesto del FBI de los próximos dos años...

-Y regalarle una escuadrilla de aviones a la Fuerza Aérea. Es un golpe duro. Mark, creo que esto merece una llamada al director -dijo Schratz, y todos asintieron-. ¿Dónde está Pete hoy?

Pete Mariano era el agente especial a cargo de la oficina de Mobile.

-Creo que fue a Venice -respondió otro agente-. La rabia que le va a dar por haber estado ausente...

Bright cerró su carpeta. Ya tenía reserva en un vuelo de primera hora a Washington.

El C-141 llegó a la base aérea Howard con diez minutos de anticipación. Después del aire limpio, fresco y seco de las Montañas Rocosas y el del avión, salir al calor húmedo del istmo de Panamá era como estrellarse contra una pared. Los soldados recogieron su equipaje y siguieron dócilmente al suboficial. Estaban callados y muy serios. El cambio de clima era la prueba tangible de que los juegos habían terminado y la misión comenzaba. Del avión fueron directamente a un autobús verde que los condujo hasta una vieja barraca, en Fort Kobbe.

Horas después, el helicóptero MH-53J aterrizó en la misma pista y, de inmediato, lo introdujeron en un hangar rodeado de centinelas armados. Instalaron al coronel Johns y su tripulación en unas instalaciones cercanas, con la orden de no salir.

Poco antes del amanecer, otro helicóptero, un CH-53E «Super Stallion» de la Armada, despegó de la cubierta del portaaviones *Guadalcanal* y se dirigió hacia el Oeste, sobre la bahía de Panamá, hasta Corezal, una pequeña base militar cercana a Gaillard Cut, que había sido el tramo más difícil del proyecto original del canal de Panamá. La tripulación de cubierta sujetó un objeto de gran volumen a la plataforma que pendía del helicóptero y éste se dirigió a la orilla. Llegó a destino al cabo de veinte minutos de vuelo. El piloto redujo la velocidad a cero y procedió a un lento descenso vertical, siguiendo las instrucciones del jefe de tripulación hasta que la camioneta de comunicaciones quedó asentada sobre la plataforma de hormigón. Desatadas las sogas, el helicóptero se alejó de inmediato, mientras un pequeño avión de transporte CH-46 arribaba para dejar a cuatro hombres en el lugar y regresaba a su portaaviones. Los cuatro pusieron manos a la obra sin perder un instante.

Era una camioneta común, parecida a un contenedor, con las ruedas pintadas de varios tonos de verde, como casi todos los vehículos militares. Los técnicos de comunicaciones montaron rápidamente varias antenas de radio y una parabólica para la recepción de transmisiones vía satélite. Conectaron los cables al vehículo generador, ya instalado, y encendieron los sistemas de climatización destinados a proteger al equipo -que no a los técnicos- del calor y la humedad. Aunque todos vestían uniforme, ninguno era militar. Todas las piezas estaban instaladas.

Aunque no todas, faltaba una. En Cabo Cañaveral se inició la cuenta atrás para el lanzamiento de un cohete Titan-IIID. Un centenar de técnicos desarrollaban la rutina prevista bajo la mirada de tres altos oficiales de la Fuerza Aérea y media docena de civiles. No parecían felices. En el último momento les habían cambiado su proyecto por ese que (para ellos) era menos importante. Las explicaciones no les parecieron satisfactorias, además de que tenían escasez de cohetes para dedicar uno a esa clase de juegos. Pero nadie se había tomado la molestia de explicarles de qué se trataba en realidad.

-Contacto. Contacto. Blanco avistado -dijo el *Potro.* Su «Eagle» enderezó el rumbo un kilómetro atrás y un poco por debajo del blanco, que parecía un cuatrimotor «Douglas». Era un DC-4; o DC-6, o DC-7, el aparato más grande que le había tocado interceptar hasta ese momento. Con sus cuatro motores a pistón y su único timón era indudablemente un «Douglas», tal vez más viejo que el piloto que lo perseguía. Winters alcanzaba a ver las llamas azules en los orificios de escape de los enormes motores radiales y los destellos de los rayos lunares en las hélices. Lo demás debía adivinarlo.

Tenía algunas dificultades. Necesitó disminuir la velocidad porque se estaba acercando demasiado al blanco. Quitó potencia a sus motores «Pratt and Whitney» y alzó los flaps para darse mayor sustentación y resistencia, mientras su velocidad bajaba a unos escasos doscientos cuarenta nudos.

A cien metros del blanco igualó la velocidad de éste. El avión de combate se meció con suavidad -sólo un piloto era capaz de advertirlo- debido a la turbulencia provocada por el otro aparato. Era el momento. Tomó aliento y flexionó los dedos sobre la palanca de control. El capitán Winters encendió sus poderosas luces de aterrizaje. Vio que estaban atentos. Los extremos de las alas se agitaron apenas cuando sus luces bañaron al avión de línea.

-Avión a la vista, por favor identifíquese, cambio -dijo en la frecuencia de vigilancia.

El aparato inició un viraje. Era un DC-7B, el último de los grandes cuatrimotores a pistón, desplazado rápidamente por la aparición de los *jet* a fines de la década de 1950. Las llamas del escape se hicieron más brillantes cuando el piloto aumentó la potencia.

Librodot

-Avión a la vista, se halla en espacio aéreo restringido. identifíquese de inmediato, cambio -dijo el *Potro.* Las palabras *de inmediato* tienen connotaciones muy particulares para los pilotos.

El DC-7B bajaba en picado hacia las olas. El «Eagle» lo siguió casi por su propia cuenta.

-Avión a la vista, repito, está en espacio aéreo restringido, ¡identifíquese, ya!

Ahora viraba hacia el Este para ganar la península de Florida. El capitán Winters tiró la palanca hacia atrás y activó el sistema de disparo. Estudió la superficie del mar para asegurarse de que no hubiera barcos en la vecindad.

-Avión a la vista, identifíquese o disparo, cambio.

No hubo respuesta.

El problema estaba en que, una vez activado, el sistema hacía todo lo posible por facilitar la tarea de acertar en el blanco. Pero le habían dado órdenes de atraparlo con vida. Una vez seguro de que erraría el tiro, apretó el disparador durante una fracción de segundo.

La mitad de los proyectiles eran trazadores, y el cañón los escupía a razón de casi cien por segundo. Un rayo de luz amarillo verdoso, como un láser de película de ciencia ficción quedó suspendido durante un buen lapso del infinito a escasos diez metros de la ventanilla de la cabina.

-Avión a la vista, enderece e identifíquese si no quiere que la próxima ráfaga dé en el blanco. Cambio.

-¿Qué es esto? ¿Qué diablos están haciendo? -El DC-7B se enderezó.

-¡Identifíquese! -dijo Winters en tono frío.

-Carib Cargo... vuelo especial desde Honduras.

-Entró en espacio aéreo restringido. Vire a la izquierda, a rumbo tres cuatro siete.

-Vea, no sabía nada sobre la restricción. Dígame cuál es el rumbo más corto para salir y me voy. ¿De acuerdo?

-Rumbo tres cuatro siete. Los sigo. Va a tener que dar algunas explicaciones, Carib. Eligió un mal lugar para volar sin luces. Espero por su bien que tenga un buen motivo, porque el señor coronel está bastante enojado con usted. Vire ese pajarraco a la izquierda, ¡ahora! -Ofendido porque no lo tomaban en serio, el *Potro* viró lentamente a la derecha y soltó otra ráfaga para alentarlo.

El blanco tomó el rumbo tres cuatro siete, y encendió sus luces antichoque.

-Muy bien, Carib, mantenga altura y rumbo. No trate de comunicarse. Repito, mantenga la radio en silencio hasta nueva orden. No empeore su situación. Lo sigo. Cambio y fuera.

Tardaron casi una hora, y para él era como manejar un «Ferrari» en el tráfico a la hora punta en Manhattan. Desde el Norte se acercaba una masa de nubes con relámpagos. Winters pensó que lograrían aterrizar antes de que la tormenta llegara, y, en ese momento las luces de una pista de aterrizaje se encendieron.

-Carib, quiero que aterrice en esa pista. Siga las instrucciones. Fuera.

Le quedaba combustible para varias horas de vuelo. Se dio el gustazo de ascender a plena potencia hasta seis mil metros mientras las luces estroboscópicas del DC-7 penetraban en el rectángulo azul de la vieja pista.

-Muy bien, es nuestro -dijo el radio al piloto.

Winters no acusó recibo. Viró el «Eagle» hacia la base aérea Eglin y calculó que llegaría antes de la tormenta. Era el fin de otra jornada de trabajo.

El DC-7B se deslizó hasta el extremo de la pista y se detuvo. Varias luces se encendieron. Un jeep se acercó hasta cincuenta metros del morro del aparato. El vehículo transportaba una ametralladora M-2 calibre .50 y una gran caja de proyectiles. El cañón apuntaba derecho a la cabina.

-¡Baje del avión, *amigo*[18]! -dijo una voz ronca, amplificada por un megáfono La puerta delantera izquierda se abrió, y un hombre blanco, de algo más de cuarenta años, asomó por ella. Estaba desorientado y cegado por las luces enfocadas directas a su rostro. Algo que, desde luego, era intencionado.

-Baje a la pista, *amigo* -dijo una voz detrás de las luces.

-¿Qué pasa aquí? Yo...

-*¡Baje al jodido suelo! ¡Ahora mismo, coño!*

No había escalerilla. Detrás del piloto había otro hombre: uno a uno, se arrodillaron en el umbral, se colgaron de las manos y se dejaron caer el metro y medio que restaba a la pista. Fuertes brazos, en uniformes de camuflaje, los recibieron.

-*¡Cuerpo a tierra, espías comunistas hijos de puta!* -chilló una voz juvenil.

-¡Aleluya, por fin agarramos a uno! -exclamó otra voz con júbilo-. ¡Es un jodido avión espía cubano!

-Qué mierda... -quiso decir uno de los prisioneros, pero calló al sentir un objeto metálico sobre la nuca: era un amortiguador de resplandor en el extremo de un fusil M-16. También sintió un aliento cálido en la mejilla.

-Si quiero escucharte, *amigo,* ya te lo diré -dijo la otra voz, que parecía de un hombre mayor que el primero-. ¿Llevas a alguien más a bordo, amigo?

-No. Vea, somos...

-¡Verifiquen! ¡Y lleven cuidado! -añadió el sargento de Artillería.

-Entendido, mi sargento -dijo el cabo de Infantería de Marina-. Cúbranme desde la puerta.

-¿Tu nombre? -preguntó el sargento, y apretó la boca del fusil contra la nuca del piloto.

-Bert Russo. Soy...

-Elegiste un mal momento para espiar nuestra operación, Roberto. ¡Esta vez te esperábamos, viejo! Me pregunto si Fidel querrá recuperarte...

-A mí no me parece cubano, mi sargento -dijo una voz juvenil-. ¿No será ruso?

-Oiga, qué es eso de rusos y cubanos y...

-Claro, claro, *Roberto.* Tú... ¡Aquí, mi capitán!

Se escucharon pasos y una nueva voz:

-Lamento la tardanza, sargento Black.

-Todo bajo control, mi capitán. Estamos registrando el avión. Por fin bajamos al espía cubano. Este muchacho se llama *Roberto.* Al otro todavía no lo he interrogado.

-Denle vuelta.

[18] En español en el original.

Una manaza lo agarró como a un muñeco de trapo y lo hizo volverse. Entonces vio que el aliento cálido provenía del pastor alemán más grande que había visto en su vida, y que estaba a escasos veinte centímetros de su rostro. Cuando lo miró, el perro gruñó.

-No asustes a mi perro, *Roberto* -dijo el sargento artillero Black.

-¿Su nombre?

Bert Russo no alcanzaba a ver los rostros. Las luces que marcaban el perímetro de la pista iluminaban a todos desde atrás. Veía las armas y los perros, uno de los cuales vigilaba a su copiloto. Quiso hablar, pero el perro abrió la boca y eso lo hizo callar.

-Ustedes los cubanos no aprenden, ¿verdad? Les dijimos la vez pasada que no espiaran nuestros ejercicios, pero no pueden dejar de jodernos, ¿eh? -dijo el capitán.

-No soy cubano, soy norteamericano. Y no entiendo de qué me hablan -repuso el piloto.

-¿Tiene algún documento de identidad? -preguntó el capitán.

Bert Russo se llevó la mano al bolsillo; pero, entonces, el perro gruñó en serio.

-No me asuste al perro -advirtió el capitán-. Está un poco nervioso.

-¡Cubanos de mierda! -exclamó el sargento Black-. Podríamos eliminarlos ahora mismo, mi capitán. Digo, ¿quién diablos se enteraría?

-¡Permiso, mi sargento! -dijo una voz desde el avión-. No son espías. ¡Esto está cargado de drogas! ¡Hemos bajado a un narco!

-¡Hijos de puta! -exclamó el sargento como si estuviera decepcionado-. ¿Nada más que un narco? ¡Joder!

-Amigo, me parece que se ha equivocado de ruta esta noche -rió el capitán-. ¿Qué traen, cabo?

-Hay de todo, mi capitán. Hierba, coca, de todo. El avión está cargado hasta arriba.

-Un narco de mierda -dijo el sargento-. Esteee... mi capitán.

-Diga.

-Usted sabe, pilotos como éste aterrizan por aquí, dejan el avión y se van, y nadie los encuentra, mi capitán.

En ese momento, como si respondiera a una señal, desde el pantano que rodeaba la pista llegó un ruido gutural. Albert Russo era nativo de Florida y lo reconoció al instante.

-Quiero decir, ¿quién notaría la diferencia? El avión aterrizó, los tipos escaparon antes de que nosotros llegáramos, se metieron en el pantano, y oímos como unos gritos... -Hizo una pausa antes de seguir-: Quiero decir que son narcos, ¿no? ¿A quién le importa esta mierda? Hacemos un mundo mejor... Y de paso alimentamos a los cocodrilos, que parecen bastante hambrientos, mi capitán.

-No hay pruebas... -musitó el capitán.

-Y a nadie le va a importar, mi capitán -insistió el sargento-. No hay nadie aquí aparte de nosotros.

-*¡No!* -chilló el copiloto abriendo la boca por primera vez, y el perro que lo vigilaba se sobresaltó.

-Silencio, ustedes no se metan -ordenó el sargento.

-Señores, lo que dice el sargento me parece bastante lógico -dijo el capitán después de pensarlo un instante-. Y es verdad que los cocodrilos tienen hambre. Mátelos antes, sargento.

Podemos evitar la crueldad, y a los bichos les da lo mismo. Pero asegúrese de quitarles todo lo que pudiera identificarlos.

-Entendido, mi capitán -repuso el sargento de Artillería-. El grupo de ocho hombres eran *marines* del centro de Operaciones Especiales de Fort MacDill. Las misiones raras no eran la excepción para ellos sino la regla. Habían dejado el helicóptero a mil metros del lugar.

-Bueno, mi amigo -dijo Black. Se inclinó y alzó a Russo de un tirón-: Elegiste un mal momento para traer tu cargamento, muchacho.

-¡Espere! -chilló el otro-. Nosotros... es decir, podemos darle...

-Habla todo lo que quieras, viejo. A mí ya me han dado las órdenes. Bueno, vamos de una vez. Si queréis rezar, hacedlo ahora.

-Venimos de Colombia...

-Pero quién lo hubiera dicho -comentó Black, mientras arrastraba al piloto hacia los árboles-. Yo en tu lugar trataría de hablar con Dios, viejo. Tal vez Él te escuche, o tal vez no...

-Tengo mucha información -insistió Russo.

-Sólo que *no me interesa.*

-Pero no puede...

-Claro que puedo. ¿Sabes cómo me gano la vida? -sonrió Black-. No te preocupes, que será muy rápido. No me gusta hacer sufrir a la gente como vosotros hacéis con las drogas. Un golpe y se acabó.

-Tengo familia... -gimió Russo.

-Como casi todo el mundo -asintió Black-. Ya se arreglarán. Supongo que tienes seguro de vida. ¡Mira!

Otro *marine* apuntó su linterna hacia los arbustos. Russo nunca había visto un cocodrilo tan grande, medía casi cuatro metros. Los amarillos ojos brillaban en la oscuridad y el cuerpo del saurio parecía un tronco verde. Con una gran boca.

-Aquí está bien -dijo Black-. ¡Alejen los perros, maldición!

El cocodrilo, al que llamaban *Nicodemus,* abrió la boca y siseó. Era un ruido siniestro.

-Por favor... -rogó Russo.

-¡Les diré todo! -exclamó el copiloto.

-¿Como qué? -preguntó el capitán con asco. Como si dijera: *Cállate y muere como un hombre.*

-De dónde venimos. Quién nos dio la carga. Los códigos de radio. Quién nos espera. ¡Todo!

-Claro que sí -dijo el capitán-. Quítenles los documentos de identidad, dinero, llaves, todo. Desnúdenlos antes de matarlos. El cuidado ante todo.

-¡Sé de todo! -chilló Russo.

-Sabe de todo, qué les parece -dijo el sargento-. Quítate la ropa, muchacho.

-Espere, sargento -ordenó el capitán, y dirigió el rayo de luz de su linterna al rostro de Russo.

-¿Qué puede decirnos que nos interese? -preguntó una voz que no habían escuchado hasta ese momento. Aunque vestía uniforme, no era militar.

Diez minutos después, las confesiones estaban grabadas. Los nombres eran conocidos, pero la pista aérea y los códigos de transmisión eran información nueva.

-¿Renuncia al derecho a tener un abogado presente? -preguntó el civil.

-¡Sí!

-¿Va a colaborar?

-¡Sí!

-Bien.

Vendaron los ojos de Russo y del copiloto, que se llamaba Bennett, y los condujeron al helicóptero. Al mediodía siguiente los llevarían ante un magistrado local y luego ante un juez federal; por la noche los encerrarían en un edificio nuevo de la base aérea Eglin, rodeado por un alambrado alto. Centinelas uniformados lo vigilaban.

No sabían que habían tenido suerte. Para ser un as del aire, había que derribar a cinco enemigos. A *Potro* le faltaba poco.

Librodot

X. PIES SECOS

Por simple cortesía, Mark Bright pasó por la oficina del subdirector adjunto antes de entrar a ver al director.

-Veo que ha tomado el primer avión. ¿Cómo va el caso?

-El caso de los piratas, como los diarios lo llaman, marcha muy bien. Vine debido a ciertas derivaciones que ha tenido. La víctima estaba más metido en el negocio de lo que pensábamos. -Bright le puso al tanto y sacó una de las carpetas de su portafolio.

-¿Cuánto dinero?

-No estamos seguros. Vamos a tener que pedir ayuda a expertos del sector financiero; pero... bueno, yo diría que del orden de los setecientos millones de dólares.

Murray logró posar la taza sobre el escritorio sin derramar el café:

-¿Cómo dice?

-Lo que ha oído. Esto lo supe apenas anteayer, y este material lo acabé de leer ayer. Apenas lo he ojeado, Dan. Si me he equivocado, me voy con la cabeza gacha. Pero pensé que el director tenía que verlo lo antes posible.

-Y el ministro de Justicia y el mismo Presidente. ¿Cuándo lo recibirá Emil?

-En media hora. ¿Viene conmigo? Usted conoce la escena internacional mejor que yo.

Había muchos subdirectores adjuntos en el FBI. Murray era, según su propia irónica definición, el «agente de los servicios públicos». La autoridad máxima de la Agencia sobre el terrorismo y sobre las maneras como los grupos internacionales desplazaban personas, dinero y armas de un lugar a otro. Esos conocimientos, unidos a su amplia experiencia policial, lo convertían en el asesor obligado del director y de Bill Shaw, el director ejecutivo adjunto a cargo de investigaciones en ciertos casos importantes. Bright no había entrado a verlo por mera casualidad.

-¿Está confirmada la información?

-Como le dije, falta compaginar algunas cosas, pero tengo una serie de números de cuentas bancarias, fechas de transacciones, cifras y un rastro claro hasta el punto de origen.

-Y todo gracias a ese buque guardacostas...

-No, señor. -Bright vaciló-. Bueno, puede ser. Al saber que la víctima estaba metida en negocios sucios, lo investigamos exhaustivamente. Todo esto hubiera caído en nuestras manos tarde o temprano. Tal como estaban las cosas, volví a la casa una y otra vez. Usted me entiende, ¿no?

-Sí, claro -asintió Murray. Una de las características del buen agente era la obstinación; otra el instinto. En tanto su voz interior le dijera que había algo más, Bright hubiera vuelto a la casa una y otra vez-. ¿Cómo descubrió la caja fuerte?

-El tipo tenía una de esas planchas de acrílico para posar su silla giratoria. ¿Vio cómo se deslizan cuando uno mueve mucho la silla? Estuve sentado en ella como una hora, y me di cuenta de que se había deslizado. Aparté la silla para volver la plancha a su lugar y entonces se me ocurrió: era el escondite perfecto. No me equivoqué. -Bright sonrió. Tenía todo el derecho de hacerlo.

-Si yo fuese usted, escribiría una nota para *The Investigator.* -Murray se refería al órgano de Prensa interno del Ministerio de Justicia-, así los demás aprenden.

Librodot

-Tenemos un experto en cajas fuertes. Y, después de eso, sólo era cuestión de descifrar los diskettes. Hay un tipo en Mobile que nos ayuda con eso... y no, no conoce la información. Sabe que no debe prestar atención, y además no le interesa. Creo que será conveniente no dar la noticia hasta que nos hayamos apropiado del dinero.

-Sabe, me parece que nunca hemos tenido un centro de compras. Sí recuerdo cuando nos apoderamos de un *topless bar.* -Murray rió al tomar el teléfono y marcar el número del despacho del director-. Buenos días, Moira, soy Dan Murray. Dígale al jefe que tenemos algo realmente grande esta vez. Bill Shaw también querrá verlo. En dos minutos nos reunimos con él. -Murray cortó-. Bueno, vamos, agente Bright. Un golpe como éste no se da todos los días. ¿Conoce al director?

-Lo he saludado un par de veces en los actos oficiales.

-Es un buen tipo -aseguró Murray al salir al alfombrado pasillo. En el camino se encontraron con Bill Shaw.

-Hola, Mark. ¿Cómo está su padre?

-De pesca, como siempre.

-Vive en los Cayos, ¿no?

-Sí, señor.

-Prepárate para una agradable sorpresa, Bill -dijo Murray al abrir la puerta. Los hizo pasar y quedó helado al ver a la secretaria del director-. Dios mío, Moira, qué hermosa se la ve.

-¡Tenga cuidado, Mr. Murray, o se lo diré a su esposa!

Pero no se podía negar. Su vestido era hermoso, el maquillaje perfecto y la cara resplandecía de esa felicidad que sólo un nuevo amor puede causar.

-Le pido mis más humildes disculpas, señora -dijo Murray, galante-. Este joven apuesto es Mark Bright.

-Llegó con cinco minutos de anticipación, agente Bright -dijo Mrs. Wolfe sin mirar la agenda de audiencias-. ¿Puedo servirle un café?

-No, gracias, señora.

-Muy bien. -Se aseguró de que el director no estuviera hablando por teléfono-. Pasen, por favor.

El director tenía una oficina grande donde se podían realizar reuniones. Emil Jacobs había llegado al FBI después de una importante carrera de fiscal federal en Chicago y de rechazar un nombramiento para la Cámara Federal de Apelaciones. De más estaba decir que hubiera podido ser socio en cualquier firma de abogados criminalistas del país, pero, desde su ingreso, Emil Jacobs dedicaba su vida a enviar a los criminales a la cárcel. Ello se debía, en parte, a que su padre había sido una de las víctimas de la guerra entre pandillas durante la Ley Seca. Jacobs jamás olvidaba las cicatrices que le habían quedado después de discutir con un matón. Era un hombre menudo, como su padre, cuya misión en la vida era proteger a los débiles de los malos. Realizaba esa misión con fervor religioso, además de una mente brillante y analítica. Era uno de los pocos judíos en una Agencia donde los católicos irlandeses predominaban y había sido elegido presidente honorario de varias logias irlandesas. Si a J. Edgar Hoover se le había conocido como «director Hoover», para la nueva generación de agentes, el director Jacobs era simplemente «Emil».

-Su padre trabajó conmigo en una ocasión -dijo Jacobs al estrechar la mano del agente Bright-. Vive en el cayo Marathon, ¿no? ¿Sigue dedicado a la pesca del tarpón?

-Sí, señor. ¿Cómo lo sabe?

-Todos los años me envía una tarjeta de Jánuca -rió Jacobs-. Es una larga historia, me sorprende que no se la haya contado. Bueno, ¿qué tenemos aquí?

Bright se sentó, abrió su portafolio y entregó las carpetas. Empezó su relato, al principio con cierta timidez, pero con soltura creciente a medida que entraba en el tema. Jacobs ojeaba rápidamente la carpeta, aunque no perdía palabra.

-Hablamos de más de quinientos millones de dólares -dijo Bright en conclusión.

-Yo diría que bastante más, por lo que veo aquí, hijo.

-No he tenido tiempo de analizarlo en detalle, señor. Pensé que debía informar a usted lo antes posible.

-Pensó bien -dijo Jacobs sin alzar la vista-. Bill, ¿quién es el tipo más capacitado del Ministerio para ocuparse de esto?

-¿Recuerda al que dirigió la investigación sobre el fraude de las financieras? Es un mago para seguir el rastro del dinero. Marty no sé cuántos -dijo Shaw-. Un muchacho joven, con mucho olfato. Creo que Dan tendría que participar también.

-¿Y bien? -preguntó Jacobs alzando la vista.

-Encantado. Lástima que no nos toque una comisión. Vamos a tener que actuar con rapidez. Si sospechan que...

-Tal vez carezca de importancia -musitó Jacobs-. Pero no tenemos motivos para demorarlo. Va a ser un rudo golpe para ellos. Y con las demás operaciones que... perdónenme. Sí, Dan, pongamos manos a la obra ahora mismo. ¿Puede haber alguna complicación en el caso de los piratas?

-No, señor. Las pruebas físicas son suficientes para condenarlos. Cuando el defensor quiso presentar una queja sobre la forma como se había obtenido la confesión, el fiscal federal respondió que no iba a utilizarla en absoluto. Dicen que se le rió en la cara. Le dijo que no iba a hacer ninguna clase de tratos, que tiene pruebas suficientes para mandarlos a la silla y que ésa es su intención. Quiere ir a juicio lo antes posible. El caso lo va a llevar él personalmente. Va con todo.

-Parece que estamos ante el inicio de una carrera política -comentó Jacobs-. Me gustaría saber cuánto hay de alarde y cuánto de sinceridad en él.

-Nos ha ayudado mucho en Mobile, señor -dijo Bright.

-Y siempre es bueno tener amigos en el Congreso -asintió Jacobs-. ¿Está usted satisfecho con el caso?

-Sí, señor. Está firme. Y toda esta derivación se sustenta por sí sola.

-¿Por qué había tanto dinero en el yate si sólo querían matarlo? -preguntó Murray.

-Era la carnada -dijo el agente Bright-. Según la confesión, iban a entregarlo a su contacto en las Bahamas. En este documento se ve que la víctima solía ocuparse de las transacciones cuando había en juego una suma grande en efectivo. Creo que por eso compró el yate.

-Me parece lógico -asintió Jacobs-. Dan, ¿le dijo al capitán...?

-Sí, señor. Se dio por enterado.

-Perfecto. Volvamos al tema del dinero. Dan, usted coordine la investigación con Justicia y manténgame al tanto a través de Bill. Pongamos un plazo para empezar a incautarnos el dinero..., le doy tres días. El mérito de este golpe corresponde al agente Bright y a la oficina local de Mobile, pero está en clave hasta que demos el primer zarpazo. -Con ello quería decir que era tan secreto como una operación de la CIA, lo cual no era en absoluto infrecuente, ya

que el FBI realizaba casi todas las operaciones de contraespionaje-. Mark, elija una palabra clave.

-*Tarpón.* A mi padre le encanta pescarlos, oponen mucha resistencia.

-Tendré que ir a comprobarlo. Nunca he pescado nada más grande que un lucio. -Jacobs hizo una pausa. Maquinaba algo, y su expresión era de lo más astuta, pensó Murray-. Este golpe no podía ser más oportuno, pero no me pregunten por qué -dijo-. Mark, déle recuerdos a su padre de mi parte. -El director se puso en pie para poner fin a la reunión.

Mrs. Wolfe no dejó de advertir las sonrisas de satisfacción. Shaw le guiñó el ojo. Diez minutos más tarde introdujo una nueva carpeta en la sección de drogas de la caja fuerte secreta, con el rótulo TARPÓN. Jacobs le dijo que en pocos días le daría algunos documentos.

Murray y Shaw acompañaron al agente Bright hasta su automóvil y lo despidieron.

-¿Qué le pasa a Moira? -preguntó Dan cuando el coche se alejaba.

-Parece que tiene novio.

-Ya era hora.

A las 16.45, Moira Wolfe colocó el protector de plástico sobre el teclado de su computadora y la funda sobre la máquina de escribir. Verificó su maquillaje una vez más y salió con paso alegre. Lo más extraño era que no advertía las miradas complacidas de sus compañeros de trabajo. Las secretarias, los asistentes e incluso los guardaespaldas se abstenían de hacer comentarios en su presencia para no incomodarla. Pero esa noche debía de tener una cita. Los indicios eran claros, aunque Moira creía que lo había ocultado bien.

Como secretaria ejecutiva, Mrs. Wolfe tenía derecho a un espacio reservado en la plaza de estacionamiento, una de las muchas ventajas que hacían más llevadera su vida. Minutos después tomó la Calle 10 y giró a la derecha en Constitution Avenue. En lugar de dirigirse hacia el Sur, hacia su casa en el suburbio de Alexandria, tomó al Oeste por el puente Theodore Roosevelt hasta Arlington. Parecía que el tráfico de la hora punta se abría a su paso, y en veinticinco minutos llegó a un pequeño restaurante italiano, en Seven Corners. Se miró por última vez en el espejo retrovisor. Sus chicos iban a cenar hamburguesas en el «McDonald's», pero la comprendían. Les había dicho que trabajaría hasta muy tarde y estaba segura de que le creían, aunque sus mentiras eran infantiles, de tan trasparentes.

-Discúlpeme, soy... -dijo a la recepcionista.

-Sí, usted debe ser Mrs. Wolfe -dijo la joven-. Sígame, por favor, Mr. Díaz la espera.

Félix Cortez -Juan Díaz- ocupaba un reservado en el fondo del restaurante. Un lugar oscuro donde nadie los descubriera, y con vistas a la puerta para verla llegar, pensó Moira. Tenía razón, pero no del todo. Cortez se mostraba prudente. La central de la CIA estaba a menos de ocho kilómetros de allí, miles de agentes del FBI vivían en la zona, y cómo saber si a un alto oficial del contraespionaje no le gustaba el mismo local. Pensaba que era difícil que conocieran su rostro pero los oficiales de Inteligencia llegan a la vejez sólo si no dan nada por sentado. Su nerviosismo no era totalmente fingido. Estaba desarmado. Dijeran lo que dijesen los novelistas, en su oficio, las armas daban más problemas que soluciones.

Félix se levantó cuando la vio llegar. La recepcionista se volvió de espaldas al comprender la verdadera naturaleza de la «cena de negocios» para que los amantes -pensó enternecida- pudieran agarrarse las manos y besarse con cierta pasión, aunque con timidez, en un lugar tan público. Cortez acomodó a su dama y le sirvió un vaso de vino blanco antes de sentarse frente a ella. Fingió cierta vergüenza y timidez.

-Temía que no vinieras.

-¿Hace mucho que esperas? -preguntó Moira. Había media docena de colillas en el cenicero.

-Casi una hora -sonrió.

Se ríe de sí mismo, pensó ella.

-Pero si he llegado temprano.

-Lo sé -dijo él, y rió-. Me haces quedar como un tonto, Moira. En mi casa no soy así.

Lo malinterpretó.

-Perdóname, Juan. No quise...

Una reacción perfecta, se dijo Cortez. *Exacta.* Le tomó la mano por encima de la mesa y sus ojos lanzaron un destello.

-No te preocupes. A veces es bueno ser tonto. Perdóname por llamarte sin previo aviso. Tuve un pequeño problema. Fui a Detroit, y ya que andaba por las cercanías, como dicen por aquí, sentí ganas de verte antes de volver.

-¿Un problema?

-Sí, hube de modificar un carburador. Tiene que ver con el consumo de combustible, debo alterar algunas herramientas en mis fábricas. -Agitó la mano-. Ya está resuelto. Sucede con frecuencia..., y fue un buen pretexto para viajar. Tal vez debería agradecer a la EPA, o como se llame la oficina encargada de velar por la contaminación ambiental.

-La carta la enviaré yo, si quieres.

Su voz se alteró.

-Soy tan feliz de verte otra vez, Moira.

-Tenía miedo de que...

-No, Moira, era yo el que tenía miedo. Soy extranjero, vengo con poca frecuencia y estoy seguro de que muchos hombres...

-¿Dónde te alojas, Juan?

-En el «Sheraton».

-¿Tienen servicio de restaurante en la habitación?

-Sí, pero no comprendo por qué...

-Creo que no voy a tener hambre hasta dentro de dos horas -dijo, y vació su copa-. ¿Podemos ir ya?

Félix dejó un par de billetes de veinte dólares sobre la mesa y salieron. La recepcionista recordó una canción de *The King and I.* En menos de seis minutos llegaron al vestíbulo del «Sheraton» y se dirigieron rápidamente a los ascensores, mirando con cautela a su alrededor, aunque por razones diferentes. Había tomado una *suite* lujosa, pero Moira no miró el decorado al entrar. Durante una hora no fue consciente de nada más que de un hombre que para ella se llamaba Juan Díaz.

-Qué maravilla -dijo él después.

-¿Cuál es la maravilla?

-Que mi nuevo carburador tuviera problemas.

-¡Juan!

-Tendré que provocar toda clase de problemas de control de calidad, así me llamarán a Detroit todas las semanas -rió, mientras le acariciaba el brazo.

-¿Por qué no instalas una fábrica allí?

-Los costos de mano de obra son demasiado altos -dijo con seriedad-. Claro que tendría menos problemas con las drogas.

-¿Allí los tienes?

-Sí. Lo llaman *basuco.* Es droga de baja calidad que no pueden exportar. Muchos de mis obreros la consumen. -Hizo una pausa-. Moira, yo bromeaba, y tú me hablas de negocios. ¿Ya no te interesas por mí?

-¿Tú qué crees?

-Que debo volver a Venezuela mientras tenga fuerzas para caminar.

Ella lo exploró con los dedos.

-Al contrario, creo que te recuperarás pronto.

-Es bueno saberlo. -Giró la cabeza para besarla y la contempló largamente a la luz de los últimos rayos del sol que entraban por las ventanas. Ella lo advirtió y trató de cubrirse con la sábana, pero él la detuvo.

-Ya no soy joven -dijo.

-Cuando un niño mira a su madre, piensa que es la mujer más hermosa del mundo, aunque ni siquiera sea una mujer bonita. ¿Sabes por qué? Porque la mira con amor y ve que ella le devuelve ese amor. La belleza es amor, Moira. Y para mí eres verdaderamente hermosa.

Por fin había pronunciado la palabra mágica. Vio que ella abría grandes los ojos, trataba de decir algo, su respiración se agitaba. Por segunda vez, Cortez sintió vergüenza. Trató de despojarse de esa sensación, pero no le resultaba nada fácil. No era la primera vez que hacía algo así, pero siempre con mujeres jóvenes, solteras, en busca de aventuras y nuevas emociones. Ésta era distinta en muchos sentidos. Pero por distinta que fuese, pensó, él tenía una misión que cumplir.

-Perdóname si he hecho que te sientas mal.

-No -susurró ella-, nada de eso.

La miró y sonrió.

-¿Ahora sí podemos cenar?

-Sí.

-Estupendo.

Cortez se levantó, tomó dos salidas de baño que estaban colgadas en el armario. El servicio era excelente. Media hora después, Moira se encerraba en el dormitorio mientras servían la cena en la sala de estar. La hizo pasar apenas el camarero salió.

-Haces de mí un hombre deshonesto. ¡Si vieras cómo me ha mirado!

-Si supieras cuándo fue la última vez que tuve que esconderme en otro cuarto -rió ella.

-Has pedido muy poco de cenar. ¿Cómo puedes vivir con esa ensaladita?

-Si engordo, no querrás volver a verme.

-En mi país no le contamos las costillas a la mujer -dijo Cortez-. Cuando veo adelgazar a alguien, pienso que se debe al *basuco.* Algunos dejan de comer con tal de conseguirlo.

-No pensé que fuera tan grave.

-¿Sabes qué es el *basuco*?

-Es cocaína, según lo que he leído.

-De mala calidad, los criminales no pueden venderla a los *norteamericanos.* Viene mezclada con sustancias químicas que envenenan el cerebro. Es una plaga en mi país.

-Aquí también hay problemas -dijo Moira. Su amante se mostraba muy preocupado. Igual que el director, pensó.

-He hablado con la Policía. ¿Cómo pueden trabajar los obreros si sus mentes se envenenan con eso? Y ellos se encogen de hombros y contestan con excusas... y la gente muere. Muere por consumir *basuco.* Muere asesinada por los traficantes. Nadie hace nada para impedirlo. -Hizo un gesto de desaliento-. Yo soy algo más que un capitalista, Moira. Mis fábricas son fuentes de trabajo, atraen capitales al país, dinero para que la gente construya viviendas y eduque a sus hijos. Es verdad que soy rico, pero ayudo a construir mi país, lo hago con estas manos. Mis obreros vienen a decirme que sus hijos... ¡ah! No puedo hacer nada por ellos. Algún día los traficantes vendrán a quitarme la fábrica. Iré a la Policía, pero no hará nada para ayudarme. El Ejército tampoco. Tú trabajas para *los federales,* ¿no es así? ¿Nadie puede hacer nada? -Cortez casi contuvo el aliento a la espera de la respuesta.

-Deberías ver los informes que redacto para el director.

-Informes -dijo él con desdén-. ¿De qué sirven los informes? En mi país, la Policía escribe informes, los jueces investigan... y no pasa nada. Si yo dirigiera mi empresa de esa manera, iría a parar a la calle y acabaría mendigando el pan. ¿Qué hacen *tus federales*?

-Más de lo que tú crees. Están sucediendo ciertas cosas de las que no debo hablar. En la oficina dicen que van a cambiar las reglas del juego, pero no sé qué significa. El director irá pronto a Colombia a reunirse con el ministro de Justicia y... ¡ay!, no debería haberlo mencionado. Es un secreto.

-No se lo diré a nadie -aseguró Cortez.

-La verdad es que yo no sé demasiado sobre esto -prosiguió ella con cautela-. Están a punto de poner en marcha algo nuevo, pero no sé qué es. En todo caso, al director no le gusta demasiado.

-¿Por qué no le gusta si perjudica a los criminales? -preguntó Cortez, perplejo-. Podrían matarlos a todos en la calle y yo invitaría a *tus federales* a cenar.

-Les daré el mensaje -sonrió Moira-. Es lo que dicen en las cartas. Recibimos muchísimas cartas, de toda clase de gente.

-Tu director debería prestar atención.

-El Presidente lo hace.

-Tal vez haga lo que le piden -dijo Cortez. *Este año hay elecciones...*

-Quién te dice que no lo ha hecho ya. Lo que sea que está en marcha se originó en la Casa Blanca.

-Pero a tu director no le gusta. -Meneó la cabeza-. No comprendo al Gobierno de mi país, y no debería tratar de comprender el tuyo.

-Claro que está sucediendo algo extraño. Ésta es la primera vez que, no sé... bueno, no puedo decir nada. -Terminó su ensalada y miró su copa vacía. Félix/Juan le sirvió más vino.

-¿Puedo pedirte algo?

-¿Qué?

-Que me avises cuando tu director viaje a Colombia.

-¿Por qué? -preguntó ella, demasiado sorprendida para decir que no.

-Las visitas oficiales tardan varios días, ¿no?

-Supongo que sí. La verdad es que no lo sé.

-Y si tu director no está, tú, que eres su secretaria, tienes poco trabajo, ¿verdad?

-Así es.

-Entonces, aprovecharé la ocasión para viajar a Washington. -Cortez se levantó y bordeó la mesa. Aprovechó que ella no se había anudado el cinturón de la bata-. Debo partir mañana temprano. Un solo día contigo no es suficiente, mi amor. A ver, me parece que ya estás lista.

-¿Y tú?

-Ya lo veremos. Hay algo que no alcanzo a comprender -dijo mientras la ayudaba a ponerse en pie.

-¿Qué?

-¿Cómo se puede ser tan idiota para buscar el placer en un polvo blanco cuando existen las mujeres? -Era verdad que no lo comprendía, pero tampoco le interesaba averiguarlo.

-¿Cualquier mujer?

-No, cualquier mujer, no -dijo, quitándole la bata.

-Dios mío -exclamó ella media hora más tarde. Tenía el pecho brillante de transpiración, de él y la propia.

-Retiro lo dicho -jadeó él, con el rostro contra la almohada.

-¿Qué?

-Cuando el director de tus *federales* viaje a Colombia, no me llames. --Rió de su propio chiste-. Moira, no sé si podré hacer esto más de una vez al mes.

-No deberías trabajar tanto, Juan.

-No puedo evitarlo. -Volvió el rostro para mirarla-. Me siento joven otra vez. Pero ya no lo soy. ¿Cómo es posible que las mujeres sean eternamente jóvenes y los hombres, no?

Ella sonrió ante la mentira. Había demostrado ser un amante extraordinario.

-No puedo telefonearte.

-¿Por qué?

-No sé tu número de teléfono -rió.

Cortez saltó de la cama, tomó la billetera de su bolsillo y murmuró algo que parecía una maldición.

-No tengo tarjetas... ¡ah! -Tomó un pequeño bloc de la mesa de noche y anotó-. Éste es el de mi oficina. Por lo general no me encontrarás allí. Paso los días en la fábrica. -Gruñó-. En ella paso las noches y los fines de semana a veces, hasta duermo allí. Pero Consuelo sabrá dónde encontrarme.

-Debo irme.

-Dile a tu director que viaje un fin de semana. Pasaremos un par de días en el campo. Conozco una posada muy pequeña y discreta, a pocas horas de aquí.

-¿Crees que podrás soportarlo? -preguntó ella, abrazándolo.

-Comeré bien y haré mucho ejercicio -prometió. Se dieron el último beso y Moira partió.

Cortez cerró la puerta y fue al baño. La información no era abundante pero podía resultar crucial. «Están cambiando las reglas del juego.» El cambio, cualquiera que fuese, no era del agrado del director Jacobs, el cual, sin embargo, lo aceptaba. Iba a conversar con el ministro de Justicia colombiano. Jacobs y el ministro se conocían, habían cursado juntos la carrera de Derecho treinta años antes. El ministro había viajado para asistir al funeral de la esposa de Jacobs. El cambio se había originado en la Presidencia. Bien. Dos secuaces de Cortez estaban en Nueva Orleans para reunirse con el abogado de los dos idiotas que con su torpeza habían hecho fracasar el golpe del yate. El FBI estaba metido en ello, y seguramente obtendría algún indicio.

Cortez, que se lavaba las manos, alzó la vista para mirar al hombre que había obtenido esos datos y decidió que no le gustaba lo que veía. Trató de apartar esa sensación de sí. No era la primera vez, y, seguramente, tampoco sería la última.

El lanzamiento se inició precisamente a las 23:41. Los dos enormes cohetes propulsores del Titan-IIID se encendieron en el momento previsto, generando un empuje superior al de quinientas toneladas, y el aparato entero se alzó de su plataforma en medio de un resplandor que fue visible en doscientos kilómetros a la redonda. Los cohetes propulsores se agotaron en 120 segundos y fueron descartados. Se encendieron los motores a combustible líquido de la sección central del propulsor y alzaron el cohete más y más rápido. Mientras tanto, el instrumental a bordo transmitía información a la estación de control de tierra en Cabo Cañaveral. También la transmitían a un puesto de intercepción soviético, en el extremo norte de Cuba, y a un «barco pesquero» de bandera roja anclado frente al Cabo. El Titan-IIID era un cohete empleado exclusivamente para fines militares; ese lanzamiento en particular interesaba a los soviéticos a raíz de un informe no confirmado del GRU según el cual el satélite que sería puesto en órbita llevaba instrumentos capaces de captar señales electrónicas muy débiles, aunque no se sabía de qué tipo.

Más alto, más rápido. Consumido el combustible de la segunda etapa, se desprendió la mitad del cohete restante y se encendieron los motores de la tercera; el artefacto se encontraba a unos mil quinientos kilómetros de altura. En los búnkers de control, los ingenieros y técnicos comprobaron que todo se desarrollaba de acuerdo con lo previsto, como correspondía a un vehículo de lanzamiento creado a finales de la década de 1950. La tercera etapa se agotó en el lugar y momento previstos. Sólo restaba la cuarta, que situaría el satélite en órbita geosincrónica sobre un lugar determinado del ecuador. El equipo de control en tierra aprovechó el intervalo para servirse café, hacer una visita al excusado y repasar los datos del lanzamiento, que había sido tan cercano a la perfección como cabía esperar.

El problema se presentó media hora más tarde. La cuarta etapa se inició antes de tiempo, el motor se encendió por su cuenta y elevó el satélite hacia las alturas, pero no en el lugar previsto; en lugar de quedar en posición estacionaria, inició una órbita excéntrica, una especie de número ocho asimétrico sobre el ecuador. Aun si la longitud fuera la prevista, la órbita interrumpiría la vigilancia de las latitudes superiores durante períodos breves pero molestos. A pesar de todo lo que había funcionado bien, de los miles de piezas que habían realizado sus funciones, el lanzamiento era un fracaso. Los ingenieros a cargo de las primeras etapas menearon las cabezas en solidaridad con los responsables de la última, que observaban sus paneles de control con evidente tristeza. El lanzamiento había fracasado.

El satélite no lo sabía. En el momento indicado, se separó del propulsor y empezó a realizar las operaciones para las cuales estaba programado. Se extendieron sus pesados brazos, de diez metros de longitud. Las mareas terrestres, a treinta mil kilómetros de distancia, ejercerían su fuerza gravitatoria sobre ellos para mantenerlos en posición vertical. Los paneles solares se

Librodot

desplegaron, transformaron la luz solar en energía y cargaron las baterías. Por último, una enorme antena parabólica empezó a tomar forma. El marco, mezcla de metal, plástico y cerámica, «recordó» su figura particular y se desplegó al calor del sol hasta que, al cabo de tres horas, había conformado un plato parabólico casi perfecto, de treinta metros de diámetro. Un observador cercano del suceso hubiera visto la chapa del fabricante en un costado del satélite. Era un anacronismo, ya que nadie se acercaría tanto, pero así lo mandaba la costumbre. De acuerdo con esa chapa dorada, el contratista era TRW y el satélite un «Rhyolite-J». Era el último de una serie obsoleta de satélites, construidos en 1981, que había permanecido almacenado -a un costo de cien mil dólares anuales- a la espera de un lanzamiento que nadie esperaba se produciría, ya que la CIA y la NASA habían construido aparatos de reconocimiento electrónico más pequeños, con equipo más avanzado de recepción de señales. Este antiguo satélite había sido equipado con algunos de los nuevos aparatos, cuya efectividad era mayor gracias a la gran antena. La misión original de los «Rhyolite» era la intercepción de emisiones electrónicas soviéticas, telemetría de pruebas con misiles, emisiones de radar de defensa aérea, pérdida de torres de microondas, e incluso de señales de aparatos de espionaje colocados por la CIA en lugares estratégicos.

Pero a nadie le importaba en Cabo Cañaveral. Un oficial de relaciones públicas de la Fuerza Aérea dijo en una rueda de Prensa que el lanzamiento (censurado) no había alcanzado la órbita prevista. Los soviéticos pudieron verificarlo: contra lo que esperaban, el satélite no quedó en órbita sobre el océano índico sino por encima de la frontera peruano-brasileña, donde era imposible espiar a la Unión Soviética. Les pareció extraño que los norteamericanos lo dejaran funcionar, pero otro «pesquero» frente a la costa de California empezó a recibir fragmentos intermitentes de transmisiones cifradas, enviadas por el satélite a una estación terrestre. Las emisiones, cualesquiera que fuesen, carecían de interés para la Unión Soviética.

Esas señales fueron recibidas en Foil Huachuca, Arizona, donde los técnicos de un camión de comunicaciones equipado con antena exterior de satélites empezaron a calibrar sus instrumentos. No sabían que el lanzamiento había fracasado. Sólo sabían que todo el asunto era secreto.

La selva, pensó Chávez. El olor era horrible, pero eso no le molestaba tanto como las víboras. Nunca había comentado con nadie cuánto temía y detestaba las víboras. Todas las víboras, del color y del tamaño que fueran. No sabía por qué -y sentía vergüenza, porque suponía que el miedo a las víboras era cosa de las mujeres-, pero el solo pensar en esos bichos rastreros y asquerosos, esos lagartos sin patas, con sus lenguas bífidas y sus ojos sin párpados, le ponía la piel de gallina. Lo esperaban en las ramas o bajo los troncos de los árboles caídos, listos para hundir sus colmillos en cualquier parte expuesta de su cuerpo. Sabía que lo harían si les daba la oportunidad. Estaba seguro de que, en ese caso, moriría sin remedio. Por eso se mantenía alerta, así no había serpiente que lo agarrase desprevenido. Suerte que tenía un arma con silenciador, así podría matarlas sin ruido. *Jodidas víboras.*

Llegó por fin al camino, y aunque la prudencia indicaba que debía quedarse en el barro, quería tenderse sobre tierra seca. Antes de hacerlo, estudió el lugar con su visor nocturno AN/PVS-7. Tomó aliento y abrió su cantimplora de plástico. Habían avanzado casi ocho kilómetros en cinco horas -en una marcha realmente forzada- para llegar al camino antes del amanecer, y sin ser vistos por el oponente, que estaba al corriente de su presencia. Chávez se había cruzado con ellos en dos ocasiones: en cada caso era una pareja de policías militares estadounidenses, que, en su opinión, no eran soldados de verdad. A la cabeza de sus hombres, los había esquivado, desplazándose con tanto sigilo como... como una víbora, pensó con una sonrisa irónica. Hubiera podido eliminar a los cuatro, pero tenía que pensar en la misión.

-¡Buen trabajo, *Ding!* -El capitán Ramírez se sentó a su lado. Hablaban en susurros.

-Diablos, estaban dormidos.

El capitán sonrió en la oscuridad.

-Odio a esta jodida selva de mierda, no aguanto los bichos.

-A mí los bichos no me molestan, mi capitán; pero, a las víboras, no las puedo ni ver.

Estudiaron el terreno en ambas direcciones. Nada. Ramírez le palmeó el hombro y fue en busca del resto de su gente. No había desaparecido del todo, cuando a trescientos metros de allí apareció una silueta entre los árboles, caminando directamente hacia Chávez. Peligro.

Se ocultó bajo un arbusto y dejó la metralleta. No estaba cargada, ni siquiera con proyectiles de cera. Otro hombre salió, pero se alejó en sentido contrario. Mal hecho, pensó Chávez. Las parejas tienen que apoyarse. Bueno, peor para ellos. La luna desaparecía detrás del borde superior de la densa floresta, pero Chávez tenía la ventaja de observar al hombre a través de su visor. El hombre caminaba con cautela -sabía hacerlo-, la mirada puesta en el borde del camino y el oído alerta. Chávez se quitó el visor y sacó el cuchillo de combate de la vaina. Cuando el hombre llegó a cincuenta metros de su posición, el sargento se agazapó aún más, con las piernas dobladas bajo el pecho. A los diez metros contuvo el aliento. Hubiera detenido el latido cardíaco, si hubiera sido capaz de hacerlo, con tal de evitar el ruido. Esto era diversión. Si fuera en serio, el centinela tendría una bala de 9 milímetros alojada en el cráneo.

El hombre pasó junto a *Ding,* y lo miró sin verle. Dio un paso más antes de escuchar un ruido de hojas, pero para entonces era tarde. Cayó pesadamente de cara sobre la gravilla y sintió el mango de un cuchillo apretado contra su cuello.

-*¡Ninja!,* la noche es nuestra. Muchacho, estás muerto.

-Ya lo veo -susurró el hombre.

Chávez le ayudó a levantarse. Era un comandante y llevaba boina. Tal vez el oponente no era la Policía Militar, como él había pensado.

-identifíquese -dijo la víctima.

-Sargento Domingo Chávez, señor.

-Bueno, Chávez, acaba de matar a un instructor de guerra en la selva. Lo felicito. ¿Me convida a un trago? La noche ha sido muy larga. -Chávez y el oficial se ocultaron entre los arbustos y bebieron de la cantimplora-. ¿Cuál es su unidad? No me diga, 3.ª del 17.°, ¿no?

-La noche es nuestra, mi comandante -asintió Chávez-. ¿Estuvo usted allí?

-Voy para allí, a la plana mayor del batallón. -El comandante se limpió la sangre del rostro. La caída había sido fuerte.

-Lo siento, mi comandante.

-La culpa es mía, sargento, no suya. Tenemos veinte tipos apostados en la selva. No pensé que llegaría hasta aquí sin ser descubierto.

Escucharon el ruido de un vehículo. Momentos después, los faros de un «Hummer» -la versión más moderna y más grande del venerable jeep- aparecieron para anunciar que el ejercicio había terminado. El comandante «muerto» partió en busca de sus hombres y el capitán Ramírez hizo lo mismo.

-Caballeros, acabamos de aprobar el examen final. Descansen y duerman bien todo el día. Esta noche empieza la misión.

Librodot

-No puede ser -dijo Cortez. Había tomado el primer avión de Washington a Atlanta. Él y su contacto analizaban la información desde la seguridad de un coche alquilado en el que recorrían al límite de velocidad permitido la carretera de circunvalación de Atlanta.

-Digamos que es guerra psicológica -repuso el otro hombre-. No negocian las acusaciones, ni nada. Los juzgan directamente por homicidio. No tendrán la menor consideración con Ramón y Jesús.

Cortez contempló el tráfico. Le importaban un bledo los dos *sicarios*[19], tan prescindibles como cualquier otro terrorista que mataba sin saber por qué. Pero estaba confundido por una serie de informes fragmentarios, inconexos en apariencia, sobre las operaciones de intercepción estadounidenses. Eran muchos los aviones correo desaparecidos. Y la forma de encarar el caso no era usual para los *yanquis.* El director del FBI estaba embarcado en algo que no era de su agrado, y sobre lo que no había informado a su secretaria privada. «Cambian las reglas del juego.» Eso podía significar muchas cosas.

Tenía que ser algo fundamental. Pero, ¿qué?

Disponían de muchos informantes de confianza en el Gobierno, la Aduana, la DEA, el servicio de guardacostas, pero ninguno había informado nada. Las Fuerzas de Seguridad no participaban en eso... La única excepción era el director del FBI, que estaba disgustado y que viajaría a Colombia en fecha próxima...

Alguna operación de espionaje..., no. ¿Medidas activas? Era una frase de la KGB que podía significar varias cosas, desde entregar desinformación a la Prensa hasta hacer un trabajo «sucio». Pero los Estados Unidos no lo hacían. Frunció el entrecejo. Como oficial de Inteligencia, su tarea era tomar datos fragmentarios e inconexos para determinar qué hacían las personas que le interesaban. Detestaba a su patrón, pero eso carecía de importancia. Su amor propio estaba en juego, y detestaba aún más a Estados Unidos.

¿Qué se traían entre manos? Cortez tuvo que reconocer que no lo sabía, pero al cabo de una hora tomaría un avión, y en seis horas le diría a su patrón que no lo sabía. Ése era el problema.

Algo fundamental. Cambian las reglas. Al director del FBI no le gusta. Su secretaria no lo sabe. Un viaje clandestino a Colombia.

Cortez se serenó. La amenaza, si la había, no era inmediata. El Cártel estaba demasiado seguro. Habría tiempo suficiente para analizar y elaborar la respuesta. En la cadena del contrabando había muchos intermediarios prescindibles, que incluso se disputarían la oportunidad del sacrificio. Y después el Cártel se adaptaría a la nueva situación, como siempre. Bastaba convencer a su patrón de esa verdad elemental. ¿Qué le importaba al *jefe* la suerte de Ramón y Jesús, o de cualesquiera de los empleados que transportaban las drogas y mataban cuando era necesario? Lo único que importaba era que la droga llegara a los consumidores sin interrupción.

Pensó otra vez en los aviones que desaparecían. Históricamente, los estadounidenses interceptaban uno o dos vuelos por mes, a pesar de tener tantos radares y aviones. Pero en las últimas dos o tres semanas habían desaparecido cuatro aviones. ¿Qué sucedía? Aunque Estados Unidos no lo sabía, siempre se producían «pérdidas operativas», frase militar con que designaban los accidentes de aviación. Su patrón había contratado a Carlos Larson para paliar ese derroche de recursos, y hasta hacía poco había obtenido resultados prometedores. ¿A qué se debía ese brusco aumento de las pérdidas? Si los estadounidenses los hubieran interceptado, los tipos hubiesen aparecido en distintos tribunales y cárceles, ¿no? Descartó esa idea.

[19] En español en el original.

¿Sabotaje? ¿Alguien colocaba explosivos en los aviones, a la manera de los terroristas árabes? Le parecía difícil, pero... ¿Lo habían verificado? No se necesitaba mucho. Un desperfecto menor en un avión pequeño podía significar un problema cuya solución requería demasiado tiempo. Bastaba un centímetro cúbico de explosivo... haría que lo verificaran. Pero, ¿quién lo hacía? ¿Los estadounidenses? ¿Y si se llegaba a saber que colocaban bombas en aviones? ¿Estaban dispuestos a correr ese riesgo político? Probablemente, no. Entonces, ¿quién? Los colombianos, tal vez. Un alto oficial militar colombiano, actuando por cuenta propia... o a sueldo de los *yanquis.* Tal vez. El Gobierno colombiano, no; eso era imposible. Ellos tenían demasiados informantes como para no enterarse.

¿Y por qué tenía que ser una bomba? ¿Por qué no combustible adulterado? ¿O un daño menor en el motor, o en un cable de control... o un instrumento de vuelo? Recordó lo que Larson había dicho sobre el vuelo a baja altura: ¿y si el mecánico había alterado el indicador del horizonte artificial... para que no funcionara... o tal vez algo en el sistema eléctrico? ¿Era difícil hacer que cayera un avión pequeño? ¿A quién acudir? ¿A Larson?

Cortez se regañó mentalmente. Un profesional como él no podía dejarse llevar por las especulaciones. Había innumerables posibilidades. Era evidente que *algo* pasaba, pero él no sabía qué. Se corrigió: no era evidente, sino probable. La desaparición de tantos aviones podía ser una mera anomalía estadística: él no lo creía, pero debía tener en cuenta esa posibilidad. Una serie de coincidencias: en ninguna escuela de espionaje del mundo se alentaba a los alumnos a creer en las coincidencias; sin embargo, en su carrera había visto muchas, y de las más extrañas.

-Cambian las reglas -murmuró.

-¿Cómo? -preguntó el conductor.

-Vamos al aeropuerto. Mi vuelo a Caracas parte en menos de una hora.

-*Sí, jefe*[20].

El vuelo partió a su hora. El motivo del viaje a Venezuela era obvio. Por un lado, Moira podría sufrir un ataque de curiosidad, querer saber su número de vuelo, y, por el otro, a los agentes estadounidenses les interesaban mucho menos los viajeros a Caracas que aquellos que iban directamente a Bogotá. Cuatro horas más tarde, transbordó a un vuelo de «Avianca» que lo llevó al aeropuerto internacional de El Dorado, y, desde allí, realizó la última etapa de su viaje en una avioneta particular.

Esta vez hubo una novedad en la entrega del equipo. Chávez advirtió que nadie firmaba nada. Ésa sí era una modificación de la rutina. En el Ejército uno tenía que firmar recibo por su equipo y si algo se perdía o se rompía, aunque no hubiera que pagarlo, de alguna manera debían rendirse cuentas.

Esta vez no fue así.

No todos llevaban la misma carga. Chávez, el explorador, tenía la más liviana; Vega, uno de los ametralladores, la más pesada. *Ding,* once cargadores para su metralleta MP-5, con un total de 330 proyectiles. Las únicas armas pesadas que el pelotón llevaba eran los lanzagranadas M-203 que portaban dos soldados.

El uniforme de combate no era el habitual de camuflaje con manchas de diversos colores y formas, sino de color pardo liso, porque si alguien los veía, no debían parecer estadounidenses. La ropa de ese color era muy común en Colombia, no así la de camuflaje. Un gorro verde blando en lugar del casco y un pañuelo para cubrirse el cabello. Pintura verde en aerosol y maquillaje para pintarse el rostro. Un estuche impermeable para los mapas, igual

[20] En español en el original.

que el del capitán Ramírez. Cuatro metros de soga con un pitón de resorte para todo el mundo. Una radio FM de corto alcance, un modelo comercial caro, que, sin embargo, era más barato que el que el Ejército usaba habitualmente. Prismáticos de 7 equis de fabricación japonesa. Correaje estilo estadounidense -aunque de fabricación española- como el que usan todos los Ejércitos del mundo. Dos cantimploras de un litro para colgar del cinto y un botellón de dos litros para llevar en la mochila, comercial, de fabricación estadounidense. Una buena provisión de tabletas para la cloración del agua, porque tendrían que abastecerse sobre la marcha.

Ding recibió una luz estroboscópica con cubrelentes infrarrojo y un panel VS-17, porque una de sus tareas era elegir y marcar las zonas de aterrizaje de los helicópteros. Un espejo de acero para enviar señales cuando no se pudiera usar la radio (además, los espejos de acero no se rompen). Una linterna pequeña; un encendedor a gas butano, mucho más eficaz que los fósforos. Un frasco grande de «Tylenol» extrafuerte, también conocido como el «caramelo de la Infantería». Un frasco de jarabe con codeína para la tos. Un frasco de vaselina gel de petróleo. Un pomo de gas lacrimógeno CS concentrado. Equipo para la limpieza de armas con cepillo dental incluido. Pilas de repuesto para todo. Máscara antigás.

Chávez cargaba poco peso, con sólo cuatro granadas de mano -tipo NR-20 Cl de fabricación holandesa- y dos de humo, de la misma procedencia. El resto llevaba granadas fragmentarias y de gas lacrimógeno CS, todas holandesas. De hecho, todas las marcas y municiones habían sido adquiridas en Colón, Panamá, que se convertía rápidamente en el mercado más accesible del hemisferio. Para comprar cualquier arma, sólo hacía falta el dinero necesario.

Las raciones eran las habituales. El problema higiénico principal era el agua, pero ya les habían explicado cómo utilizar las tabletas purificadoras. Quien olvidara usarlas recibiría una cantidad de píldoras antidiarreicas y un severo sermón del capitán Ramírez. En Colorado les habían dado vacunas de refuerzo contra las enfermedades tropicales endémicas de la zona y todos llevaban un repelente inodoro de insectos fabricado por la misma empresa que vendía el producto comercial *Off.* El médico llevaba un botiquín completo y cada fusilero tenía su propia jeringuilla preparada con morfina, y un frasco de plástico con líquidos intravenosos para reponer la sangre perdida.

Chávez llevaba un afilado machete, una navaja automática, y, desde luego, sus tres estrellas arrojadizas antirreglamentarias, cuya existencia era desconocida por el capitán Ramírez. Con éstos y otros objetos varios, la carga de Chávez pesaba exactamente veintiséis kilos. Era la más ligera de todas. Las más pesadas eran las de Vega y el otro ametralladador: treinta y dos kilos. *Ding* se acomodó el peso sobre los hombros y ajustó las correas de la mochila para que fuera lo menos incómoda posible. Era inútil. Cargaba el equivalente de la tercera parte de su propio peso, lo máximo que un hombre puede llevar sin sufrir un quebranto físico. Había ablandado bien sus botas y llevaba varios pares de calcetines.

-*Ding,* ¿me echas una mano? -preguntó Vega.

-Claro, Julio. -Acortó una de las correas de su mochila-. ¿Qué tal?

-Perfecto, *mano.* Carajo, hay que pagar por llevar el arma más grande.

-Te creo, *Oso*[21]*.* -Vega se había ganado ese mote por su gran habilidad en preparar y cargar su mochila.

El capitán Ramírez recorrió la fila para verificar la carga de cada uno. Le ajustó las correas a uno, les enderezó la mochila a otros, comprobó que todo el mundo llevara su arma limpia y cargada. Cuando terminó, se hizo acomodar su carga por *Ding* y, finalmente, se detuvo delante del pelotón.

[21] En español en el original.

-Bien. ¿Alguien tiene alguna molestia, dolor o ampollas?

-¡No, mi capitán! -respondieron a coro.

-¿Estamos listos para la marcha? -preguntó con una amplia sonrisa para ocultar su nerviosismo.

-¡Sí, mi capitán!

Faltaba el último trámite. Ramírez recorrió la fila para recoger las chapas de identificación de cada uno. Las guardó en bolsas de plástico separadas, con las billeteras y los documentos de identidad. Hizo lo propio con las suyas, contó las bolsas y las dejó sobre la mesa, en el barracón. Los pelotones salieron y cada uno abordó un camión de cinco toneladas. No hubo muchas despedidas. Durante el período de instrucción se habían forjado algunas amistades, pero casi todas dentro de cada pelotón. Cada unidad de once soldados era una comunidad autosuficiente. Cada miembro sabía todo lo que se podía saber de los demás, desde sus hazañas sexuales hasta su pericia con las armas. Habían florecido algunas amistades y también valiosas rivalidades. La relación entre ellos era mucho más estrecha que la mera amistad. Cada uno sabía que su vida dependía de la destreza de sus compañeros, y ninguno estaba dispuesto a mostrar una señal de debilidad. Aunque discutían acaloradamente, formaban un equipo. A pesar de que intercambiaban pullas, en pocas semanas se habían convertido en un organismo único y complejo en el que Ramírez era el cerebro, Chávez los ojos, Julio Vega y el otro ametrallador los puños y los demás cumplían funciones igualmente vitales. Estaban preparados a la perfección para su misión.

Los camiones se detuvieron detrás del helicóptero que los soldados abordaron formados en sus pelotones. Lo primero que Chávez vio fue la ametralladora 7.62 en el flanco derecho de la máquina. Junto a ésta había un suboficial de las Fuerzas Aéreas vestido con mono verde y casco de vuelo camuflado. De un gran cajón salía el cargador de la ametralladora. *Ding* no sentía gran respeto por las Fuerzas Aéreas -los consideraba unos camioneros maricones- pero hubo de reconocer que el hombre tenía un aspecto sumamente serio y competente. Había un arma similar en el flanco opuesto y lugar para otra atrás. El ingeniero de vuelo -que según la placa de su uniforme se llamaba Zimmer- les indicó sus lugares y se aseguró de que cada uno estuviera bien sujeto al suelo del aparato. Chávez no habló con él, pero se dio cuenta de que era un veterano. Tuvo que reconocer que jamás había visto un helicóptero tan grande como aquél.

El ingeniero de vuelo efectuó las últimas verificaciones, luego tomó su lugar y conectó su casco al sistema intercomunicador. A continuación se escuchó el zumbido de los dos motores a turbina.

-Parece que todo está bien -dijo PJ por el micrófono. Los motores habían sido precalentados y los depósitos de combustible rellenados. Zimmer había reparado una falla hidráulica menor y el «Pave Low III» estaba tan preparado como pudiera desearlo un equipo de mecánicos expertos. El coronel Johns apretó el botón del micrófono.

-Halcón dos cinco a torre, permiso para deslizarnos por la pista.

-Torre a dos cinco, permiso concedido. Viento uno cero nueve a seis nudos.

-Entendido. Dos cinco por la pista. Fuera.

Johns giró el conmutador de escape del control colectivo y avanzó la palanca. Debido al tamaño y la potencia del gran «Sikorsky», se acostumbraba efectuar un recorrido por la pista hasta la plataforma antes de alzar el vuelo. El capitán Willis miró a su alrededor, pero no había tráfico a esa hora de la noche. Como medida adicional de seguridad, un tripulante de tierra retrocedía delante de la máquina, agitando un par de varillas luminosas. Cuando el aparato llegó a la plataforma, las dos varillas se juntaron y apuntaron a la derecha. Johns miró al tripulante y le devolvió el saludo ceremonial.

Librodot

-Bien, caballeros, en marcha. -PJ dio máxima potencia a los motores y verificó el instrumental por última vez. Todo bien. El helicóptero alzó un poco el morro, luego se enderezó y empezó a avanzar. A continuación inició su ascenso, generando un pequeño ciclón de polvo que sólo era visible entre las luces azules del perímetro.

El capitán Willis calibró los sistemas de navegación y encendió la pantalla electrónica de configuración del terreno. En ella apareció un mapa móvil similar al de James Bond en *Goldfinger.* El navegante del «Pave Low» podía elegir entre un sistema de radar «Doppler» que seguía el terreno, un sistema inercial de giróscopos láser y los satélites. El helicóptero siguió inicialmente el borde del canal para simular un patrullaje normal de seguridad. Sin saberlo, pasó a menos de mil metros del centro de comunicaciones de *Showboat,* en Corezal.

-Qué trabajo de construcción, ¿no? -comentó Willis.

-¿Conocía el canal?

-No, es la primera vez que lo veo, señor. Un trabajo notable, considerando que fue construido hace noventa y ocho años. -Sobrevolaron un gran barco portacontenedores, y el aire caliente de la chimenea agitó el helicóptero. PJ viró brevemente a la derecha para evitarlo. El vuelo duraba dos horas y no quería incomodar a los pasajeros más de lo estrictamente necesario. Una hora después, el avión cisterna MC-130E levantaría el vuelo para reabastecerlos en el viaje de regreso.

-Sí, tuvieron que remover mucha tierra -dijo el coronel Johns después de una pausa. Se acomodó en su asiento. Veinte minutos más tarde se «mojaron los pies» sobre el Caribe. Era el tramo más largo del viaje, que seguía rumbo cero nueve cero derecho hacia el Este.

-Mire -dijo Willis media hora después. En sus pantallas de visión nocturna apareció un avión bimotor que se dirigía hacia el Norte, a unos diez kilómetros de su posición.

-Va sin luces.

-Me pregunto qué llevará.

-Seguro que no es el correo aéreo. -*Lo importante es que no pueda vernos, salvo que tenga el mismo equipo que nosotros.*

-Podríamos acercarnos, apuntarle con las ametralladoras y...

-Esta noche, no. -*Lástima, no es mala idea...*

-¿Qué le parece que nuestros pasajeros...?

-Si tuviéramos que saberlo, capitán, ya nos lo hubieran dicho -dijo Johns. Claro que él también sentía curiosidad. *Joder, llevan artillería pesada,* pensó el coronel. No usaban uniformes estándar... evidentemente era una operación de infiltración clandestina -*joder, eso lo sé desde hace tiempo*-; pero, evidentemente, tenían la intención de permanecer durante bastante tiempo en el lugar. Johns no conocía otro caso similar. Se preguntó si los colombianos estarían al corriente... *probablemente, no. Y vamos a estar aquí durante casi un mes, así que les daremos apoyo y los sacaremos si las cosas se ponen feas... Joder, es como en Laos -pensó-. Suerte que tengo a Buck. Él y yo somos los únicos veteranos.* El coronel Johns meneó la cabeza. ¿Qué había sido de su juventud?

La pasaste con un helicóptero atado a la espalda, haciendo toda clase de locuras.

-Tengo un barco en el horizonte a las once -dijo el capitán, y alteró el rumbo levemente hacia la derecha. Las instrucciones eran muy claras. Nadie debía verlos ni oírlos. Tenían que evitar los barcos, los pesqueros e incluso los delfines, mantenerse lejos de la costa, a no más de trescientos cincuenta metros de altura y sin luces de colisión. Era una misión para tiempos de guerra, en la que se habían saltado ciertas normas de seguridad en vuelo. Esto último era

bastante fuera de lo común, incluso por tratarse de una operación especial, pensó Johns. Artillería pesada y todo lo demás.

Llegaron a la costa colombiana sin inconvenientes. Al verla, Johns pasó la voz a la tripulación. Los suboficiales Zimmer y Bean conectaron sus ametralladoras con motor eléctrico y abrieron las puertas correspondientes.

-Acabamos de invadir un país amigo -dijo Willis cuando se «secaron los pies» al norte de Tolú. Utilizaron el instrumental de baja luminosidad para buscar el tráfico rodado, al que también debían evitar. Les habían fijado un rumbo que evitaba las zonas pobladas. La hélice de seis palas no hacía el ruido sibilante característico de los helicópteros más pequeños. A la distancia, el ruido no era muy distinto del de un avión a turbina; también era engañoso en otro sentido: si uno escuchaba el ruido, era difícil determinar de dónde venía. Sobrevolaron la autopista Panamericana y viraron al Norte pasando al este de Plato.

-Zimmer, descenso uno en cinco minutos.

-Entendido, PJ -dijo el ingeniero de vuelo. Bean y Childs manejarían las ametralladoras, Zimmer se haría cargo del descenso.

Es una misión de combate -pensó Johns con una sonrisa-. *Buck me llama así cuando piensa que le van a disparar.*

El sargento Zimmer recorrió el centro del helicóptero, ordenó a los dos primeros pelotones que se quitaran los cinturones de seguridad y alzó los dedos para mostrarles cuánto faltaba. Los dos capitanes asintieron.

-Descenso uno a la vista -dijo Willis.

-Yo me hago cargo.

-Piloto se hace cargo.

El coronel Johns bajó en espiral sobre el claro seleccionado en las fotos obtenidas vía satélite. Willis estudió el terreno en busca de vida humana, pero no había la menor señal de ella.

-Nada a la vista, coronel.

-Listos para descender -dijo Johns por el intercomunicador.

-¡Prepárense! -exclamó Zimmer cuando el morro del helicóptero se alzó.

Chávez y el resto del pelotón se levantaron y se colocaron frente a la puerta trasera. Sus rodillas se doblaron un poco cuando el «Sikorsky» tocó tierra.

-*¡Ya!* -exclamó Zimmer. Les indicó que saltaran y fue palmeando el hombro de cada soldado para llevar la cuenta.

Chávez saltó detrás del capitán y, al tocar tierra, giró a la izquierda para evitar la aleta del timón. Corrió diez pasos y se arrojó cuerpo a tierra. Sobre su cabeza, las mortíferas paletas de la hélice giraban a más de dos metros del suelo.

-¡Listo, listo, listo! -dijo Zimmer después de que el último saltó a tierra.

-Entendido -dijo Johns, e inició el ascenso.

Chávez giró la cabeza al aumentar el zumbido del motor. El helicóptero era casi invisible, pero vio su silueta espectral y sintió el ardor en el rostro cuando la tierra que levantaban las aspas le golpeó a cien nudos. Inmediatamente, cesó, y el helicóptero desapareció.

La sensación, aunque no inesperada, lo sorprendió. Estaba en territorio enemigo. Era el combate real, no unas maniobras. Su única vía de escape acababa de desaparecer. Aunque lo

rodeaban diez hombres, una sensación de soledad lo embargó. Pero era un hombre entrenado, un soldado profesional. Chávez aferró su arma para darse fuerza. No estaba totalmente solo.

-En marcha -dijo el capitán Ramírez.

Chávez avanzó hacia los árboles, consciente de que el pelotón lo seguía.

Librodot

XI. TERRITORIO ENEMIGO

A cuatrocientos cincuenta kilómetros del sargento *Ding* Chávez, el coronel Félix Cortez, antes del DGI cubano, dormitaba en la oficina del *jefe.* Había llegado hacía varias horas, pero el *jefe* estaba ocupado... probablemente con una amante. *O tal vez con su esposa,* pensó Cortez; no, era posible, pero improbable. Bebió dos tazas del excelente café local -antes el cultivo de exportación más rentable de Colombia-, pero no se sintió mejor. Estaba cansado, debido a los esfuerzos de la noche anterior, el viaje y la readaptación a la altura de la región. Quería dormir, pero el jefe esperaba su informe. Qué considerado hijo de puta. En el DGI hubiera presentado un informe breve y después le hubiesen permitido descansar antes de volver al trabajo. Pero en el DGI eran profesionales, y él había elegido trabajar para un aficionado.

Poco después de la 1:30 escuchó pasos en el corredor. Cortez se levantó y se desperezó. El jefe apareció en la puerta con expresión plácida y feliz. Una amante.

-¿Qué información trae? -preguntó Escobedo sin preámbulos.

-Hasta el momento, nada concreto -respondió Cortez con un bostezo. En cinco minutos le informó de todo lo que había podido averiguar.

-Le pago para que consiga resultados, coronel -dijo Escobedo.

-Es verdad, pero a esos niveles tan altos se necesita tiempo. Con los métodos de investigación que usted empleaba antes, ahora sólo sabría que desaparecieron un par de aviones y que dos correos cayeron en manos de los *yanquis.*

-¿Qué me dice de su relato sobre el interrogatorio en el barco?

-Me parece muy extraño, tal vez lo intentaron todo. -Cortez se acomodó en el asiento. Quería más café-. O quizá sea cierto, pero lo dudo. No los conozco, no sé en qué medida son fiables.

-Los dos son de Medellín. El hermano mayor de Ramón me sirvió con lealtad. Murió como un valiente en las guerras contra el M-19. Ramón también me ha servido. Tuve que darle su oportunidad -dijo Escobedo-. Era una cuestión de honor. No es inteligente, pero sí leal.

-¿Su muerte no le causará problemas?

Escobedo meneó la cabeza sin vacilar.

-No. Conocía los peligros. No sabía por qué era necesario matar al americano. No puede decirles nada sobre eso. En cuanto al muerto, era un ladrón, y muy tonto. Creyó que no descubriríamos sus robos. Se equivocó. Por eso lo eliminamos.

Y a la familia también, pensó Cortez. Matar era una cosa... violar niños, otra muy distinta. Pero no era asunto suyo.

-¿Está seguro de que no podrán decirles a los *yanquis...?*

-Les ordenamos que se embarcaran en ese yate, que utilizaran el dinero para demostrar su buena fe y que ocultaran las drogas. Una vez realizada la faena debían dirigirse a las Bahamas, entregar el dinero a uno de mis banqueros, destruir el yate discretamente y llevarse las drogas a Filadelfia por las vías normales. Sabían que yo estaba enfadado con el americano, pero desconocían el motivo.

-Tal vez sabían que blanqueaba dinero y se lo dijeron a *los federales* -aventuró Cortez sin perder la calma.

-Sí. Pero, por fortuna, el americano era muy hábil. Tomamos precauciones, coronel. Nos aseguramos de antemano de que nadie supiera exactamente qué había hecho el ladrón. -

Escobedo sonrió; todavía le duraba el efecto de los servicios de Pinta-. Ah, sí, era de lo más astuto, ese americano.

-¿Y si llevaba un registro de lo que hacía?

-No lo llevaba. Un oficial de Policía de esa ciudad registró su casa y su despacho a petición nuestra *antes* de que yo autorizara las muertes. Y lo hizo tan bien, que *los federales* no se dieron cuenta.

Cortez tomó aliento antes de hablar.

-*Jefe,* comprenda, por favor, que *debe tenerme al corriente de cosas como ésta.* ¿Por qué me emplea si no desea aprovechar mis conocimientos?

-Esto venimos haciéndolo desde hace años. Podemos manejar nuestros negocios sin necesidad de...

-¡Los rusos lo enviarían a Siberia por idiota!

-¡Cuidado, olvida su lugar *señor*[22] Cortez!

Félix contuvo su reacción con esfuerzo y bajó la voz.

-Usted cree que los *norteamericanos* son unos idiotas porque no pueden impedir el contrabando. Su debilidad es un problema político, no de falta de destreza profesional. Como usted no lo comprende, permítame que se lo explique. Sus fronteras son fáciles de penetrar porque tienen una tradición de fronteras abiertas. Usted cree que se debe a la ineficacia, pero se equivoca. Su Policía es muy eficiente, y sus métodos científicos, los mejores del mundo. La KGB estudia los manuales de la Policía estadounidense y copia sus métodos. La Policía está maniatada porque su conducción política no les permite actuar como quisieran... y como podrían hacerlo si les levantaran esas restricciones. El FBI, los *federales*[23]*,* tienen recursos como usted no puede concebir. Yo sí los conozco. Me cazaron en Puerto Rico y estuve a punto de caer en sus redes junto con Ojeda... yo, que soy un oficial de Inteligencia adiestrado.

-Sí, sí -dijo Escobedo, impaciente-, ¿adónde quiere llegar?

-Exactamente, ¿qué hacía el americano muerto?

-Blanqueaba sumas enormes; ese dinero continúa generando ganancias. Montó una operación de blanqueo que seguimos empleando y...

-Saque su dinero de ahí, ahora mismo. Si el *yanqui* era tan eficiente como usted dice, es probable que dejase rastros. Y si es así, seguro que los han encontrado.

-Si es así, ¿por qué no han hecho nada? Ha pasado más de un mes. -Escobedo tomó una botella de coñac. Rara vez bebía, pero la ocasión lo exigía. Había disfrutado de los servicios de Pinta y disfrutaba ahora al demostrarle a Cortez que sus servicios no eran indispensables.

-*Jefe,* tal vez no suceda esta vez, pero algún día comprenderá que es una tontería correr estos riesgos.

-Si usted lo dice, coronel -respondió Escobedo, aspirando el aroma del coñac-. Bueno, ¿cuáles son esas reglas nuevas que usted mencionó?

Desde luego que la instrucción había sido exhaustiva. Como parte de ella, habían «recorrido» previamente el terreno, reproducido con arena sobre una mesa, y tanto Chávez como sus camaradas habían memorizado todas sus configuraciones. Su objetivo era una pista aérea designada con el nombre de *Reno.* Les habían mostrado fotografías tomadas vía satélite,

[22] En español en el original.
[23] En español en el original.

y otras oblicuas de baja altura. No sabía que esas fotos habían sido escogidas por un tal Bert Russo, cuyas declaraciones confirmaron un informe de Inteligencia anterior. Era una pista de gravilla de unos mil quinientos metros de longitud, ideal para un bimotor y bastante segura para un avión grande que transportara una carga ligera, por ejemplo, marihuana, que ocupaba mucho lugar pero no era demasiado pesada. El sargento navegaba con la brújula de pulsera. Avanzaba cincuenta metros, se detenía, elegía un árbol u otro objeto en el rumbo marcado y se dirigía hacia allí, para repetir luego el procedimiento. Caminaba lenta y sigilosamente, con los oídos aguzados para captar cualquier ruido producido por el hombre y mirando a su alrededor a través de las gafas de visión nocturna. Llevaba el arma cargada y con proyectil en la recámara, pero con el seguro puesto. Vega, el segundo de la formación, actuaba como amortiguador entre la posición de cabeza de Chávez y el cuerpo principal de la unidad, que lo seguía a cincuenta metros. Su ametralladora pesada era un amortiguador formidable. Si establecían contacto con el enemigo, tratarían de evitar la confrontación; pero, si eso no era posible, las órdenes eran eliminar cualquier obstáculo con la mayor rapidez y violencia posibles.

Al cabo de dos kilómetros, y dos horas de marcha, *Ding* eligió un lugar donde descansar, en un punto de reunión preseleccionado. Alzó la mano y la agitó en círculos para comunicar su intención. Hubieran podido avanzar más, pero el vuelo prolongado en helicóptero los había cansado, y el capitán no quería forzar la marcha. Debían alcanzar su objetivo la noche siguiente. La palabra más repetida en las instrucciones previas había sido: «¡Cuidado!». Chávez había sonreído con desdén, pero ya no lo encontraba tan divertido. Ese sujeto, Clark, tenía razón: las cosas eran distintas en territorio enemigo. El precio de un error era algo más alto que un zumbido en la radio.

Chávez sacudió la cabeza: no debía pensar así. Tenía una tarea que cumplir, para la cual estaba bien entrenado y equipado y que, además, él quería realizar.

Para descansar, eligió una pequeña loma seca y, antes de sentarse, la estudió en busca de víboras. Estudió la zona por última vez antes de apagar las gafas para ahorrar pilas. Bebió un trago de su cantimplora. La temperatura era alta, pero no tanto como para que resultara bochornosa: alrededor de treinta grados, y la humedad también era elevada. Si hacía tanto calor de noche, no quería ni pensar qué sería durante el día. Al menos, durante esas horas se detendrían a dormir. Chávez estaba habituado al calor. Había marchado por las montañas de Hunter-Liggett a temperaturas superiores a los cuarenta grados. No le gustaba, pero podía hacerlo sin problemas.

-¿Cómo vamos, Chávez?

-*Muy bien, mi capitán*[24]*.* Creo que avanzamos dos o tres kilómetros. Ese es el punto de control *Pinza.*

-¿Vio algo sospechoso?

-Negativo. Pájaros, bichos y nada más, ni siquiera un jabalí..., ¿vendrá gente a cazar por aquí?

-Buena pregunta -dijo Ramírez después de una pausa-. Tengámoslo en cuenta, *Ding.*

Chávez miró a su alrededor. Alcanzaba a ver un hombre, pero el resto se confundía con el terreno. Al principio, el color de la ropa, distinto del uniforme de camuflaje al que estaba habituado, había sido motivo de preocupación, pero se disimulaba bien. Bebió otro trago y agitó la cantimplora. Lo bueno de las cantimploras de plástico era que el agua hacía mucho menos ruido que en las de aluminio que usaban antes. De todas maneras, había que tenerlo en cuenta, como cualquier otro ruido en la selva. Se puso un caramelo en la boca para mantenerla húmeda y se preparó para salir.

[24] En español en el original.

Librodot

-La próxima parada es el punto de control *Serrucho.* ¿Quién tuvo la idea de poner esos nombres tan idiotas, mi capitán?

-Los inventé yo, sargento -dijo Ramírez con una sonrisa-. Pero no se preocupe. Mi ex también se quejaba de mi mal gusto, así que me dejó para casarse con un vendedor de terrenos.

-Todas son unas perras.

-La mía seguro que lo era.

El capitán también, pensó Chávez. *¡Dios! Ninguno de nosotros tiene novia ni familia...* Era una idea perturbadora, pero la tarea ahora era ir de *Pinza* a *Serrucho* en menos de dos horas.

En el tramo siguiente tuvieron que cruzar un camino... o lo que allí se denominaba camino. Era una senda de tierra y grava que se extendía hasta el infinito en las dos direcciones. Chávez se aproximó y la cruzó lentamente. El resto del pelotón se detuvo cincuenta metros atrás para darle tiempo a recorrerlo varios metros a derecha e izquierda del lugar del cruce. Luego se comunicó con el capitán Ramírez por radio, en español:

-Cruce despejado.

Por toda respuesta, el capitán apretó dos veces el botón de transmisión de su radio, Chávez acusó recibo de la misma manera y esperó al pelotón.

El terreno era tan llano que se preguntó por qué los habían entrenado en la alta montaña, donde faltaba el aire. Tal vez porque era un lugar oculto, pensó. La selva era densa, pero no tanto corno en Panamá. Había muchos claros donde parecía ser que los pequeños agricultores de la zona habían intentado cultivar algo. Había pasado media docena de chozas semiderruidas donde algún pobre diablo trató de cultivar fríjoles o criar una familia o lo que fuera ya que, en todo caso, había fracasado. Esas muestras de pobreza acabaron por deprimirlo. Los pobladores de la región tenían nombres similares al suyo, hablaban un idioma que sólo difería del de su niñez por el acento. Si su bisabuelo no hubiera tomado la decisión de trasladarse a California para trabajar en las plantaciones de lechugas, tal vez él se hubiese criado en un lugar como ése. En tal caso, ¿a qué se hubiera dedicado? ¿A transportar drogas o a servir de matón de los peces gordos del Cártel? Resultaba una idea perturbadora. Su amor propio no le permitía considerar seriamente esa posibilidad, pero era una verdad elemental que acechaba su conciencia. Allí había pobreza, y los pobres se aferraban a la primera oportunidad. ¿Cómo mirar a sus hijos a los ojos y decirles que no podía darles de comer sin cometer un acto ilegal? Imposible. ¿Qué sería capaz de entender un niño con la panza vacía? Los pobres no tenían mucha elección. Chávez había descubierto el Ejército casi por casualidad, y en él había encontrado un ambiente de seguridad, oportunidad, camaradería y respeto. ¿Y aquí...?

Pobres diablos. Pero, ¿qué decir de los de su propio barrio? Vidas envenenadas, ambiente de corrupción. ¿Quién tenía la culpa?

Piensa menos y trabaja más, mano, se dijo. Al iniciar el tramo siguiente, se puso las gafas de visión nocturna.

Se desplazaba erguido, no agazapado, como cabía esperar. Sus pies acariciaban el suelo para asegurarse de no romper una ramita y evitaba los arbustos que pudieran tener hojas o espinas para que no rozaran su ropa. En lo posible, atravesaba los claros, siempre pegado a los árboles para no quedar perfilado contra el nublado cielo. Pero el principal enemigo durante la noche no era la vista, sino el oído. En la selva, el oído se volvía increíblemente agudo. Chávez creía escuchar cada insecto, cada trino de un ave, cada brisa en las hojas más altas. No había ruidos humanos: ni toses ni murmullos ni ruidos metálicos característicos de los hombres. Sin relajarse del todo, se desplazaba, confiado, como en los entrenamientos. Cada cincuenta

metros se detenía a escuchar. No había el menor ruido del pelotón, ni siquiera de *Oso* con su ametralladora y su carga pesada. El silencio significaba seguridad.

¿Y cómo es el enemigo?, se preguntó. Probablemente estaba bien equipado. Con tanto dinero se podía comprar cualquier clase de armas, en Estados Unidos o en cualquier otro país. Pero seguramente no eran soldados bien entrenados.

¿Serán buenos o no?, se preguntó. Tal vez eran como los muchachos de la pandilla. Hacían un culto de la fuerza física, pero no de manera disciplinada. Eran matones, muy valientes cuando llevaban ventaja en número o armas. Precisamente por eso no eran diestros en el manejo de las armas ni en el aprovechamiento del terreno; confiaban en la intimidación, y quien no se dejaba intimidar los tomaba por sorpresa. Tal vez algunos sabían cazar, pero no trabajar en equipo. No tenían la menor concepción de la supervisión, el apoyo mutuo y el fuego rasante. Tal vez sabían tender una emboscada, mas no aprovechar los accidentes del terreno al máximo. Carecían de disciplina. Chávez estaba seguro de que en el objetivo vería a los centinelas fumando en sus puestos. El arte del soldado se adquiría con tiempo, y también con disciplina y voluntad. No, sus adversarios eran matones, y los matones eran cobardes, mercenarios que combatían por dinero. Chávez se enorgullecía de cumplir con su deber por amor a su país y, aunque no lo pensaba en esos términos, por amor a sus camaradas. El desasosiego provocado por la partida del helicóptero se había desvanecido. Aunque la suya era una misión de reconocimiento -recogida de información-, anhelaba tener la oportunidad de usar el MP-5 SD2.

Llegó a *Serrucho* a la hora prevista. Descansaron un rato y Chávez reinició la marcha hasta el último objetivo de la noche, el punto de reunión *Lima.* Era una loma pequeña y arbolada, a cinco kilómetros del objetivo. *Ding* estudió el lugar con cuidado. Buscó rastros de animales de caza y huellas de hombres que pudieran cazarlos: nada. El pelotón llegó veinte minutos después de que los avisara por radio porque habían «doblado» el camino para asegurarse de que no los seguían. El capitán Ramírez estudió el lugar tan minuciosamente como Chávez, y llegó a la misma conclusión positiva. Los soldados se distribuyeron en parejas para comer y dormir. *Ding y* el sargento Vega eligieron un puesto de seguridad en el eje de ataque potencial más probable -el Nordeste- para instalar una de las dos ametralladoras SAW del pelotón. El enfermero de la unidad, sargento Olivero, y otro hombre fueron a un arroyo cercano a llenar las cantimploras y echarles pastillas de cloro. Escogieron un lugar para usar como letrina y dejar los residuos de sus comidas. Pero la primera medida era la limpieza de las armas, a pesar de que no las habían usado. Cada pareja atendió las suyas, y luego se ocupó de la comida.

-No ha ido tan mal, después de todo -dijo Vega cuando el sol asomó sobre los árboles.

-Terreno llano -asintió Chávez entre bostezos-. Claro que va a hacer un calor jodido aquí.

-Toma uno de éstos, *mano.* -Vega le tendió un sobre de polvo «Gatorade».

-¡Qué bueno! -A Chávez le encantaba. Abrió el sobre, vertió el polvo en la cantimplora y lo agitó-. ¿Está al corriente el capitán?

-Nooo... ¿por qué preocuparlo?

-Tienes razón. -Chávez guardó el sobre vacío en un bolsillo-. Lástima que no hacen cerveza instantánea, ¿verdad? -Rieron juntos. Ninguno de los dos era capaz de cometer semejante tontería, pero como idea abstracta, una cerveza helada no estaba nada mal.

-Tiremos a ver quién duerme primero -dijo Vega. Tenía una moneda de veinticinco centavos. Les habían dado el equivalente de quinientos dólares en moneda local, pero todo en billetes porque las monedas hacen ruido. Salió cara, Chávez se hizo cargo de la ametralladora y Vega se echó a dormir.

Ding ocupó la posición. Julio había elegido un buen lugar, detrás de un arbusto ancho y bajo con una pequeña fortificación de tierra, capaz de detener una bala pero sin impedir la

Librodot

visibilidad. Así, el SAW tenía un campo libre de casi trescientos metros. *Ding* verificó que el arma estuviera cargada, con un proyectil en la recámara y el seguro puesto. Estudió el panorama con sus prismáticos.

-¿Cómo ve el panorama, sargento? -preguntó el capitán Ramírez.

-No se mueve nada en absoluto, mi capitán. ¿Por qué no duerme un poco? Estamos atentos. -*Ding* sabía que a los oficiales hay que cuidarlos. ¿Y quiénes lo harían, sino los sargentos?

Ramírez estudió la posición. La habían elegido bien. Los dos hombres habían comido y hecho sus necesidades, como buenos soldados. Tenían más de diez horas por delante hasta el momento de partir, a la puesta del sol. El capitán palmeó el hombro de Chávez y regresó a su propia posición.

-Todo dispuesto, mi capitán -dijo el radiooperador, sargento Ingeles. La antena de la radio ya estaba instalada. La formaban dos piezas de acero del tamaño de las reglas escolares, unidas en cruz y sostenidas con un alambre. Ramírez miró su reloj: hora de comunicarse.

-*Cuchillo a* VARIABLE, cambio. -La señal ascendió treinta y cinco mil kilómetros hasta un satélite geosincrónico de comunicaciones que la retransmitió a Panamá en un tercio de segundo. La respuesta llegó dos segundos después, en un circuito libre de los desagradables ruidos estáticos.

-VARIABLE a *Cuchillo.* Señal perfecta, cambio.

-Estamos en posición en el punto de reunión *Lima.* Sin novedad, nada para informar, cambio.

-Entendido, cambio y fuera.

Mr. Clark ocupaba un asiento junto a la puerta del camión de comunicaciones. No era el jefe de la operación -ni por asomo-, pero Ritter quería contar con su experiencia y sus conocimientos tácticos. En la pared opuesta a los aparatos de comunicaciones había un gran mapa del terreno donde aparecían los puntos de reunión de los distintos pelotones. Todos en la hora prevista. El tipo que había elaborado el operativo sabía qué se podía exigir a los hombres en la selva y qué no, o por lo menos había consultado a los expertos. Las metas de tiempo y distancia eran razonables.

Un cambio positivo, pensó Clark. Miró a su alrededor. Aparte de los operadores, había dos altos funcionarios de la dirección de Operaciones, ninguno de los cuales tenía, en opinión de Clark, los conocimientos necesarios para esa clase de operación. En todo caso, eran hombres de confianza de Ritter. *Además* -pensó-, *los que tienen la experiencia que yo tengo están casi todos retirados.*

El corazón de Clark acompañaba a los hombres en el terreno. Nunca había actuado en las selvas americanas, pero había estado «allí afuera», en la selva, totalmente solo, donde el único medio para volver a las líneas propias era un helicóptero, que podía llegar o no, y el único vínculo, un radiotransmisor. Los transmisores modernos eran mucho más fiables que los de antes: ése era un cambio positivo, aunque no valía gran cosa. Porque si algo salía mal, esos transmisores no convocarían a una escuadrilla de aviones cuyos motores estremecían el aire y cuyas bombas caían a tierra quince minutos después de la petición de socorro. No, esa vez no sucedería.

Por Dios, ¿lo saben ellos? ¿Tienen idea de lo que esto significa en realidad?

No, no la tienen ni pueden tenerla. Son muy jóvenes. Niños. Sólo son niños. Qué importaba que fueran mayores, más altos y más fuertes que sus propios hijos. Clark había combatido en Camboya y en Vietnam, tanto del Norte como del Sur. Siempre había ido de incursión con pequeñas unidades que llevaban armas y transmisores, generalmente de manera furtiva, para

Librodot

reunir información y escapar del lugar lo antes posible. En general, las misiones habían resultado bien, pero, en algunas ocasiones, se había salvado por pelos.

-Hasta ahora vamos bien -dijo el funcionario superior de Operaciones al servirse un café. El otro asintió.

Clark alzó una ceja: *¿Y qué coño entienden ustedes de esto?*

El director estaba más que satisfecho con los progresos de TARPÓN. Moira lo advirtió al tomar notas. Tardarían aproximadamente una semana, pero ya estaban anotando los primeros secuestros de fondos. Cuatro especialistas del Ministerio de Justicia habían dedicado un día entero a analizar el informe de Mark Bright. Los sistemas electrónicos facilitaban la tarea. En algún lugar del Ministerio había un funcionario que tenía acceso a los archivos computerizados de todos los Bancos del mundo. O tal vez no era del Ministerio, sino de alguna Agencia de Inteligencia, o quizá se trataba de un contratista privado, porque la legalidad del procedimiento era dudosa. Sea como fuere, al comparar los asientos en la agencia supervisora del sistema financiero con las transacciones bancarias, identificaron el dinero proveniente del narcotráfico utilizado para financiar los proyectos en los cuales la «víctima» -su esposa y sus hijos sí lo eran, pensó Moira- había tratado de blanquearlo. Nunca había visto a las ruedas de la justicia girar con tanta rapidez.

¡Qué soberbia la suya, al pensar que pueden invertir y blanquear su dinero bajo nuestras narices! Juan tenía razón sobre esa gente y su arrogancia, pensó. Bueno, pero les quedaba poco tiempo para reír. El Gobierno se apropiaría de seiscientos millones de dólares, y eso sólo en efectivo, faltaba añadirle el valor de las propiedades a secuestrar. ¡Seiscientos millones de dólares! Era una cifra increíble. Desde luego, se hablaba de los «miles de millones» del narcotráfico, pero los cálculos de la Prensa eran tan de fiar como el pronóstico del tiempo. Evidentemente, le dictó el director, el Cártel estaba insatisfecho con sus operaciones de blanqueo y/o descubrió que la repatriación del dinero en efectivo generaba problemas en lugar de resolverlos. Por consiguiente, una vez blanqueados los ingresos primarios -y conseguido, de paso, un beneficio significativo-, abrían cuentas que les permitían crear un gran fondo fiduciario de inversiones a fin de apoderarse legalmente de las empresas de su país, o de cualquier otro, donde quisieran adquirir poder político o económico. Lo más interesante de todo esto, proseguía el informe de Emil, era que quizás aspiraban a blanquearse a sí mismos -en la vieja jerga criminal estadounidense, «volverse legítimos»- a un grado tal, que resultaran aceptables para el mundillo político iberoamericano.

-¿Cuándo lo necesita, señor? -preguntó Mrs. Wolfe.

-Mañana por la mañana tengo audiencia con el Presidente.

-¿Cuántas copias?

-Cinco, todas numeradas. Es material secreto, Moira, no lo olvide.

-Cuando termine, me comeré el diskette -aseguró ella-. El director adjunto Grady viene a almorzar y el ministro ha cancelado la cena de mañana. Viaja a San Francisco.

-¿Y qué tiene que hacer el señor ministro de Justicia en San Francisco?

-Su hijo se casa. Ha sido algo inesperado.

-Ya lo creo -asintió Jacobs-. ¿Cuánto tardará usted en hacer lo mismo?

-No mucho. ¿Cuándo viaja usted a Colombia? Necesito saberlo para rehacer su agenda.

-Lo siento, todavía no lo sé. Pero no creo que altere nada. Me iré un viernes, temprano, y estaré de vuelta el lunes siguiente al mediodía, así que no habrá modificaciones importantes.

-Ah, de acuerdo. -Moira abandonó el despacho con una sonrisa.

-Buenos días.

Edwin Davidoff, el fiscal federal, de treinta y siete años, tenía la ambición de ser el primer senador judío del Estado de Alabama. Hombre alto, fuerte, ex campeón universitario de lucha libre, había utilizado su nombramiento para ganar fama como defensor del pueblo, duro, eficiente y honrado. En la defensa de los derechos humanos, hablaba de La Ley de la Nación y Los Principios Fundamentales de Estados Unidos. Cuando se hacía cargo de un importante proceso criminal, se refería a La Ley y El Orden y La Protección que el Pueblo Exige. Hablaba en público con frecuencia. En tres años había recorrido casi todos los «Rotary» y otros clubes sociales de Alabama y no había pasado por alto un solo Departamento de Policía. Sus tareas como abogado del Gobierno en ese distrito eran principalmente administrativas; pero, a veces, se hacía cargo de algún caso, sobre todo cuando atraía la atención de la Prensa. Su blanco preferido era la corrupción política, y, a raíz de eso, tres legisladores del Estado habían perdido sus fueros y se dedicaban a cortar el césped del campo de golf para oficiales de la base aérea Eglin.

Edward Stuart se sentó frente a él. Davidoff, hombre amable, se había puesto en pie para recibirlo. Los fiscales amables eran los más peligrosos.

-Por fin hemos podido confirmar la identidad de sus defendidos -dijo Davidoff. Hubiera podido fingir sorpresa, pero siempre prefería la seriedad-. Resultó que son ciudadanos colombianos. Sus historiales son bastante frondosos. ¿No dijo usted que eran costarricenses?

-¿Por qué han tardado tanto con la identificación? -preguntó Stuart para ganar tiempo.

-No lo sé; además, carece de importancia. He pedido que el juicio se inicie lo antes posible.

-¿Qué me dice del trato que sufrió mi cliente a manos de los guardacostas?

-Esa declaración la hizo después de confesar, y tampoco importa: no vamos a usar la confesión. No la necesitamos.

-Porque la obtuvieron por medios absolutamente...

-Bueno, no andemos con rodeos. No vamos a usarla. Esa confesión no existe, y punto. ¿De acuerdo? Abogado, sus clientes cometieron un homicidio en masa, y van a pagar por ello, sin más.

Stuart se inclinó sobre el escritorio.

-Puedo proporcionarle información...

-No me interesa -dijo Davidoff-. Es un caso de homicidio.

-No es así como se resuelven estos casos.

-En eso estoy de acuerdo con usted, y por eso tenemos tantos problemas. Con este caso vamos a dar un ejemplo.

-¿Va a tratar de ejecutar a mis defendidos sólo para dar un ejemplo?

-Sé que no coincidimos sobre el valor de la pena de muerte como factor de disuasión.

-Estoy dispuesto a ofrecer una confesión completa y mucha información a cambio de cadena perpetua.

-No hay trato.

-¿Está usted realmente seguro de que ganará el caso?

-Usted ya conoce las pruebas que manejamos -repuso Davidoff.

De acuerdo con el código de procedimientos, la defensa tenía derecho a conocer todas las pruebas que el fiscal poseía, pero no a la inversa. Era un medio estructural para asegurar un juicio justo al acusado, mal que les pesara a los fiscales y a la Policía. Sin embargo, era la ley, y Davidoff jamás se desviaba de ella. Por eso era un adversario tan peligroso en el Tribunal. Nunca había perdido un juicio o una apelación por razones de procedimiento. Era un técnico legal muy brillante.

-Si matamos a estos dos, nos rebajamos al mismo nivel que les atribuimos.

-Vivimos en un sistema democrático, Ed. En última instancia, es el pueblo el que aprueba las leyes. El pueblo quiere la pena de muerte.

-Haré todo lo posible por evitarlo.

-Me decepcionaría si no lo hiciera.

Por Dios, que serás un senador de primera. Tan equitativo, tan tolerante con los que no piensan como tú en cuestiones de principios. Por eso los diarios te quieren tanto.

-Nada más por ahora sobre Europa del Este -observó el juez Moore-. Me parece que la situación tiende a estabilizarse.

-Sí, señor, así parece. Al menos, por ahora -replicó Ryan.

El director de la CIA asintió y cambió de tema.

-¿Fue a ver a James anoche?

-Sí, señor. Lo encontré de buen ánimo, pero ya está enterado de lo que tiene. -A Ryan no le gustaba presentar esos partes médicos.

-Iré a verlo esta noche -dijo Ritter-. ¿Sabe si necesita algo?

-Trabajo. Quiere trabajar.

-Lo que él pida, llévenselo -dijo Moore, y Ritter hizo un leve gesto de contrariedad que no pasó inadvertido para Ryan-. Mr. Ryan, me gusta su trabajo. Si yo le sugiriera al Presidente que usted está en condiciones de hacerse cargo de la subdirección de investigaciones...; sé lo que siente por James; recuerde que lo conocí antes que usted... y...

-El almirante Greer no ha muerto... señor -lo interrumpió Jack, y se regañó mentalmente por haber estado a punto de decir aún.

-No hay esperanzas para él, Jack -dijo Moore con suavidad-. Lo lamento más que nadie. Pero estamos para servir al país, que es más importante que cualquier persona, incluso James. Además, él es un profesional y se sentiría ofendido por su actitud.

Ryan logró conservar la calma exterior ante la censura. Pero se sintió herido, sobre todo porque el juez tenía razón. Tomó aliento y asintió.

-La semana pasada, James me pidió que lo designara a usted su sucesor. Creo que está preparado. ¿Qué opina usted?

-Señor juez, creo que estoy preparado desde el punto de vista técnico, pero me falta la experiencia política que el puesto requiere.

-Bueno, hay una sola manera de adquirir esa experiencia... y, ¡qué diablos!, se supone que la política no tiene cabida en la Dirección de Inteligencia. -Moore sonrió para resaltar lo irónico de su afirmación y prosiguió-: A usted lo respetan tanto en la Casa Blanca como en el Congreso. Desde ahora queda designado subdirector de Inteligencia interino. El nombramiento se hará efectivo después de las elecciones presidenciales; pero, por el momento, usted queda a cargo. Si James se cura, mejor. A usted no le irá nada mal adquirir

experiencia bajo sus órdenes. Pero aunque se recupere, tendrá que jubilarse. Todos somos reemplazables. James cree que usted está en condiciones de hacerse cargo, y yo coincido con su opinión.

Ryan no supo qué responder. Aún no había cumplido los cuarenta y era el titular de uno de los cargos de Inteligencia más altos del mundo. En la práctica lo ejercía desde hacía varios meses -algunos dirían años-, pero ahora era oficial, es decir, distinto. Acudirían a él en busca de opiniones y juicios. Eso también sucedía desde tiempo atrás, pero siempre tenía a quién recurrir. En adelante no sería así. Presentaría sus informes al juez Moore y recibiría la opinión final de éste, pero la responsabilidad de tener razón sería suya. Antes presentaba sus opiniones y alternativas a sus superiores. A partir de ese momento, las presentaría a los responsables de tomar las últimas decisiones. La diferencia, aunque sutil, era inmensa.

-¿Todavía rige el criterio de saber sólo lo necesario? -preguntó Ritter.

-Por supuesto -respondió Ryan.

-Hablaré con Nancy y con los jefes de departamento -dijo Moore-. Les leeré una carta que James redactó. Tome una copia.

Ryan se puso en pie para recibirla.

-Creo que tiene mucho que hacer, Mr. Ryan -dijo Moore.

-Sí, señor. -Jack giró y salió del despacho. No se sentía feliz, sino atrapado, y creía saber el porqué.

Ritter esperó a que cerrara la puerta.

-Es demasiado pronto, Arthur.

-Comprendo lo que quiere decir, Bob, pero no podemos permitir que Investigaciones siga a la deriva porque usted no quiere que esté enterado acerca de *Showboat.* De acuerdo, lo mantendremos al margen de esa operación, o al menos de lo que ustedes hacen. Tendremos que comunicarle los informes que recibimos..., sus conocimientos financieros nos serán muy útiles. Basta que no sepa cómo recibimos los informes. Además, si el Presidente y el Congreso nos dan la autorización, ya no hay nada que temer.

-¿Cuándo irá usted al Congreso?

-Mañana por la tarde vendrán cuatro legisladores. Invocaremos la norma sobre operaciones peligrosas y especiales.

Esa norma es un codicilo extraoficial de los códigos de supervisión. La ley autorizaba al Congreso a supervisar todas las operaciones de Inteligencia; pero, dos años antes, una filtración de un comité del Senado había causado la muerte de un alto funcionario de la CIA y de un desertor importante. En lugar de informar a la Prensa, el juez Moore se había reunido con los comités de las dos cámaras y había obtenido el acuerdo escrito de que, en ciertos casos, sólo el presidente y vicepresidente de cada partido tendrían acceso a la información y luego tomarían la responsabilidad por la decisión de revelarla a los comités. Se suponía que la presencia de los dos partidos políticos evitaría la politiquería. En realidad, el juez Moore les había tendido una sutil trampa. Ninguno podía afirmar la necesidad de diseminar la información sin correr el riesgo de que lo acusaran de servir intereses políticos. Por otra parte, la mayor selectividad generada por la norma creaba una situación de privilegio que conspiraba contra la difusión de la información. Era una garantía de que el Congreso no iba a opinar, salvo en operaciones de alto riesgo político. Lo más notable era que Moore había obtenido el acuerdo de los comités. La presencia en la audiencia ejecutiva de la viuda y los hijos del funcionario de la CIA muerto había ayudado bastante. Una cosa era la cháchara abstracta sobre el estado de derecho y otra muy distinta verse enfrentado a los resultados de un error, y

Librodot

más si uno de ellos era una niña de diez años que había quedado huérfana de padre. Los golpes de efecto político no eran exclusivos de los funcionarios electos.

-¿Y la investigación presidencial?

-Está terminada. «Se ha determinado que el contrabando de drogas constituye un peligro evidente e inmediato para la seguridad nacional. El Presidente autoriza el empleo prudente de la fuerza militar de acuerdo con las normas operativas vigentes para proteger a la ciudadanía», etcétera, etcétera.

-No me gusta el aspecto político.

-Al Congreso tampoco le va a gustar -rió Moore-. Por eso mismo lo mantendremos en secreto. Si el Presidente lo informa a la Prensa para demostrar que se preocupa por el problema, la oposición va a acusarle de politiqueo, y viceversa. A una y otro les interesa respetar la clandestinidad. Esta vez, el factor político electoral nos favorece. Ese almirante Cutter es un muchacho astuto.

-No tanto como él cree -repuso Ritter, desdeñoso-. Pero, ¿quién lo es?

-En efecto. Mire, es una lástima que James no haya llegado a participar en esto.

-Vamos a echarlo de menos -asintió Ritter-. Ojalá pudiera llevarle algo, para que no fuera tan duro.

-Sí, pienso lo mismo -dijo el juez Moore-. Tarde o temprano, Ryan deberá estar enterado.

-No me gusta.

-Lo que no le gusta, Bob, es que Ryan haya participado en dos operaciones que dieron excelentes resultados, además de su eficiencia en el trabajo de escritorio. Es verdad que se entrometió en su territorio, pero siempre con su apoyo, Bob. ¿Y si hubiera fracasado lo estimaría usted más? Robert, no me gusta que mis jefes de directorio disputen a ver quién mea más lejos, como Cutter y los muchachos del Congreso.

Ritter parpadeó ante el regaño.

-Desde hace tiempo he dicho que lo hacemos avanzar demasiado rápido, y sigo opinando igual. Concedo que es eficiente, pero le falta experiencia política para esta clase de operaciones. Todavía no ha demostrado si posee la capacidad necesaria para supervisar. Nos va a representar en la conferencia de Inteligencia de la OTAN. En todo caso, no es lógico introducirlo en *Showboat* antes de eso, ¿no le parece?

Moore se contuvo de responder que el almirante Greer no estaba enterado debido a su enfermedad, lo cual era una gran aunque parcial verdad. La directiva presidencial ordenaba que la operación estuviera a cargo de un grupo selecto de personas que fueran realmente expertas en materia de narcotráfico. Era la historia de siempre: se imponía un criterio de seguridad tan selectivo que marginaba a personas capaces de hacer un aporte importante a la operación. Se conocían casos de operaciones fracasadas por haber marginado a quienes poseían conocimientos de importancia crucial. Pero la historia abundaba también en ejemplos de desastres causados por el exceso de personal, lo que había paralizado el proceso decisorio y comprometido la seguridad. Históricamente, trazar la línea de demarcación entre la seguridad y la eficiencia operativas era la tarea más difícil del jefe. La única norma general era que la operación debía culminar con éxito. Uno de los ingredientes más comunes en las novelas de espionaje era ese sexto sentido, misterioso e infalible, que se suponía poseían los agentes de Inteligencia. Pero si los mejores cirujanos cometían errores, si los pilotos más hábiles morían en accidentes aéreos, si los futbolistas profesionales erraban el tiro a la portería, ¿por qué no podía suceder lo mismo con un jefe de espías? La única diferencia entre el sabio y el necio era que aquél cometía errores más graves porque nadie confiaba las

Librodot

decisiones verdaderamente cruciales a éste: sólo el sabio tenía la oportunidad de perder una batalla o una guerra.

-Le concedo que lleva razón sobre eso de la conferencia de la OTAN. Está bien, Bob, acepto. Por el momento. -El juez Moore frunció el entrecejo-. ¿Cómo va la operación?

-Los cuatro pelotones se hallan a pocas horas de marcha de sus puestos de vigilancia. Si todo marcha de acuerdo con lo previsto, mañana al amanecer estarán en sus puestos y, a partir de pasado mañana, empezarán a enviar información. Los tipos que atrapamos el otro día nos dieron todos los informes preliminares. Dos de las pistas aéreas que elegimos están en uso, y una tercera probablemente también.

-Mañana tengo una reunión con el Presidente. Parece que el FBI ha descubierto algo importante. Emil está de lo más excitado. Creo que han encontrado una gran operación de blanqueo de dinero.

-¿Podremos aprovecharlo?

-Así parece. La documentación es reservada.

-Nosotros ponemos la liebre y ellos la salsa -sonrió Ritter-. Entre todos, quizás esta vez les demos un serio golpe.

Chávez despertó de su segundo turno una hora antes del crepúsculo. Había sido difícil dormir. Las temperaturas diurnas superaban ampliamente los cuarenta grados y la humedad era tan elevada que la selva parecía un horno a pesar de la sombra. Lo primero que hizo al despertar fue beber más de un cuarto de litro de agua con «Gatorade» para recuperar el líquido perdido por transpiración mientras dormía. Después tomó un par de cápsulas de «Tylenol». Los infantes lo tomaban para paliar los dolores y las molestias provocados por su régimen de ejercicios físicos. En este caso, era un dolor de cabeza producido por el calor, similar al efecto de una borrachera leve.

-Que se queden con esta selva de mierda. ¿Para qué coño la queremos? -murmuró.

-De acuerdo, *mano* -rió Vega.

El sargento Chávez se sentó con esfuerzo y se frotó el rostro con fuerza para despejarse. La poblada barba que tenía desde la pubertad crecía con su acostumbrada rapidez, pero no podía afeitarse. Gruñó al pensarlo. La rutina militar normal insistía en la higiene personal y los infantes ligeros, como soldados de élite, son «bonitos». Ya olía peor que un vestuario de futbolistas después del segundo tiempo, pero no podía lavarse, ni mudarse de ropa. Lo que iba a hacer, era limpiar su arma. Después de asegurarse de que Julio había hecho lo propio con su SAW, Chávez separó las seis piezas de su MP-5 y las estudió con cuidado. La terminación negro mate resistía bien el óxido. A pesar de ello, engrasó todas las superficies, frotó las piezas móviles con el cepillo de dientes, verificó que los resortes estuvieran tirantes y las cámaras libres de tierra y polvo. Rearmó la metralleta y accionó el mecanismo para asegurarse de que todo funcionaba a la perfección. Finalmente insertó un cargador, hizo entrar un proyectil en la recámara y puso el seguro. Luego verificó que sus armas blancas estuvieran limpias y afiladas. Además de sus cuchillos, tenía las estrellas arrojadizas.

-El capitán se va a poner furioso si las ve -susurró Vega.

-Me traen suerte -dijo Chávez al guardarlas en el bolsillo-. Además, uno nunca sabe... -Revisó el resto del equipo: todo en orden. Estaba listo para trabajar. Sacó los mapas.

-¿Es aquí adonde vamos?

Librodot

-*Reno.* -Chávez señaló el lugar en el mapa-. Menos de cinco kilómetros. -Estudió el mapa minuciosamente y memorizó los detalles. No podía marcarlo. Si lo perdía o se lo quitaban, esas marcas revelarían información peligrosa a personas indeseables.

-Vean. -El capitán Ramírez se les unió y les mostró una fotografía tomada desde el satélite.

-Estos mapas parecen nuevos, mi capitán.

-Sí, lo son. El servicio de cartografía no ha dispuesto de mapas detallados de esta zona hasta hace muy poco. Los hicieron basándose en las fotografías proporcionadas por el satélite. ¿Le parece que habrá algún problema?

-No -sonrió Chávez-. Es terreno llano, con pocos árboles. Menos trabajo que anoche, mi capitán.

-Cuando estemos allí, quiero que se aproxime al objetivo desde este ángulo. -Ramírez señaló el lugar en la fotografía-. Yo iré con usted para hacer el reconocimiento «del jefe».

-Entendido, mi capitán -dijo *Ding.*

-El primer descanso aquí, en el punto de control *Clavija.*

-Entendido.

Ramírez echó una mirada a su alrededor.

-Recuerde las instrucciones. Tal vez estos tipos tengan un servicio de seguridad eficiente y puede haber trampas cazabobos. Si ve algo, comuníquemelo de inmediato..., siempre que sea seguro. Si se arma alguna, recuerde que ésta es una operación clandestina.

-Llegaremos bien, mi capitán.

-Lo siento, *Ding* -se disculpó Ramírez-. Sé que parezco una mujer nerviosa.

-Sus piernas no son de mujer, mi capitán -dijo Chávez con una sonrisa maliciosa.

-¿Puede cargar el SAW la noche entera, Oso? -preguntó Ramírez a Vega.

-He cargado palos más pesados, *jefe.*

Ramírez rió y se alejó para continuar su recorrido.

-He conocido peores capitanes -dijo Vega cuando Ramírez se hubo alejado.

-Muy trabajador -asintió Chávez.

Apareció el sargento Olivero.

-¿Cómo está el agua?

-Nos falta un litro a cada uno -dijo Vega.

-Beban un litro, ahora mismo.

-Vamos, doctor -gruñó Chávez.

-Sin discusión, señores. Si alguien sufre un golpe de calor, me rompen el culo a mí. Si no tienen ganas de mear, es porque les falta agua. Imagínense que es cerveza -sugirió-. Recuerden: si no tienen ganas de mear, beban. Vamos, *Ding,* tú lo sabes bien, estuviste en Hunter-Liggett. Este clima de mierda te deja seco en un instante, y yo no pienso cargar con nadie, seco o no.

Olivero tenía razón, claro. Chávez vació su cantimplora. Vega y el enfermero fueron al arroyo cercano a rellenarlas. Oso volvió varios minutos después, con varios sobres más de «Gatorade» para su amigo que el enfermero le había dado. Lástima que las pastillas de cloro

Librodot

no hacían buena combinación con el «Gatorade», pero no lo tomaban por el sabor sino por los electrólitos.

Ramírez reunió a los hombres al atardecer y repitió las instrucciones que ya había impartido a cada pareja. La repetición era la base de la claridad: Chávez lo había leído en algún manual. Todos estaban sucios. Las barbas pobladas y el cabello revuelto aumentaban el camuflaje y casi no necesitaban pintarse. Algunos sentían molestias y dolores, provocados por la dureza del suelo sobre el que habían dormido, pero todos estaban descansados y en buenas condiciones. Y ansiosos por seguir la marcha. Juntaron y enterraron la basura. Antes de cubrirla con tierra, Olivero le echó polvo de gas lacrimógeno para mantener alejados a los animales por unas semanas. El capitán Ramírez estudió el lugar a la última luz de la tarde. Cuando Chávez inició la marcha, allí no quedaba la menor señal de su presencia.

Ding cruzó el claro lo más rápido que pudo sin comprometer la seguridad, con las gafas puestas. Ayudado por la brújula y por los accidentes que había memorizado, avanzaba de prisa, ya que conocía mejor el terreno. No había otros ruidos que los de la Naturaleza, y la selva era menos densa. Avanzaba a más de un kilómetro por hora. Y lo mejor de todo era que no había visto una sola víbora.

Llegó a *Clavija* en menos de dos horas, confiado y satisfecho. La caminata apenas le había servido para entrar en calor. Se detuvo dos veces a beber agua y a escuchar, pero no hubo novedad. Cada media hora se comunicaba por radio con el capitán Ramírez.

Se detuvo a descansar; el resto del pelotón tardó diez minutos en alcanzarlo. Esperó diez minutos más y reinició la marcha hacia el último punto de descanso, *Maza. Ojalá se acaben los nombres de herramientas,* pensó.

Ahora era más cauto. Recordaba el mapa de memoria y sabía que cuanto más se acercaba al objetivo, mayores eran las probabilidades de cruzarse con alguien. Sin darse cuenta, su marcha era más lenta. Cuando estaba a medio kilómetro de *Clavija* escuchó un ruido a su derecha. Apenas un susurro, pero era algo que caminaba. Alzó la mano para detener al pelotón mientras él lo verificaba. Vega apuntó su SAW en esa dirección, aunque el ruido se alejaba hacia el Sudoeste. *Ding* estaba casi seguro de que se trataba de algún animal, pero esperó varios minutos para reiniciar la marcha. El viento soplaba desde atrás y de izquierda a derecha, y se preguntó si los hombres serían capaces de captar el olor de su transpiración. Decidió que eso era difícil, en medio de los olores nauseabundos de la selva. Pero lavarse de vez en cuando no era mala idea...

Llegó sin novedad a *Maza,* a un kilómetro del objetivo. Allí se reunió el pelotón. Llenaron las cantimploras en un arroyo. El tramo siguiente los llevaría al punto de reunión, próximo al objetivo, elegido porque era fácil de identificar. *Ding* tardó menos de una hora en llegar. El pelotón formó un perímetro defensivo para que el hombre explorador y el capitán pudieran conferenciar.

Ramírez desplegó el mapa, los dos encendieron las luces infrarrojas incorporadas a las gafas y trazaron ideas sobre las cartas y las fotografías. También estaba presente el sargento de operaciones, que llevaba el apellido muy apropiado de Guerra. El camino a la pista aérea venía del punto opuesto y cruzaba un arroyo que el pelotón había seguido hasta el punto de reunión. El único edificio visible en la fotografía también estaba en el otro extremo del objetivo.

-Me gusta esta vía de entrada, mi capitán -dijo Chávez.

-Creo que tiene razón -asintió Ramírez-. ¿Sargento Guerra?

-Me parece bien, mi capitán.

-Bien, señores, si hay contacto, será en esta vecindad. Es hora de tomar posiciones. Chávez, voy con usted. Guerra, tome el mando del resto del pelotón y síganos por si hay problemas.

-Entendido -dijeron ambos sargentos al unísono.

Por fuerza del hábito, *Ding* se pintó el rostro con maquillaje negro y verde. Después se puso los guantes. El sudor de las manos era molesto, pero el cuero negro camuflaba las manos. Avanzó, seguido de cerca por el capitán Ramírez. Los dos llevaban las gafas puestas y se desplazaban con lentitud.

El arroyo que bordeaban desde medio kilómetro atrás drenaba el terreno, que aparecía seco y firme bajo sus pies. Claro, por eso habían elegido el lugar para instalar una pista aérea. En previsión de que hubiera trampas cazabobos, a cada paso Chávez estudiaba el suelo y luego la vegetación a la altura de las rodillas y del rostro en busca de alambres tendidos. También buscaba la presencia de pozos. De nuevo se preguntó si había animales de caza en la zona. También ellos activarían las trampas, ¿no? Y en ese caso, ¿cómo reaccionaría el enemigo? Tal vez enviaran a un tipo a explorar... lo cual sería un inconveniente, aparte de lo que el tipo pensara encontrar.

Despacio y tranquilo, mano, se dijo Chávez.

Ruidos, por fin. El viento los llevaba hasta él. Era el suave y lejano murmullo de hombres que conversaban. Demasiado esporádico y confuso para adivinar el idioma, pero sin duda eran voces humanas.

Contacto.

Chávez se volvió hacia el capitán, señaló el lugar de donde parecía llegarles el ruido y se llevó el dedo a la oreja. Ramírez asintió e indicó al sargento que avanzara.

No sois lo que se dice muy listos, muchachos -dijo Chávez mentalmente a su presa-. *Habláis tan fuerte que se os escucha a más de doscientos metros. Mejor para mí.* Esto último no le molestaba en absoluto. El solo hecho de estar allí era bastante fatigoso.

Llegaron a la senda. Chávez se arrodilló en busca de huellas humanas. Las había en abundancia, y en las dos direcciones. Dio un paso muy largo para cruzar la senda sin pisarla y se detuvo. Ramírez y Chávez constituían un equipo de dos, lo bastante separados como para que no los pudieran alcanzar con una sola ráfaga, pero no tanto que no se brindasen apoyo mutuo. El capitán Ramírez era un oficial con experiencia, que venía de comandar una compañía de Infantería ligera, pero la destreza de Chávez para desplazarse en la selva era superior a cuanto había conocido en la materia. Como él mismo había dicho minutos atrás, era el momento de tomar posiciones, y las mayores preocupaciones eran las suyas. Estaba al mando de la unidad. Por consiguiente, el éxito de la misión era de su exclusiva responsabilidad, como lo era la vida de sus hombres. Había llevado diez hombres a territorio enemigo y debía salir de allí con los diez. Era el único oficial de la unidad, y, como tal, tenía que actuar con la misma eficacia que cualquiera de sus hombres o, si era posible, mejor en cada especialidad. No era una expectativa realista, pero todos la tenían, incluido Ramírez, a pesar de su madurez. Pero al contemplar a Chávez en la imagen verdegrís de las gafas, desplazándose como un fantasma, silencioso como la brisa, tuvo que combatir la sensación de su propia deficiencia. A continuación, sobrevino la euforia. Eso era mejor que mandar una compañía. Eran diez especialistas de élite, diez de los mejores hombres que el Ejército tenía, y él era su jefe... Una parte de su mente comprendió que experimentaba la montaña rusa emocional propia de las situaciones de combate. El oficial, joven inteligente, empezaba a asimilar la lección que la historia mencionaba pero nunca lograba inculcar del todo: por más que hablara, leyera y conversara sobre ello, nada sustituía a la experiencia. El entrenamiento atenuaba el estrés del combate, pero no lo eliminaba. Su propia claridad mental lo asombraba. Sus sentidos nunca se habían agudizado tanto, su mente funcionaba con rapidez y claridad. Estaba dispuesto a afrontar el estrés y los peligros, y ésa era la causa de aquella euforia. Mientras tanto, una parte remota de su intelecto vigilaba y evaluaba su desempeño, advertía

que, al igual que en los deportes de pelota, el pelotón necesitaba el contacto físico con el adversario para ponerse a trabajar. El problema era que debían evitar ese contacto.

Chávez alzó la mano y se agazapó detrás de un árbol. Más allá de unos arbustos estaba la causa de que el sargento se hubiera detenido.

La pista aérea.

Mejor aún, a unos cientos de metros estaba el avión. Sus motores, aunque apagados, generaban una imagen infrarroja en las gafas.

-Parece que estamos en el buen camino, mi capitán -susurró *Ding.*

Ramírez y Chávez se desplazaron a derecha e izquierda, siempre detrás de los árboles, en busca de centinelas. No los había. El objetivo, llamado *Reno,* era tal cual indicaban los informes previos. Después de asegurarse de ello, Ramírez volvió al punto de reunión, mientras Chávez tomaba posiciones para vigilar la situación. Veinte minutos más tarde, el pelotón ocupaba el lugar designado, una elevación al nordeste de la pista que dominaba un frente de unos doscientos metros. Seguramente había sido la parcela de un campesino pobre, y la pista era una extensión de los campos arrasados. Tenían un panorama claro de la pista aérea. Chávez y Vega ocupaban el extremo derecho; Guerra y el otro ametrallador, el izquierdo; Ramírez, con su operador de radio, el sargento Ingeles, el centro.

Librodot

XII. ARRIBA EL TELÓN

-VARIABLE, aquí *Cuchillo,* preparados para recibir informe, cambio.

La señal transmitida vía satélite era nítida como la de una emisora comercial de FM. El técnico apagó su cigarrillo y se ajustó los auriculares.

-*Cuchillo,* aquí VARIABLE, su señal es clara. Preparados para recibir informe, cambio.

A espaldas del técnico, Clark se volvió en su silla giratoria para mirar el mapa.

-Estamos en Objetivo *Reno.* Tenemos un avión bimotor a la vista y varios hombres cargándolo con cajas de cartón. Cambio.

Clark giró rápidamente para mirar los aparatos de radio. Estaba sorprendido: *¿tan buenos* eran los informes de Inteligencia?

-Puede leer la matrícula en el timón, cambio.

-Negativo, el ángulo no lo permite. Pero va a pasar frente a nosotros. Estamos en la posición prevista. No se advierte la presencia de efectivos de seguridad en este momento.

-Joder -murmuró uno de los técnicos. Tomó un micrófono manual-: Aquí VARIABLE. *Reno* informa, el pájaro está en el nido, tiempo cero tres uno seis Zulú... Entendido. Avisaré. Fuera. -Se volvió hacia su compañero-: Efectivos, están a una hora.

«Perfecto», pensó el otro hombre.

Ramírez y Chávez vieron cómo dos hombres terminaban de acomodar la carga en el avión. Determinaron que era un «Piper Cheyenne», un avión de alguna empresa, mediano, con una autonomía razonablemente amplia, aunque sujeta al peso de la carga y las condiciones de vuelo. El comercio local podía proveerles los depósitos suplementarios para aumentar la autonomía de vuelo. La carga transportada a Estados Unidos por los narcotraficantes no tenía problemas de peso ni de tamaño, salvo en el caso de la marihuana. El único límite era el dinero. Un solo avión podía transportar suficiente cocaína pura para dejar en números rojos a un Banco de la Reserva Federal, incluso a precios de mayoristas.

Los pilotos abordaron el avión después de estrechar las manos de la tripulación de tierra, un gesto que sus observadores hallaron tan rutinario como el de la partida de un avión de línea. Se encendieron los motores, cuyo rugido ensordeció a los infantes.

-Joder -susurró el sargento Vega-. Podría derribarlo sin darle tiempo a levantar vuelo. Mierda. -Desde luego, su arma tenía «puesto» el seguro.

-Así daríamos un poco de emoción a nuestras vidas -replicó *Chávez*-. Sí, no es mala idea, *Oso.* Los tipos de seguridad estaban alrededor del avión y ahora se abren para todas partes. -Tomó el transmisor-: Mi capitán...

-Ya lo he visto. Alerta, por si necesitamos retroceder.

El «Piper» se deslizó lentamente hasta el extremo de la pista, saltando como un pájaro herido sobre los baches abiertos en aterrizajes anteriores. La pista estaba iluminada por un puñado de bengalas, muchas menos de las que solían usarse. A los observadores les pareció peligroso, y Chávez cayó en la cuenta de que un despegue fallido significaría la muerte de algunos de sus propios camaradas...

El morro del avión bajó un poco cuando el piloto elevó la potencia al máximo y luego la redujo para verificar que los motores no se apagaban. Satisfecho, elevó la potencia, soltó los frenos y el avión se puso en marcha. Chávez dejó los prismáticos a un lado. El avión, muy pesado a causa del exceso de combustible, se alzó a escasos veinte metros de la copa de los árboles. El piloto, quienquiera que fuese, era un tipo temerario, pensó el sargento.

-Acaba de despegar: un «Piper Cheyenne» -dijo Ramírez, y leyó el número pintado en la cola. Matricula de Estados Unidos-. Rumbo aproximado tres tres cero. -Por consiguiente, se dirigía al canal de Yucatán, entre México y Cuba.

-¿Puede describirme *Reno*? -dijo el operador al tomar debida nota de todo.

-Cuento seis personas. Cuatro llevan fusiles, los otros no se distinguen. Una camioneta *pickup* y las chozas que se ven en las fotos. La camioneta está en marcha, me parece que... sí, apagan las bengalas. Atención, la camioneta viene hacia aquí.

A la izquierda de Ramírez, Vega alzó la ametralladora sobre el bípode y apuntó la mira a la camioneta que recorría el borde izquierdo de la pista. Se detenía cada cien metros para que el pasajero ahogara con tierra el chisporroteo de las bengalas.

-Despacito, despacito, te rompemos el culito... -canturreó Vega.

-Tranquilo, *Oso* -murmuró *Ding.*

-No hay problema. -Vega mantenía el pulgar sobre el seguro y el índice sobre el arco, no sobre la cola del disparador.

Se apagaron las bengalas, una por una. La camioneta pasó a escasos ciento cincuenta metros de los soldados, pero no se dirigió hacia ellos. Simplemente tenía que pasar por ahí. El arma la siguió hasta que acabó por alejarse. Luego Vega apoyó la culata en tierra y se volvió a su camarada.

-¡Joder! -dijo con una mueca de fingida resignación.

Chávez reprimió una risita. Qué curioso, pensó. Estaban en territorio enemigo, armados para enfrentarse a un batallón, pero jugando al escondite, como los chicos en una fiesta de Navidad. En el fondo era el juego más serio que pudiera existir, pero en la forma era una risa. Y eso podía cambiar en un santiamén. Apuntar una ametralladora hacia dos tipos en un camión no era cosa de risa. ¿O sí?

Chávez se puso las gafas. En el otro extremo de la pista, varios hombres encendían cigarrillos. Las imágenes difusas adquirieron forma y color blanco gracias a la energía generada por el calor. El fuego impedía la visión nocturna. *Ding,* por su forma de moverse, advirtió que estaban descansando. La tarea del día -o la noche- había concluido. La camioneta se alejó, llevándose a todos menos dos. Aparentemente, esa pareja era la guardia de seguridad de la pista. Sólo dos hombres, y fumaban durante la noche. Armados o no -parecían usar fusiles AK-47 o algo parecido-, no eran un enemigo de cuidado.

-¿Qué crees que fuman? -preguntó Vega.

-No se me había ocurrido -gruñó Chávez-. No serán tan idiotas.

-No son soldados, viejo. Hijos de puta, los hubiéramos aplastado como cucarachas. Diez segundos, máximo.

-Igual hay que tener cuidado -susurró Chávez.

-Claro -asintió Vega-. Eso es lo que nos da la ventaja.

-Seis a *Cuchillo* -dijo Ramírez por el transmisor-. Vuelvan al punto de reunión.

-Tú primero, yo te cubro -dijo Chávez a Vega.

Julio se levantó, alzó la ametralladora al hombro, con un tintineo metálico, leve pero molesto: las municiones, pensó *Ding. Es para tener en cuenta.* Esperó varios minutos antes de seguir a su camarada.

El punto de reunión era un árbol muy alto, junto al arroyo. Olivero insistió en que todos llenaran las cantimploras. Tuvo que desinfectar el rostro de un hombre, cortado por una rama

baja: aparte de eso, la unidad estaba intacta. Levantaron el campamento a quinientos metros de la pista. Habría una guardia permanente en el puesto de observación, el mismo que Chávez había elegido. *Ding* y Vega hicieron la primera guardia para ser relevados al amanecer por Guerra y un hombre armado con MP-5 silenciado. En todo momento habría una ametralladora SAW o un lanzagranadas, por si el enemigo se mostraba activo. Si se producía un tiroteo, debían ponerle fin con la mayor rapidez. Los infantes ligeros no son muy hábiles con los tanques y los cañones, pero, como todos los soldados, piensan en términos de poder de fuego, un concepto típicamente estadounidense.

Ding estaba asombrado por la facilidad con que habían establecido una rutina. Una hora antes del amanecer, él y Vega estudiaron la pista aérea desde su pequeña elevación. Uno de los dos centinelas estaba alerta, mientras el otro, sentado de espaldas a una choza, fumaba alguna cosa. El primero caminaba un poco, pero en círculos, sin alejarse.

-¿Novedades, *Ding*?

-Usted se dejó escuchar, mi capitán.

-Tropecé, lo siento.

Chávez describió rápidamente la situación y Ramírez enfocó al enemigo con sus prismáticos para verificarlo.

-Parece que el Ejército y la Policía no los molestan -dijo el capitán.

-¿Están todos sobornados?

-No, parece que desalentados por la falta de resultados. Así que los narcos usan una media docena de pistas como ésta, ya es una rutina. Vamos a pasar un tiempo aquí. -Hizo una pausa-. Ante cualquier novedad...

-Lo llamaremos de inmediato, mi capitán -prometió Vega.

-¿Alguna víbora anduvo por aquí?

-Gracias a Dios, no.

El capitán mostró los dientes en una sonrisa, palmeó el hombro de Chávez y desapareció.

-¿Qué pasa con las víboras? -preguntó Vega.

El capitán Winters observó el aterrizaje del «Piper» con cierta decepción. Ya iban dos seguidos. El avión grande de la noche anterior había desaparecido. No sabía a dónde los llevaban, después, tal vez al gran cementerio del desierto. Nadie notaría la presencia de una máquina a pistón más. Y en cuanto a los «Piper», no era difícil encontrar un comprador.

La ametralladora calibre .50 era más impresionante cuando apuntaba a la cara, pero los reflectores perdían algo de eficacia a la luz del amanecer. Esta vez no usaron el cuento del avión espía. Los *marines* trataron a los narcos con la misma falta de delicadeza que antes y con ello obtuvieron el resultado deseado. El oficial de la CIA que dirigía la operación había estado antes en la DEA, pero disfrutaba del cambio en los métodos del interrogatorio. A pesar de la matrícula del avión, los dos pilotos eran colombianos. Su machismo se desvaneció al ver a *Nicodemus.* Podían mostrarse valientes ante un revólver o un perro de asalto, pero un saurio carnicero era otra cosa. En menos de una hora se les tomó declaración y luego quedaron a disposición del juez federal de turno.

-¿Cuántos aviones no llegan? -preguntó el sargento de Artillería Black al alejarse.

-¿A qué se refiere, sargento?

-He visto el caza, señor. Seguro que el piloto le dijo al tipo, «Sigue por allí o sabrás lo que es bueno». A nosotros nos llaman una vez y otra, pero en ocasiones el avión no llega, ¿no? Lo que quiero decir, señor, es que, bueno, algunos tipos no atienden a razones; y, entonces, el chico al mando del caza le hace saber lo que es bueno.

-Eso es algo que no le interesa, sargento -subrayó el hombre de la CIA.

-Claro, entiendo. Igual me parece bien, señor. La primera vez que estuve en Vietnam, vi cómo eliminaban a todo un pelotón nuestro porque varios usaban farlopa. Allá por el 74 o 75 pesqué a un infeliz vendiendo drogas en mi pelotón. Casi le mato a golpes al hijo de puta. Eso me causó algunos problemas.

El oficial asintió como si estuviera sorprendido, pero no era así.

-Recuerde que no tiene que estar enterado, sargento -repitió.

-Entendido, señor. -El sargento de Artillería Black reunió a su gente y todos subieron al helicóptero que los esperaba.

Ése era el problema de operaciones «negras», pensó el oficial de la CIA al despedir a los *marines.* Uno pide a los mejores, los más fiables e inteligentes, para llevar a cabo la operación. Pero los mejores, los más fiables e inteligentes, tienen imaginación y saben razonar. Además, no era difícil llegar a las conclusiones acertadas. Las operaciones «negras» se volvían grises, sólo era cuestión de tiempo. Como el amanecer. Claro que la presencia de la luz no siempre era lo más conveniente.

El almirante Cutter recibió a los directores Moore y Jacobs en el vestíbulo y los tres se dirigieron al despacho presidencial. Los agentes Connor y D'Agostino, de servicio en la oficina de las secretarias, los registraron por costumbre. A pesar de los hábitos, pasaron directamente al despacho de *Vaquero.*

-Buenas tardes, señor Presidente -dijeron, uno después del otro.

El Presidente se levantó de su sillón y fue a tomar asiento en una silla antigua junto a la chimenea, como en todas las reuniones «íntimas». No le gustaba: esa silla no era tan cómoda como el sillón del escritorio, hecho a medida, y últimamente sufría de la espalda, pero los presidentes también tienen que satisfacer las expectativas ajenas.

-Si no entiendo mal, éste es un informe de situación. Empiece usted, juez, por favor.

-*Showboat* está en marcha. Para comenzar, tuvimos un golpe de suerte. El primer equipo de vigilancia que arribó a su destino lo hizo a tiempo para informar la partida de un avión. -Moore los miró con una amplia sonrisa-. Todo resultó de acuerdo con los planes. Los dos contrabandistas están en una cárcel federal. Claro que fue un golpe de suerte, lisa y llana. No siempre sucederá así, pero interceptamos noventa kilos de cocaína, lo cual no está nada mal para un solo golpe. Las cuatro unidades clandestinas llegaron a sus puestos sin ser descubiertas.

-¿Funciona el satélite?

-Falta calibrar algunos instrumentos. Es un problema del ordenador, más que nada. La parte de la operación que utilizará el «Rhyolite» no empezará hasta la semana que viene. Esa parte del plan fue montada con cierta demora, todavía tocamos de oído. El problema, si es que puedo llamarlo así, es instalar el *software* del ordenador, eso nos va a llevar un par de días.

-¿Qué pasa con el Congreso?

-Los veré esta tarde -dijo el juez Moore-. No creo que haya problemas.

-No es la primera vez que lo dice -señaló Cutter.

Moore lo miró sin disimular su hastío.

-Hemos preparado el terreno. No suelo invocar con frecuencia las normas sobre operaciones especiales; pero, cuando lo hago, en general, no suele haber problemas.

-No creo que nadie se oponga, Jim -asintió el Presidente-. Yo también preparé el terreno. Emil, está muy callado esta mañana.

-Es que ya hemos conversado sobre esos aspectos de la operación, señor Presidente. No tengo dudas legales, simplemente porque no existe ley alguna que lo contemple. La Constitución le otorga plenos poderes para recurrir a la fuerza militar en defensa de la seguridad nacional, cuando usted mismo determina que está amenazada. Los precedentes legales se remontan a la presidencia de Jefferson. El aspecto político es otra cosa, pero no me corresponde opinar al respecto. Sea como fuere, el FBI ha descubierto lo que aparenta ser una gran operación de blanqueo de dinero. Estamos a punto de entrar en acción.

-¿Qué significa una gran operación? -preguntó Cutter, para fastidio del Presidente, que tenía la misma pregunta en la punta de la lengua.

-Hemos identificado un total de quinientos ochenta y ocho millones de «narcodólares» depositados en veintidós Bancos, de Liechtenstein a California, e invertidos en bienes raíces, todos en nuestro territorio. Nuestra gente ha estado trabajando en esto toda la semana, las veinticuatro horas del día.

-¿Cuánto dinero ha dicho? -se adelantó a preguntar el Presidente, que no era el único en querer oír otra vez la cifra.

-Casi seiscientos millones -repitió el director del FBI-. La suma era más elevada hace dos días, pero hubo una transferencia importante el miércoles pasado..., parece que fue una transacción de rutina, pero vigilaremos bien todas las cuentas.

-¿Qué hará usted?

-Esta noche tendremos la documentación pertinente de todas las cuentas. Mañana, los agregados legales de nuestras Embajadas de ultramar y las divisiones que supervisan los Bancos nacionales congelarán las cuentas...

-¿Con la cooperación de los suizos y los demás países europeos? -interrumpió Cutter.

-Con su cooperación, sí. Se ha exagerado la mística de las cuentas numeradas, como el presidente Marcos descubrió hace un par de años. Si podemos demostrar que los fondos depositados provienen de actividades criminales, los Gobiernos de cada país los congelarán. En Suiza, el dinero pasa a los Gobiernos cantonales para uso local. Aparte del problema moral, existe un interés económico, y estamos protegidos por los tratados correspondientes. Por ejemplo, si el dinero se conserva en Suiza, eso no causará trastornos a la economía de ese país, ¿verdad? Más bien, todo lo contrario. Tenemos motivos para esperar que la operación sea un éxito total y le ocasione al Cártel una pérdida del orden de mil millones de dólares. Ésta es una estimación nuestra que incluye la pérdida de propiedades y el lucro cesante. En cambio, los quinientos ochenta y ocho millones es dinero contante y sonante. La hemos llamado Operación Tarpón. La ley nacional está de nuestro lado, y va a ser muy difícil que alguna vez se puedan liberar esos fondos. El aspecto legal no es tan claro en Europa, pero creo que tendremos cooperación. Los Gobiernos europeos empiezan a detectar algunos problemas con el narcotráfico en sus respectivos países, y me parece que su actitud frente a la cuestión legal es más bien... creo que la palabra justa es «pragmática». -Jacobs sonrió-: ¿Hará Justicia el anuncio?

Los ojos del Presidente lanzaban destellos de satisfacción. Harían el anuncio en la sala de Prensa. Lo presentaría un alto funcionario de Justicia, pero en la Casa Blanca, para que los periodistas sacaran conclusiones. *Señores periodistas, buenos días. Acabo de informar al señor Presidente que hemos logrado una victoria significativa en nuestra guerra incesante contra...*

-¿Cómo evalúa usted la magnitud del golpe? -preguntó el Presidente.

-Hasta ahora sólo hemos podido especular sobre las cifras que manejan. Lo más interesante es que el blanqueo parece tener por objeto legitimar sus operaciones en Colombia. Aunque a estas alturas es difícil de evaluar, parece que el Cártel busca un medio no tan flagrantemente criminal para infiltrar su economía nacional. El presunto objetivo de la operación parece ser político, ya que, en términos económicos, no es necesario. En cuanto a su pregunta, señor Presidente, la pérdida económica será un golpe duro para ellos, pero que en modo alguno los paralizará. En cambio, las ramificaciones políticas pueden traernos beneficios de una magnitud que todavía no podemos evaluar.

-Mil millones de dólares... -musitó el Presidente-. Una buena noticia para transmitir a los colombianos, ¿no?

-No les disgustará, sin duda. Las repercusiones políticas de las acciones del Cártel han sido muy perturbadoras.

-Pero no tanto como para obligarles a tomar medidas -comentó Cutter.

La observación irritó a Jacobs.

-Vea, almirante, el ministro de Justicia colombiano es mi amigo. Su cuerpo de seguridad es el doble de grande que el de nuestro Presidente. La inseguridad es tan grande, que la gente busca refugio cada vez que un coche petardea. Colombia hace un gran esfuerzo por conservar la democracia auténtica en una región donde las democracias no abundan... lo cual, permítame recordarle, es culpa nuestra. ¿Qué quiere que hagan? ¿Que echen por la borda las pocas instituciones que tienen, como en Argentina? Joder, el FBI y la DEA juntos no tienen efectivos suficientes para perseguir las mafias de la droga que ya conocemos, aunque nuestros recursos son mil veces mayores que los de ellos. ¿Qué mierda quiere, que vuelvan al fascismo para cazar a los narcos porque a nosotros nos conviene? Es lo que sucedió por causa nuestra durante más de cien años... ¡y vea lo que conseguimos!

Se supone que tú, payaso, eres un experto en asuntos iberoamericanos -se abstuvo de decir Jacobs-. *¿Quién lo dice? Eres almirante y nunca comandaste un bote de pesca.*

La conclusión tácita -pensó el juez Moore- *es que a Emil no le gusta la operación.* Al menos, su actitud tuvo el efecto de imponer silencio a Cutter. Jacobs era un hombre menudo, pero con una dignidad y una estatura moral más altas que una montaña.

-Usted no ha terminado de expresar lo que piensa, Emil -sonrió el Presidente-. Bueno, adelante.

-Anule la operación -dijo el director del FBI-. Deténgala antes de que vaya demasiado lejos. Déme los efectivos que necesito: yo puedo conseguir aquí, dentro de la ley, mucho más de lo que se logrará con esa idiotez de las operaciones clandestinas. TARPÓN es la mejor demostración de lo que digo. Es el éxito más grande que hemos logrado hasta el momento, y conseguido con métodos estrictamente policiales.

-Gracias a que un capitán de guardacostas se desvió un poco de la norma -le recordó el juez Moore-. Si no, hubiera sido un caso de piratería y homicidio, nada más. No olvide eso, Emil.

-No es la primera vez que eso sucede, Arthur. Pero hay una diferencia: esta vez no se debió a planes elaborados en Washington.

-Espero que esto no perjudique al capitán -murmuró el Presidente.

-No, señor, nos hemos ocupado de eso -le tranquilizó Jacobs.

-Bien, espero que así sea. Emil, respeto su punto de vista, pero tenemos que ensayar métodos nuevos. No puedo convencer al Congreso que me dé los fondos para duplicar los efectivos del FBI y de la DEA. Usted lo sabe.

Porque no lo intenta, quiso decir Jacobs, pero calló y asintió, sumiso.

-Además, pensé que usted había prestado su acuerdo a la operación.

-Así es, señor Presidente. -*¿Cómo pude dejarme atrapar en esto?,* se preguntó Jacobs. Ese camino, como muchos otros, estaba lleno de buenas intenciones. La operación no era estrictamente ilegal; asimismo, la práctica del vuelo en ala Delta no era un deporte peligroso..., siempre que todo resultara de acuerdo con las previsiones.

-¿Cuándo viajará a Bogotá?

-La semana entrante, señor. He enviado una carta al agregado legal para que la entregue al ministro. Cuidaremos la seguridad del encuentro.

-Muy bien. Cuídese, Emil. Lo necesito, sobre todo necesito sus consejos -dijo el Presidente, amable-. Aunque no siempre los siga.

Nuestro presidente es el campeón mundial de dejar a la gente contenta, pensó Moore. Pero así era Emil Jacobs. Siempre jugaba en equipo, desde que se incorporó al equipo del fiscal federal de Chicago, treinta años antes.

-¿Algo más?

-Designé a Jack Ryan subdirector de investigaciones interino -dijo Moore-. James lo recomendó, creo que está preparado.

-¿Conoce lo de *Showboat*? -preguntó Cutter rápidamente.

-No, señor, usted dio instrucciones precisas sobre seguridad.

-¿Cómo está Greer?

-El pronóstico no es favorable, señor Presidente -dijo Moore.

-Es una pena. La semana entrante tengo que ir a «Bethesda» a un control de presión arterial. Pasaré a verlo.

-Lo apreciaremos mucho, señor.

Ryan advirtió de entrada que todo el mundo se mostraba de lo más solícito con él. Se sentía como un intruso en la oficina, pero Nancy Cummings -secretaria del SDI desde mucho antes de la época de Greer- no lo trataba como tal, y sus guardias lo llamaban señor, aunque dos de ellos eran mayores que él. Lo mejor de todo fue enterarse de que tenía un chófer: un oficial de seguridad que portaba una pistola automática «Beretta» 92-F bajo la axila izquierda y un objeto todavía más contundente bajo el tablero del coche. Para Ryan, significaba que ya no tendría que conducir durante cincuenta y ocho minutos por la mañana y por la noche. De ahora en adelante, como VIP[25], viajaría en el asiento trasero del veloz automóvil, hablando por el teléfono móvil, estudiando documentos importantes o leyendo el diario. El coche oficial lo dejaría en el parking subterráneo de la CIA, cerca del ascensor de ejecutivos, que lo llevaría veloz al décimo piso sin pasar por esa fastidiosa rutina de seguridad en la puerta. Almorzaría en el comedor de ejecutivos, con sus muebles de caoba y sus elegantes cubiertos de plata.

El aumento de salario también era impresionante; mejor dicho, lo hubiera sido si se acercara a lo que ganaba Cathy, su esposa, como cirujana y profesora adjunta en el «Johns Hopkins.» Pero ningún funcionario del Gobierno -ni siquiera el Presidente- podía aspirar a ganar tanto como un buen cirujano. También tenía un grado equivalente al de teniente general, o almirante, a pesar de que sólo era subdirector «interino».

Su primera tarea, después de cerrar la puerta del despacho, fue abrir la caja fuerte. Estaba vacía. Ryan memorizó la combinación y advirtió que la del SDO estaba anotada en la misma

[25] Very Important Person (persona muy importante).

hoja. Su oficina gozaba del mayor privilegio que existía en el Gobierno: un baño privado. Un monitor de televisión de alta definición le permitiría recibir imágenes vía satélite del mundo entero sin necesidad de concurrir al salón, en el ala nueva del edificio. También tenía una terminal de computadora que le permitía comunicarse con otras oficinas; es decir, si lo deseaba, porque el teclado estaba cubierto de polvo; Greer jamás lo había usado. Lo más importante de todo era la *amplitud* del despacho: había lugar para pasearse mientras pensaba. Su puesto le concedía acceso ilimitado al director. Si éste estaba ausente -e incluso aunque no lo estuviera-, Ryan podía llamar a la Casa Blanca para solicitar una reunión inmediata con el Presidente. Tenía que solicitarla al jefe de personal -pasando por alto a Cutter, si lo deseaba-, pero si decía, «¡Debo ver al Presidente ahora mismo!», lo harían pasar al instante. Claro que necesitaría tener una excelente razón para ello.

Jack se sentó en el sillón de respaldo alto, de espaldas a las ventanas blindadas. Había llegado. Había realizado sus máximas aspiraciones en la CIA antes de cumplir los cuarenta años. Había ganado mucho dinero como corredor de Bolsa, y ese dinero seguía aumentando; su sueldo de la CIA le era tan necesario como un tercer zapato; había obtenido el doctorado, escrito libros, enseñado Historia, forjado una carrera nueva e interesante y llegado a la cumbre. Antes de cumplir los cuarenta años. Se hubiera obsequiado con una sonrisa de satisfacción, de no haber recordado a ese caballero paternal que agonizaba en el «Centro Médico Naval de Bethesda»; y que, gracias a esa muerte lenta y dolorosa, ahora él ocupaba ese sillón, esa oficina, ese cargo.

No lo vale. Joder, no lo vale, pensó Jack. Sus padres habían muerto en un accidente de aviación en Chicago: el golpe había sido duro, brusco y repentino como un puñetazo. Por fortuna, dentro de la desgracia, todo había sucedido con extrema rapidez. No lo había comprendido entonces, pero ahora, sí. Ryan visitaba al almirante Greer tres veces por semana, observaba cómo su cuerpo se encogía igual que una planta al marchitarse, cómo el dolor trazaba surcos en su noble rostro mientras libraba con dignidad una batalla que sabía perdida. Ryan no había sufrido la agonía de sus padres, pero Greer había sido como un segundo padre para él, y Ryan cumplía sus deberes filiales. Ahora comprendía por qué su esposa se dedicaba a la cirugía ocular. Era un trabajo difícil y delicado, en el que un pequeño error podía causar la ceguera, pero a Cathy la gente no se le moría. Qué podía ser más desgarrador que... pero sabía la respuesta. Su hija se había encontrado al borde de la muerte: la suerte y un excelente equipo de cirujanos la habían salvado.

Qué valientes son, pensó Jack. Una cosa era luchar contra el hombre: él mismo lo había hecho. Otra muy distinta hacerlo contra la muerte, conscientes de que, en última instancia, era una batalla perdida. Ésa era la esencia de la profesión médica.

Joder, estás tan morboso como un hijo de puta esta mañana.

¿Qué diría el almirante?

Que comenzase con el jodido trabajo.

La vida exigía que uno siguiera adelante, que se esforzara por lograr un mundo mejor. Jack era el primero en reconocer que la CIA podía parecer un lugar bastante extraño para conseguir ese propósito, pero él consideraba que su trabajo allí, aunque fuera de lo común, lograba resultados útiles.

Percibió un aroma agradable y giró en el sillón. La cafetera eléctrica estaba encendida. Seguramente era cosa de Nancy. Pero en lugar de las tazas del almirante Greer, algunas tazas con el logotipo de la CIA ocupaban la bandeja de plata. Entonces llamaron a la puerta y Nancy asomó la cabeza.

-La reunión con los jefes de departamento comienza dentro de dos minutos, Mr. Ryan.

-Gracias, Mrs. Cummings. ¿Quién ha preparado el café?

-El almirante llamó esta mañana. Dijo que a usted le vendría bien un buen café en su primer día.

-Ah, le daré las gracias yo mismo esta tarde, cuando vaya a visitarlo.

-Parecía sentirse un poco mejor -dijo Nancy.

-Dios la oiga.

Los jefes de departamento llegaron juntos y puntuales. Sirvió café para todos y se pusieron a trabajar. El primer informe, como siempre, era el referido a la Unión Soviética, seguido por los de otros lugares del mundo. Jack había asistido a esas reuniones de rutina durante años, pero ahora él ocupaba el escritorio. Sabía cómo dirigir la reunión y no se apartó de las normas. Sucediera lo que sucediese, el deber estaba por encima de todo. El almirante no hubiera querido que fuese de otra forma.

Una vez obtenida la autorización presidencial, el proceso se desarrolló con rapidez. La agencia nacional de seguridad se hizo cargo, como siempre, de las comunicaciones con las Embajadas de ultramar, sin otro inconveniente que el causado por las diferencias horarias. Se había enviado una señal previa de alerta a los agregados legales de varias Embajadas en Europa, y, a la hora señalada, los teletipos -en primer término el de Berna- comenzaron a recibir señales cifradas y a imprimir los textos correspondientes. En las salas de comunicaciones de todas las Embajadas, los técnicos advirtieron que se estaban usando los canales más protegidos. La primera hoja, llamada de registro, les indicaba que debían buscar la correspondiente secuencia de anotación única en las cajas fuertes donde se guardaban los códigos.

Tratándose de comunicaciones muy delicadas -por ejemplo, el mensaje de que una guerra estaba a punto de estallar-, las máquinas de cifrar convencionales eran totalmente inadecuadas, como lo había demostrado el caso de espionaje Walker-Whitworth. Esas revelaciones habían obligado a los estadounidenses a instrumentar un cambio rápido y drástico en la materia. Cada Embajada tenía una caja fuerte especial -dentro de otra, más grande- donde se guardaban una cantidad de casetes grabadas de aspecto común y comente. Cada una estaba envuelta en una lámina de plástico adherida al vacío, cuyo color correspondía a la naturaleza del código. Cada una tenía dos números impresos. Uno -en este caso el 342- era el número de serie general; el otro -que en la Embajada en Berna era el 68- correspondía a esa casete en particular dentro de la serie 342. Si en algún lugar del mundo aparecía una cinta con el envoltorio de plástico roto, desgarrado o siquiera arrugado, se daba por sentado que el secreto había sido violado y se quemaban todas las de esa serie.

El técnico de comunicaciones retiró la casete de la caja, miró el número, y, en presencia de su supervisor, dijo:

-Leo el número, es el tres cuatro dos.

-Afirmativo -confirmó el supervisor-. Tres cuatro dos.

-Procedo a abrir la cinta -dijo el técnico, meneando la cabeza ante tanta solemnidad, que le parecía absurda.

Arrojó el envoltorio al contenedor de residuos de plástico junto a su escritorio y puso la cinta en un reproductor de aspecto común, pero muy caro, conectado electrónicamente a otro teletipo, a tres metros de aquél.

El mensaje, cifrado en la casete 342 maestra en Fort Meade, Maryland, había sido cifrado de nuevo con el código de máxima seguridad del Departamento de Estado, llamado *Stripe,* pero aunque la clave cayera en manos enemigas, el mensaje resultante contenía palabras como DEERAMO WERAC KEWJRT y otras por el estilo debido al sistema de doble codificación

Librodot

impuesto por la casete. Eso no dejaría de irritar a quien creyera haber descifrado las comunicaciones estadounidenses. Y, desde luego, irritaba al técnico, que tenía que esforzarse por mecanografiar «palabras» tales como DEERAMO WERAC KEWJRT.

Cada letra atravesaba el reproductor de la cinta, que la transformaba en un número del 1 (A) al 26 (Z) y lo sumaba al que estaba grabado en la casete. Así, si al 1 (A) del texto original correspondía otro 1 (A) en la casete, obtenía un 2 que se convertía en una B en el texto descifrado. Las transposiciones en la casete habían sido generadas al azar en Fort Meade, a partir del ruido atmosférico radial. Era un sistema imposible de descifrar sin la clave, que en la terminología técnica se llamaba sistema de anotación única. Por definición, no se puede ordenar ni predecir el azar. Mientras las casetes estuvieran a salvo, no había manera de descifrar el código. El único motivo para no generalizar este sistema, llamado *Tapdance,* era que requería fabricar, asegurar y seguir el rastro de millares de casetes, pero se preveía que, en poco tiempo, el disco láser remplazaría el sistema anterior. El oficio de descifrador se remontaba a la época isabelina, pero los nuevos avances amenazaban con relegarlo al mismo desván de la regla de cálculo.

El técnico aporreaba el teclado, maldecía la hora y trataba de concentrarse. Su horario normal terminaba a las dieciocho y lo esperaban para cenar en un lugar agradable y acogedor, a pocas manzanas de la Embajada. Desde luego, no alcanzaba a leer el texto descifrado que aparecía a menos de tres metros, pero le importaba un bledo. Venía haciendo lo mismo durante nueve años, y no renunciaba porque le gustaba viajar. Berna era su tercer destino de ultramar. No había tanta diversión como en Bangkok, pero era mucho más interesante que su pueblo natal de Ithaca, en el Estado de Nueva York.

El mensaje tenía unos diecisiete mil caracteres, o dos mil quinientas palabras. Lo mecanografió lo más rápidamente que pudo.

-¿Está bien? -preguntó al terminar. La última «palabra» era ERYTPESM.

-Así parece -dijo el agregado legal.

-Menos mal. -El técnico introdujo la hoja de teletipo en la trituradora de la sala, que la redujo a pasta. Luego tomó la casete, y, a la viste del supervisor de turno, fue a un rincón de la sala donde había un imán grande, en forma de herradura, atado a un cable en espiral que salía de la pared. Pasó la casete ante las puntas del imán para destruir la información magnética grabada y luego la arrojó a la bolsa de residuos a quemar. Esa noche, uno de los *marines* de guardia, ante la mirada de otro supervisor de turno, arrojaría la bolsa al incinerador de la Embajada, donde los papeles y otros residuos del día serían reducidos a cenizas por una llama de gas natural. Mr. Bernardi alzó la mirada después de leer el mensaje.

-Ojalá mi secretaria escribiera tan rápido como usted, Charlie. ¡Sólo dos errores! Lamento que haya tenido que trabajar hasta estas horas. -El agregado legal le ofreció un billete de cinco francos-: Tómese un par de cervezas.

-Gracias, Mr. Bernardi.

Chuck Bernardi era un alto funcionario del FBI, cuyo grado civil equivalía al de un general de brigada del Ejército estadounidense, en el que había servido como oficial de Infantería, lejos, hacía tiempo. Su servicio en Berna estaba a punto de concluir; después lo esperaba un puesto en el cuartel general del FBI o tal vez una jefatura local. Su especialidad en el FBI era la mafia, por eso había sido enviado a Suiza. Chuck Bernardi era un experto en seguir el rastro de los fondos clandestinos, que en buena medida pasaban por el sistema financiero suizo. Su trabajo, mitad diplomático y mitad policial, lo había llevado a establecer una estrecha relación de trabajo con los más altos funcionarios de la Policía suiza. En su opinión, la Policía local era inteligente, profesional y sumamente eficaz. Una viejecita podía caminar por las calles de

Librodot

Berna con una bolsa llena de billetes sin el menor problema. Y algunas seguramente lo hacían, pensó con una sonrisa al dirigirse a su despacho.

Allí, encendió la lámpara del escritorio y un habano. Pero antes de que éste empezara a consumirse, se echó atrás en el asiento y clavó la vista en el techo.

-¡Hijos de la *reputísima*! -Agarró el teléfono para llamar al policía más importante que conocía.

-Soy Chuck Bernardi. Comuníqueme con el doctor Lang, por favor. Gracias... Hola, Karl, soy Chuck. Debo hablar con usted... ahora mismo, si es posible... Algo muy importante, Karl... No, mejor en su oficina... Por teléfono, no, Karl... Bien, gracias, amigo. Le aseguro que vale la pena. Llegaré en quince minutos.

Cortó la comunicación, se dirigió a la «Xerox» de su despacho, hizo una copia del documento y dejó anotado en el cuaderno correspondiente su nombre y la cantidad de copias. Antes de salir, guardó el original en su caja fuerte y la copia en el bolsillo de la chaqueta. Ya se le pasaría el fastidio a Karl cuando se enterara de que las arcas de su país iban a recibir doscientos millones de dólares. Los suizos congelarían las cuentas. Seis de sus Bancos conservarían los intereses generados por ese capital y posiblemente también éste. Si la identidad del Gobierno que era el legítimo destinatario de los fondos no resultaba clara, los suizos se verían «obligados» a conservar los fondos, y, en definitiva, los entregarían a los Gobiernos cantonales. La gente se preguntaba por qué Suiza era un país tan rico, pacífico y encantador. Desde luego, el esquí y el chocolate no eran las únicas causas de ello.

En menos de una hora, la noticia llegó a seis Embajadas, y mientras el sol seguía su trayectoria sobre la Tierra, agentes especiales del FBI visitaron a los ejecutivos de varios Bancos «de servicios» estadounidenses, a los que entregaron los números de varias cuentas, o los nombres de sus titulares. Los importantes fondos depositados en ésas quedaron congelados rápidamente por medio de un cerrojo electrónico computarizado. La medida se realizó con toda discreción. Nadie debía enterarse, y la importancia de conservar el secreto fue explicada en términos muy directos -en Estados Unidos y en otros países- por altos funcionarios del Gobierno a presidentes de Bancos que, en todos los casos, comprometieron su plena cooperación. (Después de todo, el dinero era suyo, ¿no?) Se les dijo a los jefes de Policía que las cuentas no eran muy activas: el promedio era de dos o tres transacciones por mes, todas por sumas muy abultadas. Seguirían recibiendo depósitos, y un funcionario belga sugirió que, si el FBI tenía los informes necesarios sobre otras cuentas, se autorizaran las transferencias de fondos de unas a otras -sin salir del país, desde luego- para no alertar a los depositantes. Después de todo, añadió, la droga era el enemigo común de todos los hombres civilizados y, por supuesto, de todas las Policías. La sugerencia fue aceptada de inmediato por el director Jacobs y ratificada por el ministro de Justicia. Los mismos holandeses brindaron su colaboración, a pesar de que su Gobierno vendía drogas, en dispensarios especiales, a los más viciosos entre sus jóvenes ciudadanos. Era una muestra evidente del capitalismo en acción. Había mucho dinero sucio en circulación, dinero que no había llegado a sus poseedores actuales por medios legítimos: los Gobiernos no podían permitirlo. Por consiguiente, se apoderaron de esos fondos para utilizarlos a su conveniencia. A los Bancos se les impuso un secreto que debían conservar tan celosamente como los nombres de sus clientes.

La operación concluyó poco antes de la última hora hábil del viernes. Los sistemas computarizados de los Bancos siguieron operando, para que los funcionarios de Justicia estudiaran, durante el fin de semana, los caminos seguidos por esos fondos. Los fondos relacionados con las cuentas ya investigadas serían congelados, y confiscados si eran europeos. El primer golpe se produjo en Luxemburgo. Aunque los Bancos suizos se destacan por las leyes de confidencialidad que los protegen, la única diferencia entre ellos y los de otros países europeos es que Bélgica, por poner un ejemplo, no está rodeada por los Alpes, y que Suiza no ha sufrido invasiones recientes de ejércitos extranjeros, como les ha sucedido a

sus vecinos. La integridad de los Bancos es la misma en todas partes, y se sabe de banqueros no suizos que odian la cadena alpina por otorgarles a sus colegas helvéticos esa ventaja comercial adicional y accidental. Sea como fuere, en este caso primó la norma de la cooperación internacional. Antes de la noche del domingo, los investigadores identificaron otras seis cuentas «sucias» y pusieron bajo llave computarizada ciento treinta y cinco millones de dólares.

En Washington, el director Jacobs, el subdirector adjunto Murray, los especialistas en asuntos de la Mafia y los funcionarios del Ministerio de Justicia cerraron sus despachos y se obsequiaron una buena merecida cena en el restaurante «Jockey Club». Protegidos por los guardaespaldas del director, los diez hombres tomaron una espléndida cena a expensas del Gobierno. Tal vez algún periodista o activista hubiera protestado; pero, en este caso, el premio era merecido. La Operación Tarpón era la victoria más importante hasta el momento en la Guerra contra la Droga. Antes del fin de semana lo darían a la publicidad.

-Caballeros -dijo Dan Murray, alzando la enésima copa del Chablis que había regado generosamente la cena, desde luego pescado-, brindo por el Servicio de Guardacostas de Estados Unidos.

La risotada general que acompañó al brindis y el coro de «¡Salud!» debió de molestar a los demás comensales. Lamentablemente, como comentó un abogado del Ministerio, nadie recordaba la letra de *Semper paratus.*

La fiesta terminó a las veintidós. Los guardaespaldas del director se miraron: Emil no estaba acostumbrado a beber tanto, al día siguiente se comportaría como un oso gruñón..., y pediría disculpas a todos antes del almuerzo.

-Volamos a Bogotá el viernes por la tarde -les comunicó en la privacidad de su «Oldsmobile» oficial-. Dispongan lo necesario, pero no avisen a la Fuerza Aérea hasta el miércoles. No quiero ninguna infiltración.

-Entendido -dijo el jefe de seguridad. No le gustaba la idea, sobre todo ahora, que los narcos estaban furiosos. Pero ese viaje los tomaría desprevenidos. Los diarios informarían que Jacobs permanecería en Washington; ocupado con el caso, nadie sabría del viaje a Colombia. De todas maneras, montarían un importante dispositivo de seguridad. Los agentes pasarían algunas horas en el polígono de tiro del Edificio Hoover para practicar con sus pistolas y metralletas. No podían permitir que le sucediera algo a Emil.

Moira se enteró el martes por la mañana. Desde luego, estaba enterada de *Tarpón.* Sabía que el viaje era secreto, e, indudablemente, peligroso. No hablaría con Juan antes del jueves por la noche. Después de todo, ella debía andar con cuidado. Durante el resto de la semana se preguntó cómo sería ese lugar especial que él tenía en los montes Blue Ridge.

Que el uniforme fuera de color caqui en lugar del camuflaje habitual de la selva carecía de importancia. Gracias a las manchas de sudor y de tierra, tenía el mismo color de la tierra donde se ocultaban. Se habían bañado una vez en el arroyo de donde sacaban el agua para beber, pero sin jabón, por temor a que la espuma o el olor o lo que fuese llamara la atención de alguien río abajo. En esas condiciones, lavarse sin jabón era tan divertido como besar a la propia hermana. Por lo menos se habían refrescado, y para Chávez ése era un recuerdo de lo más agradable. Durante unos diez minutos se había sentido cómodo. Pero, luego, el sudor había vuelto. El clima era horrible, con temperaturas que llegaban casi a los cincuenta grados al sol. Si es una selva, por qué mierda no llueve, se preguntaba Chávez. Por suerte no tenían que moverse demasiado. Los dos idiotas que vigilaban la pista pasaban la mayor parte del tiempo durmiendo, fumando -probablemente marihuana- y haciéndose una paja. En una ocasión lo habían sobresaltado al practicar el tiro al blanco con un par de latas que habían

colocado en la pista. El ejercicio no significó un peligro para los soldados porque la dirección de fuego no apuntaba hacia el puesto de observación, y Chávez había aprovechado la ocasión para evaluar su pericia. Una mierda, dijo a Vega. Volvían a practicar. Colocaron tres grandes latas de fríjoles a unos cien metros y empezaron a disparar desde la cintura, como actores de cine.

-Joder, que par de mierdas -comentó, mirándolos con los prismáticos.

-A ver -dijo Vega, y los alzó justo cuando uno de ellos derribaba una lata al tercer intento-. Joder, yo las alcanzaría desde aquí...

-*Punta,* aquí seis, ¿qué coño ocurre allí? -chilló la radio.

Vega contestó.

-Seis, aquí *Punta.* Nuestros amigos practican. El eje de fuego apunta a otra parte, mi capitán. Tratan de agujerear unas latas, pero tiran como la mierda.

-Voy para allá.

-Entendido. -*Ding* dejó la radio-. Viene el capitán. Parece que el ruido lo pone nervioso.

-Se preocupaba mucho, ¿no? -dijo Vega.

-Bueno, es un oficial. Para eso le pagan.

Ramírez apareció a los tres minutos. Chávez le ofreció los prismáticos, pero el capitán tenía los suyos. Se tendió boca abajo y los alzó a tiempo para ver un par de disparos.

-Ah.

-Dos cargadores enteros para tirar dos latas -explicó Chávez-. Les gusta el ruido. Parece que las municiones son baratas por aquí.

Los dos guardias fumaban, reían y bromeaban durante la práctica. *Deben de estar tan aburridos como nosotros,* pensó Ramírez. No había habido novedades en *Reno* después de la partida del primer avión, y los soldados detestan el aburrimiento aún más que el común de los ciudadanos. Uno de ellos -era difícil diferenciarlos, ya que tenían casi la misma talla y vestían idéntica clase de ropa- insertó otro cargador en el AK-47 y soltó una ráfaga de diez proyectiles. La hilera de disparos pasó cerca de la lata, sin tocarla.

-No pensé que sería tan fácil, mi capitán -dijo Vega, mirándolos a través de la mira de la ametralladora-. ¡Qué par de mierdas!

-Si piensa así, *Oso,* se vuelve igual que ellos -repuso Ramírez, muy serio.

-Eso lo entiendo, mi capitán, pero yo no tengo la culpa si veo lo que veo.

Ramírez cesó su reprimenda con una sonrisa.

-Bueno, en eso tiene razón.

Cayó la tercera lata. Necesitaban unos treinta disparos por blanco. Después siguieron disparando para hacerlas saltar.

-Sabe una cosa -dijo Vega-, todavía no los he visto limpiar sus armas. -Para el pelotón, la limpieza de las armas era una rutina tan sagrada como las oraciones matinales y vespertinas para los sacerdotes.

-El AK aguanta cualquier cosa -dijo Ramírez-. Es un arma muy sólida.

-Sí, mi capitán.

Los guardias se aburrieron de su juego. Uno de ellos recogió las latas. En ese momento, hizo su aparición un camión. Sin hacer ruido, para sorpresa de Chávez. Aunque tenía viento

en contra, pensaba que el ruido delataría a cualquier vehículo, pero no era así. Debería recordarlo. Había tres personas en el camión, dos en la cabina y una atrás. El conductor bajó y se acercó a los guardias. Señaló el suelo y se puso a gritar: escuchaban su voz a quinientos metros, a pesar de que no habían oído el motor del camión. Muy extraño.

-¿Qué pasa allá abajo? -preguntó Vega.

-DOE -rió el capitán Ramírez-. Está furioso por el DOE.

-¿Cómo?

-Daños causados por Objetos Extraños. Si una turbina de avión llega a aspirar esos casquillos, adiós motor. Sí, vean, ya las están recogiendo.

Chávez apuntó sus prismáticos al camión.

-Llevan unas cajas, mi capitán. Tal vez vengan esta noche. No traen latas de combustible... Mi capitán, la vez pasada no llenaron los depósitos del avión.

-El vuelo comienza en una pista, a treinta kilómetros de aquí. Tal vez no necesitan reabastecerse... Pero sí, es bastante raro.

-¿Tendrán los barriles de combustible en la cabaña? -preguntó Vega.

El capitán Ramírez respondió con un gruñido. Hubiera enviado a un par de hombres a reconocer el terreno, pero las órdenes eran claras: sólo podían patrullar la zona circundante en busca de personal de seguridad. No debía correr el menor riesgo de establecer contacto con el enemigo. Por consiguiente, no podían extender la zona de patrulla, aunque de esa manera podrían averiguar más sobre el enemigo, enterarse de cosas que luego les serían útiles. Era lo más elemental del arte de la guerra, y la orden de no hacerlo le parecía una tontería porque generaba más riesgos de los que se suponía debía evitar. Pero órdenes eran órdenes. Su autor no conocía bien el arte militar. Era la primera vez que Ramírez experimentaba ese fenómeno: como sus soldados, era demasiado joven para recordar Vietnam.

-Van a tardar todo el día -dijo Chávez. Parecía que el conductor del camión les obliga a contar los proyectiles pero era imposible recoger todas esas mierdas. Vega miró su reloj.

-En dos horas se pone el sol. ¿Alguien quiere apostar que tendremos acción esta noche? Me juego cien pesos a que el avión llega antes de las veintidós.

-No hay apuesta -dijo Ramírez-. Ese tipo alto al lado del camión ha abierto una caja de bengalas. -El capitán se alejó. Era hora de comunicarse.

En Coreza, habían pasado un par de días sin novedad. Clark volvía de un almuerzo en el casino de oficiales de Fort Amador -el comandante del Ejército panameño tenía su despacho en el mismo edificio, lo cual era extraño porque no se llevaba demasiado bien con los militares estadounidenses- seguido de una breve siesta. Las costumbres locales, sobre todo la de dormir durante las horas de más calor, tienen su lógica, pensó. Terminó de despertarse con el aire frío del camión, climatizado para proteger el equipo electrónico del calor, y, sobre todo, de la humedad.

El grupo *Cuchillo* se había apuntado un tanto la primera noche con un solo avión. Otros dos pelotones también habían acertado, pero uno de los aviones consiguió llegar a su destino porque el radar del F-15 lo perdió quince minutos después del despegue, para vergüenza de todos. Pero eran los problemas que cabía esperar con una mano de obra tan escasa. Dos aciertos de tres posibilidades era un buen promedio, sobre todo si se pensaba que un mes antes, los de Aduanas apenas lograban interceptar un avión por mes. El cuarto pelotón no tenía novedades. La pista que vigilaba permanecía inactiva, a pesar de que los informes de

Inteligencia de una semana antes permitían prever lo contrario. Ése era otro de los riesgos de las operaciones en el mundo real.

-VARIABLE, aquí *Cuchillo,* cambio -dijo la voz, sin preámbulos.

-*Cuchillo,* aquí VARIABLE. La recepción es perfecta. Listos para recibir mensaje, cambio.

-Hay actividad en *Reno,* posible viaje esta noche. Los mantendremos informados, cambio.

-Entendido. Aquí estaremos. Fuera. -El técnico pasó a otro canal-: *Nido de Águila,* aquí VARIABLE. Preparados... Entendido. Los tendremos sobre aviso. Fuera. -Se volvió en su asiento-: Ya están alerta y el avión, listo. Parece que el radar tenía una pieza dañada. Lo han reparado. La Fuerza Aérea envía sus disculpas.

-Es lo menos que pueden hacer -gruñó el otro operador.

-¿No se os ha ocurrido pensar que la operación marcha demasiado bien? -preguntó Clark desde su asiento en el rincón.

El operador mayor quería responder con una frase desdeñosa, pero no lo hizo.

-Deben estar pensando que ocurre algo raro. No conviene que se den cuenta antes de tiempo -explicó Clark al otro técnico. Se acomodó y cerró los ojos. La noche iba a ser muy larga: le convenía prolongar un poco la siesta.

Poco después del atardecer, Chávez tuvo lo que deseaba. Empezó a lloviznar, y las lluvias que venían desde el Oeste presagiaban una tormenta. Los tripulantes de tierra instalaron las bengalas -en mucha mayor cantidad que antes-, y, poco después, el avión llegó.

La lluvia dificultaba la visibilidad. A Chávez le pareció que sacaban una manguera de combustible de la cabaña. Tal vez había depósitos de combustible y una bomba de mano dentro, pero la lluvia le impedía ver a esa distancia. Hubo otra novedad. El camión recorrió la pista y el conductor arrojó diez bengalas más para señalar la línea central. El avión despegó veinte minutos después de llegar y Ramírez envió el mensaje por su transmisor vía satélite.

-¿Tiene el número de matrícula? -preguntó VARIABLE.

-Negativo -dijo el capitán-. Llueve a cántaros, la visibilidad es una mierda. Pero ha despegado a veinte-cincuenta-uno Lima, rumbo Nor-Noroeste.

-Entendido. Cambio y fuera.

Preocupado por la reducida visibilidad, Ramírez envió otra pareja de soldados al puesto de observación, pero daba lo mismo. Los guardias no apagaron las bengalas: dejaron que la lluvia lo hiciera. Poco después del despegue, el camión partió, y los dos guardias castigados buscaron refugio en la cabaña. Más fácil, imposible, pensó.

El Potro también estaba aburrido. No le molestaba tener que cumplir esa misión, sólo que ésta no era demasiado exigente. Además, le faltaba derribar un solo avión más para ser considerado un as. El piloto sabía que para los fines de la misión era preferible capturarlos con vida...; pero, carajo, matar a esos hijos de puta era una satisfacción, aunque no fuera difícil. Su avión estaba diseñado para vérselas con los mejores aparatos rusos. Derribar un «Beech» bimotor era tan difícil como ir en coche al casino a tomar un par de cervezas. Tal vez esa noche hiciera algo distinto... pero, ¿qué?

Era algo en que pensar mientras orbitaba al norte del canal de Yucatán, detrás del E-2C y fuera de las rutas aéreas habituales. Recibió el aviso casi a la hora prevista. Viró hacia el Sur, y, a los diez minutos, avistó el blanco.

Librodot

-A la carga -dijo al «Hawkeye»-. Blanco a la vista.

Era otro bimotor, otro contrabandista de coca. El capitán Winters estaba furioso por lo de la noche anterior. Alguien había olvidado verificar el calendario de mantenimiento del «Eagle», y ese chismecito de mierda había fallado a las quinientas tres horas de vuelo, tal como el contratista había advertido. Era asombroso que pudieran calcularlo con tanta precisión. Y que un avión de combate de tantos millones de dólares quedara inutilizado al fallar un chisme o diodo o chip o lo que mierda fuera... El sargento mecánico le había dicho que esa pieza costaba cinco dólares.

Bueno, allí estaba. Un bimotor, modelo «Beech Air King». Volaba sin luces, a una altura muy por debajo de la de crucero.

Ahí vamos, pensó *el Potro.* Encendió los reflectores y efectuó su primera llamada de advertencia.

Era un narco, sin duda. Cometió la estupidez de siempre: redujo la potencia, bajó los flaps y descendió en picado. Winters nunca había logrado superar el cuarto nivel de dificultad en los vídeos, pero era mucho más fácil derribar un avión de verdad, y ni siquiera tenía que meter dinero en la máquina... pero estaba aburrido.

Bueno, esta vez hagámoslo distinto.

Mantuvo su altitud y velocidad para sobrepasar al otro, verificó que todas sus luces estuvieran apagadas y efectuó un viraje cerrado a la izquierda. Su radar de control de fuego apuntó al «Air King», que apareció en la pantalla infrarroja, conectada, igual que su armamento, a una cámara de vídeo.

Crees que has logrado escapar, ¿no?

Ahora venía lo mejor. La noche era realmente oscura. No había estrellas ni luna, el cielo aparecía cubierto por una densa capa de nubes de tormenta. El «Eagle» estaba pintado de gris azulado, un color más adecuado para el vuelo nocturno que el negro mate. Resultaba invisible. Sabía que los tripulantes del «Beech» miraban a todas partes para tratar de avistarlo. A todas partes... menos hacia delante.

Volaban a diecisiete metros de altura, la estela de sus hélices alzaba espuma de dos o tres metros de las olas. Niveló el aparato a treinta y cinco metros y quinientos nudos; después, a mil quinientos metros del blanco, encendió las luces.

Sucedió tal como había previsto. El piloto del «Beech», deslumbrado por los faros que se dirigían rectos hacia él, reaccionó por instinto como cualquier otro hubiera hecho. Viró a la derecha, bajó en picado -*exactamente diecisiete metros*- y, tras una serie de espectaculares volteretas, se hundió en el mar. Tal vez ni siquiera había tenido tiempo para darse cuenta de su error, pensó *el Potro* al accionar la palanca de control para tomar altura y echar una última mirada. *Ése sí que ha sido un golpe con estilo,* pensó el capitán Winters cuando regresaba a la base. Los de la CIA estarían felices. Y, para colmo de bienes, ya era un as. No necesitaba disparar, sólo derribar al contrario.

Librodot

XIII. FIN DE SEMANA SANGRIENTO

No era justo hacerlo esperar, pensó Moira ese miércoles por la tarde, mientras se dirigía a su casa. ¿Y si él no podía viajar? ¿Y si había que avisarle con antelación? ¿Y si por algún motivo no podía llegar?

Tenía que llamarlo.

Mrs. Wolfe tanteó en la cartera a su lado. La hoja con el membrete del hotel seguía en el compartimiento cerrado con cremallera. Al tocarla, sentía que los números le quemaban la piel. Tenía que llamarlo.

El tráfico estaba pesado. Alguien había sufrido un reventón en el puente de la Calle 14. Sus manos sudaban, aferradas al plástico del volante: ¿y si no podía viajar?

¿Y los chicos? Ya eran mayores, se cuidaban solos: el problema no era ése sino cómo explicarles que su madre los dejaría durante el fin de semana... ¿Cómo decían ellos? Para «ir a follar». *Su madre.* ¿Qué iban a pensar? No se le había ocurrido que su horrible secreto no era tal; hubiera quedado atónita al saber que sus hijos, sus colegas, su jefe, todos deseaban fervientemente *que fuera a follar.* Moira Wolfe se había perdido la revolución sexual por apenas un año o dos. Llegó a la noche de bodas con miedo, pasión, esperanza y su virginidad a cuestas, y estaba convencida de que a su esposo le sucedía lo mismo. No podía ser de otra manera, porque esa noche lo habían hecho todo muy mal. Pero, al cabo de tres días, ya conocían los rudimentos -el vigor juvenil y el amor lo vencen todo- y durante los veintidós años siguientes su relación floreció.

La muerte de su esposo había dejado un vacío en su vida, como una llaga que no terminaba de sanar. Aún tenía junto a su cama la última fotografía, tomada un año antes de su muerte, en la que reparaba su bote de vela. Ya no era joven, mostraba rollos de grasa en la cintura, había perdido cabello, pero conservaba aquella sonrisa. ¿Qué había dicho Juan? Uno mira con amor y ve el amor retribuido. *Qué hermosa frase,* pensó Moira.

Dios mío, ¿qué diría Rich? Muchas veces se había formulado esa pregunta. Lo hacía al mirar la fotografía antes de dormirse, también al mirar a sus hijos cuando entraban o salían de la casa, con la esperanza de que no sospecharan nada, pero sabiendo en un nivel inconsciente que era imposible que no se dieran cuenta. ¿Qué alternativa tenía? Dedicarse a vestir santos...; por suerte, esa costumbre había quedado enterrada. Ya había llevado luto bastante tiempo. Había llorado en su cama al recordar alguna frase, en los aniversarios de esas fechas que adquieren un significado especial a lo largo de veintidós años en que dos vidas se funden en una y, a veces, al contemplar esa fotografía de Rich en el bote que habían comprado con tanto sacrificio...

¿Qué esperan de mí?, se preguntó, angustiada. *Tengo una vida por vivir. Tengo mis necesidades.*

¿Qué diría Rich?

No tuvo tiempo para decir nada. Murió cuando iba al trabajo, dos meses después de un control médico de rutina en el que le habían dicho que debía perder un par de kilos, que tenía la presión arterial un poco alta aunque no era para preocuparse, que el nivel de colesterol no estaba mal para un hombre de cuarenta y tantos y que se hiciera un nuevo examen al cabo de un año. Esa mañana, exactamente a las 7:39, su coche se salió de la calzada y se detuvo junto a la baranda de contención. Un agente de Policía, a una manzana del lugar, se había preguntado cómo era posible que la gente se emborrachara a esa hora de la mañana, pero al acercarse comprobó que no tenía pulso. Había llamado una ambulancia, que al llegar encontró al agente haciéndole un rudo masaje cardíaco ante la suposición de un infarto. Los paramédicos habían llegado a la misma conclusión y actuaron en consecuencia, pero no hubo

nada que hacer. Era un aneurisma cerebral. El médico que realizó la autopsia le explicó que se había roto la pared de un vaso sanguíneo. Nadie hubiera podido salvarlo. ¿Y por qué...? Tal vez era un problema hereditario, o quizá no. La presión arterial no tenía nada que ver. Era casi imposible de diagnosticar. ¿Había sufrido jaquecas? ¿Ni siquiera eso? El médico se había alejado en silencio, lamentando no poder decirle algo más, frustrado porque la Medicina no conocía todas las respuestas y no era mucho lo que se podía decir. *(Cosas que pasan,* comentaban los médicos cuando hablaban entre ellos, pero no podían decirle eso a los familiares.) No había sufrido, le aseguró el médico sin saber si era cierto o no, pero eso ya no tenía importancia, de manera que, como consuelo, le dijo que esa clase de muerte era rápida e indolora. Luego, el entierro. Emil Jacobs había estado presente, como en un anticipo de la muerte de su esposa; ella misma había salido del hospital para asistir junto con su esposo, al que abandonaría poco después. Tantas lágrimas...

No era justo. Él había salido ese día casi sin despedirse, con un beso rápido, con sabor a café, diciendo que pasaría por el supermercado antes de volver a casa, y ella ni siquiera lo acompañó a la puerta como solía hacer. Esa idea la había angustiado durante meses.

¿Qué diría Rich?

Pero Rich estaba muerto, y dos años era un lapso de tiempo más que suficiente.

Cuando llegó a la casa, los chicos habían preparado ya la cena. Fue a su dormitorio a cambiarse y su mirada se posó en el teléfono junto a la cama. Sobre la mesa de luz donde tenía la fotografía de Rich. Se sentó en la cama y trató de mirarle a los ojos, pero pasó un par de minutos antes de que pudiera hacerlo. Sacó la hoja de papel, tomó aliento y empezó a marcar el número. Escuchó los ruidos propios de una llamada internacional.

-*Díaz y Díaz* -dijo una voz.

-Por favor, ¿me puede comunicar con Juan Díaz? -preguntó Moira a la mujer.

-¿Quién llama, por favor? -preguntó la voz, ahora en inglés.

-Soy Moira Wolfe.

-¡Ah, *señora* Wolfe! Soy Consuelo. Un *momento,* por favor. -Durante un minuto sólo escuchó crujidos-. *Señora* Wolfe, está recorriendo la fábrica. No lo encuentro. ¿Quiere que él le llame?

-Sí. Estoy en casa.

-*Sí,* se lo diré. *Señora...*

-Dígame.

-Perdóneme, quiero decirle algo. Desde que murió María... bueno, el *señor*[26] Juan es como un hijo para mí. Desde que la conoció a usted, ha vuelto a ser feliz. Pensé que jamás volvería a... por favor, no le diga nada, pero quiero agradecerle por el bien que le hace al *señor* Juan. Aquí, en la oficina, rezamos para que ustedes dos encuentren la felicidad.

Era justamente lo que necesitaba oír.

-Consuelo, Juan me ha hablado de usted, ha dicho que es maravillosa. Por favor, llámeme Moira.

-Ya he hablado demasiado. Encontraré al *señor* Juan, dondequiera que esté.

-Gracias, Consuelo. Adiós.

Consuelo, que en realidad se llamaba María -y había prestado el nombre a la esposa muerta de Félix (Juan)- tenía veinticinco años y un título de secretaria de una escuela local. Deseosa

[26] En español en el original.

de mejorar su situación económica, había transportado drogas a Estados Unidos, vía Miami y Atlanta, hasta que en una ocasión estuvo a punto de caer y resolvió cambiar de oficio. Ahora realizaba algunos trabajos para sus antiguos patrones a la vez que atendía su propio comercio en las afueras de Caracas. Le pagaban cinco mil dólares a la semana por recibir llamadas. Mejor dicho, ése era la mitad del trabajo. Procedió a realizar la otra mitad. Una serie de ruidos raros en la línea confirmaron su sospecha de que su llamada era derivada a otro número que ella desconocía.

-Hola.

-*Señor Díaz,* habla Consuelo.

-Dígame.

-Moira acaba de llamar. Pide que la telefonee a su casa.

-Gracias. -Se cortó la comunicación.

Cortez miró su reloj de sobremesa. Dejaría pasar... veintitrés minutos. Vivía en un lujoso apartamento en Medellín, en la misma manzana de casas que su patrón. ¿Sería ésa la llamada que esperaba? Recordaba cuando, joven oficial de Inteligencia, le era difícil ser paciente, pero desde entonces habían pasado muchos años. Volvió a los papeles.

Veinte minutos después, volvió a mirar la hora, encendió un cigarrillo y contempló la marcha de las agujas. Se preguntó cómo sería la espera de ella, a tres mil kilómetros de allí. ¿En qué pensaba? Cuando el cigarrillo estaba consumido a medias, consideró llegado el momento de averiguarlo. Alzó el auricular y marcó el número.

Fue Dave quien tomó la comunicación:

-Hola. -Frunció el entrecejo-. Se escucha muy mal, ¿podría repetirlo, por favor? Ah, sí, un momento. -Se volvió; los ojos de su madre estaban clavados en él-. Es para ti.

-Iré a mi dormitorio -dijo ella, y fue a la escalera tratando de no precipitarse.

Dave tapó el receptor con la mano.

-Adivinen quién es.

-Los chicos se miraron y sonrieron.

Dave escuchó la voz de su madre en la extensión y cortó con suavidad. *Suerte, mamá.*

-Moira, soy Juan.

-¿Estás libre este fin de semana?

-¿Este fin de semana? ¿Estás segura?

-Tengo libre desde el viernes al mediodía hasta el lunes por la mañana.

-A ver... déjame pensar... -A tres mil kilómetros de allí, Cortez miró por la ventana al edificio de la acera de enfrente. *¿No sería una trampa? ¿Y si la División de Inteligencia del FBI..., y si todo era...?* No, claro que no-. Moira, debo hablar con alguien. ¿Puedes esperar un momento en la línea?

-¡Sí!

El entusiasmo de su voz era inconfundible. Tapó el receptor y la hizo esperar dos minutos por su reloj.

-Llegaré a Washington el viernes por la tarde.

-Llegarás a la hora... justo a tiempo.

-¿Dónde nos encontraremos? Ya sé, en el aeropuerto. ¿Puedes esperarme en el aeropuerto?

-Sí.

-No sé en qué vuelo viajaré. Te esperaré en el... en el mostrador de «Hertz» a las tres. ¿Estarás allí?

-Ahí estaré.

-Y yo, Moira. Hasta entonces, mi amor. Moira Wolfe miró la fotografía una vez más. La sonrisa no era acusadora.

Cortez se levantó y salió del despacho. El guardia se puso en pie.

-Voy a ver al *jefe*[27] -dijo sin preámbulos. El guardia tomó su teléfono celular para hacer una llamada.

Los problemas técnicos eran muy complejos. El más elemental era el de la potencia. Las estaciones de base emitían unos quinientos vatios, pero a los móviles se les permitía menos de siete, y los aparatos manuales a batería que tanto gustan a la gente apenas usaban trescientos milivatios. Por más que se contara con una gigantesca antena parabólica, las señales eran como susurros. Pero el «Rhyolite-J» era un instrumento sumamente complejo, el producto de una inversión de miles de millones de dólares en investigación y desarrollo. El problema se resolvía, en parte, con la electrónica superrefrigerada, y, en parte, con varias computadoras. Una computadora bastante sencilla transformaba las señales recibidas en un código digital de unos y ceros y las transmitía a Fort Huachuca, donde otra, muchísimo más poderosa, estudiaba los fragmentos de información en bruto y trataba de hallarles algún significado. Para eliminar los ruidos generados al azar, un método -un algoritmo- matemáticamente sencillo de repeticiones sucesivas comparaba los fragmentos y mediante un procesamiento de valores numéricos medios eliminaba más del 90 por ciento. Después, la computadora extraía una conversación inteligible de la información recibida del satélite. Pero eso era apenas el primer paso.

El Cártel utilizaba teléfonos celulares para sus comunicaciones cotidianas, por razones de seguridad. Eran unas seiscientas frecuencias distintas, todas en la banda UHF, de 825 a 845 y de 870 a 890 megahercios. Para completar una comunicación, la computadora en la estación de base elegía una de las frecuencias disponibles al azar y era capaz de pasar a otra si la comunicación fallaba. Se podía utilizar la misma frecuencia para establecer diversas comunicaciones simultáneas en «células» (de ahí el nombre del sistema) vecinas de la misma red global. Debido a esta característica, ninguna fuerza policial del mundo era capaz de vigilar las comunicaciones efectuadas en un sistema celular. Se podían efectuar toda clase de comunicaciones sin necesidad de recurrir al empleo de un código.

O eso se creía, al menos.

El Gobierno estadounidense había empezado a interceptar las comunicaciones de radio extranjeras desde la época de la célebre Cámara Negra de Yardley. No había mejor fuente de información que las palabras del enemigo a su propia tropa, lo que en la jerga técnica se llamaba *comint* o *sigint,* las siglas de intercepción de comunicaciones o de señales. Estados Unidos tenía un gran desarrollo en ese campo. Había lanzado constelaciones enteras de satélites para espiar a las naciones del mundo, interceptar transmisiones radiales y señales emitidas por torres de microondas. Casi todas esas señales estaban cifradas, por lo que eran procesadas en el cuartel general de la Agencia Nacional de Seguridad, situado en Fort Meade, Maryland, entre Washington y Baltimore, cuyos vastos sótanos alojan las computadoras más grandes del mundo.

[27] En español en el original.

Se trataba de rastrear constantemente las seiscientas frecuencias utilizadas por el sistema telefónico celular de Medellín. Esa tarea, irrealizable para cualquier fuerza policial del mundo, era relativamente sencilla para la NSA, que vigilaba constantemente decenas de miles de canales electrónicos de toda clase. Esa agencia es mucho más grande que la CIA, más secreta y con un presupuesto mayor. Tiene una estación de recepción en Fort Huachuca, Arizona. Allí hay una supercomputadora, una flamante Cray conectada por cables de fibra óptica a los centros móviles de comunicación. Cada centro cumple funciones que los demás desconocen.

La segunda tarea era poner en funcionamiento la computadora. El Gobierno conocía los nombres y las identidades de muchos jefes del Cártel. Los programadores habían utilizado las voces registradas para elaborar un algoritmo capaz de reconocerlas en cualquiera de las frecuencias celulares. Luego habían identificado las voces de quienes los llamaban. La computadora era capaz de reconocer e identificar más de treinta voces y el número aumentaba día a día. A veces, la falta de potencia dificultaba la identificación, y era inevitable que algunas comunicaciones se perdieran, pero el jefe de técnica calculaba que interceptaban el 60 por ciento, y que, con la ampliación de la base de datos, llegarían rápidamente al 85 por ciento.

Identificaban las voces no relacionadas con los nombres conocidos por medio de números. La voz 23 acababa de llamar a la voz 17. Veintitrés era un guardia de seguridad. Lo identificaron porque llamó a 17, guardaespalda del Sujeto *Eco,* el nombre asignado por el equipo *comint* a Escobedo. «Va para allá»: eso fue todo lo que interceptaron. No sabían quién iba a verlo porque era una voz no registrada, o no identificada, todavía. Los especialistas eran gente paciente. Ese caso había avanzado más rápidamente de lo esperado. El blanco tenía una gran organización, pero ni soñaba que pudieran interceptar sus comunicaciones, y, por consiguiente, no tomaba precauciones para esa eventualidad. En menos de un mes, el equipo *comint* tendría conocimientos suficientes sobre el blanco para poder obtener toda clase de informes tácticos útiles. Era cuestión de tiempo. Los técnicos se preguntaban cuándo comenzarían las operaciones. La operación *sigint* siempre precedía al envío de efectivos al teatro de los acontecimientos.

-¿Qué ocurre? -preguntó Escobedo sin preámbulos.

-El director del FBI viaja mañana a Bogotá. Sale de Washington un poco después del mediodía, en un viaje secreto. Yo diría que usarán un avión oficial, de la escuadrilla de la Base Aérea Andrews. Habrá un plan de vuelo disimulado. El vuelo se llevará a cabo entre las dieciséis y las veinte. Diría que será un bimotor ejecutivo, tal vez el G-3, aunque puede ser otro. Viene a reunirse con el ministro de Justicia, seguramente para discutir cuestiones de gran importancia. Me voy a Washington, a ver qué puedo averiguar. Partiré dentro de tres horas, en un vuelo a México.

-Veo que su fuente es muy buena -dijo Escobedo, sin poder ocultar su admiración.

-*Sí, jefe* -sonrió Cortez-. Espero enterarme de qué van a hablar. No puedo prometerle nada, pero lo intentaré.

-Una mujer -comentó Escobedo-. Joven y hermosa, sin duda.

-Si usted lo dice. Bueno, me voy.

-Que disfrute el fin de semana, coronel. Yo sí lo disfrutaré.

Menos de una hora después, un télex le informó que el avión correo de la noche anterior no había llegado a su destino, en el Sur de Georgia. La satisfacción por haber recibido esa información secreta se trocó en ira. El *jefe* pensó en llamar a Cortez por el teléfono móvil, pero recordó que su empleado se negaba a discutir cuestiones importantes por una línea que

Librodot

consideraba «insegura». Escobedo meneó la cabeza: ese coronel del DGI parecía una vieja. En ese momento, el teléfono del *jefe* sonó.

-Señal -dijo un hombre en el camión, a tres mil kilómetros de ahí.

VOZ IDENT, anunció la pantalla de su terminal: *SUJETO BRAVO EMI LLAMADA A SUJETO ECO FREC 848.970 MHZ LLAMADA INI 2349Z INTERCEP IDENT 345.*

-Parece que tenemos nuestro primer acierto, Tony.

El técnico, bautizado Antonio cuarenta y siete años antes, se puso los auriculares. La conversación se grababa en cinta de alta velocidad, en realidad, en *videotape* de tres cuartos de pulgada debido al tipo de sistema empleado para interceptar la señal. Ésta quedaba registrada en cuatro aparatos, todos comerciales «Sony» con algunas modificaciones realizadas por el equipo técnico de la Agencia.

-¡Ajá! Parece que el *señor*[28] Bravo está un poco enojado -dijo Tony al escuchar un fragmento de la conversación-. Avisa a Meade que por fin tenemos *un jonrón*[29]*.* -Ése era el término que empleaban en la NSA para indicar una intercepción muy importante. La temporada de béisbol estaba a punto de comenzar.

-¿Tienes buena señal?

-Clara como el agua. Joder. ¿Por qué nunca se me ocurrió comprar acciones de la TRW? -Antonio reprimió una carcajada-: ¡Joder, qué furioso está!

La comunicación duró apenas un par de minutos. Tony conectó la entrada de sus auriculares a uno de los grabadores y deslizó su silla hacia una teleimpresora, donde empezó a escribir.

R FLASH

TOP SECRET ***** CAPER

2358Z

INFORME SIGINT

INTERCEP 345 INI 2349Z FREC 836.970 MHZ

EMI: SUJETO BRAVO

RECEP: SUJETO ECO

B: PERDIMOS OTRO CARGAMENTO (AGITACIÓN)

E: ¿QUÉ PASÓ?

B: EL MALDITO NO APARECIÓ. ¿QUÉ TE PARECE? (AGITACIÓN)

E: ESTÁN HACIENDO ALGO DISTINTO, COMO TE DIJE. ESTAMOS TRATANDO DE AVERIGUARLO.

B: ¿CUÁNDO LO SABREMOS?

E: ESTAMOS TRABAJANDO EN ELLO. NUESTRO HOMBRE SE VA A WASHINGTON A VER QUÉ PUEDE AVERIGUAR. PERO HAY ALGO MÁS.

B: ¿QUÉ? (AGITACIÓN)

E: PROPONGO QUE NOS REUNAMOS MAÑANA PARA DISCUTIRLO.

[28] En español en el original.
[29] Palabra empleada en Iberoamérica para referirse a la carrera completa *(home run*) en un partido de béisbol.

B: LA REUNIÓN ORDINARIA ES EL MARTES.

E: PERO ESTO ES IMPORTANTE. TODOS DEBEN ESTAR AL TANTO, PABLO.

B: ¿NO PUEDES DECIRME NADA?

E: LOS NORTEAMERICANOS ESTÁN CAMBIANDO LAS REGLAS DEL JUEGO. LO QUE TODAVÍA NO SABEMOS ES CÓMO LAS ESTÁN CAMBIANDO.

B: ¿Y PARA QUÉ LE PAGAMOS A ESE CUBANO RENEGADO? (AGITACIÓN)

E: ESTÁ HACIENDO UN TRABAJO EXCELENTE. TAL VEZ AVERIGUARÁ ALGO MÁS EN SU VIAJE A WASHINGTON, PERO EL TEMA DE LA REUNIÓN SERÁ LO QUE HA AVERIGUADO HASTA AHORA.

B: ESTÁ BIEN, CONVOCARÉ LA REUNIÓN.

E: GRACIAS, PABLO.

R FIN LLAMADA. SEÑAL DESCONECTADA. FIN DE INTERCEPCIÓN.

-¿Qué diablos significa «agitación»?

-Es que no puedo escribir «está de mala leche» en un mensaje oficial -dijo Antonio-. Esto es importante. Se trata de información operativa.

Apretó el botón transmisor de su terminal, que envió la señal a un destino desconocido para los técnicos del camión. Sólo sabían que le correspondía la palabra clave CAPER.

Bob Ritter se dirigía a su casa, pero apenas había recorrido un par de kilómetros por la autopista George Washington cuando su teléfono móvil emitió la característica señal y para él fastidiosa.

-¿Sí?

-Mensaje de CAPER -dijo la voz.

-Muy bien -repuso el subdirector adjunto a cargo de operaciones. Reprimió un suspiro. -Volvamos -dijo al chófer.

-Sí, señor.

Aunque se trataba de un alto funcionario de la CIA, volver significaba encontrar la forma de tomar la autopista en sentido contrario y abrirse paso en el tráfico capitalino de la hora punta, que en su majestuosa lentitud impone una velocidad de treinta kilómetros por hora a ricos, pobres y VIP por igual. El centinela abrió el portón y cinco minutos después estaba en su despacho. El juez Moore ya había partido. Sólo cuatro oficiales de servicio conocían la operación. Era el número mínimo requerido para esperar y evaluar las señales. El oficial de turno acababa de tomar su puesto. Entregó el mensaje.

-Parece importante -dijo.

-Lo es. Cortez, nada menos -dijo Ritter después de ojearlo rápidamente.

-Sí, tiene que ser él.

-Y viaja para aquí... pero no conocemos su rostro. Si el FBI lo hubiera fotografiado en Puerto Rico... ¿Conoce la descripción?

-Cabello negro o castaño. Estatura y contextura medianas, a veces usa bigote. No tiene señales visibles -dijo el oficial de memoria. No resultaba difícil memorizar nada, ya que era lo que se sabía sobre Félix Cortez.

-¿Quién es su contacto en el FBI?

-Tom Burke, un oficial de Inteligencia de mediana jerarquía. Es buen agente. Resolvió el caso Henderson.

-Bueno, pásele el informe. Tal vez ellos descubran la manera de cazar a ese hijo de puta. ¿Algo más?

-No, señor -negó Ritter, y salió para su casa por segunda vez.

El oficial de servicio subió a su despacho, en la quinta planta, para llamar al FBI. Tuvo suerte: Burke estaba en su trabajo. Claro que no podían hablar del asunto por teléfono. El oficial de la CIA, Paul Hooker, fue al edificio del FBI, en la esquina de la Décima con Pennsylvania.

Aunque la CIA y el FBI suelen disputarse los casos de espionaje y los fondos del presupuesto federal, sus empleados se prestan mutua colaboración en el trabajo; se lanzan dardos afilados, pero amistosos en el fondo.

-Viene un turista, aquí, a la capital -dijo Hooker una vez que estuvieron instalados.

-¿Quién es? -preguntó Burke, mientras le señalaba la cafetera.

Hooker meneó la cabeza al tiempo que decía: «Félix Cortez». Le entregó una fotocopia del télex. Algunas frases estaban tachadas con tinta negra. Desde luego, Burke comprendió. Como agente de la División de Inteligencia, encargada de perseguir a los espías, conocía el principio de «saber sólo lo necesario».

-Ustedes suponen que es Cortez -señaló el agente del FBI, y sonrió-. Claro que yo no apostaría por lo contrario. Si tuviéramos una foto del sujeto, podríamos atraparlo. Pero, en fin... -suspiró-. Pondré vigilancia en los aeropuertos de Dulles, National y BWI. Haremos lo posible, aunque tenemos todas las probabilidades en contra. -*Si la CIA lo hubiera fotografiado cuando actuaba sobre el terreno o asistía a la Academia de la KGB, nuestro trabajo sería mucho más fácil...*-. Supondremos que vendrá en los próximos cuatro días. Verificaremos todos los vuelos directos y los transbordos.

Era un problema casi matemático. No había muchos vuelos directos desde Colombia, Venezuela, Panamá y países vecinos a la zona de Washington. Pero si el sujeto hacía transbordo en Puerto Rico, las Bahamas, México o cualquiera de varias decenas de ciudades, entre ellas las estadounidenses, ese número se multiplicaba por diez. Si hacía una o más escalas intermedias dentro de Estados Unidos, el número de vuelos posibles era del orden de varios centenares. Cortez, un profesional entrenado por la KGB, también lo sabía. La tarea no era imposible. La Policía siempre busca el golpe de suerte, porque hasta el adversario más hábil puede ser víctima de la mala suerte o de un descuido. Así era en ese caso. La única esperanza era un golpe de suerte.

Pero no pudo ser. Cortez voló por «Avianca» a Ciudad de México, de allí sacó billete para el vuelo Dallas-Fort Worth, por «American Airlines», donde pasó por migraciones y transbordó a otro vuelo a Nueva York. Allí tomó una habitación en el hotel «St. Moritz», en la zona de Central Park. Eran las tres de la mañana, estaba exhausto. Pidió que lo despertaran a las diez y le reservaran un billete de primera clase en el tren Metroliner de las once a la Union Station de Washington. Sabía que había teléfono a bordo de ese tren. Podría llamarla si surgía algún inconveniente. O tal vez... no, no la llamaría al trabajo; seguramente el FBI intervenía sus propios teléfonos. Lo último que hizo antes de tumbarse en la cama fue destrozar el billete de avión y los talones de equipaje.

Lo despertaron a las 9:56. *Casi siete horas de sueño,* pensó. Eran como siete segundos, pero no tenía tiempo para remolonear. Media hora después, bajó a conserjería, entregó el formulario y recibió el billete de tren. Estuvo a punto de perderlo debido al tráfico habitual de Manhattan, pero llegó y ocupó un asiento de la última fila de tres en el vagón para fumadores. Un mozo sonriente, de chaleco rojo, le ofreció una taza de café descafeinado y el diario *USA*

Librodot

Today. El desayuno fue similar al que le hubieran servido en un avión, aunque un poco más caliente. Antes de llegar a Filadelfía se había dormido. Tenía necesidad de descansar. El mozo que acudió a recoger la bandeja advirtió la sonrisa del pasajero dormido y se preguntó qué estaría soñando.

A la una, cuando el Metroliner 111 entraba en Baltimore, se encendieron los reflectores de la televisión en la sala de Prensa de la Casa Blanca. Los periodistas ya habían sido avisados «por una fuente, generalmente bien informada» de que el ministro de Justicia efectuaría un anuncio importante relacionado con el narcotráfico. Las grandes cadenas no interrumpieron los melodramas de la tarde -no se podía cortar impunemente *Mi pecado fue amarte*-, pero la CNN montó de inmediato su operación de «informe especial». El hecho no pasó inadvertido para el Centro Nacional de Mando Militar en el Pentágono, cuyos oficiales de Inteligencia tenían los televisores sintonizados siempre en esa cadena de noticias por cable. Era una situación por demás reveladora de la capacidad de las agencias de Inteligencia para mantener informado a su Gobierno, pero las grandes cadenas no la comentaban por razones evidentes.

El ministro de Justicia se dirigió hacia el estrado con paso vacilante. A pesar de su experiencia, no era buen orador, ya que tenía como especialidad la asesoría de empresas y de campañas políticas. Sin embargo, era un hombre fotogénico y elegante, siempre dispuesto a brindar una primicia cuando había pocas noticias: de ahí el aprecio de que gozaba entre los medios de comunicación.

-Señores periodistas -dijo, hurgando entre sus apuntes-, se les entregará una gacetilla referida a la Operación TARPÓN. Es la más eficaz, hasta la fecha, contra el Cártel internacional del narcotráfico. -Alzó la vista y trató de ver los rostros de los periodistas más allá del resplandor de las luces-. Investigaciones realizadas por el FBI por orden de este Ministerio han permitido la identificación de una serie de cuentas bancarias, aquí y en el exterior, utilizadas para el blanqueo de dinero a una escala sin precedentes. Las cuentas están depositadas en veintinueve Bancos, de Liechstenstein a California, y las sumas depositadas superan, de acuerdo con los últimos cálculos, los seiscientos cincuenta millones de dólares. -Alzó la vista nuevamente al escuchar un *¡Jo... der!* en medio de la multitud. Sonrió. No era fácil conmover a los periodistas acreditados en la Casa Blanca. Se sucedían las ráfagas de *l*os *flashes.*

»En colaboración con seis Gobiernos extranjeros, hemos tomado las medidas necesarias para incautar esos fondos, así como ocho *joint ventures* de inversión en bienes raíces dentro del país que constituían el medio principal para el lavado del dinero. El sumario está encuadrado en extorsión y asociación ilícita. A estas alturas corresponde subrayar que muchos inversores inocentes depositaron sus fondos en esta operación; dichos fondos legales no, repito, *no,* se verán afectados por la acción legal. Fueron víctimas del dolo perpetrado por el Cártel y su dinero les será reintegrado.

-Discúlpeme -interrumpió *Associated Press*-: ¿Ha dicho usted seiscientos cincuenta *millones* de dólares?

-En efecto, aunque puede ser una suma mayor. -El ministro prosiguió con una descripción general de la operación, pero no explicó cómo cayeron sobre la pista ni los métodos empleados para rastrear el dinero-. Como ustedes saben, tenemos tratados con varios Gobiernos para casos como éste. Los fondos del narcotráfico, depositados en Bancos extranjeros, serán incautados por los Gobiernos correspondientes. Por ejemplo, en los Bancos suizos hay aproximadamente... -consultó sus apuntes-...parece que unos doscientos treinta y siete millones de dólares que pasan a poder del Gobierno suizo.

-¿Cuánto nos corresponde? -preguntó el *Washington Post.*

-Todavía no lo sabemos. Es una operación tan compleja... la auditoría nos va a llevar varias semanas.

-¿Qué nos puede decir de la colaboración de los Gobiernos extranjeros? -preguntó otro periodista.

No hagas preguntas obvias, pensó el colega vecino.

-La colaboración que hemos recibido supera todos los elogios. -El ministro sonrió, encantado-: Nuestros amigos de ultramar han actuado con gran rapidez y profesionalismo.

Robar semejante suma y anunciar públicamente que se hace por el bien de la sociedad es algo que no sucede todos los días, se dijo el periodista silencioso.

CNN es un servicio mundial. La transmisión fue recibida en Colombia por dos hombres cuyo trabajo consistía en seguir los noticieros estadounidenses. Eran periodistas de la cadena colombiana «Inravisión». Uno de ellos salió de la sala de control, efectuó una llamada telefónica y regresó.

Tony y su compañero volvieron a su camión de comunicaciones para encontrar un télex sujeto a la pared: se preveía que recibirían señales del circuito telefónico celular alrededor de las 18, hora Zulú. La previsión se cumplió.

-¿Podremos hablar con el director Jacobs sobre el tema? -preguntó un periodista.

-El director Jacobs se ocupa del caso, pero no ha podido asistir a esta conferencia -dijo el ministro-. Lo hará la semana próxima; pero, en este momento, él y sus asesores están muy ocupados. -Con esa afirmación no violaba ninguna regla. Daba la impresión de que Emil se encontraba en la ciudad, y los periodistas, que interpretaron correctamente las palabras y el tono del ministro, lo dejaron pasar. En realidad, el avión de Emil había partido de la Base Aérea Andrews veinticinco minutos antes.

-*¡Madre de Dios!*[30] -exclamó Escobedo. Apenas terminaba la conversación intrascendente que siempre precede a un cónclave de asesinos. Todos los miembros del Cártel se hallaban reunidos en la misma habitación, lo cual era infrecuente. Aunque el edificio estaba rodeado por un verdadero ejercito de guardias, les preocupaba su seguridad. El edificio tenía una antena parabólica que recibía la señal de CNN. La reunión, convocada para discutir ciertos problemas surgidos en las operaciones de contrabando, se había visto obligada a abordar temas mucho más graves. El más preocupado era Escobedo, ya que ese plan de blanqueo de dinero había sido idea suya y de otros dos miembros del Cártel. Durante los dos años anteriores, la eficacia del sistema le había granjeado los elogios de sus colegas; pero, en ese momento, las miradas no eran alentadoras.

-¿No podemos hacer nada? -preguntó alguien.

-Todavía no lo sabemos -respondió el miembro del Cártel que cumplía funciones de encargado de finanzas-. Les recuerdo que el dinero recaudado por medio de este sistema es casi el equivalente de nuestras ganancias normales. Por eso se puede decir que hemos perdido apenas lo que esperábamos ganar con estas inversiones. -Era una explicación poco convincente, incluso para él.

-Creo que no debemos tolerar nuevas interferencias -dijo Escobedo con energía-. El director de los *federales* de Estados Unidos llegará hoy a Bogotá.

-Ah, ¿sí? ¿Cómo te has enterado?

[30] En español en el original.

-Cortez. Como les dije, sus servicios son valiosos. He convocado esta reunión para darles la información reunida por él.

-Esto es inaceptable -intervino otro miembro de los asistentes a la reunión-. Debemos actuar con energía.

Todos asintieron. El Cártel no había aprendido que jamás deben tomarse decisiones importantes en momentos de ira, pero entre los presentes no había nadie capaz de aconsejarles un poco de prudencia. Por otra parte, ésa no era una cualidad propia de esos hombres.

El tren Metroliner 111 llegó a la 1.48, un minuto antes de su horario. Cortez tomó sus maletas y se dirigió a la parada de taxis frente a la estación. El taxista sonrió con placer cuando el pasajero le pidió que lo llevara al aeropuerto Dulles. Fue un viaje de media hora en el que se ganó lo que para Cortez era una propina adecuada: dos dólares. Subió al piso superior, giró a la izquierda, bajó la escalera mecánica y buscó el mostrador de «Hertz». Alquiló un «Cevy» grande, y metió las maletas en el portaequipajes. Cuando volvió, eran casi las tres. Moira llegó justo a tiempo. Se abrazaron. A ella no le gustaban los besos en público.

-¿Dónde has estacionado?

-En la playa exterior. He dejado mi equipaje allí.

-Vamos a buscarlo.

-¿A dónde me llevas?

-Hay un lugar en Skyline Drive donde la «General Motors» suele realizar reuniones importantes. Las habitaciones no tienen teléfono ni televisión, y no hay diarios.

-¡Conozco el lugar! ¿Cómo conseguiste habitación con tan poca anticipación?

-He reservado una *suite* todos los fines de semana desde la última vez que nos vimos -dijo Cortez. Era la verdad. Bruscamente se detuvo-. ¿Te parece que... he cometido una imprudencia? -A esas alturas, las vacilaciones le salían con toda naturalidad.

-No, en absoluto -dijo Moira, y se agarró de su brazo.

-Veo que tendremos un largo fin de semana.

Pocos minutos después enfilaban por la carretera 66 hacia los montes Blue Ridge.

Cuatro oficiales de seguridad de la Embajada vestidos con la ropa de trabajo de los empleados de mantenimiento del aeropuerto echaron una última mirada a su alrededor; luego, uno de ellos conectó un complejo radioteléfono y dio la autorización.

El VC-20A, versión militar del *jet* de empresa G-III, envió una señal comercial en su radiofaro, y a las 17:39 aterrizó en el Aeropuerto Internacional El Dorado, a unos quince kilómetros de Bogotá. A diferencia de la mayor parte de los VC-20A de la 89.ª División de Transporte Aéreo Militar con base en el aeropuerto Andrews, este aparato estaba adaptado para las zonas de alto riesgo, con equipo especial, inventado por los israelíes, para desviar misiles tierra-aire lanzados por terroristas... o empresarios. El avión viró, efectuó un aterrizaje perfecto contra los vientos suaves del Este y se deslizó hasta el extremo de la terminal de carga, donde varios coches y jeeps lo aguardaban. La identidad de la máquina había dejado de ser un secreto para cualquiera que se tomara la molestia de mirar bien. Apenas se detuvo, los jeeps formaron sobre su lado izquierdo. Se desplegó un pelotón de soldados cuyas armas automáticas apuntaban hacia amenazas que podían ser reales o no. Se abrió la puerta y la escalerilla bajó. El primer hombre que descendió por ella saltó directamente a tierra con una mano oculta bajo la gabardina. Lo siguió otro guardia. Eran agentes especiales del FBI cuya

misión era velar por la seguridad física de su jefe, el director Emil Jacobs. Estaban rodeados por el círculo de soldados, todos de una unidad de contrainsurgencia del Ejército colombiano. Las medidas de seguridad en ese país no tenían nada de rutinarias: demasiadas personas habían muerto.

Luego Jacobs bajó, seguido por su ayudante y por Harry Jefferson, titular de la DEA. En ese momento, arribó la limusina del embajador, que no se detuvo mucho tiempo. El embajador bajó a recibir a sus huéspedes, pero todos subieron al vehículo en menos de un minuto. Los soldados ocuparon sus lugares en los jeeps, que rodearon al coche oficial. El jefe de la tripulación cerró la puerta del avión «Gulfstream», y el VC-20A, cuyas turbinas no se habían detenido en ningún momento, inició su recorrido previo al despegue. Su destino era la pista aérea de Granada, que los cubanos habían tenido la amabilidad de construir unos años antes. Era más fácil vigilarlo allí.

-¿Has tenido buen viaje, Emil? -preguntó el embajador.

-Cinco horas, y bastante cómodo -dijo el director. Se acomodó contra el respaldo de terciopelo. El vehículo iba repleto. El asiento delantero lo ocupaban el conductor y el guardaespaldas del embajador. Por consiguiente, había cuatro ametralladoras en el auto, y Harry Jefferson portaba una pistola automática. Jacobs jamás había usado un arma, ni quería tomarse esa molestia. Además, si sus dos guardaespaldas y su ayudante -excelente tirador- no eran capaces de protegerlo, de nada le serviría llevarla. Jacobs no era un hombre de una valentía excepcional, pero después de cuarenta años de enfrentarse a criminales de toda clase -la mafia de Chicago lo había amenazado-, estaba harto de las medidas de seguridad. Había terminado por adaptarse al peligro. Era parte del decorado, como el color de la pared, y ya ni siquiera advertía su presencia.

Sí advirtió el problema de la altura. Bogotá ocupa una sabana a 3.400 metros sobre el nivel del mar, entre montañas muy elevadas. El aire era escaso. Se preguntó si el embajador se había acostumbrado. Ni los gélidos vientos invernales del lago Michigan ni la humedad estival de Washington resultaban tan molestos.

-Mañana a las nueve, ¿no? -preguntó.

El embajador asintió.

-Creo que nos van a dar la cooperación que pidamos.

Desde luego, el embajador no conocía el motivo de la reunión. Eso no le gustaba. Había sido encargado de negocios en Moscú, donde la seguridad era menos rígida que en Colombia.

-Ése no es el problema -dijo Jefferson-. Quiero decir, después de tantos jueces y policías muertos, ¿quién puede dudarlo? La cuestión es si harán lo que queremos.

¿Qué haríamos nosotros en las mismas circunstancias? -musitó Jacobs, y desvió la conversación a temas menos peligrosos-. La verdad, no hemos sido buenos vecinos.

-¿En qué sentido? -preguntó el embajador.

-Quiero decir, cada vez que convino a nuestros intereses, permitimos que estos países fueran gobernados por asesinos. Cada vez que la democracia estaba por florecer, dábamos un paso a un lado, e incluso nos quejábamos si sus ideas no eran como las nuestras. Y ahora que los narcos amenazan a sus Gobiernos debido al producto que nuestros ciudadanos consumen... les echamos la culpa a ellos.

-Es difícil arraigar la democracia en estos países -dijo el embajador-. Los españoles no eran muy partidarios de...

-Si hubiéramos cumplido con nuestro deber hace cien años, o cincuenta, hoy no tendríamos tantos problemas. Ya que no lo hicimos entonces, hagámoslo ahora.

-Si tienes alguna sugerencia, Emil...

Jacobs rió.

-Joder, soy policía, o abogado, Andy. En todo caso, no soy diplomático. Ése es tu campo. ¿Cómo está Kay?

-Muy bien.

El embajador Andy Westerfield no preguntó cómo estaba Mrs. Jacobs. Sabía que Emil había enterrado a su esposa nueve meses antes, después de una dura batalla contra el cáncer. Había sufrido mucho, pero le quedaban hermosos recuerdos de Ruth. Y un trabajo que lo mantenía muy ocupado. Eso era importante, sobre todo para alguien como Jacobs.

En la terminal, un hombre tomaba fotos desde hacía dos horas con una «Nikon» de 35 milímetros y lente telescópica. Cuando la limusina y su escolta abandonaron el aeropuerto, separó la lente del cuerpo de la cámara, guardó los dos implementos en su bolso y se dirigió a la hilera de teléfonos públicos.

La limusina se desplazaba con rapidez, precedida por un jeep y seguida por otro. En Colombia no era raro ver un coche lujoso escoltado por hombres armados. Había que ver la matrícula para descubrir que el automóvil era de Estados Unidos. Los cuatro soldados de cada jeep no se habían enterado de su misión de escolta hasta cinco minutos antes, y la ruta era previsible pero corta. En teoría, no había tiempo suficiente para montar una emboscada... si es que alguien quisiera cometer esa locura.

Porque atentar contra el embajador estadounidense era una locura; algo que sólo sucedía en Sudán, Afganistán, Pakistán..., y nadie había atentado jamás contra un director del FBI.

El chasis del coche era de un «Cadillac» modelo Fleetwood. Llevaba gruesas ventanillas de Lexan, a prueba de proyectiles de ametralladora, y la chapa del sector de pasajeros estaba reforzada con Kevlar. Los neumáticos habían sido rellenados con espuma de goma y el tanque de combustible era de un diseño especial antiexplosivo, similar al de los aviones militares. Por algo el personal de la Embajada lo llamaba el «tanque».

El conductor era tan hábil como un piloto de Fórmula Uno. Podía elevar la velocidad hasta ciento cincuenta kilómetros por hora, lanzar el vehículo de tres toneladas a una curva cerrada e invertir la marcha con la pericia de un especialista cinematográfico. Sus ojos se movían constantemente entre el camino y el espejo retrovisor. Un coche los siguió un par de kilómetros, pero después se desvió. *No es nada,* pensó. *Alguien que va del aeropuerto a casa.* El vehículo tenía un moderno aparato de radio para pedir ayuda. Iban hacia la Embajada. La residencia del embajador era una linda casa de dos plantas en medio de seis hectáreas de jardines y bosques, pero no reunía las suficientes medidas de seguridad para alojar a sus huéspedes. Como la mayoría de las Embajadas norteamericanas, ésta parecía una mezcla de edificio de oficinas y de búnker de la Línea Sigfrido.

VOZ IDENT, apareció en la terminal de la computadora, a tres mil kilómetros de allí. *VOZ 34 EMI LLAMADA A RECEP DESCONOCIDO FREC 889.980. MHZ LLAMADA INI 2258Z INTERCEP IDENT 381.*

Tony se puso los auriculares y escuchó la transmisión a través del sistema de cinta demorada.

-Nada -dijo un momento más tarde-. Alguien sale a pasear.

Librodot

En la Embajada, el agregado legal se paseaba nervioso por el vestíbulo. El agente especial del FBI, Pete Morales, quería ir al aeropuerto a recibir a su director, pero los idiotas de seguridad dijeron que no podía ir más de un coche porque era una visita no oficial, ni prevista..., y todos sabían que la sorpresa era más efectiva que el despliegue de fuerza. Morales no se contaba entre quienes lo sabían: para él, el despliegue de fuerza resultaba más eficaz. Bastante molesto le era vivir allí. Morales era californiano; a pesar de su apellido español, su familia vivía en San Francisco desde muchos años antes. Para hacerse cargo de su puesto se había visto obligado a estudiar su olvidada lengua materna y también a separarse de su mujer y sus hijos. Su último informe decía que era un país muy peligroso, tanto para los nativos como para los estadounidenses, y sobre todo para los policías.

Morales miró su reloj. Faltaban apenas dos minutos. Fue hacia la puerta.

-Justo a tiempo -dijo un hombre a tres manzanas de la Embajada, por medio de su transmisor manual.

Hasta poco tiempo antes, la RPG-7D había sido el arma antitanque ligera habitual del Ejército Soviético. Era una modificación del antiguo «Panzerfaust» alemán, y, últimamente, la habían remplazado por la RPG-18, que era casi una copia del misil estadounidense M-72 LAW. Gracias a la nueva arma, millones de ejemplares del modelo anterior habían quedado en desuso y se habían sumado al ya bien provisto mercado de armas mundial. Es un arma diseñada para perforar el blanco y su manejo no es sencillo. Por eso, cuatro de ellas apuntaban a la limusina del embajador.

El automóvil se dirigía hacia el Sur por la Carretera Trece, en el barrio de Palermo. La marcha era lenta debido al tráfico. Si los guardaespaldas del director hubieran conocido el número de la arteria y el nombre del distrito, tal vez hubiesen forzado un cambio de ruta por pura superstición. Todo el mundo estaba nervioso debido a la lentitud de la marcha, y los soldados de los jeeps estiraban el cuello para tratar de mirar por las ventanas de los edificios. Hay un hecho obvio al que pocos prestan atención: en general, no se puede ver el interior de un edificio desde fuera. Una ventana abierta no es más que un rectángulo más oscuro que la pared exterior, y el ojo se adapta a la luz ambiental, no a la de un lugar preciso. No hubo aviso.

La muerte de los estadounidenses era inevitable debido a un hecho nada fuera de lo común. Un técnico de mantenimiento reparaba un semáforo que había provocado quejas de la gente, y cuando verificó el mecanismo de relojería, pasó de la luz verde a la roja. Tuvieron que detenerse casi a la vista de la Embajada. Cuatro proyectiles RPG-7D salieron de sendas ventanas a ambos lados de la calle, tres de ellos acertaron directamente en el coche, dos de ellos en el techo.

Le bastó ver el resplandor. Antes de que el estruendo de la explosión llegara a la Embajada, Morales se precipitaba a la calle, aunque era consciente de la futilidad del gesto. Sacó la «Smith and Wesson» de la cartuchera y corrió hacia el lugar del tiroteo portándola en forma reglamentaria, apuntando al cielo. Tardó dos minutos en llegar.

El conductor aún estaba vivo, la explosión lo había arrojado sobre la calzada y su cuerpo aparecía lleno de orificios que ningún médico sería capaz de cerrar a tiempo. De los soldados del primer jeep no quedaba sino un charco de sangre. El conductor del jeep de retaguardia seguía en su puesto, se agarraba el rostro destrozado por las astillas de vidrio. El hombre a su lado estaba muerto y los otros dos habían desaparecido.

En seguida supo el motivo. Hubo fuego de armas automáticas en el edificio a su izquierda. Una ráfaga, luego otra. Un grito que se cortó de repente. Sintió el impulso de correr hacia el

edificio, pero sabía que carecía de jurisdicción y, además, era demasiado profesional para cometer semejante estupidez. Fue a inspeccionar la limusina, aunque sabía que era un acto inútil.

La muerte había sido instantánea, o tan instantánea como la muerte de un hombre puede serlo. Los guardaespaldas vestían chalecos reforzados con kevlar, capaces de detener los proyectiles, pero no los fragmentos de una ojiva antitanque, que también habían atravesado el blindaje del tanque. Morales comprendió que el ataque había sido perpetrado con armas diseñadas para destruir blindados verdaderos. En cuanto a los ocupantes, apenas conservaban rastros de la forma humana. Nadie podía hacer nada, salvo tal vez un sacerdote... o un rabino. Morales apartó la vista.

Parado en medio de la calle, permanecía sereno; sólo su entrenamiento profesional le impedía dejarse llevar por sus sentimientos. El único soldado vivo a la vista estaba malherido, tal vez no tenía conciencia de dónde estaba ni de qué había ocurrido. Ninguno de los transeúntes se había acercado a prestar ayuda..., pero algunos estaban heridos y otros se ocupaban de ellos. Además, el estado del automóvil indicaba a quienes quisieran prestar ayuda que allí no había nada que hacer. El agente echó una mirada a su alrededor. No vio al técnico del semáforo, que ya se había perdido entre el maremágnum.

Dos soldados salieron de un edificio: uno de ellos portaba lo que parecía ser una unidad de lanzamiento RPG-7. Morales reconoció al otro: era el capitán Edmundo Garza. Su camisa y pantalón estaban manchados de sangre y tenía esa mirada extraviada que Morales no había vuelto a ver después de su baja de los *marines.* Otros dos soldados salieron detrás de él cargando a un tercero, herido en los brazos y la pelvis. Morales guardó su pistola y se acercó lentamente, con las manos a la vista, para asegurarse de que lo reconocieran.

-*Capitán...*[31]*.* -dijo Morales.

-Otro muerto allá arriba y uno mío. Cuatro grupos. Se han fugado en coches. -*Garza* miró la sangre que manaba de su antebrazo con un fastidio que se convertía en preocupación. Pero no sólo el *shock* postergaba el dolor. El capitán miró el coche por primera vez en varios minutos, con la esperanza de que su primera impresión hubiera sido errónea, pero con la casi seguridad de que eso era imposible. Su ensangrentado rostro se volvió al estadounidense, que meneó la cabeza por toda respuesta. Garza tenía amor propio, era un soldado profesional totalmente entregado a su país y lo habían elegido para esa misión debido a su pericia e integridad. No temía la muerte, pero acababa de ver materializado el peor temor del militar. No había cumplido con su deber. Y, para colmo, desconocía los motivos.

Apartó la vista de sus propias heridas para mirar al único prisionero.

-Ya hablaremos -prometió, antes de caer desmayado en brazos de Morales.

-¡Hola, Jack!

Dan y Liz Murray acababan de llegar a la casa de los Ryan. Dan se quitó la cartuchera con la pistola automática y la dejó sobre un estante, ruborizándose un poco.

-Pensé que llevabas un revólver -dijo Jack con una sonrisa maliciosa. Era la primera vez que invitaban a los Murray.

-Me gustaba más mi «Python», pero el FBI prefiere las pistolas. Además, ya no persigo a los criminales. Persigo memorandos, órdenes del día y cálculos presupuestarios. -Meneó la cabeza con tristeza-. Muy entretenido.

[31] En español en el original.

-Comprendo lo que sientes -asintió Ryan, y lo condujo a la cocina-. ¿Qué te parece una cerveza?

-Perfecto.

Se habían conocido años atrás en Londres, más precisamente en el hospital «St. Thomas», cuando Murray era agregado legal de la Embajada y Ryan había sufrido heridas en un tiroteo. Hombre alto y esbelto, cuyo cabello empezaba a caer pero no a encanecer, Murray era también una persona amable y alegre de quien nadie pensaría que era policía, ni menos aún uno de los mejores. Excelente investigador, había cazado toda clase de criminales, y, aunque lamentaba que lo hubieran sacado de las calles, realizaba sus tareas administrativas con la eficiencia de siempre.

-Me he enterado de que acaban de dar un golpe -dijo Jack.

-Sí, la Operación TARPÓN. El Cártel asesinó a un tipo que les blanqueaba los capitales en muy gran escala... y, de paso, se quedaba con una jugosa porción. Dejó un registro de sus actividades y lo hallamos. Hemos tenido una quincena bastante atareada, siguiendo todas las pistas que encontramos.

-Escuché que son seiscientos millones y pico.

-Van a ser más. Hoy los suizos han descubierto otra cuenta.

-Epa. -Ryan abrió un par de botellas de cerveza-. Es un golpe en serio.

-Un directo a la mandíbula -asintió Murray-. Dime, ¿es verdad lo que escuché sobre tu nuevo puesto?

-Sí, es verdad. Lo que ocurre es que hubiera preferido ganármelo de otra manera.

-Sí, comprendo. No conozco al almirante Greer, pero el director siente una gran estima por él.

-Es que se parecen. Dos honorables caballeros a la antigua -dijo Jack-. Una especie en peligro de extinción.

-Hola, Mr. Murray -dijo Sally Ryan desde la puerta.

-¿Mr. Murray?

-¡Tío Dan! -Sally se abalanzó sobre él y le estrujó el cuello-. Tía Liz dice que si papá y tú no salís ahora mismo, vais a ver lo que es bueno -dijo con una risita.

-¿Por qué permitimos que abusen de un par de guerreros como nosotros, Jack?

-Será que son más fieras que nosotros -dijo Ryan.

-Sí, tienes razón -rió. En ese momento sonó su radiollamada. Murray tomó la cajita de plástico que llevaba sujeta al cinturón: el visor digital mostró el número al que debía telefonear-. Si pudiera, mataría al tipo que inventó estos aparatos.

-Murió -respondió Jack, muy serio-. Se presentó en la guardia del hospital con dolores en el pecho, el médico lo reconoció y demoró un poco el tratamiento. Después explicó que había tenido que atender una llamada telefónica muy importante y... bueno... -Ryan se puso serio-. ¿Quieres una línea segura? Usa el teléfono de la biblioteca.

-No creo que sea tan importante -dijo Murray-. ¿Puedo llamar por éste?

-Desde luego. El último botón es para comunicarse con Washington.

Murray marcó el número indicado, que era el de la oficina de Shaw.

-Habla Murray. ¿Usted ha llamado, Alice? Bueno... Hola, Bill. ¿Qué hay?

Fue como si un viento frío atravesara la cocina. Ryan lo sintió antes de ver la expresión de Murray.

-Entonces no hay posibilidad de que... ah, sí, conozco a Pete. -Murray miró su reloj-. Llego en cuarenta minutos. -Cortó.

-¿Qué ha sucedido?

-Han asesinado al director -dijo Dan sin vueltas.

-¿Qué...? ¿Dónde?

-En Bogotá. Viajó allá con el director de la DEA, para asistir a una reunión muy secreta.

-No hay posibilidad de que...

Murray meneó la cabeza.

-El agregado es Pete Morales. Un buen agente, trabajé con él. Dice que la muerte ha sido instantánea. Emil, Harry Jefferson, el embajador, los guardaespaldas... -Se interrumpió al ver la expresión de Jack-. Sí, alguien tenía buena información.

-Es lo que estaba pensando ahora -asintió Ryan.

-No hay un agente en el FBI que no lo quisiera como a un padre. -Murray dejó el vaso de cerveza sobre la mesa.

-Lo siento, muchacho.

-Como tú dices, es una especie en peligro de extinción. -Murray meneó la cabeza y fue en busca de su esposa. No habían terminado las despedidas cuando el teléfono de seguridad de Ryan sonó.

El hotel «The Hideaway», a pocos kilómetros de las cavernas Luray, era un edificio moderno que carecía de algunas comodidades modernas. Era la política de la casa. No había televisión por cable ni vía satélite; ni traían el diario de la mañana, pero sí había ambiente climatizado, agua corriente, y un menú de seis páginas con una carta de vinos de diez. Casi todos los clientes eran recién casados que necesitaban escasas distracciones, y matrimonios que escapaban de las distracciones para salvar la pareja. Era un servicio de estilo europeo. El cliente no hacía otra cosa que comer, beber y arrugar las sábanas, aunque podía salir a cabalgar, jugar al tenis o nadar en la piscina si la bañera de su *suite* no era lo bastante grande. Cuando le vio dar una propina de diez dólares al botones, se le ocurrió la pregunta obvia.

-¿A nombre de quién has hecho la reserva?

-Mr. Juan Díaz y señora. -Otra vez la mirada tímida-. Perdóname, no se me ocurrió otra cosa. No pensé... -Fingió vacilar-. Y no quise... ¿qué otra cosa podía decir sin pasar vergüenza? -dijo con un gesto de impotencia.

-Bueno, quiero bañarme. Ya que somos marido y mujer, puedes bañarte conmigo. Creo que la bañera admite dos personas. -Al salir de la habitación, Moira dejó caer su blusa de seda sobre la cama.

Cinco minutos más tarde, Cortez llegó a la conclusión de que la bañera admitía cuatro personas. Lo cual resultó mucho mejor.

El Presidente había volado a Camp David a pasar el fin de semana y no terminaba de bañarse cuando su edecán de turno, un teniente de *marines,* le alcanzó el teléfono inalámbrico.

-Sí... ¿Qué ocurre?

Al ver el rostro del Presidente, el teniente se preguntó dónde estaba su pistola.

-Quiero que el ministro, el almirante Cutter, el juez Moore y Bob Ritter vengan aquí de inmediato. Dígale al secretario de Prensa que me llame en quince minutos para preparar la declaración a los medios de comunicación. Por ahora me quedo aquí. ¿El transporte de los cadáveres y el entierro? Está bien, más tarde hablaremos de eso. Que sigan el procedimiento habitual. Así es. No, que el Departamento de Estado no haga declaraciones. Yo me ocuparé, después hablarán ellos. Gracias. -El Presidente cortó la comunicación y entregó el aparato al *marine.*

-Señor Presidente, ¿hay algo que la guardia deba...?

-No. -Le explicó brevemente lo que había sucedido-. Continúe, teniente.

-Sí, señor. -El *marine* salió.

El Presidente se puso el albornoz y fue a peinarse. Limpió con la toalla la humedad condensada en el espejo. Si se hubiese dado cuenta, se habría preguntado cómo era posible que el vidrio resistiera su mirada sin romperse.

-*Okay* -dijo el Presidente de los Estados Unidos al espejo-. Así que esos hijos de puta quieren jugar...

El vuelo de la Base Aérea Andrews a Camp David lo hicieron en uno de los helicópteros VH-60 Blackhawk adquiridos recientemente por la 89.ª División Aérea Militar. El aparato tenía todas las comodidades para transportar a sus pasajeros VIP, pero el ruido era excesivo para permitir una conversación normal. Los cuatro pasajeros miraban pasar las montañas occidentales de Maryland, cada uno a solas con su ira y su dolor. Llegaron en veinte minutos. Le habían ordenado al piloto que se diera prisa.

En tierra, un automóvil los condujo a la cabaña presidencial. Cuando entraron, el Presidente terminaba una comunicación telefónica. Habían tardado más de media hora en hallar a su secretario de Prensa, lo cual no había mejorado su humor en absoluto.

El almirante Cutter iba a hacer un breve discurso de circunstancia, pero se interrumpió al ver la expresión del Presidente.

Éste se sentó en un sofá, de cara a la chimenea. Frente a él había algo parecido a una mesa de café, pero al quitarle la tapa aparecían pantallas de computadoras e impresoras térmicas conectadas con las agencias de noticias y otros canales de información del Gobierno. En un cuarto contiguo, cuatro televisores estaban sintonizados en CNN y en las tres grandes cadenas. Los cuatro lo miraron: la furia desbordaba de él, como el vapor de una caldera.

-Esta vez no nos limitaremos a lamentar el suceso -dijo el Presidente, alzando la vista pero no la voz-. Han asesinado a mi amigo. Han asesinado a mi embajador. Han desafiado abiertamente el poder soberano de los Estados Unidos de América. Quieren jugar en primera división -prosiguió, en un tono que resultaba grotesco de tan sereno-. Muy bien, tendrán que aceptar las reglas del juego. Peter -dijo al ministro-, el Presidente considera que el Cártel de la droga ha iniciado una guerra no declarada contra el Gobierno de Estados Unidos. Han tomado la decisión de actuar como un Estado nacional hostil, y como tal los trataremos. Como Presidente de la Nación, he resuelto llevar la guerra a territorio enemigo, como lo haríamos en un caso de terrorismo de Estado.

Al ministro no le gustó la idea, pero asintió. El Presidente se volvió hacia Moore y Ritter.

-Basta de guantes de seda. Acabo de redactar la declaración de Prensa de circunstancias, pero a la mierda con los guantes de seda. Elaboren un plan, algo que les duela a esos hijos de puta. Basta de cháchara y de advertencias. Quiero que les llegue el mensaje aunque no atiendan el teléfono. Mr. Ritter, usted tiene material para *cazar,* sin límite de piezas. ¿Está claro?

-Sí, señor Presidente -dijo el SDO. En realidad, no lo estaba. El Presidente no había pronunciado el verbo «matar», como lo demostrarían los grabadores que seguramente estaban ocultos en la habitación. Pero hay cosas que no se hacen: una de ellas es obligar al Presidente a hablar claro cuando quiere evitarlo.

-Instálense en una cabaña, elaboren un plan. Peter, usted se quedará conmigo. -El mensaje era claro: el ministro de Justicia debía refrendar la decisión presidencial de tomar medidas, pero no era necesario que las conociera. El almirante Cutter, que conocía Camp David mejor que los otros dos, los condujo a una cabaña para huéspedes. Iba delante de Moore y Ritter, que no pudieron ver la sonrisa en su rostro.

Ryan llegó a la oficina en su coche: no le era fácil recordar que debía llamar al chófer. El oficial de servicio lo esperaba en el pasillo. En cuatro minutos lo puso al corriente de todo. Después, Jack se sentó a su escritorio. Era extraño, pero no tenía nada que hacer. Ahora sabía tanto como cualquier otro alto funcionario sobre el atentado, lo cual no era mucho más de lo que los boletines de la radio decían; apenas los nombres de las «altas fuentes que pidieron no ser identificadas». Lo cual, en ese caso, no tenía importancia. El director de la CIA y el SDO habían sido convocados a Camp David por el Presidente.

¿Por qué yo no?*,* se preguntó con sorpresa.

La respuesta se le debió haber ocurrido inmediatamente, pero aún no se acostumbraba a su *status* de alto funcionario. Ahora que no tenía nada que hacer, dejó que sus pensamientos se fueran por esa tangente. La conclusión era obvia. No había motivos para que estuviera enterado de la conversación... pero eso significaba que *algo* estaba en marcha. ¿Qué era? ¿Cuánto duraría?

Al mediodía siguiente, un avión de transporte C-141B «Starlifter» de la Fuerza Aérea aterrizó en el aeropuerto internacional de El Dorado. No se veía semejante dispositivo de seguridad desde la muerte de Anwar el Sadat. Helicópteros armados patrullaban el espacio aéreo. Vehículos blindados apuntaban sus cañones en todas direcciones. Un batallón de paracaidistas rodeaba el aeropuerto, que fue clausurado durante tres horas. Aparte de eso, había una guardia de honor, cuyos efectivos sentían que carecían de honor, que su Ejército y su país habían sido despojados de él por... *ellos.*

El cardenal Esteban Valdez pronunció un breve responso, acompañado por el rabino de la pequeña comunidad judía bogotana. El Gobierno de Estados Unidos fue representado por su vicepresidente, y el Ejército colombiano hizo entrega de los féretros a los portadores, soldados de todas las Fuerzas Armadas estadounidenses. Se pronunciaron los discursos de rigor; el más conmovedor fue el del ministro de Justicia colombiano, que no ocultó sus lágrimas al recordar a su amigo y compañero de estudios. El vicepresidente abordó su avión y partió, seguido por el gran avión de transporte «Lockheed».

La declaración presidencial hablaba de reafirmar el estado de derecho, la causa a la cual Emil Jacobs había dedicado su vida. Pero al menos avisado de los ciudadanos, esas palabras le parecían tan enrarecidas como el aire en el aeropuerto internacional de El Dorado. En Eight Mile, un suburbio de Mobile, Alabama, el sargento de Policía, Ernie Braden, cortaba el césped de su jardín. Investigador de la División de Robos, conocía todas las mañas de esos criminales, incluso los métodos con que burlaban los sistemas de alarma más complejos, como los de los banqueros ricos. Gracias a sus habilidades y a la información que recogía -la DEA tenía la oficina contigua a la de Robos-, estaba en condiciones de ofrecer sus servicios a personas que tenían dinero suficiente para que él pudiera pagar la ortodoncia y la educación de sus hijos. En realidad, no era un polizonte corrupto; pero, al cabo de veinte años en la Fuerza, le importaba un carajo. Si alguien quería consumir drogas, allá él. Si los narcos se mataban entre ellos, mejor para el resto de la sociedad. Y si un distinguido banquero resultaba

ser un ladrón entre ladrones, qué lástima; sólo le habían pedido que registrara la casa para asegurarse de que el tipo no había dejado huellas. Lástima lo de la mujer y los hijos, pero el que jugaba con fuego...

Para tranquilizar su conciencia, Braden seguía investigando los robos domiciliarios, y, de vez en cuando, atrapaba a un ladrón de verdad. Claro que eso no ocurría muy a menudo. El robo de viviendas era un crimen con pocos riesgos. No se le prestaba la atención que merecía. A la vez, los encargados de reprimir esos crímenes constituían el sector menos reconocido de las Fuerzas de Seguridad. Hacía nueve años que esperaba el ascenso a teniente, pero nunca llegaba. Braden necesitaba, o al menos anhelaba, el aumento salarial que acompañaba al ascenso, pero éstos sólo eran para los de Narcóticos y Homicidios. Mientras tanto, él quedaba postergado... ¿Por qué no habría de aceptar la coima? Más que nada, Ernie Braden estaba harto. Harto de trabajar tantas horas, de que las víctimas descargaran su impotencia sobre él cuando trataba de cumplir con su deber, de que la comunidad de los servidores de la ley no reconocieran sus esfuerzos, y de que lo enviaran a los colegios de la zona a dar esas conferencias sobre prevención del delito a las que nadie prestaba atención. Incluso estaba harto de entrenar a los equipos de béisbol infantiles, antes el gran placer de su vida. Estaba cansado de todo, pero no podía pedir el retiro. Por el momento, no.

El ruido de la cortadora eléctrica «Sears» impregnaba el aire cálido y húmedo de la calle donde vivía con su familia. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo y pensó en la cerveza helada que bebería después de terminar la tarea. Hubiera podido ser peor. Hasta tres años atrás, había tenido que empujar una cortadora de césped manual. Ahora tenía una eléctrica con carrito que le permitía trabajar sentado mientras cortaba ese pasto de mierda. Su esposa insistía en que quería un jardín delantero bien cuidado. *Y a quién le importa,* gruñó para sus adentros.

Concentrado en la tarea de que las hojas cortantes pasaran por lo menos dos veces sobre cada centímetro cuadrado de esa mierda verde -que en esa época del año crecía más rápido de lo que uno tardaba en cortarla- no advirtió que una furgoneta «Plymouth» bajaba por la calle. No sabía que sus empleadores clandestinos estaban sumamente insatisfechos con su trabajo más reciente.

Como muchos hombres, sobre todo los policías, Braden tenía sus hábitos, y uno de ellos era estar siempre armado cuando salía de la casa, aunque sólo fuera a cortar el césped. Llevaba bajo el cinturón un «Smith and Wesson» Chiefs Special, un revólver de acero inoxidable con tambor de cinco proyectiles, lo único en su vida que tenía la palabra *chief*[32]. Finalmente advirtió la presencia de la furgoneta que acababa de detenerse detrás de su viejo «Chevy». Sólo observó que había dos hombres en ella y que lo miraban con gran atención.

Su instinto de policía no le falló del todo. Los tipos lo miraban, y él les devolvió la mirada, por pura curiosidad. ¿Quién vendría a buscarlo un sábado por la tarde? Pero entonces la portezuela se abrió, un arma apareció y las preguntas se desvanecieron de su mente.

Al lanzarse de la cortadora al suelo, ésta, al contrario de un coche, avanzó menos de un metro y se detuvo mientras sus hojas giraban sobre la hierba, mezcla de sedosa y lastón, del jardín del policía. Braden cayó junto al escape de la cortadora, sintió la ráfaga de arena y tierra contra sus rodillas, pero no le dio importancia. Extrajo el revólver cuando el hombre de la furgoneta disparó la primera ráfaga.

El arma era una «Ingram» Mac-10, probablemente calibre .9, y el hombre no era diestro. El primer proyectil se acercó al blanco, pero los ocho restantes perforaron el aire cuando el arma, conocida por su falta de estabilidad, casi le saltó de las manos. El sargento Braden disparó dos proyectiles, pero la distancia era de más de diez metros, y el Chiefs Special, con su cañón de dos pulgadas, era efectivo sólo en la distancia más corta. Debido a ello y al estrés provocado

[32] Jefe.

por la sorpresa, un proyectil hizo impacto en la furgoneta, mientras que el otro se perdía en la calle.

El fuego de ametralladora produce un ruido característico, que no se confunde con el de un cohete de Navidad ni ningún otro, y el vecindario comprendió que algo muy extraño sucedía. En la casa de enfrente, un chico de quince años limpiaba su fusil. Era un viejo «Marlin» calibre .22 con palanca de acción que había pertenecido a su abuelo. Su orgulloso dueño había aprendido a jugar al béisbol con el sargento Braden, por quien sentía gran admiración. El joven en cuestión, Erik Sanderson, abandonó su tarea y se acercó a la ventana: oculto detrás de su cortadora de césped, el entrenador intercambiaba disparos con alguien. Con la claridad propia de las circunstancias, Erik Sanderson comprendió que alguien trataba de matar a su entrenador, suboficial de la Policía, que él tenía su fusil cargado al alcance de la mano y que acudir en ayuda del policía «Sería Lo Correcto». Estaba preparado para ello porque durante la mañana había practicado el tiro al blanco con unas latas vacías. La gran ambición de Erik Sanderson era alistarse en la Infantería de Marina. Ahora tenía la oportunidad de conocer el oficio por anticipado.

En medio del ruido de los disparos, tomó su fusil y un puñado de proyectiles de cobre y salió a la galería de la casa. En primer lugar extrajo la varilla que impulsaba los proyectiles dentro del cargador, bajo el cañón del arma. Se le cayó de las manos, pero tuvo el acierto de dejarlo pasar por el momento. Introdujo los proyectiles .22 de uno en uno, sorprendido de que sus manos transpiraran tanto. Después de cargar los catorce proyectiles, se inclinó para recoger la varilla, pero dos cayeron al suelo. Los recogió, insertó la varilla, la enroscó y finalmente accionó la palanca para introducir un proyectil en la recámara y amartillar el arma.

Comprobó con sorpresa que no tenía blanco y corrió a la calle para refugiarse detrás de la camioneta de su padre. Desde allí veía a los dos hombres que disparaban sus metralletas, sosteniéndolas a la altura de la cintura. En ese momento, el sargento Braden disparó su último proyectil, que salió tan desviado como los cuatro anteriores. El policía se puso en pie y trató de refugiarse en su casa, pero tropezó y tuvo dificultades para pararse. Los dos asesinos a sueldo avanzaron hacia él a la vez que insertaban cargadores nuevos en sus metralletas. Erik Sanderson alzó su fusil con manos temblorosas. Era una pieza antigua, con guión y alza; tuvo que hacer un esfuerzo para recordar lo que le habían enseñado en los Exploradores, cómo apuntar el arma centrando el guión en el centro del alza y ambos en el blanco.

Vio con horror que era tarde. Los dos hombres destrozaron al entrenador con ráfagas largas, disparadas a quemarropa. En ese momento, algo explotó en la cabeza de Erik. Apuntó a la cabeza del asesino más cercano a él y disparó.

Como tirador joven e inexperto que era, lo primero que hizo fue alzar la vista para ver el resultado de su disparo. Había errado: con un fusil, había errado el tiro a escasos treinta metros. Atónito, volvió a apuntar, apretó el disparador, pero no pasó nada. Había olvidado amartillar el arma. Murmuró unas palabras, que si su madre las hubiese escuchado, le habría propinado una sonora bofetada, amartilló el «Marlin» .22, apuntó con gran cuidado y disparó.

Los asesinos no habían escuchado el primer disparo; ensordecidos por sus propias ráfagas, tampoco oyeron el segundo, pero uno de ellos sacudió bruscamente la cabeza al recibir el impacto del proyectil, fino y penetrante como el aguijón de una avispa. Consciente de lo que había sucedido, giró a su izquierda y disparó una larga ráfaga, a pesar del dolor insoportable que atenazaba su cabeza. El otro vio a Erik y también disparó.

Pero el joven ya recargaba y disparaba un proyectil tras otro. Furioso por errar los disparos, se encogía instintivamente al escuchar las ráfagas y volvía a disparar: quería matarlos sin darles tiempo a volver a su coche. Tuvo la sensación de verlos correr en busca de refugio y malgastó sus tres últimos proyectiles en disparos al coche. Pero un arma calibre .22 no puede perforar la carrocería de un vehículo, y la furgoneta se alejó.

Erik la miró alejarse, frustrado porque no le quedaba un solo proyectil para disparar a la ventanilla trasera de la furgoneta antes de que ésta girara a la izquierda y desapareciera a la vuelta de la esquina.

Al joven le faltó valor para acercarse al cuerpo del sargento Braden. Apoyado contra la camioneta, se maldijo una y otra vez por haberles permitido escapar. No sabía -jamás creería- que se había desenvuelto mejor de lo que más de un oficial de Policía hubiera hecho.

En la furgoneta, el asesino herido se preocupaba más por el orificio del pecho que por el de la cabeza. Pero éste fue el que causó su muerte. Al inclinar la cabeza, una arteria lacerada terminó de romperse y la sangre regó el interior del vehículo, para sorpresa del moribundo, que apenas tuvo tiempo para comprender qué había suce...

Otro avión de la Fuerza Aérea, que por casualidad también era un C-141 B, transportó a Mr. Clark de Panamá a la Base Aérea Andrews, donde se realizaban los preparativos para la ceremonia de recepción. Pero antes de que el avión fúnebre llegara, Clark se reunió con su jefe, Bob Ritter, en el cuartel general de Langley. Por primera vez en decenios, la Dirección de Operaciones había recibido del Presidente una licencia para «cazar». John Clark, que de acuerdo con la nómina era un instructor de agentes, era el «cazador» en jefe de la CIA. Hacía años que no le pedían que ejerciera sus conocimientos en la materia, pero aún los conservaba.

Ritter y Clark no miraron la ceremonia por televisión. Eso formaba ya parte de la Historia, y aunque los dos se interesaban por esa disciplina, se refería sobre todo a la clase de sucesos que no aparecen en los libros.

-Hablemos otra vez sobre esa idea que expuso en St. Kitts -dijo el subdirector a cargo de Operaciones.

-¿Cuál es el objetivo? -preguntó Clark con cautela. No era difícil comprender el motivo, ni quién era el autor de la iniciativa.

-En pocas palabras, venganza -respondió Ritter.

-Castigo justo es un término más adecuado -señaló Clark. Era autodidacta, pero leía mucho.

-Los blancos representan un peligro claro y actual para la seguridad nacional.

-¿Dijo el Presidente eso?

-Sí, y con esas palabras.

-Perfecto. Así es legal. No menos peligroso, pero sí legal.

-¿Lo hará?

Clark lo miró con una sonrisa, remota y vaga.

-Mi parte de la operación, la hago a mi manera. Si no, me voy. No quiero que me vigilen, ni que nadie interfiera conmigo desde aquí. Ustedes me indican los blancos y me dan los efectivos que necesito. El trabajo lo hago yo a mi manera y yo fijo los plazos.

-De acuerdo -asintió Ritter, para gran sorpresa de Clark.

-En ese caso, acepto. ¿Qué harán con esos chicos que enviaron a la selva?

-Los retiramos esta noche.

-¿Y a dónde los enviarán? -preguntó Clark.

Ritter le dio la respuesta.

-Es muy peligroso -dijo el agente, aunque la respuesta no lo había sorprendido. Probablemente lo habían planeado así desde el comienzo. Pero en ese caso...

-Lo sabemos.

-No me gusta -dijo Clark después de pensarlo un instante-. Complica la situación.

-No le pagamos para que le guste.

Clark tuvo que asentir. Pero era honesto consigo mismo y reconocía que la tarea le gustaba. Años atrás, una misión como ésa lo había arrojado a los brazos protectores de la CIA. Pero entonces había trabajado como agente libre. Este trabajo era legal, aunque no del todo. Antes eso no le hubiera importado, pero ahora que era esposo y padre de familia, sí.

-¿Puedo pasar unos días con la familia?

-Por supuesto. Nos va a llevar unos días montar toda la operación. Enviaré la información que necesite a la granja.

-¿Cómo se llama la operación?

-RECIPROCIDAD.

-Un nombre bastante adecuado -sonrió Clark. Salió del despacho y se dirigió al ascensor. Se cruzó con Mr. Ryan, el nuevo SDI que se dirigía a la oficina del juez Moore. No los habían presentado formalmente y ése no era el momento, pero sus vidas se habían cruzado ya en dos ocasiones.

Librodot

XIV. BUSCAR Y HUIR

-Estoy en deuda con tu director Jacobs -dijo Juan-. Tal vez nos presentarás algún día. -Esa vez había procedido con lentitud. Calculaba que en poco tiempo más ella le brindaría toda la información que él quería, con la confianza íntima que debe reinar entre esposos. ¿Acaso el verdadero amor no excluía los secretos?

-Tal vez -repuso Moira después de una pausa. En su mente ya ganaba terreno la idea de que el director asistiría a la boda. No era demasiado pedir, ¿verdad?

-¿Por qué ha ido a Colombia? -preguntó mientras las yemas de sus dedos exploraban lo que ya era terreno conocido.

-Bueno, a estas alturas es del dominio público. Lo llaman Operación TARPÓN. -Moira se lo explicó. Las caricias de Juan no se alteraron en absoluto.

Eso se debía a su experiencia como oficial de Inteligencia. Contemplaba el techo con una sonrisa de satisfacción. *Idiota. Se lo advertí. Se lo dije más de una vez, en su oficina, pero no: es demasiado astuto, tiene demasiada confianza en su propia viveza para seguir mis consejos. Bueno, tal vez el hijo de puta acabe de comprender que vale la pena escucharme...* Pero entonces se preguntó cómo reaccionaria su patrón, y las sonrisas y caricias cesaron de repente.

-¿Qué ocurre, Juan?

-Tu director ha elegido un mal momento para viajar a Bogotá. Es peligroso, y allí estarán furiosos. Si se enteran de que se encuentra en el país...

-Es un viaje secreto. El ministro de Justicia colombiano es su amigo, creo que estudiaron juntos. Se conocen desde hace cuarenta años.

El viaje era un secreto. Cortez trató de convencerse de que no serían tan imprudentes como para..., pero lo eran. Estaba asombrado de que Moira no sintiera los escalofríos que recorrían su cuerpo. Sin embargo, no había nada que él pudiera hacer.

La familia de Clark, como las de los militares y los ejecutivos de ventas, estaba habituada a sus frecuentes ausencias y por lapsos variables. También estaba habituada a sus regresos imprevistos. Era como un juego, y su esposa aceptaba las reglas. En esa ocasión, tomó un automóvil de la CIA y él mismo lo condujo hasta su hogar en Yorktown, Virginia. Eran dos horas y media de viaje, pero quería aprovechar ese tiempo para pensar a solas en la misión que estaba a punto de iniciar. Cuando llegó al cruce de la autopista 64 ya había resuelto casi todos los problemas de procedimiento: antes de pasar a los detalles, tendría que leer los informes que Ritter le había prometido.

La vivienda de Clark era la de un ejecutivo de mediana categoría, una casa de ladrillos con cuatro dormitorios y sala en desnivel, en medio de una hectárea de terreno sembrado de esos pinos de agujas largas, característicos del sur de Estados Unidos. De allí tardaba diez minutos en llegar a la Granja, el centro de instrucción de la CIA, cuya dirección postal es Williamsburg, Virginia; pero que, en realidad, está más cerca de Yorktown, al lado de una base donde la Armada almacena misiles submarinos y ojivas nucleares. Casi todos sus vecinos eran colegas suyos, lo que obviaba la necesidad de elaborar complicadas historias para explicar sus movimientos. Claro que su familia tenía una idea bastante exacta sobre la fuente de sus ingresos. Sus hijas, Maggie, de diecisiete años, y Patricia, de catorce, solían llamarlo «señor agente secreto», como hacía el personaje de una vieja serie cómica de televisión. Sabían que no debían hablar de ello con sus amistades, pero sí advertían a los ocasionales «pretendientes» que debían observar muy buena conducta en presencia de su padre. La precaución era innecesaria. A casi todos los hombres, el instinto les indicaba que

debían mostrarse muy serios en presencia de Mr. Clark. Aunque John Clark no tenía cuernos ni pezuñas, bastaba una mirada suya para mostrarlo como un hombre que no toleraba la frivolidad. Sandy, su esposa, conocía su vida antes de ingresar en la CIA. Era enfermera diplomada y profesora de enfermería quirúrgica en el hospital universitario local. Sabía afrontar los problemas de la vida y de la muerte, y era un consuelo para ella saber que su esposo era uno de los pocos «legos» que comprendían de qué se trataba, aunque desde el punto de vista opuesto. Para su esposa y sus hijas, John Terence Clark era esposo y padre tierno y solícito, aunque, en ocasiones, se mostrara sobreprotector. En una ocasión, Maggie se había enojado con él por ahuyentar a un «novio» en potencia con una sola mirada. Después, para fastidio suyo, los hechos habían dado la razón al padre: la Policía había detenido al chico por conducir en estado de embriaguez. Era mucho más tolerante que la madre en cuestiones tales como salidas y paseos, y sabía brindar consuelo. Cuando estaba con su familia, sus consejos eran sensatos, su voz tierna y su ánimo, alegre. Fuera del hogar, su manera de ser cambiaba por completo, pero a la familia no le importaba.

Llegó poco antes de la cena, tomó su maleta y entró por la cocina, impregnada de un delicioso aroma a comida. Después de tantas llegadas imprevistas, Sandy ya no tenía que quejarse sobre la cantidad de comida que había preparado.

-¿Dónde has estado? -preguntó, y sin esperar respuesta inició la charada de siempre-: No estás muy bronceado que digamos. O sea que te lo has pasado en un lugar frío o nublado.

-Casi todo el tiempo bajo techo -dijo Clark, lo cual era cierto. *Encerrado con un par de idiotas en un furgón de mierda en una colina en medio de la selva. Casi como en los viejos tiempos, que ojalá no volvieran.* A pesar de su inteligencia, difícilmente podía adivinar dónde había estado. Tanto mejor.

-¿Cuánto...?

-Un par de días, después debo partir para una misión importante.

-Tendrá que ver con... -señaló el televisor de la cocina.

Clark sonrió y meneó la cabeza.

-¿Qué habrá sucedido?

-Parece que los narcos han tenido un golpe de suerte -sonrió.

Sandy sabía lo que su esposo opinaba sobre los narcos y por qué. Cada uno tiene su objeto de odio particular. Éste era compartido: ella, como enfermera, conocía por su trabajo las consecuencias del abuso de drogas. Él no solía sermonear a las chicas, pero sí lo había hecho sobre ese tema, y aunque ellas eran tan rebeldes como cualquier otro adolescente sano, jamás se atrevían a acercarse a ese límite, y ni hablar de cruzarlo.

-El Presidente está furioso.

-Es lógico, ¿no? El director del FBI era su amigo..., en la medida que un político tiene amigos. -Clark desconfiaba de los políticos, incluso de aquellos por los que votaba.

-¿Y qué va a hacer?

-No lo sé, Sandy. -*Todavía no lo he descubierto*-. ¿Las chicas?

-En el parque Busch, con sus amigos. Deben estar chillando como locas en la nueva montaña rusa.

-¿Tengo tiempo para darme una ducha? Viajé durante todo el día.

-La cena estará lista en media hora.

-Perfecto.

La besó otra vez y fue al dormitorio. Antes de entrar en el baño, dejó la ropa sucia en el canasto. Se tomaría un día de descanso con la familia antes de empezar a planificarlo todo. No tenía prisa. Por el contrario, en esa clase de misiones, la precipitación llevaba a la muerte. Esperaba que los políticos lo comprendieran.

Claro que no, pensó camino de la ducha. *Ésos no entienden nada.*

-No te sientas mal -dijo Moira-. Estás cansado, perdóname. -Acunó la cabeza de él sobre su seno. Era un hombre, no una máquina. Cinco veces en poco más de un día... era mucho pedirle a un amante. Debía dormir, descansar. Y yo también, pensó al dormirse.

Minutos después, Cortez se enderezó sin despertarla. Escuchó su respiración, lenta y profunda, contempló su plácida y satisfecha sonrisa, y se preguntó qué coño hacer. Nada, tal vez. Telefonear..., ¿arriesgarse en una conversación breve por una línea pública? La Policía colombiana, los estadounidenses, *alguien* había intervenido esos teléfonos. No, eso era lo más peligroso.

Su profesionalismo le indicó que lo más seguro era no hacer nada. Cortez se miró. Nada era justamente lo que acababa de hacer: la primera vez en mucho tiempo que le ocurría algo así.

Por supuesto que el pelotón *Cuchillo* ignoraba total - aunque no felizmente- los sucesos del día anterior. No había noticieros en la selva, y su receptor de radio recibía sólo emisiones oficiales. De ahí la sorpresa provocada por el mensaje. Chávez y Vega ocupaban el puesto de guardia en medio del calor húmedo que sobrevino tras una tormenta eléctrica. Habían caído cincuenta milímetros de lluvia en una hora, el puesto de guardia era un charco y volvería a llover antes de que despejara.

El capitán Ramírez apareció sin previo aviso, ni siquiera a Chávez, siempre tan orgulloso de su pericia. Para consolarse, pensó que el capitán era discípulo suyo en esa materia.

-Mi capitán -dijo Vega a manera de saludo.

-¿Alguna novedad? -preguntó Ramírez.

Chávez respondió sin bajar los prismáticos.

-Nuestros amigos disfrutan de su siesta de la mañana. -También dormían por la tarde. Las palabras siguientes del oficial le hicieron bajar los prismáticos bruscamente.

-Me alegro de que la disfruten, porque es la última.

-¿Cómo dice, mi capitán? -preguntó Vega.

-El helicóptero viene a buscamos esta noche. Va a aterrizar allí abajo. -Señaló la pista-. Antes de irnos, arrasamos con todo.

Chávez meditó brevemente sobre lo que acababa de escuchar. Nunca le habían gustado los narcos, y menos aún después de mirarlos hacer su trabajo tan tranquilos, como si jugaran al golf.

-Entendido, mi capitán -dijo *Ding*-. ¿Cómo lo haremos?

-Apenas el sol se ponga, usted y yo los rodeamos por el lado Norte. El resto del pelotón se divide en dos para darnos apoyo si hace falta. Vega se queda aquí con el SAW. El otro baja unos cuatrocientos metros. Eliminamos a los centinelas y montamos una trampa cazabobos con los tanques de combustible de la cabaña, como regalo de despedida. El «heli» nos viene a buscar a las veintitrés. Nos llevamos los cadáveres para echarlos al mar.

Pero qué les parece, pensó Chávez.

-Vamos a tardar treinta a cuarenta minutos en rodearlos. Es solo por seguridad, pero con ese par de hijos de puta no va a haber problema, mi capitán. -El sargento sabía que matarlos sería su tarea, ya que llevaba el arma con silenciador.

-Se supone que deben preguntarme si lo hacemos en serio -dijo el capitán Ramírez. Él acababa de hacer esa pregunta por la radio.

-Mi capitán, por la manera que usted lo dijo me he dado cuenta de que va en serio. Por mí, no hay problema -aseguró el sargento Domingo Chávez a su superior.

-Muy bien. Apenas oscurezca, nos ponemos en marcha.

-Entendido, mi capitán.

El oficial palmeó a los dos hombres y partió. Una vez que hubo desaparecido, Chávez tomó su cantimplora. Desenroscó la tapa de plástico y bebió un sorbo muy largo antes de mirar a Vega.

-*¡Jo... der!* -exclamó el ametrallador.

-Parece que al dueño de este circo le han nacido un par de huevos -asintió *Ding.*

-No veo la hora de volver a la ducha y el aire acondicionado -dijo Vega. El hecho de que dos hombres tuvieran que morir para que eso fuera posible ya estaba resuelto y, por lo tanto, no tenía mucha importancia. Lo que daba mucho que pensar era que después de tantos años bajo bandera, por fin se les había ordenado realizar aquello para lo cual habían dedicado incontables horas de entrenamiento. El problema moral no entraba en sus pensamientos. Eran soldados de su país, el cual había resuelto que dos hombres que dormían a unos cientos de metros de ahí eran enemigos que debían morir. Y punto, aunque los dos se preguntaban cómo sucedería en la vida real.

-Planifiquemos bien las cosas -dijo Chávez, alzando los prismáticos hasta sus ojos-. Quiero que tengas mucho cuidado con el SAW, *Oso.*

Vega lo pensó unos minutos.

-No voy a disparar a la izquierda de la cabaña a menos que lo pidas.

-De acuerdo. Yo me voy a acercar desde ese árbol grande. No va a haber problemas -pensó en voz alta.

-Claro que no.

Salvo que esa vez era en serio. Chávez siguió estudiando a los dos hombres a los que iba a matar al cabo de un par de horas.

Aproximadamente en esos momentos, el coronel Johns recibió la orden de alerta y un juego de mapas tácticos. Se encerró en su habitación con el capitán Willis para planificar la operación de búsqueda y huida. Iban a retirar las tropas infiltradas mucho antes de lo previsto. PJ creía conocer el motivo, al menos en parte.

-¿Directamente sobre las pistas? -preguntó el capitán.

-Sí. Eso significa que no pasaba nada o bien que nuestros amigos tendrán que tomarlas antes de que aterricemos.

-Ajá. -Willis comprendió después de pensarlo un instante.

-Hable con Buck, dígale que vuelva a controlar el armamento. Él lo entenderá. Quiero ver el informe meteorológico.

-¿La orden de retirada es la inversa de la de entrega?

-Sí. Llenamos los tanques a setenta y cinco kilómetros de la playa y otra vez después de recoger a la gente.

-Entendido. -Willis fue en busca del sargento Zimmer.

PJ se fue en la dirección contraria, al servicio meteorológico de la base. El informe lo decepcionó: vientos suaves, cielo despejado, luna creciente. Condiciones perfectas para todo el mundo, menos para la gente de operaciones especiales. Bueno, pero no había mucho que se pudiera hacer.

Se marcharon a mediodía. Cortez agradeció a la suerte que ella hubiera decidido interrumpir bruscamente el fin de semana, diciendo que debía regresar junto a sus hijos, aunque él sospechaba que ella había tomado aquella decisión para aliviar a su amante. Nunca antes ninguna mujer había sentido la necesidad de compadecerse de él, y aquel insulto se veía compensado por la necesidad de Cortez de saber qué diablos pasaba. Se dirigieron a la Interestatal 81, en silencio como de costumbre. Cortez había alquilado un vehículo cuyos asientos delanteros eran como un banco; los dos iban muy apretados y él había pasado su brazo derecho sobre el hombro de ella, cariñosamente. Parecían adolescentes, excepto por el silencio que guardaban; él sintió gran aprecio por ella. Pero esta vez no fue por aquella tranquila pasión. La mente de Cortez iba más de prisa que su coche, el cual conducía a la máxima velocidad permitida. Él podía haber conectado la radio, pero tal cosa no hubiera resultado apropiada en aquel momento. No podía correr tal riesgo, ¿o sí? Cortez tuvo que admitir que su jefe poseía una gran inteligencia. Escobedo tenía una gran visión en sus negocios, aunque Cortez recordó también la arrogancia de aquel hombre. Además, se ofendía fácilmente. A Escobedo no le bastaba ganar, asimismo tenía necesidad de humillar; aplastar y destruir cruelmente a quienes le contrariaban aun del modo más ligero. Tenía poder y unas cantidades de dinero como sólo poseían los gobiernos; pero le faltaba perspectiva. A pesar de su inteligencia era un hombre que se regía por emociones infantiles. Todo esto acudió a la mente de Cortez cuando se situó en la I-66, ahora en dirección Este, hacia Washington. Resultaba extraño, musitó con una sonrisita amarga, que en un mundo repleto de información, se viera forzado a especular como un niño mientras le hubiera bastado conectar la radio para saber cuanto necesitaba, pero se controló para no hacerlo.

Llegaron al estacionamiento del aeropuerto puntualmente. Se aproximó al coche de Moira y bajó de su vehículo para sacar el equipaje de ella.

-Juan...

-¿Sí?

-No te lamentes por lo de anoche. Fue culpa mía -dijo ella suavemente.

-Ya te dije que no soy un chaval. -Él consiguió esbozar una sonrisa-. Y la cosa resultó así. La próxima vez estaré más descansado y el asunto irá mejor.

-¿Cuándo?

-No lo sé. Te llamaré. -La besó cariñosamente.

Instantes después, ella se marchó en su coche. Él permaneció de pie en el estacionamiento, viendo cómo ella se alejaba; después se metió en su coche. Eran casi las cuatro y él puso la radio para oír las noticias. Dos minutos más tarde situó su coche en otro estacionamiento, sacó las maletas y se dirigió a la terminal, en busca de cualquier avión próximo a despegar. Lo más inmediato disponible era un vuelo de la «United» a Atlanta, y Cortez supo que podría efectuar los contactos necesarios en aquella terminal. Subió al aparato con el tiempo justo.

Moira Wolfe condujo hacia su casa llevando en los labios una sonrisa culpable. Lo que le había sucedido a Juan la noche anterior era una de las cosas más humillantes que le podían

pasar a un hombre, y la culpa era totalmente de ella. Moira había esperado demasiado de Cortez y éste, según él mismo dijo, ya no era tan joven. Ella había permitido que su entusiasmo prevaleciera sobre su sensatez, y con ello había herido a un hombre al que... amaba. Ahora estaba segura de ello. Moira había creído que no iba a volver a experimentar aquella emoción, pero había sucedido, con todo el impetuoso esplendor de su juventud, y aunque a Juan le había faltado el vigor de aquellos años, lo había compensado sobradamente con su paciencia y fantástica habilidad. Puso la radio de su coche y sintonizó una emisora de FM que daba música de otros tiempos. El resto de su viaje experimentó la más placentera de las emociones: sus recuerdos de una juventud feliz se vieron estimulados por las melodías de unas baladas para adolescentes que ella había bailado treinta años antes.

Se sorprendió al ver lo que parecía un coche de la Policía aparcado enfrente de casa... aunque también podía ser otra clase de vehículo, a no ser por la antena. Era un coche de la Policía, y a ella le extrañó. Aparcó junto al bordillo, se bajó y sacó su equipaje. Iba andando por la acera cuando vio que se abría la puerta. Apareció Frank Weber.

-Hola, Frank.

El agente especial Weber la ayudó con las maletas, pero su semblante era grave.

No iba a resultar fácil contárselo, y Weber se sintió culpable por estropearle a Moira aquel fin de semana tan especial.

-¿Algo anda mal? -preguntó ella.

-Mataron a Emil el viernes por la noche. Hemos tratado de ponernos en contacto contigo desde entonces.

-¿Cómo?

-Lo mataron de camino a la Embajada. También acabaron con los otros. El funeral de Emil se celebrará mañana. El de los demás, el martes.

-¡Oh, Dios mío! -Moira tuvo que sentarse en una silla-. Eddie... Leo... Ella recordó que consideraba como a sus propios hijos a los agentes que escoltaban a Emil.

-Todos -repitió Weber.

-No sabía nada -dijo-. No leo un diario ni escucho la radio desde... el viernes. ¿Dónde...?

-Tus hijos han ido al cine. Necesitamos que vengas, hay mucho que hacer. Dejaremos a una persona para que se ocupe de ellos.

Pero pasaron varios minutos antes de que pudiera reaccionar. Y cuando las palabras de Weber atravesaron el muro de sus nuevos sentimientos, pudo llorar.

Al capitán Ramírez no le agradaba la idea de acompañar a Chávez. No era por cobardía, sino por una concepción de sus tareas. De alguna manera, sus responsabilidades eran poco claras. Como capitán jefe de una compañía, había aprendido que «comandar» no es lo mismo que «dirigir». Se supone que el jefe de la compañía se instala a cierta distancia de la primera línea de fuego para manejar -palabra que desagrada a los militares- la acción de combate. Él ordena los desplazamientos de las unidades y mantiene una visión de conjunto del campo de batalla, mientras que los jefes de pelotón dirigen la acción propiamente dicha. Como teniente había aprendido a «dirigir desde el frente» y ahora debía aplicar lo aprendido en un nivel superior, aunque el capitán debía ponerse al frente en ciertas ocasiones. En ese caso estaba al mando de un pelotón, y, a pesar de que la misión exigía prudencia y juicio, el tamaño de la unidad exigía que él se pusiera al frente. Además, no podía enviar a dos hombres a matar por primera vez sin estar presente en la acción, aunque Chávez poseía una destreza muy superior a la que Ramírez podía aspirar. La contradicción entre las responsabilidades de comando y la

Librodot

dirección preocupaba al joven oficial, pero la resolvió en favor de este último término, como era su deber. Después de todo, no podía mandar sin ganarse la confianza de sus hombres, y para ello debía demostrar que sabía dirigir. Algo le decía que si todo salía bien, ese dilema jamás volvería a presentarse. Tal vez siempre se resuelve así, pensó.

Una vez instalados los dos grupos de apoyo, él y *Chávez* se dirigieron al flanco norte de la pista. El sargento lo precedía y todo marchaba bien. Los blancos descansaban, fumaban sus porros -o lo que fuera- y conversaban en voces muy altas, que se escuchaban a más de cien metros de distancia. Chávez había planificado la aproximación al objetivo con gran cuidado, sobre la base de los patrullajes nocturnos ordenados por el capitán. No hubo sorpresas y, al cabo de veinte minutos, se detuvieron para orientarse hacia la pista. Su avance era más lento.

Chávez conservaba la delantera. La senda de los camiones era la mejor guía: la siguieron por el lado norte, fuera de la zona de fuego de las ametralladoras. En el momento previsto, se acercaron a la cabaña. Chávez esperó que el oficial se aproximara hasta diez metros. Se comunicaban por medio de gestos de cabeza y manos. Chávez avanzaría en línea recta, el capitán a su derecha. El sargento dispararía primero, pero si había algún inconveniente, Ramírez estaría listo para apoyarlo. El capitán emitió cuatro señales con su transmisor manual: le respondieron dos. El pelotón estaba en su puesto en el otro extremo de la pista, enterado de lo que sucedía y listo para entrar en acción si fuera necesario.

Ramírez dio la señal de avance.

Chávez tomó aliento, sorprendido por el rápido latir de su corazón. Era algo que había hecho centenares de veces. Sacudió los brazos para aflojar los músculos, luego se ajustó la correa del arma. Con el pulgar puso el selector del MP-5 en posición de ráfaga de tres disparos. Las miras estaban pintadas con un poco de tritio, brillaban apenas lo suficiente para ser visibles en la oscuridad casi total de la selva ecuatorial. Llevaba las gafas de visión nocturna en el bolsillo, porque le molestaban.

Avanzó con gran lentitud, sorteando árboles y arbustos, apoyando cada pie sobre terreno firme y limpio o apartando las hojas secas con la punta de la bota. Era muy serio. La tensión había desaparecido, pero una especie de vocecita en el oído le decía que no estaba realizando un ejercicio.

Allí.

Estaban en un claro, uno a dos metros del otro, a unos veinte metros del árbol en el que se apoyaba. Conversaban, y aunque él entendía las palabras, por algún motivo, le eran tan extrañas como el ladrido de un perro. Hubiera podido acercarse más, pero no quería correr riesgos, y veinte metros era una buena distancia. Los veía con claridad, más allá de otro árbol.

Ahora.

Alzó el arma lentamente, centró el aro de la mira anterior en abertura de la posterior, se aseguró de que veía el círculo blanco completo y apuntó el guión central derecho a la masa circular negra que, aunque era la nuca de un hombre, no formaba parte de un ser humano, sino de un blanco: una cosa. El dedo apretó el disparador con toda suavidad.

El arma se sacudió levemente, mas la correa impidió que se desviara. El blanco cayó, pero antes de que llegara al suelo, él ya apuntaba al otro, que giraba sorprendido bajo la blanca luz de la luna. Segunda ráfaga. Casi no hubo ruido. Chávez esperó, apuntando a uno y otro cuerpo, pero estaban inmóviles.

Se acercó rápidamente entre los árboles. Uno de los cuerpos aferraba un AK-47. Lo alejó de un puntapié, sacó una pequeña linterna de bolsillo y la apuntó a los blancos. Uno mostraba tres impactos en la nuca, el otro, dos en la frente. El rostro del segundo denotaba sorpresa. El primero no tenía rostro. El sargento puso rodilla en tierra y miró a su alrededor, pero nadie se

Librodot

movía. Su única sensación era la euforia. Tanto aprendizaje, tanta instrucción... ¡funcionaba! No era lo que se dice fácil, aunque tampoco gran cosa.

Es cierto, la noche es de los ninja.

Un momento después, Ramírez llegó. Había una sola cosa que decir.

-Buen trabajo, sargento. Vea qué hay en la cabaña. -Tomó su transmisor-: Seis a todos. Blanco caído, continuad.

El pelotón bajó a la cabaña en pocos minutos. A la manera de soldados, rodearon los cadáveres: era su primera experiencia de la guerra en serio. El especialista en Inteligencia los registró mientras el capitán disponía un perímetro defensivo.

-Poca cosa -dijo el sargento a su jefe.

-Veamos la cabaña.

Chávez se había asegurado de que no había más centinelas. Ramírez se encontró con cuatro tambores de gasolina y una bomba manual. Una caja de cigarrillos abandonada sobre uno de los tambores suscitó un despectivo comentario del capitán. Había comida enlatada en unos toscos estantes y un paquete con dos rollos de papel higiénico. No había libros, mapas ni documentos... El único objeto adicional que hallaron fue un mazo de naipes grasientos.

-¿Cómo quiere montar la trampa? -preguntó el sargento de Inteligencia. Había combatido con los «Boinas Verdes» y era especialista en explosivos.

-Tres vías.

-Entendido.

Fue muy fácil. Con las manos, cavó un pequeño hoyo en el polvoriento suelo, cuyos bordes afirmó con trozos de madera. Colocó en él un pan de medio kilo de explosivo plástico C-4, el que usa todo el mundo. Insertó dos detonadores eléctricos y un interruptor a presión, como el de una mina terrestre. Conectó dos cables de control a sendos interruptores en la puerta y la ventana, instalados de manera que fueran invisibles desde afuera, y enterró los cables. Por último, hizo rodar el tambor lleno de combustible hasta colocarlo suavemente sobre el interruptor a presión. Si alguien abría la puerta o la ventana, el C-4 estallaría debajo de un tambor de doscientos litros de combustible de avión, con los resultados que eran de esperar. Mejor aún, una persona muy astuta que descubriera los detonadores eléctricos en la puerta y la ventana, seguiría los cables hasta el tambor a fin de recuperar los explosivos para usarlos más adelante... y pasaría a mejor vida. Cualquiera podía eliminar a un enemigo estúpido, pero para matar a un adversario inteligente había que ser un artista.

-Está instalado, mi capitán. Asegurémonos de que nadie se acerque a la cabaña, señor -dijo el sargento de Inteligencia a su superior.

-De acuerdo.

En seguida se corrió la voz. Dos hombres arrastraron los cadáveres al centro de la pista y todos se instalaron a esperar la llegada del helicóptero. Ramírez desplegó a los hombres para vigilar la zona, pero su principal preocupación era que todo el mundo hiciera un inventario de sus pertrechos, para que nada quedara abandonado.

PJ se ocupó del reabastecimiento. La buena visibilidad era una ventaja, pero también lo era para cualquiera que vigilara desde tierra. La manga se extendió desde el tanque en el ala del MC-130E Combat Talon, en el extremo de una manguera de caucho reforzado, y la sonda de abastecimiento del «Pave Low» se extendió hacia ella y se introdujo en el centro. Aunque muchos observadores decían que esa forma de reabastecer un helicóptero era una locura -la

manga y la sonda se unían a cuatro metros del arco de la hélice, y el menor contacto entre los bordes de las paletas y la manguera significaría la muerte de los tripulantes del helicóptero-, los hombres de los «Pave Low» insistían en que era perfectamente natural, y que les sobraba experiencia. Pero no por ello el coronel Johns y el capitán Willis dejaban de prestar la máxima atención a todo el proceso, sin pronunciar una sílaba innecesaria.

-Separación, separación -dijo PJ al alejarse de la manga y retirar su sonda. Alzó el aparato y tiró de la palanca para alejar las paletas de la manguera. Al recibir la orden, el MC-130E se elevó a su altura de crucero, donde debía permanecer volando en círculos hasta el retorno del helicóptero. El Pave Low III enfiló hacia la playa, para cruzarla por un lugar despoblado.

«Epa», susurró Chávez para sus adentros al escuchar el ruido. Era de un motor V-8 al que le hacía falta mantenimiento y un silenciador nuevo. Aumentaba segundo a segundo.

-*Punta* a seis, cambio.

-Aquí seis. Diga -respondió el capitán Ramírez.

-Mi capitán, tenemos visitas. Parece un camión.

Ramírez reaccionó al instante.

-Seis a *Cuchillo.* Retrocedan hacia el Oeste. Ocupen los refugios. *Punta,* retroceda ya.

-Entendido.

-Estoy en camino.

Chávez abandonó su puesto de vigilancia sobre el camino de tierra, rodeó la cabaña -a buena distancia- y cruzó la pista de aterrizaje. Ramírez y Guerra arrastraron los cadáveres hacia los árboles.

Ayudó al capitán a arrastrar su carga, luego volvió para ayudar al especialista en operaciones. Se refugiaron entre los árboles veinte segundos antes de que los otros llegaran.

La camioneta llevaba las luces encendidas. El resplandor viró a derecha e izquierda por el camino, iluminó la maleza y finalmente se detuvo muy cerca de la cabaña. La perplejidad de los hombres era casi palpable aun antes de apagar el motor y bajar a tierra. Apenas los faros se apagaron, Chávez encendió sus gafas de visión nocturna. Al igual que en ocasiones anteriores, dos hombres viajaban en la cabina, otros dos en la caja. Se notaba rápidamente que el conductor era el jefe. Miraba a su alrededor con furia, vociferaba, finalmente señaló a uno de los hombres que había bajado de la caja. Uno de ellos se dirigió resueltamente a la choza...

-¡Jo... der! -Ramírez tomó su transmisor-. ¡Pónganse a cubierto! -ordenó innecesariamente.

...y abrió la puerta.

Un tambor de combustible se alzó como un cohete espacial y atravesó el techo de la cabaña, dejando una estela de llama blanca. Las llamas de los demás tambores se extendieron en círculo. El hombre que abrió la puerta se silueteó en negro, como si acabara de abrir la puerta principal del infierno, pero desapareció al instante en medio de las llamas. El mismo torbellino blanco amarillento se tragó a dos de aquellos hombres. El tercero, más alejado de la explosión inicial, se lanzó a correr directamente hacia los soldados, pero el combustible del tambor volador cayó sobre él y lo convirtió en una tea humana que apenas alcanzó a avanzar diez pasos. Las llamas formaban un círculo de cuarenta metros de diámetro, de cuyo centro se alzaban los chillidos de los cuatro hombres, claramente audibles en medio del grave rugido de las llamas. El tanque de la camioneta explotó a su vez. De los setecientos litros de combustible ardiente se alzaba una nube en forma de hongo, iluminada desde abajo por las llamas. En menos de un minuto los cargadores de las distintas armas empezaron a explotar,

como cohetes infantiles en medio del rugido. Sólo la intensa lluvia de la tarde impedía que las llamas se extendieran a la floresta.

Chávez volvió la cabeza al especialista en Inteligencia, tendido a su lado.

-Esa trampa sí que funcionó.

-Ojalá esos hijos de puta hubiesen esperado un poco. -Los gritos habían cesado.

-Sí.

-Todo el mundo, reportarse, ya -ordenó Ramírez. No había heridos.

Las llamas se apagaban rápidamente. La gasolina del avión se había extendido como una delgada capa sobre un gran espacio de terreno y se consumió rápidamente. A los tres minutos, sólo quedaba una amplia extensión encerrada en un perímetro de hierba y arbustos en llamas. De la camioneta sólo quedaba un esqueleto negro, pero las bengalas que portaba seguían ardiendo.

-¿Qué coño ha sido eso? -musitó el capitán Willis en el asiento izquierdo del helicóptero. Acababan de recoger al primer grupo, y al volver a la altitud de crucero advirtieron el resplandor en el horizonte, que aparecía como un amanecer en sus sistemas de visión de infrarrojos.

-Tal vez se estrelló un avión... justo en dirección al último grupo -insinuó el coronel Johns.

-Ah, pero qué bien.

-Buck, posible actividad hostil en el punto cuatro.

-Entendido, coronel -dijo el sargento Zimmer.

Luego de esa observación, el coronel Johns siguió adelante. Ya se enteraría de lo que quería saber. Paso a paso.

Treinta minutos después de la explosión, el fuego había disminuido lo suficiente como para permitir que el especialista en Inteligencia tratara de recuperar los detonadores. Encontró uno solo, casi destrozado, pero era inútil. Dejaron los cadáveres en su lugar, porque no tenía objeto registrarlos. Tal vez llevaban alguna identificación -las billeteras de cuero son bastante resistentes a la acción del fuego-, pero su ausencia llamaría la atención. Arrastraron los cadáveres de los dos guardianes al centro del extremo norte de la pista, donde debían recogerlos, y Ramírez desplegó a sus hombres en previsión de que alguien hubiera advertido el incendio y lo hubiese informado. Le preocupaba la probable llegada de la avioneta de los narcos. La experiencia indicaba que faltaban dos horas, pero habían presenciado un solo ciclo completo, lo cual era una base muy endeble para intentar un pronóstico.

¿Qué pasa si el avión llega?, se preguntó Ramírez. La posibilidad se había convertido en una amenaza inmediata.

No se podía permitir que la tripulación de ese avión informara de la presencia de un helicóptero grande. Pero una avioneta con orificio de bala en el fuselaje era un mensaje muy claro de lo sucedido.

Y ya que estamos, se dijo Ramírez, *¿por qué mierda nos ordenaron matar a esos pobres hijos de puta y partir de aquí en lugar de volver al punto de exfiltración señalado?*

Bueno, ¿qué pasa si llega el avión?

No sabía qué responder. No podía aterrizar si la pista no estaba señalada por las bengalas. Además, en la camioneta traían un pequeño transmisor VHF. Los narcos eran astutos, tenían

códigos radiales para indicar al avión que podía aterrizar. Pero si no podía, sobrevolaría la zona para inspeccionar. ¿Podría derribarlo el helicóptero? ¿Y si lo intentaba sin conseguirlo? ¿Y si? ¿Y si?

Antes de comenzar la misión, Ramírez estaba convencido de que todo había sido planificado hasta los menores detalles, que cada contingencia estaba prevista... y era verdad, pero ahora resultaba que los venían a buscar mucho antes de tiempo y que cambiaban los planes. ¿Quién era el imbécil que tomaba esas decisiones?

¿Qué mierda ocurre?, se preguntó. Para sus hombres, era la fuente de información, conocimientos, conducción y seguridad. Tenía que fingir que todo estaba bien y bajo control. Lo cual era mentira. Su mayor conocimiento global de la operación lo hacía más consciente de su ignorancia de la verdadera situación. Estaba habituado a que lo movieran como una pieza de ajedrez, el destino del oficial subalterno... pero esto era *en serio.* Por algo había seis muertos.

-*Cuchillo,* aquí *Halcón Nocturno,* cambio - crujió el transmisor.

-*Halcón,* aquí *Cuchillo.* Aterrice en el extremo norte de *Reno.* Listos para abordar, cambio.

-Bravo Rayo equis, cambio.

El coronel Johns preguntaba si había problemas. Julieta Zulú era la clave de que estaban en manos enemigas y sería imposible recogerlos. *Charlie Foxtrot* significaba que había un enfrentamiento, pero que podían sacarlos. *Lima Whiskey* era la señal de que no había peligro.

-*Lima Whiskey,* cambio.

-Repita, *Cuchillo,* cambio.

-*Lima Whiskey,* cambio.

-Entendido, cambio y fuera.

-Preparen las armas -ordenó PJ a la tripulación de vuelo. El sargento Zimmer abandonó el panel de instrumentos para hacerse cargo de la miniametralladora derecha y activó los seis cañones. La novísima versión de la antigua «Gatling» empezó a girar, lista para tomar los proyectiles del cajón a la izquierda de Zimmer.

-Derecha, preparado -dijo por el intercomunicador.

-Izquierda, preparado -dijo Bean, en el otro extremo.

Los dos estudiaron los árboles a través de las gafas nocturnas en busca de presencias hostiles.

-Luz estroboscópica a las diez -dijo Willis a PJ.

-La veo. Joder... ¿qué ha ocurrido aquí?

El «Sikorsky» descendió lentamente. Había cuatro cadáveres cerca de los restos de la cabaña... También había un camión. Pero el pelotón *Cuchillo* se hallaba en el lugar previsto. Y había otros dos cadáveres.

-Parece que todo está bien, Buck.

-Entendido, PJ.

Zimmer dejó su arma y fue hacia atrás. El sargento Bean podía utilizar una u otra ametralladora, según fuera necesario, pero Zimmer tenía la tarea de contar a los rescatados. Trató de cuidar sus pasos, pero nadie protestó al ser pisoteado. Por lo general, los soldados se muestran muy tolerantes con los que acuden a rescatarlos de territorio enemigo.

Librodot

Chávez mantuvo encendida la luz estroboscópica hasta que el helicóptero tocó tierra, luego corrió a reunirse a los demás. Parado junto a la rampa, el capitán Ramírez contaba a los hombres a medida que subían. *Ding* esperó a sentir la mano sobre su hombro y el grito de «diez».

Al saltar por encima de los cuerpos tendidos sobre la rampa escuchó el grito del sargento de la Fuerza Aérea:

-¡Diez! ¡Once! ¡Arriba, ya!

El helicóptero se elevó al instante. Chávez cayó sobre la cubierta de acero, donde Vega lo recibió. Ramírez cayó a su lado, se levantó y siguió a Zimmer a la cabina.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó PJ a Ramírez. El oficial de Infantería le dio un informe sucinto. El coronel Johns aumentó la potencia y siguió volando bajo, como hubiera hecho en cualquier caso. Ordenó a Zimmer que permaneciera en la rampa durante dos minutos por las dudas de que apareciera un avión hostil, pero no sucedió. Buck desactivó su arma y volvió al panel de instrumentos. A los diez minutos sobrevolaban otra vez el agua y esperaban al avión cisterna para reabastecerse y seguir vuelo a Panamá. Los infantes ajustaron sus cinturones y se durmieron casi al instante.

Chávez y Vega no: estaban sentados junto a una hilera de diez cadáveres. Era algo impresionante, incluso para tratarse de soldados profesionales, uno de los cuales había matado a dos de aquéllos. Pero lo peor habían sido las explosiones. Jamás habían visto a nadie morir quemado, y coincidieron en que era una manera fea de morir, aunque fueran narcos.

El vuelo se volvió agitado cuando el «Pave Low» entró en la estela del cisterna, pero eso duró poco. Minutos después, el sargento Bean -a quien Chávez identificaba como el más bajito- fue hacia la parte de atrás, tratando de no pisar a los soldados. Sujetó su cinturón de seguridad a una grampa de la cubierta y dijo unas palabras por el micrófono dentro del casco. Asintió y fue a la rampa. Le hizo un gesto a Chávez para que le echara una mano. *Ding* lo aferró del cinturón mientras el hombre arrojaba los cadáveres al mar. Le pareció un acto de insensibilidad, pero en seguida reflexionó que a los narcos les daba lo mismo. No se asomó para verlos caer al agua, y apenas concluyó la operación, se acomodó para dormir.

A ciento cincuenta kilómetros de ahí, una avioneta bimotor volaba en círculos sobre el lugar donde la pista -que para ellos era simplemente la número seis- estaba señalada vagamente por un círculo de llamas. Alcanzaban a ver el claro, pero la pista misma no estaba señalada con bengalas, y sin esa referencia visual, sólo un loco hubiera tratado de aterrizar. Furiosos, y aliviados a la vez -sabían que en las últimas dos semanas habían desaparecido varios aviones-, volvieron a su pista de origen y desde allí llamaron por teléfono.

Cortez se arriesgó a sacar billete en un vuelo directo de Panamá a Medellín, aunque tomó la precaución de pagar con una tarjeta de crédito flamante, a fin de que no pudieran rastrear el nombre. Volvió a su casa en su propio coche y desde allí trató de comunicarse con Escobedo, pero le dijeron que se encontraba en la *hacienda.* Félix estaba demasiado cansado para ir allá esa misma noche, y, por otra parte, se negaba a mantener una conversación reservada por un teléfono celular, por muchas seguridades que le dieran. Cansado, furioso y frustrado por varias razones, se sirvió un trago fuerte y se acostó. Tantos esfuerzos, y para nada, se dijo en la oscuridad. No podía volver a usar a Moira. Ni telefonearla ni hablar con ella, ni volver a verla. Y para colmo, había fallado en su última *performance* con ella precisamente por causa de los temores -¡fundados!- sobre lo que su jefe acababa de hacer.

Librodot

Antes del amanecer, media docena de camiones visitaron otras tantas pistas aéreas. Dos grupos de hombres habían muerto devorados por las llamas. Un tercero entró a la cabaña y encontró lo que esperaba: nada. En los otros tres no había novedad: los guardias estaban en sus puestos, satisfechos aunque aburridos debido a la monotonía. Dos de los camiones no volvieron. Otros fueron en su búsqueda y rápidamente enviaron los informes correspondientes a Medellín. Cortez se despertó al escuchar la campanilla del teléfono y recibió nuevas órdenes para viajar.

En Panamá, los infantes dormían profundamente. Les dieron un día de descanso, duchas calientes, ambientes climatizados y comidas no muy sabrosas, pero distintas de las raciones de la última semana. A los cuatro oficiales los llevaron a otra parte para darles informes y nuevas órdenes. Se enteraron de que la Operación *SHOWBOAT* había entrado en una nueva etapa, mucho más seria. También les explicaron el motivo y la fuente de sus nuevas órdenes que era tan emocionante como perturbadora.

El nuevo S-3, u oficial operativo, del 3.er Batallón de la 17.ª de Infantería, que integraba la Primera Brigada de la 7.ª División de Infantería (Ligera) fue a conocer su despacho mientras su esposa se peleaba con los encargados de la mudanza. Halló sobre su escritorio un casco Mark-2, de kevlar, al que llamaban Fritz por su semejanza con los de la vieja Wehrmacht alemana. En los de la 7.ª DIL, el forro llevaba retazos del material de uniforme de combate camuflado. Las esposas los llamaban el repollo, y, como ese vegetal, tenía una configuración irregular, por lo que el casco era más difícil de descubrir. El jefe del batallón y su sargento estaban en una reunión, por lo que el flamante S-3 salió en busca del S-1, el oficial de personal. Se reconocieron: cinco años antes habían estado juntos en Alemania, de manera que se sentaron a beber café y a ponerse al tanto de sus respectivas historias.

-Bueno, cuéntame algo sobre Panamá.

-Un lugar caluroso, horrible y en cuanto a la situación política, ya la conoces. Ahora que me acuerdo, poco antes de venir tuve un encuentro con uno de tus *ninja.*

-No me digas. ¿Quién?

-Chávez. Creo que es sargento. El hijo de puta me mató durante un ejercicio.

-Sí, lo recuerdo. Era uno de los buenos. Estaba con... esteee... sargento Bascomb.

-¿Sí, mayor? -Una cabeza se asomó a la puerta.

-El sargento Chávez, ¿con quién estaba?

-Compañía Bravo, señor. El pelotón del teniente Jackson, creo... Sí, lo remplaza el cabo Ozkanian. Chávez fue destinado a Fort Benning, como instructor.

-¿Está seguro? -preguntó el nuevo S-3.

-Sí, señor. Hubo problemas con el papeleo. Es uno de los que tuvieron que irse de apuro, ¿recuerda, mayor?

-Ah, sí. Un embrollo de puta madre.

-Sí, mayor -asintió el suboficial.

-¿Qué coño hacía en un operativo de combate en la zona del canal? - preguntó el oficial operativo.

-Tal vez el teniente Jackson lo sepa, mayor -dijo Bascomb.

-Lo conocerás mañana -dijo el S-1 al nuevo S-3.

-¿Es bueno?

-Para tratarse de un pichón apenas salido de West Point, muy bueno. Conozco a la familia. El padre es una especie de predicador, y tiene un hermano en la aviación de la Armada. Creo que es jefe de una escuadrilla. Lo conocí en Monterrey hace tiempo. Bueno, pero Tim tiene un buen sargento para enseñarle los fundamentos.

-Ese chico Chávez sí que es bueno. ¡No estoy habituado a que me tomen por sorpresa! -El S-3 se palpó la cicatriz del rostro-. Pero lo hizo, ¡qué joder!

-Hay buena gente aquí, Ed. Te gustará. ¿Almorzamos?

-Encantado. ¿A qué hora empieza el entrenamiento?

-Seis y media. Al jefe le encanta correr.

El nuevo S-3 gruño al salir. Así era el Ejército.

-Parece que nuestros amiguitos están molestos -murmuró el almirante Cutter mientras leía un télex enviado por la división CAPER de la operación global-. ¿Quién tuvo la idea de intervenir las comunicaciones?

-Mr. Clark -respondió el SDO.

-¿El mismo que...?

-El mismo.

-¿Qué me puede decir sobre él?

-Buzo naval, estuvo durante diecinueve meses en el Sudeste Asiático, en uno de esos grupos especiales que nunca tuvieron existencia oficial. Lo hirieron un par de veces -explicó Ritter-. Cuando pidió la baja, tenía veintiocho años y era contramaestre mayor, uno de los mejores que hubo. Es el tipo que le salvó la vida al hijo de Dutch Maxwell.

Cutter abrió mucho los ojos.

-Conocí a Dutch Maxwell, estuve en su Estado Mayor cuando yo era oficial subalterno. ¿Así que fue él quien salvó a Sonny? No lo sabía.

-El almirante Maxwell lo ascendió a suboficial mayor. En aquel entonces era jefe de la aviación naval en el Pacífico. Pidió la baja, se casó y montó una empresa comercial de demoliciones submarinas. Es especialista en explosivos, además de buzo. Pero su esposa murió en un accidente automovilístico en Mississippi, y desde entonces todo empezó a andar mal. Conoció a otra chica, pero un jefe narco local la hizo secuestrar y matar: parece que ella hacía de correo para los narcotraficantes antes de conocerlo a él. El ex marino decidió dedicarse a la caza mayor por cuenta propia. Le fue bastante bien, pero la Policía empezó a seguirle la pista. El almirante Maxwell estaba en el Pentágono y parece que le llegó la voz. Conocía a James Greer desde mucho antes, y así se dieron las cosas. Decidimos que podíamos aprovechar los conocimientos de Mr. Clark. Arreglamos su «Muerte» en un accidente en bote, le dimos un nuevo nombre, de todo. Trabaja con nosotros.

-¿Cómo...?

-Es fácil. Su hoja de servicios desapareció. Igual que con los que están en *SHOWBOAT.* Alteramos las huellas dactilares en el prontuario del FBI... era la época en que Hoover tenía la jefatura y había maneras de hacer las cosas. Murió y resucitó como John Clark.

-¿Qué ha hecho desde entonces? -preguntó Cutter.

-Es instructor en la Granja, pero de vez en cuando aparece una tarea a la medida de sus conocimientos especiales. Él fue a buscar a la esposa y la hija de Gerasimov.

-Ajá. ¿Y todo por causa de las drogas?

-Así es. Tiene algo con los narcos, odia a esos hijos de puta más que a nada en el mundo. Es en el único caso en que pierde su profesionalismo.

-Pierde su pro...

-No es eso lo que he querido decir, sino que va a disfrutar con esta misión. Va a ser tan eficiente como siempre, pero va a disfrutar. Le aclaro que Clark es un agente muy capaz, con muy buen instinto y muy inteligente. Sabe planificar y también ejecutar.

-Bueno, explíqueme su plan.

-Le va a encantar.

Ritter sacó un manojo de papeles de su portafolio y los desplegó. La mayoría eran fotografías obtenidas por el satélite.

-Teniente Jackson.

-Buenos días, señor -dijo Tim, con una venia impecable al nuevo oficial operativo del batallón. El S-3 paseaba por el cuartel, y se presentaba.

-Me han hablado muy bien de usted. -Eran las palabras que un teniente bisoño siempre quería escuchar-. Conocí a uno de sus sargentos.

-¿A cuál, si puedo preguntarlo, señor?

-Creo que se llama Chávez.

-Ah, entonces, ¿viene usted de Fort Benning, mayor?

-No, vengo de ser instructor en la Escuela de Guerra en la Selva, en Panamá.

-¿Y qué hacía Chávez allá abajo? -se preguntó el teniente Jackson con extrañeza.

-Me mataba a mí -sonrió el mayor-. ¿Todos sus sargentos son tan buenos?

-Es el mejor. Pero me extraña, porque me dijeron que su nuevo destino era como sargento de instrucción.

-Bueno, así es el Ejército. Sólo he venido a decirle que mañana voy con la compañía Bravo al ejercicio en Hunter-Liggett...

-Será muy agradable tenerle con nosotros, mayor. -dijo Tim Jackson. Lo cual no se ajustaba del todo a la verdad. Era apenas un aprendiz en materia de comandar los hombres, y se sentía incómodo cuando lo supervisaban, pero no había manera de evitarlo. Por otra parte, la noticia sobre Chávez lo había dejado perplejo. Le diría al sargento Mitchell que averiguara lo que pudiera. *Ding* seguía siendo uno de sus hombres.

-Clark. -Era su manera de atender el teléfono; además, la llamada vino por su línea «profesional».

-Aprobado. Venga mañana a las diez.

-Entendido. -Cortó.

-¿Cuándo? -preguntó Sandy.

-Mañana.

-¿Cuánto tiempo?

-Un par de semanas. Menos de un mes. -*Eso creo,* se abstuvo de agregar.

-¿Es...?

-¿Peligroso? -John Clark abrazó a su esposa y sonrió-. Mi amor, si hago las cosas bien, no es peligroso.

-¿Por qué será que las canas me salen a mí? -preguntó Sandra Burns Clark.

-Porque luego vas al salón de belleza y resuelves el problema.

-¿Asunto de drogas?

-Sabes que no puedo hablar de eso. Además, sólo conseguiría preocuparte, y no hay motivo para ello -mintió. Lo hacía con frecuencia. Ella lo sabía, y, por lo general, quería que la reconfortara. Pero esta vez, no.

Clark se sentó a ver la televisión. Sonrió para sus adentros. Hacía muchísimo tiempo que no salía a perseguir narcos, y jamás a un nivel tan alto. Antes no disponía de los conocimientos ni la información necesarios. Ahora tenía todo lo que deseaba, incluso la autorización presidencial. Era ventajoso eso de trabajar para la CIA.

Cortez estudió la pista -mejor dicho, los restos- con una mezcla de furia y satisfacción. Ni la Policía ni el Ejército habían visitado el lugar, pero no dejarían de hacerlo tarde o temprano. Quienquiera que hubiera pasado por allí, había realizado una faena exhaustiva y profesional.

¿Y qué hemos de pensar?, se preguntó. ¿Eran «Boinas Verdes»? Había recorrido cinco pistas, transportado por helicóptero. Aunque no era detective policial, había estudiado exhaustivamente las trampas cazabobos y sabía cómo investigarlas, además de montarlas.

Los guardias de la pista, como de las otras, habían desaparecido. Evidentemente, estaban muertos, aunque lo único que sabía con certeza era que no se hallaban en su puesto. Tal vez querían que pensara que ellos habían puesto los explosivos, pero eran campesinos pobres a sueldo del Cártel, infelices que ni siquiera habían recorrido la zona circundante para asegurarse de...

-Ven conmigo. -Bajó del helicóptero seguido por uno de sus ayudantes, un ex policía que no carecía de cierta inteligencia rudimentaria y al menos sabía obedecer una orden sencilla.

Si yo quisiera vigilar un lugar como éste... buscaría un buen escondite, pensando en la dirección del viento y en la ruta más corta para escapar.

Los militares eran gente previsora.

Buscarían un lugar desde el cual dominar toda la pista sin perder de vista la cabaña con el combustible. Por consiguiente, era una de las dos esquinas, pensó Cortez, y optó por inspeccionar la del extremo noroeste. Durante media hora recorrió los claros entre los arbustos, seguido por un hombre confundido.

«Aquí estuvieron», se dijo Félix. Había un pequeño montículo detrás del cual la tierra estaba muy alisada. Uno o más hombres habían estado tendidos en ese lugar. También quedaban las marcas del bípode de una ametralladora.

Aunque no sabía cuánto tiempo habían vigilado la pista, sospechaba que allí estaba la clave de la desaparición de tantos aviones. ¿Los estadounidenses? En ese caso, ¿cuál de sus Agencias? ¿La CIA? ¿DEA? ¿Una unidad militar de operaciones especiales?

¿Por qué los retiraron?

¿Por qué dejaron tantas señales de su partida?

¿Y si los guardias no están muertos? ¿Si los norteamericanos los han sobornado?

Librodot

Cortez se enderezó y se sacudió el barro de los pantalones. Era un mensaje. Claro que sí. Después del asesinato del director del FBI -todavía no había podido abordar ese acto de locura con el *jefe*-, enviaban un mensaje: que no se repita.

Lo extraño era que hubieran tomado alguna medida, cualquiera que fuese. Después de todo, uno de los crímenes más fáciles de cometer era el secuestro y/o asesinato de un ciudadano estadounidense. La CIA había permitido que uno de sus jefes fuera torturado por los libaneses hasta morir... y no había reaccionado. Tantos *marines* muertos en atentados con bombas... y los Estados Unidos nunca habían reaccionado. De vez en cuando trataban de enviar un mensaje. Eran unos idiotas. Durante diez años habían enviado mensajes a los norvietnamitas, pero no aprendían. Esta vez en lugar de quedarse quietos, habían hecho algo que era peor que nada. Tienen tanto poder y tan escaso conocimiento de su uso, pensó Cortez. No eran como los rusos. Cuando uno de sus agentes fue secuestrado en el Líbano, los hombres del Primer Directorio de la KGB habían tomado rehenes y luego los habían devuelto -a uno sin cabeza, a otro sin sus partes íntimas- hasta que los rusos desaparecidos reaparecieron, y con las disculpas de rigor. Los rusos eran gente tosca, pero comprendían las reglas del juego. Eran previsibles, aplicaban las reglas clásicas de la conducta clandestina para que sus enemigos supieran lo que no estaban dispuestos a tolerar. Eran gente seria, y los tomaban en serio.

Todo lo contrario de los norteamericanos. A pesar de su insistencia en que eran gente de cuidado, Cortez estaba convencido de que no reaccionarían ante el ultraje que significaba el asesinato de altos funcionarios de su Gobierno.

Lástima, pensó Cortez. Hubiera podido usarlo en provecho propio.

-Buenas noches, jefe -dijo Ryan al sentarse.

-Qué tal, Jack. -El almirante Greer trató de sonreír-. ¿Cómo te sientes en tu nuevo puesto?

-Por ahora le caliento la silla.

-La silla es tuya, hijo -dijo el SDI con energía-. Aunque salga de aquí, creo que me ha llegado la hora de la jubilación.

A Jack no le gustó la palabra *aunque.*

-No sé si estoy preparado, señor.

-Nadie está preparado. Joder, en la Armada, cuando pensé que por fin había aprendido el oficio, tuve que pasar al retiro. Así es la vida, Jack.

Ryan miró a su alrededor mientras meditaba sobre eso. El almirante Greer tomaba sus alimentos por medio de tubos de plástico transparente. Un chisme verde azulado, parecido a una venda, sujetaba las agujas al brazo, pero se veían algunas magulladuras desagradables ahí donde los tubos intravenosos se habían «infiltrado». Mala señal. Junto al frasco de suero había otro, más pequeño, que contenía el D5W. Era la medicación que le suministraban, la quimioterapia. Esos nombres rimbombantes no podían ocultar la realidad de que el medicamento era un veneno, un biocida que supuestamente mataba el cáncer un poco más rápido que al paciente. No sabía qué era: ese compuesto lo fabricaba el Instituto Nacional de la Salud en lugar del Centro de Guerra Químico del Ejército. Tal vez colaboraban para producir esas mezcolanzas. En todo caso, Greer parecía ser víctima de un experimento, horrible y perverso.

Pero no era verdad. Los mejores médicos aplicaban todos sus conocimientos para tratar de mantenerlo con vida. Mas todo era en vano. Nunca lo había visto tan delgado. Ryan lo visitaba no menos de tres veces por semana, y en cada visita le parecía verlo más debilitado. Su mirada era tan desafiante como siempre, pero la luz al final de ese penoso túnel no era la

Librodot

curación. Él lo sabía. Jack, también. Lo único que podía hacer era aliviar su dolor, y por eso iba a verlo. Sacó varios documentos de su portafolio.

-Écheles una mirada -dijo Ryan.

Casi se enredaron con los tubos, y Greer gruñó con fastidio al apartar los fideos de plástico.

-¿Viajas a Bélgica mañana a la noche?

-Sí, señor.

-Dales recuerdos míos a Rudi y Franz del BND. Y cuidado con la cerveza de allí, hijo.

-Entendido -rió Ryan.

El almirante Greer ojeó el primer legajo.

-Veo que los húngaros han vuelto a las andadas.

-Se les ha sugerido que se tranquilicen un poco, y lo han hecho en parte, pero el problema subyacente no se resuelve así como así. Creo que si se calmaran un poco, eso nos beneficiaría a todos. Nuestro amigo Gerasimov nos ha dado algunas indicaciones sobre cómo hacer llegar el mensaje a un par de tipos.

Greer casi soltó una carcajada.

-Sí, es lógico. ¿Se adapta el ex director de la KGB a la vida en Estados Unidos?

-No tanto como su hija. Resulta que siempre quiso hacerse la cirugía plástica en la nariz, y por fin ha conseguido su deseo. -Jack sonrió-. La última vez que la vi, trataba de broncearse. Volverá a la Universidad en unos meses. La esposa está un poco nerviosa, y Gerasimov sigue colaborando. Lo que no sabemos es qué haremos con él más adelante.

-Dile a Arthur que le muestre mi casa en Maine. Le va a gustar el clima, y es fácil de vigilar.

-Se lo diré.

-Bueno, cuéntame: ¿Te interesa todo eso de las Operaciones? -preguntó James Greer.

-Lo poco que he visto es bastante interesante, pero siempre está el problema de lo que uno puede o no puede saber.

-¿Quién lo dice? -preguntó el SDI, sorprendido.

-El juez -respondió Jack-. Hay un par de cosas en marcha de las que no quieren que yo esté enterado.

-No me digas. -Greer calló un instante-. Escucha, Jack. El director, el subdirector... ese puesto todavía no está cubierto, ¿verdad...?, y los jefes de directorio tienen que estar al tanto de todo. Tú eres jefe de directorio, no hay nada que debas desconocer. Al contrario, tienes que estar enterado. ¿Quién informa al Congreso? Tú.

Ryan quiso cambiar de tema. No tenía tanta importancia.

-Bueno, tal vez el juez piensa lo contrario y...

El SDI trató de erguirse.

-Escucha bien, hijo. Eso que acabas de decir es una estupidez. Dile a Arthur que yo opino que *tienes* que estar enterado de todo. Esa cháchara sobre lo que se puede o no se puede saber no llega a mi escritorio.

-Sí, señor, me ocuparé de ello. -Ryan quería evitar que se excitara. Él era apenas jefe interino, estaba habituado a que lo marginaran de las cuestiones operativas; además, prefería

que otros se ocuparan de ellas. Todavía no estaba preparado para enfrentarse al director, aunque sí iba a alzar la voz sobre su responsabilidad de informar al Congreso.

-No es broma, Jack.

-Sí, señor. -Ryan abrió otro legajo. Había resuelto postergar esa batalla hasta su vuelta de Europa-. Bien, estos sucesos de Sudáfrica son muy interesantes y me gustaría saber su opinión...

XV. REPARTIDORES

Clark llegó a San Diego, en un vuelo de «United», y allí alquiló un coche hasta la gran base naval, a corta distancia del aeropuerto. Como siempre, la nostalgia lo embargó al contemplar aquellos inmensos cascos grises. Había formado parte de ese equipo, y aunque entonces era joven y necio, todo parecía más sencillo que ahora.

A bordo del USS *Ranger* reinaba una actividad febril. Clark estacionó su coche en la playa reservada a los tripulantes y se acercó al muelle bordeando camiones, grúas y otros aparatos móviles que realizaban distintas tareas. El portaaviones debía zarpar en menos de ocho horas, y sus miles de tripulantes cargaban toda clase de provisiones. En la cubierta de aterrizaje sólo había un viejo caza F-4 Phantom, despojado de sus motores, que se utilizaba para entrenar a los tripulantes de pista. La dotación de aviones estaba distribuida en tres bases de la aviación naval, a la espera de que la nave zarpara para luego unirse a ella. De esa manera, ahorraban a los pilotos el ajetreo de los preparativos. Salvo a uno.

Clark subió a la recepción acompañado por un cabo de Infantería de Marina, encargado de verificar que su nombre estuviera anotado en la lista de visitas oficiales. El *marine* marcó el nombre en la lista y efectuó una llamada por el teléfono interno, según exigían las instrucciones. Clark subió las escaleras, entró al buque por la cubierta de hangares y buscó la manera de continuar. Para los no iniciados es difícil orientarse en un portaaviones, pero era cuestión de seguir subiendo hasta encontrar la cubierta de aterrizaje. Así lo hizo y se dirigió hacia el ascensor de estribor. Allí lo esperaba un oficial que, en el cuello de su camisa parda, llevaba la insignia plateada de un capitán de fragata de la Armada de los Estados Unidos. La estrella dorada prendida al bolsillo indicaba un puesto de mando en alta mar. Clark buscaba al jefe de una escuadrilla de bombarderos de mediano porte, Grumman A-6E Intruder.

-¿Es usted Jensen? -preguntó. Había tomado un vuelo de primera hora para llegar a la cita.

-Sí, señor. Roy Jensen. ¿Mr. Carlson?

-Algo así -sonrió Clark. Le indicó al oficial que lo siguiera hacia la proa, donde había escaso movimiento. La mayor parte de las tareas en la cubierta de aterrizaje se realizaban cerca de popa. Cruzaron hacia el sector cubierto de material antideslizante, bastante similar al asfalto de cualquier camino vecinal. Tenían que alzar la voz para hacerse oír por encima del estruendo que se alzaba del muelle y el silbido del viento de quince nudos. Aunque estaban a la vista de todos, era difícil que alguien reparara en ellos en medio del ajetreo de la cubierta de aterrizaje, en la cual, por otra parte, no era posible instalar micrófonos ocultos. Clark le entregó un sobre, cuyo contenido Jensen leyó para luego devolvérselo. Se encontraban entre las dos catapultas de proa.

-Esto es en serio, ¿no? No se trata de una maniobra de entrenamiento.

-Así es. ¿Puede hacerlo?

Jensen lo pensó un instante mientras contemplaba la base naval.

-Claro que sí. ¿Quién va a estar en tierra?

-No debería decírselo... pero seré yo.

-Se supone que el grupo de combate no va para allá...

-Ya nos hemos ocupado de ese problema.

-¿Y las armas?

-Mañana las van a cargar en el *Shasta.* Las han pintado de azul, son ligeras...

-Lo sé. Hice uno de los lanzamientos sobre China Lake hace un par de semanas.

-Su superior inmediato recibirá la orden dentro de tres días. Pero ni él ni nadie sabe de qué se trata. Un técnico viajará con las armas para vigilar ese aspecto de la misión. Le entregará las casetes a él. Nadie más debe verlas. Traerá su propio juego, selladas con cinta naranja y violeta para que no se confundan con otras. ¿Puede confiar en que su B/N mantenga el pico cerrado?

-¿Con estas órdenes? Ni lo dude -dijo el capitán Jensen.

-Perfecto. El técnico le informará sobre los detalles. Primero se presentará a su jefe, pero después pedirá entrevistarse con usted. A partir de entonces, sólo habla con usted. Su jefe sabe que nadie tiene que enterarse de esto. Si pregunta, dígale que es un ejercicio de bombardeo para estudiar una nueva arma. -Clark alzó una ceja-: En realidad no es más que eso, ¿verdad?

-La gente que vamos a...

-¿Qué gente? Usted no necesita saber nada, ni tampoco lo desea -dijo Clark-. Si tiene algún problema...

-Oiga, le dije que no hay problema. Es sólo curiosidad.

-Usted es grandecito, sabe que no debe ser curioso. -Moderó el tono de su voz para no ofender al oficial. Pero tenía que hacerle entender las cosas.

-Está bien.

El *Ranger* se preparaba para un ejercicio de combate con el objeto de ejercitar a la tripulación. Su destino posterior era el océano índico. Durante las maniobras, que durarían tres semanas, ensayarían aterrizajes, reabastecimiento e incluso un ataque a cargo de una escuadrilla de combate que volvía del Pacífico occidental. Pero la operación se llevaría a cabo a unos quinientos kilómetros de Panamá, no en el lugar previsto inicialmente. El capitán Jensen se preguntó quién tenía tanta influencia como para desviar de su rumbo a un total de treinta y un buques, algunos de los cuales consumían cantidades astronómicas de combustible. Eso le había confirmado que sus órdenes venían de muy arriba. Jensen era un hombre minucioso. A pesar de la llamada telefónica oficial y de que las órdenes entregadas por Mr. Carlson le decían todo lo que necesitaba saber, le tranquilizaba confirmarlas por una vía independiente.

-Eso es todo. Le avisarán en el momento oportuno. Calcule unas ocho horas de antelación. ¿Es suficiente?

-No hay problema. Me aseguraré de que los armeros guarden las armas en el lugar indicado. Y usted cuídese en tierra, Mr. Carlson.

-Lo haré. -Clark estrechó la mano del piloto y se dirigió a popa para salir de la nave. Su avión partía en dos horas.

Los policías de Mobile estaban de pésimo humor. Uno de sus camaradas había sido asesinado de manera brutal y a plena luz del día, y, para colmo, Mrs. Braden había cometido el error de salir a ver qué pasaba y había sido herida. A pesar de todos los esfuerzos de los cirujanos por salvarla, fue en vano. Al fin y al cabo, lo único que tenían era un jovencito que aseguraba haber herido a uno de los asesinos con el «Marlin» 1939 de su abuelo y un par de manchas de sangre que tal vez verificaban sus palabras, o tal vez no. La Policía quería creer que era Braden quien había acertado con sus disparos, pero los expertos investigadores sabían que un revólver de cañón corto era poco menos que inútil, salvo que el tiroteo sucediera en el interior de un ascensor atestado de gente. Todos los agentes de Mississippi, Alabama, Florida y Louisiana buscaban una furgoneta «Plymouth» Voyager azul con dos hombres blancos,

cabello negro, talla mediana, ídem, armados, peligrosos, sospechosos de haber asesinado a un policía.

La furgoneta apareció el lunes por la tarde. Un ciudadano responsable -en Alabama los hay- llamó a la comisaría local, la que a su vez dio el aviso a Mobile.

-El chico tiene razón -dijo el teniente a cargo del caso. El cuerpo en el asiento trasero de la furgoneta presentaba un aspecto tan desagradable como puede serlo el de un cadáver encerrado durante dos días en un vehículo en pleno verano sureño, pero el orificio cerca de la nuca, justo donde terminaba el pelo, era sin duda de un 22. También resultaba evidente que había muerto sentado en el asiento delantero derecho, de una hemorragia profusa provocada por la herida en la cabeza. Había algo más.

-Conozco a este sujeto. Era un narcotraficante -observó otro investigador.

-¿O sea que Ernie estaba metido en algo raro?

-Quién sabe. ¿Y sus chicos? Acaban de perder a sus dos progenitores... ¿Vamos a proclamar al mundo que su papá era un corrupto? ¿Te parece que podemos hacerle eso a un par de huerfanitos?

Bastó una mirada para que se pusieran de acuerdo en que no podían hacerles algo así. Buscarían la manera de que Ernie quedara como un héroe y de que alguien hiciera llegar una felicitación a ese chico Sanderson.

-No se comprende lo que acaba de hacer -dijo Cortez. Estaba resuelto a conservar la calma. En esa organización de hispanos, la suya sería la voz de la razón. Lo respetarían por ello así como los romanos apreciaban la castidad, una cualidad infrecuente y digna de admiración, pero en otros.

-Hemos enseñado una lección a esos *norteamericanos*[33] - dijo Escobedo con un aire de soberbia que casi le hizo olvidar su propósito.

-¿Y cómo han replicado?

Escobedo hizo un gesto de poder y satisfacción.

-La picadura de un insecto.

-Usted comprenderá que todos mis esfuerzos por obtener una fuente de información valiosa han quedado en nada. Se ha cagado en ellos...

-¿Cuál era la fuente?

-La secretaria privada del director del FBI -respondió Cortez, también con una sonrisa satisfecha.

-¿No puede volver a usarla? -preguntó Escobedo, perplejo.

¡Idiota!

-No, a menos que quiera que me detengan, *jefe.* Y, en ese caso, no volvería a serle útil. La información que esa mujer nos brindaba, la hubiéramos usado durante años. Nos hubiese permitido descubrir cualquier intento de infiltrar la organización y también las nuevas ideas de los *norteamericanos.* Las hubiéramos contrarrestado cuidadosamente, y hubiéramos protegido nuestro negocio a la vez que les permitíamos alguno que otro éxito, para evitar sospechas.

Cortez estuvo a punto de decir que había descubierto por qué desaparecían tantos aviones, pero calló. En realidad, no conseguía dominar su ira. En verdad, era posible reemplazar al

[33] En español en el original.

hombre que se sentaba detrás del escritorio. Pero antes debía demostrar su valía, para que los criminales comprendieran que él les sería más útil que ese bufón. Mejor dejar que se cocieran en su propia salsa: así apreciaban la diferencia entre un profesional del espionaje y un hato de contrabandistas, autodidactas y excesivamente ricos.

Ryan contemplaba el océano desde doce mil metros de altura. No era difícil acostumbrarse a que lo trataran como un VIP. Como jefe de un directorio, le correspondía un vuelo especial desde Andrews hasta una base aérea militar en el cuartel de la OTAN, en Monza. Representaba a la CIA en una reunión bienal con otros jefes de inteligencia de la Alianza Europea. Era una reunión importante. Tenía que presentar un informe y causar buena impresión. Aunque conocía a muchos de los asistentes, sólo había sido un mensajero jerárquico de James Greer hasta entonces. Ahora tenía que demostrar lo que valía. Y estaba seguro de que lo conseguiría. Era un hombre importante, lo acompañaban tres jefes de departamento y tenía un asiento muy cómodo en un VC-20A. No sabía que Emil Jacobs había volado en ese mismo avión a Colombia. Tanto mejor; a pesar de su cultura, Ryan era supersticioso.

Como director ejecutivo adjunto a cargo de investigaciones, Bill Shaw era el funcionario más antiguo del FBI y, por lo tanto, el director interino hasta que el Presidente designara un nuevo director, de acuerdo con el Senado. Esto tomaría algún tiempo. Ese año había elecciones presidenciales, y la gente, al comenzar el verano, no pensaba en designaciones, sino en congresos partidistas. A Shaw no le molestaba. Él estaba al mando y en un caso de semejante envergadura era conveniente para el FBI tener un policía experimentado al timón. Las «realidades políticas» no desvelaban a William Shaw. Los agentes estaban para resolver casos criminales, y eso era lo único que le importaba. Lo primero que hizo al enterarse de la muerte del director Jacobs fue llamar a su amigo, Dan Murray, para que se ocupara de controlar el caso como subdirector adjunto. Había dos aspectos de la cuestión: la investigación en Colombia y la otra en Washington. Con su experiencia en Londres, Murray sabría evaluar si la investigación en el extranjero se desarrollaba a satisfacción del FBI. Murray llegó a la oficina de Shaw a las siete de la mañana. Había dormido muy poco en las últimas cuarenta y ocho horas, pero tendría tiempo de dar unas cabezadas en el avión, durante el viaje a Chicago para asistir al funeral del director.

-Bueno, a ver.

-Acabo de hablar con Morales en Bogotá -dijo Dan al abrir el legajo-. El tipo que cayó es un tirador del M-19. No sabe una mierda. Héctor Buente, 20 años, expulsado de la Universidad de los Andes por malas calificaciones. Parece que los locales le sacudieron el polvo un poco. Morales dice que están bastante furiosos, pero la cosa es que el chico sabe muy poco. Les avisaron hace varios días que estuvieran alerta porque había un trabajo importante, pero sólo se enteraron del qué y el dónde con cuatro horas de antelación. No sabían que había otra persona en el coche, aparte del embajador. Y ahora que lo recuerdo, había otro grupo de tiradores, emboscados en otra ruta. La Policía tiene algunos nombres, y no dejan piedra sin remover. Me parece que por esa vía no vamos a ninguna parte. Fue un trabajo contratado, y los responsables desaparecieron sin dejar huellas.

-¿Y los lugares desde donde dispararon?

-Son dos apartamentos, seguro que los habían estudiado muy bien. En el momento justo, entraron, maniataron a los ocupantes, o más precisamente los esposaron, y se sentaron a esperar. Un trabajo muy profesional del principio al fin -dijo Murray.

-¿Cuatro horas?

-Exacto.

-O sea después de que el avión despegara de Andrews -musitó Shaw.

-Lo cual significa que la filtración se produjo aquí -asintió Murray-. El destino final del avión era Granada, donde fue a parar. Cambiaron la ruta dos horas antes de llegar a destino. El único tipo colombiano que estaba enterado del viaje era el ministro de Justicia, que hizo correr la voz *tres* horas antes del aterrizaje. Otros altos funcionarios de Gobierno sabían que algo iba a suceder, de ahí la alerta a nuestros amigos del M-19, pero los tiempos no cierran. La filtración se produjo aquí, salvo que fuera el ministro en persona. Morales dice que no es posible. Que es incorruptible, honrado como Dios, y con los cojones muy bien puestos. No tiene amantes que pudieran hablar. No cabe duda de que fue aquí, Bill.

Shaw se frotó los ojos con fuerza. Quería un café, pero ya había tomado cafeína en cantidad suficiente para hiperactivar una estatua.

-Sigue.

-Hablamos con todos aquellos que tuvieron algo que ver con el viaje. Por supuesto que nadie admite haber hablado. Pedí una orden judicial para verificar las comunicaciones telefónicas, pero creo que no vamos a descubrir nada por ese lado.

-¿Qué me dices de...?

-Ya sé, el personal en la base Andrews -sonrió Dan-. Están todos en la lista de sospechosos. Eran cuarenta, como máximo, los que sabían que el director iba a viajar. Eso incluye a los que se enteraron una hora *después* del despegue.

-¿Las pruebas físicas?

-Tenemos un lanzamisiles RPG y armas surtidas. Los soldados colombianos reaccionaron muy bien... hay que tener huevos para entrar en un edificio donde uno *sabe* que hay armas pesadas. Los del M-19 portaban armas ligeras del bloque soviético, creo que de Cuba, pero eso es circunstancial. Quiero pedirles a los soviéticos que nos ayuden a identificar el lote y el embarque del RPG.

-¿Crees que nos ayudarán?

-Negarse es lo peor que pueden hacer, Bill. Veamos si el *glasnost* es algo más que cháchara.

-Está bien, adelante con eso.

-Por lo demás, el aspecto físico no tiene muchos secretos, a lo sumo confirmará lo que ya sabemos. Tal vez los colombianos puedan descubrir algo a través del M-19, aunque lo dudo. Hace años que tratan de desarticular ese grupo, pero es un hueso duro de roer.

-De acuerdo.

-Pareces exhausto, Bill -comentó Murray-. Deja que los agentes jóvenes hagan el esfuerzo. Los viejos como nosotros tenemos que ahorrar fuerzas.

-Sí, lo sé, pero mira el trabajo que tengo acumulado -dijo Shaw señalando su escritorio.

-¿Cuándo nos vamos?

-A las diez y media.

-Bueno, voy a echarme una siesta en el sofá de mi despacho. ¿Por qué no haces lo mismo?

No es mala idea, pensó Shaw. A los diez minutos, a pesar de los innumerables cafés que había bebido, dormía tendido en su sofá. Una hora más tarde, Moira Wolfe llamó a su puerta. La secretaria de Shaw no había llegado aún. Tenía algo importante que decirle, pero no quería abrir la puerta ni despertarlo. Se lo diría más tarde, en el avión.

-Buenos días, Moira -dijo la secretaria de Shaw, que llegaba en ese momento-. ¿Algún problema?

-Vine a hablar con Mr. Shaw, pero creo que duerme. Ha estado trabajando sin descanso desde...

-Lo sé. Y a ti no te vendrían mal unas horas de sueño.

-Dormiré esta noche.

-¿Quieres que le diga...?

-No, hablaré con él en el avión.

Hubo inconvenientes con la orden judicial. El fiscal se equivocó de juez, y el agente tuvo que hacer antesala hasta las 9:30, porque, ese lunes, el magistrado llegó tarde a su despacho. Obtenido el documento legal, se dirigió a la oficina más cercana de Bell Telephone, que tenía acceso a los registros de llamadas. La lista sumaba casi un centenar de nombres, más de doscientos números y sesenta y una tarjetas de crédito, algunas de las cuales no eran de la American Telephone and Telegraph. Una hora después, el agente recibió la lista de los registros y verificó los números que había anotado para asegurarse de que no hubiera errores ni saltos. Se trataba de un agente novato, apenas salido de la Academia, y era la primera vez que lo destinaban a la oficina en Washington. Cumplía una importante tarea de mensajero mientras el supervisor le enseñaba los rudimentos del trabajo en la calle, y no prestó la suficiente atención a los datos que acababa de obtener. Por ejemplo, ignoraba que 58 era el prefijo indicativo de una llamada internacional a Venezuela. Pero era joven, y descubriría ese detalle antes del almuerzo.

El avión era un VC-135, la versión militar del viejo 707. Carecía de ventanillas, para placer de los pasajeros, pero tenía una gran puerta trasera, por donde metieron al director Jacobs para su último vuelo. El Presidente viajaba en otro avión, que debía llegar al aeropuerto internacional de O'Hare minutos antes de éste. Estaba previsto que hablara en el templo y en el cementerio.

Shaw, Murray y otros altos funcionarios del FBI viajaban en el segundo avión, que solía ser usado para esa clase de tareas y estaba equipado con los herrajes necesarios para sujetar el ataúd en el sector delantero de la cabina. Así tenían oportunidad de contemplar el cajón de roble lustrado durante todo el viaje, sin una sola ventanilla que los distrajera. Eso era lo más elocuente de todo. El viaje transcurrió en silencio, sólo el zumbido de las turbinas acompañaba a vivos y muertos.

Pero el avión pertenecía a la flota presidencial, y estaba dotado de los equipos de comunicaciones correspondientes. Un teniente de la Fuerza Aérea entró a la cabina, preguntó quién era Murray y lo condujo a la consola de comunicaciones.

Sentada diez metros atrás de los funcionarios, Mrs. Wolfe lloraba en silencio. Recordaba que debía hablar con Mr. Shaw, pero no era el momento ni el lugar. Además, no tenía importancia: había cometido un error en el interrogatorio de la tarde anterior. Seguramente se debía al *shock* producido por lo sucedido. Era tan... horrible. En los últimos años había perdido a seres queridos, y después de ese fin de semana se sentía... ¿cómo? ¿Confundida? Tal vez. Pero no era el momento. Ahora debía recordar al mejor jefe que jamás había tenido, que había sido tan atento con ella como con los agentes que lo lisonjeaban. Vio que Mr. Murray se dirigía hacia el morro del aparato, pasando junto al cajón que ella había rozado con la mano para dar el último adiós al director.

La comunicación duró apenas un minuto. Luego Murray salió de la cabina de transmisiones, con el rostro impasible, como siempre. Moira observó que no miraba el ataúd al pasar. Mantuvo la vista clavada en el fondo de la cabina hasta llegar a su asiento, junto a su esposa.

-¡Mierda! -murmuró Dan al sentarse. Su esposa lo miró sorprendida. Uno no hablaba así durante un funeral. Le rozó el brazo, pero Murray meneó la cabeza. Cuando la miró, su expresión no era de dolor, sino de tristeza.

El vuelo duró poco más de una hora. El ataúd del director fue retirado por la guardia de honor, muy atildada con sus uniformes de gala. Luego, los pasajeros bajaron a la pista de asfalto, donde el resto del cortejo los aguardaba, bajo la mirada de lejanas cámaras de televisión. La guardia de honor alzó el ataúd e inició la marcha detrás de dos banderas, la de su nación y la del FBI, con la divisa «Fidelidad-Bravura-Integridad». Murray contempló la bandera que ondeaba al viento. Palabras intangibles, en realidad. Pero no era el momento de hablar con Bill, pues los demás se darían cuenta.

-Ahora sabemos por qué destruimos la pista -dijo Chávez, que miraba la ceremonia por televisión, en el casino de suboficiales del cuartel. Por fin comprendía de qué se trataba.

-Entonces, ¿por qué nos sacaron de aquel lugar? -preguntó Vega.

-Volveremos, *Oso.* Y a un lugar donde hay poco aire.

Larson no necesitó enterarse por la televisión. Inclinado sobre el mapa, indicaba los centros, conocidos y posibles, del procesamiento de drogas al sudoeste de Medellín. Conocía la zona general, como todos, pero señalar los laboratorios propiamente dichos... era más difícil. En todo caso, se trataba de un problema tecnológico. En Estados Unidos les había llevado tres décadas perfeccionar la tecnología de reconocimiento de terreno. Había viajado a Estados Unidos, según dijo a sus patrones, para recibir un nuevo avión que, en apariencia, tenía problemas en los motores.

-¿Cuándo comenzó esto?

-Hace un par de meses -dijo Ritter.

A pesar de la escasez de datos, la tarea no era tan difícil. Tenían registrados todos los pueblos y aldeas de la zona, incluso las casas. Como había corriente eléctrica, se las localizaba con facilidad, y la computadora electrónica las iba borrando. Las fuentes de energía que quedaran no eran pueblos, aldeas ni propiedades rurales aisladas. Habían resuelto arbitrariamente que todo lo que apareciera dos veces en una misma semana era demasiado obvio y debía ser borrado. Quedaban así unos sesenta puntos que aparecían y desaparecían de acuerdo con una tabla adyacente al mapa y a las fotografías. Cada uno representaba un posible centro de procesamiento de hojas de coca. Desde luego, eran campamentos de los *Boy Scouts* colombianos.

-No se los puede localizar por métodos químicos -dijo Ritter-. Ya lo he intentado. Las concentraciones de éter y acetona en el aire son las que cabría esperar por el uso normal de quitaesmalte de uñas. Además, están todos los procesos bioquímicos propios del lugar. Es una selva, ¿no? La materia orgánica se pudre en el suelo y libera toda clase de sustancias químicas. Así que el satélite sólo nos da las imágenes infrarrojas. ¿Todavía trabajan de noche? ¿Por qué?

-Les queda la costumbre desde la época en que el Ejército los cazaba activamente. Supongo que lo harán por hábito.

Librodot

-Bueno, tenemos un punto de partida, ¿no?

-¿Adónde nos lleva?

Murray jamás había asistido a un funeral judío. No era muy distinto de la ceremonia católica. Aunque no comprendía el idioma, el mensaje era similar. *Señor, te devolvemos a un buen hombre. Gracias por prestárnoslo durante un tiempo.* El panegírico presidencial, escrito por el mejor *speechwriter* de la Casa Blanca, era de lo más conceptuoso, con citas de la Torá, el Talmud y el Nuevo Testamento. Luego se refería a la justicia, el dios secular al que Emil había servido durante toda su vida adulta. Sin embargo, en el último tramo del discurso, cuando dijo que los hombres debían desterrar el deseo de venganza de sus corazones, Murray pensó que... no eran palabras sinceras. El discurso era muy poético, pero, en ese momento, hablaba como un político. *¿Me estoy dejando llevar por mi cinismo?,* se preguntó el agente. Era un policía, la justicia para él significaba que los hijos de puta que cometían crímenes debían sufrir el consiguiente castigo. Evidentemente, a pesar de que hablaba como un estadista, el Presidente pensaba lo mismo. Lo cual a Murray le parecía muy bien.

Los soldados observaban la escena por televisión, casi en silencio. Algunos afilaban sus cuchillos en las piedras de amolar, pero la mayoría escuchaba en silencio a su Presidente. Sabían quién había matado al hombre cuyo nombre pocos habían oído mencionar antes de su muerte. Chávez había sido el primero en llegar a la conclusión acertada, pero no se necesitaba mucha imaginación para ello. Aceptaron la noticia tácita con flema. Era una prueba adicional de que el enemigo había atacado uno de los símbolos más importantes de la nación. Ahí estaba la bandera de Estados Unidos tendida sobre el ataúd. También estaba la bandera de la Agencia que el hombre había presidido, pero no era trabajo para la Policía. Por eso los soldados se miraban en silencio mientras el comandante en jefe pronunciaba su discurso. Y cuando terminó, su propio jefe entró en el lugar.

-Volvemos esta noche. Afortunadamente, a donde vamos, no hace tanto calor -dijo el capitán Ramírez a sus hombres. Chávez miró a Vega y le guiñó un ojo.

El USS *Ranger* zarpó con la marea, arrastrado por una flotilla de remolcadores, mientras sus escoltas lo esperaban fuera del puerto, agitados por las grandes olas del Pacífico. Una hora después, ya fuera del puerto, navegaba a veinte nudos. Otra hora más, y fue el momento de iniciar las operaciones de vuelo. Primero llegaron los helicópteros, uno de los cuales se reabasteció de combustible y alzó el vuelo para ocupar su puesto de vigía aéreo frente al cuarto de estribor. Los primeros aviones de ala fija fueron los bombarderos «Intruder» al mando de su jefe, el comandante Jensen. Al partir había visto que la nave de municiones, USS *Shasta,* calentaba sus motores. Esa nave formaba parte de la escuadra de abastecimiento, que zarpaba dos horas después de la escuadra de combate. El *Shasta* llevaba las armas que Jensen arrojaría. Conocía el tipo de blancos a los que debía apuntar. Ignoraba los lugares exactos, pero sí tenía una idea general, y, como se dijo al bajar de su avión, no quería saber más. Ya le habían dicho que los «daños colaterales» no eran problema suyo. *Qué palabra tan extraña,* pensó. *Daños colaterales.* Qué término tan frío para referirse a personas que iban a morir, sólo porque el Destino había determinado que estarían en determinado lugar y a determinada hora. Sentía compasión por esa gente, aunque no mucha.

Clark llegó a Bogotá esa misma tarde. Nadie fue a esperarlo. Alquiló un coche, partió y se detuvo en un camino vecinal, a cierta distancia del aeropuerto. Durante varios minutos esperó, inquieto, a que llegara otro automóvil. El conductor, un agente de la CIA en la oficina local, le

entregó un paquete y se alejó sin decir palabra. El paquete no era grande, pesaba unos quince kilos, la mitad de los cuales correspondían a un robusto trípode. Lo puso con cuidado en el suelo del coche y se alejó. En su vida había entregado unos cuantos «mensajes», pero ninguno tan contundente. La idea era suya..., si no del todo, en buena medida. Eso lo hacía un poco más tolerable.

El VC-135 partió dos horas después del funeral. Lástima que no hubiera un velatorio en Chicago. Ésa era una costumbre irlandesa, no de judíos oriundos de Europa Oriental, pero Dan Murray estaba seguro de que a Emil le hubiera gustado. Donde quiera que estuviera, hubiese sonreído al ver cómo alzaban jarras de cerveza o vasos de whisky para brindar por su memoria. Pero no era el momento de pensar en eso. A petición suya, su esposa se había sentado con la de Shaw en otra parte del avión para que él pudiera conversar con Bill. Desde luego, éste se dio cuenta, pero antes de preguntar esperó a que el avión levantara vuelo.

-¿Qué sucede?

Murray le entregó la hoja que había retirado del fax del avión unas horas antes.

-¡Mierda! -dijo Shaw por lo bajo-. ¡Moira, no! ¡Ella no!

Librodot

XVI. LISTA DE BLANCOS

-Estoy abierto a cualquier sugerencia -dijo Murray, pero al instante sintió remordimientos.

-¡Por Dios, Dan! -exclamó Shaw de pronto. Su tez había tomado un color ceniciento.

-Perdona, pero..., ¡joder, Bill!, ¿quieres ir derecho al grano o buscamos la salida fácil?

-Derecho.

-Uno de los chicos de la oficina local le formuló el interrogatorio de rigor. Ella dice que no lo comentó con nadie. Puede ser, ¿pero a quién carajo llamó en Venezuela? Verificaron los registros de todo el año anterior, pero no hubo llamadas anteriores. El chico al que le encomendé la tarea investigó un poco más. El número al que ella telefoneó es de un apartamento, y el teléfono de allá hizo una llamada a Colombia poco después de recibir la de Moira.

-Dios mío. -Shaw meneó la cabeza. Si se hubiera tratado de otro, su reacción hubiera sido de ira, pero Moira trabajaba como secretaria de Jacobs desde antes de que él fuera director, cuando comandaba la oficina de Nueva York.

-Tal vez fue un acto inocente, o una casualidad -dijo Murray, pero eso no mejoró el ánimo de Bill.

-¿Quieres evaluar las probabilidades de que fuese así?

-No.

-Bueno, del aeropuerto nos vamos todos al trabajo. La llamaré a mi despacho una hora después de llegar. Quiero que estés presente.

-De acuerdo.

Murray meneó la cabeza. La había visto llorar junto a la tumba. Había conocido toda clase de traidores y visto mucha deslealtad durante su carrera, pero no podía pensar eso de Moira. *Es casualidad, no puede ser otra cosa. Tal vez su hijo se escribe con un chico de allá. O algo así, ¡qué sé yo!,* se dijo.

Los detectives que registraban la casa del sargento Braden hallaron lo que buscaban. Poca cosa: apenas el estuche de una cámara. Pero era una «Nikon» F-3 con lentes por valor de ocho o nueve mil dólares. El sueldo de sargento de Policía no permitía semejante gasto. Mientras los agentes registraban el resto de la casa, el oficial a cargo de la investigación llamó a la oficina de la «Nikon» para preguntar si el dueño de la cámara con tal número de serie había solicitado garantía. La respuesta fue afirmativa. Y al escuchar el nombre correspondiente, el oficial comprendió que debía dar parte al FBI. Era un caso federal, y, por otra parte, quería proteger la memoria de un hombre que en vida había sido un polizonte corrupto. Porque, con independencia de lo que hubiera hecho, quedaban sus hijos. Tal vez el FBI lo comprendiera.

Sabía que cometía un crimen federal, pero el abogado consideraba que tenía un deber para con sus defendidos. Era una de esas cuestiones oscuras que aparecen poco en los textos de Derecho pero con frecuencia en los tomos de jurisprudencia. Estaba convencido de que se había cometido un crimen, que nadie investigaba, y que su esclarecimiento facilitaría la defensa de dos hombres para quienes el fiscal había solicitado la pena máxima por homicidio. Pensaba que no lo descubrirían, pero si eso sucedía, tendría buenos argumentos para justificar su acción ante la comisión de ética profesional del Colegio de Abogados del Estado. Tenía un

deber profesional que cumplir, y, además, repudiaba la pena de muerte. Para Edward Stuart, la decisión era inevitable.

Ya no la llamaban la Hora Feliz en el casino de suboficiales de la base; aunque, en el fondo, nada había cambiado. Stuart había servido en la Armada como oficial auditor a bordo de un portaaviones -una ciudad flotante de seis mil personas necesitaba un abogado o dos- y conocía bien a los marineros. En una tienda de uniformes había adquirido la ropa y los galones de un oficial pañolero de los guardacostas. Cuando llegó a la base fue derecho al casino, donde sabía que, en tanto pagara sus copas en efectivo, nadie advertiría su presencia. Había servido como pañolero en el buque de la Armada, *Eisenhower,* y conocía la jerga lo suficiente para aprobar un examen superficial de autenticidad. Ahora tenía que identificar a un tripulante del *Panache.*

La nave estaba en mantenimiento, como siempre sucedía antes de iniciar una misión de patrullaje, y los tripulantes no dejarían de acudir al casino a disfrutar unas cervezas antes de zarpar. Era cuestión de identificar a los tipos que necesitaba. Sabía sus nombres y había repasado los noticieros de televisión para recordar sus caras. Por pura buena suerte, se topó con Bob Riley. Sabía más de él que de los demás suboficiales superiores.

El suboficial principal ayudante de contramaestre llegó a las 16.30, después de haber pasado diez horas en la tórrida cubierta, supervisando diversos trabajos de mantenimiento. Había comido poco y consideraba que unas cuantas jarras de cerveza le devolverían los fluidos y electrólitos que había perdido bajo el sol de Alabama. La camarera lo vio entrar y le sirvió una jarra muy grande de cerveza antes de que llegara a la barra. Un minuto, y media cerveza, después, Edward Stuart lo abordó.

-¿Bob Riley?

-Así es -dijo el contramaestre sin volverse-. ¿Quién es usted?

-Sabía que no me recordaría. Soy Matt Stevens. Una vez, hace años, me rompió el culo a patadas en el viejo Mellon. Dijo que no iba a servir para una mierda.

-Parece que me equivoqué -repuso Riley, tratando de recordar aquel rostro.

-No, tenía razón. Yo era un pobre infeliz, pero usted..., bueno, creo que estoy en deuda con usted, principal. Aprendí y me fue bien, sobre todo por lo que usted dijo. -Stuart extendió la mano-. Por lo menos, le debo una cerveza.

No era la primera vez que alguien abordaba así a Riley.

-Bueno, qué se le va a hacer. A todos nos viene bien una sacudida de vez en cuando. A mí me la dieron cuando empezaba.

-Y yo ya se la hice a uno o dos muchachos -sonrió Stuart-. Un suboficial principal tiene que ser serio y responsable, ¿no? Si no, ¿quién cuida a los oficiales?

Riley asintió.

-¿Quién es su jefe ahora?

-El almirante Hally. Vino a Buzzard's Point a conferenciar con los jefes de la base. Creo que han ido a jugar al golf. Nunca aprendí a jugar. ¿Usted está en el *Panache,* creo?

-Sí, señor.

-¿Con el capitán Wegener?

-Así es. -Riley vació su jarra. Stuart indicó a la camarera que les sirviera de nuevo.

-¿Es tan bueno como dicen?

-Red es mejor marinero que yo -reconoció Riley, muy serio.

-Eso es imposible, principal. A mí no me convence. Recuerde que estuve allí cuando llegó ese buque... ¿Cómo se llamaba ese cisterna que se partió en dos?

-*Arctic Star.* -Riley sonrió al recordarlo-. Joder, ese día sí que nos ganamos la paga.

-Sí, lo vi. Creí que usted estaba loco, qué joder. Ahora, lo único que manejo es la computadora personal del almirante, pero estuve en un remolcador que salía de Norfolk, antes de llegar a principal. Claro que no fue nada parecido a lo del *Arctic Star.*

-No es para despreciarlo, Matt. Cada puesto tiene sus ventajas. Yo ya estoy viejo para esas locuras.

-¿Qué tal es la cocina aquí?

-No está mal.

-Invito yo.

-Matt, honestamente, ni siquiera recuerdo lo que pasó.

-Yo sí -le aseguró Stuart-. Si no hubiera sido por eso, me hubiera ido a la mierda. De veras, tengo una deuda con usted. Vamos.

Ocuparon un reservado junto a la pared y bebían la tercera jarra de cerveza cuando el suboficial mayor Oreza apareció.

-Aquí, *Portugués* -dijo Riley a su camarada.

-Veo que hay buena cerveza, Bob.

-Te presento a Matt Stevens. Estuvimos juntos en el *Mellon.* ¿Alguna vez te hablé sobre el *Arctic Star*?

-Apenas treinta o cuarenta veces -dijo Oreza.

-¿Recuerda cómo fue, Matt?

-Es que no alcancé a ver todo lo que pasó, y...

-Claro, los muchachos vomitaban hasta las tripas. Soplaba un verdadero huracán. El helicóptero no podía despegar, y este cisterna... quiero decir, el cuarto de popa, porque el de proa se había ido a pique..., estaba a punto de...

Una hora, y dos cervezas, después, los tres consumían una ristra de salchichas alemanas con *sauerkraut*[34], la mejor combinación con la cerveza. Stuart les habló sobre su almirante, el auditor en jefe del Servicio de Guardacostas, en el cual los oficiales del cuerpo también pertenecen al cuerpo de comando, saben comandar buques y dirigir hombres.

-Oigan, se habla mucho sobre lo que le hicieron a ese par de narcos hijos de puta. ¿Es verdad lo que dicen?

-¿Y qué es lo que dicen? -preguntó Oreza, que todavía no estaba mareado del todo.

-Eso de que los del FBI vinieron a ver a Hally, saben. Yo mismo grabé los informes en la computadora.

-¿Qué dijeron los del FBI?

-Es que no puedo... bueno, a la mierda con eso. No pasa nada con ustedes. El FBI no los va a perseguir. Le dijeron al capitán: «Vete, y no peques más». La confesión que arrancaron a ese par de hijos de puta... ¿no se enteraron? La Operación TARPÓN. Todo empezó gracias a ustedes. ¿No lo sabían?

[34] Col fermentada.

-¿Si sabíamos qué? -Hacía varios días que Riley no leía el diario ni veía la televisión. Estaba enterado de la muerte del director del FBI, pero no tenía la menor idea de que tuviera alguna relación con su zafarrancho de ejecución, como él lo llamaba en la intimidad de su camarote.

Stuart les dijo todo lo que sabía, que era bastante.

-¿Quinientos millones de dólares? -musitó Oreza-. Podrían comprarnos un par de cascos de barco nuevos.

-Que no nos vendrían nada mal -asintió Stuart-. Díganme, no es verdad que... ahorcaron a uno de los infelices. -El abogado sacó un micrograbador «Radio Shack» del bolsillo y elevó el volumen al máximo.

-Fue idea del *Portugués* -dijo Riley.

-Pero no hubiera podido hacerlo sin tu ayuda, Bob -lo interrumpió Oreza, generoso.

-El problema era cómo hacerlo -explicó Riley-. Tenía que parecer verdad para que el más pequeño se cagara de miedo. La verdad, no fue gran cosa. El farmacéutico puso una inyección de éter para dormirlo y yo le até un arnés a la espalda. Cuando lo llevamos a cubierta, el nudo corredizo tenía también un gancho. Entonces le puse el nudo corredizo al cuello; pero, al mismo tiempo, pasamos el gancho por el arnés. Lo alzamos por la espalda, no por el cuello. No queríamos matarlo...; mejor dicho, yo, sí, pero Red pensó que no era lo más conveniente. -El contramaestre y su ayudante intercambiaron sonrisas.

-La otra cuestión era la capucha -dijo Oreza-. Le tapamos la cabeza, pero adentro había una gasa empapada en éter. El hijo de puta chilló como un marrano, pero cuando lo alzamos a la verga, ya estaba dormido.

-El más bajo se lo creyó. ¡Se meó en los pantalones! Cuando lo bajamos al salón, cantó todo lo que sabía. Claro que al otro lo bajamos en seguida. Habían estado fumando porros todo el día, creo que no se dieron cuenta de nada.

Claro que no.

-¿Porros?

-Fue idea de Red. Tenían una provisión... parecían cigarrillos. Se los devolvimos y se pasaron el día fumando. Con eso y con el éter, no supieron qué les ocurrió.

Un poco, sí supieron, pensó Stuart, rogando para sus adentros que el aparato grabador funcionara bien.

-Ojalá los hubiéramos ahorcado en serio -dijo Riley después de una pausa-. Viejo, no se ha visto cosa igual a ese yate. Eran cuatro... los mataron como a vacas en el matadero. Yo no sabía lo que era el olor a sangre, pero allí me enteré -aseguró el contramaestre-. Violaron a la esposa y a la nena, y las descuartizaron como si fueran... ¡mierda! Desde entonces, tengo pesadillas. ¡Pesadillas, yo! ¡Joder, ojalá pudiera olvidarlo! Mi hija es de la misma edad. Los hijos de puta, la violaron, la mataron y la dieron de comer a los tiburones. Una nena que ni siquiera tenía edad para salir con un chico.

»Se supone que somos profesionales, como la Policía, ¿no? Conservamos la cabeza, no nos dejamos alterar por nada, ¿no? ¡Jo... der!

-Eso dice el manual -asintió Stuart.

-El que escribió ese manual nunca vio una cosa así -dijo el *Portugués*-. Los tipos capaces de hacer esto... no son personas. No sé qué mierda son, pero no son personas. El que hace una cosa así deja de serlo, Matt.

-Bueno, ¿qué quieren que les diga? -repuso Stuart, a la defensiva, abandonando por un instante su papel-. La ley se ocupa de esa clase de gente.

-Pero me parece que con la ley no vamos a ninguna parte -dijo Riley.

La diferencia entre los tipos que estaba obligado a defender y aquellos cuyo testimonio debía impugnar, pensó Stuart en medio de los vahos del alcohol, era que los malos eran sus defendidos, los buenos, no. Al hacerse pasar por suboficial de guardacostas había violado una ley para servir a un bien superior, una causa moral superior. Lo mismo habían hecho ellos. Se preguntó quién de todos tenía razón. Claro que eso carecía de importancia. La cuestión de la «razón» estaba en alguna parte, pero no en los textos de Derecho ni en los de normas éticas. Entonces, ¿dónde mierda estaba? Pero Stuart era abogado, no le interesaba la razón sino el derecho. La razón era privativa de jueces y jurados. Algo así. Cometía un error al beber tanto. La bebida aclara la confusión y confunde la claridad.

Esa vez el viaje fue mucho más agitado que antes. Los vientos del Este entraban desde el Pacífico, chocaban contra los Andes y se alzaban en busca de pasos entre las montañas, generando turbulencias a diez mil metros de altura. El vuelo a cien metros sobre el nivel del suelo era muy agitado, sobre todo porque el «Pave Low» iba en piloto automático, siguiendo las configuraciones del terreno. Johns y Willis estaban bien sujetos a sus asientos para reducir los efectos, pero sabían que los pasajeros lo pasaban muy mal con los saltos de cinco metros que el enorme «Sikorsky» daba a razón de diez por minuto. PJ no soltaba la palanca: dejaba actuar el piloto automático, pero estaba preparado para hacerse cargo ante el menor fallo del sistema. Solía decir que eso era volar en serio, lo cual significaba peligroso.

En ese momento sobrevolaban una alta meseta entre un pico de tres mil doscientos metros hacia el Sur y otro de dos mil quinientos hacia el Norte. Buena parte del viento del Pacífico atravesaba ese embudo por el cual pasaba el «Pave Low» a doscientos nudos. Llevaban mucho peso, porque habían llenado los tanques al llegar a la costa colombiana.

-Allí está Mistrato -dijo el coronel Johns. El sistema de navegación computarizado los había desviado hacia el Norte para pasar lejos de esa ciudad y de las rutas circundantes. Los dos pilotos estudiaban el terreno en busca de las luces de algún automóvil o de una casa. Habían planificado la ruta sobre la base de fotografías diurnas y nocturnas, pero siempre cabía la posibilidad de una sorpresa.

-Buck, primer aterrizaje en cuatro minutos -dijo PJ.

-Entendido.

Sobrevolaban la provincia de Risaralda, parte del gran valle entre dos enormes cadenas montañosas generadas por una falla de la corteza terrestre. PJ era aficionado a la geología. Era consciente de la fuerza requerida para elevar su aparato a semejante altura, pero la magnitud de las fuerzas capaces de elevar esas montañas casi escapaba a su comprensión.

-Aterrizaje uno a la vista -dijo el capitán Willis.

-Lo veo. -El coronel tomó la palanca y su micrófono-. Un minuto. Preparen armas.

-Entendido.

El sargento Zimmer abandonó su puesto y fue hacia atrás. El sargento Bean activó su ametralladora. Zimmer resbaló en un charco de vómito y casi cayó al suelo. Estaba habituado. El vuelo era menos agitado ahora que las montañas los protegían del viento, pero allá atrás había unos chicos muy mareados que anhelaban bajar a tierra firme lo antes posible. Para Zimmer, eso era incomprensible. En tierra había mucho peligro.

Librodot

El helicóptero descendió y el primer pelotón se preparó para saltar a tierra. Lo hicieron apenas el aparato se detuvo. Zimmer los contó, verificó que nadie estuviera herido y dio la voz de partir.

La próxima vez, pensó Chávez, *¡la próxima vez no vengo, joder!* No era la primera vez que volaba en condiciones turbulentas, pero no había conocido nada semejante. Encabezó el trote hacia los árboles y esperó al resto del pelotón.

-Qué bueno es estar en tierra -dijo Vega al alcanzarlo.

-No sabía que había comido tanto -gimió *Ding.* Todo el contenido de su estómago se había ido con el helicóptero. Abrió su cantimplora y bebió casi medio litro, sólo para limpiar el amargo sabor.

-Antes me gustaba la montaña rusa -dijo *Oso*-. ¡Nunca más, *mano!*

-Coño, lo mismo digo. -Chávez recordaba las montañas rusas de Kontt's Beny Farm y otros parques de diversiones de California. ¡Nunca más!

-¿Cómo va eso, *Ding*? -preguntó el capitán Ramírez.

-Lo siento, mi capitán. Nunca me había ocurrido algo semejante, es la primera vez en mi vida. En seguida voy a estar bien -prometió a su jefe.

-Descanse un momento. Elegimos un lugar bien tranquilo para el descenso. -*Eso espero.*

Chávez sacudió la cabeza con vigor. No sabía que el mareo se originaba en el oído interno; hasta media hora antes, no conocía el mareo. Pero tomó aliento y sacudió la cabeza, la mejor manera de recuperar el equilibrio. Aunque repetía una y otra vez que la tierra no se movía bajo los pies, parte de su cerebro le aseguraba otra cosa.

-¿Hacia dónde, mi capitán?

-Hacia donde iba. -Ramírez le palmeó el hombro con fuerza-. En marcha.

Chávez se puso las gafas de visión nocturna e inició la marcha a través de la floresta. Dios, qué vergüenza. Jamás volvería a cometer semejante estupidez. La cabeza le decía que sus piernas se desplazaban en una dirección y su cuerpo en otra. Trató de concentrarse en el terreno y se adelantó rápidamente hasta dejar al pelotón unos doscientos metros más atrás. Pensaba que la primera misión, en los valles pantanosos, había sido un ejercicio. Ésto era en serio. Con esa idea, los últimos restos de la náusea se disiparon y se puso a moverse en serio.

Esa noche trabajaron hasta muy tarde. Además de la investigación, había mucho trabajo atrasado. Cuando Mr. Shaw convocó a Moira a su oficina, ella había reunido toda la información requerida y era el momento de decirle lo que había olvidado el día anterior. No se sorprendió al ver a Mr. Murray, pero sí le sorprendió su pregunta.

-Moira, ¿la interrogaron sobre el viaje de Emil? -preguntó Dan.

-Sí, pero olvidé mencionar un detalle. Vine a decírselo a Mr. Shaw esta mañana, pero no quise despertarlo. Connie me vio -aseguró.

-Siga -dijo Bill, mientras se preguntaba si eso mejoraba las cosas.

Mrs. Wolfe se sentó y miró hacia la puerta abierta. Murray la cerró, y al volver le palmeó el hombro con suavidad.

-No se preocupe, Moira.

-Tengo un amigo en Venezuela. Nos conocimos... bueno, nos conocimos hace un mes y medio y... me cuesta mucho hablar de esto. -Vaciló y contempló la alfombra unos instantes antes de seguir-. Estamos enamorados. Él viaja una o dos veces por mes, y ahora que el

Librodot

director estaba ausente, queríamos pasar un fin de semana en... ¿conocen «The Hideaway», cerca de las cavernas de Luray?

-Sí, lo conozco -dijo Shaw-. Un buen lugar para alejarse del mundanal ruido.

-Cuando me enteré de que Mr. Jacobs se iba de viaje y que tenía un fin de semana largo, lo llamé. Es dueño de una fábrica de repuestos de automóviles. En realidad son dos plantas, una en Venezuela y otra en Costa Rica. Fabrica carburadores, cosas por el estilo.

-¿Lo llamó a su casa? -preguntó Murray.

-No. Trabaja tanto que lo llamé a la fábrica. Tengo el teléfono. -Entregó la hoja con membrete del «Sheraton». Me atendió su secretaria, que se llama Consuelo, porque él estaba abajo, en la planta. Después él me llamó, le dije que podíamos pasar el fin de semana, y entonces él vino... nos encontramos el viernes en el aeropuerto. Me fui poco después de la partida de Mr. Jacobs.

-¿En qué aeropuerto se encontraron?

-Dulles.

-¿Cómo se llama? -preguntó Shaw.

-Díaz. Juan Díaz. Pueden llamarlo a la fábrica, que...

-Moira, ese teléfono no es de una fábrica sino de un apartamento -dijo Murray. Así de brusco, así de claro.

-Pero... él... -Vaciló-. No. No. Él no es...

-Moira, queremos una descripción exacta.

-No puede ser. -Abrió la boca de par en par. Miró a uno y otro hombre, embargada por el horror. Iba de luto, probablemente el mismo vestido que había usado en el funeral de su esposo. Durante un par de semanas había vuelto a ser una mujer alegre, bella, feliz. Nunca más. Los jefes del FBI advirtieron su dolor, y detestaron ser la causa. También ella era una víctima. Pero a la vez era una pista, justo la que necesitaban.

Con la escasa dignidad que le quedaba, Moira Wolfe les dio una descripción exhaustiva y precisa, en una voz frágil como el cristal. Luego perdió el control. Shaw hizo que su propio ayudante la llevase a casa.

-Cortez -dijo Murray apenas se cerró la puerta.

-Con certeza más que razonable -asintió el subdirector adjunto de Investigaciones-. El informe sobre él dice que es un genio para comprometer a la gente. Mejor prueba que ésta, imposible. -Shaw meneó la cabeza al servir el café-. Pero parece imposible que él estuviera al tanto del atentado, ¿no?

-Claro, si no, no tendría sentido que viniera -dijo Murray-. Pero los criminales no suelen actuar por lógica. Bueno, empezaremos por los puestos de migraciones, hoteles y compañías aéreas. A ver si podemos rastrear a ese hijo de la gran puta. Me ocuparé de ello. ¿Qué hacemos con Moira?

-Creo que no ha violado ninguna ley, ¿o sí? -Eso era lo más extraño-. Hay que conseguirle un puesto donde no tenga acceso a materiales reservados, tal vez en otra Agencia. No debemos destruirla, Dan.

-Por supuesto que no.

Moira Wolfe llegó a su casa poco antes de las once. Sus hijos la esperaban despiertos. Dieron por sentado que sus lágrimas eran una reacción tardía después del funeral. Habían conocido a Emil Jacobs y lamentaban su muerte tanto como cualquiera de sus colaboradores

del FBI. Ella habló muy poco, los dejó sentados frente al televisor y subió a su dormitorio. A solas en el cuarto de baño, contempló en el espejo el rostro de la mujer que se había dejado seducir y *usar* como... como una idiota; no, peor: como una vieja estúpida, vanidosa, solitaria, en busca de la juventud perdida. Tan desesperada por la falta de amor que... ¿A cuántos había condenado? ¿A siete? Trató en vano de recordar, mientras observaba su rostro en el espejo. Los jóvenes agentes de seguridad también tenían esposas e hijos. Ella misma había tejido un jersey para el primer hijo de Leo. Era tan pequeño... nunca sabría que su padre había sido un joven amable y atractivo.

Yo tengo la culpa.

Ayudé a que los mataran.

Abrió el espejo del botiquín. Como la mayoría de la gente, los Wolfe no tiraban los frascos de medicamentos, y ahí estaba, el envase de plástico del «Placidy», tal como recordaba. Quedaban seis píldoras; seguramente tendría bastantes.

-¿A qué se debe esta nueva visita? -preguntó Timmy Jackson a su hermano mayor.

-Navego en el *Ranger* a observar una operación con la flota. Vamos a ensayar unas nuevas tácticas de intercepción que yo he ayudado a elaborar. Y a un amigo mío le dieron el mando del *Enterprise,* así que vine un día antes a presenciar la ceremonia. Mañana voy a San Diego a tomar el COD hasta el *Ranger.*

-¿Qué es el COD?

-Algo así como el camión de reparto del portaaviones -explicó Robby-. Un bimotor turbohélice. Bueno, ¿cómo siguen las cosas en la Infantería ligera?

-Siempre corriendo por las montañas. Mi nuevo jefe de pelotón jodió todo el ejercicio. No es justo -se lamentó Tim.

-¿Qué ocurrió?

El teniente Jackson vació su copa antes de responder.

-«Un teniente inexperto y un jefe de pelotón inexperto son una carga excesiva para cualquier unidad.» Eso dice el nuevo S-3, que vino con nosotros. Claro que el capitán no piensa lo mismo. Ayer me rompió el culo a patadas. Joder, lo que daría por tener otra vez a Chávez.

-¿A quién?

-Al jefe de pelotón que me quitaron. Él... no acabo de entenderlo. Iban a enviarlo como instructor al centro de entrenamiento, pero fue a parar a cualquier lado. El S-3 dice que lo vio en Panamá hace un par de semanas. Pedí al sargento que lo rastreara, para ver qué carajo pasaba..., es uno de mis hombres, comprendes. -Robby asintió. Comprendía-. Bueno, pues resulta que perdieron sus papeles, y que en Personal no saben qué pensar. Llamaron de Fort Benning para preguntar dónde mierda estaba, que lo esperaban. Nadie sabe dónde mierda está *Ding.* ¿Sucede esto en la Armada también?

-Tenemos un dicho: el que desaparece es porque quiere desaparecer.

Tim meneó la cabeza.

-Otro puede ser, pero *Ding,* no. Está enganchado para toda la vida, nunca va a pedir la baja. Llegará a sargento mayor con mando de tropa. No es un desertor.

-Tal vez traspapelaron su expediente -dijo Robby.

Librodot

-Puede ser. La verdad, no tengo experiencia en estas cosas. También me llamó la atención que apareciera allá abajo, en medio de la selva. Bueno, dejemos eso. ¿Cómo está Sis?

La única ventaja del lugar era que no hacía calor. Al contrario, la temperatura era relativamente baja. Tal vez a consecuencia de la falta de aire, pensó *Ding.* La altura era apenas inferior a la del centro de entrenamiento en Colorado, pero desde entonces habían pasado varias semanas, y los soldados necesitaban un par de días para volver a aclimatarse.

Los cerros -nadie llamaría colinas a esas moles- eran bastante escarpados, y, a pesar de la tupida vegetación, había que cuidar el paso. Por suerte, la densa arboleda dificultaba la visibilidad. Sus gafas de visión nocturna, torcidas como una gorra mal cortada, le permitían ver a apenas cien metros, a veces menos, pero algo era; las altas copas de los árboles eliminaban la luz que el ojo requería a simple vista. Era un lugar fantasmal y solitario, pero para el sargento Chávez, como su segundo hogar.

No se dirigía en línea recta hacia el objetivo de esa marcha nocturna, sino que seguía el método indicado por el Ejército: de virar constantemente hacia la izquierda y la derecha del rumbo que debía seguir. Cada media hora se detenía, volvía un tramo sobre sus pasos y esperaba que el resto del pelotón apareciera. Luego ellos se tomaban unos minutos de descanso mientras verificaban si alguien se interesaba por esa nueva presencia en la floresta de alta montaña.

La correa de su MP-5 tenía un doble lazo que le permitía llevarla en posición de tiro. La boca del cañón estaba liada con cinta aislante para impedir la entrada de objetos extraños. También llevaba encintados los herrajes de la correa para disminuir el ruido. Su peor enemigo era el ruido. Chávez se concentraba en eso, en la vista y en varias cosas más. Esa vez era en serio. El informe previo había sido muy claro. Ya no se trataba de una misión de reconocimiento.

A las seis horas de marcha avistó el lugar donde harían noche. Chávez envió la señal -cinco *tops* del botón transmisor a los que respondieron con tres- para que los demás esperaran mientras él reconocía el lugar. Era un verdadero nido de águilas desde el cual dominaban un tramo de muchos kilómetros de la carretera principal de Manizales a Medellín. Los laboratorios de procesamiento estaban situados a lo largo de esa vía, seis de ellos a una noche de marcha de donde él se encontraba en ese momento. Chávez lo recorrió en círculos, en busca de pisadas o de cualquier residuo que delatara la presencia humana. Era un lugar demasiado cómodo para que nadie lo hubiera descubierto antes. Tal vez un fotógrafo del *National Geographic* había tomado fotos del valle. Claro que no era fácil llegar hasta allá. Estaban a mil metros sobre el nivel de la ruta, y no era la clase de terreno que se pudiera recorrer en un tanque, y mucho menos en un coche. Avanzó siguiendo un camino en espiral hasta el centro sin hallar nada. Tal vez era un sitio demasiado alejado. Esperó media hora antes de enviar una nueva señal. El pelotón había tenido tiempo de sobra para verificar si alguien los seguía, en cuyo caso ya habría habido contacto. Amanecía, y el sol teñía de rojo el cielo al este del valle cuando el capitán Ramírez apareció. Por fortuna, con la infiltración clandestina, la noche había sido muy breve. Media noche de marcha los había cansado, pero no mucho, y tenían un día entero para volver a adaptarse a la altura. Habían recorrido siete kilómetros en línea recta desde el lugar del aterrizaje -que en realidad eran diez kilómetros de caminata efectiva, y setecientos metros de ascensión.

Ramírez distribuyó a los hombres en parejas. Había un arroyo muy cerca, pero esa vez nadie se había deshidratado. Chávez y Vega ocuparon uno de los dos probables caminos de aproximación al refugio, una pendiente suave con pocos árboles y un buen campo de fuego. Desde luego que *Ding* no había entrado por ahí.

-¿Qué tal, *Oso*?

-Qué lindo si alguna vez nos mandaran a un lugar llano, fresco y con mucho aire, ¿no?

El sargento Vega se quitó el correaje y lo amontó para hacerse una almohada. Chávez lo imitó.

-Sí, pero en esa clase de lugares no se hacen las guerras sino los campos de golf.

-¡Justo, coño!

Vega instaló su ametralladora junto a un montículo rocoso y la tapó con tela de camuflaje. Hubiera podido arrancar un arbusto para ocultar el arma, pero no querían dejar más señales de su presencia que las estrictamente necesarias. *Ding* acertó el tiro de la moneda y se durmió sin una palabra más.

-¿Mamá?

Eran las siete, a esa hora ella siempre estaba despierta para servir el desayuno a su madrugadora familia. Dave llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Sintió miedo. Ya había perdido a su padre, sabía que los padres no eran esos seres inmortales e inmutables que sirven para anclar el universo creciente del niño. Era la pesadilla más recurrente que los hijos de Moira nunca expresaban en voz alta, ni siquiera entre ellos, por temor a lo que pudiera suceder. *¿Y si le sucede algo a mamá?* Antes de tocar el picaporte, Dave anticipó lo que iba a encontrar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Mamá? -repitió con voz temblorosa. Sintió vergüenza, y también temor de que sus hermanitos lo escucharan. Giró el picaporte y abrió la puerta lentamente.

Las persianas estaban abiertas, la luz matinal bañaba el cuarto. Estaba tendida sobre la cama, vestida de luto. Inmóvil.

Parado en el vano de la puerta, con el rostro empapado de lágrimas, se sintió abrumado de repente por la realidad física de sus pesadillas.

-¿Mamá...?

Dave Wolfe, valiente como cualquier otro chico de su edad, tomó aliento y se acercó a la cama, donde asió la mano de su madre. Estaba tibia. Sintió el pulso: débil, lento, pero regular. Bruscamente se estremeció, se dirigió al teléfono y marcó el 911.

-Emergencias -dijo una voz.

-Necesito una ambulancia. Mi mamá no se despierta.

-Dame la dirección. -Dave la dijo-. Bien, describe su estado.

-Está dormida, no puedo despertarla y...

-¿Tu mamá bebe mucho?

-*¡No!* -exclamó furioso-. Trabaja en el FBI. Anoche se acostó al volver del trabajo. Ella... -Entonces vio el frasco sobre la mesa de luz-. Dios mío, un frasco de medicamento...

-¡Lee la etiqueta!

-*P-l-a-c-i-d-y-l.* Es de mi papá, que...

La operadora no quiso escuchar más.

-Está bien, la ambulancia llega en cinco minutos.

Llegó en cuatro minutos y algo más: los Wolfe vivían a tres manzanas de un cuartel de bomberos. Cuando los paramédicos irrumpieron en la casa, los niños menores aún no se habían enterado de nada. En el dormitorio hallaron a Dave que no soltaba la mano de su

Librodot

madre y temblaba como una rama en un huracán. Uno de los bomberos lo apartó, verificó la respiración, los reflejos oculares y el pulso.

-Cuarenta, débil. Respiración, ocho, superficial. Ha tomado «Placidyl» -dijo.

-¡Esa mierda! -Se volvió hacia Dave-. ¿Cuántas píldoras había en el frasco?

-No sé. Era de mi papá, que...

-Vamos, Charlie. -El primer paramédico la alzó-. Déjame pasar, chico, tenemos que salir. -No había tiempo para traer la camilla. Hombre robusto y fuerte, alzó el cuerpo inerte de Moira Wolfe como si fuera un bebé-. Seguidnos hasta el hospital si queréis.

-Qué...

-Respira, chico. No puedo decirte más por el momento.

¿Qué diablos pasa aquí?, se preguntó Murray. Había pasado a buscar a Moira -cuyo coche estaba en la playa de estacionamiento del FBI- y hablar con ella para tratar de aliviar su sensación de culpa. Había violado las normas de seguridad y cometido una gran tontería, pero había sido víctima de un hombre capaz de descubrir los puntos vulnerables de la mujer y explotarlos con un profesionalismo absoluto. Todos son vulnerables en algún sentido. Era una lección más, después de años de servicio.

No conocía personalmente a los chicos de Moira, aunque sí por referencia, y no era difícil saber cuál salía detrás del paramédico. Detuvo su coche oficial y bajó rápidamente.

-¿Qué sucede? -preguntó, mostrando su credencial.

-Intento de suicidio. Píldoras. ¿Algo más? -preguntó el paramédico al sentarse al volante.

-Vayan. -Murray se volvió para asegurarse de que su automóvil no le cerrara el paso a la ambulancia.

Miró a los chicos. Evidentemente, era la primera vez que se pronunciaba en voz alta la palabra «suicidio», y al escucharla fue como si recibieran un golpe.

¡Cortez, grandísimo hijo de puta! ¡Espera por tu bien que no te eche mano!

-Chicos, soy Dan Murray. Trabajo con vuestra madre. ¿Queréis que os lleve al hospital? -Que la investigación esperara. El muerto, muerto estaba, podía ser paciente. Emil lo aprobaría.

Los dejó en la entrada de la guardia, fue a estacionar y se comunicó con la oficina por medio de su teléfono móvil.

-Comuníqueme con Shaw -ordenó al oficial de guardia. Aquél respondió al instante.

-Dan, soy Bill. ¿Qué ocurre?

-Moira ha intentado matarse. Anoche tomó un frasco de píldoras.

-¿Qué harás?

-Hay que cuidar a los chicos. ¿Conoces alguna amiga de ella que pueda hacerlo?

-Lo averiguaré.

-Hasta que venga, me quedaré con ellos, Bill. Es que...

-Claro, claro, me parece bien. Quiero que me tengas al corriente.

-De acuerdo.

Murray cortó la comunicación y cruzó el estacionamiento del hospital. Los chicos estaban sentados en la sala de espera. Dan sabía lo que era esa sala en un hospital. También sabía que la placa dorada del FBI abría todas las puertas, y ésta no fue una excepción.

-La mujer que acaba de ingresar -dijo al primer médico que vio-. Moira Wolfe.

-Sí, la sobredosis.

¡Es un ser humano, no una sobredosis!, se abstuvo de exclamar Murray. Asintió y preguntó dónde estaba.

-No se puede...

-Tiene que ver con una investigación muy importante. Debo saber qué pasa.

El médico lo condujo al lado de una camilla, en cuidados intensivos. No era algo agradable de ver. Le habían introducido un tubo de oxígeno en la garganta e inyectado tubos intravenosos en los dos brazos... mejor dicho, parecía que la sangre salía por un tubo, pasaba por un extraño aparato y volvía a entrar por el mismo brazo. Estaba desnuda y tenía varias terminales del electrocardiograma sujetas al pecho. Murray apartó la vista rápidamente. El hospital despojaba de su pudor a la gente; pero la vida era más importante que el pudor, ¿no?

¿Acaso no lo sabía Moira?

¿Cómo es que no advertiste las señales, Dan? -se preguntó Murray-. *¿Cómo no se te ocurrió hacerla vigilar? ¡Diablos, si la hubiera encerrado, no hubiera podido hacerlo!*

Tal vez debíamos haber gritado un poco, en vez de mostrar tanta consideración. Tal vez lo interpretó mal. Quizá, quizá, quizás.

Cortez, hijo de puta, eres un jodido muerto. Sólo basta decidir el cuándo.

-¿La salvarán? -preguntó Murray.

-¿Quién coño es usted? -preguntó un médico sin volver la cabeza.

-FBI. Tengo que saberlo.

-Yo también, amigo -repuso el facultativo sin mirarlo-. Ha tomado «Placidyl», un somnífero muy potente. Pocos médicos lo recetan, porque la sobredosis es muy baja. LD-50 es de cinco a diez píldoras. LD-50 es la dosis que mata a la mitad de los que la ingieren. No sé cuántas ha tomado. Los signos vitales no han cesado, pero son muy débiles. Le hacemos diálisis de sangre para eliminar la droga, espero que no sea una pérdida de tiempo. Le damos oxígeno al ciento por ciento, y suero. Sólo podemos esperar. No va a despertar hasta dentro de un día o dos, tal vez tres. Tampoco sé qué probabilidades tiene de sobrevivir. Ahora sabe lo mismo que yo. Váyase, estoy ocupado.

-Sus tres hijos esperan, doctor.

El médico volvió la cabeza un par de segundos.

-Dígales que las probabilidades son bastante buenas, pero que lo va a pasar mal. Perdóneme, no puedo decirle más. Sólo que si se recupera, se recupera del todo. Esta mierda no deja secuelas. Salvo cuando mata -agregó.

-Gracias.

Murray salió a hablar con los niños. Poco después llegó una vecina a hacerse cargo de ellos y un agente a montar guardia en la sala de espera. Moira era la única persona que podía llevarlos a Cortez: por lo tanto, otros tal vez la querrían muerta. Callado y aún furioso consigo mismo, Murray llegó a su despacho poco después de las nueve. Tres agentes lo esperaban. Les indicó que lo siguieran.

-A ver, ¿qué han averiguado?

-El tal Mr. Díaz pagó su cuenta en «The Hideaway» con tarjeta «American Express». El mismo número apareció en la expendeduría de billetes de dos compañías aéreas... gracias a Dios que existen esas computadoras para verificar tarjetas. Después de dejar a Mrs. Wolfe, voló de Dulles a Atlanta, y de allí a Panamá, donde desaparece su rastro. Seguro que pagó en efectivo, porque no aparece nadie con ese nombre en los vuelos del día. El empleado del mostrador en Dulles lo recuerda: estaba desesperado por abordar ese vuelo a Atlanta. Su descripción coincide con la que tenemos. Si entró la semana pasada en el país, no lo hizo en Dulles. Estamos verificando los archivos de computadora, digamos que las probabilidades de descubrirlo *son fifty-fifty.* Para mí, tuvo que ser Dallas-Fort Worth, Kansas City, Chicago o cualquiera de esos aeropuertos con muchas conexiones. Pero lo más interesante hasta el momento no es eso: «American Express» acaba de descubrir que ha emitido varias tarjetas a nombre de Juan Díaz. Varias de ellas son muy recientes. No saben cómo pudo suceder.

-Ah, ¿sí? -dijo Murray mientras servía el café-. ¿Cómo es que no se dieron cuenta?

-Primero, porque las cuentas fueron canceladas antes del vencimiento. Las direcciones varían. El nombre es lo bastante común como para no llamar la atención en una lectura rápida de los archivos. Tenemos la impresión de que alguien puede penetrar en sus sistemas, incluso en el programa central. Es una pista que debemos seguir. Es probable que use el mismo nombre por las dudas de que Moira vea su tarjeta. Gracias a eso, sabemos que ha estado por aquí al menos cinco veces en los últimos cuatro meses. Alguien ha penetrado en los sistemas de la «American Express». Ese alguien -prosiguió el agente- es muy hábil, lo suficiente como para generar líneas de crédito para Cortez y para quien le dé la gana. Tiene que haber una forma de descubrirlo, pero no nos hacemos ilusiones de lograrlo en poco tiempo.

En ese momento, llamaron a la puerta.

-Dallas-Fort Worth -dijo un joven agente, y le tendió una hoja fax-. Las firmas coinciden. Llegó tarde, voló directamente a Nueva York, donde arribó a medianoche, hora local, el viernes pasado. Seguro que tomó el puente aéreo a Washington para reunirse con Moira. Falta verificarlo.

-Perfecto -dijo Murray-. Así sabemos todos sus movimientos, menos el aeropuerto de origen.

-Lo estamos estudiando, señor. El billete a Nueva York lo compró directamente en el aeropuerto. Hablamos con Migraciones para que averigüen por dónde entró.

-Bueno, ¿qué más?

-Tenemos sus huellas dactilares. Pudimos cotejar un dedo mayor izquierdo en la hoja que tenía Mrs. Wolfe con el recibo de la tarjeta de crédito en Dulles. No fue fácil, pero los muchachos del laboratorio usaron el láser. Enviamos gente a «The Hideaway», pero todavía no hay nada. Las empleadas de la limpieza son demasiado eficientes; de todos modos, seguimos buscando.

-O sea que tenemos todo menos una fotografía de ese hijo de puta. Todo menos una fotografía -repitió Murray-. ¿A dónde fue desde Atlanta?

-¿No se lo he dicho? Tuvo una espera breve y después voló a Panamá.

- ¿Cuál es la dirección de la tarjeta «American Express»?

-Es en Caracas, pero sólo son buzones.

-¿Cómo es que Migraciones...? Ah, claro -dijo Murray con una mueca-. Debe de tener una colección de pasaportes para hacer juego con las tarjetas.

-Es un profesional de primera. No pensé que podríamos averiguar tanto en tan poco tiempo.

-¿Hay alguna novedad en Colombia? -preguntó a otro agente.

-Pocas. El laboratorio descubrió un par de cosas, pero no hacen más que confirmar lo que ya sabíamos. Los colombianos pudieron averiguar los nombres de la mitad de los tipos. El prisionero dice que no conocía a todos, y parece que es la verdad. Iniciaron una operación a gran escala, pero Morales no tiene muchas esperanzas. Son tipos buscados desde hace mucho tiempo, todos del M-19. Fue un trabajo a sueldo, tal como pensábamos.

Murray miró su reloj. Ese día se celebraba en la catedral de Washington el oficio por los dos guardaespaldas muertos con Emil y estaba prevista la presencia del Presidente. Sonó el teléfono.

-Aquí Murray,

-Habla Mark Bright, desde Mobile. Tenemos novedades.

-Siga.

-Un «pasma» se hizo matar el sábado pasado. Un trabajo a sueldo, «Ingrams» a quemarropa, pero un vecinito disparó a uno de sus tipos con su .22, le dio justo en la nuca. Hallaron el cadáver dentro del vehículo. La Policía registró la casa de la víctima, era el sargento de detectives Braden, y halló una cámara fotográfica que pertenecía al muerto del caso de los piratas. Braden pertenecía a Robos. Mi hipótesis es que trabajaba para los narcos que fueron a registrar la casa de la víctima antes de la masacre, en busca de esos registros que nosotros hallamos.

Murray asintió, pensativo. Era un dato más. Antes de matar al hombre y su familia en el yate, habían querido asegurarse de que el sujeto no llevaba un registro de sus actividades. El policía corrupto había fallado en su tarea y lo había pagado con su vida. Eso formaba parte del asesinato del director Jacobs, era una derivación adicional de la Operación TARPÓN. *Los hijos de puta están haciendo una demostración de fuerza.*

-¿Algo más? -preguntó.

-La Policía local está bastante furiosa. Es la primera vez que matan a uno de los suyos a plena luz del día. Además, una bala perdida mató a su mujer. Le digo que los polizontes están bastante molestos, por así decirlo. Un narco local pasó a mejor vida anoche. Dicen que fue un tiroteo, pero no lo creo, ni me parece una casualidad. Por ahora, nada más.

-Gracias, Mark. -Murray cortó-. Los hijos de puta nos han declarado la guerra -murmuró.

-¿Cómo dice, señor?

-Nada, no importa. ¿Has verificado los viajes anteriores de Cortez? ¿Hoteles, alquiler de coches?

-Estamos investigando. Creo que tendremos los primeros datos en un par de horas.

-Ténganme al tanto.

Esa mañana, Stuart era el primero en la agenda del fiscal federal, y parecía estar muy alegre. La secretaria no advirtió sus ojeras.

-Buenos días, Ed -dijo Davidoff sin pararse. Su escritorio estaba atestado de papeles-. ¿En qué puedo servirte?

-No habrá pena de muerte -dijo Stuart al tomar asiento-. Confesión de culpa a cambio de veinte años de cárcel, y es mi última oferta.

-Nos veremos en el Tribunal, Ed -repuso Davidoff, y volvió a sus papeles.

-¿Quieres saber qué he conseguido?

-Estoy seguro de que si vale la pena, me lo dirás en el momento oportuno.

-Creo que es suficiente para conseguir el sobreseimiento. ¿Te gustaría verlos salir en libertad?

-Ver para creer -dijo Davidoff, pero le prestó atención. El fiscal sabía que Stuart era un abogado defensor excesivamente entusiasta, pero honrado. No mentía, al menos fuera del Tribunal.

Stuart usaba un portafolio anticuado, con abertura superior, de cuero semiduro, en lugar de los elegantes *attaché* preferidos por la mayoría de los abogados. Bajo la atenta mirada de Davidoff, lo abrió y extrajo una grabadora. Los dos eran abogados expertos, sabían ocultar sus sentimientos y decir lo que había que decir con independencia de lo que pensaran. Pero, al igual que los buenos tahúres, sabían descubrir en el otro esos signos sutiles que los demás pasan por alto. Al apretar la tecla de *play,* Stuart advirtió que su adversario estaba preocupado. La cinta duraba varios minutos. La calidad del sonido era pésima, pero las palabras se oían bastante bien, y se oirían mejor después de pasar por el laboratorio de acústica.

Davidoff empleó el recurso que cabía esperar.

-Eso no tiene relación con el juicio. Hemos excluido la información contenida en esa confesión. Nos pusimos de acuerdo, ¿no?

Ahora que llevaba las de ganar, Stuart moderó el tono de su voz. Convenía mostrarse magnánimo.

-Eso dices tú, pero yo no acepté nada. El Gobierno violó groseramente los derechos constitucionales de mis defendidos. El simulacro de ejecución es, como mínimo, tortura mental. Y, en todo caso, es ilegal. Cuando llames a esos dos guardacostas al estrado, voy a crucificarlos. Eso bastará para impugnar todo su testimonio. Uno nunca sabe qué va a decir el jurado, ¿verdad?

-También es posible que los jurados aplaudan el proceder de los marinos.

-Claro, es una posibilidad real. Hay una sola manera de saberlo: ir a juicio. -Stuart guardó la grabadora en su portafolio-. ¿Insistes en iniciarlo lo antes posible? Con esta información puedo poner en tela de juicio el origen de las pruebas. Si fueron capaces de cometer esta locura, ¿qué pasaría si mis defendidos alegaran que los obligaron a masturbarse para dejar esas muestras de semen que mencionaste en la conferencia de Prensa, o que les pusieron las armas en las manos para dejar sus huellas, y yo relacionara eso con lo que sé sobre la víctima? Te aclaro que no he hablado de esto con ellos. Creo que con todo este material, tengo una buena probabilidad de lograr el sobreseimiento. - Stuart se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre el escritorio-. Pero, por otro lado, tienes razón: nunca se sabe qué va a decir el jurado. Así que mi oferta es que se declaran culpables de lo que tú quieras que les signifique veinte años, sin recomendaciones del juez de que se les haga cumplir toda la sentencia. De esa manera saldrán, más o menos, en ocho años. A la Prensa le dices que hubo un problema con las pruebas, que estás furioso, pero que no hay nada que hacer. Mis defendidos pasan unos años a la sombra. Los condenas, pero no los matas. Es mi última oferta. Tienes un par de días para pensarlo.

Stuart se levantó, agarró el portafolio y salió sin decir palabra. En seguida buscó el baño de hombres. Sentía la necesidad de lavarse las manos, aunque no sabía bien por qué. Estaba convencido de que tenía razón. Los criminales -no había duda de que lo eran- irían a la cárcel, pero no a la silla eléctrica, y tal vez se rehabilitarían. Ésa es la clase de mentira con la que los abogados se consuelan. No se vería obligado a malograr la carrera de un par de guardacostas por haberse extralimitado una vez en la vida. Estaba dispuesto a hacerlo, pero no le gustaba. Gracias a su oferta, todos ganarían. Era lo mejor que se podía pedir. Pero igual quería lavarse las manos.

La situación de Edwin Davidoff era más complicada. No se trataba de un caso criminal más. La misma silla que enviaría a los dos piratas al infierno, le abriría las puertas de un despacho de senador en el edificio Dirksen. Desde el bachillerato, cuando leyó *Advise and Consent,* su ambición era ocupar un escaño en el Senado nacional. Había hecho grandes esfuerzos para conseguirlo: las mejores calificaciones en la Facultad de Derecho, largas horas de trabajo por poco sueldo en el Ministerio de Justicia, largas giras a lo largo y a lo ancho del Estado, al punto de casi poner fin a su matrimonio. Había sacrificado su vida en aras de la justicia..., y de la ambición, sin duda. Y ahora que lo tenía al alcance de la mano, al quitarles la vida a dos criminales que habían perdido todo derecho a vivir... eso amenazaba con echar todo por tierra. Si daba un paso atrás, y pedía una condena de veinte años, toda su obra y sus discursos sobre la justicia quedarían en nada. En un segundo.

En cambio, si hacía caso omiso de las amenazas de Stuart y llevaba el caso al Tribunal, bien podía pasar a la Historia como un perdedor. Podía echar la culpa a los guardacostas, pero ¿en qué altar sacrificaría sus carreras y, posiblemente, su libertad? ¿En el de la justicia?, ¿la ambición?, ¿tal vez en la venganza? Ganara o perdiera el caso, esos hombres pagarían caro el haberle permitido al Gobierno darle un durísimo golpe al Cártel.

La droga. En el fondo, era eso. Tenía el poder de corromper a la gente como jamás se había visto. Las drogas corrompían, obnubilaban la inteligencia, mataban. Generaban dinero más que suficiente para corromper a los que no las consumían. Corrompían las instituciones en todos los niveles, y de todas las maneras concebibles, corrompían a los mismos Gobiernos. ¿Cuál era la solución? Davidoff no la tenía, aunque si alguna vez se presentaba para ese escaño, juraría frente a las cámaras que la tenía, al menos en parte, si el pueblo de Alabama confiaba en él...

Carajo, ¿qué voy a hacer ahora?

Esos dos piratas merecen la muerte por su crimen. Ése es mi deber hacia las víctimas. Eso no era mentira. Davidoff realmente creía en la Justicia, en que los hombres instituían leyes para defenderse de los depredadores, en que su misión en la vida era ser un instrumento de esa justicia. ¿Por qué, si no, había trabajado tanto y pedido tan poco? *No lo hice sólo por ambición, ¿no?*

No.

Una de las víctimas era un criminal, pero ¿qué decir de las otras tres? «Daños colaterales»: así lo llamaban los militares. Significaba que el ataque a un blanco determinado afectaba otros objetivos que casualmente se hallaban cerca. Daños colaterales. El Estado los provocaba en tiempos de guerra, pero esto no era lo mismo: éste era un caso de homicidio.

No, no sólo de homicidio. Los hijos de puta lo hicieron muy despacio, para disfrutarlo. *¿Ocho años es pena suficiente?*

Pero ¿qué pasa si pierdes el caso? ¿Puedes sacrificar a esos guardacostas para ganarlo? ¿Crees que son «daños colaterales»?

Tenía que haber una salida. Siempre la había, y tenía un par de días para pensar en ello.

Durmieron bien, y la falta del aire los afectó menos de lo previsto. Al anochecer, todos estaban despiertos y ansiosos por poner manos a la obra. Chávez bebió café instantáneo mientras estudiaba el mapa y se preguntaba cuál sería el objetivo de la noche. Durante el día habían vigilado el camino, sabiendo más o menos qué esperaban. Un camión con frascos de ácido. La mano de obra local, muy barata, los descargó para llevarlos al bosque, seguidos por otros que llevaban mochilas llenas de hojas de coca y herramientas ligeras. Al anochecer, otro camión se detuvo. Se quedaron sin luz antes de que la actividad terminara, y las gafas nocturnas no servían para ver de lejos, pero el camión partió rápidamente, y se hallaba a tres

Librodot

kilómetros de *Hotel,* uno de los blancos marcados en el mapa, a seis kilómetros de su posición.

Arriba el telón. Cada uno se echó una buena cantidad de repelente de insectos en las manos y se frotó el rostro, cuello y orejas con él. Además de alejar a los insectos, servía para ablandar la pintura, una extraña especie de colorete. Cada uno ayudaba a su pareja a pintarse la frente, la nariz y los pómulos con el tono más oscuro, los párpados y las mejillas con el normal. No era pintura de guerra, como en las películas bélicas. El objeto era volver invisible al hombre, no intimidar al contrario. Al opacar los puntos brillantes y dar brillo a los opacos, los rostros dejaban de parecer eso, rostros.

Era el momento de ganarse la paga en serio. Seleccionaron las rutas de aproximación y los puntos de reunión, y todos los memorizaron. Se plantearon y resolvieron dudas, y, antes de que la pared oriental del valle quedara sumida en la oscuridad, Ramírez dio la orden de marchar cuesta abajo hacia el objetivo.

Librodot

XVII. EJECUCIÓN

En las misiones de combate, el procedimiento militar estándar es conocido con la sigla SMESSCS, que significa situación; misión; ejecución; servicio y soporte; comando; señal.

Situación es la información básica que los soldados deben conocer para realizar la misión.

Misión es una descripción muy breve de la misión a realizar.

Ejecución es la metodología, el *cómo* de la realización.

Servicio y soporte se refiere a las tareas que ayuden a los soldados a llevar a cabo su tarea.

Comando indica quiénes dan las órdenes, desde el broche de la cadena, que teóricamente está en el Pentágono, hasta el último eslabón, el soldado de menor graduación, que debería darse órdenes a sí mismo.

Señal es, en general, el procedimiento a seguir en materia de comunicaciones.

Los soldados habían recibido ya un informe preliminar sobre la situación global, aunque era casi innecesario. Sabían que había ciertos cambios, tanto en la información como en la misión en sí. El capitán Ramírez les había informado sobre la ejecución y otros aspectos relacionados con las tareas del momento. No recibirían soporte externo, estaban librados a sus propias fuerzas. Ramírez ejercía el mando táctico, los jefes subalternos, encargados de reemplazarlo si quedaba incapacitado, estaban identificados ya y se habían emitido los códigos de radio. Lo último que hizo antes de dar la orden de marcha fue transmitir sus intenciones a VARIABLE: no sabía dónde estaba, pero necesitaba su aprobación.

Como siempre, el sargento Domingo Chávez hacía de hombre punta, a cien metros de Julio Vega, el cual a su vez, precedía al resto de la unidad; luego se mantenía una distancia de diez metros entre hombre y hombre. El descenso era un ejercicio arduo para las piernas, pero los soldados casi no lo sentían debido a la excitación. Cada doscientos o trescientos metros, Chávez buscaba un punto de observación para estudiar el objetivo -el blanco a atacar- y a través de sus prismáticos veía el tenue resplandor de los faroles a petróleo. Tenía el sol a su espalda, de manera que no había motivos para preocuparse de que un destello de sus lentes delatara su presencia. El objetivo se encontraba en el lugar indicado en el mapa -se preguntó cómo habían obtenido esa información-, y el procedimiento que seguían era exactamente el previsto. El autor de la misión había sido realmente exhaustivo. Se calculaba que habría entre diez y quince personas en *Hotel.* Esperaba que también hubieran acertado en eso.

La marcha no era demasiado mala. La vegetación, menos densa que en las tierras bajas, acogía menos insectos. *Tal vez sienten la falta de aire igual que nosotros,* pensó. Los cantos de los pájaros y los ruidos habituales de la selva disimulaban los de la unidad... aunque éstos eran muy escasos. En una ocasión, Chávez escuchó el ruido de una caída cien metros más atrás, pero había que ser *ninja* para darse cuenta. Cubrió la mitad de la distancia en poco menos de una hora y se detuvo en el punto de reunión señalado hasta que el pelotón lo alcanzó.

-Hasta aquí vamos bien, mi capitán -dijo-. No he visto nada, ni siquiera una llama -añadió para demostrar que nada lo preocupaba-. Nos quedan poco más de tres kilómetros.

-Está bien, siga hasta el próximo lugar de reunión. Recuerde, puede haber gente paseando por ahí.

-Entendido, mi capitán. -Chávez reinició la marcha al instante, los demás esperaron un par de minutos.

Los movimientos del sargento eran más lentos que antes. A medida que se acercaba a *Hotel,* sus probabilidades de toparse con el enemigo aumentaban. Los narcos no tenían nada

Librodot

de idiotas, pensó, Algunos eran inteligentes, que habían empleado gente de la zona, criada en el valle. Muchos estaban armados. Sus sensaciones no eran las mismas que en la misión anterior, cuando había observado y evaluado a los blancos durante varios días. Ahora no sabía el número, qué armas tenían ni si eran buenos soldados.

¡Joder!, esto es el combate en serio. No sabemos una mierda.

¡Pero para eso estamos los ninja*!*, pensó, aunque su bravata no le sirvió de gran consuelo.

Lo más extraño de todo era la sensación del tiempo. Cada paso duraba una eternidad, pero cuando llegó al lugar indicado, no había transcurrido tanto tiempo como pensaba. Visto a través de sus gafas, el objetivo era un vago semicírculo verde, pero no se veía ni oía nada. Cuando llegó al último lugar de reunión, se detuvo junto a un árbol y miró hacia todos lados, para reunir la mayor cantidad de información posible. Le pareció escuchar algunos ruidos. Aunque no eran constantes, creyó reconocer ciertos sonidos no naturales que le llegaban desde donde se hallaba el objetivo. Hasta el momento no había visto nada, aparte del resplandor. Eso le preocupaba.

-¿Hay algo? -susurró el capitán Ramírez.

-Escuche.

-Sí-dijo el capitán después de un instante.

Los soldados dejaron sus mochilas en el suelo y se dividieron en grupos de acuerdo con el plan. Chávez, Vega e Ingeles avanzarían directamente hacia *Hotel* mientras el resto efectuaba un rodeo hacia la izquierda. Ingeles, el sargento de comunicaciones, llevaba un lanzagranadas M-203 acoplado al fusil, Vega la ametralladora y Chávez su MP-5 con silenciador. Su tarea era cuidar a los demás. Debían acercarse todo lo posible para brindar cobertura de fuego a quienes realizarían el asalto. Si alguien se interponía, Chávez debía eliminarlo en silencio. *Ding* partió a la cabeza de su grupo, el capitán Ramírez hizo lo propio un minuto después. La distancia entre hombre y hombre se redujo a cinco metros. Existía el peligro de la confusión. Si un soldado perdía contacto con sus camaradas o si un centinela enemigo se mezclaba con el grupo, eso podría resultar fatal para la misión y los hombres.

Tardaron más de media hora en cubrir los últimos quinientos metros. La posición de *Ding* estaba marcada claramente en el mapa, pero no tanto en el bosque nocturno. Por la noche sucedían cosas raras, e incluso con las gafas, todo parecía... distinto. De un modo vago, Chávez tuvo conciencia de su nerviosismo. No era miedo, sino una falta de seguridad que nunca había sentido. Cada dos o tres minutos se repetía que sabía bien lo que hacía, pero eso apenas lo tranquilizaba, y nuevamente la incertidumbre lo embargaba. La lógica indicaba que padecía lo que los manuales llaman una reacción de ansiedad normal. Era una sensación desagradable, aunque no insoportable. Tal como los manuales decían.

Vio un movimiento y se detuvo al instante. Se llevó la mano izquierda a la espalda, con la palma hacia arriba, para indicar a los otros dos que se detuvieran. Mantuvo la cabeza erguida, como le habían enseñado. Los manuales y su experiencia le decían que, de noche, el ojo humano sólo ve los objetos en movimiento. Salvo que su oponente llevara gafas...

Ése no las tenía. Era una forma humana a unos cien metros que se desplazaba lenta y despreocupadamente entre los árboles, y que se interponía entre Chávez y el lugar adonde él quería llegar. Ese simple hecho lo condenaba a una muerte prematura. *Ding* indicó a Vega e Ingeles que se quedaran donde estaban mientras él iba hacia la derecha, en dirección opuesta al blanco para colocarse a su espalda. Ahora sus desplazamientos eran veloces, porque apenas tenía un cuarto de hora para llegar al lugar planeado en la operación. Con las gafas puestas para ver bien su camino, avanzaba a paso de hombre, tratando de hacer el menor ruido posible al poner los pies en el suelo. Ahora que sabía lo que debía hacer, el amor propio podía más que la ansiedad. Al avanzar agazapado, giraba constantemente la cabeza del suelo al blanco y

vuelta. Tardó un minuto en encontrar un buen puesto en una senda hecha en la espesura. La había abierto el centinela. El muy estúpido sigue siempre la misma senda, pensó Chávez. Nadie que actuara así podía seguir con vida.

El centinela volvía con pasos lentos, casi infantiles, doblando las piernas a la altura de las rodillas..., pero no hacía ruido al caminar por la senda. Tal vez no fuese tan idiota como parecía. Mantenía la vista atenta, pero llevaba el fusil en bandolera. Cuando el hombre apartó la vista, Chávez se quitó las gafas. Con ello lo perdió de vista, y algo parecido al pánico se asomó al borde de su conciencia, pero lo reprimió. Volvería a verle al seguir la senda.

Primero apareció una silueta espectral, que se convirtió en una mancha negra en medio del caminillo abierto en la selva. *Ding* se agazapó junto a un árbol, apuntó a la cabeza y esperó a que se acercara. Era mejor esperar un poco para asegurarse el tiro. Puso el selector en posición de disparo. El hombre estaba a diez metros. Chávez contuvo el aliento. Apuntó al centro de la cabeza y apretó el gatillo una vez.

El ruido metálico de la corredera del «H&K» pareció estruendosamente fuerte, pero más lo fue el chasquido del fusil del centinela cuando éste cayó al suelo. Chávez se precipitó sobre él, apuntando al blanco con la metralleta, pero el hombre -después de todo, era un hombre- no se movió. Al colocarse las gafas, Chávez vio el orificio en el centro de la nariz. El proyectil había seguido una trayectoria ascendente, a través de la base del cráneo, para provocar una muerte instantánea y silenciosa.

¡Ninja!, pensó exultante.

Parado junto al cadáver, miró cuesta arriba y alzó su arma. Adelante. Momentos después aparecieron las siluetas de Vega e Ingeles que bajaban por la ladera. Buscó un lugar desde donde pudiera dominar el objetivo, y los esperó allí.

Abajo, a sesenta metros... El resplandor de los faroles a petróleo lo deslumbró un poco: ya podía prescindir de las gafas. Escuchaba varias voces, incluso distinguía algunas palabras. Era la conversación cotidiana, aburrida, típica de gente haciendo su trabajo. También había un ruido como de pasos en el agua, como... ¿como qué? No lo sabía, y por el momento no tenía importancia. La posición que debían ocupar estaba a la vista. Pero había un problema.

La orientación era mala para brindar apoyo de fuego. Los árboles que se suponía debían proteger su flanco derecho les impedían disparar hacia el objetivo. Se habían equivocado de lugar para atacar, pensó Chávez con una mueca de disgusto. Rápidamente alteró los planes, consciente de que el capitán hubiera hecho lo mismo. Encontraron otro lugar, casi tan bueno como el primero, a quince metros de éste y con buena orientación. Miró su reloj. Era casi la hora. Efectuó la última y crucial inspección del objetivo.

Eran doce hombres. El centro de la actividad... algo parecido a una bañera portátil. Dos hombres caminaban en su interior, aplastando o revolviendo una extraña sopa de hojas de coca y... *¿Qué nos dijeron que era?,* se preguntó. *¿Agua y ácido sulfúrico?* Algo así. *Coño,* pensó *¡Metidos en ese jodido ácido!* Los hombres realizaban esa desagradable tarea por turnos. Al salir de la bañera, se lavaban los pies y las pantorrillas con agua fresca. *¡El ácido los quema!,* pensó *Ding.* Sin embargo, a treinta metros de distancia, parecía reinar el buen humor. Uno de ellos hablaba sobre su novia usando términos bastante groseros, se jactaba de lo que él hacía por ella y de lo que ella hacía por él.

Seis hombres portaban fusiles AK. *Joder, todo el mundo usa esa mierda.* Ocupaban el perímetro del claro, pero miraban hacia dentro, no hacia afuera. Uno fumaba. Había una mochila junto a la linterna. Uno de los caminantes dijo algo a un guardia, luego sacó una botella de cerveza para sí y otra para el que le había dado permiso.

¡Idiotas!, pensó *Ding.* Escuchó tres chasquidos en el audífono. Ramírez se bailaba en su puesto y preguntaba si *Ding* estaba preparado. Éste respondió con dos chasquidos, luego miró

Librodot

a derecha e izquierda. Vega había montado la ametralladora pesada y abierto la cartuchera de lona. Tenía un cargador de doscientos proyectiles colocado ya y otro listo.

Chávez se apoyó contra un árbol de tronco grueso y eligió el blanco más lejano. Calculó que la distancia era de unos ochenta metros, demasiado para apuntar a la cabeza con esa arma. Puso el selector en posición de ráfaga, se acomodó el arma y apuntó cuidadosamente con la mira telescópica.

El arma lanzó tres proyectiles. El rostro del hombre denotó sorpresa cuando dos le atravesaron el pecho. Ante su grito ronco, varias cabezas se volvieron hacia él. Chávez apuntó a otro hombre armado, que ya empezaba a alzar su fusil. Éste trató de apuntar a pesar de los proyectiles que se le alojaron en el pecho.

Apenas vio que el herido estaba en condiciones de abrir fuego, Vega lo barrió con su ametralladora, y, a continuación, apuntó a otros dos centinelas. Uno de ellos consiguió disparar, pero su tiro salió desviado. La reacción de los hombres desarmados era más lenta que la de los centinelas. Dos trataron de correr, pero el fuego de Vega los barrió. Otros se arrojaron cuerpo a tierra. Aparecieron dos guardias más, o, en todo caso, aparecieron sus armas. Los fogonazos de armas automáticas entre los árboles del otro extremo del campamento brillaron en la oscuridad. Tal como estaba previsto, apuntaban hacia el equipo de cobertura.

El pelotón de asalto, encabezado por el capitán Ramírez, abrió fuego desde el flanco derecho. El tableteo típico de los M-16 se alzó entre los árboles, mientras Chávez, Vega e Ingeles disparaban hacia el objetivo, en dirección opuesta al pelotón de asalto. Uno de los que disparaban desde los árboles debió resultar herido, porque los fogonazos de su arma apuntaron bruscamente hacia arriba. Pero otros dos pudieron disparar hacia el pelotón de asalto antes de caer. Los soldados disparaban a todo cuanto se moviera. Uno de los pisadores de coca trató de recoger un fusil, pero fue demasiado lento. Otro se levantó, tal vez con intención de entregarse, pero antes de que sus manos llegaran a la altura del pecho, la SAW le acribilló el pecho.

Chávez y su equipo cesaron el fuego para que el pelotón de asalto pudiera tomar el objetivo. Dos soldados remataron a un par de heridos que aún mostraban señales de vida. Entonces se hizo silencio. La linterna seguía iluminando el lugar, pero no había otro ruido que los ecos de los disparos y los chillidos de pájaros asustados.

Cuatro soldados registraron los cadáveres, mientras el resto formaba un perímetro defensivo alrededor del objetivo. Chávez, Vega e Ingeles pusieron el seguro a sus armas, recogieron su equipo y bajaron al campamento.

El panorama era horrible. Dos guardias todavía agonizaban. A uno, la ametralladora de Vega le había abierto el abdomen, mientras que el otro había perdido las dos piernas y se desangraba rápidamente. El enfermero los miraba, impasible. Murieron en menos de un minuto. Las órdenes referidas a los prisioneros eran más bien vagas. La ley prohibía ordenar no tomar prisioneros, de manera que el capitán Ramírez había tenido que explicarse por medio de circunloquios, pero el mensaje era claro. Peor para ellos. Esos tipos envenenaban a la juventud estadounidense con sus drogas, lo cual también era una violación de la Convención sobre la Guerra, ¿o no? Peor para esos jodidos. Además, tenían otros problemas de que ocuparse.

Cuando Chávez entró en el campamento, escuchó un ruido. Todos lo oyeron. Alguien escapaba cuesta abajo. Ramírez señaló a *Ding,* que se lanzó en pos del hombre.

Mientras corría trataba de colocarse las gafas, pero se dio cuenta de que correr era lo peor que podía hacer. Se detuvo, se llevó las gafas a los ojos y entonces vio la senda, y al hombre que corría. En algunas ocasiones se impone la prudencia; en otras, la audacia. Su instinto le

Librodot

hizo optar por esto último. Chávez se lanzó a la carrera, confiado en su habilidad para no perder pie, y rápidamente fue acortando la distancia con el ruido que trataba de alejarse. A los tres minutos escuchó el ruido producido por un hombre que tropezaba y caía entre los arbustos. Se detuvo y se puso las gafas. Estaba a escasos cien metros. De nuevo se lanzó a correr, enardecido. Cincuenta metros. *Ding* dejó de correr. *Presta atención al ruido,* se dijo. El tipo era suyo. Salió de la senda hacia la izquierda, en tangente; sus movimientos seguían una extraña coreografía. Cada cincuenta metros se detenía para usar la visión nocturna. Su presa estaba fatigada, sus movimientos eran lentos. Chávez se adelantó, volvió hacia atrás y lo esperó.

Casi había errado el cálculo. No terminaba de alzar el fusil cuando la sombra apareció, y cuando la tuvo a tres metros, el sargento disparó instintivamente al pecho. El hombre cayó sobre él con un gemido de dolor y desesperación. *Ding* lo apartó de sí con fuerza y disparó otra vez al pecho. No hubo más ruidos.

-¡Joder! -exclamó el sargento. Puso rodilla en tierra y esperó a recuperar el aliento. ¿A quién había matado? Se puso las gafas y miró.

Estaba descalzo. Vestía la camisa de algodón y los pantalones típicos de... Chávez había matado a un campesino, uno de esos pobres hijos de puta que bailaban en la sopa de coca. ¡Qué héroe era el sargento!

La euforia que siempre sobreviene después de un combate victorioso lo abandonó como el aire de un globo pinchado. El pobre infeliz ni siquiera tenía un par de zapatos. Los narcos los empleaban para cargar esa mierda hasta las montañas y les pagaban menos que nada por ese sucio y desagradable trabajo del prerrefinamiento de las hojas.

Llevaba el cinturón desabrochado. Cuando empezaron los disparos, el hombre se había alejado para hacer sus necesidades; había tratado de escapar, pero no pudo hacerlo con los pantalones caídos. Tenía más o menos la edad de *Ding,* era más alto y delgado, pero con el rostro hinchado y regordete debido a la dieta campesina, rica en almidón. Su rostro no tenía nada fuera de lo común aparte de la expresión de miedo, pánico y dolor que acompaña a la muerte violenta. No iba armado. Era un peón. Murió por hallarse donde no debía en el momento equivocado.

Matarlo no había sido un acto heroico. Tomó su transmisor.

-*Punta* a seis. Lo cogí. Uno solo.

-¿Necesita ayuda?

-Negativo, puedo con él.

Chávez alzó el cadáver sobre sus hombros para cargarlo de vuelta al objetivo. Fueron diez agotadores minutos cuesta arriba, pero era parte de la tarea. La sangre fluía de los seis orificios en el pecho, le manchaban la camisa, y tal vez algo más.

Cuando llegó, ya habían registrado los cadáveres y los habían alineado cuidadosamente en el suelo. Había muchas bolsas de hojas de coca, varios frascos de ácido y un total de catorce muertos, incluido el que Chávez arrojó al suelo junto a los otros.

-Pareces agotado -dijo Vega.

-No soy grandote como tú, *Oso* -jadeó *Ding.*

Hicieron el inventario: radios portátiles, efectos personales, nada de valor militar. Algunos soldados miraban de reojo el bolso lleno de botellas de cerveza, pero nadie hizo la indicación esperada. Si había códigos de radio, estaban en la mente del que había sido el jefe. No tenían forma de identificarlo: la muerte iguala a los hombres. Todos vestían igual, excepto por los cinturones de cuero con cartuchera de los guardias. Era un espectáculo bastante deprimente.

Librodot

Unos tipos que media hora antes vivían, estaban muertos ahora. Aparte de eso, no era mucho lo que se podía decir sobre la misión.

Lo más importante era que el pelotón no había sufrido bajas, aunque una ráfaga casi había rozado al sargento Guerra. Concluida la inspección, Ramírez dio la orden de marcha. De nuevo Chávez encabezó la marcha.

Se movían con lentitud, cuesta arriba. El capitán tenía tiempo para pensar en cosas que por alguna razón no se le habían ocurrido antes.

¿Cuál es el objeto de esta misión? Para Ramírez, la palabra misión significaba el motivo de su presencia en las montañas colombianas, no sólo la tarea de tomar un lugar por asalto.

Comprendía que la vigilancia de las pistas aéreas tenía el objeto de impedir los envíos de drogas a Estados Unidos. Recogían información que era aprovechada por otras personas: una operación sencilla y además lógica. Pero ahora, ¿qué mierda hacían? Su pelotón acababa de llevar a cabo un asalto a la perfección. El desempeño de sus efectivos no podía ser mejor, aunque la ineptitud del enemigo los ayudaba.

Eso no sería siempre así. El enemigo aprendería rápidamente, mejoraría su dispositivo de seguridad, incluso antes de ponerse a pensar por qué se había producido el asalto: para el caso, le bastaría enterarse de la eliminación física de un centro de procesamiento.

¿Qué habían conseguido con ese asalto? Que esa noche no se procesaran unos cientos de kilos de hojas de coca. No le habían ordenado que se las llevara, y aunque lo hiciera, la única manera de destruirlas era el fuego. Él no cometería la estupidez de encender un fuego de noche sobre la ladera de una montaña, cualesquiera que fuesen sus órdenes. Esa noche habían conseguido... nada. En el fondo, nada en absoluto. El negocio procesaba toneladas de hojas de coca en decenas -si no cientos- de laboratorios. No le habían hecho ni cosquillas al narcotráfico.

Entonces, ¿para qué mierda arriesgamos la vida? Eran preguntas que debió haber formulado en Panamá, pero la furia provocada por el asesinato del director del FBI y de sus acompañantes lo había ofuscado, lo mismo que a los otros tres capitanes. Los oficiales de ese grado estaban habituados a recibir órdenes más que a impartirlas. Sus órdenes venían de jefes de batallón o de brigada, soldados profesionales de más de cuarenta años que, en general, sabían lo que hacían. Pero, esta vez, las órdenes venían de... ¿quién y dónde?

No estaba seguro, pero se había dejado llevar por la idea tranquilizadora de que el autor de esas órdenes sí sabía qué mierda hacía.

¿Por qué mierda no hiciste más preguntas?

Esa noche había cumplido su misión. Sus pensamientos se habían concentrado en un objetivo. Pero lo había logrado y ahora no veía nada más allá. Sabía que debería haberlo comprendido antes, pero era tarde.

El otro aspecto resultaba aún más perturbador. Estaba atrapado y debía decirles a los hombres que todo iba bien. Habían cumplido su tarea a satisfacción del jefe más exigente. Pero...

¿A qué mierda hemos venido? No lo sabía; nadie le había explicado que muchos capitanes se hacían esa pregunta cuando ya era tarde, que suponía casi una tradición de las Fuerzas Armadas estadounidenses que oficiales jóvenes e inteligentes se preguntaran por qué mierda les ordenaban hacer según qué cosas. Y que casi siempre se lo preguntaban cuando era tarde.

Claro que no había opción. Su entrenamiento y su experiencia le indicaban que debía dar por sentado que la misión tenía algún sentido. Aunque su razón le indicara lo contrario -Ramírez no era en modo alguno un hombre estúpido-, debía confiar en la cadena de mando.

Sus subordinados confiaban en él, él debía confiar en sus superiores. Caso contrario, el Ejército no podría cumplir sus tareas.

Doscientos metros más adelante, Chávez sentía pegajosa la espalda y se hacía otra clase de preguntas. Jamás había pensado que alguna vez cargaría el cadáver ensangrentado de un enemigo por la ladera de una montaña. No había anticipado esa carga sobre su cuerpo y su conciencia. Había matado a un campesino. No a un hombre armado ni a un enemigo, sino a un pobre infeliz que había aceptado hacer un trabajo sucio sólo para alimentar a su familia, si es que la tenía. Pero tampoco era cuestión de permitir que escapara.

Para el sargento era más sencillo: su oficial le indicaba qué debía hacer. El capitán Ramírez sabía lo que hacía. Era oficial, su tarea consistía en saber qué pasaba y dar las órdenes oportunas. Eso aliviaba un poco la carga en la ardua marcha cuesta arriba hacia el lugar de concentración, pero su ensangrentada camisa se le pegaba a la espalda, como las preguntas persistentes de una conciencia intranquila.

Tim Jackson llegó a su oficina a las 22:30, después de un breve ejercicio de instrucción en Fort Ord. Acababa de sentarse en su silla giratoria cuando sonó el teléfono. El ejercicio no había terminado bien. Ozkanian no acababa de aprender a mandar su grupo. Era la segunda vez seguida que se equivocaba y hacía quedar mal al teniente. El sargento Mitchell, que tenía sus esperanzas puestas en el joven oficial, estaba furioso. Sabía que se necesitaban cuatro años para formar un sargento jefe de grupo, y sólo si era tan bueno como Chávez. Pero Ozkanian estaba al frente del grupo, y Mitchell le explicaba un par de cosas. Lo hacía a la manera de los sargentos de pelotón, con energía, entusiasmo y algunas referencias a los antepasados de Ozkanian. Si es que los tenía.

-Teniente Jackson -contestó Tim después del segundo timbrazo.

-Teniente, habla el coronel O'Mara, del comando de Operaciones Especiales.

-¡Sí, señor!

-Me he enterado de que usted ha hecho algunas averiguaciones sobre un sargento llamado Chávez. ¿Es así?

En ese momento entró Mitchell, con el casco repollo bajo el brazo y una sonrisa torcida en los labios. Esa vez, Ozkanian había comprendido.

-Así es, mi coronel. No está donde debería. Es uno de mis hombres y...

-¡Se equivoca, teniente! Es uno de los míos ahora. Está en una misión de la cual usted no tiene por qué estar enterado, y no, repito, no volverá a usar el teléfono *para joder en algo que no le concierne. ¿ESTÁ CLARO, TENIENTE?*

-Pero mi coronel, disculpe, pero...

-¿Qué le pasa, tiene algo en los oídos, hijo?

La voz se había serenado, y eso sí asustó al teniente, que ya había tenido un mal día.

-No, mi coronel. Es que me llamaron de...

-Lo sé. Ya me he ocupado de eso. El sargento Chávez fue enviado a una tarea que a usted no le interesa. Punto. Final. ¿Entendido?

-Entendido, mi coronel.

Se cortó la comunicación.

-¡Mierda! -exclamó el teniente Jackson.

El sargento Mitchell no había captado toda la conversación, pero el zumbido del teléfono llegaba hasta la puerta.

-¿Chávez?

-Sí. Un coronel de Operaciones Especiales, creo que en Fort MacDill, dice que está con ellos y que lo mandaron a alguna parte que a mí no me interesa. Y que ya se ocupó de Fort Benning por nosotros.

-Eso es pura mierda -dijo Mitchell, y se sentó al otro lado del escritorio. Después preguntó-: ¿Puedo sentarme, señor?

-¿Qué le parece que sucede?

-No entiendo nada de nada, señor. Pero conozco a un tipo en MacDill. Creo que mañana le telefonearé. No me gusta que se pierda uno de mis hombres. Se supone que eso nunca sucede. Tampoco tenía que joderlo a usted, señor. Usted hace lo que debe al ocuparse de sus hombres, y no se jode a un tipo por cumplir con su deber. Si no le dijeron nada antes -prosiguió Mitchell-, cuando sucede algo así no se llama al teniente. Se hace una discreta llamada al jefe del batallón o al S-1, para que él se ocupe. Los tenientes tienen bastantes problemas con sus propios coroneles para que un extraño venga a joderlos. Por eso se sigue la cadena de mando, para que cada cual sepa quién puede joder a quién.

-Gracias, sargento -sonrió Jackson-. Es bueno saberlo.

-Le dije a Ozkanian que se ocupe más de dirigir su grupo en vez de hacerse el superhéroe. Creo que esta vez lo ha entendido. Es un buen chico, sólo le hace falta madurar un poco. -Mitchell se puso en pie y saludó-. Buenas noches, mi teniente. Hasta mañana.

-Sí, buenas noches, sargento.

Tim Jackson decidió que era mejor dormir que trabajar en su escritorio. Mientras iba en su coche al casino de oficiales, seguía pensando en la llamada del coronel O'Mara, o quien coño fuera. Los tenientes no tenían mucho trato con los coroneles. Había hecho su acto de presencia (obligatorio) en la casa del jefe de la brigada en Año Nuevo, pero nada más. Se esperaba de los tenientes que mantuvieran un perfil bajo. Sin embargo, en West Point le habían inculcado que el oficial era responsable de su gente. *Chávez* no había ido a parar a Fort Benning, había partido de Ord de manera un tanto... irregular, y ahora que él trataba, como era lógico y natural de averiguar qué sucedía, sólo conseguía que un coronel lo jodiera. Todo eso no hacía más que aumentar su curiosidad. Dejaría que Mitchell llamara, pero él no haría nada por el momento: trataría de no llamar la atención hasta saber qué ocurría. Tim Jackson tenía suerte. Su hermano mayor trabajaba en el Pentágono, sabía cómo funcionaban las cosas y lo iban a ascender a 0-6, el equivalente naval de capitán o coronel. Robby sabría darle un consejo, que era justo lo que necesitaba.

El vuelo en el COD era sereno y agradable, pero Robby Jackson se sentía incómodo. No le gustaba que lo sentaran de cara a la popa, pero sobre todo le desagradaba volar cuando el piloto no era él mismo. Piloto de combate y de pruebas, recientemente ascendido a comandante de Tomcat, uno de los escuadrones de élite de la Armada, sabía que era uno de los mejores aviadores del mundo y no le gustaba confiar su vida a las habilidades menores de un tercero. Además, en los aparatos de la Armada las azafatas no valían una mierda. En esta ocasión era un aeromozo, un chico con acento neoyorquino que había derramado café sobre la pierna de su vecino de asiento.

-Estos vuelos son horribles -dijo el tipo.

-Sí, no es como volar en primera -dijo Jackson, y guardó el legajo en el portafolio. Conocía el nuevo plan táctico de memoria, lo que no era casual, ya que él mismo era el autor principal.

El hombre vestía uniforme pardo y una chaqueta troquelada con la sigla U.S. en el cuello. Por consiguiente, era un representante técnico, un civil que realizaba algún tipo de tarea para la Armada. Los había en todos los portaaviones: eran técnicos en electrónica o ingenieros de diversas especialidades que realizaban el mantenimiento de equipos nuevos o adiestraban al personal naval que luego se encargaría de hacerlo. Tenían grado de suboficial, pero recibían el trato adecuado a los oficiales, utilizaban su comedor y disponían de camarote de lujo. Este último es un término de valor bastante relativo en la Armada, salvo que uno fuese capitán de navío o almirante, pero los técnicos no recibían ese trato especial.

-¿A qué va? -preguntó Robby.

-A una prueba con un explosivo nuevo. Perdone, no puedo decir más.

-Así que es uno de ésos, ¿eh?

-Así es -dijo el hombre, con una mirada de disgusto a la mancha de café sobre su rodilla.

-¿Lo hace muy a menudo?

-Primera vez -respondió el otro-. ¿Y usted?

-Mi tarea habitual es piloto de combate a bordo del portaaviones; pero, en la actualidad, estoy destinado en el Pentágono. Oficina de operaciones navales, tácticas de combate.

-Nunca he aterrizado en un portaaviones. -El hombre parecía nervioso.

-No se preocupe -repuso Robby para tranquilizarlo-. Claro que ahora es de noche.

-No me diga. -A pesar del miedo, el hombre sabía que era de noche.

-Quiero decir que aterrizar en un portaaviones no es tan difícil. Cuando uno va a bajar a una pista en tierra, mira por la ventanilla y elige el punto donde va a tocar tierra. En el portaaviones sucede lo mismo, salvo que la pista es mucho más corta. El problema es la oscuridad, cuando uno no ve dónde va a tocar la pista. Es un poco más delicado. No se preocupe, la piloto...

-¿Ha dicho la piloto? ¿Es una chica?

-Sí, hay muchas en estos COD. Dicen que ésta es una buena instructora. -La gente se sentía más segura cuando el piloto era instructor. Pero agregó-: Va de copiloto. Éste es el vuelo de bautismo de un alférez.

A Jackson le gustaba asustar a los que sentían miedo de volar. Siempre se divertía a costa de su amigo Jack Ryan.

-¿Alférez?

-Sí, un chico graduado hace poco de Pensacola. Todavía no tiene suficientes horas de vuelo para que le confíen un caza o un bombardero, por eso le dan el «camión de reparto». Todo el mundo tiene que aprender, ¿no es así? Alguna vez me tocó a mí hacer mi primer aterrizaje nocturno en un portaaviones. No es nada -dijo Jackson. Verificó que los cinturones de seguridad estuvieran bien abrochados. Con los años había descubierto que el mejor remedio para el miedo era transmitírselo a alguien.

-Gracias.

-¿Va a participar en el ejercicio?

-¿Cómo?

-Hay una operación de instrucción, un ejercicio en el que disparamos misiles armados.

-Creo que no.

-Ah, pensé que usted era técnico de «Hughes». Queremos comprobar si el accesorio en el aparato de orientación Phoenix funciona bien o no.

-Comprendo. No, pertenezco a otra empresa.

-Ajá. -Robby sacó una novela de su portafolio y se puso a leer. Ahora que el otro pasajero estaba más incómodo que él, podía concentrarse en la lectura. En realidad, no estaba asustado. Sólo esperaba que el pichón sentado en el asiento del copiloto no desparramara a los pasajeros del COD sobre la pista. Pero no estaba en condiciones de hacer nada al respecto.

Los soldados estaban cansados cuando llegaron al campamento. Tomaron sus posiciones mientras el capitán efectuaba las transmisiones. Después, uno de cada pareja desarmó su arma para limpiarla, aunque no la hubiera disparado.

-Parece que el *Oso* y su SAW tuvieron buena puntería -dijo Vega mientras limpiaba el interior del cañón de veintiuna pulgadas-. Buen trabajo, *Ding* -añadió.

-No eran gran cosa.

-*Mano,* si hacemos bien lo nuestro, nunca van a tener la oportunidad de hacer lo suyo.

-Hasta ahora ha sido demasiado fácil, amigo. Tal vez no siempre sea así.

Vega lo miró.

-Sí, tienes razón.

A una altura geosincrónica sobre Brasil, un satélite meteorológico de la Agencia Nacional de Estudios Oceánicos y Atmosféricos mantenía una cámara de baja resolución apuntando permanentemente al planeta que había abandonado once meses antes y al que nunca volvería. En apariencia permanecía inmóvil a treinta y cinco mil kilómetros de altura sobre las selvas verde esmeralda de la cuenca del Amazonas; pero, en realidad, se desplazaba a unos once mil kilómetros por hora y su velocidad orbital era idéntica a la de la rotación terrestre. El satélite portaba distintos instrumentos, pero esa cámara de televisión en color tenía la tarea más sencilla. Observaba las nubes que flotaban en el aire como remotos copos de algodón. Esa función tan prosaica al parecer era de suma importancia, tanto que algunos ni siquiera la reconocían. Ese satélite y sus antecesores habían salvado millares de vidas, y, para muchos, constituían el sector más útil y eficiente del programa espacial norteamericano. Las vidas salvadas eran, en su mayoría, las de marineros cuyos buques, de no recibir el aviso, se hubieran cruzado en el camino de grandes tormentas. Desde esa altura, el satélite dominaba todo el sector del planeta, desde el gran Océano Austral que rodea la Antártida hasta el Cabo Boreal de Noruega, y ninguna tormenta escapaba a sus instrumentos.

En un punto situado casi directamente bajo el satélite, factores aún no conocidos del todo generaban tormentas ciclónicas en las tibias aguas del Atlántico frente a la costa occidental de África, desde donde se desplazaban hacia el Oeste, hasta el Nuevo Mundo, continente en el que se las designaba con el nombre antillano de huracanes. El satélite transmitía información al National Hurricane Center de Coral Gables, Florida, en el que meteorólogos y expertos en computación desarrollaban un proyecto de muchos años de duración para descubrir el origen de esas tormentas y las causas de su desplazamiento. Comenzaba la época más ajetreada del año. Un centenar de personas, algunas doctoradas años atrás, otras estudiando aún en las Universidades, examinaban las fotografías a la espera de la primera tormenta de verano. Algunos deseaban que se produjeran muchas tormentas para poder estudiarlas. Los científicos más experimentados conocían esa sensación, pero sabían que esas colosales tormentas eran la fuerza más devastadora de la Naturaleza, causante de miles de muertes en las costas. También sabían que las tormentas se producirían cuando llegara el momento, ya que nadie poseía un

modelo que explicara de manera fehaciente por qué se producían. El hombre se limitaba a observarlas, rastrearlas, medir su intensidad y dar aviso a las poblaciones afectadas. También las bautizaba con años de anticipación y en orden alfabético. El primer nombre en la lista para el año en curso era *Adela.*

A la vista de la cámara, se acumulaban las nubes, a setecientos cincuenta kilómetros de las islas de Cabo Verde, la cuna de los huracanes. Todavía no se podía determinar si se generaría un gran ciclón tropical o apenas una tormenta con lluvias copiosas. La temporada comenzaba entonces. Pero los indicios eran los de una temporada activa. La temperatura primaveral era excesivamente alta en el desierto del África Occidental, y se había demostrado una relación directa entre el calor de esa región y el nacimiento de los huracanes.

A la hora prevista, el camión llegó a buscar a los hombres y la pasta de hojas de coca, pero no estaban en el lugar indicado. Transcurrió una hora. Envió a los dos hombres que lo acompañaban a inspeccionar el lugar del procesamiento. El conductor era el que mandaba en los otros dos: no iba a tomarse la molestia de trepar esas montañas de mierda. Se quedó fumando mientras los otros ascendían. Otra hora transcurrió. La carretera aparecía bastante transitada, sobre todo por grandes camiones diesel cuyos silenciadores y filtros eran menos eficientes que los utilizados en regiones más prósperas, y, además, muchos prescindían de ellos para ahorrar combustible. Enormes camiones con remolque y tractores rugían al pasar, hacían vibrar el asfalto y generaban una turbulencia que sacudía el camión detenido. Por eso no escuchó el ruido. Al cabo de hora y media, era evidente que tendría que subir a ver qué ocurría. Cerró el camión, encendió otro cigarrillo e inició la ascensión.

La cuesta era ardua. El camionero había nacido en los cerros, de niño trepaba trescientos metros a la carrera, pero hacía años que conducía el camión y sus piernas estaban más habituadas a los pedales que a la caminata. En ésta, que en otra época le hubiera llevado cuarenta minutos, consumió más de una hora; además, la furia y el cansancio le impidieron ver ciertas señales que debían resultar obvias. Todavía escuchaba los ruidos de la carretera y los cantos de los pájaros, pero nada más, cuando debería haber otros sonidos. Al detenerse a tomar aliento, advirtió la primera señal. Era un punto negro sobre la tierra parda, pero podía ser cualquier cosa y, apurado por enterarse de cuál era el problema, no se detuvo a pensar. Últimamente no había problemas con la Policía ni el Ejército, por lo que no tenía sentido realizar el trabajo tan lejos de la ruta.

Cinco minutos más tarde, al ver el pequeño claro, advirtió por primera vez que no había ruidos humanos. El aire estaba impregnado de un olor extraño, agrio, seguramente del ácido utilizado para procesar la coca. Eso era, sin duda. Pero al acercarse un poco más, lo vio.

El camionero no desconocía la violencia. Había participado en las guerras anteriores a la formación del Cártel y también había matado a unos cuantos simpatizantes del M-19 en las guerras a raíz de las cuales se había formado el Cártel. Había visto sangre, él mismo la había vertido.

Pero eso era distinto. Los catorce hombres que había transportado la noche anterior eran ahora otros tantos cadáveres alineados cuidadosamente hombro con hombro en el suelo. Empezaban a descomponerse, y los animales habían mordisqueado sus heridas. Los dos hombres enviados por él a investigar también estaban muertos. Aunque el camionero no lo sabía, los había matado una mina que detonó cuando movieron uno de los cadáveres. Sus cuerpos habían sido desgarrados por las esquirlas, grandes como bolillas de acero, y la sangre no se había coagulado del todo. El rostro de uno denotaba sorpresa y horror. El otro estaba tendido boca abajo, le faltaba un pedazo de espalda, grande como una caja de zapatos.

El camionero contempló la escena, aterrado, sus manos temblorosas abrieron el paquete de cigarrillos y dejaron caer dos; antes de sacar el tercero, empezó a alejarse lentamente cuesta

Librodot

abajo. A los cien metros, se lanzó a la carrera. Cada trino de ave, cada soplo de brisa era como el paso de un soldado. Porque eran soldados, sin duda. Sólo los soldados mataban con tanta precisión.

-Tu informe de esta tarde ha sido excelente. No hemos estudiado el problema de las nacionalidades soviéticas tan exhaustivamente como vosotros. Tus análisis son tan profundos como siempre. -Sir Basil Charleston alzó su copa-: Y tu ascenso, bien merecido. Felicitaciones, Sir John.

-Gracias, Basil. Sólo lamento que no hubiera sucedido así.

-¿Está muy grave?

-Me temo que sí -asintió Jack.

-Y para colmo, lo de Emil Jacobs. No tenéis demasiada suerte últimamente.

-Es una manera de decirlo -repuso Ryan con una sonrisa triste.

-¿Y qué vais a hacer?

-Por desgracia, no puedo hablar de eso -dijo Jack. *La verdad es que no lo sé, pero eso sí que no puedo confesarlo.*

-Me parece muy bien. -El jefe del Servicio Secreto de Inteligencia de Su Majestad asintió con aire sabihondo-. Estoy seguro de que daréis la respuesta adecuada.

En ese momento se dio cuenta de que Greer tenía razón. Si no estaba enterado de esas cosas, sus colegas del resto del mundo lo considerarían un idiota. En pocos días volvería a casa y entonces hablaría de ello con el juez Moore. Se suponía que Ryan tenía cierto peso en la burocracia. Había llegado el momento de saber hasta qué punto.

El capitán de fragata Jackson despertó al cabo de seis horas. También él disfrutaba del máximo privilegio a bordo de una nave de guerra: un camarote para él solo. Con su grado y su puesto de jefe de escuadrilla aérea, era uno de los primeros en la lista VIP, y, por otra parte, había un camarote desocupado en la ciudad flotante. Estaba en la proa, bajo la cubierta de vuelo. Por los ruidos, debía de hallarse cerca de las catapultas, razón por la cual los jefes de escuadrón del *Ranger* lo habían despreciado. A su llegada se había presentado a sus superiores y no tenía deberes que cumplir hasta dentro de... tres horas. Después de un baño, una buena rasurada y varias tazas de café, resolvió salir a explorar por su cuenta. Bajó a la santabárbara.

Un recinto amplio, de techo más bien bajo, donde se almacenaban las bombas y los misiles. En realidad, eran varios recintos con talleres propios, donde los técnicos en explosivos ponían a prueba y reparaban las armas «inteligentes». A Jackson le interesaban los misiles aire-aire AIM-54C Phoenix. Los sistemas de orientación habían presentado algunos problemas, y uno de los objetivos de las maniobras de combate era comprobar la efectividad del accesorio, provisto por un contratista privado.

Evidentemente, el lugar era de acceso restringido. Robby se identificó a un sargento mayor que lo reconoció en seguida: años antes, habían servido juntos en el *Kennedy.* Entraron a un taller donde varios expertos rodeaban un misil que tenía un aparato extraño, con una especie de caja sujeta a su puntiaguda trompa.

-¿Qué te parece? -preguntó uno.

-Parece que todo está bien, Duke -dijo otro, que controlaba el osciloscopio-. A ver, simulemos un fallo de transmisión.

-Están preparando los misiles para las maniobras, señor -explicó el suboficial-. Hasta ahora parece que todo está bien, pero...

-¿No fue usted quien descubrió el problema? -preguntó Robby.

-Fuimos mi jefe, el alférez de navío Frederickson, y yo -asintió el suboficial. El descubrimiento de ese error le había significado al contratista una multa varias veces millonaria. Y la Armada había retirado del servicio los AIM-54C, que se suponían eran los misiles aire-aire más efectivos con que contaba. Se acercaron a la mesa de equipos de prueba-. ¿Cuántos vamos a disparar?

-Los suficientes para saber si el accesorio funciona o no -dijo Robby.

-Va a ser una operación bastante grande, entonces, señor.

-¡Esos aviones son baratos! -exclamó Robby. Era una mentira flagrante; aunque, en cierto sentido, era verdad. Quería decir que hubiera sido más caro descubrir que esos misiles de mierda no funcionaban en medio de un enfrentamiento sobre el océano índico con una escuadrilla de F-14A Tomcat *iraníes* (ellos también tenían esos aviones). Esa era la manera más eficiente de eliminar a unos pilotos que gastaban un millón de dólares en cada maniobra de instrucción. Por fortuna, el accesorio funcionaba bien, al menos en el banco de pruebas. Robby le informó al sargento mayor que dispararían una o dos decenas de Phoenix-C, además de varios Sparrow y Sidewinder. Fueron a la salida. Jackson había satisfecho su curiosidad y los técnicos estaban muy ocupados.

-Parece que vamos a vaciar el polvorín, señor. ¿Conoce las nuevas bombas?

-No. Hablé con un técnico en el COD, pero no se mostró demasiado comunicativo. Bueno, ¿qué tienen de nuevas? Sólo son bombas, ¿no?

-Venga, le presentaré la nueva bomba «chito-chito» -rió el suboficial.

-¿Cómo?

-¿Usted no veía a Rocky y Bullwinkle, señor?

-Sargento mayor, juro que no entiendo nada.

-Cuando yo era niño, me gustaban los dibujos animados de Rocky, la ardilla voladora, y Bullwinkle, el ciervo. Los malos del cuento eran un par de espías llamados Boris y Natasha que trataban de robar la bomba «chito-chito». Era un aparato que explotaba sin hacer ruido. ¡Parece que los muchachos de China Lake la han fabricado en serio!

Entraron al depósito de bombas. Los artefactos de forma aerodinámica, a los que no les colocaban las aletas ni los detonadores hasta llevarlos a cubierta, estaban apilados sobre tablas y sujetos a la cubierta por medio de cadenas. En una de las tablas cercana al montacargas rectangular que los transportaba a cubierta había un conjunto de bombas azules. El color indicaba que eran las armas a utilizar durante el ejercicio, pero un letrero indicaba que estaban cargadas con los explosivos habituales. Robby Jackson era piloto de caza, no había soltado muchas bombas, pero ése era un aspecto más de su profesión. Las armas a la vista eran camisas estándar de una tonelada, es decir, cuatrocientos treinta kilos de explosivo más quinientos setenta kilos de camisa. La diferencia visible entre una bomba «tonta» o de «hierro» y un aparato «inteligente» era que éste llevaba un rastreador en la punta y aletas móviles en la cola. Ambas utilizaban la misma clase de detonadores, que formaban parte de los accesorios de orientación. Desde luego éstos se guardaban en otro depósito. Con todo, el aspecto de las camisas no presentaba nada fuera de lo común.

-¿Y bien? -preguntó.

El suboficial golpeó una de las bombas con los nudillos. El extraño ruido despertó la curiosidad de Robby, que imitó al suboficial.

Librodot

-Pero... esto no es acero.

-Celulosa, señor. ¡Estos aparatos son de papel! ¿Qué le parece?

-Ah, comprendo. Para evitar el radar.

-Pero hay que guiarlas. Y no fragmentan. -El objeto de la camisa de acero es que la explosión la transforme en miles de navajas voladoras capaces de destrozar todo cuanto se encuentre a su paso. No es la explosión la que mata a la gente (ese es, desde luego, el objeto de la bomba) sino las esquirlas que ésta genera-. Por eso la llamamos «chito-chito». La hija de puta va a hacer un tremendo estruendo, pero después de que el humo se disipa uno se pregunta qué mierda pasó.

-Las maravillas de China Lake -observó Robby. De qué servía una bomba que... pero seguramente formaba parte de la dotación de los nuevos bombarderos tácticos Stealth, sobre los cuales no sabía gran cosa. Su trabajo no era ése, sino las tácticas de combate. Robby se dirigió a la oficina del comandante de la agrupación aérea para repasar sus apuntes. La primera parte de las maniobras de combate debía comenzar en poco más de veinticuatro horas.

La noticia no tardó en llegar a Medellín. Hacia el mediodía se supo que las pérdidas incluían dos centros de procesamiento y treinta y un muertos. La pérdida de mano de obra era el problema menor. Se trataba de campesinos de la zona que realizaban los trabajos más pesados y empleados permanentes de poca importancia, cuyas armas alejaban a los curiosos por medio del ejemplo más que la persuasión. El problema era que, si se corría la voz, sería difícil reclutar nuevos peones.

Pero lo peor de todo era que nadie sabía qué ocurría. ¿Era el Ejército colombiano que volvía a las montañas? ¿Una traición del M-19 o las FARC? ¿O qué? Nadie lo sabía, y eso era lo malo, porque gastaban mucho dinero para obtener información. Pero el Cártel era un grupo de personas que no tomaban medidas sin aprobarlas previamente por consenso. Había que convocar una reunión. Pero eso podía resultar peligroso. Evidentemente, en los cerros había gente armada poco dispuesta a respetar la vida humana, lo cual molestaba a los altos funcionarios del Cártel. Gente dotada de armas pesadas y los conocimientos necesarios para emplearlas. Por consiguiente, la reunión debía celebrarse en el lugar más seguro que fuera posible.

FLASH

TOP SECRET ***** CAPER 1914Z

Informe Sigint

Intercep 1993 Ini 1904Z Frec 887.020 MHZ

Emi: Sujeto Foxtrot

Recep: Sujeto Uniform

F: Está resuelto. Nos veremos en tu casa mañana por la noche a las [2000L].

U: ¿Quiénes vienen?

F: [Sujeto Echo] no puede asistir, pero la producción no es asunto suyo. [Sujeto Alfa], [Sujeto Golf] y [Sujeto Whisky] irán conmigo. ¿Tienes buena seguridad?

U: Conoces mi [énfasis] castillo. [Risas.] Amigo mío, podemos desafiar a todo un regimiento y además mi helicóptero está siempre listo. ¿Cómo viajarás tú?

F: ¿No has visto mi camión nuevo?

U: ¿Tu pies grandes [se desconoce significado]? No, no he visto tu maravilloso juguete nuevo.

F: Tú tienes la culpa, Pablo. ¿Por qué no reparas la carretera al castillo?

U: Es que la lluvia la destruye. Tienes *razón,* debería pavimentarla, pero yo viajo en helicóptero.

F: ¡Mira quién habla de juguetes! [Risas.] Hasta mañana por la noche, amigo mío.

U: Adiós.

Fin de la llamada. Señal desconectada. Fin de intercepción.

Poco después, la transcripción del mensaje interceptado llegó a la oficina de Bob Ritter. Era la oportunidad, el fin de toda la operación. Dio la señal sin consultar al Presidente ni a Cutter. ¿Acaso no le habían dado licencia para cazar?

Una hora después, el representante técnico a bordo del *Ranger* recibió su mensaje cifrado, llamó a la oficina del capitán de fragata Jensen e inmediatamente subió a entrevistarse con él. No le resultó difícil orientarse. Era un oficial con experiencia de combate y su especialidad eran los mapas. Esos conocimientos resultaban muy útiles a bordo de un portaaviones, un laberinto gris donde hasta los marineros más expertos solían extraviarse. El capitán Jensen se sorprendió al verlo llegar tan rápido, pero ya había citado a su bombardero navegante para la reunión informativa.

Clark recibió el mensaje casi a la misma hora. Se comunicó con Larson para volar al valle al sur de Medellín. Quería efectuar el último reconocimiento del objetivo antes de la operación.

Ding Chávez lavó las manchas de su conciencia junto con las de su camisa. A cien metros del campamento corría un bonito arroyo, donde los soldados fueron, uno a uno, a lavar la ropa y a asearse lo mejor posible a pesar de la falta de jabón. El campesino era un pobre idiota, pensó, pero se había metido donde no debía. Lo peor, según Chávez, era que había usado un cargador y medio y que les faltaba una mina de tierra, cuya explosión habían escuchado algunas horas antes. El especialista en Inteligencia era un mago con las trampas cazabobo. Concluida su breve higiene personal, *Ding* volvió al perímetro ocupado por la unidad. Esa noche montarían un puesto de vigilancia a un par de centenares de metros y dispondrían una patrulla de rutina para asegurarse de que nadie los buscaba; pero, sobre todo, descansarían. El capitán Ramírez les había dicho que no actuarían más en esa zona para no asustar a la presa.

Librodot

XVIII. FUERZA MAYOR

El sargento Mitchell no tuvo problemas para comunicarse con su amigo en Fort MacDill. Había servido con Ernie Davis en la 101.ª División Aerotransportada, compartido con él un dúplex y más de una cerveza después de comer hamburguesas y salchichas en el patio. Ambos tenían el grado de sargento primero, con mucha experiencia en el Ejército, donde, en el fondo, todo el trabajo lo hacían los suboficiales. Los oficiales ganaban más y se preocupaban más, pero los suboficiales mantenían todo a flote. Consultó su guía telefónica militar y llamó al número AUTOVON correspondiente.

-Hola, Ernie, habla Mitch.

-Hola, viejo, ¿qué hacéis por allí, en la tierra del vino?

-Corremos por las montañas. ¿La familia?

-Muy bien, Mitch. ¿Y la tuya?

-Mi Annie es ya toda una señorita. Oye, te llamo para preguntar si uno de los nuestros llegó allí. Es el sargento Domingo Chávez. Te gustará ese chico, Ernie, es de primera. Bueno, tenemos problemas de papeleo y queremos estar seguros de que está donde debe estar.

-En seguida -dijo Ernie-. ¿Dices que se llama Chávez?

-Exacto.

-Un momento, no cortes. Tengo que pasar a otro teléfono. -Momentos después la voz de Ernie volvió acompañada por el típico sonido de un teclado de computadora. ¿Adónde vamos a parar?, se preguntó Mitchell. Hasta los sargentos de Infantería usaban esos aparatos de mierda-. A ver, repite el nombre.

-Chávez, Domingo, E-6 -dijo Mitchell y leyó el número de matricula militar, que coincidía con el del seguro social.

-Aquí no está, Mitch.

-¿Cómo? Pero si tu coronel O'Mara nos llamó...

-¿Quién?

-Un tal coronel O'Mara. Mi jefe tomó la llamada y se agitó un poco. Es un teniente nuevecito, tiene mucho que aprender -explicó Mitchell.

-No conozco a ningún coronel O'Mara. Me parece que te has equivocado de unidad, Mitch.

-¡Joder, no me digas! -exclamó Mitchell, perplejo-. Parece que el teniente metió la pata. Bueno, gracias por todo, Ernie. Dale un beso de mi parte a Hazel.

-Cómo no, Mitch. Que sigas bien.

-Hmmm. -Mitchell contempló el teléfono durante varios minutos. ¿Qué coño pasaba? *Ding* no estaba en Benning ni en MacDill. Entonces, ¿dónde mierdas estaba? El sargento de pelotón buscó el número de teléfono del Centro de Personal Militar en Alexandria, Virginia. La comunidad de los sargentos, y, sobre todo, de los sargentos primero, es muy estrecha. Con un poco de dificultad pudo localizar al sargento primero Peter Stankowski.

-¡Hola, Stan! Soy Mitch.

-Hola, ¿quieres cambiar de puesto? -Stankowski trabajaba en la oficina de personal y su tarea era asignar nuevos destinos a los hombres de su mismo grado. Por eso, su poder era bastante grande.

-No, a mí no me sacan de la Infantería ligera. Pero me ha llegado el rumor de que nos traicionas por un blindado. -Mitchell estaba enterado de que el próximo lugar de Stankowski era la 1.ª División de Caballería con destino en Fort Hood. Comandaría su pelotón desde el interior de un vehículo de combate Bradley M-2.

-Es que mis piernas no responden como antes, Mitch. ¿No se te ocurrió pensar en lo agradable que es combatir sentado? Además, esa ametralladora veinticinco no está nada mal. Bueno, dime, ¿en qué te puedo servir?

-Busco a un tipo, un sargento mío, transferido hace un par de semanas. Tenemos que enviarle un paquete, pero no está donde pensábamos.

-Muy bien, concédeme un momento para que encienda mi pantalla mágica. ¿Cómo se llama el chico? -preguntó Stankowski.

-Chávez, Domingo.

-Es once bravo, ¿no? -11B era la Especialidad Militar de Chávez, o sea, la Infantería ligera. La mecanizada era 11M.

-Exacto. -Mitchell escuchó un tecleo.

-¿Se escribe C-h-a-v-e-z?

-Sí.

-A ver, tenía que ir a Benning como instructor...

-*Ése* es mi hombre -exclamó Mitchell con alivio.

-... pero hubo una nueva orden y lo mandaron a MacDill.

¡Pero no está en MacDill!, se contuvo de decir Mitchell.

-Ésos sí que son unos tipos raros. Conoces a Ernie Davis, ¿no? Él está allá, ¿por qué no lo llamas?

-Bueno -dijo Mitchell, que a esa altura estaba realmente perplejo. *¡Es lo que acabo de hacer!*-. ¿Cuándo irás a Hood?

-En setiembre.

-Ah, bueno. Esteee... llamaré a Ernie. Cuídate, Stan.

-No te pierdas, Mitch. Saludos a la familia.

-¡Joder! -exclamó Mitchell después de cortar. Acababa de demostrar que Chávez no existía. Qué extraño. La gente no se perdía en el Ejército. Al menos, eso no debía suceder. Perplejo, el sargento decidió volver a hablar con su teniente.

-Anoche dimos otro golpe -dijo Ritter al almirante Cutter-. La suerte nos acompaña. Tuvimos un solo herido, muy leve, pero ya hemos eliminado tres centros y provocado cuarenta y cuatro bajas al enemigo...

-Siga, siga.

-Esta noche, cuatro altos jefes del Cártel se reúnen aquí -dijo Ritter, al entregarle una copia de la foto y de la transcripción de la conversación interceptada-. Fernández, D'Alejandro, Wagner, Untiveros, todos los capos de la producción. Están en nuestras manos.

-Adelante -dijo Cutter.

Librodot

En ese momento, Clark estudiaba la misma fotografía, además de otras tomadas por él mismo y los planos de una casa.

-¿Le parece que será en esta habitación?

-No conozco la casa, pero ésa me parece lo más parecido a una sala de reuniones -dijo Larson-. ¿Qué distancia necesitan?

-Lo mejor es menos de cuatro mil metros, pero la ILT tiene un alcance máximo de seis mil.

-¿Qué le parece esta cima? Desde ahí se ve el interior del complejo.

-¿Cuánto tardaríamos en llegar?

-Tres horas. Dos en coche y una a pie. Sabe, esto casi se podría hacer desde el aire...

-¿Desde su avión? -preguntó Clark con una sonrisa maliciosa.

-¡Ni lo piense! -Para llegar allí tenían un «Subaru» de doble tracción. Larson tenía varios juegos de matrículas, y, además, el coche no era suyo-. Tengo el número, y un teléfono celular.

Clark asintió. No veía la hora de empezar. No era la primera vez que salía a cazar hombres, pero nunca lo hacía con autorización oficial y contra personajes tan importantes.

-Tengo que esperar la orden definitiva. Venga a buscarme a las tres.

Murray recibió la noticia en su oficina e inmediatamente fue a verla. Uno nunca tiene buen aspecto en el hospital, pero en las últimas sesenta horas Moira había envejecido diez años. Los hospitales tampoco velan por la dignidad del individuo. Le habían sujetado las manos al elástico de la cama y la mantenían bajo vigilancia por intento de suicidio. Murray sabía que era necesario -más, imposible-, pero su personalidad había sufrido un rudo golpe, y la situación no mejoraba las cosas.

Había varios ramos de flores en el cuarto. Apenas un puñado de agentes estaban enterados de lo ocurrido, y en la oficina pensaban que todo era producto de la depresión causada por la muerte de Emil. Lo que no dejaba de ser cierto.

-Qué susto nos dio, muchacha.

-Tengo la culpa de todo. -No se atrevía a mirarlo más de un par de segundos.

-Usted ha sido otra víctima, Moira. Él es uno de los tipos más hábiles. Son cosas que pasan, incluso a los mejores agentes. Créame, lo he visto.

-Me dejé *usar* por él. Actué como una puta...

-¡Basta! Se equivocó y punto. Le puede suceder a cualquiera. No quiso hacerle mal a nadie y no violó ninguna ley. No vale la pena morir por eso, y menos cuando se tienen hijos.

-¿Qué van a pensar de mí? ¿Qué dirán cuando se enteren...?

-Ya les ha dado un susto mayúsculo. La quieren, Moira. ¿Hay algo más importante que eso? -Murray meneó la cabeza-. Me parece que no.

-Me despreciarán.

-Tienen miedo. Se desprecian a sí mismos. Creen que es culpa de ellos. -Eso sí le llegó.

-¡Pero no tiene nada que ver! Es culpa mía que...

-No, Moira, no lo es. A usted la atropello un camión llamado Félix Cortez!

-¿Es su nombre verdadero?

-Era coronel del DGI, formado en la academia de la KGB; uno de los mejores en su especialidad. La eligió porque usted es viuda, joven y hermosa. La estudió, descubrió que, como la mayoría de las viudas, se sentía sola, y usó todos sus encantos con usted. Tiene mucho talento natural, y, además, se formó con los expertos. Usted estaba indefensa, la atropello un camión que ni siquiera vio venir. La va a atender un psiquiatra, el doctor Lodge, de Temple University. Le va a decir lo mismo que yo, aunque va a cobrarle mucho más. Pero no se preocupe: la oficina se hará cargo de todos los gastos.

-No podré seguir allí.

-Eso es cierto. No podrá tener acceso a material reservado -dijo Dan-. Pero no se preocupe. Le darán un puesto en la Secretaría de Agricultura, casi en el mismo edificio. El sueldo es el mismo. Bill se ocupó de todo.

-¿Mr. Shaw? Pero... ¿por qué?

-Porque usted es de los nuestros, no una espía enemiga, Moira. A ver si lo entiende de una buena vez.

-¿Qué haremos? -preguntó Larson.

-Esperar a ver qué ocurre -dijo Clark mientras estudiaba la hoja de ruta. Uno de los lugares señalados se llamaba Don Diego. *Tal vez ahí vive alguien llamado El Zorro,* pensó-. ¿Qué dirá que somos, si le preguntan?

-Usted es un geólogo en busca de yacimientos de oro. Yo, su piloto.

-Perfecto. -Era uno de los varios frentes de Clark. Aficionado a la geología, tema que conocía bastante, podía discutir con un profesor. Lo había hecho más de una vez. Eso también explicaría la presencia de ciertos instrumentos extraños en la furgoneta de doble tracción, al menos para un observador superficial o ignorante. Dirían que el ILT era un instrumento de agrimensura, lo que en cierto sentido era verdad.

Llegaron a destino sin mayores inconvenientes. La calidad del pavimento no era la misma que en Estados Unidos, y los caminos carecían de peraltes, pero el mayor peligro lo constituían los conductores locales, apasionados del volante. A Clark le gustaba esa gente, y los sudamericanos en general. A pesar de los problemas sociales, la gente demostraba unas envidiables ganas de vivir y mucha alegría. Tal vez los estadounidenses de un siglo atrás habían sido así, al menos en el *Far West.* Era admirable. Por desgracia, la economía no se había desarrollado, pero Clark no era teórico social. Como hijo de la clase obrera de su país, sabía que, en el fondo, los trabajadores de todo el mundo se parecen. La gente de allí no sentía amor por los narcos. Nadie quiere a los criminales, sobre todo a los que hacen ostentación de poder, y probablemente estaban furiosos porque la Policía y el Ejército no ponían fin a sus actividades. Furiosos e impotentes. El único grupo «popular» que había tratado de hacer algo al respecto era la guerrilla marxista del M-19, que en el fondo era una agrupación elitista de intelectuales universitarios urbanos. Cuando secuestraron a la hermana de un gran traficante de cocaína, los demás se habían unido para rescatarla y de paso habían matado a más de doscientos militantes del M-19. Así había surgido el *Cártel de Medellín.* Por eso, Clark sentía admiración por el Cártel. Eran sus enemigos, pero habían obligado a un grupo marxista revolucionario a ceder terreno al enfrentarlo con sus propios métodos de guerrilla urbana. Su error -aparte de dedicarse a un negocio que Clark detestaba con toda el alma- era creer que podían enfrentarse a un enemigo más poderoso con las mismas reglas, y que éste no reaccionaría. Pagarle al enemigo con su propia moneda era una forma de *fair play,* según Clark. Se acomodó para dormir una breve siesta. Claro que sí.

A cuatrocientos kilómetros de la costa colombiana, el *Ranger* viró hacia el viento para iniciar la operación de maniobra aérea. Integraban la escuadrilla de combate el propio portaaviones, el crucero clase Aegis *Thomas S. Gates,* otro crucero, cuatro destructores y fragatas, todos con misiles, y dos buques con armamento antisubmarino. La escuadra de abastecimiento, integrada por el buque cisterna, el buque de municiones *Shasta* y tres escoltas, se hallaba a setenta y cinco kilómetros, hacia la costa. A setecientos cincuenta kilómetros de allí se encontraba una escuadrilla similar que volvía de una prolongada misión en el océano índico. Ésta simulaba el ataque de una formación enemiga; fingían ser rusos, aunque nadie empleaba ya ese término en la era del *glasnost.*

Desde la torre de control del portaaviones, Robby Jackson asistió a la partida de los primeros aparatos. Eran interceptores F-14 Tomcat, cargados al máximo, que lanzaban conos de fuego por los escapes al ser lanzados desde las catapultas. Era un espectáculo emocionante. Como un ballet de tanques, los enormes y pesados aparatos realizaban una compleja coreografía en la gran cubierta, guiados por adolescentes con camisas de colores -éstos obedecían a un código de señalización- que les daban instrucciones por medio de gestos y esquivaban los escapes de los motores. Era un juego más peligroso y fascinante que esquivar los coches en las calles de la ciudad durante la hora punta. Tripulantes de camisas violetas -llamados «uvas»- cargaban los tanques de combustible. Otros adolescentes, de camisas rojas, cargaban las armas azules. Esa noche no habría disparos. La primera parte del ejercicio consistía en prácticas de intercepción contra otros aviadores navales. La noche siguiente, los C-130 de la Fuerza Aérea alzarían vuelo desde Panamá, saldrían al encuentro de la escuadrilla de combate y lanzarían una serie de blancos que los Tomcat alcanzarían en pleno vuelo -eso se esperaba- con los misiles Phoenix AIM-54C, recientemente reparados. No era una prueba para el contratista. Los blancos serían manejados a distancia por suboficiales de la Fuerza Aérea, encargados de evadir el fuego enemigo como si sus vidas dependieran de ello. Cada evasión lograda significaba que la tripulación del avión de ataque debía pagar una fuerte multa en cerveza u otro medio de cambio.

Después del despegue de los doce aviones, Robby bajó de nuevo a la cubierta de vuelo. Vestía su uniforme de piloto color verde oliva y llevaba su casco de aviador. Esa noche volaría en un avión radar E-2C «Hawkeye», la diminuta versión naval de los enormes E-3A AWAC, desde el cual comprobaría si su nuevo dispositivo táctico era más eficaz que los empleados por la Armada en la actualidad. Lo era en las simulaciones computarizadas, pero las computadoras no eran la vida real, hecho que quienes trabajaban en el Pentágono solían pasar por alto.

La tripulación del E-2C lo esperaba en la puerta de la cubierta de vuelo. El jefe de cubierta del «Hawkeye», un suboficial principal de camisa parda, llegó para guiarlos hasta el avión. La cubierta de vuelo era un lugar peligroso para los pilotos, de ahí la necesidad de que ese joven de veinticinco años, conocedor del terreno, los guiara. En el camino, Robby advirtió la presencia de un A-6E Intruder en el que cargaban una bomba azul con accesorios de orientación que la transformaban en una GBU-15, un arma guiada por láser. La nave era la del jefe de la escuadrilla *aérea.* Por consiguiente, pensó, se preparaba una prueba de validación de sistemas, es decir, el lanzamiento de una bomba de verdad. Eso no era frecuente, y a los jefes de escuadrilla les gusta un poco de diversión de vez en cuando. Robby se preguntó cuál sería el blanco -tal vez una balsa-, pero tenía otros problemas de que preocuparse. Momentos después llegaron a su avión. Cambió unas palabras con el piloto, hizo la venia y se retiró a cumplir con otros deberes. Robby se sujetó al asiento eyectable del compartimiento de radar; como siempre, le disgustaba volar como pasajero.

Finalizada la operación previa al despegue, el encendido de las turbohélices estremeció el aparato. El «Hawkeye» se dirigió lenta y torpemente hacia una de las catapultas del sector medio. Conectado el accesorio de la rueda delantera a la lanzadera de la catapulta, el piloto dio la máxima potencia a los motores y advirtió a su tripulación que se preparaba para el

Librodot

despegue. En apenas tres segundos, la velocidad del avión Grumman pasó de cero a ciento cuarenta nudos. La cola cayó un poco al salir de la pista, luego el avión se niveló y nuevamente se inclinó para trepar a seis mil metros. Los controladores de radar verificaron sus sistemas, y veinte minutos más tarde el E-2C ocupaba su puesto a ciento veinte kilómetros del portaaviones. Las señales de radar de su cúpula giratoria surcaban el cielo para dar comienzo al ejercicio. Desde su asiento, Jackson contemplaba la «batalla» en las pantallas de radar; los audífonos de su casco estaban, conectados al circuito de mando para comprobar si la escuadrilla aérea del *Ranger* ejecutaba su plan, mientras el «Hawkeye» trazaba círculos en el cielo.

Desde esa posición, también se veía la escuadrilla de combate. Media hora después de su despegue, Robby advirtió que dos aparatos partían simultáneamente del portaaviones. El sistema computarizado de radar los rastreó automáticamente. Ascendieron a diez mil metros y allí se reunieron: por consiguiente, era un ejercicio de abastecimiento en vuelo. Uno de los aviones volvió a la nave, el otro tomó rumbo Este-Sudeste. En ese momento el ejercicio de intercepción propiamente dicho comenzó; pero, a intervalos de pocos segundos, Robby siguió al nuevo contacto hasta que desapareció de su pantalla, siempre en dirección a la zona continental de Sudamérica.

-Sí, sí, iré -dijo Cortez-. Todavía no estoy preparado, pero iré. -Cortó la comunicación, murmuró una maldición y tomó las llaves de su coche. Aún no había tenido tiempo para inspeccionar uno de los centros de procesamiento destruidos y lo convocaban a informar al... lo que el *jefe* llamaba «Comité de Producción». Qué gracioso. Los idiotas estaban tan empeñados en apoderarse del Gobierno que ya usaban la terminología oficial. Lanzó otra maldición al pensar que tendría que conducir hasta el castillo de ese gordo delirante y pomposo. Miró su reloj. Tardaría dos horas, llegaría tarde y no tendría nada nuevo que decirles porque no le había dado tiempo para investigar. Y se enojarían con él. Y él debería mostrarse humilde. Cortez estaba harto de humillarse delante de esa gente. Le pagaban más de lo que jamás había soñado, pero su amor propio no tenía precio. Debería de haberlo pensado antes de aceptar el trabajo. Puso el coche en marcha, sin dejar de maldecir para sus adentros.

La intercepción CAPER más reciente llevaba el número 2091 y correspondía a una comunicación desde un teléfono móvil a la casa del sujeto Echo. El texto apareció en la printer de la computadora personal de Ritter. Treinta segundos después apareció el 2092. Llamó a su ayudante.

-Cortez... ¿Cortez va para allá? Milagro, y todavía faltan seis meses para Navidad.

-Hay que avisar a Clark -dijo Ritter.

-Es imposible -dijo el hombre después de pensarlo.

-¿Por qué?

-No tenemos un canal de transmisión lo bastante seguro. Salvo que podamos usar un circuito VOX hasta el portaaviones, de ahí al A-6 y del A-6 a Clark.

Le tocó a Ritter lanzar una maldición. No podían hacer eso. El eslabón débil era el portaaviones. El funcionario que supervisaba ese aspecto de la operación tendría que hablar con el comandante de la nave -siguiendo toda la cadena de mando-, y pedir un compartimiento donde efectuar sus transmisiones a solas. El riesgo era excesivo, incluso si el comandante aceptaba la petición. Demasiadas preguntas, demasiadas personas incorporadas al círculo de los informados. Iba a lanzar otra maldición, pero se contuvo. Tal vez Cortez llegara a tiempo. Joder, ¡qué bueno sería poder informar al FBI que habían eliminado al hijo de puta!

Mejor dicho, que alguien lo había hecho, pero podía negarlo. O tal vez no. No conocía bien a Bill Shaw, e ignoraba cómo reaccionaría.

Larson estacionó el «Subaru» a cien metros de la carretera principal, en un punto elegido previamente donde era difícil que lo descubrieran. Luego subieron a pie por una pendiente suave hasta su escondite, al que llegaron antes del anochecer. Las fotografías habían identificado un lugar perfecto, en la cresta de una loma, desde donde se dominaba una casa que quitaba el aliento. Eran seis mil metros cuadrados -un cuadrado de treinta metros, dos plantas, sin sótano- dentro de un terreno de seis hectáreas, a cuatro kilómetros de distancia y unos cien metros más abajo del escondite. Mientras hubo luz, Clark estudió el dispositivo de guardia con sus prismáticos de magnitud siete. Eran veinte hombres con armas automáticas. Dos ametralladoras pesadas con su correspondiente dotación ocupaban sendas torres construidas con ese fin sobre el muro perimetral. Bob Ritter había encontrado el término justo, esa tarde en St. Kitts: *Mezcla de Frank Lloyd Wright y Ludovico el Loco.* Era una casa hermosa, estilo español neoclásico moderno con fortificaciones de alta tecnología para mantener a raya a los campesinos rebeldes. No faltaba el helipuerto de rigor, con un flamante Sikorsky S-76.

-¿Qué más puedes decirme sobre la casa?

-Construcción maciza, como se ve. Es un problema. Ésta es una zona de temblores. Yo preferiría algo más ligero, con columnas y vigas de madera, pero a ellos les gusta el hormigón, supongo que así detiene mejor las balas y los obuses.

-Nos viene muy bien -dijo Clark. Abrió su mochila. Sacó el pesado trípode y lo instaló hábilmente sobre terreno firme. Luego tomó el ILT, lo sujetó al trípode y lo calibró. Finalmente sacó un aparato de visión nocturna «Varo Noctron-V». El ILT también servía para eso, pero no quería usarlo. El «Noctron» era de magnitud cinco (Clark prefería los prismáticos de doble lente), pero era pequeño, liviano y práctico. Magnificaba la luz ambiental unas cincuenta mil veces. La tecnología había avanzado mucho desde sus primeras misiones en el Sudeste Asiático, pero igual le parecía magia negra. Había recorrido la selva sin otra ayuda que una vieja lente Mark-1. Larson, que se ocuparía de las comunicaciones, había instalado ya sus aparatos. Ahora era cuestión de esperar. Larson abrió un paquete de comida fría y los dos se acomodaron lo mejor que pudieron.

-Ahora saben qué significa «pies grandes» -rió Clark una hora más tarde. Los descifradores no habían podido descubrirlo. Ofreció el «Noctron» a Larson.

-¡Jo... der! Pero qué te parece...

Era una camioneta «Ford» de tres cuartos de tonelada con doble tracción. Mejor dicho, eso había sido al salir de fábrica. Después, un taller le había realizado las modificaciones necesarias para colocarle neumáticos de más de un metro de ancho. No era tan grotesco como los «Big Foot», esos camiones monstruosos de las exhibiciones, pero causaba casi el mismo efecto. Lo más extraño era que parecía un vehículo muy práctico. El camino a la *casa*[35] estaba en mal estado, pero al camión le daba igual... no así a los muchachos de seguridad, que bregaban por mantenerse a la par del nuevo juguete del patrón.

-El consumo de combustible ha de ser monstruoso -dijo Larson al devolver el nocturno.

-No es problema para él -dijo Clark. El camión entró, maniobró y entonces sucedió el milagro. El idiota del conductor lo estacionó junto a la *casa,* bajo las ventanas de la sala de conferencias. Tal vez no quería perder de vista su juguete.

[35] En español en el original.

Dos hombres descendieron del extraño vehículo. El anfitrión los recibió en la *veranda* -Clark no podía recordar el nombre español para aquella parte de la casa-,[36] con apretones de mano y abrazos mientras los rodeaban hombres armados, nerviosos como una guardia presidencial. Se relajaron cuando sus patrones entraron y se pusieron a conversar animadamente con sus colegas; ¿acaso el Cártel no era una gran familia feliz?

Lo es por ahora, se dijo Clark. Meneó la cabeza, atónito, al contemplar el camión.

-Llega el último que faltaba. -Larson señaló unos faros que se acercaban lentamente.

Era un «Mercedes», enorme, con el blindaje de un carro de combate... *como el coche del embajador,* pensó Clark. Justicia poética. Ese VIP también fue recibido con los honores acordes con su investidura. Había ya medio centenar de centinelas a la vista. Los puestos de guardia en el muro perimetral estaban todos ocupados, y distintos grupos recorrían el terreno constantemente. Resultaba extraño que no hubiera centinelas por fuera del muro. O tal vez sí, pero él no los veía. No tenía importancia. Se encendieron las luces en la sala detrás del camión.

-Parece que tenías razón, muchacho.

-Para eso me pagan -dijo Larson-. ¿Qué distancia habrá entre el camión...?

Clark ya lo había verificado por medio del láser.

-Tres metros hasta la pared. Bastante cerca.

Concluida la operación de reabastecimiento, el capitán de fragata Jensen se desconectó del KA-6. Recuperó la manguera y perdió altura para que el cisterna pudiera maniobrar y alejarse. La misión era sumamente fácil. Corrió la palanca a la derecha, tomó rumbo uno uno cinco y ascendió hasta diez mil metros. Había desconectado el radiofaro de respuesta IFF, tenía tiempo para distenderse y disfrutar del vuelo. El asiento del «Intruder» es bastante alto, para proporcionar al piloto buena visibilidad durante el ataque... pero uno se sentía desprotegido cuando le disparaban, recordó. Jensen había llegado a realizar algunas misiones durante la guerra de Vietnam. Recordaba claramente los disparos de los cañones antiaéreos de Haifong, como bolsas de algodón negro con destellos rojos en el centro. Pero ahora no se hallaba en Vietnam. Su asiento era un trono en el cielo. Brillaban las estrellas. La luna menguante estaba a punto de salir. El mundo permanecía en paz. Y, para colmo, tenía una misión. Mejor, imposible.

La luz de las estrellas les permitía ver la costa a trescientos kilómetros. La velocidad crucero del «Intruder» era algo inferior a los quinientos nudos. Apenas quedó fuera del alcance del radar del E-2C, viró al Sur, hacia Ecuador. Pasada la costa, cambió el rumbo, hacia la izquierda para seguir la cresta de los Andes. Entonces encendió el radiofaro IFF. Ni Ecuador ni Colombia tenían una red de defensa antiaérea. Era un lujo innecesario para esos países. Por lo tanto, los únicos radares que aparecían en los monitores ESM eran los de control aéreo. Eran aparatos muy modernos. Una de las paradojas poco conocidas de la tecnología de radar es que los aparatos más modernos no detectan aviones sino sus radiofaros. Todos los aviones comerciales del mundo llevan una pequeña «caja negra» -término que se refiere al equipo electrónico- que recibe la señal del radar y responde con la suya: así, matrícula y otros datos del avión aparecen en las pantallas de control de la estación de radar -por lo general un aeropuerto- para uso de los controladores. Es un sistema más barato y eficiente que el de los viejos radares, que se limitaban a detectar la presencia de un aparato, mientras que la determinación de su identidad, rumbo y velocidad quedaba librada a los

[36] Es de suponer que se refiere a la galería.

técnicos en tierra, siempre atiborrados de trabajo. Un detalle extraño en la historia de la tecnología era que el nuevo sistema significaba un paso adelante, pero, también, un paso atrás.

El «Intruder» entró rápidamente en la zona de control aéreo del aeropuerto internacional El Dorado, en las afueras de Bogotá. Apenas su código alfanumérico apareció en las pantallas recibió la llamada de un controlador.

-Recibido, El Dorado -replicó el capitán Jensen al instante-. Aquí cuatro-tres kilo. Vuelo de carga seis de Inter-América, de Quito rumbo a LAX. Altitud tres cero cero, rumbo tres cinco cero, velocidad cuatro nueve cinco. Cambio.

El controlador verificó los datos del radar y respondió en inglés, el idioma del tránsito aéreo internacional:

-Cuatro-tres kilo, entendido. Le notifico no hay tráfico en su zona. Condiciones meteorológicas CAVU. Mantenga rumbo y altitud. Cambio.

-Entendido, gracias. Buenas noches, señor. -Jensen apagó el transmisor y encendió el interno-. Ha sido fácil, ¿no? -le dijo al bombardero/navegante-. Bueno, al trabajo.

En el asiento de la derecha, colocado un poco más abajo y detrás de la butaca del piloto, el oficial de vuelo encendió su transmisor luego de activar el MRBA, colgado del eje central del «Intruder».

A la hora T menos quince minutos, Larson conectó su teléfono celular y marcó el número.

-*Señor Wagner, por favor.*[37]

-*Momento* -respondió la voz. Larson se preguntó quién sería.

-Wagner -dijo otra voz unos segundos después-. ¿Quién habla?

Larson arrugó el celofán de un paquete de cigarrillos frente al receptor telefónico mientras pronunciaba fragmentos de palabras, luego dijo:

-No te oigo, Carlos. Llamaré después. -Larson cortó la comunicación.

-Buen detalle -dijo Clark con gesto de aprobación-. ¿Quién es Wagner?

-Su papá era sargento de la *Allgemeine SS,* destacado en Sobibor. Vino en el cuarenta y seis, se casó con una muchacha de aquí; entonces se dedicó al contrabando y murió antes de que lo atraparan. De tal palo, tal astilla -prosiguió Larson-. Carlos es un desgraciado, le gusta golpear a sus mujeres. Sus colegas no lo quieren por lo que hay de bestia en él, pero es eficiente en lo suyo.

-La hora -advirtió Mr. Clark. Cinco minutos después, el receptor crujió.

-Bravo Whisky, aquí Zulú X-Ray, cambio.

-Zulú X-Ray, aquí Bravo Whisky, recepción perfecta, cambio -dijo Larson al instante. Su transmisor era similar al de los controles aéreos, con banda cifrada de ultrafrecuencia.

-Informe su situación, cambio.

-Preparados. Misión en marcha. Repito, misión en marcha.

-Entendido misión en marcha. Estamos a diez minutos. Pongan la música.

Larson se volvió a Clark:

-Encienda.

El ILT ya estaba encendido. Mr. Clark pasó el selector de espera a activo. El ILT es un Indicador Láser de Tierra. Aparato destinado a los soldados en combate, proyecta un haz láser

[37] En español en el original.

modulado (e invisible) a través de un sistema de lentes, complejo pero a prueba de golpes. Este sistema está alineado con un sensor infrarrojo que indica al operador hacia dónde apunta: en el fondo, es una mira telescópica. El camión «pies grandes» tenía una carrocería de fibra de vidrio sobre la caja. Clark enfocó la retícula sobre una de las ventanillas, manipulando cuidadosamente los ajustes micrométricos del trípode. El punto del láser apareció en el lugar deseado, pero luego cambió de idea: aprovechando que se hallaba a mayor altura que el blanco, apuntó al techo del vehículo. Por último, encendió el videograbador conectado al ILT. Los jefes en Washington querían registrar hasta el último detalle de la operación.

-Perfecto -dijo-. Blanco iluminado.

-La música está puesta, y suena muy bien -informó Larson por medio del transmisor.

Cortez subía por la ladera en su automóvil. Había pasado un puesto de seguridad, atendido por dos hombres que bebían cerveza, según advirtió con disgusto. El estado de la carretera era similar al de los caminos de su Cuba natal, estaba obligado a llevar una marcha lenta. Pero igual le reprocharían su tardanza.

Demasiado fácil, pensó Jensen al recibir la respuesta. Volaba a diez mil metros, en una noche despejada, nadie le disparaba con misiles ni cañones antiaéreos. Ni un ensayo con equipos nuevos era tan fácil.

-Lo veo -dijo el B/N, mirando su pantalla. En una noche despejada, a diez mil metros de altura, se puede ver a una distancia enorme, sobre todo si uno cuenta con un aparato de costo multimillonario. Debajo del «Intruder», el Multisensor de Reconocimiento de Blanco y Ataque vio el láser a noventa kilómetros. Era un haz modulado, por supuesto, y el MRBA conocía su señal de transporte. Habían confirmado la identidad del blanco.

-Zulú X-Ray confirma, la música se escucha bien -dijo Jensen por el transmisor. Y por el interno-: Siguiente paso.

En el puesto de armas interno de babor, la cabeza rastreadora de la bomba fue activada, y, al instante, reconoció el láser. En el avión, una computadora rastreaba la posición, altura, velocidad y rumbo del propio aparato; el bombardero/navegante programó la posición del blanco con una aproximación de doscientos metros. Hubiera podido ser más preciso, pero no era necesario. El lanzamiento sería automático y, desde esa altura, la «canasta» dentro de la cual debía caer la bomba tenía un diámetro de varios kilómetros. La computadora tomó nota de todo y decidió efectuar un lanzamiento óptimo, justo en el sector más favorable de la canasta.

Clark no apartaba la vista del ILT. Se apoyaba sobre los codos y evitaba rozar el instrumento con cualquier parte de su cuerpo que no fuera su pestaña sobre la ceja de goma que protegía el ocular.

-En cualquier momento, ahora -dijo el B/N.

Jansen niveló el «Intruder», que seguía el camino electrónico definido por los sistemas computerizados que llevaba a bordo. El ejercicio estaba fuera de control humano. La computadora envió una señal al lanzador. Se dispararon varios cartuchos de escopeta -eran precisamente eso-, que proyectaron las «apatas de lanzamiento» sobre unas pequeñas placas de acero sujetas a la camisa de la bomba. Esta se separó del avión.

El aparato saltó un poco al perder de repente un peso de poco más de quinientos kilos.

-Lanzamiento efectuado -informó Jensen.

Por fin Cortez vio el muro. Las ruedas de su coche -si lo convocaban con frecuencia, tendría que comprar un jeep- patinaban en la grava, pero ya se encontraba cerca del portón, y el camino interno estaba pavimentado, probablemente con los restos del material de construcción de la helipista, pensó Cortez.

-Ahí va -dijo Larson a Clark.

La bomba caía a una velocidad de quinientos nudos. Apenas se separó del avión, la fuerza de gravedad tiró de ella. Su caída se aceleró en el aire enrarecido, mientras la cabeza rastreadora se desplazaba milimétricamente para corregir el arrastre del viento. La cabeza era de fibra de vidrio, parecía una bala roma con pequeñas aletas. Cuando el punto de luz láser que le servía de blanco desaparecía del centro de su campo visual, todo el rastreador se desplazaba y corría las aletas de plástico en la dirección adecuada. La caída era de siete mil quinientos metros, y el microchip del rastreador estaba tratando de golpear en el centro exacto. Tenía tiempo de sobra para corregir las desviaciones.

Clark no estaba seguro de lo que iba a suceder. Había pasado mucho tiempo desde su última incursión aérea y no recordaba todos los detalles: cuando uno pedía apoyo aéreo, por lo general no tenía tiempo para fijarse en esas cosas. Se preguntó si habría un silbido, no recordaba haberlo escuchado en la guerra. No apartaba la vista del blanco, pero tenía mucho cuidado de no tocar el ILT por miedo a echar todo a perder. Varios hombres rodeaban el camión. Uno encendió un cigarrillo y casi todos hablaban al mismo tiempo. El asunto parecía prolongarse demasiado. Cuando ocurrió, lo hizo sin el menor aviso. Ni un silbido, nada de nada.

El automóvil de Cortez dio un bandazo cuando sus ruedas delanteras llegaron por fin al pavimento.

Una bomba guiada por láser GBU-15 tenía una precisión «garantizada» de menos de tres metros, pero eso era válido para una situación de combate: en este caso, las condiciones eran mucho más sencillas. Cayó sobre el techo carrozado del camión, a unos centímetros del centro del blanco. A diferencia de la bomba de prueba, ésta estaba preparada para estallar al hacer impacto. Un microsegundo después de que la cabeza rastreadora tocase el techo, un microchip activó los dos detonadores, el de la cabeza y el de la cola. Estos disparadores electrónicos estaban respaldados por dispositivos mecánicos. En este caso no fueron necesarios, pero los explosivos necesitan tiempo para actuar, y la bomba cayó otros noventa centímetros mientras se desarrollaba el proceso de detonación. No había atravesado del todo el techo cuando los detonadores encendieron el explosivo y las cosas empezaron a suceder con mayor rapidez. El explosivo era octol, una sustancia química muy cara, utilizada a veces como detonante de artefactos nucleares, con una velocidad de detonación superior a los ocho mil metros por segundo. La camisa de la bomba se redujo a vapor en escasos microsegundos. El gas expansivo destrozó el camión, arrojó los fragmentos metálicos en todas las direcciones, menos hacia arriba; detrás llegó la onda expansiva, dura como una roca. Los fragmentos y la onda chocaron contra los muros de hormigón en bastante menos de una milésima de segundo, con los efectos que eran de prever. El muro se desintegró, se convirtió en millones de fragmentos que volaban a la velocidad de una bala, mientras la onda retrasada atacaba el resto de la casa. El sistema nervioso humano es incapaz de reaccionar con la suficiente rapidez ante

tales sucesos: los ocupantes de la sala de reuniones no tuvieron el menor aviso de su muerte inminente.

El sensor de luz de baja intensidad del ILT adquirió un color blanco (con un matiz verdoso). Instintivamente, Clark apartó la vista del ocular para contemplar el resplandor en la zona atacada. A esa distancia, todavía no escuchaban el ruido. No es frecuente que un ruido *pueda verse,* pero las grandes bombas crean ese fenómeno. El aire comprimido de la onda expansiva era un muro espectral que se expandía radialmente desde el camión, y lo hacía a más de trescientos cincuenta metros por segundo. El ruido tardó doce segundos en llegar a Larson y Clark. Para entonces, evidentemente, los ocupantes de la sala de reuniones estaban muertos, y el ruido sordo de la onda de presión fue como el grito de indignación de las almas perdidas.

-¡Joder! -exclamó Larson, impresionado por lo que acababa de presenciar.

-Parece que no ahorraron dinamita -dijo Clark, conteniendo a duras penas las ganas de reír. También para él era la primera vez. Había matado a no pocos enemigos, y nunca lo había disfrutado. Pero por la naturaleza del blanco y el método de ataque, esto parecía una bomba extraordinaria. *¡Hijos de PUTA!* La pausa reflexiva le sobrevino más tarde. Su «broma» se había llevado la vida de más de veinte personas, de las cuales, sólo cuatro eran blancos, y eso no tenía gracia alguna. Se desvaneció el deseo de reír. Él era un profesional, no un psicópata.

Cortez se hallaba a menos de doscientos metros de la explosión, pero se salvó porque, viniendo desde más abajo, casi todos los fragmentos pasaron por encima de su cabeza. La terrible onda expansiva arrancó el parabrisas y lo aplastó contra su rostro, pero el vidrio de seguridad, aunque se quebró, no se astilló gracias a la hoja de polímero entre las dos planchas. El coche dio una voltereta hasta quedar volcado sobre el techo, pero pudo zafarse mientras su mente no terminaba de asimilar lo que sus ojos acababan de ver. Necesitó seis segundos para pensar en la palabra «explosión». Con todo, sus reacciones eran mucho más rápidas que las de los guardias; la mitad de éstos agonizaban o estaban muertos. Su primera acción consciente fue echar mano de la pistola y avanzar hacia la casa.

Mas la casa había desaparecido. El estruendo lo había ensordecido y no escuchaba los gritos de los heridos. Varios guardias deambulaban de aquí para allá, las armas listas... no sabían para qué. Los menos afectados eran los del muro perimetral opuesto. El cuerpo de la casa había absorbido la mayor parte de la onda expansiva, protegiéndoles de todo menos de los devastadores proyectiles.

-Bravo Whisky, aquí Zulú X-Ray, pido EDB, cambio.

Pedía la Evaluación de los Daños causados por la Bomba. Larson tomó su micrófono por última vez.

-Mi evaluación es blanco perfecto, repito, perfecto, con detonación alta. Máxima puntuación. Cambio.

-Entiendo, cambio y fuera. -Jensen desconectó el transmisor-. Me estaba acordando -dijo por el interno- de cuando estaba destinado en el *Kennedy,* en el Mediterráneo. Yo era alférez. Los oficiales teníamos miedo de entrar a ciertas partes del barco porque la tropa consumía drogas.

-Sí, son una mierda -repuso el bombardero/navegante-. No se preocupe por mí, señor. Es muy difícil que la conciencia me joda. Además, si la Casa Blanca dice que está bien, está bien.

-Séééé.

En silencio, Jensen sabía que debía seguir su rumbo hasta quedar fuera del alcance del radar de El Dorado, y luego virar al Sudoeste, hacia el *Ranger.* La verdad, era una noche preciosa. Se preguntó cómo marcharía la operación de defensa aérea.

Cortez tenía poca experiencia con las explosiones y los caprichos de sus secuelas eran nuevos para él. Por ejemplo, la fuente frente a la casa no había dejado de manar. Los cables subterráneos que suministraban energía eléctrica a la *casa* estaban intactos y la caja de los interruptores sólo había sufrido daños parciales. Sumergió el rostro en el agua y cuando se enderezó ya se sentía bien, sólo le dolía la cabeza.

En el momento de la explosión, había algo más de una decena de vehículos en el interior del complejo. La mitad estaban destrozados, sus tanques de combustible habían estallado, y los focos aislados de fuego iluminaban el patio. El flamante helicóptero de Untiveros era una masa de chatarra contra los restos del muro. Varios hombres corrían de aquí para allá. Cortez se detuvo y trató de recordar.

Había visto un camión con ruedas enormes estacionado junto a... Anduvo hacia allí. Aunque las tres hectáreas en torno a la casa estaban cubiertas de escombros, en un determinado punto el terreno estaba libre de ellos. Era un cráter de dos metros de profundidad y seis de diámetro.

Un coche-bomba.

Una bomba grande, de unos mil kilos por lo menos, pensó. Mientras contemplaba el cráter, su mente empezó a funcionar.

-Creo que no hay nada más para ver -dijo Clark. Echó una última mirada a través del ocular del ILT y lo desconectó. Necesitó apenas tres minutos para guardarlo.

-¿Quién será ese tipo? -preguntó Larson mientras alzaba la mochila. Le entregó el «Noctron».

-Parece que es el del «BMW», el último que ha llegado. ¿Será un tipo importante?

-Quién sabe. Otra vez será.

-Bueno, en marcha. -Clark comenzó a descender por la colina.

Era cosa de los norteamericanos. Sólo la CIA podía montar semejante operativo. Habían pagado unos dólares a las personas indicadas, y, de alguna manera, habían logrado ocultar una tonelada de explosivos en la caja de aquel camión monstruoso. Un golpe admirablemente ingenioso. El camión era de Fernández: le habían hablado de él, pero nunca lo había visto. Y *nunca lo veré,* pensó. Fernández estaba fascinado con su camión nuevo y lo había estacionado frente a... Sí, claro. Un golpe de suerte para los norteamericanos. ¿Pero cómo lo hicieron? Desde luego que no se habían ensuciado las propias manos. Por consiguiente habían usado a... ¿quién? ¿Alguien -mejor dicho, a varios- del M-19 o las FARC...?

Sí, podía ser. O tal vez un golpe indirecto, a través de los cubanos o de la KGB. Ahora que había tanto intercambio entre el Este y el Oeste, tal vez la CIA había conseguido esa colaboración. Era difícil, pero no imposible. Un atentado directo a un alto funcionario de Gobierno, como el que el Cártel había perpetrado, daba lugar a toda Clase de alianzas inconcebibles.

¿Acaso era un accidente? ¿Cómo se habían enterado los estadounidenses de que se celebraría esa reunión?

Escuchó voces provenientes de la pila de escombros que hasta poco antes había sido un castillo. Cortez se unió a los guardias que investigaban. La familia de Untiveros estaba en la casa. Esposa, dos hijos, ocho o diez empleados domésticos. Seguro que los trataban como a siervos, pensó Cortez. Los jefes del Cártel eran así. Tal vez le había causado una gran ofensa a uno de ellos: había violado a su hija, o algo por el estilo. Todos lo hacían. *Droit du seigneur.* Los capos del narcotráfico no sabían francés, pero sí conocían el significado de ese término. Estúpidos, pensó Cortez. Sus perversiones no conocían límites.

Los guardias removían los escombros. Era increíble que alguien hubiera podido sobrevivir. Empezaba a recuperar la audición y escuchaba los agudos gritos de algún infeliz. Se preguntó cuántas bajas habría. Tal vez... Sí. Volvió a su «BMW». Caía gasolina del tanque, pero introdujo la mano para sacar su teléfono celular. Se alejó veinte metros antes de encenderlo.

-*Jefe*[38]*,* soy Cortez. Ha habido una explosión aquí.

Qué ironía, pensó Ritter, que la primera noticia del éxito de la misión le llegara por medio de un mensaje interceptado por CAPER. Y lo mejor, dijeron los muchachos de la NSA, era que habían identificado la voz de Cortez. Así mejoraban las posibilidades de atraparlo. Es mejor que nada, pensó el SDO al recibir la misma visita por segunda vez en el día.

-Cortez se nos escapó -le dijo al almirante Cutter-. Eliminamos a D'Alejandro. Fernández, Wagner y Untiveros, además de los daños colaterales que eran de esperar.

-¿Qué significa eso?

Ritter miró otra vez la fotografía de la casa tomada por el satélite. Era insuficiente para cuantificar los daños.

-Quiero decir que había bastantes guardias en la casa, es probable que hayan muerto unos cuantos. Por desgracia, también estaba la familia de Untiveros: esposa, dos hijos, y sirvientes.

Cutter se irguió bruscamente en la silla.

-¡No me habían dicho nada! Se suponía que era un golpe quirúrgico.

Ritter lo miró sin ocultar su fastidio.

-*¡Joder, Jimmy!* ¿Qué carajo esperaba? ¿Es usted un oficial de la Armada, o no? ¿Nunca le dijeron que *siempre* hay víctimas que no tienen nada que ver? Por las dudas, le recuerdo que los atacamos con una bomba, qué joder. No se puede hacer una operación quirúrgica con una bomba, a pesar de lo que los «expertos» hayan dicho. ¡A ver si lo entiende de una puta vez!

La idea de que hubiera víctimas inocentes desagradaba a Ritter, pero era el precio del éxito... como bien lo sabían los del Cártel.

-Pero le dije al Presidente...

-El Presidente me dijo a mí que tengo licencia para cazar, y sin límite de piezas. Esta operación la dirijo yo, y nadie más.

-¡Pero esto es demasiado! ¿Qué pasa si se enteran los diarios? ¡Es un asesinato a sangre fría!

-¿Y matar a los narcos y a sus guardias uno por uno no lo es? En este caso no, pero sólo porque el Presidente dio la orden de atacar. Usted dice que estamos en guerra. El Presidente dice que actuemos como si estuviéramos en guerra. De acuerdo, hagámoslo. Lamento que

[38] En español en el original.

hubiera víctimas inocentes; pero, joder, siempre las hay. Si existiera una forma de evitar que paguen los justos con los pecadores, la usaríamos, pero no hay.

La reacción de Ritter no era de mero asombro. Se suponía que el tipo que tenía delante era un militar de carrera: por definición, un profesional que sabía lo que era poner fin a una vida humana. Claro que la mayor parte de la carrera de Cutter había transcurrido detrás de un escritorio en el Pentágono; y la única sangre que había vertido era la de su rostro al afeitarse. Después de treinta años bajo bandera, no sabía que en la vida real las armas eran menos precisas que en el cine. Oficial naval de carrera. Asesor presidencial en materia de Seguridad Nacional. Perfecto.

-Le propongo un acuerdo, almirante -prosiguió Ritter-. Si usted no habla con la Prensa, tampoco lo haré yo. Lea el mensaje interceptado. Cortez dice que fue una bomba colocada en un vehículo. Clark lo montó tal como estaba previsto.

-¿Y si la Policía local investiga?

-Primero, no sabemos si la Policía local tendrá acceso al lugar. Segundo, ¿qué le hace pensar que disponen de recursos para averiguar nada? Montamos todo para que pareciera una bomba colocada en un coche, y Cortez se lo ha creído. Tercero, ¿por qué piensa que a la Policía local le importará un carajo cómo murieron?

-¡Pero los medios de comunicación...!

-No puede pensar en otra cosa. Pues usted fue el que insistió en que atacáramos a esos sujetos con todo lo que tenemos. ¿Ahora se arrepiente? Me parece que es un poco tarde -dijo Ritter, que ya estaba harto. Acababa de realizar la mejor operación en muchos años, y el autor de la idea se meaba en los pantalones.

El almirante Cutter no prestaba atención a la furia de Ritter. Había prometido al Presidente la eliminación quirúrgica de los asesinos de Jacobs y los demás. No había pensado en la muerte de personas «inocentes». Lo peor era que *Wrangler* tampoco lo había pensado.

Chávez, que se hallaba a muchos kilómetros al Sur, no escuchó la explosión. El grupo rodeaba otro centro de procesamiento. Evidentemente, trabajaban por tandas. Dos hombres montaban la bañera portátil, supervisados por guardias armados, y otros gruñían y maldecían al subir la cuesta. Aparecieron cuatro campesinos con mochilas en las que transportaban frascos de ácido. Los acompañaban otros dos guardias.

Tal vez no se había corrido la voz, pensó *Ding.* Estaba seguro de que el trabajo realizado noches atrás desalentaría a otros que trataban de mejorar sus ingresos por esa vía. No se le ocurrió pensar que corrían semejantes riesgos para que sus familias no murieran de hambre.

Diez minutos más tarde, la tercera tanda de seis hombres con hojas de coca apareció, acompañados por otros cinco guardias armados. Los trabajadores traían baldes de lona. Fueron a buscar agua a un arroyo cercano. El jefe ordenó a dos hombres que montaran guardia entre los árboles, y eso lo echó todo a perder. Uno de ellos se dirigió hacia donde se escondía el grupo de asalto, a cincuenta metros del claro.

-Epa -susurró Vega.

Chávez apretó cuatro veces el botón de su transmisor: peligro.

El capitán respondió con dos: *Ya los he visto.* Y luego tres: *Preparados.*

Oso alzó su ametralladora y le quitó el seguro.

Ojalá lo eliminen sin hacer ruido, rogó Chávez para sus adentros.

Los tipos volvían con los baldes cuando Chávez escuchó un grito a su izquierda. Los guardias reaccionaron al instante. Vega abrió fuego.

Los disparos desde dos frentes confundieron a los guardias, que, sin embargo, reaccionaron ante la sorpresa como siempre hacen aquellos que llevan armas automáticas: abrieron fuego en todas las direcciones.

-¡Mierda! -gruñó Ingeles, y lanzó una granada al centro del claro. Ésta explotó entre los frascos, y bañó a todo el mundo con ácido sulfúrico. Los proyectiles trazadores volaban por todas partes, la gente caía herida, pero en medio de la confusión era imposible saber bien qué sucedía. En pocos segundos los disparos cesaron. No había un ser vivo a la vista. Entonces apareció el grupo de asalto, y Chávez bajó a la carrera. Contó los cadáveres: faltaban tres.

-¡Guerra, Chávez, atrápenlos! -ordenó el capitán Ramírez. No necesitaba decir *¡mátenlos!*

No lo hicieron. Guerra descubrió a uno de ellos y lo eliminó al instante. Chávez no encontró a nadie. Halló un balde junto al arroyo, a trescientos metros del objetivo. Si estaban allí cuando comenzó el tiroteo, le llevaban cuatro o cinco minutos de ventaja en su propio terreno. Durante la media hora siguiente, los dos soldados corrieron de acá para allá, con pausas para observar y escuchar, pero dos hombres habían escapado.

Cuando volvieron al objetivo, se enteraron de que eso no era lo peor. Tenían una baja: el fusilero Rocha, con una descarga en el centro del pecho. Su muerte había sido instantánea. Los soldados estaban muy callados.

Jackson también estaba furioso. La fuerza agresora lo había derrotado. Los defensores del *Ranger* no habían comprendido. Su plan táctico habla fracasado cuando una de las escuadrillas efectuó un viraje inesperado y, lo que debía ser una trampa mortal, se transformó en un camino para que los «rusos» se pusieran a tiro de misil del portaaviones. Era un giro desconcertante, aunque no del todo inesperado, de la situación. Las ideas nuevas se perfeccionaban con el tiempo, y tal vez debía modificar algunas disposiciones. Que resultara a pedir de boca en la simulación con la computadora no significaba que el plan fuera perfecto. Con la mirada fija en la pantalla del radar, trataba de recordar los desplazamientos de los distintos móviles. En ese momento, un punto solitario que, con rumbo Sudoeste se dirigía al portaaviones, apareció en su pantalla. Se preguntó quién sería mientras su «Hawkeye» se preparaba para aterrizar.

El E-2C efectuó un aterrizaje perfecto, enganchó el cable y avanzó rápidamente para hacer lugar al siguiente aparato. Era un «Intruder», el mismo que había visto horas antes al abordar el «Hawkeye». El aparato personal del jefe de escuadrilla, que había volado hacia la playa. No tenía importancia. El capitán de fragata Jackson se dirigió a la oficina del comandante de la operación para presentar su informe.

El capitán de fragata Jensen carreteó hasta dejar libre la zona de aterrizaje. Las alas del «Intruder» se plegaron para ocupar menos espacio en el hangar de proa. Cuando bajó del avión junto con su B/N, los esperaba el instrumentista, que ya había retirado la videocassette. La entregó al jefe -es el título que reciben los comandantes de escuadrilla- y los condujo a un lugar seguro, fuera de la pista. Allí los esperaba el representante técnico, a quien Jensen entregó la cinta.

-Puntuación máxima, dijeron allá -comentó el piloto. Jensen no se detuvo.

El técnico llevó la videocassette a su camarote, donde la guardó en una caja metálica con candado. La selló con una cinta multicolor y le puso varios rótulos autoadhesivos con la leyenda *Top Secret.* La metió en otra más grande y la llevó a la cubierta, donde esperaba un avión de transporte. Éste partió treinta minutos después con destino a Panamá. Allí, un agente

la CIA recibió la caja para transportarla a la base aérea Andrews, desde donde la llevaría al cuartel central en Langley.

Librodot

XIX. PRECIPITACIÓN

Los servicios de Inteligencia se jactan de la rapidez con que transmiten la información desde el punto A a los puntos B, C, D y así sucesivamente. Cuando se trata de información muy delicada, u obtenida por medios clandestinos, son sumamente eficientes. Pero tratándose de las noticias, se muestran mucho más lentos que la Prensa comercial. De ahí la fascinación que siente la comunidad secreta de Estados Unidos -y la de otros países- con CNN, la red de noticias por cable de Ted Turner.

Por eso, Ryan no se sorprendió demasiado al leer que las primeras informaciones sobre la explosión al sur de Medellín provenían de la CNN y otros servicios. Era la hora del desayuno en Monza. Estaba alojado en el sector VIP norteamericano del complejo de la OTAN y tenía acceso al servicio vía satélite de la CNN. Encendió el televisor mientras bebía su primera taza de café, justo a tiempo de ver una imagen tomada evidentemente desde un helicóptero. El letrero decía *Medellín, Colombia.*

-¡Dios mío! -susurró Jack.

El helicóptero se mantenía lejos de tierra, seguramente por temor a recibir un disparo, pero la imagen era elocuente. Una enorme casa había quedado reducida a una montaña de escombros junto a un cráter en el suelo. La señal era inconfundible. Ryan pensó: *una bomba en un coche,* antes de que el locutor lo dijera. Por consiguiente, la CIA no tuvo nada que ver, pensó. Los norteamericanos no usan bombas, sino proyectiles, y apuntan derecho al blanco. La puntería de precisión es un invento estadounidense.

Sin embargo, al reflexionar sobre el incidente, se desvaneció su certeza. En primer lugar, la CIA seguramente vigilaba al Cártel, y en cuestiones de vigilancia la Agencia era muy eficiente. Segundo, si había una operación de vigilancia en marcha, él debería haberse enterado de la explosión a través de los canales de la Agencia, no de un noticiero de Televisión. Algo no encajaba bien en el cuadro.

¿Qué fue lo que Sir Basil dijo? Nuestra respuesta será apropiada. ¿Qué significa? En la década pasada, el espionaje se había vuelto un juego bastante civilizado. En la década de 1950, el derrocamiento de Gobiernos extranjeros era un medio habitual para la promoción de los intereses nacionales. El asesinato era una alternativa infrecuente, pero real, a la aplicación de medios diplomáticos más complejos. En el caso de la CIA, el fiasco de Bahía de los Cochinos y la mala Prensa generada por ciertas Operaciones en Vietnam -que en todo caso había sido una guerra, y, por lo tanto, un hecho violento por definición- habían puesto fin a esa clase de aventuras. Era extraño, pero cierto. La misma KGB rara vez realizaba «trabajos húmedos» -una expresión rusa de la década de los treinta derivada de que la sangre moja las manos-, y prefería dejarlos a sus agentes búlgaros o a grupos terroristas que realizaban esos trabajos a cambio de armas y entrenamiento. Pero también eso tendía a desaparecer. Lo paradójico era que, según Ryan, la acción violenta se necesitaba en algunos casos, sobre todo ahora que el mundo se alejaba de la guerra declarada hacia una zona gris donde predominaban el terrorismo de Estado y los conflictos de baja intensidad. Las fuerzas preparadas para realizar «operaciones especiales» constituían una alternativa real y semicivilizada a las formas de violencia organizada y destructiva asociada con las fuerzas armadas convencionales. *Si la guerra no es otra cosa que el homicidio legalizado a escala industrial, ¿no es más civilizado emplear la violencia discretamente y contra blancos precisos?*

Ése era un problema ético que debía meditarse bien durante el desayuno.

Pero lo más complejo en ese nivel *era* decidir dónde terminaba el bien y empezaba el mal. La ley, la ética y la religión aceptaban que el soldado que mataba en tiempo de guerra luchando no era un criminal. Pero con ello se daba por sentado algo que faltaba dilucidar: ¿qué es la guerra? Para las generaciones anteriores, la respuesta era sencilla. Las naciones-

Librodot

Estados reunían ejércitos y armadas, los enviaban a combatir por un problema, en general bastante estúpido -después del conflicto se descubría que sí existía una solución pacífica-, y eso era aceptable desde el punto de vista moral. Pero el propio carácter de la guerra empezaba a cambiar. ¿Quiénes decidían qué era la guerra? Las naciones-Estados. Así, ¿podía una nación-estado determinar cuáles de sus intereses vitales les interesaban y actuar en consecuencia? ¿Qué lugar ocupaba el terrorismo en esa ecuación? Años antes, después de haber sido víctima de un atentado, Ryan había llegado a la conclusión de que el terrorismo era una manifestación moderna de piratería, cuyos adeptos habían sido siempre los enemigos comunes de la humanidad. Por consiguiente, siempre había existido una situación de guerra inminente en la que se podían emplear las Fuerzas Armadas.

¿Qué decir, entonces, de los narcotraficantes internacionales? ¿Eran criminales civiles que debían ser tratados como tales? Y si subvertían una nación hasta someterla a su voluntad, ¿se convertía esa nación en enemiga común de la humanidad, como los piratas bereberes de antaño?

Joder, suspiró Ryan. No conocía la ley. Sus títulos de historiador no le servían en este caso. El único precedente era el de un poderoso Estado que había librado una «verdadera» guerra para imponer su «derecho» a vender opio a un pueblo cuyo Gobierno se opuso a ello..., pero que había perdido la guerra, y con ella el derecho de proteger a sus ciudadanos del consumo ilegal de drogas.

Era un precedente verdaderamente perturbador.

Su cultura le obligaba a buscar una justificación. Creía en el Bien y el Mal como valores diferenciados y diferenciables, pero los libros de leyes no tenían todas las respuestas: a veces debía recurrir a otras fuentes. Como padre de familia, detestaba a los narcotraficantes. ¿Qué seguridad tenía de que sus hijos nunca sentirían la tentación de probar esa porquería? ¿No tenía el deber de proteger a sus hijos? Y como miembro de las Fuerzas de Inteligencia de su país, ¿su deber no se extendía a todos los niños del país? ¿Qué sucedía si el enemigo desafiaba a su país? ¿Se modificaban las reglas? En el caso del terrorismo, ya sabía la respuesta: quien desafía a un Estado-nación, corre un grave riesgo. Los Estados-naciones, como Estados Unidos, poseen recursos inconcebibles. Tienen gente uniformada que dedica su vida a ensayar el arte de matar a sus congéneres. Practican ese arte con herramientas de aterradora eficacia. Saben introducir un proyectil en el pecho de un hombre a mil metros y arrojar una bomba teledirigida de mil kilos por la ventana de un dormitorio...

Joder.

Llamaron a la puerta. Era un ayudante de Sir Basil, quien le entregó un sobre y partió.

«Cuando vuelvas, dile a Bob que lo felicito por el buen trabajo. Bas.»

Jack introdujo la esquela en el sobre y la guardó en su bolsillo. Claro que sí. No cabía duda. Ahora correspondía determinar si estaba *bien* o *mal.* Pronto sabría que era mucho más fácil meditar sobre esas decisiones cuando las tomaban otros.

Tenían que ponerse en marcha. Ramírez asignó tareas a todo el mundo. Cuando se trabajaba mucho, se pensaba poco. Tenían que borrar todo rastro de su presencia. Debían enterrar a Rocha. En el momento oportuno, su familia, si la tenía, recibiría un ataúd metálico sellado, con setenta y cinco kilos de lastre para simular la presencia del cadáver. Chávez y Vega, encargados de cavar la tumba, abrieron una fosa estrecha de dos metros de profundidad. No les gustaba la idea de dejarlo allí. Tenían la esperanza de que alguien fuese a buscar el cadáver del camarada; pero, en el fondo, sabían que nadie se tomaría esa molestia. Aunque habían recibido su formación militar en tiempos de paz, no desconocían la muerte. Chávez recordaba a los dos chicos muertos en Corea y a otros que habían fallecido en diversos

accidentes durante las maniobras o en caídas de helicópteros. La vida del soldado es peligrosa, aunque no haya guerra. Por lo tanto, querían creer que había muerto a causa de un accidente. Pero sabían que no era así. Rocha había perdido la vida en cumplimiento del deber, al servicio del país cuyo uniforme había vestido con orgullo y voluntariamente. Conocía los riesgos, los había asumido como un hombre, y ahora yacía en suelo extranjero.

Chávez comprendía la irracionalidad de suponer que jamás sucedería algo así. La sorpresa se debía a que Rocha, como el resto del pelotón, había sido un verdadero profesional, inteligente, valiente, conocedor de sus armas, hábil para desplazarse en la selva, un soldado consciente y serio, encantado de hacer la guerra a los narcos... por motivos que jamás había revelado. Al pensarlo, se sintió mejor. Rocha había muerto cumpliendo con su deber. Era la mejor despedida que un hombre podía pretender. Cavada la fosa, metieron el cadáver en ella con mucho cuidado. El capitán Ramírez dijo unas palabras. Luego la rellenaron en parte, Olivero roció la tierra con polvo de gas lacrimógeno para evitar que los animales lo desenterraran y, después, acabaron de rellenarlo; lo cubrieron con hierba para borrar los rastros... Sin embargo, Ramírez grabó en su mente la posición del hoyo por las dudas de que alguna vez fuera posible volver a buscar a su hombre. Llegó el momento de partir.

Amanecía, pero continuaron la marcha hacia la base de alternativa, a siete kilómetros y medio del solitario puesto de centinela de Rocha. Ramírez quería darles un descanso e iniciar otra misión lo antes posible. Con el trabajo tendrían poco tiempo para pensar. Eso decían los manuales.

Un portaaviones, además de una nave de guerra, es una verdadera comunidad, una ciudad de seis mil habitantes con hospital y centro comercial, iglesia y sinagoga, Policía y videoclub; ni siquiera faltan un diario y una red de Televisión. Las jornadas de trabajo son largas, y en sus ratos de ocio los hombres disfrutan merecidamente de esos servicios. Más importante aún desde el punto de vista de la Armada, los marineros que disfrutan de esos servicios trabajan mejor.

Lo primero que Robby Jackson hizo al despertar fue darse una ducha y bajar al salón de oficiales a tomar café. Le esperaba un desayuno de trabajo con su superior, pero quería estar bien despierto. En un rincón había un televisor: los oficiales navales, como la mayoría de los norteamericanos, inician su jornada diaria con las noticias. A ese locutor no le pagaban medio millón de dólares al año ni le obligaban a maquillarse, pero sí a preparar los cables que debía leer.

«Anoche, alrededor de las nueve -a las veintiuna, hora del *Ranger*-, se produjo una explosión en la casa de un tal Esteban Untiveros. Mr. Untiveros era uno de los jefes del Cártel de Medellín. Aparentemente, uno de sus amigos no lo era tanto. Los informes indican que una bomba colocada en un automóvil destrozó su lujosa residencia, situada en la cima de una colina, y mató a todos sus ocupantes.

»En el ámbito nacional, la semana próxima comienza en Chicago la primera de las convenciones políticas nacionales. Al gobernador J. Robert Fowler, el principal postulante a la candidatura presidencial de su partido, le faltan aún cien votos para obtener la mayoría, y se reunirá hoy con representantes de...»

Jackson se volvió. A unos diez metros de él, el capitán de fragata Jensen señalaba el televisor y decía algo a uno de sus hombres, que trataba de ocultar su sonrisa de satisfacción detrás de la taza de café.

Robby escuchó un *click* en su mente.

Un ensayo de bomba.

Un representante técnico que no quería hablar de su trabajo.

Un A-6E que se dirigía a la playa ecuatoriana con rumbo uno uno cinco y volvía al *Ranger* con rumbo dos cero cinco. El otro lado de ese triángulo debía -podía- sobrevolar... Colombia.

Una explosión.

Una bomba con camisa combustible. Una bomba *inteligente* con camisa combustible, rectificó el capitán de fragata Jensen.

Bien, hijo de puta...

Era para reírse, por más de un motivo. La muerte de un narcotraficante no lo perturbaba. Al contrario, se preguntaba con frecuencia por qué no derribaban esos aviones de una vez. Tanta cháchara y politiqueo sobre las amenazas a la seguridad nacional, sobre la guerra química contra Estados Unidos... Diablos, ¿por qué no salían a cazarlos? Era más barato que una operación de entrenamiento, en la que se derribaban blancos caros. No había un solo hombre en las Fuerzas Armadas que no soñara con eliminar a unos cuantos narcos. El enemigo es el que es..., el que los altos mandos dicen que es. El oficio del capitán de fragata Robert Jefferson Jackson era combatir a los enemigos de su patria. Si los eliminaban con una bomba teledirigida y lo hacían parecer otra cosa... bueno, eso no era más que un toque artístico.

Robby creía saber lo que había sucedido. El problema de los secretos era que no se podían guardar. Tarde o temprano salían a la luz. Claro que no hablaría de ello con nadie, eso por supuesto. Y, en realidad, era una lástima no poder hacerlo.

¿Por qué tanto secreto?, se preguntó. Al matar al director del FBI, los narcos habían declarado la guerra. ¿Por qué no decir públicamente: *¡Cuidado, vamos a por vosotros!?* Además, era un año electoral. ¿Alguna vez el pueblo le había restado su apoyo al Presidente cuando éste declaró la necesidad de recurrir a la fuerza?

Pero Jackson no era político. Era hora de presentarse al jefe. Dos minutos después, llegó al camarote. Cuando el centinela le abrió la puerta, Robby lo halló leyendo unos mensajes.

-¡Cuide su uniforme! -dijo el superior, muy severo.

-Qué... ¿Cómo dice, señor? -Bajó la vista para ver si tenía la bragueta correctamente cerrada.

-Vea. -El comandante del *Ranger* se levantó y le tendió uno de los mensajes-. Te han ascendido, Robby... perdón, capitán Jackson. Felicitaciones, Rob. Esto es mejor despertador que una taza de café, ¿no?

-Gracias, señor.

-Bueno, veamos cómo mejoramos esas tácticas de combate que has inventado...

-Sí, señor.

-Llámame Ritchie.

-De acuerdo, Ritchie.

-Claro que en el puente y en público todavía deberás tratarme de señor -puntualizó el capitán. Siempre les bajaban los humos a los oficiales recientemente ascendidos. También les obligaban a pagar los brindis.

Las cámaras de los noticieros llegaron por la mañana temprano. Tuvieron dificultades para acercarse a la casa de Untiveros. La Policía estaba ya en el lugar y a ninguno de los periodistas o camarógrafos se le ocurrió preguntar si eran de los «sumisos». Vestían uniforme, portaban armas y actuaban como policías de verdad. La verdadera búsqueda de sobrevivientes ya había concluido, bajo la supervisión de Cortez; ya se habían llevado los dos cadáveres, los supervivientes y casi todas las armas. Los guardias de seguridad eran cosa habitual en

Colombia, no así las armas automáticas y las ametralladoras pesadas. Desde luego que Cortez partió mucho antes de que las cámaras arribaran, y cuando comenzaron a filmar, la Policía había iniciado ya su trabajo. Algunos equipos contaban con enlace vía satélite, aunque uno de los pesados estudios móviles no había logrado subir la cuesta.

La parte más sencilla de la búsqueda, registrada con todo detalle por las cámaras, comenzó en lo que había sido la sala de reuniones, reducida a una montaña de un metro de escombros. La parte más grande hallada de un miembro del Comité de Producción (título no revelado a los noticieros) fue un trozo intacto de pierna, desde la rodilla hasta el pie, calzado aún con el zapato. Más tarde se determinó que era un «resto» de Carlos Wagner. En el momento de la explosión, la esposa y los dos hijos de Untiveros miraban una película en la planta superior de la casa. Hallaron el vídeo todavía encendido y funcionando junto a los cadáveres. Una cámara siguió al hombre -un guardia de seguridad sin su AK-47- que llevó el cuerpo inerte y ensangrentado de un niño a la ambulancia que esperaba afuera.

-Dios mío -dijo el Presidente al ver la escena en uno de los televisores del Despacho Oval-. Si se llega a descubrir...

-Señor Presidente, no es la primera vez que nos enfrentamos a una situación como ésta -replicó Cutter-. Recuerde el bombardeo de Libia ordenado por Reagan, las incursiones sobre el Líbano y...

-¡Y siempre nos trataron como basura! A nadie le importa por qué lo hicimos, sólo que matamos a gente inocente. ¡Por Dios, Jim, ése era un niño! ¿Qué se supone que vamos a decir? «Ay, cuánto lo lamentamos, pero él estaba donde no debía.»

«Se presume -decía en ese instante el comentarista de Televisión- que el propietario de la casa era miembro del Cártel de Medellín, pero fuentes policiales aseguran que jamás se le acusó de ningún crimen y... -Hizo una pausa frente a la cámara-. Bien, acaban de ver lo que la explosión hizo a su esposa y a sus hijos.»

-Pues qué bien -gruñó el Presidente, y apagó el televisor-. Esos hijos de puta hacen lo que les da la gana con nuestros chicos, pero cuando los atacamos en su propio terreno, resulta que las víctimas son ellos. ¿Habló Moore con el Congreso?

-No, señor Presidente. La CIA está obligada a informar cuarenta y ocho horas después del comienzo de la operación. A fines administrativos, ésta empezó ayer por la tarde.

-Que no se comente nada. Si les informamos, seguro que se filtra. Adviértaselo a Moore y Ritter.

-Señor Presidente, yo no puedo...

-¡Al diablo con eso! Por si no lo ha observado, acabo de darle una orden, señor. -El Presidente le dio la espalda y se acercó al ventanal-. Se suponía que estas cosas no iban a suceder -murmuró.

Desde luego, Cutter lo comprendía perfectamente. Al cabo de pocos días, comenzaría la convención del partido de la oposición. Su candidato, Bob Fowler, gobernador de Missouri, llevaba ventaja en los sondeos de opinión. Eso era de esperar. El jefe del Estado no había enfrentado una verdadera oposición dentro de su partido, la nominación estaba predeterminada; en cambio, Fowler había peleado con uñas y dientes y todavía le faltaban algunos votos para alcanzar la mayoría absoluta. Los votantes se sentían atraídos por los candidatos dinámicos, y aunque Fowler era tan animoso como un trapo de cocina, la elección interna había despertado interés. Como todos los candidatos a partir de Nixon y de la primera guerra contra la droga, había acusado al Presidente de incumplir sus promesas de disminuir el narcotráfico. Lo mismo había hecho el Presidente, cuatro años antes, para acceder a la Casa Blanca. Sólo que él había ensayado una medida drástica. Y como resultado de su decisión, el Gobierno de los Estados Unidos de América había empleado sus armas más modernas para

Librodot

asesinar a un par de chicos y a la madre de éstos. Fowler no dejaría de emplear ese argumento en la campaña electoral.

-Señor Presidente, sería imprudente cancelar ahora las operaciones que están en marcha. Si de veras quiere vengar al director Jacobs y a los demás, y atacar el narcotráfico, no puede detenerse ahora, que vamos a cosechar los primeros frutos. La entrada de drogas al país ha disminuido en un veinte por ciento -dijo Cutter con énfasis-. Si lo sumamos al desbaratamiento de la operación «blanqueo de dinero», podemos decir que hemos logrado una victoria importante.

-¿Y la bomba?

-He estado pensando en eso, señor, y se me ocurre lo siguiente: decimos que no tenemos constancia de ello, pero que se nos ocurren dos hipótesis. Una, que el atentado lo perpetró el M-19, que últimamente ha estado criticando a los señores de la droga. La otra, que es el resultado de disputas internas del Cártel.

-A ver, explíquese mejor -dijo sin volverse. Era una mala señal que *Vaquero* no le mirara a uno a los ojos. Realmente estaba muy preocupado. La política era un juego fastidioso, pero el más apasionante de todos.

-El asesinato de Jacobs y los demás fue un acto irresponsable. Todos lo saben. Bueno, dejamos trascender que un sector del Cártel castiga a los que han tomado una medida drástica que pone en peligro toda la operación. -Cutter estaba encantado con ese argumento. Pertenecía a Ritter, pero el Presidente lo ignoraba-. Sabemos que los narcos no se detienen ante la muerte de los familiares...; al contrario, es una característica suya. Así explicamos qué hacen «ellos». En otras palabras, cosechamos todos los pros y ninguno de los contras -dijo en conclusión, con una sonrisa a la espalda del Presidente.

Éste se volvió para mirarlo. Con escepticismo, pero...

-¿De veras piensa que lo creerán?

-Sí, señor. Además, nos permite realizar por lo menos un ataque más dentro de la Operación RECIPROCIDAD.

-Tengo que demostrar que no estamos cruzados de brazos -murmuró el Presidente-. Bueno, ¿qué pasa con los soldados destacados en el monte?

-Eliminaron cinco centros de procesamiento. Sufrimos dos bajas y dos heridos, pero leves. Es el costo inevitable, señor. Son soldados profesionales, conocen los riesgos y los asumen voluntariamente. Por ese lado no hay problema. Pronto se va a correr la voz de que los campesinos locales no deben trabajar para los narcos, y eso significará un golpe duro. Su efecto no va a ser prolongado, a lo sumo durará unos meses, pero sí se hará sentir. Usted podrá hablar de ello, y mencionar también el aumento del precio de la cocaína en la calle. Esa es la medida del éxito o del fracaso de las operaciones. Esa noticia aparecerá en los diarios sin necesidad de que la anunciemos.

-Bueno, tanto mejor. -El Presidente sonrió por primera vez-. Pero tengamos más cuidado.

-Por supuesto, señor Presidente.

La 7.ª División iniciaba sus actividades a las 6:15. Ésa era una de las causas de las austeras virtudes de la unidad. A los soldados, sobre todo a los jóvenes, les gusta la bebida tanto como a cualquier otro sector de la sociedad estadounidense, pero el ejercicio físico bajo los efectos de una mona se parece bastante a una agonía lenta. Era un día caluroso en Fort Ord, y a las siete, al cabo de los habituales cinco kilómetros de trote, todo el mundo transpiraba profusamente. Era la hora del desayuno.

Librodot

Los oficiales se sentaban a la misma mesa, y el tema de conversación esa mañana era el mismo de todas las mesas del país.

-Joder, ya era hora -exclamó un capitán.

-Dicen que fue una bomba -señaló otro.

-La CIA sabe hacer esas cosas, después de la experiencia en el Líbano y otras partes -terció un segundo jefe de compañía.

-No es tan fácil -dijo el jefe de Inteligencia del batallón. Había comandado una compañía de *rangers y* sabía bastante sobre bombas y trampas cazabobos-. El que lo hizo, sabe lo que se lleva entre manos.

-Lástima que no nos manden allá -dijo un teniente, y los demás oficiales subalternos asintieron. Los superiores callaban. Era un tema de discusión entre los oficiales desde hacía años. El despliegue de unidades para la guerra -de eso se trataba- no se debía tomar a la ligera, aunque existía consenso general en que era posible... si los Gobiernos locales estaban de acuerdo. Desde luego, no lo estaban. Eso, pensaban los oficiales, era comprensible, pero lamentable. Era imposible exagerar cuánto detestaba el Ejército las drogas. Los oficiales jefes de batallón, de mayor para arriba, recordaban los problemas de la década de los años setenta, cuando el Ejército era tan permeable a las drogas como sus críticos decían y los oficiales no podían concurrir a ciertos lugares sin una escolta armada. La derrota de ese enemigo había requerido años de esfuerzo. Aun en la actualidad, todos los integrantes de las Fuerzas Armadas podían ser sometidos a análisis. Para los suboficiales superiores y los oficiales no había perdón: bastaba un resultado positivo para que fueran dados de baja. De sargento para abajo, había un poco de margen: a la primera prueba positiva, arresto y reprimenda; a la segunda, la baja. La divisa oficial era clara y sencilla: ¡EN MI EJÉRCITO, NO! Pero el problema tenía otra cara. La mayoría de esos hombres eran casados, tenían hijos, clientes potenciales de un vendedor local. Se aceptaba que la vida del vendedor que se acercara con su podrida mercancía al hijo de un militar corría peligro. Eso rara vez sucedía, porque, para el soldado, la disciplina está ante todo, pero el deseo existía. Y también la capacidad.

De vez en cuando, un vendedor desaparecía y entonces se atribuía el hecho a un ajuste de cuentas entre narcos. Muchos de esos asesinatos jamás se resolvían.

Conque ahí es donde fue a parar Chávez, pensó Tim Jackson. Había demasiadas coincidencias. Chávez, Muñoz, León. Todos hispanos, todos transferidos el mismo día. Llevaban a cabo una operación clandestina a petición de la CIA; tal vez incluso peligrosa, pero eran soldados, y conocían los riesgos. Más sereno ahora que «sabía» lo que no debía saber: Chávez estaba haciendo lo que tenía que hacer. No necesitaba preocuparse por él. Chávez era un soldado de primera, nadie mejor que él para realizar ese trabajo.

Aburridos, los periodistas de la Televisión partieron para redactar sus notas y grabarlas. Cortez regresó al lugar cuando advirtió que el último vehículo partía por el camino a Medellín. Esta vez viajaba en jeep. Estaba cansado y molesto, pero la curiosidad podía más. Había sucedido algo muy extraño, que no sabía de qué se trataba, y no se daría por satisfecho hasta esclarecerlo. Los dos supervivientes de la casa estaban en Medellín, al cuidado de un médico de confianza. Cortez iba a interrogarlos, pero lo aguardaba una tarea más en la casa. El contingente policial estaba al mando de un capitán que años atrás había llegado a un acuerdo con el Cártel. Félix estaba seguro de que no lloraría la muerte de Untiveros y los demás, pero eso no tenía la menor importancia. El cubano estacionó su jeep y se acercó al jefe de Policía, al que acompañaban dos hombres.

-Buenos días, *capitán*[39], ¿Ya determinó qué clase de bomba utilizaron?

-Sí, fue colocada en un coche -respondió el policía, muy serio.

-Ajá, tal como sospechábamos -dijo Cortez en igual tono-. ¿Y el explosivo?

-No tengo la menor idea -repuso el oficial, encogiéndose de hombros.

-Tal vez lo descubra en la rutina de la investigación -sugirió Félix.

-Claro que sí. Puedo hacerlo.

-Gracias. -Volvió al jeep y se dirigió hacia el Norte. Una bomba de fabricación local utilizaría dinamita, que era abundante y fácil de obtener en las empresas mineras, o un explosivo plástico o quizás un producto fabricado a partir de fertilizante nitrogenado. En cambio, si fuera el M-19, era más lógico suponer que usarían Semtex, un tipo de RDX fabricado en Alemania Oriental, empleado por los terroristas marxistas de todo el mundo debido a su alta potencia y su bajo precio. La determinación del tipo de explosivo era siempre una pista valiosa. Cortez sonrió al pensar que se la brindaría nada menos que la Policía.

No era el único motivo de su sonrisa. La muerte de cuatro jefes del Cártel lo afectaba tanto como al policía: eran empresarios, individuos por los cuales Cortez no sentía gran respeto. Aceptaba su dinero y nada más. El autor del atentado era un profesional de muy alto nivel. Por consiguiente, no podía ser la CIA, que no se dedicaba a matar gente. Cortez no se sentía demasiado afligido por haber estado tan cerca de la muerte, Era especialista en operaciones clandestinas y conocía los riesgos. Además, si el blanco principal de un plan tan elegante hubiera sido él, lógicamente, no habría vivido para analizarlo. Sea como fuere, la muerte de Untiveros, Fernández, Wagner y D'Alejandro significaba la aparición de cuatro vacantes en la cúpula del Cártel, así como la eliminación de cuatro poderosos obstáculos en su camino, si... Sí, pensó. ¿Por qué no? Por lo menos, tendría un lugar en la mesa. Tal vez algo más. Pero antes, había una tarea que realizar, un «crimen» que resolver.

Cuando llegó a Medellín, los dos supervivientes de la casa habían recibido los primeros auxilios y estaban en condiciones de ser interrogados, junto con seis sirvientes del apartamento que el jefe muerto poseía en Medellín. Los habían conducido a un cuarto a prueba de balas y de ruido en el piso superior de un edificio muy alto. Cortez halló a los ocho sirvientes de confianza, sentados en sillas de respaldo alto, con las manos esposadas.

-Ustedes estaban enterados de la reunión de anoche -dijo en tono amable.

Todos asintieron. Untiveros era un bocazas, y los sirvientes estaban siempre a la escucha.

-Perfecto. Ahora quiero saber quién de ustedes habló sobre ello y a quién se lo dijo -prosiguió sin abandonar su tono amable y sereno-. Les aseguro que nadie saldrá de aquí hasta que me den una respuesta satisfactoria.

Se alzó un coro de protestas, como era de esperar. Cortez estaba seguro de que muchas de ellas eran sinceras.

Tanto peor.

Miró al jefe de los guardianes y señaló la silla del extremo izquierdo.

-Empezaremos con ella.

El gobernador Fowler salió de la *suite* del hotel con la seguridad de que acababa de lograr el objetivo al que había dedicado los tres últimos años. *Casi* seguro, rectificó para sus adentros: en política no había certezas. Pero un legislador de Kentucky que había realizado

[39] Español en el original.

una campaña excelente para sorpresa de los observadores, acababa de trocar los votos de sus delegados por un puesto en el gabinete, lo cual le daba a Fowler un margen de seguridad de cien votos por encima de la mayoría requerida. Claro que no podía decirlo públicamente. El anuncio lo haría el hombre de Kentucky en la segunda jornada de la convención: así tendría la oportunidad de hacer su última aparición ante el público... y ante las cámaras. Personas de los dos bandos dejarían trascender la noticia, pero él se enfrentaría a la Prensa con su célebre sonrisa ingenua y les diría que especularan cuanto quisieran: él sabía la verdad. La política es tan condenadamente hipócrita, pensó Fowler. En lo personal era un hombre sincero, pero no tanto como para violar las reglas del juego.

En obediencia a esas reglas, habló ante las cámaras de Televisión durante seis minutos; o sea, no había dicho nada. El gobernador y el congresista habían mantenido una «discusión interesante» sobre «los grandes problemas a los que se enfrenta el país». Coincidían en su «deseo de que surgieran nuevos líderes» en un país que -estaban convencidos de ello, pero no podían decirlo- seguiría siendo próspero ganara quien ganase las elecciones, porque las mezquinas diferencias entre partidos y banderías se desdibujaban en el edificio del Capitolio, y porque los partidos estaban tan desorganizados que últimamente las campañas presidenciales eran poco más que concursos de belleza. Quizá fuese mejor así, pensó Fowler, aunque le desagradaba la idea de que el poder que tanto anhelaba fuera una ilusión. Era el momento de las preguntas.

La primera lo sorprendió. Cegado por las luces -muchos meses después de la campaña se preguntaba si podría recuperar la visión perdida-, Fowler no vio al que la formuló, pero creyó reconocer al periodista de uno de los grandes diarios.

-Gobernador, noticias provenientes de Colombia dicen que una bomba destruyó la casa de un alto jefe del Cártel de Medellín matándole a él y a su familia. ¿Le parece que existe alguna relación con los asesinatos recientes del director del FBI y de nuestro embajador en Colombia?

-Por desgracia, no pude leer los diarios esta mañana debido a mi desayuno con el congresista. ¿Qué sugiere usted? -Su postura había variado: no era la del candidato optimista, sino la del estadista prudente... o lo que diablos fuera, pensó. Antes le parecía tan claro.

-Se especula que nuestro Gobierno pudo tener algo que ver con ese atentado.

-Ah, ¿sí? Bueno, ustedes saben que disiento del señor Presidente en una serie de cuestiones, varias de ellas muy graves, pero no recuerdo Gobierno nuestro alguno que haya cometido asesinatos a sangre fría, y, de ninguna manera, formularé semejante acusación -dijo con voz de estadista.

Su intención era dar una respuesta que, en realidad, no fuese tal -se esperaba de los estadistas que respondieran con lugares comunes- y por otra parte había realizado una campaña de buen nivel. Incluso sus enemigos más enconados -y tenía varios en su partido, por no mencionar los de la oposición- reconocían que era un hombre íntegro y responsable, que prefería los argumentos a los insultos, como se reflejaba ahora en su declaración. Pero sin saberlo ni desearlo, acababa de tender una trampa a su oponente, que afectaría de manera decisiva la política de su Gobierno.

El Presidente había planificado el viaje con mucha anticipación. La cortesía y el uso exigía que el jefe del Ejecutivo mantuviese una actitud discreta para pasar desapercibido durante el congreso del partido de oposición. Se trabajaba bien en Camp David, incluso mejor que en la Casa Blanca, siempre rodeada por los periodistas. Pero no podía evitar todo contacto con ellos. Cuando el helicóptero VH-3 de la Armada se posó en el jardín, el Presidente salió acompañado por la Primera Dama y dos funcionarios. Allí estaba la falange de periodistas con sus cámaras y grabadoras. Se preguntó si los rusos sabrían lo que les aguardaba después de la *glasnost.*

Librodot

-*¡Señor Presidente!* -El que lo llamaba era un conocido periodista de la Televisión-. *¡El gobernador Fowler dice que espera que no tuviéramos nada que ver con el atentado en Colombia! ¿Quiere hacer algún comentario al respecto?*

Sabía que cometía un error al responder, pero se sentía atraído hacia los periodistas como un salmón por el mar. No podía dejar de responder. Era imposible ocultar que había escuchado la pregunta, y la falta de respuesta era una suerte de respuesta en sí misma. *El Presidente evitó responder si...* No podía abandonar la capital, pasar una semana en semirretiro, con la oposición en el centro de la escena y esa pregunta flotando en el ambiente.

-Los Estados Unidos -dijo el Presidente- no matan a mujeres y niños inocentes. Los Estados Unidos combaten contra quienes lo hacen. No descendemos al nivel de esas bestias. ¿Está claro?

Lo dijo con voz serena y tono mesurado, pero con una mirada que hizo bajar la suya al periodista. A veces era bueno poner a uno de esos hijos de puta en su lugar, pensó.

Era la segunda gran mentira política de una jornada pobre en noticias. El gobernador Fowler recordaba que John y Robert Kennedy habían conspirado para matar a Fidel Castro y otros con una especie de alegría elitista propia de las novelas de Ian Fleming[40], pero habían aprendido, muy a su pesar, que el asesinato era un asunto sucio. Sobre todo, porque no se podía evitar la muerte de inocentes. El Presidente en ejercicio conocía el término «daños colaterales». No le gustaba, pero se refería a un acto necesario e imposible de explicar a quienes desconocían el mundo real. Terroristas, criminales y cobardes de todo tipo -casi todos los tipos brutales lo son- se ocultaban detrás de los inocentes para desafiar a los poderosos. Utilizaban como arma el altruismo de sus propios enemigos. *No podéis alcanzarnos. Nosotros somos los «malos». Vosotros sois los «buenos». No podéis atacarnos sin que eso afecte luego a vuestra imagen.* Era la característica más odiosa de esos tipos repugnantes, y, a veces -no siempre, pero a veces-, había que demostrarles que eso no funcionaba. Pero eso era muy desagradable, como un accidente automovilístico internacional.

¿Cómo mierda se lo explico a mis conciudadanos? Y, para colmo, en un año de elecciones. Vote al Presidente que mató a una esposa, dos hijos y varios sirvientes para proteger de las drogas a los chicos norteamericanos... ¿Sabía el gobernador Fowler lo ilusorio que era el poder presidencial... y el estruendo que se producía cuando dos principios chocaban entre sí? Un ruido más fuerte que el de los mismos periodistas, pensó. Meneó la cabeza al dirigirse al helicóptero. El sargento de *marines* que aguardaba al pie de la escalerilla le hizo la venia. El Presidente respondió de igual modo: era una traición, a pesar de que ningún militar en activo había ocupado la presidencia de Estados Unidos. Se ajustó el cinturón de seguridad y contempló a la multitud. Las cámaras registraban su partida. Esa escena no aparecería en los informativos, pero las cámaras seguían enfocadas en el helicóptero, por si explotaba o caía en picado a tierra.

La Policía de Mobile recibió la noticia con cierta demora. El papeleo era tarea del escribiente del tribunal, que es el hueco por donde suele filtrarse la información. El escribiente estaba indignado. Llevaba muchos procesos presenciados. Pasada la cincuentena, había educado a sus hijos y los había defendido con éxito del flagelo de la droga. Pero no todos los padres de familia de su vecindario podían decir lo mismo. El hijo menor de su vecino más próximo se había fumado una pipa de *crack,* y, a continuación, había estrellado su coche a ciento veinte kilómetros por hora contra el pilar de un puente. El escribiente lo había visto crecer, ir al colegio con sus propios hijos, le había pagado por cortarle el césped. Sellaron el ataúd para realizar el funeral en la iglesia bautista de Cypress Hill y se decía que la madre seguía tomando sedantes, después de haber identificado los restos de su hijo. El pastor

[40] Autor del personaje James Bond, agente 007.

habló del flagelo de la droga como si hablara de la pasión de Cristo. Era un buen sacerdote, un excelente orador, conforme a la tradición bautista del Sur, y al orar en voz alta por el alma del muchacho había inflamado la furia de sus feligreses...

El escribiente estaba atónito. Davidoff era un fiscal extraordinario. Judío o no, era un elegido de Dios, un verdadero héroe en una profesión dominada por los charlatanes. Era increíble, por cierto. *¡Esos dos criminales, escoria de la humanidad, iban a salir en libertad!* ¡Eso estaba *mal*!

El escribiente no solía frecuentar los bares. Como bautista acérrimo, jamás bebía alcohol. Una sola vez, en su juventud, había tomado una cerveza en respuesta a un desafío, y aún hoy sentía remordimientos. Ése era uno de los rasgos de estrechez mental de ese ciudadano íntegro. El otro era su fe en la Justicia. Creía en ella como en Dios, a pesar de sus treinta años en los tribunales federales. Según él, la Justicia, como la ley, provenía de Dios, no del hombre. ¿Acaso las leyes occidentales no se basaban, de alguna manera, en las Sagradas Escrituras? Veneraba la Constitución por considerarla un documento de inspiración divina: Dios quería que el hombre viviera en libertad, para conocerlo y servirlo a Él, no como esclavo sino con pleno derecho a optar por el Bien. El problema era que el Bien no triunfaba siempre. Con los años, se había resignado a ello. Con todo, sabía que Dios era el último juez y que al fin imponía Su Justicia. Pero, en ocasiones, la Justicia de Dios necesitaba una mano, y se sabía que el Señor elegía Sus Instrumentos por medio de la Fe. Así sucedió esa tarde bochornosa de verano en Alabama. El escribiente tenía su Fe, y Dios tenía Su Instrumento.

Sentado a la mesa de un bar a media manzana del Departamento de Policía, el escribiente bebía una gaseosa para no llamar la atención. La Policía lo conocía bien. Asistía a los entierros de los agentes y presidía un comité que se ocupaba de las familias de policías y bomberos muertos en cumplimiento del deber. Jamás pedía nada a cambio. Ni siquiera que le pasaran por alto una infracción de tráfico; la verdad era que jamás había cometido falta alguna, pero a nadie se le había ocurrido investigar.

-Hola, Bill -saludó a un oficial de Homicidios.

-¿Cómo están las cosas en los tribunales federales? -preguntó el teniente de detectives. Consideraba al escribiente un tipo raro, pero no mucho. Además, trataba de ayudar a la Policía, razón suficiente para estimarlo.

-Me he enterado de algo que ustedes deberían saber.

-Ah, ¿sí? -El teniente dejó su jarra de cerveza. También él era bautista, pero sin exagerar. En eso, y en los remordimientos que solía sentir, era como la mayoría de los policías de Alabama.

-Van a rebajar los cargos contra los piratas.

-¿Cómo? -El teniente no se ocupaba de ese caso, pero para él era un símbolo de todo lo que andaba mal en el mundo. Y los piratas estaban en la misma cárcel que sus presos.

El escribiente le contó lo que sabía, que no era mucho. Algo estaba mal en el caso. Había surgido un tecnicismo, el juez no era claro en sus explicaciones. Davidoff estaba furioso, pero no podía hacer nada. Coincidieron en que era una pena, porque Davidoff era uno de los Buenos Chicos. Entonces el escribiente le soltó la mentira. No le gustaba mentir, pero a veces había que hacerlo en aras de la Justicia. Eso lo había aprendido en los tribunales federales. Era la puesta en práctica de lo que el pastor decía: «Dios se mueve por caminos misteriosos, para hacer sus milagros».

En realidad, sólo era una mentira a medias.

Librodot

-Los tipos que mataron al sargento Braden tenían que ver con los piratas. El FBI piensa que los piratas pidieron su muerte... y la de su esposa.

-¿Está seguro de eso? -preguntó el policía.

-Más seguro, imposible. -El escribiente vació su vaso y se levantó.

-Está bien -dijo el detective-. Gracias. Si nos preguntan, diremos que nos enteramos por otra fuente. Y ya que estamos, tenemos que agradecerle que se haya ocupado de los chicos Braden.

El escribiente se sintió incómodo. Cuando se ocupaba de las familias de policías y bomberos, era para cumplir con un Deber. El Premio se lo daría Aquel que le asignaba ese Deber.

El escribiente se despidió y el policía se reunió con sus compañeros en otra mesa. Coincidieron en que no podían permitirlo. Cualesquiera que fuera la jurisdicción, los piratas habían cometido violaciones reiteradas y homicidio, y además parecían estar vinculados con otro doble crimen que afectaba de manera directa a la Policía de Mobile. Ya se había corrido la voz: las vidas de los narcos corrían peligro. Ahora había que enviar otro mensaje. La ventaja que tienen los oficiales de Policía sobre los altos funcionarios del Gobierno es que hablan en un idioma que los criminales comprenden muy bien.

La cuestión era determinar quién enviaría el mensaje.

-¿Podrían ser los hermanos Patterson? -sugirió el teniente.

-Ah -dijo el capitán. Lo pensó un instante y añadió-: Puede ser.

Era una decisión mucho más sencilla de tomar que las graves resoluciones que los Gobiernos adoptan. Y mucho más fácil de ejecutar.

Los dos campesinos llegaron a Medellín alrededor del atardecer. Para entonces, Cortez se sentía totalmente frustrado. Ocho cadáveres -no era difícil deshacerse de ellos en Medellín- para nada. Ahora estaba seguro. Tanto como seis horas antes lo había estado de lo contrario. Entonces, ¿por dónde se filtraba la información? Tres mujeres y cinco hombres habían demostrado con sus vidas que ellos no tenían nada que ver. A los dos últimos los habían matado con sendos disparos a la cabeza: habían quedado catatónicos al ver morir a los seis primeros en forma muy poca piadosa. La habitación era una inmundicia y Cortez se sentía manchado, Tanto esfuerzo para nada. Matar sin motivo. Más que furia, sentía vergüenza.

Recibió a los campesinos en otro salón, después de asearse y mudarse de ropa. Estaban asustados; pero, para su sorpresa, la causa de su miedo no era él. En pocos minutos descubrió el motivo. Permitió que le contaran todo a su manera, rápida e inconexa, con algunas contradicciones -lo cual era de esperar-, pero memorizó los detalles y luego pasó a las preguntas concretas.

-No eran fusiles AK-47 -dijo uno de ellos con convicción-. Conozco el ruido. Era otra arma.

Su compañero se encogió de hombros; no sabía distinguir un arma de otra.

-¿Vieron a alguien?

-No, señor. Escapamos al escuchar los ruidos y los gritos.

Muy sensato de su parte.

-Entonces, hubo gritos. ¿En qué idioma?

-En el nuestro, señor. Escuchamos que nos perseguían, y corrimos. No pudieron atraparnos. El monte no tiene secretos para nosotros -dijo el conocedor de armas.

-¿Qué otra cosa vieron o escucharon?

-Disparos, explosiones, luces..., fogonazos de los fusiles, nada más.

-El lugar donde sucedió... ¿cuántas veces habían ido allá?

-Muchas veces, señor. Allí es donde preparamos la pasta.

-Muchas veces -confirmó el otro-. Durante más de un año.

-No dirán una sola palabra a nadie de que han venido aquí, ni sobre lo que vieron -les dijo Félix.

-Pero las familias de...

-Ni una palabra -repitió Cortez sin alzar la voz. Los dos advirtieron el peligro-. Ustedes recibirán una compensación por lo que me han contado, y las familias de los otros serán indemnizadas.

Cortez se consideraba un hombre justo. Esos dos montañeses habían demostrado lealtad, y recibirían el premio correspondiente. Seguía sin averiguar dónde estaba la filtración, pero si pudiera atrapar a uno de los... ¿qué?, ¿del M-19? Algo le decía que esa banda no tenía nada que ver en el asunto.

Entonces, ¿quién?

¿Los norteamericanos?

En todo caso, la muerte de Rocha había servido para afirmarlos en su convicción. Para el capitán Ramírez había sido un golpe duro, pero eso era de esperar por tratarse de un buen oficial. Se habían instalado a tres kilómetros de una de las muchas plantaciones de café de la zona y a la misma distancia, aunque en otra dirección, del centro de preprocesamiento de la «coca». Cumplían su rutina diurna normal. La mitad de los hombres dormía, la otra mitad montaba guardia.

Ramírez meditaba, apartado de los demás. Su raciocinio le decía que la muerte de un hombre era parte del costo de la misión. Pero el sentimiento y la razón no van de la mano. También es verdad, aunque Ramírez no pensaba en ello, que no hay manera de saber *a priori* si un oficial es apto o no para encabezar una misión de combate. Ramírez había cometido el típico error de los combatientes: había intimado con sus hombres, no concebía que fueran piezas desechables. No era cuestión de valentía. Él la tenía de sobra, arriesgaba su vida como cualquiera. Pero no lograba aceptar que al arriesgar la vida de sus hombres -algo que formaba parte del trabajo- era inevitable que algunos murieran. Lo había olvidado. Como jefe de compañía había dirigido innumerables ejercicios, entrenado mucho a sus hombres; enseñado a trabajar, y fustigado duramente cuando los «mataban». Pero la muerte de Rocha no era simulada. Y Rocha no había sido un bisoño, sino un buen profesional. *Por consiguiente, no he sabido proteger a mis hombres,* pensó Ramírez, aunque no era así. Si los hubiera desplegado mejor, si hubiera prestado más atención, si, si, si. El joven capitán trató de pensar en otra cosa, pero fue incapaz de conseguirlo. Claro que tampoco podía abandonar la partida. Así que tendría más cuidado la próxima vez.

Las videocasetes llegaron después del mediodía. Sin que nadie lo supiera, el COD del *Ranger* estaba sincronizado con un correo desde Bogotá. Larson se había ocupado de ello, había llevado la videocasete del ILT a El Dorado para entregarla a otro oficial de la CIA. Este

funcionario juntó las dos casetes en su bolsa, abordó un C-5A de la Fuerza Aérea y aprovechó el vuelo a Washington para dormir un par de horas, tendido en un catre atrás, a la derecha del aparato, junto a la cabina. El avión aterrizó en Andrews; el correo bajó por la escalerilla de carga directamente al subsuelo del gran hangar, donde un coche lo aguardaba para llevarlo rápidamente al cuartel general en Langley.

En la oficina de Ritter había dos televisiones con sus correspondientes vídeos. Se encerró a solas y manipuló las cintas hasta sincronizarlas. La imágenes tomadas desde el avión no eran muy buenas. Se veía la luz del láser, la silueta de la casa y nada más, hasta el momento de la explosión. La de Clark era mucho mejor. Se veía la casa con las ventanas iluminadas, verdaderos fogonazos en el cuadro de luz intensificada, y los centinelas que deambulaban de aquí para allá, los fumadores parecían luciérnagas, el resplandor de las brasas iluminaba sus rostros. Luego, la bomba. Como en una película de Hitchcock, pensó Ritter, él sabía lo que sucedía, los personajes, no. Caminaban de aquí para allá, inconscientes del papel que les habían asignado en un drama escrito en la oficina del subdirector a cargo de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia. Pero...

Qué extraño,.., pensó Ritter. Hizo retroceder la cinta. Segundos antes de la explosión, aparecía un coche frente al portón. «¿Quién eres tú?», preguntó a la pantalla. Avanzó la cinta hasta después de la explosión. El automóvil -un «BMW»- había sido volcado por la onda expansiva; pero, segundos después, el conductor salía de él con una pistola en la mano.

«Cortez...» Congeló el cuadro. La imagen no era nítida. Se trataba de un hombre de estatura mediana. Mientras todos los supervivientes corrían enloquecidos entre los escombros, el hombre permanecía unos instantes en su sitio, luego se lavaba el rostro en la fuente -¡qué extraño verla intacta entre las ruinas!-, y se dirigía al lugar de la explosión. No podía ser un simple lacayo de un jefe del Cártel.

Los otros hurgaban entre los escombros, pero él trataba de deducir qué había sucedido. Justo antes de que la cinta se convirtiera en puro ruido, apareció la imagen más nítida de Cortez. Miraba a su alrededor, pensaba, trataba de hallar explicaciones..., un verdadero profesional.

Joder, qué cerca estuvo -suspiró Ritter-. *Un minuto más y hubieras estacionado tu coche junto a los demás. ¡Un minuto más, maldito seas!* Guardó las cintas en su caja de seguridad, junto con todo el material de las operaciones OJO DE ÁGUILA, SHOWBOAT y RECIPROCIDAD. *La próxima vez,* prometió a la caja. Entonces se puso a pensar. ¿Qué tenía que ver Cortez con el asesinato?

-¡Por Dios! -exclamó en voz alta. Había dado por sentado... ¿Pero qué sentido tenía montar el atentado y luego viajar a Estados Unidos? La secretaria había declarado que él no había tratado de sonsacarle gran cosa. Pasaron el típico fin de semana de dos amantes que quieren alejarse del mundanal ruido. Era el esquema clásico. Primero, la seducción. Segundo, determinar si ella (o él; los Servicios de Inteligencia occidentales usaban mujeres para seducir a hombres, al revés de los orientales) poseía información. Tercero, consolidar la relación... y, entonces, usarla. Si Ritter entendía el significado de las pruebas, Cortez no había llegado a esta etapa.

Entonces, Cortez no tuvo nada que ver. Había enviado la información a medida que la recibía, sin saber que el FBI había desbaratado la operación de blanqueo de dinero del Cártel. No se encontraba presente cuando alguien tomó la decisión de eliminar al Director. Si hubiera estado allí, se hubiese pronunciado en contra del atentado. ¿Para qué echar a perder una buena fuente de información? Eso no era profesional.

Librodot

Félix, ¿qué piensas de todo esto? Ritter hubiera pagado un alto precio por poder hacerle esa pregunta, aunque sabía la respuesta. No era raro que los oficiales de Inteligencia fueran traicionados por sus jefes políticos. No sería la primera vez, pero igualmente estaría furioso. Como Ritter con el almirante Cutter.

Por primera vez, Ritter se preguntó cuál sería la verdadera función de Cortez. Quizás había desertado de Cuba para hacerse mercenario. El Cártel lo había tomado por sus conocimientos y experiencia. Para ellos era un mercenario más; de primera, pero mercenario al fin y al cabo. Le pagaban como a muchos policías estadounidenses -joder, policías- y apolíticos. Pero un policía no era lo mismo que un espía profesional formado en Moscú. Les asesoraba, y seguramente se sentía traicionado, o por lo menos pensaba que eran unos estúpidos al dejarse llevar por sus emociones y matar a Emil Jacobs.

¿Cómo no lo he comprendido antes? La respuesta era clara: no lo había visto porque necesitaba un pretexto para llevar a cabo sus planes. No había pensado en eso porque, en el fondo, sabía que esa idea lo hubiera alejado de la acción.

Cortez no era un terrorista: eso estaba fuera de toda duda. Era un oficial de Inteligencia. Había estado con los Macheteros porque era parte del trabajo. Antes de eso se había dedicado al espionaje, y sólo porque había trabajado con esos puertorriqueños chiflados, la CIA había dado por sentado que... Tal vez ése era uno de los motivos de su deserción.

Ahora todo estaba más claro. El Cártel quería los conocimientos y la experiencia de Cortez; pero, al contrario, había adoptado un lobo para domesticarlo. Y la verdad, domesticar a un lobo puede volverlo peligroso.

Hizo lo único que podía en ese momento: llamó a un ayudante, le indicó que buscara el fotograma más nítido de Cortez, lo pasara por la ampliadora y enviara la copia al FBI. Valía la pena intentarlo. Era cuestión de aislar a la figura del fondo, una tarea para la computadora de realce de imágenes.

El almirante Cutter trabajaba en su despacho de la Casa Blanca mientras el Presidente permanecía en las montañas de Maryland. El helicóptero lo llevaba todas las mañanas para presentar su informe -un poco más tarde de lo habitual, porque el Presidente se tomaba un «descanso»-, pero pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho. Uno de sus deberes era hacer el papel de «alto funcionario del Gobierno». Ese título, que él reducía a AFG, remplazaba su nombre cuando hacía declaraciones *off the record* a la Prensa. Era un componente vital de la política ejecutiva y parte de un complejo juego en el que el Gobierno y la Prensa intervenían: el de las Filtraciones Oficiales.

Cutter lanzaba un «globo sonda», lo que en el negocio de bienes de consumo se llama un sondeo de mercado. Cuando el Presidente tenía una iniciativa nueva, Cutter -o el miembro apropiado del gabinete, ya que cada uno de ellos era también AFG- dejaba que un poco de información básica se filtrase para los grandes diarios; así se podía juzgar la reacción del Congreso y de la opinión pública antes de darle el *imprímase* oficial. Los funcionarios electos y otros actores podían bailar y gesticular en escena sin tener que avergonzarse: era una concepción oriental que hallaba muchas aplicaciones en la capital.

Bob Holtzman, acreditado en la Casa Blanca como periodista de un diario de Washington, se acomodó frente al escritorio de Cutter y guardó las sensacionales revelaciones. Los dos comprendían las reglas del juego. Cutter podía hablar sin temor a que mencionaran su nombre, título ni función. Holtzman tenía libertad para escribir lo que quisiera, dentro de ciertos límites razonables, sin mencionar su fuente de información salvo a su jefe de redacción. No había aprecio mutuo. Cutter detestaba a los periodistas -era casi el único rasgo militar que conservaba-, pero estaba seguro de que sabía ocultarlo. Los consideraba a todos, y

en particular al que tenía frente a sí, una pandilla de holgazanes, estúpidos, incompetentes, incapaces de escribir ni de pensar. Holtzman, por su parte, consideraba que Cutter era el hombre menos indicado para el puesto que ocupaba: no le gustaba la idea de tener a un militar como asesor presidencial; sobre todo pensaba que Cutter era un tipo superficial, autosuficiente, con manías de grandeza y a la vez un hijo de puta arrogante que miraba a los periodistas como una especie de buitres semidomesticados y más o menos útiles. A pesar de esas opiniones, el trato entre ambos era bastante cordial.

-¿Seguirá las deliberaciones de la oposición? -preguntó Holtzman.

-No me ocupo de política -dijo Cutter-. ¿Le sirvo un café?

¡Te creo!, pensó el periodista.

-No, gracias. Bien, ¿qué diablos pasa allá en cocalandia?

-Sé tanto como usted... No, seamos francos. Hace tiempo que vigilamos a esos hijos de puta. Mi hipótesis es que a Emil lo mató un sector del Cártel, vaya novedad, pero que no fue una decisión colectiva oficial. La bomba de anoche parece indicar una lucha interna.

-No cabe duda de que alguien está bastante furioso -comentó Holtzman sin dejar de tomar apuntes bajo el encabezamiento correspondiente al alto funcionario de Gobierno Cutter, o sea AFG-C-. Se dice que el Cártel contrató al M-19, y que los colombianos se ensañaron con el tipo que agarraron vivo.

-Es posible.

-¿Cómo se enteraron del viaje del director Jacobs?

-Eso no lo sé.

-¿De veras? Sabemos que la secretaria de Jacobs intentó suicidarse. El FBI está mudo, pero a mí me parece una interesante coincidencia.

-¿Quién se encarga del caso? Aunque no se lo crea, lo ignoro.

-Dan Murray, uno de los subdirectores adjuntos. No hace el trabajo de campo, pero él es quién informa a Shaw.

-Bueno, no es mi terreno. Yo me ocupo de la parte extranjera del caso, pero la investigación de los aspectos locales pasa por otro despacho -dijo Cutter a fin de erigir un muro que Holtzman no pudiera horadar.

-O sea que el Cártel estaba furioso por lo de la Operación TARPÓN y algunos de sus jefes decidieron eliminar a Jacobs sin consultar con el resto. Y estos últimos piensan que fue una acción irresponsable, por eso decidieron eliminar a los primeros. ¿Es así?

-Digamos que, a estas alturas, parece ser que sí. Comprenda, nuestra información en este caso es mínima.

-Su información es mínima siempre -puntualizó el periodista.

-Ah, bueno, sobre eso hable con Bob Ritter -dijo Cutter mientras dejaba su taza de café.

-Cómo no -sonrió Holtzman. Si había dos tipos herméticos en Washington, ésos eran Bob Ritter y Arthur Moore-. ¿Qué me dice de Jack Ryan?

-Se está instalando. Estuvo en Bélgica la semana pasada, en la conferencia de Inteligencia de la OTAN.

-En el Congreso se comenta que hay que ocuparse del Cártel, que el atentado contra Jacobs fue un ataque directo a...

-Yo también veo los servicios informativos, Bob. Hablar no cuesta nada.

-¿Y lo que ha dicho el gobernador Fowler esta mañana?

-Que los políticos se ocupen de la política.

-¿Sabe usted que ha aumentado el precio de la cocaína en la calle?

-¿De veras? No soy cliente de ese mercado. -Era verdad que Cutter no había recibido la noticia. Ya *empieza...*

-No mucho, pero sí, ha aumentado. Corre la voz de que los embarques han disminuido.

-Es bueno saberlo.

-¿Pero qué opinión le merece? -preguntó Holtzman-. Usted es el que insiste que estamos en guerra con los narcos.

La sonrisa de Cutter se desvaneció.

-La decisión de ir a la guerra es privativa del Presidente.

-¿Y el Congreso?

-También del Congreso, pero desde que soy funcionario no he visto una declaración de ese tipo.

-¿Qué sentiría usted, como ciudadano, si hubiéramos tenido algo que ver con la bomba de ayer?

-No lo sé. No tuvimos nada que ver. -La entrevista se le escapaba de las manos. ¿Sabía Holtzman algo?

-Pregunto como hipótesis.

-Está bien. Esto es totalmente *off the record,* por completo. Hipotéticamente, si matáramos a todos esos hijos de puta, yo no lo lamentaría. ¿Y usted?

-*Off the record,* lo mismo digo. He crecido aquí, y recuerdo cuando se podía caminar sin problemas de noche por las calles. Ahora leo el recuento de cadáveres todas las mañanas y me pregunto si estoy en Washington o Beirut. Así que no tuvimos nada que ver.

-En absoluto. Parece una purga dentro del Cártel. Es sólo una hipótesis, pero por el momento no sabemos nada más.

-Está bien, supongo que podré montar algún artículo con lo que me ha dado.

XX. REVELACIONES

Era asombroso, pero cierto. Cortez había pasado más de una hora en el lugar, acompañado por seis hombres armados y un perro que husmeaba en busca de señales de los que habían asaltado ese centro de elaboración. Los casquillos de los proyectiles disparados eran los de 5.56 mm utilizados por casi todos los países de la OTAN y sus subrogantes en todo el mundo, y que al principio, había sido la «Remington .223» deportiva. Estadounidenses. También aparecieron un par de proyectiles de 9 mm y un casco servido de lanzagranadas de 40 mm. Uno de los atacantes estaba herido, tal vez de gravedad. Habían empleado un método de ataque clásico: una unidad de fuego ladera arriba y un grupo de asalto al mismo nivel, hacia el Norte. Habían abandonado precipitadamente el lugar, sin dejar trampas cazabobos debajo de los cadáveres como en otros dos casos. Tal vez porque tenían un herido, pensó Cortez. Y porque sabían... ¿sospechaban? No, era probable que se hubieran dado cuenta de que dos hombres habían escapado en busca de ayuda.

Había más de un grupo rondando por las montañas. Tal vez eran tres, o cuatro, a juzgar por la cantidad de ataques. Por consiguiente, no era el M-19, que no tenía tal cantidad de hombres entrenados para ese trabajo. Mejor dicho, no podrían hacerlo sin que él se enterara. Además de infiltrarse en las facciones guerrilleras locales, el Cártel tenía informadores a sueldo en cada unidad; el Gobierno nunca lo había logrado.

Por lo tanto -se dijo-, *es probable que tengamos un operativo clandestino de los norteamericanos aquí, en el monte. ¿Quiénes y cuántos son? Soldados, o mercenarios, pero de primera. Tal vez son soldados.* La comunidad internacional de mercenarios había perdido la escasa efectividad que alguna vez había llegado a poseer. En Angola, Cortez había visto las tropas africanas en acción. No hacían falta mercenarios de primer nivel para combatirlas, pero todo estaba cambiando en el mundo, y seguramente eso también.

Quienesquiera que fuesen, ya debían de hallarse lejos, tanto como para no sentirse vigilados en ese momento, aunque otros deberían salir a cazarlos. Cortez era oficial de Inteligencia, sabía que no poseía las destrezas propias de un soldado. Por el momento se limitaba a reunir pruebas a la manera de la Policía. Los proyectiles de fusil y de ametralladora eran de la misma fábrica. No guardaba esa clase de información en su memoria, pero advirtió que los de 9 mm tenían el mismo código -grabado en un extremo- que los hallados en una de las pistas aéreas cerca de la costa norte de Colombia. Las probabilidades de que se tratara de una casualidad eran escasas. Entonces, el que vigilaba las pistas aéreas se había desplazado hasta aquí... ¿cómo? Lo más sencillo era hacerlo en camión, o en autobús, a la manera del M-19. Pero era demasiado sencillo, y arriesgado si eran estadounidenses. Si fueran los *yanquis,* usarían helicópteros. ¿Desde qué base? Un portaaviones, o quizá desde Panamá. Que él supiera, no se realizaban maniobras navales norteamericanas tan cerca de la costa como para alcanzarla en helicóptero. Por consiguiente, tenía que ser un avión grande, que se pudiera reabastecer en vuelo. Sólo los estadounidenses sabían hacerlo. Y la base debía de ser Panamá. Él tenía efectivos en ese país. Cortez guardó los casquillos de los proyectiles e inició el descenso de la ladera. Ya tenía un punto de partida: para un hombre entrenado, bastaba.

Poco después del mediodía, el VC-20A de Ryan -todavía no podía concebir que fuera su avión- levantó vuelo desde la pista *aérea,* en las afueras de Monza. Su primera incursión oficial en las altas esferas de la comunidad del espionaje internacional había sido todo un éxito. Su trabajo sobre la actividad soviética en Europa del Este le había granjeado la aprobación general, y, para su satisfacción, se había enterado de que en cuanto a los cambios en la política del enemigo, los principales analistas de los Servicios de Inteligencia de la OTAN compartían su posición: nadie sabía qué diablos ocurría. La gama de teorías iba desde

Librodot

qué-diablos-hacemos-ahora-que-viene-la-paz hasta *no-es-más-que-una-trampa-rusa;* pero, a la hora de hacer un análisis serio, hombres que se dedicaban a eso desde antes de que Jack naciera meneaban la cabeza y murmuraban obscenidades con la mirada fija en la jarra de cerveza... exactamente igual que Ryan. La mejor noticia del año era el éxito obtenido por los diversos operativos de contraespionaje que habían puesto al descubierto a la KGB en Europa, y aunque no le habían explicado a nadie cómo había sucedido (salvo a Sir Basil, que había participado de la elaboración del plan), la CIA había ganado mucho prestigio por su trabajo. Tal como Jack había previsto, se había llegado a una situación en que, desde el punto de vista militar, la OTAN estaba en su mejor momento, sus servicios de seguridad habían alcanzado un nivel de excelencia inconcebible... Sin embargo, desde el punto de vista político, su razón de ser estaba en tela de juicio. Lo cual, para Ryan, era el colmo de lo deseable, siempre que los políticos no se dejaran marear por el éxito. Ése era motivo más que suficiente para estar preocupado.

Por eso no faltaban motivos para sonreír mientras contemplaba los coloridos campos de Bélgica. Al menos, en lo que se refería a la OTAN.

La prueba más contundente de ello era que las conversaciones en los banquetes y los descansos entre sesiones no eran sobre temas propios de los asistentes. Los analistas de Inteligencia de Alemania, Italia, Inglaterra, Noruega, Dinamarca y Portugal expresaban su preocupación sobre el problema de la droga en sus respectivos países. El mercado norteamericano era insuficiente para el Cártel, que empezaba a extender sus operaciones hacia el Este. Después del asesinato de Emil Jacobs y los demás, los especialistas se preguntaban en voz alta si el narcoterrorismo internacional había adquirido un cariz totalmente nuevo y muy peligroso... y cómo había que reaccionar frente al fenómeno. Los franceses, siempre dispuestos a actuar con energía en defensa de su tierra, se mostraban altamente complacidos con el estallido de la bomba cerca de Medellín a la vez que perplejos ante la respuesta exasperante de Ryan: *Sin comentarios. No sé nada.* Su reacción era previsible. Si un alto funcionario francés hubiera sido víctima de semejante ataque, la DGSE hubiera respondido con una dura operación. Los franceses sabían hacerlo, y, por otra parte, tanto la Prensa como la opinión pública del país comprendían y aprobaban tales represalias. Por eso, los representantes de la DGSE esperaban que Ryan acompañara su *no comment* con una sonrisa cómplice, no con una mirada perpleja y huidiza. Así no se jugaba en Europa, y era una rareza más de los estadounidenses que daba que pensar a sus aliados del viejo mundo. *¿Por qué son* tan *imprevisibles?* Eso era bueno como estrategia frente a los rusos, no frente a los aliados.

Y mucho menos frente a los funcionarios del propio Gobierno -pensó Ryan-. *¿Qué coño pasa?*

A cuatro mil kilómetros del país, Jack podía tener una visión más objetiva del problema global. A falta de un mecanismo legal viable, quizá la acción directa era la mejor respuesta a tales crímenes. Quien desafía el poder de un Estado nacional invita a una reacción directa. Si bombardeamos un país extranjero por promover un atentado contra soldados de Estados Unidos en una discoteca berlinesa, ¿por qué no... podemos matar gente en el territorio de una democracia hermana americana?

Era un aspecto político del problema que nadie parecía tener en cuenta.

Pero ahí estaba el meollo de la cuestión. En Colombia imperaba el estado de derecho. No era como en Libia, gobernada por un personaje de opereta de cuyo sano juicio cabía dudar. Tampoco era como Irán, una teocracia perversa, con una cabeza que testimoniaba los avances de la gerontología. Colombia era un país con auténticas tradiciones democráticas, que había arriesgado sus instituciones y luchado para defender a los ciudadanos de otro país... de sí mismos.

¿Qué coño estamos haciendo?

En ese nivel político, el bien y el mal adquirían valores distintos. ¿O no? ¿Cuáles eran las normas? ¿Cuál la ley? ¿Existían normas y leyes? No podía responder sin conocer los hechos. Eso ya era bastante difícil. Se acomodó en su butaca y contempló el canal de La Mancha, que se abría como un embudo mientras el avión se dirigía hacia Land's End, el extremo occidental de las Islas Británicas. Más allá de ese cabo solitario con sus rocas asesinas de barcos, se extendía el Atlántico, y después de éste, su país. Tenía siete horas para resolver qué haría al llegar. *Siete horas largas,* pensó Jack, y se preguntó cuántas veces se formularía las mismas preguntas para recibir, por toda respuesta, nuevos interrogantes.

La ley es una trampa, pensó Murray. Una diosa digna de adoración, una hermosa dama de bronce cuya lámpara señalaba el camino en medio de la oscuridad. ¿Y si ese camino conducía a ninguna parte? Disponían de todas las pruebas necesarias contra el único «sospechoso» en el asesinato del Director. Los colombianos le habían arrancado una confesión, treinta páginas mecanografiadas a un espacio. La tenía sobre su escritorio. Había pruebas físicas de sobra, debidamente procesadas en los célebres laboratorios forenses del FBI. Pero tenía un serio problema: el tratado de extradición con Colombia no estaba en vigor El Tribunal Supremo colombiano -mejor dicho, los ministros sobrevivientes del asesinato de doce de sus colegas por un comando del M-19, justamente los doce que antes de su muerte violenta eran partidarios de la extradición- habían descubierto que el tratado era contrario a la Constitución de su país. Por consiguiente, no había tratado. Ni extradición. El asesino sería juzgado en Colombia, y, seguramente, condenado a largos años de prisión, pero Murray y el FBI querían verlo encerrado en Marión, Illinois -la cárcel federal de máxima seguridad para criminales muy peligrosos; Alcatraz, pero sin la isla- y el ministerio público creía poder solicitar la pena máxima por asesinato relacionado con un caso de narcotráfico. Con todo, la confesión arrancada por los colombianos no se ajustaba a las normas procesales de Estados Unidos, por lo cual -sostenían los abogados-, tal vez el juez no la aceptaría; así quedaría excluida la pena de muerte. Y el tipo que había eliminado al director del FBI seria una especie de héroe entre los habitantes de Marión, Illinois, que no sentían por esa repartición el mismo afecto que la mayoría de los ciudadanos. Lo mismo, según acababa de enterarse, sucedía con el caso de los piratas. Su abogado defensor, un hijo de puta de lo más hábil, había descubierto la artimaña de los guardacostas. Por consiguiente, no habría pena de muerte. La única buena noticia del momento era que el Gobierno -Murray estaba seguro de ello- había devuelto el golpe, pero con métodos que el Derecho clasificaba de asesinato a sangre fría.

Le preocupaba el hecho de considerarlo una buena noticia. No era eso lo que le habían inculcado -ni él a otros- como estudiante y luego profesor en la academia del FBI. ¿Qué sucedía cuando un Gobierno violaba la ley? Los manuales decían que se caía en la anarquía, al menos cuando trascendía que el Gobierno violaba sus propias leyes. Pero ésa era la definición operativa de un criminal: sujeto al que hallaban culpable de violar la ley.

No, se dijo Murray. Durante toda su vida había seguido esa luz, el único faro de cordura de la sociedad en las noches oscuras. Su misión, la del FBI, era actuar con lealtad e integridad para asegurar el imperio de la ley. Había un margen -no se podía prescindir de él, por cuanto las palabras escritas no prevén todos los casos-, pero cuando la letra de la ley era insuficiente, uno se guiaba por el principio que le servía de base. La situación no era siempre la más satisfactoria, pero sí mejor que la alternativa. Pero ¿qué se hacía cuando la ley resultaba ineficaz? ¿Formaba eso parte del juego? En el fondo, ¿no era sólo un juego?

La posición de Clark era distinta. Nunca pensaba en términos legales, al menos en forma directa. Algo «legal» estaba «bien» y punto: no evocaba en su mente un conjunto de normas elaboradas por los legisladores y firmadas por un Presidente. Significaba que el presidente en ejercicio había resuelto que la existencia de una determinada situación o persona atentaba contra los intereses del país. Había iniciado su servicio oficial con los SEAL, los esquivos

Librodot

comandos de élite de la Armada. En esa comunidad, silenciosa y estrecha, se había forjado un nombre que todavía se pronunciaba con respeto: Víbora, porque sus pasos nunca se oían. Por lo que sabía, ningún enemigo lo había visto y había vivido para contarlo. Su nombre en esa época no era el mismo, porque, después de recibir la baja, había cometido el error -para él lo era sólo desde un punto de vista técnico- de aplicar sus conocimientos como agente independiente. Había trabajado con mucho éxito hasta el día en que la Policía descubrió su identidad. De esa aventura le quedó una lección: «lo que no era objeto de investigación en el campo de batalla, sí lo era en otros ámbitos»; por lo tanto, debía ser mucho más circunspecto. Había cometido una torpeza, pero por haber estado al borde de caer en manos de la Policía, su nombre llegó a conocimiento de la CIA, que en ocasiones requería esa clase de destreza. Lo expresaban como una broma: «Cuando hace falta matar, busquen a alguien que viva del asesinato». Es decir, en esa época, casi veinte años atrás, les parecía una broma.

Otros decidían quiénes debían morir. Esos otros eran los representantes debidamente electos del pueblo de Estados Unidos, al que había servido de una u otra manera durante la mayor parte de su vida adulta. La única ley era que no había ley: eso lo había averiguado años atrás. Si el Presidente daba la orden de matar, Clark era sólo el instrumento de la política del Gobierno, tanto más cuanto el ejecutivo debía obtener la aprobación de ciertos miembros, debidamente escogidos, del legislativo. Las normas ocasionales que prohibían tales actos eran disposiciones ejecutivas emanadas del despacho presidencial, que el Presidente podía violar, o mejor dicho, adaptar a cada situación. Desde luego, no era una tarea frecuente. Casi todos sus trabajos eran aplicaciones de sus otras destrezas -en especial la de entrar y salir de distintos lugares sin que lo descubrieran- en las que no tenía igual. Pero lo habían contratado porque sabía matar, y para Clark, bautizado John Terrence Kelly en la parroquia de San Ignacio, en Indianápolis, Indiana, ése era un acto de guerra aprobado por su país y por su religión, en la que creía vagamente. La de Vietnam nunca había sido declarada una guerra, y si entonces estaba bien matar a los enemigos de su país, ¿por qué no podía hacerlo ahora? Para John T. Clark, asesinar era matar gente sin una causa justa. La ley era cosa de abogados: su definición de causa justa era práctica y efectiva.

Ahora le preocupaba el blanco siguiente. Disponía de dos días más en la escuadrilla del portaaviones, y quería lanzar una bomba más si era posible.

Ocupaba una casa en las afueras de Bogotá, una guarida instalada por la CIA diez años antes, que oficialmente pertenecía a una empresa, la cual la alquilaba a empresarios estadounidenses que estaban de paso. Nada en ella llamaba la atención a primera vista. Poseía un teléfono común, salvo cuando él lo conectaba a un aparato cifrador portátil, insuficiente para Europa Oriental, pero efectivo en un país donde no había gran peligro de intercepción. También tenía una antena de satélite oculta en un agujero en el techo, que también pasaba por aparato cifrador, parecía un grabador portátil.

¿Cuál es el próximo paso?*,* se preguntó. El atentado contra Untiveros había pasado por una bomba colocada en un coche. Tal vez pudiera montar una de verdad. El problema era cómo asustar a los blancos para obligarles a concentrarse en un lugar. Para ello debía montar un atentado creíble, pero no tan efectivo que causara la muerte de seres inocentes. Ahí radica el problema de esas bombas.

¿Baja detonación? Tal vez. Es decir, que pareciera un atentado fallido. *No, demasiado difícil.*

Lo mejor sería asesinar a alguien de un tiro, pero era demasiado difícil de llevar a cabo. El solo hecho de ocupar un lugar con vista al blanco era peligroso. Los jefes del Cártel confrontaban todas las ventanas que daban a la calle de sus domicilios. Si un norteamericano alquilaba uno de esos apartamentos y luego alguien disparaba desde esas ventanas..., bueno, la operación dejaba de ser clandestina. Era importante que no descubrieran lo que sucedía.

Librodot

La concepción de Clark era elegante y sencilla, tanto que ni siquiera se les había ocurrido a los supuestos expertos en «artes negras» de Langley. Se trataba, simplemente, de matar un número lo bastante considerable de gente para difundir la paranoia dentro de la comunidad que servía de blanco. Lo más deseable era matarlos a todos; pero, eso, en la práctica, era imposible. Si mataba un número suficiente, provocaría una reacción.

El Cártel estaba formado por gente despiadada cuya inteligencia se manifestaba en la astucia que suele asociarse con un enemigo hábil en el campo de batalla. Como buenos soldados, siempre estaban atentos al peligro; a diferencia de los soldados, buscaban el peligro dentro y fuera de sus propias filas. A pesar del éxito de su empresa colectiva, eran rivales. Tenían dinero y poder, pero nunca suficiente. Hombres como ellos jamás se daban por satisfechos, sobre todo en cuanto a poder. Clark y otros pensaban que su fin último era acceder al control político de su país, pero a los países no los gobiernan comités, sobre todo si son comités grandes. Si Clark lograba convencer a los jefes del Cártel de que se estaba gestando una lucha por el poder dentro de la jerarquía, se matarían entre ellos sin piedad, como los mafiosos de la década de 1930.

Tal vez fuese posible. En su estimación, las probabilidades de éxito total eran de un treinta por ciento. Pero si no lo alcanzaba, al menos habría eliminado algunos actores centrales, lo cual sería un triunfo táctico, ya que no estratégico. Un Cártel debilitado tal vez pudiera ser derrotado por el propio Gobierno colombiano, lo que también sería un triunfo estratégico, pero no el único. Asimismo existía la posibilidad de que la guerra que esperaba desatar tuviera el mismo desenlace que las luchas de Castellammare, las llamadas Vísperas Sicilianas, en las que decenas de mafiosos habían muerto a manos de sus propios compinches. De esa noche sangrienta había surgido una red criminal más fuerte, organizada y peligrosa, bajo la sutil guía de Cario Luchiano y Vito Genovese. Clark reconocía la existencia de ese peligro. Pero en Washington decían que las cosas no podían estar peor, así que valía la pena hacer esa apuesta.

Larson llegó a la casa. La había visitado una sola vez, y, aunque el decorado correspondía al papel de Clark como geólogo -habían cajas de rocas por todas partes-, no le gustaba ese aspecto de la misión.

-¿Qué dicen los informativos?

-Que fue una bomba instalada en un coche -sonrió Larson-. La próxima vez no tendremos tanta suerte.

-Lo mismo pienso yo. El próximo golpe tiene que ser espectacular.

-¿Qué está pensando? No esperará que descubra cuándo será la próxima reunión, ¿no?

Sería lo mejor, pensó Clark, pero sabía que eso era imposible, y una orden en tal sentido le hubiera parecido desacertada.

-No, sólo roguemos que haya una nueva intercepción. Tienen que reunirse para analizar lo sucedido.

-Estoy de acuerdo, pero tal vez no lo hagan en las montañas.

-¿Por qué?

-También tienen propiedades cerca del mar.

Clark lo había olvidado. Allí sería más difícil apuntar al blanco.

-¿Se puede apuntar el láser desde un avión?

-Me imagino que sí. Pero después aterrizo, cargo combustible y me largo de este país de mierda para no volver.

Henry y Harvey Patterson, hermanos gemelos de veintisiete años, eran la prueba viviente de cualquier teoría social que un criminólogo quisiera sustentar. Su padre había sido un criminal profesional durante toda su breve vida, aunque no demasiado eficiente, que había muerto a los treinta y dos años, cuando el dueño de una tienda de licores le había disparado a quemarropa con una escopeta del 12 de dos cañones. Ése era un factor importante para los partidarios de la escuela conductista, que en su mayoría son políticos conservadores. También eran el producto de un hogar sin padre, educación escasa, presión adversa del grupo de sus iguales y un vecindario de menores recursos. Estos factores eran los más importantes para la escuela ambientalista, poblada, en su mayor parte, por políticos progresistas.

Por estas u otras razones, eran criminales de profesión que disfrutaban de esa vida, y les importaba un bledo que esas características fuesen heredadas o adquiridas. No eran estúpidos. Si los tests de inteligencia no discriminaran contra los analfabetos, su coeficiente intelectual hubiera sido levemente superior a la media. Tenían la astucia suficiente para evadir a la Policía, un conocimiento de la ley adquirido en la calle que les permitía manipular el sistema con gran éxito. También tenían ciertos principios. Los hermanos Patterson eran bebedores -estaban a punto de convertirse en alcohólicos- pero no consumían drogas. Esto era bastante raro, así como la ley les importaba un bledo, tampoco se preocupaban por conformar el tipo criminal normal.

Juntos habían robado, allanado y asaltado el sur de Alabama desde la adolescencia. Sus iguales los trataban con respeto. Varias personas habían muerto por cruzarse en el camino de uno o de ambos: como eran gemelos idénticos, daba lo mismo. Muerte por traumatismo con objeto contundente (una cachiporra) o penetrante (un cuchillo o una bala). La Policía les atribuía cinco asesinatos. El problema era determinar cuál de los dos los había cometido. El hecho de que fuesen idénticos planteaba un problema técnico que su abogado -un profesional muy eficiente, que conocían desde hacía años- utilizaba con gran habilidad. Cada vez que una de sus víctimas moría, un policía podía apostar su sueldo a que uno de los hermanos -por lo general, el que tenía motivos para matar- haría acto de presencia a varios kilómetros del lugar. Además, sus víctimas no eran ciudadanos honrados sino miembros de su propia comunidad criminal, lo cual, invariablemente, atemperaba las ansias de justicia de la Policía.

Pero esta vez, no.

Catorce años después de su primera infracción oficial, Henry y Harvey habían cometido el error que los enviaría a la cárcel por muchos años, según explicaron los jefes de comisaría de todo el Estado a sus hombres. Por fin los habían atrapado con las manos en una masa muy gorda, a causa, como advirtieron con cierto placer, de otra pareja de gemelos. Dos bellas prostitutas de dieciocho años habían robado los corazones de los hermanos Patterson. Durante las cinco semanas anteriores, Henry y Harvey habían pasado el mayor tiempo posible con Noreen y Doreen Grayson, y al ver como el amor florecía entre ellos, los policías de la comisaría local se preguntaban si eran capaces de reconocer a sus respectivas parejas. Los conductistas pontificaban que no tenía importancia, los ambientalistas respondían que eso era cháchara seudocientífica, además de perversa desde el punto de vista sexual, pero todos coincidían en que era una idea de lo más entretenida. Sea como fuere, el verdadero amor había provocado la caída de los hermanos Patterson.

Henry y Harvey habían resuelto liberar a las hermanas Grayson de su proxeneta, un narcotraficante con fama de hombre violento, del que se sospechaba había matado a varias de sus mujeres. El factor detonante fue la feroz paliza que propinó a las hermanitas por no entregarles unas joyas que los Patterson les habían regalado para festejar el primer mes de su relación. Noreen sufrió fractura de mandíbula; Doreen, la pérdida de seis dientes, y ambas fueron a parar al centro médico de la Universidad de Alabama, para gran indignación de los Patterson. No se podía pasar por alto semejante ofensa: una semana después, desde las

Librodot

sombras de un callejón, los gemelos dispararon sus revólveres «Smith and Wesson» para poner fin a la vida de Elrod Mcllvane. Por desgracia, un patrullero policial se encontraba a media manzana del lugar. La misma Policía consideraba que los Patterson en este caso habían prestado un servicio valioso a la ciudad de Mobile.

El teniente los llevó a la sala del interrogatorio, alicaídos como un par de flores marchitas. Los revólveres habían aparecido a menos de cincuenta metros de la escena del crimen. Aunque no tenían huellas dactilares identificables -muchas armas no se prestan a ello-, los proyectiles extraídos del cadáver de Mcllvane se correspondían con ellos, la Policía había aprehendido a los Patterson a cuatro manzanas del lugar; tenían rastros de pólvora en las manos, señal de que habían disparado algún arma, y motivos de sobra para eliminar al proxeneta. Más claro, difícil. Sólo faltaba la confesión, lo único que la Policía no pudo obtener. Se les había acabado la suerte. Su propio abogado lo decía. No había posibilidades de negociar los cargos -el fiscal los detestaba aún más que la Policía-, y aunque los condenarían a varios años por homicidio, al menos no acabarían en la silla, ya que el jurado, probablemente, no querría ejecutar a quienes habían asesinado a un proxeneta y narcotraficante que había enviado a dos de sus putas al hospital y matado a varias más. Era un crimen pasional, motivo que para la jurisprudencia estadounidense generalmente constituye un atenuante.

Vestidos con ropa idéntica de la prisión, los Patterson se sentaron frente al teniente. Éste no sabía quién era quién, ni se molestó en preguntar porque era probable que mintieran sólo para fastidiarlo.

-¿Dónde está nuestro abogado? -dijo Henry o Harvey.

-Eso mismo -subrayó Harvey o Henry.

-Hoy no hace falta. Muchachos, ¿queréis hacernos un favor? -preguntó el teniente-. Si nos lo hacéis, tal vez nosotros os hagamos un favor a vosotros. -Con eso, quedaba zanjada la cuestión del abogado.

-¡Y una mierda! -exclamó uno de los gemelos, sólo para negociar. En su situación, se aferraban a cualquier posibilidad. Los aguardaba la prisión, y aunque nunca habían cumplido una condena, habían estado presos en diversas cárceles municipales por períodos breves, y no era una perspectiva agradable.

-Sabéis que os espera cadena perpetua, ¿no? -dijo el teniente, sin inmutarse ante la bravata-. Y sabéis cómo es eso, en siete u ocho años os declaran rehabilitados y os ponen en libertad. Eso, si tenéis suerte. Ocho años es muuuucho tiempo, ¿no? ¿Qué os parece, muchachos?

-No somos idiotas. ¿A qué ha venido? -preguntó el otro Patterson. Con ello quería decir que estaba dispuesto a negociar.

-Si nos hacéis un trabajillo, bueno, podría sucederos algo agradable.

-¿Qué trabajillo? -Los dos estaban dispuestos.

-¿Conocéis a Ramón y Jesús?

-¿Los piratas? -dijo uno-. ¡Mierda!

En la comunidad delictiva, como en cualquier otra comunidad, hay una jerarquía de estatus. Los violadores de mujeres y niños ocupaban el puesto más bajo. Los Patterson eran criminales violentos, pero jamás habían golpeado a una mujer. Sólo asaltaban a otros hombres, generalmente más débiles que ellos, pero hombres al fin y a la postre. Esto era importante para su autoestima colectiva.

-Sí, conocemos a ese par de hijos de puta -dijo el otro, para ampliar la sintética observación de su hermano-. Te miran con la nariz fruncida, como oliendo mierda. Oiga, nosotros somos tipos malos, pero nunca violamos ni matamos a una nenita... ¿Y dicen que los van a soltar?

¡Joo... der! Nosotros matamos a un rufián de mierda que pega a las chicas y nos echarán la perpetua, según usted nos ha dicho. ¿Eso es justicia, señor policía? ¡Joo... der!

-Si a Ramón y Jesús les pasara algo, digamos que tuvieran un accidente muy serio -insinuó el teniente-, tal vez pasaría otra cosa. Algo que os beneficiaría a vosotros.

-¿Cómo qué?

-Como que podríais ver a Noreen y Doreen muy a menudo. Y hasta iros a vivir juntos.

-¡Mierda! -exclamó Henry o Harvey.

-Es un buen negocio, muchachos -dijo el teniente.

-¿Quiere que matemos a los hijos de puta? -preguntó Harvey, para desilusión de Henry, que se creía el más inteligente de los dos.

El teniente los miró en silencio.

-Hemos comprendido -dijo Henry-. ¿Cómo sabemos que va a cumplir su palabra?

-¿Qué palabra? -preguntó el teniente-. Ramón y Jesús mataron a toda una familia, pero antes violaron a la mujer y a la nenita. Parece que tuvieron algo que ver con el asesinato de un policía de Mobile y su mujer. Pero hubo un problema en el caso, así que les van a echar veinte años, y salen en siete u ocho, máximo. ¿Os parece justo?

Los dos gemelos habían comprendido. El teniente lo advirtió en sus miradas, que eran idénticas. Llegó el momento de la decisión. Los dos pares de ojos se entrecerraron al pensar cómo lo harían. Después se abrieron otra vez. Los dos Patterson asintieron: estaba resuelto.

-Tened cuidado, muchachos. La cárcel es peligrosa.

El teniente se levantó y llamó al celador. Si le preguntaban, diría que había mandado llamar a los hermanos -que habían aceptado hablar con él sin la presencia de su abogado- para preguntarles sobre un robo en el que no habían participado, pero sobre el cual tal vez poseían información, a cambio de lo cual les ofrecería ayuda en el juicio. Por desgracia habían negado poseer información sobre el hecho, y, en menos de cinco minutos, los había enviado de vuelta a su celda. Si alguna vez decían la verdad, sería la palabra de dos criminales de largo historial delictivo, acusados de homicidio, contra la de un teniente de la Policía. En el peor de los casos, aparecería en las páginas interiores del *Mobile Register,* que, por otra parte, era partidario de aplicar mano dura a los criminales violentos. Y difícilmente confesarían ser los autores de un doble homicidio, aunque lo hubieran cometido a petición de la propia Policía.

El teniente, hombre de palabra, se dedicó de inmediato a cumplir su parte del trato, anticipando que los Patterson harían lo propio. De los cuatro proyectiles extraídos del cadáver de Elrod Mcllvane, uno era inutilizable a los fines del análisis balístico debido a su deformación -las balas de plomo sin camisa se estropean con facilidad- y los demás estaban casi en el mismo estado, aunque podrían usarlos. El teniente pidió que se las enviaran, junto con los apuntes del técnico de laboratorio y las fotografías. Tuvo que firmar el pedido para mantener la «cadena de la prueba». Este requisito legal servía para asegurarse de que las pruebas utilizadas en un juicio, una vez retiradas del escenario del crimen o de cualquier otro lado, y declaradas significativas, se encontraban siempre en un lugar conocido y en manos autorizadas. De esta manera, se defendía al acusado de las pruebas de cargo falsificadas. Una prueba perdida y luego recuperada no era admitida en un juicio porque se la consideraba contaminada. Cuando el teniente llegó al laboratorio, los técnicos se disponían a marcharse. Le preguntó al experto en balística si podía examinar de nuevo los proyectiles del caso Patterson a primera hora del lunes y el hombre dijo que sí, aunque una de las pruebas era un poco endeble la aceptarían para el juicio. Claro que no, ninguna molestia.

Librodot

El teniente se llevó los proyectiles a su despacho. Los llevaba en un sobre de papel manila rotulado con el número del sumario, y puesto que estaban en manos autorizadas, con todas las firmas necesarias, la cadena de la prueba seguía intacta. Anotó en su agenda que no las dejaría en el cajón de su escritorio durante el fin de semana sino que se las llevaría a su casa dentro de su portafolio con cierre de seguridad. El teniente tenía cincuenta y tres años y le faltaban cuatro meses para jubilarse con la pensión completa. Treinta años de servicio eran más que suficientes, y anhelaba dedicar sus días a la pesca. Pero su conciencia no le permitía pedir el retiro cuando dos asesinos de policías iban a recibir una condena de apenas ocho años.

El ingreso de divisas fuertes por medio del narcotráfico ha producido toda clase de efectos colaterales; uno de ellos, aunque parezca irónico, es que la Policía de ese país cuenta con un laboratorio criminal de los más modernos. Sometidos los escombros de la casa de Untiveros a la batería de análisis usuales, se determinó que el agente explosivo era una mezcla de ciclotetrametilenetetranitramina y trinitrotolueno. Estas dos sustancias, más conocidas por sus nombres comerciales de HMX y TNT, combinadas en una proporción de 70-30, formaban un explosivo llamado «Octol». Según el informe, ésa era una sustancia explosiva muy estable, muy cara y sumamente violenta, fabricada, sobre todo, en Estados Unidos. Era posible adquirirla en varias firmas norteamericanas, europeas y una asiática. El técnico del laboratorio concluyó su informe y lo entregó a su secretaria, que lo envió por fax a Medellín, donde otra secretaria lo fotocopió. Veinte minutos después, una copia llegaba a manos de Félix Cortez.

Para el ex oficial de Inteligencia, el informe fue una pieza más del rompecabezas. Las empresas mineras no empleaban el «Octol», era demasiado caro. Casi todas las operaciones comerciales requerían gelatinas explosivas nitrogenadas. Si se necesitaba mayor poder explosivo para romper las piedras, bastaba abrir un hueco más grande e introducir mayor cantidad de gel. Ese recurso estaba vedado a las operaciones militares. El tamaño máximo de un proyectil de artillería era igual al diámetro del cañón, y el de una bomba dependía del lastre impuesto por el avión que la transportaba. Dadas las limitaciones de tamaño, las fuerzas militares siempre trataban de obtener explosivos más potentes. Cortez consultó uno de sus libros: en efecto, el «Octol» era un explosivo de uso casi exclusivamente militar. Era empleado para detonar artefactos nucleares. Cuando Félix leyó eso, soltó una carcajada.

Ahí estaba la explicación a unas cuantas cosas. Primero había pensado que en la explosión habían empleado una tonelada de dinamita, pero ahora comprendía que bastaba menos de quinientos kilos de «Octol» para obtener el mismo resultado. En otro de sus libros de consulta leyó que el peso del explosivo en una bomba de mil kilos era inferior a quinientos.

¿Por qué no habían hallado los fragmentos? La mitad del peso de la bomba estaba en su camisa de acero. Por el momento dejó ese problema de lado.

Una bomba lanzada desde un avión explicaba varias cosas más. En Cuba, cuando era estudiante, había asistido a una conferencia de oficiales norvietnamitas sobre los estragos causados en los puentes y las fábricas de su país por las «bombas inteligentes», utilizadas durante la campaña, breve pero violenta, de 1972. Después de años de intentos fallidos, los estadounidenses habían destruido decenas de blancos en pocos días por medio de sus nuevas armas de precisión.

Una bomba que cayera sobre un coche daría toda la impresión de haber sido un coche bomba...

¿Y los fragmentos? Releyó el informe del laboratorio. Habían hallado restos de celulosa: según el técnico, provenían de las cajas de cartón en las que se guardaban los explosivos.

¿Celulosa? O sea, fibras de papel o de madera. ¿Una bomba de papel? Cortez tomó otro de sus libros de consulta: *Jane's Weapons Systems.* Un tomo pesado, de tapas duras... ¡Cartón

Librodot

recubierto con tela! Así de sencillo. Si se podía fabricar un papel tan duro para encuadernar un libro...

Cortez se acomodó en el asiento, encendió un cigarrillo y se felicitó en su fuero interno... y también a los *norteamericanos*[41]. Era un plan brillante. Un bombardero había lanzado una bomba especial sobre ese camión absurdo y no había quedado nada que pudiera llamarse rastro. Se preguntó quién sería el autor del plan. Era increíble que los norteamericanos fueran tan inteligentes. La KGB hubiera reunido una compañía de comandos *spetznaz* para librar una batalla de infantería convencional. Dejarían toda clase de rastros y «enviarían el mensaje» a la manera soviética, eficaz pero carente de sutileza. Por una vez, los norteamericanos habían demostrado poseer la astucia de un español... de un Cortez, pensó Félix con una sonrisa. ¡Notable!

Ahora que sabía el «cómo», tenía que averiguar el «para qué». ¡Claro! Los diarios estadounidenses hablaban de una guerra entre pandillas. De los catorce jefes de Cártel, quedaban diez. Los norteamericanos tratarían de eliminar a varios más..., ¿cómo? ¿Acaso pensaban que bastaba una bomba para detonar una salvaje guerra interna? No, no era suficiente. Dos, tal vez sí, pero una, no.

O sea que los estadounidenses habían infiltrado comandos en las montañas al sur de Medellín, habían lanzado una bomba y hacían algo más para detener los envíos de drogas. Nuevamente estaba claro: derribaban los aviones. Los soldados vigilaban las pistas y enviaban la información que luego servía para pasar a la acción. Era una operación integral. Aunque lo más increíble era su eficiencia. Los norteamericanos habían resuelto actuar en serio. Eso sí que era un milagro. La CIA siempre había demostrado su eficacia para recoger información, pero no a la hora de pasar a la acción.

Se puso en pie y se dirigió hacia su bar particular. La situación requería mucha reflexión, y ésta, a su vez, un buen coñac. Se sirvió una medida triple en la copa, calentándola con la mano para que los vapores aromáticos acariciaran su olfato antes de beber el primer sorbo.

El lenguaje chino era ideográfico -Cortez había conocido agentes de Inteligencia de ese país- y el símbolo de «crisis» combinaba los pictogramas de «peligro» y «oportunidad». Esa dualidad le llamaba siempre la atención. Las oportunidades como ésta eran sumamente escasas y muy peligrosas. Sobre todo en este caso, porque desconocía la fuente de información de los norteamericanos. Todos los indicios señalaban la existencia de un infiltrado en la organización. Alguien muy cercano a la cúpula, pero no tanto como él deseaba. Los estadounidenses habían comprometido a alguien; él conocía el método, lo había usado con mucha frecuencia. La Agencia lo hacía muy bien. Alguien. ¿Quién? Una persona que se sentía profundamente herida, que quería vengarse y, a la vez, acceder a un asiento a la mesa de los jefes. Esa descripción abarcaba a unas cuantas personas, a Félix Cortez entre ellas. Y en lugar de elaborar un plan para llegar a ese fin, dejaría que los norteamericanos lo hicieran. Esa idea de que ellos sirvieran a sus fines era perturbadora, pero tenía su gracia. Suponía casi la operación clandestina por antonomasia. Lo único que debía hacer era permitir que los militares llevaran a cabo su plan. Debería tener paciencia y confianza en su enemigo. Además, aunque el riesgo era muy grande... valía la pena.

No sabía cómo transmitir la información a los norteamericanos, de modo que debería confiar en la suerte. No, en la suerte, no. De alguna manera recibían la información: debía confiar en que esa vez también les llegaría. Tomó su teléfono y, contra su costumbre, dio algunas instrucciones. Luego reflexionó y dispuso otra cosa. No podía confiar en que los estadounidenses hicieran exactamente lo que él quería, y en el momento justo. Algunas cosas tendría que llevarlas a cabo él en persona.

[41] En español en el original.

El avión de Ryan aterrizó en la base aérea Andrews poco después de las diecinueve horas. Uno de sus ayudantes -qué bueno era tener ayudantes- se hizo cargo de los documentos para llevarlos a Langley. Jack puso su equipaje en el asiento trasero de su «XJS» y se fue a casa. Tenía toda la noche para dormir, y a la mañana siguiente volvería a su despacho. Lo primero que haría, se dijo mientras conducía por la carretera 50, seria averiguar qué tramaba la CIA en Sudamérica.

Ritter meneó la cabeza, agradecido y maravillado a la vez. *CAPER* seguía obteniendo resultados. Esa vez era Cortez en persona. No terminaban de comprender que sus comunicaciones eran vulnerables. Eso no era nuevo. Lo mismo les había sucedido a los alemanes y a los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Y se había repetido una y otra vez. Era algo que los norteamericanos hacían mejor que nadie. La oportunidad era inmejorable. Disponían de portaaviones durante treinta horas más, apenas el tiempo suficiente para que el mensaje llegara a su gente a bordo del *Ranger.* Ritter escribió las órdenes y las instrucciones para la misión en su computadora personal. Una vez hubo acabado, las metió en un sobre y las entregó a uno de sus ayudantes, que voló a Panamá en un avión de carga de la Fuerza Aérea.

El capitán Robby Jackson se sentía un poco mejor. Creía sentir el peso del cuarto galón en la hombrera de su camisa blanca; además, el águila en el cuello era un símbolo más adecuado para un piloto que la hoja de roble, ¿no? El ascenso, obtenido al sur de Panamá, significaba que era un postulante serio para comandar una escuadrilla: el puesto más elevado para un piloto. Tendría que pilotar distintas clases de aparatos y sería responsable de más de ochenta, con tripulaciones de vuelo y de mantenimiento, sin las cuales los aviones eran meros elementos decorativos en las cubiertas de los buques.

Por desgracia, sus tácticas no habían resultado tan efectivas como creía, pero sabía que todas las ideas nuevas requieren un tiempo de maduración. Algunas de sus concepciones eran erróneas, y las correcciones sugeridas por los jefes de escuadrilla del *Ranger* habían resultado eficaces. También eso era de esperar. Lo mismo sucedía con los misiles «Phoenix»: sus dispositivos de orientación habían funcionado bien, aunque no tanto como el contratista decía. Así sucedía casi siempre.

Se encontraba en el centro de Información del portaaviones. En ese momento no había aparatos en el aire. El tiempo continuaría inestable durante varias horas; la gente de mantenimiento aprovecharía la ocasión para reparar las máquinas. Robby y los oficiales de defensa repasaban las cintas de los combates aéreos por sexta vez. La fuerza «enemiga» se había desempeñado con notable eficiencia, diagnosticando los planes de defensa del *Ranger y* reaccionando con toda rapidez para colocar a sus aviones armados en posición de tiro. El hecho de que los aviones del *Ranger* los hubieran derribado durante su retirada carecía de importancia. El objetivo del ejercicio de combate aéreo era derribarlos cuando trataban de iniciar el ataque.

La escena había sido registrada desde el radar del E-2C «Hawkeye» en el que Robby había volado durante la batalla. Era la sexta vez que veía lo mismo, no le encontraba nada nuevo y le resultaba difícil concentrarse. Allí estaba otra vez el «Intruder», que se acoplaba con el cisterna para enfilar hacia Ecuador y desaparecer de la pantalla, justo antes de llegar a la costa. El capitán Jackson se acomodó en el asiento mientras continuaba la discusión. Avanzaron la cinta para saltar la fase de acercamiento; durante una hora observaron el combate propiamente dicho -que había sido muy breve, advirtió Jackson con preocupación- y la pasaron de nuevo. El jefe de la escuadrilla del *Ranger* estaba sumamente molesto por la desidia de los pilotos al formar sus aparatos para volver al buque. La mediocre organización

de los aviones de combate mereció algunos comentarios mordaces del oficial que detentaba el puesto al que Jackson aspiraba. Sus comentarios eran aleccionadores, a pesar de los términos poco académicos empleados por el oficial. Durante la discusión, la cinta siguió su avance hasta... sí, allí estaba otra vez el A-6 que volvía al portaaviones después de cumplir Dios sabe qué misión. Robby sabía que los oficiales no deben hacer especulaciones. Pero no podía negar lo que veía.

-Permiso, señor capitán.

Un suboficial le tendía una tablilla con dos papeles: un mensaje y su correspondiente acuse de recibo.

-¿Alguna novedad, Rob? -preguntó el jefe de la escuadrilla aérea.

-El almirante Painter quiere que me reúna con él en la academia en lugar de volver a Washington. Me imagino que quiere un informe preliminar sobre el resultado de mis maravillosas tácticas -respondió Jackson.

-No te preocupes, no te van a quitar los galones.

-No pensé bien en todos los detalles -dijo Robby, señalando la pantalla.

-A todos les sucede lo mismo.

Una hora más tarde se disipó el mal tiempo. El primer avión que despegó del *Ranger* fue el COD, que voló a Panamá a dejar la correspondencia y recoger varias cosas. El representante técnico lo esperaba, alertado por una señal inocua transmitida por un canal abierto. Leyó el mensaje y llamó al camarote del capitán de fragata Jensen.

Llevaron copias de la foto a «The Hideaway», pero como la testigo principal estaba en Alexandria; él mismo se la llevó.

Murray no preguntó sobre la procedencia de la foto. Mejor dicho, sabía que era una especie de telefoto tomada por la CIA, pero era mejor que no conociera los detalles: eso le hubieran dicho, si hubiese preguntado. Pero por fortuna no lo hizo, porque, en ese caso, tal vez no hubiera aceptado el argumento sobre la «necesidad de estar enterado».

Moira evolucionaba favorablemente. Ya no necesitaban atarla a la cama, pero seguía internada debido a ciertas secuelas de la sobredosis, que le habían afectado el hígado. Con todo, respondía bien al tratamiento. La encontró sentada en la cama: seguramente había recibido la visita de sus hijos, lo que, según Murray, era la mejor terapia. La versión oficial hablaba de una sobredosis accidental. Las autoridades del hospital sabían la verdad, pero la oficina de Prensa del FBI argumentaba que era un accidente porque no había ingerido una dosis mortal. El psiquiatra la visitaba dos veces al día y su pronóstico era favorable. El intento de suicidio, aunque real, había sido un acto impulsivo, no meditado. Con la terapia adecuada se recuperaría por completo. El psiquiatra pensaba que la idea de Murray la ayudaría en ese proceso.

-La encuentro mucho mejor. ¿Cómo están los chicos?

-Jamás volveré a hacer una cosa así -exclamó Moira Wolfe-. Soy una idiota, una egoísta.

-Ya le dije que un camión la había atropellado. -Murray se sentó junto a la cama y sacó la fotografía del sobre de papel manila-. ¿Reconoce el camión?

Ella la contempló durante varios minutos. La imagen no era nítida. Había sido tomada desde una distancia de tres mil metros, y, a pesar del lente de alto poder y de la recomposición computarizada, la imagen no tenía, ni por asomo, la nitidez de una fotografía de aficionados.

Pero la expresión del rostro no es el único detalle revelador. La forma de la cabeza, el peinado, la posición del cuerpo y de las manos, la inclinación...

-Es él -dijo-. Es Juan Díaz. ¿Cómo la consiguieron?

-Nos la envió otra repartición oficial -dijo Murray. Era la frase neutra con que se referían a la CIA-. Estaban vigilando un lugar, no sé dónde, y obtuvieron esta fotografía. Piensan que es nuestro hombre. Para que sepa, ésta es la primera foto que hemos podido obtener del coronel Félix Cortez, ex oficial del DGI. Por fin conocemos el rostro de este hijo de puta.

-Atrápenlo.

-Claro que lo haremos -asintió Murray.

-Sé que me tomarán declaración... que los abogados van a tratar de destrozarme. No hay problema, Mr. Murray. Haré lo que sea necesario.

Lo dice de veras, pensó Dan. No era la primera vez que la venganza ayudaba a salvar una vida, comprobó con satisfacción. Era un motivo más para vivir y curarse. Él se ocuparía de vengar a Moira y el FBI. El término oficial era retribución, pero no era el que los centenares de agentes asignados al caso empleaban.

A la mañana siguiente, al llegar a su despacho, lo primero que encontró fue una nota del juez Moore sobre su escritorio:

La convención termina esta noche. Tiene un pasaje reservado en el último vuelo de esta noche a Chicago. Mañana informará al gobernador Fowler. Esto se hace con todos los candidatos presidenciales. Adjunto las pautas para el informe y una copia del informe presentado en la campaña presidencial de 1984. Puede darle información «reservada» y «confidencial», pero no «secreta». Prepare una síntesis por escrito para antes de las 17 horas.

Eso le llevaría todo el día. Ryan telefoneó a su casa para avisar que esa noche no iría a dormir, y se puso a trabajar. Las preguntas a Ritter y Moore tendrían que esperar hasta el lunes. Además, Ritter pasaría la mayor parte del día en la Casa Blanca. Jack llamó a «Bethesda» para interesarse por la salud del almirante Greer y pedirle algún consejo. Para su sorpresa, éste le dijo que el informe anterior lo había presentado él mismo. La voz del viejo se había debilitado mucho desde su conversación anterior. No perdía el buen humor; pero, al escucharlo, Jack evocaba la imagen de un campeón de patinaje olímpico que se deslizaba sobre una capa de hielo delgada y quebradiza.

Librodot

XXI. EXPLICACIONES

Nunca había pensado que el COD era el avión que más volaba de toda la escuadrilla aérea del portaaviones, pero así era. Los movimientos de ese aparato a hélice, feo y lento, interesaban poco a un piloto que había «nacido» en un F-4N «Phantom-II» y poco después había ascendido a un F-14 «Tomcat». Hacía varias semanas que no pilotaba un avión de combate, y cuando subió al COD -cuya designación oficial, C-2A «Greyhound», era muy apropiada, porque era un verdadero perro-[42] resolvió que iría en secreto a la base del río Patuxent para pasar un par de horas en el aire con un avión de verdad. «Necesito ese aire fresco», pensó con una sonrisa para sus adentros. El COD iba a ser lanzado por la catapulta de estribor. Allí, Robby vio al A-6E «Intruder», el avión del jefe de escuadra, junto a la isla. A un lado de esa estructura había un sector estrecho, llamado «Criadero de Bombas», donde almacenaban y preparaban los explosivos. Era un sector bien situado, demasiado estrecho para dar cabida a un avión y muy cerca de la borda, a fin de poder arrojar las bombas al mar en caso de necesidad. Las bombas eran trasladadas en carretillas de ruedas pequeñas, y Robby tuvo tiempo de ver una, llevando una bomba azul, de «prácticas», al «Intruder». El artefacto tenía aquellos extraños accesorios para ser guiada a distancia por láser.

Así que esta noche tenemos un nuevo ejercicio -pensó Robby con una sonrisa-. *Métesela bien en el culo, Jensen.* Diez minutos más tarde el COD partió rumbo a Panamá. Desde allí, un avión de la Fuerza Aérea lo llevaría a California.

El avión, un DC-9 de la «American Airlines», sobrevolaba West Virginia. Era bastante menos cómodo que un avión VIP de la Fuerza Aérea, pero en esta ocasión no existía motivo para darle a Ryan esa clase de trato. Lo acompañaba un guardaespalda. Empezaba a acostumbrarse a ello. Era un agente que había sufrido un accidente: una fractura de cadera a causa de una caída. Cuando se recuperara, lo enviarían de vuelta a su sector, que era de Operaciones. Se llamaba Roger Harris, tenía algo más de treinta años, y a Jack le parecía un tipo bastante inteligente.

-¿Qué hacía antes de ingresar en la Agencia? -preguntó Jack.

-Bien, señor, yo...

-Me llamo Jack. Mi puesto no trae corona.

-Aunque no lo crea, era policía en Newart. Decidí que quería un trabajo menos arriesgado, así que solicité el ingreso. Y vea lo que me pasó -rió.

Había pocos pasajeros en el avión, y ninguno cerca de ellos. Además, el zumbido de los motores anulaba siempre los micrófonos.

-¿Dónde sucedió?

-En Polonia. Una cita que falló...; es decir, me pareció oler un problema, así que la anulé. Mi contacto escapó y yo me fui en otra dirección. A dos manzanas de la Embajada salté sobre una pared. Mejor dicho, traté de hacerlo. Apareció un gato, un pobre gato de albañal. Lo pisé, chilló, me caí y me rompí la cadera como una ancianita que se escurre en la bañera. -Hizo una mueca risueña-. El trabajo de espía no tiene nada que ver con las películas, ¿verdad?

Jack asintió:

-A mí me pasó algo muy parecido, algún día se lo contaré.

[42] Greyhound: galgo, lebrel.

Librodot

-¿En una misión? -preguntó Harris, sorprendido. Sabía que Jack era de Inteligencia, no de Operaciones.

-Es una historia divertidísima, lo juro. Lástima que por ahora no pueda contarla.

-Bien, ¿y qué le dirá a J. Robert Fowler?

-Eso es lo más divertido. Todo lo que voy a decirle, puede leerlo en los diarios. Pero no es oficial si no se lo decimos nosotros.

Pasó la azafata. El vuelo era demasiado corto para que les dieran de comer, pero Ryan pidió *cerveza para* los dos.

-No puedo beber cuando estoy de servicio, señor.

-Acabo de darle permiso especial -dijo Ryan-. No me gusta beber solo, y siempre lo hago cuando vuelo.

-Ya me habían dicho que no le gustaba andar por los aires -comentó Harris.

-Ese problema lo he superado ya -dijo Jack, casi sin mentir.

-Bien, ¿qué está ocurriendo? -preguntó Escobedo.

-Varias cosas -dijo Cortez en tono meditabundo. Quería demostrarle al *jefe* que, si bien no terminaba de comprender, empeñaba su impresionante talento analítico para hallar la respuesta correcta-. Creo que hay dos o tres grupos de mercenarios estadounidenses en las montañas. Como usted sabe, atacan los centros de elaboración, yo diría que con fines psicológicos. Los campesinos se muestran ya renuentes a ayudarnos. Esa gente se asusta con facilidad. Si las operaciones continúan tendremos problemas para elaborar la mercadería.

-¿Por qué dice que son mercenarios?

-Es un término técnico, *jefe.* Como usted sabe, mercenario es aquel que vende sus servicios por dinero; pero, en general, son servicios paramilitares. ¿Quiénes son? Sabemos que hablan español. Podrían ser ciudadanos colombianos, o argentinos desleales con su país. Recuerde que los norteamericanos emplearon elementos del Ejército argentino para entrenar a la *contra.* Son gente peligrosa, de la época de la Junta. Ahora que hay tantos disturbios en su país, tal vez decidieron trabajar de manera semipermanente con los estadounidenses. Es una posibilidad entre varias. Comprenda, jefe, que esta clase de operaciones deben realizarse sin que se pueda identificar a los responsables. Esta gente, quienquiera que sea, tal vez ni siquiera sabe para quién trabaja.

-Bueno, quienquiera que sea, ¿qué propone usted que hagamos?

-Cazarlos y matarlos a todos, claro está -dijo Cortez en tono práctico-. Necesitamos unos doscientos hombres armados, pero podemos reunir esa fuerza sin problema. Ya tengo exploradores por allí. Necesito su permiso para reunir a la gente y barrer la zona metro a metro.

-Lo tiene. ¿Qué me dice de la bomba?

-Cargaron cuatrocientos kilos de un explosivo de altísima potencia en la caja del camión. Un trabajo muy bien hecho, *jefe.* En cualquier otro vehículo hubiera sido imposible, pero ese camión...

-*Sí.* Cada neumático pesaba más que eso. ¿Quién lo hizo?

-Los norteamericanos y sus empleados, no, en absoluto -dijo Cortez con convicción.

-Pero...

-Piense un poco, *jefe* -dijo Félix-. ¿Quién podía tener acceso al camión?

Escobedo se tomó unos minutos para meditar. Viajaban en su enorme «Mercedes», un viejo 600 al que mantenía siempre en perfecto estado. El «Mercedes-Benz» es el automóvil preferido de los que tienen enemigos violentos. Vehículo pesado, provisto de un motor poderoso, estaba reforzado con más de quinientos kilos de kevlar en los puntos débiles, y sus ventanillas eran de policarbonato grueso, capaz de detener un proyectil de ametralladora de 30 milímetros. Sus neumáticos no contenían aire sino espuma de poliuretano para que una perforación no las desinflara, al menos de inmediato. En el interior del tanque del combustible había un reticulado metálico que si bien no podía impedir un incendio sí podía detener una explosión. A cincuenta metros de distancia lo precedían y seguían sendos «BMW» M3, vehículos ágiles, poderosos, llenos de hombres armados, a la manera de la escolta de seguridad de un jefe de Estado.

-¿Cree que es uno de los nuestros? -preguntó Escobedo al cabo de varios minutos.

-Es una posibilidad, *jefe* -dijo Cortez en un tono que decía algo más. Espaciaba sus revelaciones cuidadosamente, sin dejar de mirar los carteles indicadores al costado de la carretera.

-¿Quién?

-Eso debe responderlo usted, ¿no le parece? Soy oficial de Inteligencia, no detective. -Era una flagrante mentira, pero Escobedo, en su paranoia, lo creyó.

-¿Y los aviones derribados?

-También lo ignoro -dijo Cortez-. Alguien vigilaba las pistas. Tal vez eran paramilitares norteamericanos, pero para mí que son los mismos mercenarios que andan por las montañas. Diría que sabotearon los aparatos, tal vez con la complicidad de nuestros guardias. Antes de irse, mataron a los guardias para que no pudieran delatarlos y montaron las trampas cazabobos con el fin de crear la impresión de que había sucedido algo muy distinto. Una operación muy astuta, pero que hubiéramos podido aprovechar, si no fuera por los asesinatos en Bogotá.

Cortez tomó aliento antes de seguir.

-El ataque a los americanos en Bogotá fue un error, *jefe.* Les obligó a transformar una operación que era una simple molestia en algo que amenaza todas nuestras actividades. Han sobornado a un miembro de la organización para ejecutar su venganza por medio de las ambiciones o la ira de uno de sus colegas. -Cortez hablaba en el tono sereno y doctoral que alguna vez había empleado con sus superiores en La Habana, como un profesor a un alumno brillante. Hablaba a la manera de un médico, lo cual resultaba muy persuasivo para los latinos, personas propensas a la polémica pero que, por eso mismo, respetan al que sabe conservar la serenidad. Al reprochar a Escobedo la muerte de los americanos (al jefe no le gustaba que lo regañaran; Cortez lo sabía; Escobedo sabía que Cortez lo sabía), Félix no hacía más que mejorar su credibilidad-. Los norteamericanos lo han dicho públicamente, tal vez en un intento torpe de engañarnos al hablar de un ajuste de cuentas dentro de la organización. De paso, es un recurso típico de espías el usar la verdad para negar la verdad. Muy astuto, pero lo han usado demasiadas veces. Tal vez creen que la organización no conoce ese recurso, pero en la comunidad del espionaje, todos lo conocemos. -Esto último se lo acababa de inventar, pero estaba seguro de que parecía creíble. En todo caso, el efecto era el que deseaba. Escobedo miraba el paisaje, mientras se devanaba los sesos.

-Me pregunto quién...

-Eso sí que no lo sé. Tal vez usted y el señor Fuentes puedan descubrir algo esta noche. -Lo más difícil para Cortez era no traicionarse con un gesto. *El jefe* era astuto e implacable, pero si uno sabía cómo tratarlo, podía manejarlo como a un niño.

El camino seguía el fondo de un valle, junto a una vía ferroviaria. Ambos ocupaban el lecho de roca de un río de montaña. Desde el punto de vista táctico, no era para sentirse cómodo. Aunque Cortez no era soldado -apenas había recibido algunas clases de táctica paramilitar en las escuelas cubanas-, sabía que en terreno bajo se hallaba en desventaja. Desde las alturas eran visibles a gran distancia. Los carteles indicadores adquirían un significado nuevo, premonitorio. Félix conocía bien el coche. Lo había modificado una empresa líder en la fabricación de blindados, cuyos técnicos los sometían a controles periódicos. Cambiaban las ventanillas cada seis meses, porque la luz del sol alteraba la estructura cristalina del policarbonato, sobre todo en la zona del ecuador y en las tierras altas. Las ventanillas eran capaces de detener un proyectil 7.62 de la OTAN y las planchas de kevlar que revestían las portezuelas y la zona del motor eran a prueba de calibres todavía más gruesos. Estaba nervioso, aunque lograba ocultarlo por pura fuerza de voluntad.

-¿Quién será el que...? -preguntó Escobedo, justo cuando tomaba una curva cerrada.

Eran cinco parejas, de un cargador y un disparador. Estaban armadas con ametralladoras MG3 de fabricación alemana, recientemente importadas por el Ejército colombiano porque utilizaba el mismo proyectil 7.62 que su arma de infantería habitual, la G3, del mismo origen. Éstas habían sido «robadas» -en realidad, compradas a un sargento de arsenales ansioso por hacerse rico- de un depósito militar. La MG3 se basaba en la célebre MG-42 alemana de la Segunda Guerra Mundial; conservaba la velocidad de tiro de 1.200 proyectiles por minuto, o veinte por segundo. Las ametralladoras estaban emplazadas a treinta metros una de la otra. Dos apuntaban al coche delantero, dos al trasero, pero sólo una al «Mercedes». Cortez no confiaba en el blindaje del automóvil. Miró el reloj digital. Justo a tiempo. Los chóferes de Escobedo eran de primera. Pero Untiveros también contaba con sirvientes leales.

El cañón de cada arma llevaba en su extremo un accesorio cónico cuyo objetivo era proteger la vista del disparador, para que sus propios disparos no le cegaran. Lo que no se podía hacer era ocultar el fogonazo de la vista de los demás.

Todos abrieron fuego al unísona, cinco cilindros de llama blanca aparecieron a la derecha del camino. De la boca de cada cañón saltó una hilera de balas rastreadoras que permitía apuntar sin usar la mirada del arma.

Los ocupantes de los coches no escucharon el ruido de las armas, pero sí el impacto de los proyectiles..., al menos los que sobrevivieron al primer ataque.

El cuerpo de Escobedo se puso rígido como una barra de acero al ver cómo las rastreadoras atravesaban la carrocería del M-3 que llevaba la delantera. El blindaje de aquel coche no era grueso como el del suyo. Las luces traseras patinaron a derecha e izquierda, luego el vehículo salió del camino y rodó como un juguete. Antes de que eso sucediera, él y Cortez sintieron el impacto de veinte proyectiles en su coche. El ruido era el del granizo sobre un tejado de cinc. Pero eran balas, no granizo, que hacían impacto sobre acero y kevlar, no cinc. El conductor, hábil y alerta, giró el volante para esquivar el coche delantero y, al mismo tiempo, apretó el acelerador a fondo. El motor «Mercedes» de seis litros reaccionó al instante -estaba protegido por el blindaje-, duplicando en un segundo la potencia y el momento del giro y arrojando a los pasajeros contra los respaldos de los asientos. Escobedo giró la cabeza para mirar y tuvo la impresión de que los proyectiles que venían derechos a su rostro se detenían milagrosamente en las gruesas ventanillas que empezaban a romperse.

Cortez arrojó su cuerpo contra el de Escobedo y ambos cayeron al suelo del vehículo. No habían tenido tiempo para decir una sola palabra. En el momento del ataque, el automóvil corría a cien kilómetros por hora. Ahora su velocidad alcanzaba los ciento treinta, escapaba de la zona de fuego sin dar tiempo a los atacantes a apuntar. La carrocería había recibido más de cuarenta impactos. Cortez alzó la cabeza.

Sorprendido, advirtió que dos proyectiles habían hecho impacto en las ventanillas del lado izquierdo, desde adentro. Los atacantes eran demasiado buenos; habían acertado varias veces en las ventanillas blindadas. No había señales de la escolta. Félix tomó aliento. Acababa de ganar la apuesta más arriesgada de su vida.

-¡Toma la primera salida a cualquier parte! -gritó al conductor.

-¡No! -exclamó Escobedo-. Derecho a...

-¡Idiota! -Cortez lo ayudó a enderezarse-. ¡Quiere toparse con otra emboscada! ¡No se da cuenta de que nos esperaban para matarnos! *¡La primera salida!* -le gritó de nuevo al conductor.

Éste, que tenía alguna noción de táctica, apretó el freno y giró a la derecha. El coche se introdujo en un camino vecinal que penetraba entre los cafetales.

-Busca un lugar tranquilo y detente -ordenó Cortez.

-Pero...

-Esperan que tratemos de escapar, no que nos detengamos. Esperan que actuemos tal como los manuales de antiterrorismo dicen. Sólo un idiota hace lo previsible -comentó Cortez mientras se pasaba los dedos por el cabello para quitarse los fragmentos de ventanilla. Había sacado la pistola, pero ahora la guardaba otra vez en la sobaquera-. ¡José, eres un conductor de primera!

-No hay señales de la escolta -dijo el conductor.

-No me sorprende -repuso Cortez. Hablaba en serio-. *Jesús María,* esta vez, casi casi...

Escobedo era cualquier cosa menos cobarde. Miró los impactos de bala en la ventanilla, a unos centímetros de su cabeza. Dos de ellas habían atravesado el vehículo y estaban enterradas en el vidrio. El jefe extrajo una, que todavía estaba caliente.

-Debo hablar con el fabricante de las ventanillas -dijo con frialdad. Era consciente de que Cortez le había salvado la vida.

Lo más extraño era que tenía razón. Pero Cortez estaba más impresionado todavía por sus propios reflejos: aunque sabía lo que iba a suceder, había reaccionado con rapidez para salvar su propia vida. Hacía mucho que no se sometía a las pruebas de estado físico. En momentos como ése, el hombre más circunspecto se siente invencible.

-¿Quién estaba enterado de la visita a Fuentes? -preguntó.

-Ya veremos. -Escobedo asió el teléfono; pero Cortez se lo quitó antes de que pudiera marcar el número.

-Creo que sería un error, *jefe* -dijo-. Con el debido respeto, señor, deje que yo me ocupe de esto. Es un asunto para un profesional.

Escobedo nunca había sentido tanto respeto por Cortez como en ese momento.

-Tendrá su debida recompensa -le dijo a su fiel vasallo, lamentando en su interior haberlo tratado mal alguna vez y, peor aún, haber hecho caso omiso de sus buenos consejos-. ¿Qué haremos?

-José, busca un lugar alto desde el cual se domine la casa de Fuentes.

Minutos después, el conductor detuvo el coche en un camino alto, con vista al valle. Se detuvo y los tres bajaron. José inspeccionó el vehículo. Por fortuna, ni el motor ni los neumáticos habían sufrido daños. La carrocería requería un arreglo completo, pero podía maniobrar sin dificultad. José amaba ese coche, y aunque lamentaba los daños que había sufrido, no cabía en sí de orgullo por haber salvado la vida de los tres.

En el baúl llevaban armas -GR alemanes como los del Ejército, pero adquiridos legalmente- y un par de prismáticos. Cortez dejó que los otros tomaran los fusiles. Tomó los prismáticos y estudió la bien iluminada casa de Luis Fuentes, a unos diez kilómetros de ahí.

-¿Qué busca usted? -preguntó Escobedo.

-*Jefe,* si él ordenó el ataque, a estas alturas sabrá que fracasó y entonces habrá mucho movimiento. Si lo ignora todo, no habrá movimientos fuera de lo normal.

-¿Y los que nos dispararon?

-¿Cree que saben que escapamos? -Cortez meneó la cabeza-. No, no están seguros, y su primera reacción es descubrir si han tenido éxito, si el coche sólo se alejó un poco. José, ¿cuántas curvas has tomado hasta llegar aquí?

-Seis, señor, y hay muchos caminos -dijo el conductor. Armado con el fusil, parecía un tipo de cuidado.

-¿Comprende el problema, *jefe*? Si no tienen muchos hombres, hay demasiados caminos para recorrer. No son policías ni militares. Si lo fueran, no nos detendríamos. Las emboscadas como éstas, cuando fracasan... fracasan. Mire. -Le entregó los prismáticos. Era el momento de hacer un alarde de machismo. Abrió el coche y sacó un par de botellas de «Perrier», que a Escobedo le gustaba. Las destapó insertándolas en los orificios de bala en la tapa del baúl. José rió, y Escobedo admiró esa frialdad.

-El peligro me da sed -dijo Cortez, pasando las botellas a los otros.

-Hemos pasado una noche emocionante -asintió Escobedo, y dio un largo trago.

El capitán de fragata Jensen y su bombardero/navegante no podían decir lo mismo. La primera vez había sido emocionante, justamente por eso pero la segunda era un trabajo de rutina. El problema residía en que todo resultaba demasiado fácil. Cuando tenía veinte años, Jensen había sufrido ataques de misiles tierra-aire y de cañones antiaéreos orientados por radar: la experiencia de los norvietnamitas había sido una prueba para su coraje. Esta misión era tan emocionante como un viaje al correo, pero entonces se dijo que el correo suele transportar cosas importantes. La misión se cumplió de acuerdo con los planes. La computadora lanzó la bomba en el momento justo y el B/N apuntó la mira hacia el blanco. Esta vez, Jensen dejó que la mirada de su ojo derecho bajara a la pantalla del televisor.

-Me pregunto por qué tarda tanto Escobedo -dijo Larson.

-Tal vez ha llegado antes -musitó Clark con el ojo puesto en el ILT.

-Es posible -asintió su colega-. Mire, esa vez no hay coches estacionados cerca de la casa.

-Sí, bueno, esta mecha tiene un retraso de una centésima de segundo -dijo Clark-. Explotará justo al llegar a la mesa de conferencias.

A la distancia era más impresionante que visto de cerca, pensó Cortez. No vio caer la bomba ni escuchó el ruido del avión que la lanzó, lo cual era bastante extraño, pero vio el resplandor de la explosión mucho antes de escuchar el ruido. *Los norteamericanos y sus juguetes* -pensó-. *Son tan peligrosos.* Pero lo más peligroso era que poseían una fuente de información de primera, y Félix no tenía la menor idea de quién sería. Eso le preocupaba más que nada.

-Parece que Fuentes no tuvo nada que ver -dijo Cortez antes de escuchar el ruido.

- Si hubiéramos estado allí...

-Pero no estuvimos. Creo que es hora de alejarnos de este lugar, *jefe.*

-¿Qué es eso? -preguntó Larson. Dos faros de automóvil aparecieron a unos cinco kilómetros. No habían visto al «Mercedes» cuando se detuvo a estudiar el terreno. Estaban demasiado absortos en el blanco, pero Clark se fustigó mentalmente por no haber echado una mirada a su alrededor. Esa clase de error podía ser fatal, pero él lo había olvidado.

Apenas se apartaron los faros, Clark lo enfocó con el «Noctron». Era un enorme...

-¿Qué coche tiene Escobedo?

-El que usted quiera -dijo Larson-. Es como preguntar qué caballos hay el día del gran Derby. «Porsche», «Rolls Royce», «Mercedes»...

-Eso parecía una limusina enorme, «Mercedes» tal vez. Qué raro ver uno de ésos por aquí, ¿no? Bueno, vámonos a la mierda. Se acabaron las bombas para nosotros.

Ochenta minutos más tarde tuvieron que disminuir la velocidad. Ambulancias y patrulleros estacionados en la cuneta, y sus rojas luces giratorias iluminaban intermitentemente a los hombres uniformados. Junto al camino había dos «BMW» negros, volcados de costado. Parece que sus dueños tenían enemigos, pensó Clark. El tráfico era escaso pero, como en cualquier otro lugar del mundo donde existe el automóvil, los conductores pasaban muy lentamente para echar una mirada a la escena.

-Los volaron a la mierda -comentó Larson, pero Clark prefirió una evaluación más profesional.

-Proyectiles calibre treinta. Ametralladoras pesadas, casi a quemarropa. Una emboscada bastante profesional. Los coches son «BMW», modelo M3.

-Los más poderosos, ¿no? Hay que tener mucho dinero para..., entonces supone que...

-No tenemos margen para suposiciones. ¿Cuánto tardará en averiguar lo que sucedió?

-Dos horas a partir de que lleguemos.

-Está bien.

La Policía estudiaba los coches al pasar, pero sin registrarlos. Un agente iluminó la caja del «Subaru» con su linterna. Vio varios objetos raros, pero ninguno tenía el tamaño ni la forma de una ametralladora, así que lo hizo pasar rápidamente. El hecho no pasó inadvertido para Clark, que se puso a meditar sobre el asunto. ¿Sería el comienzo de la guerra entre narcos que esperaba detonar?

Robby Jackson tuvo que aguardar dos horas antes de abordar el C-141B de la Fuerza Aérea, que al reabastecerse de combustible parecía una especie de víbora alada verde. Transportaba unos sesenta soldados con sus pertrechos. El piloto de combate los contempló con una sonrisa divertida. Hacían el mismo trabajo que su hermano menor. Un mayor se sentó a su lado después de pedir permiso: el grado de Robby era superior al suyo.

-¿Qué unidad es ésta?

-Séptima ligera.

El mayor se acomodó en el asiento lo mejor que pudo y dejó el casco sobre sus piernas. Robby lo tomó para examinarlo. La forma era parecida a la del casco alemán de la Segunda Guerra Mundial. Era de kevlar cubierto de tela, y además llevaba un enredo de tiras de tela llenas de nudos, sujetas por medio de una banda elástica verde.

-Mi hermano usa uno de éstos. Qué pesado, ¿no? ¿Para qué sirve?

-Lo llamamos el repollo -sonrió el mayor sin abrir los ojos-. El kevlar es para impedir que un objeto cualquiera le rompa la cabeza, y las tiras distorsionan la silueta, con lo cual es más difícil verlo a uno en la selva. ¿Dijo que su hermano es uno de los nuestros, señor?

-Una joya nueva... teniente, o subteniente, creo... Está con... esteee..., los *ninjas,* ¿puede ser?

-El tercero de la decimoséptima. Primera Brigada. Yo estoy en la segunda, en Inteligencia. ¿Y usted?

-Por ahora, destinado al Pentágono. Cuando no estoy detrás del escritorio, soy piloto de combate.

-Es agradable trabajar sentado, ¿no? -observó el mayor.

-No tanto -rió Robby-. La única ventaja es que puedo irme a la mierda cuando la cosa se pone fea.

-Eso sí lo entiendo, señor. ¿Qué lo trajo a Panamá?

-Maniobras navales con el portaaviones. Estoy aquí como observador. ¿Y usted?

-Misión de entrenamiento de un batallón. Trabajamos en la selva y en el monte, casi siempre a cubierto.

-¿Tácticas de guerrillas?

-Algo así. Hicimos una operación de reconocimiento, para obtener información, montar un par de incursiones rápidas, y cosas así.

- ¿Cómo les fue?

-No tan bien como esperábamos -gruñó el mayor-. Nos quitaron nuestra mejor gente de algunos puestos clave. A ustedes le hacen lo mismo, creo. Los veteranos se van y llegan los nuevos, que necesitan tiempo para aclimatarse. Nuestras unidades de reconocimiento perdieron algunos de sus mejores hombres. Por eso nos entrenamos -subrayó el mayor-. Es algo que nunca termina.

-Para nosotros es distinto. Cuando formamos una unidad, no transferimos a nadie hasta que acabamos la misión.

-Siempre pensé que en la Armada eran más inteligentes que nosotros, señor.

-¿Es tan grave el problema? Mi hermano dice que le quitaron a un muy buen... ¿Jefe de pelotón, puede ser?

-A veces es muy grave. Yo tenía un sargento, un tal Muñoz. Nadie mejor que él para meterse en la selva a descubrir cosas. Un buen día desapareció, me dijeron que está en no sé qué operación especial. El que lo remplazó no es tan bueno como él. Bueno, así son las cosas. Uno acaba por aceptarlo.

Jackson trató de recordar dónde había escuchado el nombre de Muñoz, pero no pudo.

-¿Puedo conseguir transporte hasta Monterrey?

-Claro, señor, es muy cerca. ¿Quiere que lo llevemos? Le prevengo que no tenemos las mismas comodidades que la Armada.

-De vez en cuando hacemos un poco de austeridad, mayor. Una vez pasaron tres días sin que me cambiaran las sábanas, y la misma semana nos dieron salchichas para la cena. Ese viaje fue un horror, no lo olvidaré jamás. Me imagino que los jeeps del Ejército están climatizados, ¿no?

Se miraron y soltaron la carcajada.

Alojaron a Ryan en una *suite* justo encima de la que ocupaba la comitiva del gobernador. Para su sorpresa, el candidato la pagó con los fondos de su campaña. Así facilitaba la tarea de seguridad. Le habían asignado a Fowler todo un equipo oficial de guardias de seguridad, que conservaría hasta el día de las elecciones, y, si las ganaba, durante cuatro años más. Era un hotel cómodo, moderno, con gruesos suelos de hormigón que, sin embargo, no lograban aislar los ruidos de las fiestas en el piso de abajo.

Al salir de la ducha, escuchó los golpes en la puerta. Se puso el albornoz con el logotipo del hotel bordado en el bolsillo y fue a abrir. Se encontró frente a una mujer de unos cuarenta años, vestida con gran elegancia: toda de rojo, el color de moda en los círculos del «poder». Jack, que no sabía nada de moda femenina, se preguntaba qué efecto tenía el color sobre otro sentido que no fuera el de la visión.

-¿Es usted el doctor Ryan? -preguntó, en un tono que despertó la inmediata antipatía de Jack, como si fuera la portadora de una enfermedad.

-Lo soy. ¿Quién es usted?

-Soy Elizabeth Elliot.

-Doctora Elliot -dijo Jack. Tenía cara de *doctora*-. Estoy en falta, ya que no sé quién es usted.

-Asistente del asesor en política exterior.

-Ajá. Bueno, adelante. -Ryan abrió la puerta de par en par. Debería haber sospechado que se hallaba frente a la célebre «E.E.», profesora de ciencias políticas en Bennington, con unas ideas de geopolítica que Lenin, al lado de ella, parecía Teodoro Roosevelt. Giró y dio varios pasos antes de observar que ella no lo seguía-. ¿Quiere pasar o no?

-Pero usted no está vestido. -Pasaron diez segundos antes de que volviera a abrir la boca.

Jack se secaba el cabello en silencio. Sentía más curiosidad que otra cosa.

-Sé quién es usted -dijo ella, desafiante. Jack se preguntó a quién desafiaba. En todo caso, había sido un día muy largo y todavía no se adaptaba al cambio de horario de su viaje a Europa, al que se sumaba el haber cruzado un huso horario más. De ahí su respuesta.

-Vea, doctora, me estaba duchando. Tengo dos hijos y esposa, que, dicho de paso, es graduada de Bennington. No soy un mujeriego al estilo James Bond. Si quiere decirme algo, tenga la bondad de hacerlo. Hace una semana que trabajo sin descanso. Quiero irme a dormir.

-¿Siempre es tan grosero?

¡Joder!

-Doctora Elliot, si usted quiere jugar en primera división en Washington, lo primero que ha de saber es que no debe andarse con rodeos sino ir derecha al grano. Si quiere decir algo, hágalo. Si quiere preguntar, pregunte.

-¿Qué diablos están haciendo en Colombia?

-No comprendo -dijo Jack, bajando el tono.

-Sí que comprende. A mí no me engaña.

-Siendo así, tenga la bondad de refrescarme la memoria.

-Acaban de reventar a otro jefe del narcotráfico -dijo ella, con una mirada nerviosa a izquierda y derecha del corredor. Tal vez temía que la tomaran por una prostituta negociando

el precio con un cliente. Eso era frecuente en los congresos políticos, y E.E. no carecía de atractivos físicos.

-No tengo conocimiento de que semejante operación haya sido realizada por el Gobierno de Estados Unidos o de otro país. Dicho de otra manera, la información que poseo sobre el tema de su inquietud es nula. No soy omnisciente. Créalo o no, el hecho de trabajar en la CIA no significa que uno esté al tanto de cuanto sucede en cada roca, colina y charco que hay en el mundo. ¿Qué dicen los informativos?

-Pero se supone que usted sabe... -protestó Elizabeth Elliot, perpleja.

-Doctora Elliot, hace dos años, usted escribió un libro sobre el enorme poder de penetración de la CIA, que me recordó un viejo chiste judío. Resulta que, en la época zarista, un campesino de lo más pobre, que sólo poseía dos pollos y un caballo medio cojo, está leyendo un periódico antisemita, de esos que acusan a los judíos de esto, aquello y lo de más allá. Un vecino le pregunta: «¿Por qué lees eso?». Él responde: «Me gusta saber lo poderoso que soy». Sepa perdonarme, pero eso es lo que me pareció su libro: un uno por ciento de información, y un noventa y nueve por ciento de insultos. Si quiere saber de veras qué podemos hacer o no hacer, puedo darle alguna información, dentro de los límites de confidencialidad. Le aseguro que se sentirá tan decepcionada como yo. Ojalá fuéramos la mitad de poderosos de lo que usted cree.

-Pero usted ha matado.

-¿Se refiere a mí, en persona?

-¡Sí!

Tal vez ése era el motivo de su hostilidad.

-Sí, he matado. Quizás en alguna ocasión quiera preguntarme si tengo pesadillas. -Ryan hizo un pausa-. ¿Es motivo de satisfacción para mí? No. ¿Pienso que hice bien? Sí. ¿Por qué? Porque en esos momentos, yo, mi esposa, mi hija y otros inocentes corríamos peligro. Tuve que hacerlo para defender esas vidas. Creo que usted conoce los hechos.

Eso no le interesaba a la Elliot.

-El gobernador lo espera a las ocho y cuarto.

Seis horas de sueño, pensó Ryan.

-Allí estaré -dijo.

-Le va a preguntar sobre Colombia.

-Entonces, le anticipo la respuesta para que quede bien con su jefe: no sé nada.

-Doctor Ryan, si él gana las elecciones, usted...

-¿Me quedo sin puesto? -Jack esbozó una amable sonrisa-. Doctora Elliot, esto parece el diálogo de una mala película. Si su hombre gana, usted tendrá el poder de echarme. Permítame explicarle lo que eso significa.

»Tendrá usted el poder de privarme de dos horas y media de viaje en coche cada día hábil; quitarme de un trabajo arduo y tenso, que me mantiene alejado de mi familia; de obligarme a llevar un tren de vida acorde con mis ingresos de hace diez años, mucho más elevados que los actuales; de obligarme a retomar los libros y la cátedra universitaria, y, de paso, le recuerdo que para eso obtuve mi doctorado en Historia-Doctora Elliot, he visto cómo hombres armados con ametralladoras apuntaban a mi esposa y mi hija, y he sobrevivido a esa amenaza. Si quiere amenazarme, le digo desde este mismo instante que el despido no es suficiente. La veré por la mañana, pero debo advertirle que sólo presentaré mi informe al gobernador Fowler.

Librodot

Tengo orden de que nadie más esté presente. -Cerró la puerta con doble llave. Había bebido demasiado en el avión, pero nadie lo había provocado antes hasta ese grado.

La doctora prefería la escalera al ascensor. Fue en busca del asesor principal del gobernador Fowler, que a diferencia del resto de la comitiva, estaba perfectamente sobrio y ya empezaba a planificar una campaña que comenzaría al cabo de una semana, en lugar de esperar hasta setiembre, según la costumbre.

-¿Y bien? -le preguntó a E.E.

-Dice que no sabe nada, pero creo que miente.

-¿Qué más? -preguntó Arnold van Damm.

-Es una persona arrogante, ofensivo e insultante.

-Entonces es como tú, Beth.

Rieron. No sentían mutua estima, pero en las campañas políticas se forman las alianzas más extrañas. El director de campaña leía un informe sobre Ryan escrito por el diputado Albert Trent, presidente de la Comisión Parlamentaria de Supervisión de las Actividades de Inteligencia. E.E. no conocía el informe. Ella le había dicho algo que ya sabía (aunque no entendía bien de qué se trataba): una vez, en una reunión en Washington, Ryan se había enfrentado a Trent y lo había llamado marica en público. Trent no era hombre que perdonara u olvidara un insulto. Tampoco era generoso con los elogios. Pero en su informe sobre Ryan abundaban términos tales como *inteligente, valiente y honesto. ¿Qué diablos significa esto?,* se preguntó Van Damm.

Chávez estaba seguro que no habría contacto, como en las dos noches anteriores. Habían salido al anochecer y acababan de pasar por otro centro de elaboración, o lo que quedaba de él. La tierra desteñida por el ácido derramado, las pisadas, los residuos, todo indicaba la presencia del hombre, pero no esa noche ni las dos anteriores. Era de esperar, pensó *Ding.* En todos los manuales que había leído y en las clases a las que había asistido se subrayaba que las operaciones de combate eran una demente mezcla de hastío y terror: aquél, porque no sucedía nada durante la mayor parte del tiempo; éste, porque podía suceder en cualquier momento. Ahora comprendía por qué los hombres se volvían descuidados en campaña. Durante los ejercicios, uno sabía que..., que algo iba a ocurrir. El Ejército no perdía mucho tiempo en ejercicios sin contacto. El tiempo era muy caro. Y ahora se enfrentaba al hecho fastidioso de que las operaciones de combate verdaderas eran menos *emocionantes* que las de entrenamiento, pero infinitamente más peligrosas. Ese dualismo le provocaba fuertes dolores de cabeza.

Y estaba harto de los dolores. Tomaba dos cápsulas de «Tylenol» cada cuatro horas debido a las molestias musculares, los esguinces menores... la tensión y el estrés. El joven aprendía que la combinación del ejercicio arduo con estrés mental envejecía rápidamente al hombre. En verdad, su cansancio no era mayor que el de un oficinista al cabo de una jornada un poco más larga que lo habitual, pero la misión y el ambiente conspiraban para magnificar todas las sensaciones. La alegría y la tristeza, la euforia y la depresión, el miedo como la omnipotencia: todas eran más fuertes aquí que allí. En una palabra, las operaciones de combate no eran entretenidas. Pero entonces, ¿por qué sentía que le gustaba...? No, la sensación era otra... ¿cuál? Chávez sacudió la cabeza para despejarla. Esas ideas afectaban su concentración.

Ésa era la respuesta, aunque no lo sabía. *Ding* Chávez era un combatiente nato. Así como un cirujano traumatólogo no sentía el menor placer al ver los huesos quebrados de la víctima de un accidente, Chávez hubiera preferido encontrarse en una confitería con una muchacha bonita, o en un estadio de béisbol con sus amigos. Pero el cirujano sabía que sus conocimientos en el quirófano eran los que salvaban la vida del paciente, y Chávez era

Librodot

consciente de que su destreza como hombre de avanzadilla eran cruciales para el éxito de la misión. Durante una misión, todo estaba perfectamente claro. Había momentos de confusión, pero, en cierto extraño sentido, también eran claros. Sus sentidos se extendían hacia los árboles como un radar, filtraban los trinos de los pájaros y el susurro de las hojas, salvo cuando esos ruidos transmitían un mensaje especial. En su mente, la paranoia y la confianza estaban perfectamente equilibradas. Él era un arma de su país. Lo sabía, y a pesar del miedo, el hastío que lo acosaba, la lucha por mantener la concentración y la preocupación por sus camaradas, Chávez era una máquina viva y pensante, cuyo único fin era destruir a los enemigos de su patria. Se trataba de una tarea ardua, y él era el hombre indicado.

Pero esa noche no había nada que encontrar. Los rastros estaban fríos. Los centros de elaboración, abandonados. Chávez llegó a un punto de reunión y esperó a que el resto de la unidad lo alcanzara. Se quitó las gafas de visión nocturna -que en todo caso no se usaban durante todo el tiempo- y bebió un largo trago de agua. Era fresca y deliciosa, el agua de los arroyos de montaña.

-Nada en absoluto, mi capitán -le dijo a Ramírez cuando el oficial se detuvo a su lado-. No he visto ni oído nada.

-¿Alguna senda o camino?

-Nada que no estuviera abandonado desde hace dos o tres días.

Ramírez sabía determinar si una senda era transitada o no, pero no con tanta precisión como el sargento Chávez. Soltó el aliento en una forma que pareció casi un suspiro de alivio.

-Bueno, emprendamos la vuelta. Dos minutos de descanso, y en marcha.

-Entendido. Esteee... mi capitán.

-¿Sí, *Ding*?

-Me parece que por aquí ya no pasa nada más.

-Puede que tenga razón, pero esperemos un par de días para estar seguros -dijo Ramírez. De alguna manera sentía gran alivio de que no hubiera tenido contacto con el enemigo después de la muerte de Rocha, pero ese sentimiento bloqueaba ciertas señales de alerta que debiera haber percibido. La emoción le decía que todo marchaba bien, pero la inteligencia y el análisis le hubieran indicado que algo iba mal.

Tampoco Chávez lo advertía. Había una especie de murmullo en la periferia de su conciencia, como la extraña calma que precede a un terremoto o las primeras nubes en un horizonte despejado. La juventud y la inexperiencia no le permitían ser consciente de ello. Tenía el talento necesario. Era el hombre indicado para su puesto, pero le faltaba experiencia. Y tampoco era consciente de eso.

En todo caso, el momento de partir había llegado. Subieron por la ladera, lejos de las sendas y de los lugares por donde habían bajado, preparados para cualquier peligro inmediato, pero ciegos ante un peligro que no por lejano era menos claro.

El aterrizaje del C-14B fue bastante duro, pensó Robby, aunque dio la sensación de que los soldados no lo advertían. Por el contrario, estaban dormidos y hubo que despertarlos. Jackson rara vez dormía mientras viajaba en avión. Consideraba que era un mal hábito para un piloto de combate. El aparato de transporte aminoró la velocidad y se deslizó tan pesadamente como un caza en la pista de un portaaviones, hasta que se detuvo y se abrieron las puertas herméticas de la cola.

-Venga conmigo, capitán -dijo el mayor. Se levantó y asió su mochila, que parecía muy pesada-. Mi esposa ha traído el coche.

-¿Y cómo ha regresado a su casa?

-Se ponen de acuerdo entre las esposas. Así, el jefe del batallón y yo tenemos tiempo para analizar la operación en el viaje a Ord. Lo dejaremos en Monterrey.

-¿Pueden llevarme directamente al cuartel? Me alojaré con mi hermano.

-Quizás esté de maniobras.

-¿Un viernes por la noche? Correré ese riesgo.

En realidad, tenía otros motivos. Hacía años que Robby no conversaba con un oficial del Ejército. Como capitán de navío, estaba a un paso del almirantazgo. Si optaba por dar ese paso -Robby era tan confiado como cualquier piloto de combate, pero el salto de capitán de navío a contraalmirante es el más peligroso de toda la carrera naval-, un poco más de conocimiento no le vendría nada mal. Con ello sería mejor oficial superior, y, después de su próximo destino en un portaaviones, le correspondía volver al Estado Mayor.

-De acuerdo.

El viaje de dos horas de la base aérea Travis hasta Fort Ord -cuya pista es demasiado pequeña para que un avión de transporte pueda aterrizar- resultó interesante y Robby tuvo suerte. Fueron dos horas de intercambiar anécdotas navales por militares y enterarse de cosas que jamás había sospechado. Al llegar se encontró con Tim, que volvía de una larga noche de juerga. El hermano mayor aceptó dormir en el sofá. Desde luego que no estaba habituado a semejantes sacrificios, pero pensó que sobreviviría.

A la hora indicada, Jack y su guardaespaldas se presentaron en la *suite* del gobernador. No conocía a los agentes, pero lo esperaban, y sólo le pidieron sus credenciales de la CIA. Era una tarjeta plastificada del tamaño de un naipe, con fotografía y número, pero sin nombre, que solía llevar colgada como una especie de medalla religiosa. En esta ocasión, la guardó en el bolsillo después de mostrarla a los agentes.

Iba a presentar su informe en esa gran institución política que era el desayuno de trabajo. Desde el punto de vista social, el desayuno tenía menos relevancia que el almuerzo, y ni que hablar de la cena, pero se lo consideraba un asunto de gran importancia, un asunto serio.

Su excelencia J. (por Jonathan, nombre que detestaba) Robert (llámenme Bob) Fowler, gobernador de Ohio, tenía algo más de cincuenta años. Al igual que el Presidente, había sido fiscal y tenía una trayectoria impresionante como guardián de la ley. La fama de haber eliminado a la mafia de Cleveland le había servido para cumplir seis mandatos en la Cámara de Representantes, pero no había manera de saltar de ésta a la Casa Blanca, y las bancas de senador de su Estado no estaban en juego. Por eso, seis años antes, había ganado las elecciones a gobernador, y todos coincidían en que su gestión había sido efectiva. Veinte años antes se había fijado su gran meta política, y acababa de llegar a la gran final,

Era un hombre alto, esbelto, de ojos y cabello castaños, con algunas canas en las sienes. Estaba muy cansado. El país es muy exigente con sus candidatos presidenciales. El campo de entrenamiento de los *marines* es cosa de niños al lado de la campaña electoral. Tenía unos veinte años más que Jack, y desde hacía seis meses sobrevivía a base de café y de la comida insalubre que sirven en las cenas políticas. Sin embargo, reía todos los chistes malos contados por personas que le desagradaban y, lo más notable, era capaz de repetir el mismo discurso cuatro veces al día sin que el mensaje perdiera su frescura y espontaneidad. Según Ryan, sabía tanto de política exterior como él de la teoría general de la relatividad de Einstein, que no era mucho.

-El doctor John Ryan, supongo. -Fowler alzó la vista del diario matutino.

-Sí, señor.

-Perdone que no me levante. Me torcí el tobillo la semana pasada y el hijo de puta me duele como los mil demonios -dijo Fowler, señalando el bastón a su lado. Jack no había visto el bastón en los informativos de la mañana. Había aceptado la candidatura, bailando por todo el escenario..., con esguince. Era un hombre con agallas. Jack se acercó para estrecharle la mano.

-Me han dicho que usted es el subdirector de Inteligencia en ejercicio.

-Disculpe, gobernador, el título exacto es subdirector de Inteligencia, es decir, que soy el jefe de una de las direcciones principales de la CIA. Las demás son Operaciones, Ciencia y Tecnología y Administración, o Admin, como la llaman en la jerga. Los de Operaciones salen a buscar información a la antigua usanza, son los verdaderos espías. Los de C y T manejan los programas vía satélite y toda lo que tiene que ver con la ciencia. Los de Inteligencia tratamos de interpretar la información que los de Operaciones y C y T nos consiguen. Ese es mi trabajo. El SDI titular es el almirante James Greer, que...

-Lo sé, y lo lamento mucho. Se comenta que es una excelente persona. Sus enemigos dicen que es un hombre íntegro: creo que mejor elogio no hay. ¿Desayunamos? -Fowler reunía las condiciones más importantes del político. Era amable y encantador.

-Con mucho gusto. ¿Le ayudo?

-Gracias, no es necesario. -Fowler se levantó apoyándose en el bastón-. Usted ha sido *marine,* corredor de la Bolsa y profesor de Historia. Mi gente... mejor dicho, mis fuentes -sonrió- dicen que usted escaló posiciones en la CIA muy rápidamente, pero no se explican la causa. Los diarios tampoco, lo cual me parece extraño.

-Guardamos algunos secretos, gobernador. Hay ciertas cosas que usted querrá saber pero sobre las que no puedo hablar, y, en todo caso, en lo que se refiere a mí, tendrá que preguntar a otros. No soy objetivo.

El gobernador asintió con una amable sonrisa.

-Usted y Al Trent tuvieron un enfrentamiento muy duro hace algún tiempo, pero se sonrojaría si supiera lo que él dice de usted. ¿A qué se debe?

-Eso deberá preguntárselo a Mr. Trent.

-Lo hice, pero no quiso contestar. La verdad es que no siente demasiada estimación por usted.

-Perdone, señor, pero no puedo hablar de eso. Ya se enterará si gana las elecciones. -¿Cómo explicarle que Al Trent había ayudado a la CIA a montar la deserción del jefe de la KGB, para vengarse de los que habían enviado a un ruso amigo suyo a los campos de trabajos forzados? Y si pudiera contarlo, ¿quién lo creería?

-Y a Beth Elliot la puso realmente furiosa.

-¿Qué prefiere, señor? ¿Que le hable como político, que no soy, o que le diga lo que siento?

-Prefiero esto último, hijo. Es uno de los placeres menos frecuentes para un hombre en mi posición -dijo Fowler, pero el mensaje no llegó a Ryan.

-La señora Elliot es una persona grosera y altanera. No me gusta que me presionen. Tal vez le debo una disculpa, pero ella también me la debe.

-Quiere que le rompa a usted el culo a patadas, y eso que todavía no estamos en campaña -rió Fowler.

-No es de ella, gobernador. Podrá tratar de patearlo, pero no lo conseguirá.

-Jamás se postule para un puesto electivo, doctor Ryan.

-Espero que no me interprete mal, señor, pero le aseguro que jamás me sometería a las pruebas que la gente como usted tiene que soportar.

-¿Le gusta ser funcionario de Gobierno? Es una pregunta, no una amenaza -añadió rápidamente.

-Hago este trabajo porque me parece importante y porque creo que soy eficiente.

-O sea, ¿que el país lo necesita? -sonrió el candidato, y el SDI en ejercicio alzó la vista rápidamente-. Pregunta difícil, ¿verdad? Si responde que no, entonces debería dejar el puesto a otro que lo haga mejor. Si responde que sí, es un soberbio hijo de puta que se cree el mejor. Espero que esto le sirva de algo, doctor Ryan. Es mi consejo del día. Ahora quiero conocer el suyo. Explíqueme el mundo... es decir, su visión del mundo.

Jack sacó sus apuntes y habló durante algo menos de una hora. El tiempo justo para dos tazas de café. Fowler sabía escuchar, y sus preguntas era penetrantes.

-Si lo he entendido bien, usted ignora las intenciones de los soviéticos. Creo que conoce al Secretario General...

-Bien... -Ryan se interrumpió-. Señor, no puedo..., esto es... he estrechado su mano dos veces, en recepciones diplomáticas.

-Y en algunas otras ocasiones de las que no puede hablar. ¿Me equivoco? Muy interesante. Usted no es político, doctor Ryan. Su primer instinto es decir la verdad antes de pensar la mentira. Según dice, la situación mundial es bastante positiva.

-Recuerdo situaciones mucho peores, gobernador -dijo Jack, agradecido por el cambio de tema.

-Entonces, ¿qué tiene de malo mi propuesta de distender la situación mediante un desarme parcial?

-Creo que todavía no es el momento.

-Yo creo que sí.

-En eso, disentimos, gobernador.

-¿Qué está pasando en Sudamérica?

-No lo sé.

-¿Qué significa su respuesta: que no sabe qué estamos haciendo, o que no sabe si estamos haciendo algo o que sí sabe qué estamos haciendo, pero le han ordenado no comentarlo?

Habla como un abogado.

-Como dije ayer a la doctora Elliot, desconozco el tema por completo. Es la pura verdad. Ya le he mencionado algunos temas que conozco, pero sobre los que no puedo hablar.

-Me parece muy extraño, dado que tiene un puesto tan alto.

-Es que cuando los sucesos comenzaron, yo estaba en una reunión de Inteligencia de la OTAN, en Europa. Soy especialista en cuestiones soviéticas y europeas.

-En su opinión, ¿cómo debemos responder al asesinato del director Jacobs?

-En abstracto, yo diría que debemos responder con la fuerza al asesinato de cualquier ciudadano, más aún en un caso como éste. Pero estoy en la dirección de Inteligencia, no en la de Operaciones.

-¿Eso incluye el asesinato a sangre fría?

-Si el Gobierno decide que es necesario matar a ciertas personas en aras del interés de la nación, me parece que eso está fuera de la definición legal del asesinato.

-Una posición interesante. Prosiga.

-Nuestro Gobierno funciona de manera tal, que semejante decisión debe ser... debe reflejar los deseos del pueblo; es decir, lo que el pueblo haría si tuviera acceso a la información de que disponen los responsables de tomar las decisiones. Por eso las operaciones clandestinas son supervisadas por el Congreso: para asegurarse de que son apropiadas y para despolitizarlas.

-Dicho de otra manera, esa clase de decisión depende de que hombres sensatos tomen la decisión sensata de... asesinar.

-Es una simplificación excesiva, pero sí, diría que así es.

-No estoy de acuerdo. El pueblo estadounidense es partidario de la pena de muerte. Eso está mal. Con ello nos rebajamos, traicionamos los ideales de la nación. ¿Qué me dice usted?

-Creo que se equivoca, gobernador. Pero yo no formulo la política del Gobierno sino que reúno información para los que lo hacen.

-Aclaremos bien esto -el tono de voz de Fowler sonó alterado-, sólo para saber qué pensamos. Me habían dicho la verdad, doctor Ryan: usted es un hombre honesto. Pero, a pesar de su juventud, sus ideas reflejan el pasado. La gente como usted sí formula la política, al orientar sus análisis en determinadas direcciones, elegidas por ustedes mismos... ¡espere, no se altere! -Fowler alzó la mano-. No pongo en duda su integridad. Usted realiza su trabajo de acuerdo con su leal saber y entender, pero decir que no formula la política del Gobierno es un soberano disparate.

Ryan se sonrojó violentamente y muy a pesar suyo. Fowler no ponía en tela de juicio su integridad, sino la segunda estrella de su amor propio: la inteligencia. Quería responder con un insulto, pero no podía.

-Ahora me dirá que si yo supiera lo que usted sabe, pensaría distinto. ¿Acierto? -preguntó Fowler.

-No, señor. No me gusta ese argumento. Huele y suena a mierda pura, y lo es. Usted tiene dos caminos: creer en mí o no creer. Todo lo que puedo hacer es intentar persuadirle, no convencerle. Es posible que yo me equivoque a veces; pero todo lo que puedo hacer es darle lo mejor que tengo, ¿me permite, señor?

-Adelante.

-El mundo no es siempre lo que desearíamos que fuese, pero deseamos que no cambie.

Fowler se estaba divirtiendo.

-O sea, que yo debería escucharle aun cuando esté equivocado. ¿Y qué ocurriría si yo supiera que usted se equivoca?

Hubiera podido iniciar una discusión filosófica apasionante, pero Ryan sabía que lo habían derrotado. Noventa minutos perdidos. Lo intentaría por última vez.

-Gobernador, hay tigres ahí fuera, en el mundo. Mi hija estuvo al borde de la muerte, en un hospital, porque un hombre que me odiaba trató de matarla. Fue horrible, deseé con toda el alma que no hubiera sucedido, pero eso no sirvió. Fue una lección muy dura. Espero que no tenga que aprenderla.

-Gracias. Buenos días, doctor Ryan.

Ryan juntó sus papeles y salió. Creyó recordar vagamente un versículo de la Biblia. Había sido pesado en una balanza y hallado falto por el hombre que tal vez sería el próximo

Presidente de su país. Pero lo más inquietante era su propia reacción. *Que se joda.* Con ello, ratificaba lo que Fowler pensaba: era un tonto.

-¡Arriba, hermano mayor! -exclamó Tim Jackson. Robby abrió un ojo: Timmy se había puesto su uniforme multicolor y sus botas-. Hora de salir a correr.

-Aún recuerdo cuando te cambiaba los pañales.

-Si quieres hacerlo ahora, primero tendrás que alcanzarme.

El capitán de navío Jackson sonrió con malicia. Era maestro de artes marciales, y estaba en un buen estado físico.

-¿Quieres hacer la prueba?

Dios castiga la soberbia, pensó el capitán Jackson quince minutos más tarde. Una caída no le hubiera venido mal: así descansaría un par de segundos. Tim advirtió su cansancio y disminuyó la velocidad del trote.

-Has ganado -jadeó Robby-. No volveré a cambiarte los pañales.

-Si apenas hemos corrido tres mil metros.

-Pero la cubierta del portaaviones mide menos de trescientos.

-Sí, y correr sobre la planchada de acero es malo para las rodillas. Vuelva y prepare el desayuno, señor. Todavía me faltan tres kilómetros.

-Entendido, mi teniente. -*¡Pero no te hagas el vivo, que soy maestro de karate y te puedo romper el culo a patadas!,* pensó Robby.

Cinco minutos después llegó al alojamiento de oficiales. Varios de éstos salían a correr o volvían a desayunar, y, por primera vez en su vida, Robby Jackson sintió que se estaba volviendo viejo. No le pareció justo. Era uno de los capitanes de navío más jóvenes de la Armada, y un excelente piloto de combate. También sabía preparar un excelente desayuno, como Timmy comprobó al volver.

-No te aflijas, Rob. Ésta es mi especialidad, la tuya, pilotar aviones.

-Calla y bebe el jugo.

-¿Dónde diablos has estado?

-A bordo del *Ranger,* es un portaaviones. Supervisando unas maniobras frente a Panamá. Mi jefe viene a Monterrey esta tarde, debo reunirme con él.

-Así que estuviste donde caen las bombas -comentó Tim mientras untaba la tostada con mantequilla.

-¿Otra más? -preguntó Robby. Pensándolo bien, tenía sentido.

-Parece que limpiamos otro narco. Es bueno ver que la CIA o alguien en el Gobierno tiene las bolas bien puestas, para cambiar. Ahora me gustaría saber cómo logran meter las bombas allá.

-¿A qué te refieres? -preguntó Robby. Algo andaba mal.

-Sé lo que está pasando en el Sur, Robb. Hay gente nuestra allá abajo.

-Tim, no tengo la menor idea de lo que me estás hablando.

El subteniente de Infantería Timothy Jackson se inclinó sobre la mesa del desayuno con aire de conspirador, a la manera de los oficiales subalternos:

-Oye, sé que es *top secret y* todo lo que quieras, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta, ¿no? Uno de mis hombres está allí. Piensa un poco, hermano. Uno de mis mejores hombres desaparece, no lo encuentro donde debería estar... ¡joder!, donde el Ejército cree que está. Es un hispano. Lo mismo que otros que desaparecieron, como Muñoz, León, otros más que me enteré. Todos hispanos, ¿lo ves? Y, de repente, caen bombas sobre aquellos bananeros. Lo que me gustaría saber es quién puso las bombas. Entonces, como he dicho antes, no hace falta ser un genio para darse cuenta.

-¿A quién le has hablado de esto?

-A nadie, ¿para qué? Me preocupa Chávez. Es uno de mis hombres, un soldado de primera, pero me preocupa un poco. Es un jodido buen soldado. Ahora, si él quiere matar narcos, me parece perfecto. Pero me interesa saber cómo pusieron las bombas. Algún día me va a ser útil. Estoy pensando en pasar a Operaciones especiales.

La Armada puso las bombas, hermanito, dijo una voz estentórea dentro de su cerebro.

-¿Pero se habla mucho de eso por ahí?

-Cuando la primera bomba cayó, a todos les pareció muy bien. Lo que nadie dice, por más que algunos lo piensen, es que los nuestros se encuentran allí. Cuestión de seguridad, ¿no?

-Claro que sí.

-Tú conoces a un alto jefe de la CIA, ¿verdad?

-Más o menos. Soy el padrino del hijo.

-Dile de nuestra parte que cuantos más narcos maten, mejor.

-Lo haré -dijo Robby. Tenía que ser una operación de la CIA, y de las más «negras». Pero no era tan negra como debía. Si un pichón apenas salido de West Point era capaz de darse cuenta... Los del depósito de bombas en el *Ranger,* los oficiales y suboficiales de personal de todo el Ejército: mucha gente habría sacado ya sus propias conclusiones. Y no todos los que estaban enterados pertenecerían al bando de los buenos.

-Voy a darte un buen consejo. Cuando escuches que hablan de esto, diles que se callen la boca. Cuando se corre la voz, empieza a morir gente.

-Escucha, Rob, el que se meta con Chávez, León y los demás...

-No, escúchame tú. Yo he vivido una situación como ésta. Me han disparado con ametralladoras; una vez, mi «Tomcat» recibió un impacto de misil, casi mató a mi mejor tripulante. Es peligroso, y cuando se habla demasiado, la gente muere. Ya no estás en la Universidad, Tim.

Tim lo pensó unos instantes. Su hermano tenía razón. Éste, a su vez, se preguntaba qué podía hacer. Una de las posibilidades era no hacer nada. Pero Rob era piloto de combate, hombre de acción, la idea de no hacer nada le era ajena. Por lo menos, decidió, hablaría con Jack para advertirle que la seguridad de la operación era menos segura de lo que debía ser.

XXII. REVELACIONES

A diferencia de los generales de las Fuerzas Aéreas y del Ejército, la mayoría de los altos jefes de la Armada no tiene un avión particular para viajar a todas partes; por eso toman vuelos comerciales. Claro que cuentan con toda una comitiva de edecanes y chóferes para aliviar su dolor, y Robby Jackson no desdeñaba el recurso de presentarse en el aeropuerto para recibir a su jefe. Llegó a San José cuando el vuelo 727 aterrizaba, pero tuvo que esperar a que desembarcaran los pasajeros de primera, porque los marinos, aunque sean almirantes, viajan en clase turista.

El vicealmirante Joshua Painter era el segundo jefe de operaciones navales a cargo de guerra aérea, pero lo conocían por su «clave», OP-05, o, más sencillamente, por «cero-cinco». Parecía un milagro que hubiera alcanzado ese grado. En primer lugar, Painter era un hombre honesto; en segundo lugar, no ocultaba sus pensamientos; en tercero, estaba convencido de que la Armada verdadera era la que navegaba los mares, no los escritorios de Washington, por último, y el peor de todos, era escritor. La Armada no alienta a sus hombres a que pongan sus pensamientos por escrito, salvo algún trabajo sobre termodinámica o sobre la trayectoria de los neutrones en el reactor de una nave. Era un intelectual, un rebelde, un guerrero en un servicio que tendía a volverse cada vez más antiintelectual, conformista y burocrático: la excepción a la regla en «La Armada Empresaria». Nativo de Vermont, menudo, de ojos celestes muy claros, se destacaba por su carácter áspero y su afilada lengua. Al mismo tiempo, era el ídolo de la comunidad de pilotos. Había cumplido más de cuatrocientas misiones de vuelo sobre Vietnam del Norte en distintos modelos del F-4 «Phantom» y derribado dos MIG. En la pared de su despacho, en el Pentágono, había colgado el panel lateral de su jet, con dos estrellas rojas y la leyenda, *EL MISIL SIDEWINDER SIGNIFICA QUE NO TIENES QUE PEDIRLE PERMISO A NADIE.* Era un perfeccionista y un jefe muy exigente, pero se desvivía por sus pilotos y tripulantes, sobre todo por estos últimos.

-Veo que has recibido el mensaje -dijo Josh Painter, señalando las flamantes charreteras de capitán de navío.

-Sí, señor.

-También me he enterado de que tu nueva táctica fracasó por completo.

-Hay que mejorarla bastante -reconoció el capitán Jackson.

-Sí, siempre conviene evitar que hundan el portaaviones. Tal vez lo recordarás mejor cuando pases a comandar tu escuadrilla. Acabo de aprobar tu designación -anunció el OP-05-. Te darán la sexta. Destinada al *Abraham Lincoln* mientras el *Indianápolis* está en el taller. Te felicito, Robby. A ver si consigues mantenerte a flote durante los próximos dieciocho meses. Ahora cuéntame por qué falló la operación -dijo mientras se dirigían hacia donde les esperaba el coche.

-Los rusos hicieron trampa -dijo Robby-. Actuaron con inteligencia.

Su jefe rió: a pesar de su rudeza, Painter no carecía de un agudo sentido del humor. Continuaron la discusión durante todo el viaje hasta el alojamiento de los oficiales superiores, en la Escuela Naval de Posgrado, en la costa californiana, a la altura de Monterrey.

-¿Qué dicen las noticias sobre los hijos de puta de los narcos? -preguntó Painter.

-Parece que los estamos acosando bastante, ¿no?

El vicealmirante se detuvo de repente.

-¿Qué coño significa eso?

-Sé que no es de mi incumbencia, señor, pero estuve allí y vi lo que ocurría.

Librodot

Painter lo hizo pasar.

-Hay bebidas en la nevera. Prepárame un martini mientras desagoto la sentina. Sírvete lo que quieras.

Robby fue a la cocina. El que había preparado el alojamiento conocía los gustos de Painter en materia de tragos. Preparó un martini y abrió una lata de cerveza ligera para sí.

Volvió Painter, que se había quitado la camisa. Bebió un sorbo y luego despidió a su edecán. Entonces miró a Jackson a los ojos:

-Capitán, repita lo que me ha dicho ahí fuera.

-Señor, sé que no estoy autorizado para saber nada de esto, pero no soy ciego. Vi en el radar cuando el A-6 se iba hacia la costa y me parece que no es una casualidad. La seguridad de la operación deja bastante que desear, señor.

-Discúlpame, Jackson, pero acabo de pasar cinco horas y media sentado cerca de las turbinas de un viejo carromato 727. ¿Quieres decir que esas bombas que eliminaron a los narcos fueron lanzadas por uno de *mis* A-6?

-Sí, señor. ¿No lo sabía?

-No, Robby, no lo sabía. -Painter vació su copa-. ¡Joder! ¿Quién es el lunático que ha montado esta locura?

-Pero esa bomba nueva tuvo que..., quiero decir, las órdenes... joder, no se puede hacer una cosa así sin autorización del cero-cinco.

-¿*Qué* bomba nueva? -exclamó Painter, controlando su voz con esfuerzo.

-Una con camisa nueva, de plástico, fibra de vidrio, qué sé yo. Parece una aerodinámica común de mil kilos con los accesorios de orientación, pero no es de acero, ni de ningún otro metal, y la pintaron de azul, como una bomba de fogueo.

-Ah, ésa. Han estado haciendo pruebas con una bomba nueva para el ATA -se refería al nuevo avión de la Armada, invisible para el radar-, pero apenas están en la etapa preliminar. Es un proyecto experimental. Ni siquiera usan un explosivo común. Creo que voy a anularlo, es demasiado caro. Todavía los tienen en China Lake.

-Pero hay varios aparatos de ésos en el depósito de bombas del *Ranger.* Los vi con mis propios ojos, señor. Los toqué. Vi cómo montaban uno en un A-6. Seguí toda la operación por radar, desde un E-2, y vi al A-6 cuando iba a la costa, y después cuando volvía con otro rumbo. Dirán que es casualidad, pero yo no pondría la mano en el fuego. La noche que volví, vi otra bomba montada en el mismo avión, y, al día siguiente, vuela la casa de otro narco. Media tonelada de HE es más que suficiente, y una camisa combustible desaparece sin dejar un jodido rastro.

-Cuatrocientos treinta kilos de Octol... ése es el explosivo que usan -gruñó Painter-. Más que suficiente para una casa. ¿Conoces al piloto?

-Roy Jensen, el jefe de...

-Lo conozco, estuvimos juntos en el... Robby, ¿qué cojones pasa? A ver, cuéntame todo, desde el comienzo, y con todo detalle.

El capitán Jackson habló sin interrupción durante diez minutos.

-¿De dónde era el representante técnico?

-No le pregunté, señor.

-Te apuesto lo que quieras que ni siquiera está a bordo del *Ranger.* Nos han engañado, hijo. Joder, *he sido* engañado. Esas órdenes no se podían cumplir sin mi autorización. Algún hijo de puta ha estado usando mis aviones sin decirme nada.

Robby lo comprendía: el problema no eran los bombardeos en sí, sino el procedimiento y los fallos de seguridad. La Armada hubiera planificado mejor las cosas. Painter y sus expertos en misiones con A-6 lo hubieran hecho de tal manera que ningún Robby a bordo de un E-2C hubiese visto nada. El vicealmirante temía que algún subordinado suyo quedara ahora como responsable de una operación ordenada desde arriba, saltándose la cadena de mandos.

-¿Si manda llamar a Jensen?

-Se me había ocurrido, pero es demasiado evidente y podríamos causarle problemas. Tengo que saber quién mierda le dio la orden. El *Ranger* tiene para unos diez días más, ¿no?

-Eso creo, señor.

-Tiene que ser cosa de la CIA -musitó Josh Painter-. La autorización viene de más arriba, pero es cosa de la Agencia.

-No sé si servirá para algo, señor, pero tengo un buen amigo allí. Soy el padrino de uno de sus hijos.

-¿Quién es?

-Jack Ryan.

-Ah, sí, lo conozco. Estuvo conmigo en el *Kennedy* cuando... pero creo que recordará esa misión, Rob -sonrió Painter-. Fue justo antes de que le alcanzara el misil. Para entonces, él se había ido en el HMS *Invencible.*

-*¿Cómo?* ¿Quiere decir que Jack estuvo allí? ¿Y por qué coño ni bajó a verme?

-¿Nunca te hablaron de esa operación? -Painter meneó la cabeza; pensaba en el asunto del «Octubre Rojo»-. Tal vez él pueda decirte algo. Yo, no.

Robby aceptó la respuesta y volvió al grano:

-Almirante, esta operación tiene un componente terrestre -dijo, y se explicó mejor.

-Charlie-Fox -dijo Painter. Era la versión, en la jerga sintética de la Armada, de una expresión empleada por los *marines* para referirse a una operación militar confusa y autodestructiva: un lío del demonio-. Robert, toma el primer avión a Washington y dile a tu amigo que la operación se va a la mierda. Joder, esos payasos de la CIA no aprenden nunca. Por lo que me has dicho, el secreto ya no es más secreto, y nos va a hacer daño. Va a ser malo para el país. Es justo lo que necesitamos en medio de una campaña electoral en la que se presenta el idiota de Fowler. Dile que la próxima vez que la CIA tenga ganas de jugar a los soldaditos, será mejor que consulten a los que saben.

El Cártel poseía una abundante provisión de hombres habituados a portar armas; los reunieron en cuestión de horas. Cortez estaba a cargo de la operación. Instaló su centro de operaciones en Anserma, una aldea en el centro de la zona donde aparentemente operaban los «mercenarios». Desde luego que no había revelado a su jefe toda la información que poseía, ni sus objetivos finales. El Cártel funcionaba como una cooperativa. Casi trescientos hombres habían llegado en coches, camiones y trenes: eran de las guardias personales de los jefes del Cártel, hombres con un buen estado físico y habituados a la violencia. Sus amos habían reducido sus servicios de seguridad personal. Con ello, Escobedo obtenía una ventaja importante mientras trataba de averiguar cuál de sus colegas preparaba el «golpe palaciego». En cuanto a Cortez, su intención era acorralar a los soldados estadounidenses. Estaba seguro

Librodot

de que eran tropas de élite, tal vez Boinas Verdes, temibles, dignos de todo respeto. Por consiguiente, era de esperar que sufriría algunas bajas. Después tendría que eliminar a algunos de sus hombres a fin de modificar la relación de fuerza dentro del Cártel en beneficio propio.

Desde luego que convenía no comentarlo con la turba. Esos hombres rudos y brutales gritaban y agitaban sus armas como los guerreros samurai de esas películas malas que tanto les gustaban; y al igual que esos actores que hacían de matones, estaban habituados a que la gente temblara de miedo en su presencia. Eran los todopoderosos e invencibles guerreros del Cártel, que se pavoneaban en las calles de la aldea con sus AK-47. *Una chusma de payasos,* pensó Cortez.

En el fondo, resultaba bastante gracioso, pero eso no le molestaba. Quinientos años antes, los hombres acostumbraban a arrojar un oso a los perros. El oso acababa por morir, y, aunque los perros sufrían mucho, había cachorros de sobra para remplazarlos. Los perros nuevos eran adiestrados de otra manera, para inculcarles lealtad a sus nuevos amos... Qué maravilla, pensó Cortez, repetir ese juego pero con hombres en lugar de perros y de osos, como se hacía en la época de los Césares. Ahora comprendía por qué algunos de los jefes del narcotráfico eran como eran. La posesión de ese poder semejante al de Dios degeneraba el espíritu. Tendría que recordarlo. Pero, antes, la misión.

Se creó una cadena de mando. Se formaron cinco grupos de unos cincuenta hombres y a cada uno se le asignó una zona de operaciones. Las comunicaciones se realizarían por radio, Cortez los coordinaría desde una casa en las afueras de la aldea. La única dificultad sería una intervención del Ejército colombiano, pero Escobedo se ocuparía de eso. El M-19 y las FARC provocarían un revuelo en otra parte del país, para mantener ocupados a los militares.

Los «soldados» -habían adoptado esa designación- subieron a los camiones que los llevarían a las montañas. *Buena suerte*[43]*,* dijo Cortez a los jefes de grupo. Aunque, en realidad, no se la deseaba. La suerte había dejado de cumplir un papel en la operación, algo que al ex coronel del DGI le parecía perfecto. Cuando uno planificaba las cosas bien, la suerte quedaba descartada.

Era un día sereno en las montañas. El tañido de las campanas resonaba en los valles y convocaba a los fieles a la liturgia dominical. *¿Es domingo?,* se preguntó Chávez. Había perdido la cuenta de los días. En todo caso, el tráfico parecía más escaso de lo habitual. Aparte de la muerte de Rocha, su estado era bastante aceptable. Habían gastado pocas municiones y en unos días recibirían más del helicóptero que abastecía la operación. Las municiones nunca estaban de más. Chávez había aprendido esa gran verdad. La felicidad es una bandolera llena. Y una cantimplora llena. Y comida caliente.

La topografía del valle favorecía la transmisión de los ruidos, que subían por las laderas sin perder fuerza y con una nitidez asombrosa, gracias al aire puro. Al escuchar ruidos de camiones, Chávez enfocó sus prismáticos hacia una curva del camino, a varios kilómetros de su puesto de vigilancia. No estaba preocupado. Un camión era un blanco para su fusil, no un motivo de preocupación. Enfocó con cuidado para obtener la imagen más nítida posible, y además su vista era aguda. Al cabo de un par de minutos aparecieron tres camiones tipo planchada, como los que empleaban los agricultores, con costados desmontables. Pero transportaban hombres, y éstos parecían portar fusiles. Los camiones se detuvieron, sus pasajeros saltaron a tierra. Chávez sacudió con violencia a su dormido compañero.

-*Oso,* que venga el capitán, al instante.

Un minuto después, Ramírez apareció con sus propios prismáticos.

[43] Español en el original.

-¡Está parado, mi capitán! -gruñó Chávez-. ¡Abajo, carajo!

-Está bien, *Ding.*

-¿Los ves?

-Desde luego.

Aunque no parecían soldados, sus armas estaban a la vista, colgadas en bandolera. Se dividieron en cuatro grupos que poco después abandonaron el camino para perderse entre los árboles.

-Calculo que estarán aquí dentro de tres horas, mi capitán.

-Para entonces, nos encontraremos a diez kilómetros al norte de aquí. Prepárense.

Ramírez instaló su radio satelital.

-*VARIABLE,* aquí *Cuchillo,* cambio. -Contestaron a la primera llamada.

-*CUCHILLO,* aquí *Variable,* leo bien, cambio.

-*CUCHILLO* informa, hombres armados suben al monte al este-sudeste de nuestra posición. Estimamos un pelotón, se dirigen hacia nosotros.

-¿Son soldados?, cambio.

-Negativo, repito, negativo. Armas a la vista, pero no llevan uniforme. Repito, parece que no llevan uniforme. Nos preparamos para partir.

-Aprobado, *Cuchillo.* Muévanse lo antes posible, vuelvan a comunicarse apenas puedan. Trataremos de averiguar qué ocurre.

-Entendido. Fuera.

-¿Qué ocurre allá abajo? -preguntó uno de los oficiales.

-Qué sé yo -dijo su compañero-. Ojalá Clark estuviera aquí. A ver, hablemos con el cuartel.

Jackson consiguió un vuelo directo de San Francisco al aeropuerto internacional Dulles, de Washington. Por orden del almirante Painter, un coche de la Armada lo llevó a la plaza de estacionamiento donde había dejado su «Corvette». Para su sorpresa, estaba intacto. Durante el vuelo había tenido mucho tiempo para meditar. En abstracto, las operaciones de la CIA eran entretenidas: espías furtivos que realizaban toda clase de misiones. Ésa en particular no tenía nada malo, pero, joder, se aprovechaban de la Armada sin decir nada a nadie. Fue a su casa a mudarse de ropa. Después llamó por teléfono.

Ryan disfrutaba de un fin de semana en su hogar. El viernes por la noche llegó a su casa antes que su esposa y el sábado durmió hasta muy tarde para descansar del viaje. Durante el resto del día jugó con sus hijos y los llevó a la misa vespertina. Había dedicado la noche al descanso y a renovar los vínculos matrimoniales. Ahora, domingo por la mañana, cortaba el césped con su tractor de jardín «John Deere». Aunque era uno de los funcionarios principales de la CIA, seguía cuidando su jardín. Algunos preferían sembrar o echar fertilizante, pero su terapia era la tarea pastoral de cortar el césped. Era una liturgia bimensual de tres horas, aunque algo más frecuente en la primavera, pero ahora el crecimiento se producía a ritmo normal. Le gustaba el aroma del césped recién cortado. También el de la grasa del tractor, y hasta disfrutaba de las vibraciones del motor. Claro que no podía aislarse por completo de la

Librodot

realidad. Llevaba un teléfono portátil abrochado al cinturón, cuyo zumbido electrónico se hacía oír a pesar del ruido sordo de la cortadora. Desconectó una y conectó el otro.

-¿Sí?

-Jack, soy Rob.

-¡Robby! ¿Cómo estás?

-Acaban de ascenderme.

-¡Felicitaciones, señor capitán de navío! ¿No eres demasiado joven para llegar a ese grado?

-Bueno, digamos que nos quieren echar una mano para que los pobres pilotos alcancemos a los astronautas. Oye, Sissy y yo vamos para Annapolis. ¿Podemos pasar a visitaros?

-Claro, venid a almorzar.

-¿Seguro que no es molestia?

-A ver, ¿desde cuándo eres tan modesto?

-Bien... desde que eres funcionario tan importante.

Ryan replicó con una frase poco académica.

-Llegaremos en una hora, más o menos, ¿está bien?

-Sí, así tengo tiempo de terminar el césped. Hasta luego. -Ryan desconectó y llamó a su casa, que tenía tres líneas. Aunque telefoneaba desde su propio jardín, era llamada de larga distancia. Su trabajo le exigía una línea directa a Washington; el de Cathy, una a Baltimore. Además, tenían una línea local.

-Dime -respondió Cathy.

-Rob y Sis viene a almorzar -dijo Jack a su esposa-. ¿Asamos salchichas en la parrilla?

-¡Pero tengo el cabello horrible! -gimió Caroline Ryan.

-Bueno, si quieres te lo aso con las salchichas. Enciende el carbón, por favor. Todavía me faltan unos veinte minutos.

En realidad, fueron algo más de treinta. Ryan dejó la cortadora junto a su «Jaguar» y fue a lavarse y afeitarse. Salía del baño cuando el coche de Robby se detuvo frente a la casa.

-¿Cómo diablos has llegado tan rápido? -preguntó Jack, que no había tenido tiempo para mudarse de ropa.

-¿Prefiere que sea impuntual, doctor Ryan? -preguntó Robby al bajar del auto con su esposa. Cathy salió a la puerta y hubo intercambio de besos, saludos y preguntas sobre qué hacían últimamente. Las mujeres pasaron a la sala, los hombres, al patio. Las brasas no estaban todavía encendidas.

-¿Feliz con el ascenso?

-Lo seré más cuando asciendan mi sueldo. -Durante un tiempo, llevaría los galones de capitán de navío, pero recibiría el sueldo de su grado anterior-. Además, me van a dar el mando de una escuadrilla. El almirante Painter me lo dijo anoche.

-¡Co... jones! -Jack le palmeó el hombro con fuerza-. Todo un salto, ¿no?

-Lo es mientras haga las cosas bien. La Armada da y la Armada quita. Me lo darán dentro de un año y medio, lo cual significa abandonar mi destino en el Pentágono antes de lo esperado, ¡ay de mí! -Bruscamente serio, añadió-: Pero ése no es el motivo de la visita.

-¿Cuál es, entonces?

-Jack, ¿qué coño están haciendo en Colombia?

-No lo sé, Rob.

-Por favor. Hablemos en serio. ¡Joder, estoy enterado! La clandestinidad de la operación no vale una mierda. Ya sé, ya sé, hay cosas que no se pueden decir, pero mi almirante está medio furioso de que usen sus efectivos sin avisarle.

-¿Quién es?

-Josh Painter -dijo Jackson-. Lo conociste a bordo del *Kennedy,* ¿recuerdas?

-*¿Quién te lo ha dicho?*

-Una fuente digna de crédito. Estuve pensando. En ese momento me dijeron que los rusos habían perdido un submarino y que nosotros los ayudábamos a buscarlo, pero después resultó que a mi jefe tenían que operarlo del cerebro y mi avión necesitaba tres semanas en el taller. Había algo más detrás de todo eso, algo que nunca apareció en los diarios. Lástima que no puedan decirme más. Bien, dejemos eso, quiero explicarte a qué he venido.

»Esos dos narcos que reventaron en sus casas... Las bombas fueron lanzadas desde un cazabombardero mediano A-6E «Intruder» de la Armada. No soy el único que está enterado, Jack. El que montó la operación... es decir, la seguridad es una mierda. Además, tenemos unos cuantos soldados de la Infantería ligera corriendo por aquellas montañas. No sé qué hacen allí, pero, de nuevo, hay muchos que están enterados. Si no puedes decirme nada, lo comprenderé. Todo está tabicado, cada uno sabe sólo lo indispensable, etcétera, etcétera, pero quiero que sepas que se está corriendo la voz. Y que en el Pentágono va a haber gente muy, pero que *muy* enojada cuando esto empiece a aparecer en los noticieros. No sé quién es el gilipollas que montó todo esto, pero en la cúpula dicen que no seremos los marinos los que paguemos los platos rotos. Esta vez, no.

-Vamos, Rob, cálmate. -Ryan abrió un par de latas de cerveza.

-Jack, no dejaría de ser tu amigo por nada en el mundo. Sé que serías incapaz...

-¡Es que no sé de qué me estás hablando! ¡Joder, no sé nada! La semana pasada, en Bélgica, les dije que no sabía nada. El viernes pasado, en Chicago, le dije a ese tío, Fowler, y a su asesora que no sé nada. Y lo mismo te digo a ti.

Jackson reflexionó antes de contestar.

-Jack, si fueras otro, te acusaría de embustero. ¿Hablas en serio? ¡Dios Santo!, es un problema grande.

-Capitán, le doy mi palabra de honor que no sé una mierda.

-Así sucede siempre -dijo Robby después de vaciar la lata de cerveza-. Hay hombres nuestros allí, matando y tal vez muriendo, pero nadie sabe nada. Joder, me encanta que me usen como un peón. Sabes, si es cuestión de arriesgarse, por mí no hay problema, pero me gusta saber por qué.

-Trataré de averiguarlo.

-Perfecto. ¿Así que no te han dicho nada?

-Ni una mierda, pero me voy a enterar. Ya que estamos en eso, puedes pasarle una sugerencia a tu jefe.

-¿Sí?

-Dile que no hable con nadie hasta que yo me comunique contigo.

Las últimas dudas de los hermanos Patterson se disiparon el domingo por la tarde. A la hora de la visita, cada una le juró a su hombre -no tenían el menor problema para distinguirse entre ellos- amor eterno por haberla liberado del rufián. Ya no era sólo cuestión de salir de la cárcel. Al volver a la celda, tomaron su decisión.

Henry y Harvey ocupaban la misma celda por razones de seguridad. Si los hubieran separado, les hubiese bastado un intercambio de camisas para cambiar de celda y -puesto que eran astutos- armar un embrollo de los mil demonios. Además, a diferencia de la mayoría de la población carcelaria, no peleaban entre ellos, eran presos tranquilos que no causaban problemas. Por eso podían trabajar en paz.

Las cárceles son edificios destinados a sufrir malos tratos. Los suelos son de hormigón sin revestimiento, porque si hubiera alfombras o linóleo, los presos podrían prenderle fuego. La superficie lisa de hormigón es una excelente piedra esmeril. Cada hermano tenía un buen trozo de alambre grueso sacado del somier del camastro. Todavía no se ha diseñado una cama de prisión que no necesite metal, el cual sirve a su vez para fabricar armas blancas. En la jerga carcelaria esas armas se llaman púas, un nombre feo, acorde con su finalidad. La ley dice que las cárceles no son meras jaulas donde se encierra a los hombres como animales en un zoológico, y esa prisión, como muchas otras, tenía un taller de carpintería. El ocio ayuda a la obra del demonio, dicen los jueces. El hecho de que el demonio reside ya en la mente del criminal significa que en esos talleres hay herramientas y materiales para fabricar púas más eficaces. Cada hermano llevaba consigo un tarugo de madera perforado y un trozo de cinta aislante. Trabajando por turnos, uno frotaba su púa sobre el suelo hasta obtener una punta aguda como la de una aguja mientras el otro montaba guardia por si aparecía un uniformado. Era alambre duro, de buena calidad, pero en la cárcel hay tiempo de sobra. Finalizada esa tarea, cada alambre fue introducido en la ranura de su correspondiente tarugo, hecha con toda precisión con el buril del taller. Sujeto el alambre por medio de la cinta aislante, cada hermano entró en posesión de una púa de quince centímetros, capaz de infligir una honda herida en el cuerpo humano.

Ocultaron sus armas -los prisioneros son muy hábiles- y se abocaron a elaborar las tácticas. Un graduado de cualquier escuela de guerrilla o terrorismo los hubiera escuchado con respeto. A pesar de la crudeza del lenguaje y de la ausencia de los términos técnicos que los especialistas en guerra urbana empleaban, los hermanos Patterson *comprendían* muy bien el concepto de *misión.* Sabían acercarse furtivamente, crear una maniobra de distracción y limpiar los rastros después de ejecutar la misión. Contaban con la ayuda tácita de sus compañeros de celda, porque las cárceles son comunidades de hombres malos y violentos, pero unidades al fin; en ésta, los piratas no gozaban de la menor estima, en tanto a los Patterson se los consideraba malhechores rudos e «íntegros». Además, se sabía que no era conveniente ponerse a malas con ellos: esa fama alentaba la colaboración y desalentaba las habladurías.

Otra característica de la cárcel es la higiene personal. Los criminales no son gente de bañarse con frecuencia si se los deja librados a su propio albedrío, y puesto que esa conducta favorece las epidemias, la visita a la ducha forma parte de una rutina invariable. Los hermanos Patterson contaban con ello.

-¿Qué significa? -preguntó el hombre de acento español al doctor Stuart.

-Significa que saldrán en libertad dentro de ocho años. Teniendo en cuenta que asesinaron a una familia entera y que los encontraron en posesión de una gran cantidad de cocaína, es un acuerdo de puta madre -dijo el abogado.

No le gustaba recibir clientes los domingos, sobre todo a un cliente como ése, en el despacho de su casa, estando su mujer y sus hijos en el jardín. Pero la decisión de tratar con

los narcos había sido suya. Ante cada caso que tomaba volvía a sentir el mismo remordimiento por haber aceptado el primero: en esa ocasión había obtenido la libertad del acusado gracias a un «tecnicismo legal», porque los agentes de la DEA habían contaminado las pruebas. Con esa victoria había ganado cincuenta mil dólares por cuatro días de trabajo y cierta fama en la comunidad de los narcotraficantes, que tenía dinero de sobra para gastar, incluso en abogados criminalistas. Uno no podía negarles nada. Infundían temor, incluso habían matado a los abogados que los disgustaban. Al mismo tiempo, pagaban honorarios tan altos, que Stuart podía darse el placer de brindar gratuitamente sus valiosos servicios a clientes de escasos recursos. Al menos, eso se repetía una y otra vez durante sus noches de insomnio, para justificar su trato con esos animales.

-Vea, les esperaba la silla eléctrica, o en el menor de los casos, cadena perpetua, y yo conseguí que rebajaran la pena a veinte años, con la libertad condicional a los ocho de pena cumplida. ¡Joder, mejor trato que ése no lo hay!

-Yo creo que sí -dijo el hombre, con una mirada y una voz tan absolutamente inexpresiva, que parecía una máquina. El abogado estaba aterrado: jamás había poseído un arma, y mucho menos dispararla.

Ese era el otro término de la cuestión. No contrataban a un solo abogado. Siempre había otro profesional, que les aconsejaba sin aparecer en el caso. Se trataba de una medida de seguridad, y, desde luego, desde el punto de vista profesional, era lógico que buscaran una segunda opinión. En ciertos casos especiales, era una manera de asegurarse de que el abogado no hacía tratos bajo cuerda con el Estado, como solía suceder en los países de origen de los narcotraficantes. Y en Estados Unidos también, dirían algunos. Stuart podía utilizar la información obtenida de los guardacostas para que el juez desestimara el caso antes de llegar a juicio. Las probabilidades eran del cincuenta por ciento. Stuart era un hombre hábil, incluso brillante, en el foro, pero Davidoff no le iba en zaga y nadie podía vaticinar la decisión de un jurado -integrado por sureños conservadores, fanáticos de la ley y el orden- en un caso semejante. El hombre que aconsejaba a sus clientes desde las sombras no sabía lo que era llevar un juicio. Probablemente era un académico, pensó el abogado; un profesor que se dedicaba a asesorar a los narcos para aumentar sus ingresos. Quienquiera que fuese, Stuart sintió que lo -¿la?- detestaba.

-Si hago lo que usted dice, corremos el riesgo de perder el caso y enviarlos a la silla eléctrica. -También significaba arruinar la carrera de dos marinos guardacostas que, aunque habían cometido una falta, de ninguna manera tenía la gravedad de la de sus clientes. La ética obligaba al abogado a brindar a sus clientes la mejor defensa posible dentro de la ley y las pautas de conducta profesional; pero, sobre todo, dentro de los límites de sus conocimientos y su experiencia, es decir, su instinto, que era tan real y valioso como intangible. En las facultades de Derecho dedicaban horas y horas de cátedra a dilucidar cómo se equilibraba esa balanza de tres platillos, pero las respuestas que surgían en los anfiteatros eran más claras que las del mundo real, más allá de los jardines de la ciudad universitaria.

-Pero podrían salir en libertad.

Se refiere a la apelación, pensó Stuart. Eso le convenció de que recibían asesoramiento académico.

-El mejor consejo profesional que puedo dar a mis clientes es que acepten el trato que he negociado.

-Sus clientes rechazarán ese consejo. Le dirán que..., ¿cómo se dice...?, busque el objetivo de máxima seguridad. -El hombre sonrió como una máquina peligrosa-. Ésas son sus instrucciones. Buenos días, doctor Stuart. No se moleste, conozco el camino a la puerta. -La máquina salió.

Stuart contempló su biblioteca unos instantes antes de telefonear. Mejor hacerlo de una buena vez. No había motivos para que no avisara a Davidoff lo antes posible. Aunque no se había hecho un anuncio formal, los rumores habían ganado ya la calle. Se preguntó cómo reaccionaría el fiscal general. Su respuesta inicial era previsible: *¡Hicimos un trato!,* diría con indignación, y agregaría, resuelto: *De acuerdo. ¡Veremos qué dice el jurado!*

Davidoff empeñaría todo su talento y se produciría una batalla épica en el tribunal federal del distrito. Para eso existían los tribunales de justicia, después de todo. Habría una discusión fascinante en torno de la teoría del derecho; pero, como en la mayoría de los casos, la polémica tendría poco que ver con el bien y el mal, menos aún con lo que había sucedido a bordo del barco *Empire Builder,* y nada en absoluto con la justicia.

Murray estaba en su despacho. El haberse instalado en la ciudad no había modificado su rutina. Generalmente -no siempre- iba a su casa a dormir, pero pasaba menos tiempo en ella que cuando vivía en el distrito londinense de Kensington y era agregado legal de la Embajada en Grosvenor Square. No era justo. El costo de vivir en la capital era elevado -sobre todo para los que vivían de un sueldo del Estado-, y ni siquiera podía aprovechar su casa.

Era domingo, día de descanso de su secretaria, por eso tuvo que atender él mismo la llamada que llegó por su línea privada directa.

-¿Sí?, aquí Murray.

-Soy Mark Bright. Ha habido novedades en el caso de los piratas. Su abogado ha telefoneado al fiscal para anular el trato. Dice que lo va a presentar. Hará subir a los guardacostas al estrado para que el juez dicte el sobreseimiento sobre la base de lo que hicieron. Daviddoff está muy preocupado.

-¿Qué le parece que decidirá?

-Va a formular todos los cargos para pedir la pena de muerte por homicidio relacionado con el narcotráfico. Y si para eso tiene que crucificar a los guardacostas, ése será el precio de la justicia. No lo digo yo, sino él. -Como muchos agentes del FBI, Bright era abogado-. Sobre la base de mi experiencia, no la suya, me parece bastante turbio. Dan. Davidoff es bueno, sabe convencer a los jurados, pero el defensor también lo es. Se llama Stuart, los de la DEA lo detestan, pero es un tipo hábil. La ley no es demasiado clara. ¿Qué dirá el juez? Imposible saberlo. ¿Qué decidirá el jurado? Depende de lo que diga y haga el juez. Es como querer apostar a la final, cuando el campeonato no ha empezado aún. Y eso que todavía no hablamos de lo que va a suceder en la Cámara Federal de Apelaciones después del juicio en primera instancia. Lo único seguro es que van a crucificar a los guardacostas. Es una lástima, pero Davidoff les va a romper el culo por meterlo en este lío.

-Avíseles. -Murray se dijo que era una reacción impulsiva, pero sabía que no. Creía en la ley, pero creía más en la justicia.

-¿Podría repetirlo, señor?

-Les debemos la Operación TARPON.

-Mr. Murray -ya no lo trataba de «Dan»-, es posible que tenga que detenerlos. Tal vez el fiscal los lleve a juicio...

-Avíseles. Es una orden, Mr. Bright. Me imagino que la Policía local cuenta con un buen abogado defensor. Recomiende ese abogado al capitán Wegener y su gente.

Bright vaciló antes de responder:

-Señor, esa orden podría aparecer como...

-Hace mucho que estoy en el FBI, Mark. Demasiado tiempo, diría yo. -Era el cansancio, y algo más, lo que le llevaba a hablar así-. Pero no voy a quedarme tan tranquilo mientras tienden una trampa a esos hombres que nos ayudaron. Deberán rendir cuentas ante la ley, pero por lo menos van a tener las mismas oportunidades que esos piratas hijos de puta. Les debemos eso y mucho más. Anote que yo le di esa orden y cúmplala.

-Entendido -dijo Bright, y Murray advirtió claramente que se abstenía de agregar en voz alta, *¡joder!*

-¿Necesitan nuestra ayuda para el caso?

-No, señor. Ya tenemos los resultados de los análisis. Desde ese ángulo, el caso está asegurado. La prueba del ADN indica que las muestras de semen pertenecen a los dos acusados y las de sangre a dos de las víctimas. La mujer era donante, hallamos un cuarto de litro de su sangre en una nevera de la Cruz Roja. La otra muestra era de la hija. Davidoff dice que eso es suficiente para ganar el caso.

La prueba del ADN se convertía rápidamente en una de las armas forenses más efectivas del FBI. En California, dos hombres que creían haber cometido el crimen perfecto -violación y asesinato- estaban a punto de entrar en la cámara de gas gracias a los trabajos de dos bioquímicos del FBI y un análisis clínico relativamente barato.

-Cualquier cosa que necesite, llámeme por esta línea. Recuerde que en todo lo que esté relacionado con el asesinato de Emil tengo la autoridad necesaria.

-Sí, señor. Perdone que lo haya molestado en domingo.

-Adiós.

Era para reírse. Murray hizo girar la silla para contemplar la avenida Pennsylvania a través del ventanal. Era una agradable tarde de domingo. La gente recorría la avenida presidencial y se detenía a comprar helados y camisetas alusivas en los puestos callejeros. Pero por esa misma calle, más allá del Congreso, se llegaba a un distrito que los turistas evitaban cuidadosamente; allá había otras cosas para ver y sobre todo para comprar.

-¡Jodidas drogas! -susurró. ¿Cuánto más daño iban a causar?

El subdirector a cargo de Operaciones también estaba en su despacho. En un lapso de dos horas habían recibido tres señales de VARIABLE. En fin, cabía esperar una reacción de parte del oponente, pero, al parecer, era más rápida y organizada de lo previsto. En todo caso, no era algo que no se esperasen. Las tropas habían sido seleccionadas por sus habilidades y destreza... y porque eran desconocidas. Los Boinas Verdes del «Special Warfare Center», en Fort Bragg, Carolina del Norte; los *rangers* de Fort Stewart, Georgia o los efectivos del nuevo comando de Operaciones especiales de MacDill hubieran llamado la atención. En cambio, la Infantería ligera tenía cuatro divisiones casi completas y muy separadas entre sí: eran cuarenta mil hombres diseminados entre Nueva York y Hawai, con las mismas destrezas que los soldados de las unidades más célebres; la elección de cuarenta efectivos entre cuarenta mil era más fácil de ocultar. Algunos no volverían. Lo sabía desde el comienzo, y estaba seguro de que ellos también. Eran efectivos, y los efectivos se gastan; una realidad dura, pero inevitable. El hombre que aspiraba a una vida sin riesgo no se enganchaba en la Infantería ligera ni se reenganchaba al terminar su servicio, ni aceptaba una misión que le presentaban como peligrosa. No eran unos empleados de oficina a los que habían arrojado a la selva con la orden de arreglárselas como mejor pudieran. Eran soldados profesionales, sabían lo que les esperaba.

Eso se decía Ritter una y otra vez. *Pero si tú mismo no sabes qué les espera, ¿cómo habrían de saberlo ellos?,* le preguntaba su mente.

Pero lo insólito era que la operación marchaba de acuerdo con los planes, y no sobre los papeles, sino en la realidad. La genial idea de Clark de desatar una guerra interna en el Cártel por medio de unos cuantos actos de violencia aislados, parecía estar logrando sus objetivos. ¿Cómo explicar, si no, el atentado contra Escobedo? Le alegraba que Cortez y su jefe hubieran salido con vida. Habría venganzas, confusión, alboroto: era la oportunidad para que la CIA se retirara del campo sin dejar huellas.

¿Y nosotros qué tenemos que ver?, respondería la Agencia a los periodistas que empezarían a acosarla al día siguiente. Ritter estaba seguro de ello; más aún, le sorprendía que no hubieran empezado ya. Pero las piezas del rompecabezas empezaban a separarse en lugar de unirse. La escuadrilla de batalla del *Ranger* navegaría hacia el Norte para proseguir sus ejercicios durante la lenta travesía hasta San Diego. El representante de la CIA había abandonado ya la nave y volaba de regreso con la segunda cinta, la última. Las demás bombas de «fogueo» quedarían sobre balsas abandonadas, como parte de un ejercicio normal de lanzamiento. Nadie se daría cuenta de que la base de pruebas de la Armada en California no las había entregado oficialmente. O tal vez sí. En tal caso, lo atribuirían a uno de esos traspapelamientos que nadie podía explicar. No, el único problema eran los efectivos en el terreno. Podía disponer que los retiraran de inmediato, pero convenía que permanecieran allá unos días más. Siempre podían hacer algo, y, mientras tuvieran cuidado, no les ocurriría nada. El oponente no podía ser tan hábil.

-Bueno, ¿qué sucede? -preguntó el coronel Johns.

-Tenemos que cambiar los motores -dijo Zimmer-. Éste se ha fundido. Los cilindros están bien, pero el compresor no sirve. Tal vez en la base puedan reconstruirlo, pero aquí no disponemos de herramientas, señor.

-¿Cuánto tiempo?

-Seis horas, pero hemos de comenzar.

-Adelante, Buck.

Tenían dos motores de repuesto. Sin embargo, el hangar que alojaba al «Pave Low» III no tenía espacio para el helicóptero y el MC-130 que lo abastecía de combustible y repuesto. Zimmer indicó a otro suboficial que abriera la puerta. Además, necesitaban una carretilla especial y una guía para alzar los motores turbo T-64.

Las puertas deslizantes del hangar empezaron a abrirse en el momento en que un antiguo camión entraba en la base. Varios hombres se precipitaron hacia el vehículo. Era un día bochornoso en Panamá -un lugar del mundo donde sólo se ve nieve en las películas-, y los hombres tenían sed. Todos conocían al conductor, un panameño que les vendía bebidas frías desde Dios sabía cuándo y se ganaba la vida con eso.

Además, era aficionado a los aviones. Después de años de observarlos y de conversar con los mecánicos, estaba familiarizado con todo el inventario de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos: hubiera sido un elemento útil para cualquier servicio de Inteligencia que se tomara la molestia de contratarlo. Pero él era incapaz de perjudicarlos. Aunque solía mostrarse arrogante cuando su camión sufría un desperfecto, no faltaba un mecánico de mono de trabajo verde que lo reparara sin cobrar. En Navidad siempre había regalos para él y sus hijos. Incluso había conseguido que los llevaran a pasear en helicóptero para ver su casa desde el aire. ¡Un padre cualquiera no podía dar semejante gusto a sus hijos! Los norteamericanos no eran perfectos, pero sí muy justos y además se mostraban generosos si uno no les hacía trampas. No esperaban que los «nativos» fueran honestos, y menos ahora que los gobernaba ese payaso con cara picada como la cáscara de una piña.

Librodot

Al distribuir cocacolas y patatas fritas vio un «Pave Low» III en el hangar: un helicóptero enorme, temible y, a su manera, muy hermoso. Así se explicaba la presencia del avión cisterna «Combat Talon», y la de los centinelas armados que le obligaban a cambiar de ruta. Conocía bien los dos aparatos, y aunque jamás revelaría todo lo que sabía de ellos, la mera mención de su presencia no hacía mal a nadie, ¿verdad?

Pero la próxima vez, después de pagarle lo pactado, le pedirían que tomara nota de las horas de partida y regreso.

Durante una hora marcharon a paso rápido, mas luego tomaron su paso normal, lento, cauteloso y reconcentrado. No les gustaba desplazarse durante el día. La noche era de los *ninja,* pero el día era de todos: cualquiera podía cazar cuando había luz. Los soldados aventajaban a cualquiera que viniera a cazarlos -aunque los otros también fueran soldados-, pero la luz del día eliminaba algunas ventajas. Como tahúres, les gustaba jugar con el mazo completo. Un caballero deportista hubiera dicho que eso era juego «sucio», pero el combate había dejado de ser un deporte el día que un gladiador llamado Espartaco resolvió trabajar por su cuenta, aunque los romanos necesitaron un par de generaciones más para comprenderlo.

Todos estaban pintados para la guerra. A pesar del calor, llevaban los guantes puestos. Sabían que el grupo SHOWBOAT más próximo se hallaba quince kilómetros al Sur. Por consiguiente, cualquiera que se cruzara en su camino era un elemento hostil o inocente, pero nunca amistoso, y los soldados que tratan de mantener su presencia ignorada desconocen el concepto de «inocencia». Debían evitar cualquier contacto, y si éste se producía, tendrían que tomar medidas al instante.

Varias reglas habían cambiado. No se desplazaban en fila india, porque de esa manera dejaban huellas. Chávez iba en la punta, seguido a veinte metros por *Oso,* pero el resto del pelotón avanzaba en línea, cambiando constantemente de dirección a la manera de la defensa de un equipo de fútbol, aunque sobre un frente infinitamente mayor. Luego empezarían a volver sobre sus huellas para sorprender a cualquiera que pretendiera seguirlos. Por el momento, debían desplazarse hasta un punto designado para apreciar al enemigo. Y esperar nuevas órdenes.

El teniente de la Policía no solía concurrir a la misa vespertina en la iglesia bautista *de* la calle Grace, pero esa noche sí lo hizo. Llegó tarde, aunque eso era habitual en él, a pesar de que iba a todas partes en su coche policial sin distintivo. Detuvo el coche cerca del borde de la plaza de estacionamiento, entró, se sentó muy atrás y se aseguró de que su desafinada voz se hiciera oír en el himno.

Quince minutos más tarde, otro automóvil sin placas se detuvo al lado del suyo. Un hombre armado con una barra rompió la ventanilla delantera derecha y rápidamente sustrajo el radiotransmisor, la escopeta sujeta bajo el tablero... y el maletín sobre el asiento, el mismo que contenía las pruebas. Ese maletín reaparecería sólo si los hermanos Patterson no cumplían su palabra. Los polizontes son gente honrada.

Librodot

XXIII. COMIENZAN LOS JUEGOS

A pesar de que Ryan había estado ausente durante una semana, la rutina matinal no había variado. El chófer se despertó temprano, fue en su coche a Langley, subió al «Buick» oficial y recogió varios papeles para el pasajero. Éstos iban en un maletín metálico con cierre de seguridad y dispositivo autodestructor. Nadie había atentado antes contra ese vehículo o sus ocupantes, pero tampoco se podía asegurar que nunca sucedería. El chófer, que servía en la guardia de seguridad de la CIA, portaba una pistola «Beretta» 92-F, calibre nueve milímetros, y había una metralleta «Uzi» bajo el tablero. Se entrenaba con el Servicio Secreto y era especialista en protección de personas, en este caso del SDI. Hubiera deseado que el tipo viviera más cerca de la capital, o que le aumentaran el salario por tener que conducir tanto. Recorrió el cinturón de la capital hasta la salida de la carretera 50 de Maryland.

Jack Ryan se despertó a las 6:15, una hora que le parecía más y más temprana a medida que se acercaba a los cuarenta. Su rutina era similar a la de la mayoría de la gente de trabajo; aunque, por estar casado con una doctora, lo que le servían para el desayuno no era sabroso, sino sano. Después de todo, ¿qué tenían de malo las grasas, el azúcar y los preservativos químicos?

A las 6:55 ya había desayunado, estaba vestido y leía el diario de la mañana. Los niños se disponían a ir a la escuela: llevarlos era tarea de Cathy. Besó a su hija, pero no a Jack hijo, que ya era un hombrecito y desdeñaba esas costumbres de bebé. En ese momento llegó su coche oficial, tan puntual como un ferrocarril o una línea aérea hubieran querido serlo.

-Buenos días, doctor Ryan.

-Buenos días, Phil.

Abrió la portezuela -no le gustaba que lo hiciera el conductor-, se sentó y, ante todo, terminó de leer el *Washington Post.* Siempre se reservaba las historietas para el final: su preferida, como la de todos en Langley, era la de Gary Larson. Cuando el vehículo se hundió en el pesado tránsito de la carretera 50 que se dirigía a la capital, Ryan abrió el maletín y desactivó el dispositivo autodestructor por medio de su credencial de la CIA. Los documentos eran importantes, pero cualquiera que atacara el coche se interesaría más por él que por los papeles, y en la CIA nadie se hacía ilusiones de que Ryan -o cualquier otro funcionario- fuera capaz de resistir un interrogatorio. Tenía cuarenta minutos para enterarse de los sucesos de la noche anterior; esto servía de complemento de los informes que los jefes de sección y los oficiales de la guardia nocturna le presentarían.

La lectura previa del diario servía para poner los informes oficiales en perspectiva. Ryan sabía que los análisis periodísticos solían ser erróneos, pero, en el fondo, hacían lo mismo que la CIA: reunían información y la difundían. Dejando de lado algunas áreas muy técnicas -y de importancia vital, como el control de armamentos-, a veces eran tan eficientes como los funcionarios del Gobierno especializados que enviaban sus informes a Langley. Desde luego que el sueldo de un buen corresponsal extranjero era mucho mejor que el de un agente, y el dinero atraía el talento. Además, los periodistas estaban autorizados a escribir libros, hecho que los corresponsales en Moscú aprovechaban desde hacía muchos años. Ryan sabía que la diferencia entre tener o no tener acceso a los secretos estaba en relación directa con las fuentes. A pesar de que ocupaba un cargo tan alto, la información a la que tenía acceso no era muy distinta de la que aparecía en los diarios más serios. La diferencia estribaba en que Jack conocía las fuentes de la información, lo cual le permitía apreciar su fiabilidad. Era una diferencia sutil, pero, en ocasiones, crucial.

El primer informe se refería a la Unión Soviética, donde estaba en marcha un proceso sumamente interesante, aunque nadie era capaz de prever su dinámica. Perfecto. Jack y la CIA lo habían anticipado mucho antes. Pero se esperaba algo más de ellos. Por ejemplo, la doctora

Elliot detestaba a la Agencia por lo que hacía -en realidad, por cosas que había dejado de hacer-, pero esperaba que fuera omnisciente. ¿Cuándo acabarían de comprender que era tan fácil para un analista de Inteligencia prever el futuro como para un periodista deportivo vaticinar qué equipos llegarían a la final del campeonato de béisbol? Aunque faltasen pocos partidos, en una sola zona había tres equipos en condiciones de llegar a la final. En esta situación, las agencias de apuestas hacían su agosto. Lástima, pensó Ryan cínicamente, que las agencias no llevaran apuestas sobre quiénes llegarían al Politburó o dónde iba la *glasnost,* o cómo se resolvería el problema de las «nacionalidades», porque le serviría de guía. Cuando llegaron al cinturón, ya se había adentrado en los informes de Iberoamérica, donde una bomba había eliminado a un jefe del narcotráfico llamado Fuentes.

Peeero, pobrecito, pensó Jack. En seguida bajó de las alturas del pensamiento abstracto a tierra. No eran ésas las muertes que uno lloraba, pero sí le preocupaba que la causa fuera una bomba lanzada desde un avión estadounidense. Eso era lo que Beth Elliot detestaba: que alguien se arrogara el derecho de juez, jurado y verdugo. No era tanto un problema del bien y del mal como de conveniencia política, y tal vez de estética. A los políticos les preocupaban más los «problemas» que los «principios», pero usaban los dos sustantivos como si fueran sinónimos.

Joder, qué cínico estás hoy. ¿Cómo diablos se enteró Robby Jackson? ¿Quién montó la operación? ¿Qué sucederá si se corre la voz?

Más aún: *¿Se supone que es mi problema? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?*

Es un problema político, Jack. ¿Qué tiene que ver la política con tu trabajo? ¿Debe tener algo que ver, o no?

Era un tema apasionante para una discusión filosófica; con su formación jesuítica, Jack estaba en condiciones de sostenerla y, además, le fascinaba. Pero en este caso no se trataba del análisis abstracto de algunos principios e hipótesis. Tenía que estar enterado. En cualquier momento podían obligarlo a comparecer ante el Comité del Senado, y, en ese caso, sólo podía demorar la respuesta durante el trayecto desde Langley hasta el Congreso.

Si mentía, lo enviarían a la cárcel. Era la otra cara de su ascenso.

Si respondía que no lo sabía, aunque fuese verdad, el Comité no le creería; el jurado, tampoco. En ese caso, la honestidad no le serviría de escudo. Linda idea, ¿no?

Jack contempló el templo mormón en la Avenida Connecticut, cerca del cinturón. Era un edificio de aspecto extraño, aunque grandioso, con esas columnas de mármol y esas cúpulas doradas. Ese imponente edificio era el monumento a una fe extraña para un católico acérrimo como Ryan, pero la gente que la profesaba era honrada y trabajadora, y fervorosamente leal a su país, porque creía en los ideales de Estados Unidos. En el fondo, eso era lo más importante, pensó Ryan. Uno lucha por algo o no lo hace. Cualquier idiota puede estar en contra de algo, como un niño caprichoso al decir que no le gusta una comida que no ha probado. Esa gente estaba a favor de algo muy claro. Pagaban su diezmo y, con esos fondos, construían ese monumento a su fe, así como los campesinos de la Edad Media, a pesar de sus miserias, habían erigido las grandes catedrales, y con el mismo fin. Nadie los tenía en cuenta, salvo Dios, en el que creían. Las catedrales -testimonio de la fe- conservaban toda su gloria y todavía se las usaba para sus fines propios. ¿Quién recordaba los problemas políticos de la época? Los nobles y sus castillos se habían derrumbado, las dinastías reales habían desaparecido y lo único que se conservaba de esa época eran los monumentos de la fe, de la creencia en algo que trascendía la existencia corporal del hombre, expresado en piedras talladas por las manos del hombre. ¿Podía haber mejor prueba de qué era lo importante? Desde luego, Jack no era el primero en formularse esos interrogantes, pero a muy pocos les era dado percibir la Verdad con tanta claridad como Ryan en esa mañana del lunes. Al lado de eso, la conveniencia política era algo superficial, efímero y bastante inútil. Todavía le faltaba

Librodot

determinar qué haría, y sabía que tal vez otros determinarían sus acciones, pero al menos tenía un norte para orientarse. Por el momento, eso le bastaba.

Quince minutos más tarde, el coche atravesó el portón, bordeó el edificio principal y entró en el garaje. Ryan guardó los documentos en el maletín y subió a la séptima planta. Nancy ya había encendido la cafetera. En cinco minutos llegarían sus subordinados a presentar los informes. Le quedaban esos minutos para pensar.

Lo que había sido suficiente en el camino por el cinturón de la ciudad, ya no lo era. Tenía que *actuar, y* aunque se guiaría por los principios, la acción requería una táctica. Para eso no tenía pistas.

Los jefes de departamento llegaron a tiempo y presentaron sus informes. El jefe estaba demasiado callado e introspectivo esa mañana. Por lo general, solía hacer preguntas y gastar algunas bromas, pero esa vez se limitaba a asentir y decir: «Ajá». Tal vez había pasado un mal fin de semana.

Para otros, el lunes era el día para ir al tribunal, consultar a su abogado y enfrentarse al jurado. El acusado en un juicio criminal tenía derecho a presentarse limpio y ordenado ante el jurado, por eso era la hora de la ducha en la cárcel de Mobile.

Como en todos los aspectos de la vida carcelaria, la seguridad era lo primero. Se abrieron las puertas de las celdas y los prisioneros, con sus toallas y sandalias, marcharon en fila hacia el extremo del pasillo, vigilados estrechamente por tres celadores experimentados. La cháchara entre ellos era normal: gruñidos, bromas, alguna maldición. En el comedor, en el patio de ejercicios o en sus ratos de descanso, los presos se dividían espontáneamente en grupos raciales, pero la ley prohibía la segregación en los pabellones. Los guardianes sabían que eso generaba violencia, pero los jueces no se guiaban por la realidad, sino por los principios. Y si alguien moría, era culpa de los guardianes. Éstos constituyen el sector más cínico de los servidores de la ley: la Policía los desprecia, los presos los odian, y la sociedad en general no los mira con buenos ojos. Es difícil que su trabajo les guste, cuando su primera preocupación es la seguridad personal. Era un trabajo verdaderamente peligroso. La muerte de un preso no podía ser tomada a la ligera. Daba lugar a una investigación realizada por los guardianes, la Policía e incluso el fiscal; pero, para ellos, la vida del criminal era de escaso valor al lado de la propia.

Con todo, se esforzaban por hacer las cosas bien. Eran expertos y sabían vigilar. Claro que los presos también lo sabían, y, en última instancia, se desarrollaba un proceso similar al de un campo de batalla o al de las guerras clandestinas entre agencias de espionaje. Las medidas y contramedidas tácticas evolucionaban con el tiempo. Algunos presos eran más astutos que otros. Joder, algunos eran verdaderos genios. Otros, sobre todo los jóvenes, se mostraban temerosos y sumisos, y su único fin era el mismo de los guardianes: sobrevivir en un ambiente peligroso. Cada tipo de prisionero requería una forma de vigilancia distinta. Era un trabajo exigente, y los errores, inevitables.

Cada uno dejó su toalla en el gancho correspondiente y marchó desnudo, jabón en mano, al recinto del baño, donde había veinte duchas. El guardián que los vigilaba no vio arma alguna. Pero era joven, todavía no había aprendido que hay un lugar en el que un hombre resuelto puede ocultar algo.

Henry y Harvey Patterson ocuparon duchas contiguas frente a los piratas, que habían cometido la torpeza de situarse en un rincón donde el guardián no pudiera verlos. Intercambiaron una sonrisa furtiva. Los hijos de puta se creían un par de duques, pero no eran demasiado vivos. Los hermanos se sentían incómodos. Los tarugos de madera estaban recubiertos de cinta aislante, que era lisa pero tenía bordes cortantes. No era fácil caminar de

Librodot

forma normal. Dolía. El agua caliente empezó a salir y el recinto se llenó de vapor. Los hermanos Patterson se aplicaron jabón en el lugar necesario para facilitar la salida de las púas, que eran visibles para un guardián atento, pero sabían que éste era nuevo. Harvey hizo una señal a un par de personas cerca de la puerta. La diversión se inició con un diálogo bastante vulgar:

-¡Devuélveme el jabón, hijo de puta!

-Tu madre -respondió el otro sin perder la calma.

Se cruzaron un par de golpes.

-¿Qué coño pasa? ¡Vamos, acaben ya, joder! -gritó el guardián.

En ese momento, otros dos se unieron a la refriega: uno sabía el porqué lo hacía, el otro era un joven primerizo que estaba asustado y se limitaba a defenderse. La reacción en cadena se extendió a todo el recinto. El guardián retrocedió hacia la puerta para pedir ayuda.

Henry y Harvey se volvieron, púas en mano. Ramón y Jesús no los vieron. Miraban la pelea, seguros de que no se meterían; no sabían que era puro teatro.

Harvey encaró a Jesús; Henry, a Ramón.

Jesús no tuvo tiempo de darse cuenta, sólo vio una forma marrón que se acercaba y sintió un par de golpes en el pecho. Al bajar la vista, vio manar la sangre de un agujero que le alcanzaba el corazón -cada latido agrandaba la herida-; pero, entonces, la mano parda volvió a golpearlo y un tercer arco rojo se unió a los dos primeros. Aterrado, trató de tapar los agujeros con la mano para detener la hemorragia: no sabía que la mayor parte de la sangre invadía el pericardio, donde causaba la muerte por congestión cardiaca. Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó hasta quedar tendido en el suelo. Murió sin saber la causa.

Henry, que era más inteligente, buscó un medio más expeditivo. Ramón le facilitó la tarea, porque, al verlo, giró la cabeza. Henry lo empujó contra la pared de azulejos y le clavó la púa en la sien, allí donde el hueso del cráneo es delgado como la cáscara de un huevo. Arriba-abajo, derecha-izquierda: Ramón se agitó como un pez ensartado y cayó muerto antes de llegar al suelo.

Cada Patterson puso su arma en la mano de la víctima del otro -en la ducha, no había huellas digitales-Juntaron los dos cadáveres y volvieron a sus duchas, donde se lavaron mutuamente y con vigor para eliminar cualquier posible rastro de sangre. De nuevo reinaba la calma. Los que se habían peleado por una pastilla de jabón de tocador se estrecharon las manos, presentaron sus disculpas al guardián y ya terminaban su baño. El vapor lo ocultaba todo, y los Patterson seguían lavándose. Tratándose de rastros, la limpieza era sagrada. Cinco minutos después, se cortó el agua y todos salieron en fila.

El guardián hizo el conteo de rigor -los guardianes de prisiones saben contar muy bien-, y descubrió que le faltaban dos, mientras los dieciocho restantes se secaban y jugaban a tócame-el-culo, como hacen los prisioneros entre ellos.

El guardián introdujo la cabeza en el recinto de duchas, listo para gritar algo en su español primitivo, pero creyó ver un cadáver en medio de la nube.

-¡Joder! -Giró y llamó a gritos a los demás guardianes-. ¡Nadie se mueva, joder! -chilló.

-¿Qué ocurre? -preguntó una voz anónima.

-Oiga, tengo que presentarme a juicio en una hora -dijo otra.

Los hermanos Patterson se calzaron las sandalias, se secaron y esperaron en silencio. Otros tal vez hubieran cambiado una mirada de satisfacción -acababan de cometer un doble asesinato a cinco metros de un policía-, pero ellos no. Cada uno sabía lo que su gemelo

Librodot

pensaba: la libertad. Habían pagado un crimen cometiendo otros dos. Sabían que la Policía cumpliría su palabra. El teniente era un polizonte incorruptible, y los incorruptibles cumplían sus promesas.

La noticia corrió con una rapidez digna de la mejor agencia de noticias. El teniente escribía un informe cuando le llegó a su escritorio. Asintió al escucharla y retomó la fastidiosa tarea de explicar cómo le habían robado de su coche un radiotransmisor caro, un maletín y, para colmo de males, una escopeta.

-Tal vez Dios quiso decirte que te quedaras en tu casa a ver la televisión -dijo otro teniente.

-Ateo de mierda, por una vez que... ¡joder!

-¿Algún problema?

-El caso Patterson. Tenía los proyectiles en el maletín, me olvidé de sacarlos. ¡Duane, se llevaron las balas! La nota de laboratorio, las fotos, todo.

-¡Huy, te espera una buena por parte del fiscal! Acabas de poner en libertad a los muchachos, viejo.

Ha valido la pena, pensó el teniente, aunque no lo dijo.

Stuart recibió el mensaje en su estudio, a cuatro manzanas de allí, y lanzó un suspiro de alivio. Por más que se esforzara, no podía lamentar la muerte de sus dos defendidos: sí la del sistema que había sido incapaz de evitarla, pero no la de ellos, que en vida no le habían hecho bien a nadie. Además, como avezado defensor de narcotraficantes, había cobrado sus honorarios por anticipado.

Quince minutos más tarde, el fiscal federal emitía una declaración en la que expresaba su indignación por la muerte de los dos prisioneros del Estado y aseguraba que las autoridades realizarían una investigación exhaustiva. Añadió que había querido ejecutarlos legalmente, pero que la pena capital no tenía nada que ver con la muerte a manos de un asesino anónimo. Fue una declaración excelente, que recibió amplia cobertura en los servicios informativos del mediodía y de la noche, para gran satisfacción de Edward Davidoff. Sus posibilidades de ganar un escaño en el Senado dependían, en gran medida, de ese caso. Ahora, el pueblo diría que se había hecho justicia y lo asociarían con su declaración y con su rostro. Era casi como ganar el caso en el tribunal.

Desde luego que el abogado de los Patterson estaba presente. Jamás hablaban con la Policía sin la presencia de su abogado..., o, al menos, eso creía él.

-Oiga -dijo Harvey-, si nadie se mete conmigo, yo no me meto con nadie. Escuché como una pelea. Nada más. Cuando escuchas una cosa así aquí dentro, si eres vivo, miras para otro lado. Cuanto menos sabes, mejor.

-Parece que mis clientes no pueden aportar gran cosa a su investigación -dijo el abogado a los investigadores-. ¿Han estudiado la posibilidad de que se hayan matado entre ellos?

-Por el momento no hemos estudiado nada, sólo estamos interrogando a los que se hallaban presentes en las duchas cuando sucedió.

-Por lo tanto, no están pensando en acusar a mis clientes de haber tenido alguna participación en este lamentable incidente.

-Por ahora no, abogado -dijo el oficial superior.

-Muy bien, quiero que conste en el acta de este interrogatorio. Que conste también que mis clientes no poseen información alguna que sea de utilidad para esta investigación. Por último, que conste que no interrogarán a mis clientes si no es en mi presencia.

-Muy bien, abogado.

-Gracias. Ahora, si me permiten, deseo conversar con mis clientes en privado.

La conversación duró un cuarto de hora, al cabo del cual el abogado comprendió qué había sucedido. No lo «sabía» en un sentido metafísico o legal, o que tuviera algo que ver con la ética forense... pero sabía. Cualquier medida que tomara sobre la base de sus especulaciones constituiría una violación de la ética y de su juramento como funcionario de la Justicia. Hizo lo único que cabía hacer: interpuso un recurso de amparo en el juicio contra sus defendidos. Antes de que el día terminara, tendría nuevas pruebas de lo que desconocía.

-Buenos días, juez -dijo Ryan.

-Buenos días, Jack. Lamento no poder dedicarle mucho tiempo, salgo de viaje dentro de unos minutos.

-Señor, si me preguntan qué diablos pasa en Colombia, ¿qué les contesto?

-Parece que lo hemos marginado de esta operación, ¿verdad?

-Así parece.

-Es que tengo esa orden. Imagine quién me la dio. Lo que sí le puedo decir es que la Agencia no ha reventado a nadie. ¿De acuerdo? Es verdad que tenemos una operación en curso allí, en Colombia, pero no hemos puesto ninguna bomba en un coche.

-Me alegro, señor. Sabía que no es nuestro estilo -dijo con toda la serenidad que era capaz de fingir. *¡Mierda! ¡Ni siquiera el juez me dice la verdad!*-. Entonces, si me llaman del Congreso, les digo lo que usted me acaba de decir.

Moore se levantó de su sillón y sonrió.

-Tendrá que aprender a tratar con ellos, Jack. No es fácil ni agradable, pero ya verá que son gente seria..., más que Fowler y su gente, si mis informantes no mienten.

-Hubiera podido hacerlo mejor, señor -asintió Ryan-. Me dijeron que el almirante lo hizo antes. Debería haber hablado con él.

-Nadie le pide que sea perfecto, Jack.

-Gracias, señor.

-Bueno, me espera un avión en California.

-Buen viaje, juez -dijo Ryan al salir de la oficina. Fue a su despacho y cerró la puerta antes de permitirse un cambio de expresión.

»Joder -suspiró. Una mentira sencilla y directa hubiera sido más fácil de aceptar. Pero ésta no lo era. La habían elaborado, estudiado y ensayado. *No hemos puesto ninguna bomba en un coche.*

Claro que no: dejaron que la Armada lo hiciera.

Muy bien, Jack. Ahora, ¿qué harás?

No lo sabía, pero tenía un día entero para preocuparse por ello.

Si quedaba alguna duda, el lunes al amanecer se desvaneció. Los tipos que andaban por el monte no se habían ido. Pasaron la noche en un campamento, un par de kilómetros al Sur, y Chávez los oía con claridad. Incluso escucharon un disparo, pero no estaba dirigido hacia el pelotón. Tal vez habían visto un ciervo, o tal vez se les había escapado. Lo que fuera, era para asustarse.

El pelotón estaba bien atrincherado en una posición defensiva. Bien ocultos y camuflados, los ángulos de tiro eran adecuados, sobre todo, nadie esperaría encontrarlos allí. Habían llenado las cantimploras y se encontraban lejos de cualquier manantial de agua: cualquiera que saliera a cazar soldados esperaría lo contrario. También los buscaría en terreno más alto, pero casi daba lo mismo. Hacia arriba, la ladera estaba densamente arbolada, nadie podría acercarse sin hacer ruido. Hacia abajo, era resbaladiza y todos los caminos visibles desde el puesto de vigía, de manera que podían esperar su oportunidad para desplazarse si hacía falta. Ramírez sabía elegir el terreno. Tenían orden de evitar el contacto con el enemigo; si no podían evitarlo, debían golpear rápidamente y partir. Eso sólo significaba una cosa: que había otros cazadores en el bosque, aparte de Chávez y sus camaradas. Ninguno de ellos hubiera confesado que tenía miedo, pero todos se mostraban doblemente cautelosos.

Chávez ocupaba un puesto de escucha y observación fuera del perímetro. Desde allí tenía un buen panorama de las vías de aproximación del resto y una senda oculta por donde regresar si fuese necesario. Lo acompañaba Guerra, el sargento especialista en operaciones. Ramírez quería tener a los dos SAW en el campamento.

-Tal vez se vayan -susurró *Ding,* pensando en voz alta.

Guerra gruñó con desdén:

-Me parece que los jodimos demasiado. Ahora lo que nos hace falta es un buen escondite.

-Por el ruido, deben de haberse detenido para almorzar. Tal vez se tomen su tiempo.

-Sí, y también hacen ruido de estar peinando el monte como si fueran una escoba, ¡qué joder! Si no me equivoco, los veremos aparecer por allí, bajar esa cuesta y reaparecer justo delante de nosotros.

-Puede que tengas razón Paco.

-Deberíamos irnos de una vez.

-Mejor si esperamos a la noche -dijo *Ding*-. Ahora que sabemos lo que hacen, podemos evitarlos.

-Quizá. Parece que va a llover, *Ding.* ¿Se irán a sus casas en lugar de mojarse como unos idiotas?

-Lo sabremos dentro de un par de horas.

-Y la visibilidad se va a ir a la mierda.

-Eso sí.

-¡Allí! -exclamó Guerra.

-Los veo. -Chávez enfocó sus prismáticos hacia los árboles.

Vio a dos hombres y poco después a otros seis. A pesar de la distancia, era evidente que jadeaban después de un duro esfuerzo. Uno se detuvo a beber de una botella.

¿Cerveza?, se preguntó *Ding,* muy erguido en medio de un claro, como si quisiera que le dispararan. ¿Quién era esa chusma? Vestían ropa civil y no trataban de ocultarse, pero llevaban correaje militar. Sus armas eran AK-47, de culata plegable.

-Punta a Seis, cambio.

-Aquí, Seis.

-Veo ocho... no, diez hombres armados con AK, quinientos metros al Este y casi en la cima del cerro dos-cero-uno. No hacen nada, sólo están ahí, parados. Cambio.

-¿Qué miran? Cambio.

-Nada, sólo se hacen la paja, mi capitán. Cambio.

-Manténgame informado -ordenó Ramírez.

-Entendido. Cambio y fuera.

Chávez alzó los prismáticos. Uno de ellos señaló la cima. Tres hombres iniciaron la marcha hacia allá, con evidente falta de entusiasmo.

-¿Qué pacha, nenito pobechito no quede chubí la jodida montañita? -dijo *Ding,* remedando a un suboficial que había conocido en Corea-. Parecen cansados, Paco.

-Perfecto, a ver si se van a casa.

Sí que estaban cansados. Subieron sin la menor prisa. Desde la cima avisaron a gritos que no veían nada. Los demás los miraban desde el claro, parados como idiotas. *Ding* estaba sorprendido. La confianza era una buena aliada del soldado, pero eso no era confianza, y esos tipos no eran soldados. Cuando los tres iniciaban el descenso, los nubarrones taparon el sol y empezó a llover. En la ladera occidental del cerro se había generado una fuerte tormenta eléctrica tropical. Después de la lluvia empezaron a caer los rayos. Uno descargó en la cima, justo en el lugar donde momentos antes habían estado los tres escaladores. Permaneció allí durante un segundo interminable, como el dedo de un dios furioso. Luego empezaron a caer por todas partes y la lluvia se volvió un diluvio. La visibilidad, antes limitada, se redujo a un radio de unos cuatrocientos metros que se extendía y contraía según las espesas cortinas de agua avanzaban o retrocedían. Chávez y Guerra estaban preocupados. Su misión era escuchar y observar, pero se veía poco y se oía menos. Lo peor era que la tierra estaría mojada después de la tormenta. Las hojas y las ramitas no crujirían bajo los pies y la humedad absorbería los ruidos. Esos bufones podrían acercarse mucho más al puesto de vigilancia sin ser vistos. Al mismo tiempo, si era necesario abandonar el lugar, el pelotón podría desplazarse más rápidamente que antes, por las mismas razones. Como siempre, el medio en el que se encontraban era neutro: brindaba ventajas a los que sabían aprovecharlas y ponía los mismos obstáculos delante de todos.

La tormenta duró toda la tarde: fueron muchos metros cúbicos de lluvia. Un rayo cayó a cien metros del puesto de guardia, y el brusco estallido de ruido y luz fue tan aterrador para los dos sargentos como una salva de artillería. Para colmo de males, hacía frío, la temperatura había bajado a unos quince grados.

-Mira allá, *Ding* -susurró Guerra de pronto.

-¡Joder! -No era difícil adivinar cómo se habían acercado tanto: la tierra estaba impregnada de agua, y todavía estaban aturdidos por los truenos. Eran dos, a menos de doscientos metros.

-Punta a Seis, hay un par de tipos doscientos metros al sudeste del puesto -avisó Guerra al capitán-. Atentos, cambio.

-Entendido, estamos atentos -replicó Ramírez-. Tranquilo, Paco.

Guerra acusó recibo de la orden con un chasquido del botón de transmisión. Con movimientos muy lentos, Chávez colocó su arma en posición de disparo, con el seguro puesto, pero sin apartar el pulgar del botón. Sabía que eran casi invisibles, ocultos bajo el manto de hojas y arbolitos. Tenían los rostros pintados, y, aun a unos cincuenta metros, se fundían en el paisaje. Tenían que permanecer inmóviles porque el ojo humano percibe rápidamente todo lo que se mueve, pero en reposo resultaban invisibles. Era una demostración práctica de los beneficios de la disciplina que el Ejército les inculcaba. Los sargentos lamentaban no haberse puesto el uniforme de camuflaje, pero no había nada que hacer; además, su ropa estaba impregnada de barro. Por acuerdo tácito, cada uno vigilaba un sector distinto para no tener que girar la cabeza. Podían hablar en susurros, pero no lo harían si no era estrictamente necesario.

-Hay algo detrás de nosotros -dijo Chávez diez minutos más tarde.

-Por qué no miras -dijo Guerra.

Tuvo que hacerlo muy lentamente: tardó más de treinta segundos en girar el cuerpo y la cabeza.

-¡Joder! -Varios hombres extendían sacos de dormir en el suelo-. Van a pasar la noche.

Entonces comprendieron lo que había sucedido. Los hombres que observaban seguían una rutina preestablecida y, sin saberlo, su campamento nocturno rodeaba el puesto de observación de los soldados. Había más de veinte hombres al alcance de la vista o el oído.

-Vamos a pasar una noche movidita -susurró Guerra.

-Yo, con las ganas de mear que tengo -dijo *Ding,* tratando de bromear.

Miró al cielo. El diluvio se había reducido a una tenue llovizna, pero las nubes eran tan espesas como antes. Faltaban unas dos horas para el anochecer.

El enemigo se había dividido, muy inteligente, en tres grupos; pero cada uno había cometido la estupidez de encender una fogata para cocinar. Conversaban y reían en voz alta, como en una cantina de aldea. Eso les permitía a Chávez y Guerra comunicarse con el campamento.

-Punta a Seis, cambio.

-Aquí, Seis.

-Seis, esteee... -vaciló-. Estamos como rodeados por el campamento de ellos, pero no lo saben.

-Dígame qué quieren hacer.

-Por ahora, nada. Creo que podemos irnos sin problema después de que oscurezca. Avisaremos.

-Entendido. Fuera.

-¿Irnos sin problema? -susurró Guerra.

-Se lo he dicho para que no se preocupe, Paco.

-Oye, *mano,* yo sí que estoy preocupado.

-Eso no sirve.

Todavía no hallaba las respuestas. Ryan abandonó su despacho después de una jornada aparentemente normal, durante la cual se había puesto al día con la correspondencia y los informes. Sin embargo, no había avanzado demasiado: tenía mucho en que pensar.

Pidió al chófer que lo llevara a «Bethesda». No anunció su visita, aunque su presencia allí no llamaría la atención. La vigilancia en la *suite* VIP era tan estricta como antes, pero todos conocían a Ryan. El de la puerta meneó la cabeza con tristeza. Ryan comprendió la señal. Antes de entrar, hizo una pausa para serenarse. No convenía que Greer viera las expresiones de tristeza de sus visitas, pero Jack sentía mucho más que eso.

Casi no pesaba ni cuarenta y cinco kilos, era apenas el despojo de un oficial naval de carrera, comandante de naves y hombres al servicio de su nación. Cincuenta años de fieles servicios agonizaban en esa cama de hospital. No moría sólo un hombre, sino una época, un código de conducta. Cincuenta años de experiencia, sabiduría e inteligencia. Jack se sentó junto a la cama e indicó al guardia que saliera.

Librodot

-Hola, jefe.

Abrió los ojos.

¿Qué le digo? ¿Le pregunto cómo se siente! ¡Lindo saludo para un hombre que agoniza!

-¿Qué tal tu viaje? -La voz era muy débil.

-Lo pasé bien en Bélgica, Todos le envían saludos. El viernes informé a Fowler, como a usted en las elecciones anteriores.

-¿Qué opinas?

-Necesita asesoramiento sobre política exterior.

Sonrió.

-Lo mismo pensé yo. Pero habla bien.

-No me llevé demasiado bien con una de sus asesoras. Elliot, la chica de Bennington. De lo más grosera. Dice que si su candidato gana, yo me voy.

Era justamente lo que no debía haberle dicho. Greer trató de enderezarse, pero no pudo.

-Entonces ve a buscarla, dale un beso, reconcíliate. Si tienes que besarle el culo al mediodía en una plaza, hazlo. ¿Cuándo aprenderás a agachar un poco esa cabezota irlandesa? La próxima vez que veas a Basil, pregúntale qué opina de sus jefes. Tu deber es servir a tu *país,* Jack. No a la gente que amas.

Era como un directo al hígado, pero más doloroso.

-Tiene razón, señor. Tengo mucho que aprender.

-Date prisa, hijo. No me queda mucho tiempo para enseñarte.

-No diga eso, almirante. -Era el ruego de un niño.

-Ha llegado mi hora. Algunos de mis camaradas murieron hace cincuenta años, en la isla Savo, en Leyte, en todos los mares. Yo tuve más suerte, pero ha sonado ya. Ahora debes ocuparte tú. Quiero que seas mi sucesor, Jack.

-Necesito un consejo, almirante.

-¿Sobre Colombia?

-Le preguntaría cómo se enteró, pero vamos al grano.

-Cuando Arthur Moore se niega a mirarte a los ojos, es porque algo anda mal. Vino a verme el sábado. Apartaba los ojos cada vez que yo lo miraba.

-A mí me mintió -dijo Ryan, y explicó rápidamente el problema: lo que sabía, sospechaba y temía.

-Y ahora quieres saber qué hacer -dijo Greer.

-Un poco de orientación no me vendría mal, señor.

-No te hace falta, Jack. Eres vivo. Conoces a la gente. Sabes distinguir el bien del mal.

-Pero, y...

-¿La política? Es una mierda. -Greer contuvo la risa-. ¿Sabes en qué piensas cuando estás tendido aquí? En lo que pudiste hacer y no hiciste, en los errores que cometiste, la gente que trataste mal, y agradeces a Dios que no fuera peor. Nunca lamentarás haber sido honesto, Jack, aunque alguien tenga que sufrir por ello. Cuando te ascendieron a teniente de *marines,* pronunciaste un juramento ante Dios. Ahora comprendo el significado de ese acto. No es una amenaza, sino algo destinado a ayudarte. Es para que tengas siempre presente la importancia

Librodot

de las palabras, las ideas, los principios. Lo más importante de todo es tu palabra, porque tu palabra eres tú mismo. Ésta es la última lección que puedo darte, Jack. De aquí en adelante, sigue solo. -Hizo una pausa: el dolor podía más que la medicación-. Tienes una familia, Jack. Ve con ellos. Dales mis saludos, diles que, en mi opinión, su papá es un buen tipo, que pueden estar muy orgullosos de él. Buenas noches, Jack. -Greer se durmió.

Jack permaneció sentado durante varios minutos, el tiempo necesario para serenarse. Se secó los ojos y salió de la habitación, justamente cuando el médico entraba. Se presentó.

-Le queda poco tiempo, menos de una semana. Lo lamento. No tenía esperanza.

-Pero que no sufra -rogó.

-Hacemos lo necesario -dijo el oncólogo-. Por eso lo mantenemos dormido durante casi todo el tiempo. Despierto, está bastante lúcido. Hemos tenido unas conversaciones muy interesantes, es un hombre fascinante. -Aunque estaba acostumbrado a perder pacientes, siempre le producía la misma desazón-. En unos años tal vez lo hubiéramos salvado, pero el progreso no ha llegado a tiempo.

-Así sucede siempre. Pero gracias por el esfuerzo y por los cuidados, doctor.

Ryan bajó en el ascensor hasta la planta baja y ordenó al chófer que lo llevara de vuelta a su casa. Al pasar, contempló de nuevo el templo mormón, con la fachada de mármol iluminada por los reflectores. Faltaba determinar los medios, pero los fines estaban muy claros. Jack había hecho una promesa tácita a un hombre moribundo: nada podía ser más sagrado.

El cielo se despejaba, la luna no tardaría en salir. Hora de ponerse en marcha. El enemigo había apostado varios centinelas, que se paseaban de acá para allá, como los que vigilaban los centros de elaboración. Las fogatas seguían encendidas, pero no había más conversaciones. Los hombres dormían, exhaustos.

-Nos alejaremos andando normalmente -dijo Chávez-. Si nos ven agachados o arrastrándonos, saben que somos «malos». Si nos ven caminando, somos de ellos.

-Está bien -asintió Guerra.

Colgaron las armas en bandolera, sobre el pecho. Al verlas, el enemigo sabría que no eran como las suyas, pero al llevarlas apretadas contra el cuerpo desdibujaban los contornos, a la vez que las tenían a mano para su uso inmediato. *Ding* tenía su MP5SD2 para matar en silencio. Guerra sacó su machete. Era de acero anodizado, lo único que brillaba era el borde, afilado como una navaja. Guerra era especialista en armas blancas y las afilaba constantemente. También era ambidextro, llevaba el machete en la zurda, y la diestra sobre la culata del M-16.

El pelotón se había desplazado a un punto a unos cien metros del campamento que debían atravesar y estaba listo para prestar apoyo. Sería, en el mejor de los casos, una operación difícil. Todos rogaban que no fuera necesaria su intervención.

-Bueno, vamos. Tú primero, *Ding.* -Guerra era el superior de Chávez, pero ésta era una de esas situaciones en las que la experiencia tenía más importancia que la antigüedad.

Chávez inició la marcha ladera abajo. Se mantuvo a cubierto mientras pudo, después dobló a la izquierda, hacia la seguridad del pelotón. Había dejado las gafas de visión nocturna en su mochila, en la guarida del pelotón, porque debían relevarlo antes del anochecer. Las echaba de menos.

Se desplazaban sigilosamente, la tierra mojada absorbía los ruidos, pero la maleza era espesa y la distancia a recorrer, trescientos o cuatrocientos metros, excesiva.

Librodot

No caminaban por las sendas, pero tampoco podían evitarlas del todo y una de ellas estaba llena de curvas. Cuando Chávez y Guerra las cruzaban, aparecieron dos hombres a menos de cuatro metros.

-¿Qué hacéis por aquí? -preguntó uno de ellos. Chávez alzó la mano a modo de saludo, pero los dos siguieron acercándose. Cuando descubrieron la clase de arma que *Ding* llevaba, ya era tarde.

Chávez tomó la metralleta con las dos manos y la alzó bien sujeta por la doble vuelta de correa. El proyectil penetró bajo el mentón e hizo saltar la tapa de los sesos. Guerra giró, blandió el machete e, igual que en las películas, decapitó a su enemigo con toda limpieza. Cada uno atrapó rápidamente el cuerpo de su víctima para que no hiciera ruido al caer.

¡Mierda!, pensó *Ding.* Ya no había manera de ocultar su presencia. No había tiempo para enterrar los cadáveres, en cualquier momento aparecerían otros hombres. En ese caso, pensó, convenía explotar esas dos muertes lo máximo posible. Buscó la cabeza cortada por Guerra y la puso sobre el pecho de la víctima, entre las dos manos inertes. El mensaje era claro: *¡No nos jodáis!*

Guerra asintió al verlo, y *Ding* retomó la marcha. Diez minutos después escucharon el ruido de un salivazo a su derecha.

-Os estoy vigilando desde hace una eternidad -dijo *Oso.*

-¿Novedades? -preguntó Ramírez.

-Nos cruzamos con dos tipos. Están muertos -dijo Guerra.

-En marcha, antes de que los encuentren.

No pudo ser. Momentos más tarde escucharon el ruido sordo de un cuerpo al caer, seguido de un grito y una ráfaga de AK-47. Fue un disparo al aire, pero lo bastante ruidoso como para despertar a todo el mundo en varios kilómetros a la redonda. Los soldados se colocaron el equipo de visión nocturna para alejarse rápidamente entre la maleza, mientras en el campamento, a sus espaldas, se alzaba un coro de gritos y maldiciones.

Marcharon durante dos horas. Lo sabían como si se lo hubieran comunicado oficialmente por la red vía satélite: los cazadores eran los cazados.

Había sucedido con rapidez inusitada, a ciento cincuenta kilómetros de las islas de Cabo Verde. Las cámaras del satélite barrían la región desde hacía varios días y tomaban fotografías de la tormenta en distintas frecuencias de luz. Cualquiera que tuviera el equipo receptor adecuado podía recibir esas fotos y los buques ya alteraban sus rumbos para evitar la tormenta. Una masa de aire muy caliente y seco había desbordado del desierto occidental africano en medio de un verano en el que se habían registrado temperaturas altísimas; arrastrada por los vientos alisios, la masa se había mezclado con el aire húmedo del mar para formar inmensos cúmulos, centenares de nubes de tormenta que empezaban a unirse. Las nubes rozaban la superficie cálida del mar, de donde succionaban calor que se unía a la energía ya contenida en ellas. Alcanzada una masa crítica de calor, lluvia y nubes, la tormenta empezó a consolidarse. Los científicos del National Hurricane Center ignoraban qué sucedía, porque, dadas las circunstancias, era un fenómeno infrecuente, pero el hecho era ineludible. El jefe del laboratorio manipuló los controles del ordenador para observar las fotos una y otra vez. Era evidente: las nubes giraban en sentido contrario a las agujas del reloj, alrededor de un punto en el espacio. La tormenta se consolidaba, aprovechaba su movimiento circular para adquirir consistencia y poder, como si fuera consciente de que esa actividad le daría vida. El año estaba un poco avanzado, pero las condiciones eran excepcionalmente «buenas» para que se generara esa tormenta. Qué hermosas eran esas fotos, esos cuadros abstractos en que las

Librodot

nubes eran espirales de gasa. *Qué hermosas serían* -se rectificó el científico- *si no mataran tanta gente.* Pensándolo bien, bautizaban esas tormentas con nombres humanos porque no era justo que un número pusiera término a centenares de miles de vidas. *Se está generando una de ésas,* pensó el meteorólogo. Por el momento anunciarían que era una depresión tropical, pero a medida que su radio y su energía aumentasen se convertiría en una tormenta tropical. Entonces la bautizarían *Adela.*

Lo único que las películas sabían mostrar bien, pensó Clark, eran las reuniones de espías en los bares. El bar era una institución útil en los países civilizados. Allí concurrían los hombres a beber un par de copas, reunirse con otros hombres y conversar en recintos anónimos, mal iluminados, donde la música impide distinguir las palabras más allá de un pequeño radio. Larson llegó después y se acomodó junto a Clark. La cantina no tenía taburetes, sólo una barra de bronce para apoyar el pie. Larson pidió una cerveza, de una excelente marca local. Los colombianos hacían muchas cosas bien, pensó Clark. Si no fuera por la droga, el país progresaría muchísimo. Pero sufría tanto como el suyo. No: aquí, el problema era aún más grave. El Gobierno tenía que afrontar el hecho de que estaba perdiendo la guerra contra los narcos. ¿Y qué decir de Estados Unidos?, se preguntó el agente de la CIA. El Gobierno colombiano está amenazado... ¿Y el norteamericano? Ah, no, pensó con sorna: a nosotros nos va mucho mejor.

-¿Novedades? -preguntó una vez que el patrón se alejó al otro extremo de la barra.

-Está confirmado -dijo Larson en español-. Los efectivos que tienen los jefes en la calle han disminuido.

-¿Adónde han ido?

-Dicen que al Sudoeste. Hablan de ir al monte a cazar.

-¡Mierda! -murmuró Clark.

-¿Qué pasa?

-Hay unos cuarenta soldados de Infantería ligera... -le explicó todo en pocos minutos.

-*¿Hemos invadido el país?* -Larson clavó la vista sobre el mostrador-. ¡Jo... der! ¿Quién es el loco que tuvo esa genial idea?

-Nuestro jefe... o, mejor dicho, nuestros jefes.

-Mierrrda, si hay algo qué no le podíamos hacer a esta gente es justamente eso.

-Perfecto. Tome el primer avión a Washington y dígaselo al SDO. Ritter los sacará en seguida, si es que le queda un átomo de sentido común.

Clark se volvió. Estaba pensando, y se le ocurrían algunas ideas bastante inquietantes. Recordó una misión de infiltración en que...

-¿Qué tal si vamos para allá mañana?

-Si quiere que pierda mi cobertura... -dijo Larson.

-¿Tiene una guarida? -preguntó Clark. Todo espía tiene un lugar donde ocultarse en caso de necesidad.

-¿Es el papa polaco? -preguntó Larson con desdén.

-¿Y su amiga?

-Si no nos ocupamos de ella, la Agencia no me ve más el pelo.

La CIA alentaba la lealtad entre agentes, incluso cuando no eran amantes, y Larson sentía bastante afecto por la mujer con la que se acostaba desde hacía un año.

-Diremos que es una misión de prospección, pero, después de esta misión, usted corre peligro aquí. Volverá a Washington a que le asignen un nuevo destino. Ella también. Es una orden.

-No sabía que usted...

-Oficialmente, no -sonrió Clark-, pero ya se enterará de que Mr. Ritter y yo tenemos un acuerdo. Yo hago lo que considero conveniente y él no altera mis disposiciones.

-Nadie tiene tanta influencia -dijo Larson. La respuesta fue una ceja levantada y la mirada más peligrosa que había visto hasta ese momento.

Cortez ocupaba la única habitación cómoda de la casa. Era la cocina, más grande de lo habitual, con una mesa donde colocar las radios, los mapas y la hoja donde llevaba las cuentas. Hasta entonces había sufrido once bajas en escaramuzas breves, violentas y silenciosas. A cambio de... nada. Sus «soldados» sentían más furia que miedo, lo cual convenía a sus propósitos. El mapa táctico principal estaba cubierto con una lámina de acetato transparente sobre la cual marcaba las zonas de actividad por medio de un lápiz de cera rojo. Había descubierto dos, tal vez tres, grupos de soldados norteamericanos. Al menos, eso era lo que deducía después de perder once hombres. Quería creer que eran once idiotas. Desde luego, era un criterio relativo porque la suerte era un factor importante en el combate, aunque la Historia enseñaba que los estúpidos eran los primeros en caer, y que en el campo se producía un proceso de selección darwiniano. Estaba resuelto a sufrir un medio centenar de bajas antes de alterar sus tácticas. En ese momento pediría refuerzos, a fin de debilitar aún más las guardias pretorianas. Luego informaría a su jefe que los hombres enviados por dos o tres de sus colegas de la cúpula -desde luego, ya había determinado a quiénes acusaría- tenían una actitud bastante rara en el campo de batalla; al día siguiente, informaría a uno de los tres -ya lo había seleccionado- que últimamente su jefe se portaba de manera bastante rara y que él, Cortez, era leal a la organización en su conjunto, no a los individuos. El plan era que mataran a Escobedo. Era un paso necesario y de ninguna manera un mal. Los norteamericanos ya habían matado a dos de los jefes más astutos, y él les ayudaría a eliminar a los dos cerebros restantes. Los supervivientes necesitarían a un tipo como Cortez y serían conscientes de ello. Como jefe de Seguridad e Inteligencia, tendría derecho a sentarse a la mesa. El Cártel se convertiría en una organización más ágil y segura, de acuerdo con sus concepciones. En un año, sería el primero entre sus pares; en dos, el primero a secas. No tendría que matar a los demás. Había manipulado fácilmente a Escobedo, uno de los más inteligentes. Los demás eran niños, más interesados en su dinero y sus juguetes de lujo que en las perspectivas reales de la organización. Sus ideas al respecto eran más bien vagas. Cortez sólo era capaz de prever los cuatro o cinco, no los diez pasos siguientes.

Estudió los mapas. En poco tiempo, los Estados Unidos comprenderían el peligro y reaccionarían con fuerza. Abrió su maletín y comparó las fotografías aéreas con los mapas. Sabía que los soldados habían llegado por aire y que los abastecía un solo helicóptero. Era una temeridad, o, más aún, una estupidez. ¿La experiencia en las llanuras de Irán no les había enseñado nada? Tenía que descubrir las zonas de aterrizaje... o tal vez no.

Cerró los ojos y obligó a su mente a volver al principio. El peligro en las operaciones era que al planificar los detalles, uno perdía la visión del conjunto. Tal vez existía otro medio. Los norteamericanos ya le habían ayudado. Tal vez lo harían otra vez. ¿Cómo hacerlo? ¿Qué podía hacer por ellos? ¿Qué podían hacer ellos por él? Pensó en eso durante el resto de esa noche insomne.

El mal tiempo de la noche anterior no les había permitido probar el motor nuevo y por eso mismo tuvieron que esperar hasta las 03:00, hora local, para intentarlo otra vez. El «Pave Low» no podía aparecer durante el día bajo ninguna circunstancia, salvo que recibiera órdenes directas de la cúpula.

Una carretilla lo arrastró del hangar; desplegaron y colocaron la hélice antes de encender los motores. PJ y Willis ocuparon la cabina, el sargento Zimmer su tablero. Se deslizaron normalmente hasta el extremo de la pista; el helicóptero se sacudió con fuerza cuando las toneladas de acero y combustible iniciaron su ascenso renuente, como un niño al subir por primera vez una escalera.

Nadie pudo determinar la exacta sucesión de los acontecimientos. Un chillido agudo y fortísimo atravesó el casco extraterrestre del piloto y taladró sus oídos. Un milisegundo antes, Zimmer alcanzó a dar una voz de alerta excesivamente fuerte por el intercomunicador. Cualquiera que fuese el primer alerta, los ojos del coronel Johns bajaron al panel de control y advirtieron que los diales del motor número uno indicaban que había graves problemas. Willis y Zimmer apagaron el motor, mientras PJ hacía girar el aparato, que, por suerte, se había elevado apenas quince metros. Tres segundos después, caía otra vez a tierra y apagaba el único motor que seguía funcionando.

-¿Qué ha ocurrido?

-El motor nuevo, señor. Se ha hecho pedazos... Me parece que es el compresor. Voy a tener que desarmarlo a ver si se ha dañado alguna otra cosa -dijo Zimmer.

-¿Tuvo problemas para instalarlo?

-Negativo. Lo hice como el manual indica, señor. Es la segunda vez que pasa con este lote de motores, señor. La culpa es del contratista, son esos alabes de la turbina. Vamos a tener que parar todo hasta que descubramos dónde está el problema, y, mientras tanto, ni la Armada ni el Ejército ni nosotros vamos a poder usar estos aparatos.

En el motor nuevo, los alabes del turbocompresor eran de cerámica, más liviana -lo cual permitía cargar más combustible- y económica -lo cual permitía comprar motores- que el acero. Habían demostrado ser tan fiables como los alabes de acero... pero sólo en el banco de pruebas, no en el aire. El primer fallo lo habían atribuido a otros problemas, pero dos aparatos de la Armada habían desaparecido en el mar sin dejar rastro. Zimmer tenía razón. Ningún aparato volvería a volar con ese motor hasta que identificaran y resolvieran el desperfecto.

-Pero qué buena noticia, Buck -dijo Johns-. ¿Y el otro repuesto?

-Adivine, señor. Puedo pedir que nos envíen otro de los viejos.

-¿Qué le parece mejor?

-Pedir uno viejo o tal vez quitárselo a otro aparato en «Hurlburt».

-Llámelos ahora, al bajar -ordenó el coronel-. Quiero que manden *dos* motores de repuesto lo antes posible.

-Entendido, señor.

Los tripulantes cambiaron una mirada significativa. ¿Qué sería de la gente a la que debían prestar apoyo?

Se llamaba Esteves, era sargento del Ejército de los Estados Unidos, batallón Once-Bravo. Antes había servido en la unidad de reconocimiento del 5.° Batallón, Regimiento de Infantería 14, 1.ª Brigada de la 25.ª División de Infantería Ligera *Tropical Lightning,* con asiento en

Schofield Barracks, Hawai. Joven, aguerrido y orgulloso como todos los soldados del operativo SHOWBOAT, en ese momento se sentía cansado y furioso. Y para colmo de males, le dolía el estómago. Alguna comida o bebida le había sentado mal. A la primera oportunidad pediría algún medicamento al enfermero del pelotón, pero en ese momento sentía ruidos en las tripas y debilidad en los brazos. Habían llegado apenas veintisiete minutos detrás del pelotón *Cuchillo,* pero después de destruir una pista aérea no habían vuelto a tener contacto con el enemigo. Habían descubierto seis centros de elaboración, cuatro de ellos abandonados poco antes, pero ningún ser humano. Esteves estaba seguro de que los demás pelotones habían tenido contacto, y quería empezar a ganar puntos. Como Chávez, se había criado en un barrio donde pululaban las pandillas; a diferencia de él, fue miembro de una de ellas hasta que el Destino dispuso que entrara en el Ejército. A diferencia de Chávez, había sido consumidor de drogas, hasta que su hermana murió a causa de una sobredosis de heroína demasiado pura. Había visto cómo se apagaba su vida, igual que cuando se desenchufa un aparato eléctrico del tomacorriente. La noche siguiente buscó al traficante y luego se alistó en el Ejército para evitar la cárcel. Al hacerlo, ni soñaba que sería un soldado profesional y que la vida podía ofrecerle algo más que un lavadero de coches y los cheques del seguro de desempleo. Aceptó esa misión, ansioso por vengarse de la escoria humana que había matado a su hermana y esclavizado a su pueblo. Pero todavía no había matado a nadie, no había ganado un solo punto. La fatiga y la sensación de impotencia eran una combinación fatal frente al enemigo.

Por fin, pensó al ver el resplandor de una fogata a quinientos metros de su posición. Hizo lo que debía hacer. Lo comunicó al capitán, esperó a que el pelotón se dividiera en dos equipos y se acercó para eliminar a la decena de hombres que realizaba esa danza idiota en la tina llena de ácido. Aunque estaba cansado y ansioso, la disciplina seguía siendo el eje de su vida. Condujo su grupo, formado por él y otros dos hombres, a una posición desde la cual podían brindar fuego de apoyo al grupo de asalto, comandado por el capitán. En el momento en que tuvo la certeza de que esa noche sucedería algo distinto, su premonición se cumplió.

No vio una tina, ni mochilas llenas de hojas, sino quince hombres armados. Envió la señal de alerta, pero no obtuvo respuesta: no advirtió que, diez minutos antes, una rama había quebrado la antena de su transmisor. Se detuvo, miró a su alrededor en busca de un indicio, una señal que le ayudara a tomar una decisión, mientras los otros dos se preguntaban qué diablos ocurría. En ese momento sufrió un violento espasmo estomacal, se dobló, tropezó con una raíz y dejó caer su arma. El fusil no se disparó, pero la culata golpeó contra el suelo con un metálico clack. Entonces advirtió que, a unos seis metros de su posición había un hombre cuya presencia no había detectado.

Éste no dormía: se masajeaba las doloridas pantorrillas que le impedían dormir. El ruido lo sobresaltó. Cazador avezado, su primera reacción fue de estupor. ¿Quién andaba por allí? Se había asegurado de que ninguno de los suyos se paseara más allá de su puesto de guardia, pero el ruido era indudablemente humano, y provocado por la acción de un arma. Les habían prevenido que había habido roces con... quien cojones fuese, que habían matado a los hombres enviados a matarlos. Tras el estupor sobrevino el miedo. Apuntó a la izquierda y disparó un cargador entero. Cuatro proyectiles hicieron impacto en Esteves, que tuvo tiempo de maldecir al Destino antes de morir. Sus dos camaradas barrieron el lugar de origen de los disparos con desordenadas y ruidosas ráfagas que mataron al hombre; pero, para entonces, los que rodeaban la fogata huían, y el elemento de asalto no estaba preparado para atacar. Al escuchar el ruido, el capitán llegó a la conclusión más lógica: el grupo de apoyo había caído en una emboscada, por consiguiente, debía tomar el objetivo rápidamente para desviar el fuego enemigo. El grupo de apoyo apuntó al campamento, para descubrir que había otros hombres en las cercanías. Casi todos se alejaban del fuego, pero chocaron con el elemento de asalto, que corría en dirección contraria a los que huían.

Si alguien hubiera redactado un informe de esa acción de combate, hubiera dicho, en primer término, que ambos bandos habían perdido el control. El capitán que comandaba el

pelotón había reaccionado con excesiva precipitación al encabezar el ataque en lugar de detenerse a pensar... y había sido uno de los primeros en caer. El pelotón había perdido a su jefe, pero no lo sabía. Cada soldado conservaba sus destrezas individuales, pero los soldados son, ante todo, integrantes de equipos, organismos vivos y pensantes cuya fuerza es muy superior a la de la suma de sus partes. Sin un jefe que los dirigiera, se dejaron llevar por su entrenamiento, pero se hallaban aturdidos por los ruidos y la oscuridad. Los grupos estaban entremezclados, y la falta de dirección y entrenamiento de los colombianos perdía importancia ante el hecho de que el combate lo libraban individuos contra parejas que se apoyaban mutuamente. Al cabo de cinco minutos de confusión y sangre, la «victoria» fue para las parejas. Mataron con rapidez y eficiencia, se alejaron a rastras y luego corrieron a su campamento, mientras los enemigos sobrevivientes seguían disparando y matándose entre ellos. Sólo cinco llegaron al punto de reunión: tres del elemento de asalto más los dos del grupo de Esteves. La mitad del pelotón había caído: entre ellos, el capitán, el enfermero y el operador de radio. Los soldados no sabían con quién se habían topado ya que, debido a un fallo en las comunicaciones, no estaban enterados de la operación iniciada por el Cártel.

Lo poco que sabían bastó para deprimirlos. Volvieron al campamento, reunieron su equipo y se alejaron.

Los colombianos sabían más y menos que ellos. Sabían que habían matado a cinco estadounidenses -todavía no habían descubierto el cadáver de Esteves- y perdido veintiséis hombres. No sabían si algún norteamericano había escapado, desconocían la fuerza de la unidad que los había atacado, ni siquiera podían asegurar que fueran norteamericanos: las armas lo eran, pero en cualquier país sudamericano se podía conseguir un M-16. Al igual que los hombres que habían ahuyentado, sabían que algo terrible había sucedido. Se juntaron, se sentaron, vomitaron y sufrieron el *shock* que sobreviene después del combate, cuando el hombre se entera que el mero hecho de llevar un arma automática no lo convierte en un dios. Poco después, al juntar los cadáveres, la rabia reemplazó al *shock.*

El pelotón *Bandera* -lo que quedaba de él- no podía darse ese lujo, ni detenerse a reflexionar sobre quién había ganado o perdido el encuentro. Cada soldado había aprendido una dura lección sobre el combate. Una persona culta hubiera dicho que el mundo no era determinista, pero cada uno de los cinco soldados de *Bandera* se consolaba con la más tétrica de las reflexiones que un militar puede hacer: la peor mierda es algo que puede ocurrir.

XXIV. LAS REGLAS DEL JUEGO

Mucho antes del amanecer, Clark y Larson partieron hacia el Sur en la «Subaru» de doble tracción. En el asiento delantero llevaban un maletín. Atrás, en la caja, varios cajones llenos de piedras, y, debajo de éstos, un par de pistolas automáticas «Beretta» con los cañones preparados para enroscar un silenciador. Era una lástima someter las armas a semejante trato, pero no pensaban llevárselas de recuerdo después de terminar la tarea, y, además, rogaban con fervor que no se vieran obligados a usarlas.

Al cabo de una hora, Larson rompió el silencio:

-¿Qué buscamos?

-Esperaba que usted lo supiera. Algo fuera de lo habitual.

-La gente armada no es algo fuera de lo habitual en esta parte del mundo, pero creo que ya se ha dado cuenta de eso, ¿no?

-¿Y la gente armada actuando coordinadamente?

-Tampoco es raro, pero es algo en qué pensar. No creo que veamos al Ejército -dijo Larson.

-¿Por qué?

-Anoche la guerrilla asaltó un destacamento. No se sabe si fue el M-19 o las FARC. Lo he oído esta mañana por la radio.

-Cortez -dijo Clark sin vacilar.

-Sí, puede ser. Hacer que las autoridades miren hacia otro lado.

-Quiero conocer a ese muchacho -dijo Mr. Clark a un árbol que pasaba.

-¿Para qué? -preguntó Larson.

-¿Cómo para qué? El hijo de puta hizo matar a un embajador, al director del FBI y al de la DEA, además de un chófer y varios guardias. Es un terrorista.

-¿Para devolverlo a Estados Unidos?

-¿Tengo cara de policía?

-Oiga, nosotros no...

-Yo, sí. Y, ya que estamos, ¿qué me dice de las bombas? Usted tuvo algo que ver con eso, si mal no recuerdo.

-No es...

-¿... lo mismo? -rió Clark-. Eso dicen todos. «No es lo mismo.» Yo no soy universitario como usted, Larson. No veo dónde está la diferencia.

-Esto es una jodida película -replicó Larson, con rabia.

-Si fuera una película, Carlos, usted sería una rubia tetona con la blusa desprendida. ¿Sabe?, estoy en esto desde antes de que usted tuviera su primer cochecito de juguete, y no me he tirado una sola mujer durante una misión. Ni una sola. Es injusto, ¿verdad? -Podía haber agregado que tomaba sus promesas matrimoniales muy en serio, pero no quería confundir al muchacho.

Larson sonrió. La tensión estaba rota.

-Creo que en eso le llevo alguna ventaja, Mr. Clark.

-¿Dónde está ella?

Librodot

-Lejos de aquí hasta el fin de semana, en un vuelo a Europa. Le dejé el mensaje en tres lugares distintos. *El mensaje* de que se vaya de aquí en el primer avión a Miami.

-Perfecto. Esto ya se está volviendo demasiado complicado. Cuando terminemos, cásese con ella, compre una casa, tengan hijos.

-Ya lo había pensado. Pero me pregunto... es decir... ¿no sería injusto con...?

-Desde el punto de vista estadístico -lo interrumpió-, su trabajo es menos peligroso que atender una tienda de bebidas alcohólicas en una gran ciudad. Todos tienen familia. Y cuando está lejos, en medio de una misión difícil, lo único que lo salva de la desesperación es saber que alguien lo espera. Créame, yo lo sé bien.

-Bueno, pero por ahora estamos en la zona que quiere investigar. ¿Qué hacemos?

-Recorremos los caminos vecinales. Despacio. -Clark bajó su ventanilla y husmeó el aire. Abrió el maletín, de donde sacó un mapa topográfico. Se concentró durante varios minutos, para sincronizar su mente con la situación. En esas montañas había soldados, combatientes bien adiestrados en territorio enemigo que trataban de evitar que los cazaran. Mirando sucesivamente el terreno y el mapa, trataba de formarse una idea de la situación-. Juro por Dios que sería capaz de matar con tal de tener la radio que necesito.

Es tu culpa, Johnny -se dijo Clark-. *Deberías haberle exigido. Deberías haberle dicho a Ritter que los soldados necesitan un contacto en tierra, no sólo una comunicación vía satélite, como si fuera un jodido trabajo de rutina.*

-¿Para comunicarse con ellos? -preguntó Larson.

-¿Cuánta vigilancia hemos visto hasta ahora?

-Ninguna en absoluto.

-Exacto. Si tuviera un transmisor, les diría que bajaran del monte, les daría ropa limpia y los llevaría al aeropuerto para que se fueran de una vez a casa, coño -dijo Clark, sin poder ocultar su impotencia.

-Pero es una locu..., coño, tiene razón. Lo que es una locura es la situación. -Ahora que comprendía, le parecía increíble que hubiera interpretado tan mal los hechos.

-Tome nota: esto es lo que pasa cuando se dirige una operación desde Washington en lugar de hacerlo sobre el terreno. Recuérdelo. Tal vez algún día lo nombren supervisor. Ritter piensa exclusivamente como un jefe, hace mucho que no tiene contacto con la tropa ni con el terreno. Ése es el problema más grave de Langley: los que mandan no recuerdan lo que significa estar aquí, y las reglas han cambiado mucho desde que dejaron sus guaridas en Budapest. Además, la situación no es como ellos piensan. Esto no es espionaje, sino un conflicto de baja intensidad. Hay que saber salir de la clandestinidad. En el fondo, lo que ha cambiado no son las reglas, sino el juego en sí.

-En la Granja no nos dijeron nada.

-No me sorprende. Casi todos los instructores son unos viejos... -Clark hizo una pausa-. Más despacio.

-¿Qué ocurre?

-Deténgase.

Larson detuvo la furgoneta en la cuneta de gravilla. Clark bajó con su maletín, lo cual le pareció muy extraño, y con las llaves del vehículo. A continuación abrió la puerta trasera y devolvió las llaves a Larson. Introdujo la mano en una de las cajas, debajo de las rocas de mineral de oro, de donde sacó su «Beretta» con silenciador. Se la puso bajo el cinturón, a la espalda, donde quedó oculta bajo su holgada chaqueta de cazador. Indicó a Larson que lo

Librodot

siguiera en el coche, poco a poco. Con una fotografía y un mapa desplegado en las manos, se dirigió hacia una curva del camino. Más allá de la curva había un camión rodeado por hombres armados. Miraba el mapa, pero levantó la cabeza, sorprendido, al escuchar gritos. Uno de los nombres agitó su AK en un gesto inconfundible:

-Acércate, o te pego un tiro.

Larson estaba a punto de orinarse en los pantalones, pero Clark le hizo un gesto para que lo siguiera y se dirigió resueltamente hacia el camión. El remolque era una plancha cubierta con una lona, pero Clark sabía lo que se ocultaba debajo de ella. Lo había olido. Por eso le había ordenado a Larson que detuviera la furgoneta.

-Buenos días -le dijo al hombre más cercano, que llevaba un rifle entre las manos.

-Ha elegido un mal día para andar por aquí, amigo.

-Él me dijo que ustedes estarían por aquí. Tengo permiso -dijo Clark.

-¿Cómo? ¿Permiso de quién?

-Del *señor* Escobedo. ¿De quién, si no? -le escuchó decir Larson.

¡Dios mío, no puede ser, dime que estoy viendo visiones!

-¿Quién es usted? -preguntó el hombre, furioso y receloso a la vez.

-Soy buscador de oro. Mire. -Clark le mostró la fotografía-. Vea esta zona que he marcado. Creo que en este lugar hay oro. Por supuesto que no estaría aquí sin permiso del *señor* Escobedo. Me dijo que, si me cruzaba con ustedes, les dijera que estoy bajo su protección.

-¿Oro? ¿Dice que busca oro? -preguntó otro hombre. El primero se mostraba respetuoso, de manera que éste debía de ser el jefe.

-Sí. Venga, les mostraré. -Clark los invitó a seguirlo a la «Subaru», de donde sacó dos piedras-. Mi conductor es el señor Larson. Él me presentó al *señor* Escobedo. Si conocen al *señor* Escobedo... lo conocen, ¿no?

Evidentemente el hombre estaba perplejo. Clark hablaba bien el español, con un leve acento extranjero, y se le veía tan tranquilo como si estuviera pidiendo indicaciones a un policía en plena ciudad.

-Mire -dijo Clark, mostrándole una piedra-. ¿Lo ve? Aquí hay oro. El yacimiento más importante desde que Pizarro llegó. Me parece que el *señor* Escobedo y sus amigos van a comprar estas tierras.

-No me habían dicho nada -dijo el hombre, para ganar tiempo.

-Claro que no. Es un secreto, y le advierto, señor, que si se corre la voz, diré al *señor* Escobedo quién es el culpable.

Controlar su vejiga era el principal problema de Larson en ese momento.

-¿Nos vamos, o no? -preguntó una voz desde el camión.

Clark miró a su alrededor mientras los dos pistoleros trataban de decidirse. En el camión había un hombre, tal vez dos. Nadie más al alcance de la vista o del oído. Se dirigió hacia el camión. Le bastaron un par de pasos para confirmar sus previsiones, sus temores. Bajo el borde de la lona asomaba la boca del cañón de un fusil M-16A2. Necesitó menos de un segundo para decidirse. Él mismo se asombraba al comprobar la persistencia de sus viejos hábitos...

-¡Alto! -exclamó el jefe.

Librodot

-Permítame cargar mis muestras en su camión -dijo Clark sin darse la vuelta-. Lléveselas al *señor* Escobedo. Le aseguro que se mostrará muy complacido con el hallazgo. -Y añadió-: Se lo prometo.

Los dos corrieron hacia él, los fusiles agarrados por las correas. Esperó a que se acercaran y entonces giró, tomando la «Beretta»con la diestra y alzándola, mientras con la zurda agitaba el mapa y la foto. Larson advirtió que ninguno de los dos se había dado cuenta. Era tan rápido...

-En este camión no, *señor.* Tengo...

Fue una sorpresa más, y la última para él. La mano de Clark apuntó y disparó a la frente del hombre a tres metros. Antes de que el jefe empezara a caer, el segundo ya había muerto por la misma razón. Sin vacilar, corrió hacia la cabina del camión, subió al estribo derecho y comprobó que había un solo hombre. También éste recibió un silencioso disparo en la cabeza. Larson había bajado de la furgoneta y se acercaba a Clark por la espalda; estuvo a punto de morir por ese error.

-¡Nunca haga eso! -exclamó Clark al poner el seguro a su pistola.

-Joder, es que...

-En una situación como ésta, hay que anunciarse. Estuvo a punto de morir por no hacerlo. Recuérdelo. Vamos a ver. -Clark subió al camión y alzó la lona.

A juzgar por la ropa, la mayoría de los muertos eran gente local, pero Clark reconoció dos de los rostros, y poco después recordó los nombres...

-Capitán Rojas. Lo siento, muchacho -murmuró, mirando el cadáver.

-¿Quién es?

-Era el jefe del pelotón *Bandera.* Uno de los nuestros. Los hijos de puta han matado a algunos de los nuestros. -Parecía muy cansado.

-Parece que los nuestros hicieron lo suyo...

-Déjeme explicarle algo sobre la guerra. En el campo de batalla, hay dos clases de soldados: los propios y los demás. Entre éstos hay gente no combatiente que uno trata de no perjudicar, si puede; pero, en el fondo, lo único que importa es la propia tropa. ¿Tiene un pañuelo?

-Tengo dos.

-Démelos. Cargue esos dos cadáveres en el camión.

Clark sacó la tapa del depósito de gasolina, ató los pañuelos y los introdujo en el agujero. El depósito estaba lleno, los pañuelos se impregnaron rápidamente.

-Volvamos a la furgoneta. -Clark quitó el silenciador de la pistola, guardó las dos piezas en la caja de las rocas, cerró la puerta trasera y se sentó de nuevo en el asiento delantero. Apretó el encendedor del tablero-. Acérquese al camión.

Larson obedeció. El encendedor saltó. Clark lo tomó y lo acercó a los pañuelos. La gasolina prendió al instante. Larson aceleró sin necesidad de que se lo dijeran y, antes de que el fuego se propagara, ya habían tomado la curva siguiente.

-Volvamos a la ciudad lo más de prisa posible -ordenó Clark-. ¿Cuál es la manera más rápida de llegar a Panamá?

-Puedo llevarlo en un par de horas, pero, para eso...

-¿Conoce los códigos de acceso a una base aérea militar?

-Sí, pero...

-Se va del país. Ha quedado al descubierto -dijo Clark-. Hágale llegar el mensaje a la chica antes de que vuelva. Que deserte o se tire por la borda o lo que haga falta para no volver. También está al descubierto. Los dos corren peligro, y lo digo muy en serio. Tal vez alguien nos vigilaba. Tal vez alguien vio que me traía. Tal vez alguien advirtió que alquiló el mismo vehículo dos veces seguidas. Lo más probable es que no, pero, si quiere llegar a viejo en este oficio, jamás corra riesgos innecesarios. No pueden aportar absolutamente nada más a esta operación, así que váyanse.

-Entendido. -Larson no volvió a abrir la boca hasta llegar a la carretera principal-. Lo que ha hecho allá arriba...

-Sí. ¿Qué hay con eso?

-Tiene razón. No podemos permitir que se salgan...

-Se equivoca. ¿Quiere saber por qué lo he hecho? -preguntó Clark en tono profesional. Dio una sola de las razones-. Usted sigue pensando como un espía, pero esto ha dejado de ser una operación de Inteligencia. Allá arriba, en esos montes, hay soldados nuestros. Lo que he hecho ha sido una maniobra de *diversión,* para hacerles creer que los nuestros bajaron a vengar a sus muertos. Si lo creen, tal vez vayan a buscar a los nuestros al lugar equivocado. No es gran cosa, pero sí mejor que nada. -Hizo una breve pausa-. Si quiere saber si me gustó, no voy a negarlo. Si hay algo que me subleva, es ver cómo matan a los nuestros, en el Medio Oriente, en todas partes, y nosotros no hacemos una puta mierda para impedirlo. Esta vez he tenido un buen pretexto para hacerlo, y lo hice. Y ya que me pregunta: me siento *muy bien* -dijo Clark, con acento helado-. Ahora, cierre el pico y conduzca. Tengo que pensar en algo.

A solas en su despacho, Ryan seguía pensando. El juez Moore buscaba toda clase de pretextos para viajar. Ritter estaba ausente la mayor parte del tiempo. En consecuencia, Jack no podía hacerles preguntas; pero, al mismo tiempo, era el funcionario de mayor graduación, lo cual lo obligaba a ocuparse del papeleo y a recibir algunas llamadas. Tal vez pudiera sacar provecho de esa situación. Lo único que sabía con certeza era que debía averiguar qué diablos ocurría. Evidentemente, Moore y Ritter se equivocaban por partida doble. Por un lado, creían que Ryan no estaba enterado de nada, sin tener en cuenta que uno no llegaba a un cargo tan alto en la CIA si no sabía razonar y descubrir las cosas por su cuenta. Por el otro, suponían que, aunque empezara a averiguar algo, se abstendría de avanzar en sus investigaciones por falta de experiencia. En definitiva, razonaban como burócratas. El hombre que vive atado a un escritorio teme violar las reglas, porque por esa vía se pierde el empleo y la carrera. Pero Jack había resuelto ese dilema mucho antes. No sabía cuál era su profesión. Había sido oficial de *marines,* corredor de la Bolsa, profesor adjunto de Historia y ahora era funcionario de la CIA. Podía volver a la docencia. La Universidad de Virginia había ofrecido una cátedra en la Facultad de Medicina a Cathy, y Jeff Pelt quería que Ryan entrara en el departamento de Historia como profesor invitado, para inyectarle un poco de oxígeno. Le gustaba la idea de volver a la docencia. Era un trabajo menos arduo que el actual. Cualquiera que fuera su futuro, no se sentía atado a su escritorio. Y James Greer le había indicado el camino recto: «Haz lo que te parezca bien.»

-Nancy -dijo por el interfono-. ¿Cuándo vuelve Mr. Ritter?

-Mañana por la mañana. Tiene una reunión en la Granja.

-Ajá. ¿Podría llamar a mi esposa para decirle que esta noche voy a llegar muy tarde?

-Cómo no, señor.

-Gracias. Consígame el expediente de verificación del FNM y el informe preliminar de la OIAE.

-Mr. Molina fue a Sunnyvale con el juez -dijo Nancy.

Tom Molina era el director de la Oficina de Investigaciones sobre Armas Estratégicas, y, como tal, tenía a su cargo los métodos de verificación del Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Mediano Alcance.

-Lo sé. Quiero repasar el informe para discutirlo con él cuando vuelva.

-Tardaré unos quince minutos en conseguirlo.

-No hay prisa -dijo Jack, y cortó.

El rey Salomón en persona necesitaría tres días para desentrañar ese informe, que le daba el mejor pretexto para trabajar hasta muy tarde. Los dos bandos estaban desmantelando los lanzacohetes, pero últimamente el Congreso se mostraba preocupado por algunos aspectos técnicos de la cuestión. Ryan y Molina estaban citados a declarar la semana siguiente. Jack sacó la bandeja del costado del escritorio. Ya sabía qué iba a hacer cuando terminara la jornada de Nancy y de los demás empleados administrativos.

Cortez era un agudo observador político. Por ese motivo, entre otros, había alcanzado el grado de coronel siendo muy joven, en un organismo tan burocratizado como el DGI. Éste, que seguía el modelo de la KGB soviética, tenía una cantidad de empleados, inspectores y oficiales de seguridad muy superior a la de la CIA: de ahí que la eficiencia relativa de cada uno fuera motivo de sorpresa. A pesar de sus ventajas, los estadounidenses carecían de voluntad política, discutían constantemente sobre cuestiones que estaban muy claras. Un profesor de la academia de la KGB los comparaba con el antiguo Parlamento polaco, una corporación de quinientos nobles que tenían que llegar a un acuerdo unánime para tomar cualquier medida... razón por la cual jamás tomaban ninguna, dejando a Polonia a merced de cualquier extranjero capaz de decidir algo.

Sin embargo, en este caso, los norteamericanos habían actuado con resolución y eficacia. ¿Qué había cambiado?

Lo que había cambiado -no cabía otra posibilidad- era que los norteamericanos habían violado sus propias leyes. Se habían dejado llevar por los sentimientos... no, no debía ser injusto con ellos, se dijo Félix. Habían respondido con firmeza a un desafío directo y soberbio; lo mismo, aunque con pequeñas diferencias de táctica, hubieran hecho los soviéticos. Los sentimientos los habían llevado a violar sus inconcebibles normas de control parlamentario. Y justamente en el año de las elecciones presidenciales...

-Pero, claro -dijo Cortez en voz alta. En el fondo, era tan sencillo. Los estadounidenses le habían ayudado antes y volverían a hacerlo. Sólo era cuestión de elegir el blanco más adecuado. Eso le llevó otros diez minutos. *Qué apropiado* -pensó- *que mi grado militar sea el de coronel.* En la historia de Iberoamérica, eran los coroneles los que llevaban a cabo esa clase de empresas.

¿Qué diría Fidel? Cortez contuvo una carcajada. El odio que sentía el barbudo ideólogo hacia los norteamericanos era tan grande como el de un evangelista por el pecado; disfrutaba cada afrenta que les infligía; había endilgado todos los criminales y lunáticos de la isla al ingenuo de Carter y empleado todas las tácticas conocidas de la guerrilla diplomática -*cualquiera era capaz de aprovecharse de ese idiota,* pensó con una sonrisa. Esta jugada le hubiera fascinado. Ahora sólo era cuestión de encontrar la manera de transmitir el mensaje. Corría un riesgo muy alto, pero hasta ese momento había ganado cada tiro, y sentía que los dados estaban cargados a su favor.

Tal vez habían cometido un error, pensó Chávez. Quizás eso de dejar la cabeza tronchada sobre el pecho del hombre había servido sólo para enfurecerlos. En todo caso, los colombianos barrían la selva con avidez. No habían descubierto el rastro del pelotón *Cuchillo,* los soldados se esforzaban por borrar sus huellas, pero él tenía una certeza: la batalla campal, sin cuartel, era inminente.

El capitán Ramírez no pensaba en eso ni en ninguna otra cosa, aparte de la orden de evadir y evitar. La mayoría de sus hombres no dudaba de esa orden, pero Chávez sí, *y* hubiera querido hacer un par de preguntas al capitán. Sólo que un suboficial no debe interrogar a su capitán, salvo que sea un sargento mayor, con el derecho, consagrado por la costumbre, de hablar a solas con el oficial. Ya que iba a haber combate -de eso casi no le cabía la menor duda-, ¿por qué no librarlo en las condiciones más favorables? Diez buenos soldados armados con metralletas, granadas y dos SAW podían montar una emboscada perfecta: dejar un rastro que condujera al enemigo derecho a la zona de fuego. Todavía les quedaban un par de minas. Con suerte, matarían entre diez y quince hombres en tres segundos. Los demás -los que pudieran huir- no irían furiosos, sino con los pantalones cagados de miedo, con pocas ganas de continuar la búsqueda. Era incomprensible que Ramírez no lo comprendiera. Los mantenía en esa marcha agotadora en vez de buscar un lugar donde descansar bien, preparar la emboscada, llevarla a cabo y *después* huir de nuevo. Había un tiempo para ocultarse y un tiempo para combatir. El significado de la palabra «iniciativa», la más preciada del léxico militar, era quién decidía *cuándo* era el tiempo. Chávez lo sabía por instinto. Sospechaba que Ramírez pensaba demasiado. Ignoraba en qué, pero le preocupaba que su superior meditara tanto.

Larson devolvió el vehículo y llevó a Clark al aeropuerto en su «BMW». *Voy a echar de menos este cochecito,* pensó al dirigirse al avión. Clark llevaba un maletín con materiales secretos o comprometedores, pero nada más. Había dejado todo, incluso la navaja de afeitar pero llevaba la «Beretta» 92-F con silenciador metida entre el cinturón y su espalda. Su actitud era serena, natural, pero Larson había aprendido a reconocer las señales de tensión en Mr. Clark. En esos momentos parecía un ser tranquilo, afable y algo ausente, es decir, inofensivo del todo. Era un sujeto de lo más peligroso. La mente de Larson evocaba las imágenes del tiroteo junto al camión: cómo había tranquilizado a los pistoleros, cómo los había desconcertado al pedirles ayuda. No sabía que había tipos así en la CIA, sobre todo después de la investigación realizada a petición del Comité de Iglesias.

Clark subió al avión, echó el maletín en el asiento trasero y aguardó con impaciencia a que Larson realizara la rutina de prevuelo. Sólo recuperó su actitud normal cuando subieron el tren de aterrizaje.

-¿Cuánto tardaremos en llegar a Panamá?

-Dos horas.

-Enfile hacia el mar lo antes posible.

-¿Está nervioso?

-Sólo por su manera de volar -dijo Clark con una sonrisa maliciosa-. No, lo que me preocupa es la suerte de treinta y tantos chicos perdidos en los montes colombianos.

Cuarenta minutos más tarde, salieron del espacio aéreo colombiano. Clark tomó el maletín, abrió la portezuela y lo arrojó a las aguas de la bahía de Panamá.

-¿Puedo preguntar...?

-Supongamos por un momento que esta operación se está derrumbando. ¿Cuántas pruebas queremos tener entre nuestras manos cuando nos citen a comparecer ante la Comisión del Senado? Ya sé que no hay muchas probabilidades de que eso ocurra, pero siempre es posible que alguien se pregunte quiénes somos, qué hay en el maletín y por qué lo llevamos.

-Ah, sí, entiendo.

-Piense, Larson, piense. Como Henry Kissinger dijo, hasta los que sufren manía persecutoria tienen enemigos de verdad. Si están dispuestos a abandonar a esos soldados, ¿qué me dice de usted y yo?

-Pero..., Mr. Ritter...

-Conozco a Bob Ritter desde hace unos cuarenta años. Quiero hacerle un par de preguntas, a ver si puede responderme a ellas. Lo único que sé es que nos ocultó unas cuantas cosas que nos debería haber dicho. Tal vez es un ejemplo más de cómo se ven las cosas desde un despacho en la capital de la nación. O tal vez no.

-Pero usted no pensará que...

-La verdad, no sé qué pensar. Anuncie nuestra llegada -ordenó Clark. Mejor que Larson no pensara mucho en ello. Era demasiado nuevo en la CIA para comprender lo que estaba en juego.

El piloto asintió y obedeció al instante. Sintonizó una frecuencia poco habitual y se comunicó.

-Equis Golf Whisky Delta a torre de control de Howard, pido permiso para aterrizar, cambio.

-Torre de Howard a Whisky Delta, espere, cambio -dijo la voz incorpórea del controlador, quien, de inmediato, verificó el libro de códigos. No sabía quién era XGWD, pero esa matrícula estaba en la lista «roja». La CIA, pensó, o cualquier otra de esas Agencias que mandan gente a donde no deben ir. Eso era suficiente-. Whisky Delta barra uno-tres-uno-siete, tiene autorización para entrada visual directa. Vientos uno-nueve-cinco a diez nudos.

-Entendido, gracias, fuera. *-Al menos, no todo está perdido hoy,* pensó. Diez minutos después, el «Beechcraft» se deslizaba lentamente detrás de un jeep hasta el lugar de estacionamiento. Desde allí, la Policía Aérea Militar escoltó a los dos funcionarios al centro de operaciones de la base. Se había declarado un zafarrancho de seguridad; todo el mundo vestía el uniforme verde de combate y casi todos llevaban un arma corta. El personal de operaciones también vestía uniforme, para mostrarse aguerridos como el que más.

-¿Cuándo hay vuelo al continente? -preguntó Clark a una joven capitana, con insignia plateada de piloto en el uniforme. Clark se preguntó si realmente pilotaría aviones.

-Tenemos un C-141 a Charleston. Pero, si quiere asiento...

-Jovencita, busque este número en la lista de operaciones especiales -dijo Clark, entregándole su pasaporte a nombre de J. T. Williams-. En la sección IS -añadió, amable.

La capitana se paró, abrió el primer cajón del archivador de seguridad, cerrado con doble combinación. De allí extrajo una carpeta con marcas rojas y varias divisiones. La última llevaba el rótulo «Inteligencia Especial» y contenía datos sobre personas y objetos, custodiados con más celo que esmero. *Top secret.* Volvió a los pocos segundos.

-Sí, coronel Williams, el vuelo parte en veinte minutos. ¿Necesita algo más?

-Avise a Charleston que tenga preparado un avión para llevarnos directamente a Washington, capitana, si es tan amable. Lamento caer así, sin previo aviso. Gracias por su ayuda.

-Con mucho gusto, señor -dijo la joven, sonriéndole a ese coronel tan atento.

-¿Coronel? -preguntó Larson cuando salían.

-Sí, y de Operaciones Especiales. No está mal, para un tipo que apenas llegó a suboficial principal ayudante de contramaestre, ¿no le parece?

Cinco minutos después, el jeep los dejó en la escalerilla del «Lockheed Starlifter». La cabina de carga era un inmenso túnel desierto. Era un vuelo de la Fuerza Aérea, dijo el jefe de carga, que iba derecho a la base. Apenas el aparato levantó el vuelo, Clark se tendió con satisfacción. Es asombroso, pensó, que en algunas cosas sus compatriotas fueran tan hábiles. La transición del peligro mortal a la seguridad total era cuestión de horas. El mismo país que enviaba gente a luchar sin el apoyo adecuado, los trataba como reyes... si tenían la credencial adecuada, anotada en la lista correspondiente,, como si eso justificara todo. Todo era una locura: lo que se hacía y lo que se dejaba de hacer. Momentos más tarde, roncaba con fuerza, para asombro de Carlos Larson. Despertó cinco horas más tarde, durante un aterrizaje.

La CIA, como cualquier otro grupo oficial, funcionaba durante las horas hábiles. Los de los primeros turnos se iban a las 15:30, antes de la hora punta, y para las 17:30 el silencio reinaba incluso en la planta de los ejecutivos. En el antedespacho de Jack, Nancy Cummings puso la funda sobre su máquina de escribir «IBM» -sabía usar la *word processor,* pero prefería la máquina-, y apretó el botón del intercomunicador.

-¿Necesita algo más, Mr. Ryan?

-No, gracias. Hasta mañana.

-Bien, buenas noches, señor.

Jack giró la silla para contemplar los árboles que defendían el complejo de las miradas del exterior. Trataba de pensar, pero tenía la mente en blanco. No sabía qué iba a descubrir y en parte deseaba que no hubiera nada. Sabía que le costaría su carrera en la Agencia, pero le importaba un cojón de mico. Un trabajo que le obligaba a hacer estas cosas no valía la pena conservarlo.

¿Qué diría el almirante si pudiera enterarse de lo que pienso?

No lo sabía. Sacó una novela barata del cajón y se puso a leer. Un par de cientos de páginas después, eran las siete de la tarde.

El momento esperado. Ryan telefoneó a la oficina de Seguridad. Cuando las secretarias se iban, los muchachos de seguridad cumplían los recados.

-Habla Mr. Ryan. Necesito unos legajos del archivo central. -Leyó tres minutos-. Son muy voluminosos -añadió-. Que vayan dos, van a necesitar ayuda.

-Sí, señor. En seguida los llevamos.

-No hay tanta prisa -dijo Ryan, y cortó. Ya tenía fama de ser un jefe atento y considerado. Dejó el auricular en la horquilla y de inmediato se levantó y encendió su «Xerox» personal. Salió al despacho de Nancy y escuchó los pasos de los agentes de seguridad que se alejaban por el corredor principal.

En esa planta no cerraban las puertas con llave. No era necesario.

Para llegar a ella, había que pasar diez puestos de seguridad con hombres armados, supervisados por otras tantas oficinas centrales en la planta baja. También había una guardia móvil. En el cuartel de la CIA, la seguridad era más estricta que en una cárcel federal e igual de agobiante. Pero eso no regía para los altos jefes: Jack sólo tenía que cruzar el pasillo y abrir la puerta del despacho de Bob Ritter.

Librodot

La caja fuerte del SDO -similar a la caja de seguridad de un Banco- estaba instalada detrás de un panel corredizo de la pared. No por una cuestión de clandestinidad, ya que cualquier ladrón la descubriría en segundos, sino de estética. Jack corrió el panel y giró el disco de la combinación. Se preguntó si Ritter sabría que Greer conocía la combinación. Tal vez sí, pero seguramente ignoraba que el almirante la había anotado. Era una posibilidad tan insólita, que a nadie se le había ocurrido pensar en ella. Los cerebros más astutos del mundo tenían sus puntos débiles.

Por supuesto que las cajas de seguridad estaban conectadas a las alarmas. Estas eran infalibles, con sistemas similares a los de las trabas de seguridad de los artefactos nucleares, es decir, los mejores del mundo..., ¿o no? Si uno se equivocaba al discar la combinación, la alarma sonaba. Al primer error, se encendía una luz indicadora de que uno tenía diez segundos para hacerlo bien; caso contrario, se encendían luces en dos oficinas de seguridad distintas. Al segundo error, se encendían varias alarmas adicionales. AI tercero, la caja quedaba totalmente bloqueada durante dos horas. Varios ejecutivos de la CIA habían aprendido a maldecir el sistema, y eran objeto de burlas en el departamento de seguridad. No era el caso de Ryan, a quien ningún sistema de seguridad era capaz de intimidar. El ordenador que daba las órdenes decidió que, bueno, era Mr. Ritter el que abría, y punto.

Su corazón latía con fuerza. Había una veintena de legajos en la caja, y tenía pocos minutos para actuar. De nuevo se aprovechó de las rutinas de la Agencia. En la primera hoja de cada legajo había un brevísimo resumen del contenido de «Operación X u Operación Y». Sin prestar demasiada atención al texto, pudo identificar los temas que le interesaban. En dos minutos sacó los legajos rotulados *OJO DE ÁGUILA, SHOWBOAT-1, SHOWBOAT-2, CAPER y RECIPROCIDAD.* La pila medía casi medio metro. Una vez hubo tomado nota del lugar ocupado por cada legajo, cerró la caja sin la traba de seguridad. Volvió a su despacho, dejó los papeles en el suelo, detrás del escritorio, y abrió el legajo *OJO DE ÁGUILA.*

-*¡Jo... der!*

«Descubrimiento e interceptación de vuelo de narcotraficantes» significaba... ¡derribar un avión! Llamaron a la puerta.

-Adelante.

Los agentes de seguridad entraron llevando los legajos solicitados, los dejaron sobre la silla, tal como él les indicó, y salieron.

Tenía una hora, a lo sumo dos, para trabajar. Eso le permitiría una lectura rápida. Cada legajo incluía una descripción de los objetivos y métodos de la operación, junto a un Diario de los sucesos. La fotocopiadora de Jack era una «Xerox» grande, moderna, que, además de copiar las hojas a gran velocidad, compaginaba los documentos. Podía leer y copiar al mismo tiempo gracias a la entrada automática. En noventa minutos pudo copiar unas seiscientas hojas, una cuarta parte del total. Era suficiente, pero no le quedaba más tiempo. Desordenó un poco los legajos que había pedido y llamó a los guardias para que se los llevaran. Apenas se alejaron, reunió los legajos que había... ¿robado? De repente cayó en la cuenta de que acababa de violar la ley. No pensaba en ello, de veras que no. Al guardarlos en la caja de seguridad, se dijo que, en realidad, no había violado nada. Era un funcionario jerárquico, tenía derecho a estar enterado, las normas de seguridad no le afectaban... No, no debía pensar así. Servía a una causa superior, la Causa del Bien. Estaba...

-¡Mierda! -exclamó en voz alta al cerrar la caja-. No sabes lo que haces. -Volvió a su despacho. Antes de irse, debía anotar la cantidad de fotocopias en la carpeta de su «Xerox». Cada copia debía estar justificada con su firma, pero eso ya lo había previsto. Reunió la cantidad necesaria de hojas y las guardó en su caja fuerte, en un legajo con el rótulo OIAE, el mismo que le había pedido a Nancy. Los jefes de directorio tenían cierta libertad para hacer esas copias, y en su caja fuerte guardaba el manual para manejar la fotocopiadora. Metió las

Librodot

copias en su maletín. Lo último que hizo antes de salir fue alterar la combinación de su caja: nadie podría adivinarla. Al salir, saludó al agente de seguridad apostado junto al ascensor. Cuando llegó al aparcamiento, en el sótano, su chófer de la noche ya lo esperaba con el motor encendido.

-Lamento retenerle hasta tan tarde, Fred.

-No hay problema, señor. ¿A casa?

-Sí, por favor.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no empezar a leer durante el viaje. Se acomodó en el asiento para dormir: tenía la certeza de que esa noche no podría acostarse.

Clark llegó a la base Andrews poco después de las ocho. Llamó a la oficina de Ritter, pero le dijeron que el SDO estaba ausente y que sería imposible hallarlo antes de la mañana siguiente. A falta de algo mejor que hacer, Clark y Larson tomaron una habitación en un hotel, cerca del Pentágono. Compraron hojas de afeitar, cepillos para los dientes y otros artículos de higiene personal; luego, Clark se fue a la cama, para gran sorpresa del agente joven que se sentía demasiado excitado para imitarlo.

-Bien, ¿cómo es de mala la noticia? -preguntó el Presidente.

-Hemos perdido a nueve hombres -respondió Cutter-. Era inevitable, señor. Sabíamos que la operación era peligrosa; ellos también. Lo que podemos hacer...

-Lo que podemos hacer es poner fin a esta operación de una buena vez. Ahora mismo. Y guardarlo bajo siete sellos. Esto es algo que jamás ha sucedido. Nunca pensé que habría muertos civiles, ni desde luego que perderíamos a nueve de los nuestros. ¡Maldita sea! Almirante, usted me aseguró que estos muchachos eran tan buenos...

-Señor Presidente, yo nunca...

-*¡No me venga con eso!* -exclamó el Presidente, y el agente de seguridad sentado justo fuera de la oficina se sobresaltó-. ¿Se puede saber cómo diablos me metió en este lío?

El patricio rostro de Cutter adquirió la palidez de un cadáver. Tres años de trabajo, de propuestas... Ritter decía que era un éxito. Eso era lo más increíble.

-Señor, nuestro objetivo era golpear el Cártel. Lo hemos conseguido. El agente de la CIA a cargo de RECIPROCIDAD en Colombia dijo que era capaz de iniciar una guerra interna en el Cártel..., ¡y lo hizo! Trataron de asesinar a Escobedo, uno de los jefes. Hay menos embarques de drogas que antes. Todavía no hemos dicho nada, pero ya los diarios comentan que han aumentado el precio. Estamos ganando.

-Perfecto, ahora vaya y dígaselo a Fowler. -El Presidente dio un puñetazo sobre un legajo en su escritorio. En su encuesta privada, el oponente le llevaba catorce puntos de ventaja.

-Pero después de la convención, la oposición siempre...

-¿Quiere enseñarme política? Señor mío, no se ha mostrado muy competente en su supuesta especialidad.

-Señor Presidente, yo...

-Quiero terminar con todo esto. Con discreción. Usted mismo lo hará, y muy rápido. Usted, como padre de la criatura que es, se ocupará de ella.

Cutter vaciló.

-¿Cómo quiere que proceda, señor?

-No lo sé, ni me interesa. No vuelva a verme hasta que todo esté liquidado.

-Tal vez tenga que desaparecer por unos días.

-*¡Entonces desaparezca de una buena vez!*

-Eso podría llamar la atención.

-En ese caso, diremos que usted ha sido enviado por el Presidente a una misión secreta. Almirante, quiero que esto se acabe. No importa lo que haya que hacer. ¡Hágalo!

Cutter se irguió en posición militar de firmes. Aún recordaba cómo se hacía.

-Entendido, señor Presidente.

-Timón en reversa -dijo Wegener. El buque guardacostas *Panache* viró con el giro brusco del timón y enfiló por el canal.

-Derecho.

-Timón derecho, entendido. Señor, el timón está derecho -dijo el joven timonel, bajo la mirada atenta del suboficial contramaestre principal Oreza.

-Muy bien, adelante a un tercio de máquina, rumbo uno nueve cinco. -Wegener miró al joven oficial de cubierta-. Tome el mando. Zarpamos.

-Entendido, señor, tomo el mando -dijo el teniente de corbeta, sorprendido. La orden de zarpar se da cuando la nave todavía está junto al muelle, pero el capitán se mostraba sumamente cauteloso. El timonel era muy joven, mas podía arreglárselas solo. Wegener encendió la pipa y salió al puente, seguido por el «Portugués».

-Nunca me había sentido tan feliz de hacerme a la mar -dijo Wegener.

-Sí, lo comprendo, capitán.

Ese día habían sufrido un susto mayúsculo. Uno solo, pero era más que suficiente. La advertencia del agente del FBI los había conmocionado. Wegener había interrogado a sus hombres uno por uno -tarea tan desagradable cuan infructuosa- para averiguar quién había sido el bocazas. Oreza creía saberlo, pero no estaba seguro. Gracias a Dios no tendría que averiguarlo. Los piratas habían muerto: no había peligro. Pero los dos habían aprendido la lección: jamás volverían a violar el reglamento.

-Capitán, ¿por qué habrá venido el tipo del FBI a advertirnos?

-Buena pregunta, «Portugués». Para mí, la confesión que le sacamos a ese hijo de puta les sirvió para echar mano de todo ese dinero. Entonces, ésta es una manera de devolvernos el favor. Además, el tipo dijo que había venido a avisarnos por orden de su jefe en Washington.

-Me parece que le debemos un favor -dijo Oreza.

-A mí también.

Se quedaron en el puente para disfrutar una vez más de la puesta del sol sobre el mar, mientras el *Panache* tomaba rumbo uno ocho hacia su zona de patrullaje, en el canal de Yucatán.

Chávez gastaba sus últimas baterías. La situación había empeorado. Alguien los perseguía, lo cual los obligaba a mantener una retaguardia. Como hombre de punta, no debía preocuparse por ello, pero el temor no dejaba de rondar por su cabeza, y era tan real como ese

dolor muscular que le obligaba a tomar una cápsula de «Tylenol» cada tres o cuatro horas. Tal vez los seguían. Tal vez era pura casualidad... o quizá las tácticas de evasión de Ramírez se habían vuelto previsibles. Chávez opinaba que no, pero con el cansancio le resultaba muy difícil razonar con cierta coherencia, y lo sabía. Tal vez el capitán tenía el mismo problema. Eso sí que era inquietante. A los sargentos les pagan para combatir, a los capitanes para pensar. Si Ramírez estaba fatigado, daba igual tenerlo que no tenerlo.

Ruido. El suave silbido de una rama al azotar el aire. Pero no había aire. Tal vez era un animal. Tal vez no.

Chávez se detuvo y alzó la mano. Vega, que lo seguía a cincuenta metros, se detuvo a su vez y pasó la señal. *Ding* se arrimó a un árbol y buscó el mejor ángulo visual. Se apoyó contra el tronco y sintió que se dormía. El sargento meneó la cabeza con fuerza para despejarse. La fatiga casi lo dominaba.

Allí. Movimiento. Un hombre. Una silueta verde, espectral, apenas una forma en las gafas, casi doscientos metros al frente, levemente a la derecha. Subía la cuesta y... otro lo seguía, a unos veinte metros. Caminaban como... soldados, con ese paso complicado, que a cualquier otro le hubiera parecido una danza demencial...

Podía verificarlo. Las gafas PVS-7 llevaban una pequeña luz infrarroja que se utilizaba para leer el mapa. Aunque era invisible al ojo humano, sería como un faro para cualquiera que usara otra PSV-7. Ni siquiera hacía ruido. Los soldados miraban constantemente para todos lados.

Igual, era arriesgado.

Chávez se apartó del árbol. Estaban demasiado lejos, resultaba imposible ver si llevaban las gafas, si movían...

Sí. El primero giraba la cabeza constantemente a derecha e izquierda. Dejó de moverla al mirar de frente a Chávez. *Ding* alzó sus gafas para apuntar con la luz infrarroja y la hizo parpadear tres veces. Las bajó justo a tiempo para ver que el otro repetía la señal.

-Creo que son nuestros tipos -susurró en el transistor.

-Entonces, están perdidos -dijo la voz de Ramírez en el audífono-. Cuidado, sargento.

Clic-clic.

-Entendido.

Chávez le dio tiempo a *Oso* para que montara su SAW, luego avanzó por el otro lado, cuidando de mantenerse a resguardo para que Vega pudiera defenderlo. La distancia parecía enorme, sobre todo porque no podía apuntar al otro con su arma. Vio un hombre más, y seguramente había otros que lo miraban a través de las miras de sus armas. Si no eran amigos, sus probabilidades de ver el amanecer eran ninguna, o escasas.

-*Ding,* ¿eres tú? -susurró una voz cuando restaban diez metros-. Soy León.

Chávez asintió. Los dos tomaron aliento, avanzaron y se abrazaron. Un apretón de manos no les parecía suficiente en esas circunstancias.

-Estás perdido, Berto.

-No me digas. Sé dónde coño nos encontramos, pero sí que estamos perdidos, joder.

-¿El capitán Rojas?

-Muerto. Lo mismo que Esteves, Delgado... la mitad del pelotón.

-Está bien. Espera. -Tomó el transmisor-: Punta a Seis. Hemos hecho contacto con *Bandera.* Hay problemas, mi capitán. ¿Puede venir, por favor?

Clic-clic.

León agitó la mano para llamar a su gente. Chávez no se molestó en contarlos. Era evidente que faltaban la mitad. Se sentaron sobre un tronco caído.

-¿Qué os ha ocurrido?

-Caímos derechos en una emboscada. Pensamos que era un centro de elaboración, pero no. Eran treinta, cuarenta tipos. Creo que Esteves se descuidó y nos fuimos a la mierda. Como una pelea callejera con armas. El capitán Rojas cayó y... bueno, a partir de entonces estamos corriendo, *mano.*

-A nosotros también nos siguen.

-¿Alguna buena noticia? -preguntó León.

-Últimamente, ninguna, Berto. Creo que es hora de irnos a la mierda.

-Eso mismo opino yo -dijo León, justo cuando el capitán Ramírez se acercó. El sargento presentó su informe.

-Mi capitán -dijo Chávez-, estamos acabados. Necesitamos pasar unas horas panza arriba.

-Él tiene razón, mi capitán -dijo Guerra.

-¿Qué ocurre en la retaguardia?

-Nada desde hace dos horas, mi capitán -dijo Guerra-. Esa elevación parece un buen lugar.

No podía presionar más a su superior, pero fue suficiente.

-De acuerdo, llame a la gente. Monten el perímetro y dos puestos de guardia. Descansaremos hasta el anochecer. Voy a comunicarme, a ver si nos mandan ayuda.

-Es bueno oír eso, mi capitán.

Guerra se alejó para organizar el campamento. Chávez fue a patrullar el perímetro mientras el resto del pelotón preparaba el vivac, aunque no había mucho para «vivar», pensó Chávez. Era un muy mal chiste; pero, dadas las circunstancias, no se le ocurrió nada mejor.

-¡Dios mío! -suspiró Ryan. Eran las cuatro de la madrugada. El café y la indignación lo mantenían despierto. En la Agencia había descubierto un par de cosas, pero nada comparable con eso. Ahora, lo primero que debía hacer era... ¿qué?

Dormir un poco, siquiera un par de horas, pensó. Jack tomó el teléfono para llamar a la oficina. Atendió el oficial de servicio.

-Soy el doctor Ryan. Voy a llegar tarde. Comí algo que me ha sentado mal y me he pasado la noche vomitando... No, ya estoy mejor, gracias, pero necesito dormir un poco. Avise al chófer que no venga a buscarme, iré en mi coche. Hasta mañana... no, hasta luego -rectificó-. Sí, está bien. Gracias, adiós.

Dejó una nota para su esposa en la puerta del frigorífico y fue a dormir al cuarto de huéspedes para evitar molestarla.

Transmitir el mensaje era lo más fácil para Cortez. Para otro hubiera resultado difícil, pero lo primero que había hecho al unirse al Cártel era obtener una serie de números telefónicos de la zona de Washington. No le había dado trabajo alguno. Como siempre, se trataba de averiguar quién sabía lo que uno quería saber, y ésa era justamente la especialidad de Cortez. Obtuvo los teléfonos requeridos a cambio de diez mil dólares -era una excelente inversión, sobre todo porque el dinero no era suyo-, y después sólo fue cuestión de averiguar los

horarios. Claro que corría un riesgo, porque el destinatario tal vez no se encontraría en el lugar, pero en casi todos los casos bastaba para alejar las miradas indiscretas. Las secretarias de esos funcionarios eran gente disciplinada y sabían que el exceso de curiosidad podía costarles el puesto.

Pero lo que facilitaba todo era ese nuevo avance tecnológico llamado impresora facsímil. Simbolizaba la importancia de su propietario, era el complemento indispensable de la línea telefónica directa, que ni siquiera la secretaria privada conocía. Cortez fue a su despacho particular en Medellín a escribir el mensaje. Conocía la jerga de los mensajes oficiales y sabía imitarla. El encabezamiento decía *Confidencial-Nimbus.* En el renglón de *Remitente* escribió un nombre falso, pero el del *Destinatario* era auténtico, y de importancia más que suficiente para llamar su atención. El mensaje, breve y elocuente, incluía una dirección cifrada del remitente. ¿Cómo reaccionaría el destinatario? Imposible saberlo, pero Cortez estaba convencido de que las probabilidades de obtener una respuesta favorable eran más que buenas. La máquina hizo lo suyo. Apenas escuchó el trino electrónico de otro fax, transmitió el mensaje. Cortez sacó el original, lo dobló y lo guardó en su billetera.

El zumbido del fax al imprimir el mensaje sorprendió al destinatario. Sólo podía ser un mensaje oficial, porque esa línea directa la conocían una media docena de personas. (No se le había ocurrido pensar que el ordenador de la empresa telefónica también la conocía.) Terminó de hacer lo que tenía entre manos, alargó el brazo y tomó el mensaje.

¿Qué diablos es Nimbus?, se preguntó. Sea lo que fuere, era un mensaje confidencial a su nombre, de manera que lo leyó mientras sorbía su tercera taza de café matutino, pero tuvo la suerte de derramarlo sobre el escritorio, no sobre sus pantalones.

Para Cathy Ryan, la puntualidad estaba ante todo. El teléfono del dormitorio de huéspedes sonó a las 8:30 en punto. Jack se estremeció como si hubiera recibido un choque eléctrico, extendió el brazo y tomó el auricular del horrible aparato.

-Hola.

-Buenos días, Jack -dijo su esposa, con voz alegre-. ¿Cuál es el problema?

-Trabajé hasta muy tarde. ¿Tienes lo otro?

-Sí, pero, ¿quiénes son...?

-Sé lo que dice, mi amor -interrumpió Jack-. No dejes de llamar, es muy importante. -La doctora Caroline Ryan era inteligente, sabía interpretar las frases tácitas.

-Está bien, Jack. ¿Cómo estás?

-Muy mal, pero tengo mucho que hacer.

-Yo también, mi amor. Hasta luego.

-Adiós. -Con un gran esfuerzo, Jack se levantó de la cama y corrió a la ducha.

Tuvo que darse prisa, porque la esperaban en el quirófano. Desde su oficina llamó a un teléfono en Washington. Sonó una sola vez.

-Aquí Dan Murray.

-Dan, soy Cathy Ryan.

-¡Mi querida doctora, buenos días! ¿A qué debo el placer!

-Jack me pidió que te avisara de que irá a verte a las diez. Pide que le permitas aparcar en el estacionamiento de la entrada, y, sobre todo, que no se enteren los muchachos de la oficina del fondo. No me preguntes qué quiere decirte, sólo repito textualmente sus palabras.

Cathy no sabía si reír o sentirse molesta. A Jack le gustaba gastar bromas -que a ella le parecían bastante tontas- con la gente autorizada a conocer los mismos secretos que él, sobre todo con su amigo del FBI. Tal vez sólo era una broma.

-Está bien, Cathy, me ocuparé.

-Tengo que correr para salvarle el ojo a un tipo. Dale un beso a Liz de mi parte.

-Lo haré. Hasta luego.

Murray cortó la comunicación, perplejo. *Que no se enteren los muchachos de la oficina del fondo.* Había usado esa expresión cuando se conocieron en el hospital «St. Thomas», de Londres. Dan era agregado legal de la Embajada de los Estados Unidos, en Grosvenor Square. Los muchachos de la oficina del fondo eran agentes de la CIA.

Pero Ryan era uno de los seis primeros en la jerarquía de Langley, incluso uno de los tres primeros.

¿Qué diablos querría decirle?

-Buéh... -Por intermedio de su secretaría ordenó a la guardia que dejaran pasar a Ryan por la entrada principal del edificio «Hoover». Fuera lo que fuese, lo sabría muy pronto.

Clark llegó a Langley a las nueve de la mañana. No tenía una credencial especial -uno no lleva eso a territorio enemigo- y tuvo que decir el santo y seña para que le permitieran cruzar la puerta principal: era de lo más conspirativo. Aparcó en el espacio reservado para visitantes -la CIA suele recibirlos-, pasó la entrada principal y giró a la izquierda, donde le dieron una especie de tarjeta laminada de visita, que, sin embargo, abría las puertas electrónicas. Luego, giró a la derecha, por un pasillo decorado con murales que daban la impresión de que un niño gigantesco había estado jugando con barro. Clark estaba convencido de que el artista era un infiltrado de la KGB. O tal vez habían adjudicado el trabajo al peor postor. Subió a la séptima planta, recorrió el pasillo, dobló y tomó el corredor de enfrente, que correspondía a las oficinas de los altos jefes. Finalmente, llegó hasta la secretaria privada del SDO.

-Por favor, anuncie a Mr. Ritter que Mr. Clark quiere verlo -dijo.

-¿Tiene una cita concertada? -preguntó la secretaria.

-No, pero creo que me recibirá -dijo Clark, amable. No tenía sentido mostrarse rudo con ella, y además desde chico le habían enseñado a ser atento con las señoras.

La secretaria tomó su teléfono para hacer la consulta y alzó la vista.

-Adelante, por favor.

-Gracias.

Entró y cerró la puerta, que era muy gruesa y a prueba de ruidos. Perfecto.

-¿Qué diablos hace por aquí? -preguntó el SDO.

-Tiene que liquidar *SHOWBOAT*-dijo Clark sin más rodeos-. Se cae a pedazos. El enemigo salió a cazar a nuestros muchachos y...

-Lo sé, me lo dijeron anoche. Vea, yo nunca pensé que saldríamos de esta operación sin sufrir pérdidas. Hace treinta y seis horas atacaron a uno de los pelotones; parece que lo golpearon duro, pero dieron más de lo que recibieron y después se vengaron de los que...

-No, ése fui yo -dijo Clark.

-¿Cómo? -preguntó Ritter, sorprendido.

-Ayer a esta misma hora, Larson y yo salimos a dar un paseo y nos topamos con tres de esos... lo que sea. Acababan de cargar los cadáveres sobre el camión. No encontré ningún motivo para dejarlos con vida -dijo Clark con toda naturalidad. Hacía mucho tiempo que nadie hablaba así en la CIA.

-¡John, por el amor de Dios! -Ritter estaba tan sorprendido, que no se le ocurrió regañar a Clark por meterse en una operación ajena, lo cual constituía una grave violación de la seguridad.

-Reconocí los cadáveres -prosiguió Clark-. Capitán del Ejército, Emilio Rojas. Una maravilla de muchacho.

-Lo lamento. Pero sabíamos que era peligroso.

-Estoy seguro de que eso será de gran consuelo para su familia, si es que la tiene. La operación se acabó. Evitemos que haya más bajas. ¿Qué hacemos para sacarlos de allí?

-Me estoy ocupando de eso, pero tengo que coordinar con otra persona, que no sé si estará de acuerdo.

-En ese caso, señor -dijo Clark a su jefe-, permítame sugerirle que se muestre convincente en sus argumentos.

-¿Es una amenaza? -preguntó Ritter, bajando la voz.

-No, señor, lamento que lo interprete así. Le digo, sobre la base de mi experiencia, que es necesario terminar la operación lo antes posible. Su tarea es demostrárselo a la persona que la autorizó. Si no obtiene ese permiso, yo diría que la cancele de todos modos.

-Perdería mi puesto -dijo el SDO.

-Después de identificar el cadáver del capitán Rojas, incendié el camión. Por dos razones. Una, crear una estratagema para atraer al enemigo. Dos, volverlos irreconocibles. Jamás había quemado el cadáver de uno de los nuestros. No me gustó. Larson no comprende por qué lo hice, es demasiado joven. Pero usted no, señor. Envió a esa gente a combatir, es responsable de ellos. Si me dice que su puesto es más importante que esa responsabilidad, yo le digo que se equivoca, señor. -Clark conservaba el tono de voz de un hombre racional en una reunión de negocios; pero, por primera vez en mucho tiempo, Bob Ritter sintió que su integridad física corría peligro.

-La estratagema logró su objetivo. Hay cuarenta enemigos buscando en cualquier lado, menos donde deberían hacerlo.

-Me alegro. Eso facilitará la tarea de sacar a los nuestros.

-John, no puedo aceptar que me dé órdenes.

-No pretendo darle órdenes, señor. Sólo le digo lo que hay que hacer. Usted me dijo que llevara adelante la operación a mi manera.

-Hablaba de *RECIPROCIDAD,* no de *SHOWBOAT.*

-No es hora de discusiones semánticas, señor. Si no los saca de allí, habrá más bajas, tal vez los eliminen a todos. Es su responsabilidad, señor. No puede enviar a la gente allí y quitarle todo el apoyo. Usted lo sabe.

-En eso tiene toda la razón -dijo Ritter, después de una pausa-. Pero no puedo hacerlo por mi cuenta. Tengo que informar..., bueno, ya sabe a quién. Me ocuparé de eso. Los sacaremos lo antes posible.

-Bien.

Librodot

Clark se relajó. Ritter era un jefe exigente, demasiado rudo con sus subordinados a veces, pero era un hombre de palabra. Además, Clark estaba seguro de que el SDO era demasiado vivo para traicionarlo en semejante cuestión. Había aclarado su posición, y Ritter había recibido la señal con toda claridad.

-¿Qué me dice de Larson y su correo?

-Lo saqué de allí. Dejó el avión en Panamá, él está durmiendo en un hotel cerca de aquí. Es muy buen agente. Pero me parece que ya no tiene nada que hacer en Colombia. Creo que un par de semanas de licencia le vendrían muy bien.

-De acuerdo. ¿Y usted?

-Puedo volver mañana, si quiere. Creo que sería útil para la retirada.

-Nos parece que estamos en la pista de Cortez.

-¿De veras?

-Usted lo fotografió.

-¿Ah, sí? ¿Dónde...? Ah, ya sé, es el que se escapó por los pelos cuando bombardeamos la casa de Untiveros.

-Exacto. La dama a la que sedujo lo identificó. Controla a su gente desde una casita cerca de Anserma.

-Para atraparlo, tendría que llevarme a Larson.

-¿Vale la pena correr el riesgo?

-¿Si lo vale Cortez? -Clark reflexionó unos instantes-. Depende. Creo que merece la pena intentarlo. ¿Qué sabemos de su seguridad?

-Nada -confesó Ritter-. Sólo tenemos una idea aproximada de la situación de la casa, gracias a una interceptación. Será bueno traerlo con vida. Tiene mucha información que nos interesa. Lo traeremos y lo amenazaremos con la pena de muerte por homicidio.

Clark asintió, pensativo. Una de las patrañas más frecuentes en las novelas de espionaje era la del agente dispuesto a tomar cianuro o a enfrentarse al pelotón de fusilamiento con una sonrisa desdeñosa. En realidad, sucedía todo lo contrario. El hombre se enfrentaba a la muerte con valor si no tenía una alternativa más atractiva. Entonces, se trataba de darle esa alternativa, para lo cual no se necesitaba la mente de un físico nuclear, según el dicho de moda. Si atrapaban a Cortez, lo someterían a juicio, lo condenarían a muerte -sólo era cuestión de elegir el juez, y en materia de seguridad nacional había mucho margen-, y luego le harían una oferta. El hombre se quebraría rápidamente, incluso antes de que se iniciara el juicio. Cortez no era idiota, sabía cómo y cuándo convenía negociar. Ya había traicionado a su patria. Después de eso, traicionar al Cártel era una bagatela.

Clark asintió.

-Deme un par de horas para pensarlo.

Ryan entró por la puerta principal de la Calle 10, bajo el gran arco. Había guardias uniformados y de paisano, uno de los cuales tenía una tabla con sujetapapeles. Se acercó al coche.

-Jack Ryan. Tengo audiencia con Dan Murray.

-Su identificación, por favor.

Jack mostró su credencial de la CIA. El guardia la reconoció y le hizo un gesto a otro, que apretó el botón para bajar la barrera de acero encargada de impedir que una bomba penetrara en el cuartel general del FBI. Pasó y aparcó su coche. Un joven agente lo recibió en el vestíbulo y le entregó una tarjeta capaz de abrir la puerta electrónica. Si alguien inventara el virus informático adecuado, pensó Jack, la mitad del Gobierno no podría llegar a su puesto de trabajo. Y tal vez el país estaría a salvo hasta que se resolviera el problema.

La planta del edificio «Hoover» es de lo más extraña, un laberinto de corredores en diagonal que intersectan otros en escuadra. Para los extraños, es más confuso que el Pentágono. Cuando llegó al despacho que buscaba, estaba totalmente mareado.

Dan lo esperaba. Lo hizo pasar y cerró la puerta.

-Bueno, ¿qué sucede?

Ryan puso su maletín sobre el escritorio y lo abrió.

-Necesito un consejo. No sé qué hacer.

-¿De qué se trata?

-De una operación que me parece ilegal. En realidad, son varias.

-¿Ilegal? ¿En qué sentido?

-Homicidio -repuso Jack con toda la naturalidad que fue capaz de fingir.

-¿Las bombas en Colombia? -preguntó Murray desde su silla giratoria-. ¿Las que colocaron en esos camiones?

-Acertaste, pero no del todo. Las bombas no estaban en los camiones.

¡Cómo! Dan reflexionó durante unos segundos antes de responder: lo sucedido era en venganza por la muerte de Emil y los demás.

-¿Sabes?, la ley es bastante confusa al respecto. La prohibición de matar gente en una operación es un decreto del Poder Ejecutivo, firmado por el Presidente. Si en el último renglón de la orden escribe *excepto en este caso,* entonces es legal... hasta cierto punto. La ley no es clara. Se trata, ante todo, de un problema constitucional, y la Constitución es bastante vaga en ciertos aspectos.

-Sí, lo sé. Lo ilegal es que me ordenaron informar mal al Congreso. Si la Comisión Supervisora estuviera enterada de todo, no sería asesinato, sino todo lo contrario: una medida de Gobierno con los debidos recaudos legales. Es más, si interpreto bien la ley, no sería asesinato ni siquiera si informáramos al Congreso después del hecho, porque la ley nos da un margen para iniciar una operación si los de la Comisión están fuera de la ciudad. Pero, si el director de la CIA me ordena dar información falsa al Congreso, se viola la ley y se comete asesinato. Eso no es lo peor de todo, Dan.

-Te escucho.

-Lo peor es que hay demasiada gente enterada de lo que sucede, y si esto se llega a saber, ciertos muchachos nuestros lo van a pasar muy, pero muy mal. Dejemos por ahora el aspecto político del asunto, que lo tiene, Dan, en más de un sentido. ¡No sé qué mierdas hacer!

Como siempre, el análisis de Ryan era muy preciso. Contenía un solo error: creía saber lo peor, pero estaba equivocado.

Murray sonrió, no porque quisiera, sino porque su amigo lo requería.

-¿Qué te hace pensar que yo sí?

Ryan se distendió un poco.

-Podría pedirle consejo a un sacerdote, sólo que no conozco a ninguno que esté autorizado a conocer estos secretos. Tú, sí. Además, el FBI es un verdadero sacerdocio, ¿no? -Era una broma entre ellos: los dos habían estudiado en una Universidad jesuita.

-¿Quién dirige la operación?

-Adivina. No es un funcionario de Langley, sino uno que trabaja a seis manzanas de aquí.

-O sea, que no puedo acudir al secretario de Justicia.

-Claro, porque tal vez se le ocurriría consultar a su superior.

-Me vas a meter en un lío con mi propia burocracia -sonrió Murray.

-A veces me pregunto si vale la pena vivir con tanta tensión -dijo Jack, deprimido-. Joder, podríamos pedir la baja juntos. Bueno, ¿puedes confiar en alguien?

-Sí, en Bill Shaw -respondió Murray, sin vacilar-. Ven, vamos a hablar con él.

La palabra *loop,* originada en la informática, ha pasado últimamente al lenguaje general. Se refiere a un suceso y a sus autores, un ciclo de acción o decisión independiente de su entorno inmediato. En todo Gobierno hay una enorme cantidad de *loops,* cada uno con sus propias reglas, conocidas por los participantes. En cuestión de horas, se creó uno nuevo. Incluía a ciertos miembros del FBI, pero no al secretario de Justicia de los Estados Unidos, aunque éste era el jefe del director de esa Agencia. También incluía a ciertos agentes del Servicio Secreto, pero no al secretario del Tesoro, que era su jefe. Casi todas estas investigaciones requerían mucha meditación y análisis, y Murray, designado jefe de ésta, advirtió, sorprendido, que uno de sus «sujetos» entraba rápidamente en acción. De nada le sirvió enterarse de que se dirigía a la base aérea de Andrews.

A esa hora, Ryan estaba en su despacho. Se le veía un poco pálido, pero todos lo atribuyeron a su malestar de la noche anterior, provocado por alguna comida. Ahora sí sabía qué hacer: nada. Ritter había salido, el juez no había vuelto. Era difícil no hacer nada. Era más difícil hacer cosas que no tenían la menor importancia. En un sentido se sentía mejor: el problema no estaba sólo en sus manos. Él ignoraba que ése no era motivo para sentirse mejor.

Librodot

XXV. CLAVE «ODISEA»

Por supuesto que Murray envió un agente jerárquico a Andrews; éste llegó cuando *un jet* pequeño se dirigía hacia el extremo de la pista Uno-Izquierda. Por medio de su credencial, el agente llegó al despacho del jefe del Escuadrón de Transporte Aéreo 89, que era un coronel. Allí obtuvo el plan de vuelo del avión que acababa de despegar. Se comunicó con Murray, y, a continuación, advirtió al coronel que ningún agente había ido a verlo ni a efectuar una investigación oficial; que se trataba de un importante caso criminal y que el procedimiento era *top secret.* La clave del legajo era *ODISEA.*

Un minuto después, Murray se reunió con Shaw. Éste había descubierto que era perfectamente capaz de cumplir la función de director. Sabía que no lo confirmarían en el puesto, que, apenas encontraran la figura adecuada, volvería a ser director ejecutivo adjunto a cargo de Investigaciones. En parte, lo lamentaba. ¿Por qué un policía de carrera no podía ser jefe del FBI? Pero, claro: era un puesto político y a este veterano de treinta años en la Fuerza no le gustaba la política.

-Tenemos que enviar a alguien -dijo Shaw-. Pero ¿cómo, por el amor de Dios?

-¿El agregado legal en Panamá? Lo conozco, es de confianza.

-Sí, pero está colaborando con la DEA, no vuelve hasta dentro de unos días. Su segundo no puede, le falta experiencia para hacerlo por su cuenta.

-Si sacamos a Morales de Bogotá... no, su ausencia llamaría la atención... Esto es urgente, Bill, el tipo está ya en camino, a setecientos kilómetros por hora... Oye, ¿por qué no usamos a Mark Bright? Podría robarle *un jet* a la Fuerza Aérea.

-¡Bien!

-Agente especial Mark Bright -dijo la voz por el teléfono.

-Mark, soy Dan Murray. Voy a encargarle una misión. Tome nota.

Dos minutos más tarde, Bright murmuró una palabra obscena y cortó. Llamó sucesivamente a la base aérea militar Eglin, a la oficina local del Servicio de Guardacostas, y a su casa. Si de algo estaba seguro, era de que no llegaría a tiempo para cenar con su familia. Recogió un par de cosas y se hizo llevar por otro agente al puerto, donde lo esperaba un helicóptero de los guardacostas. Éste despegó al instante para llevarlo a Eglin.

La Fuerza Aérea tenía solamente tres F-15E «Strike-Eagle», prototipos de un modelo de ataque terrestre del gran caza bimotor; dos de ellos estaban en Eglin, donde los sometían a una batería de pruebas técnicas antes de que el Congreso autorizara su producción en serie. Aparte de algunos aparatos de adiestramiento en otras bases, éste era el único modelo del principal avión de combate de la Fuerza Aérea con capacidad para dos personas. El piloto aguardaba a Bright junto al avión. Un par de suboficiales le ayudaron a colocarse el traje de vuelo, el paracaídas y el chaleco salvavidas. El casco estaba sobre el asiento eyectable. Diez minutos más tarde, el avión estaba preparado para el despegue.

-¿Qué hacemos? -preguntó el piloto.

-Tengo que llegar a Panamá lo antes posible.

-O sea, que quiere volar rápido -río el oficial-. Entonces, no hay prisa.

-¿Cómo dice?

-El avión cisterna ha despegado hace tres minutos. Lo dejaremos subir a diez mil antes de despegar. Nos reabastece allá arriba y nos vamos a toda máquina. Otro cisterna va a salir a

Librodot

nuestro encuentro desde Panamá... para darnos el combustible necesario para aterrizar. Así podremos volar a velocidad supersónica. Dijo que tenía prisa, ¿no?

-Así es. -Bright trataba de acomodarse el casco, que era bastante pesado. Hacía calor en el *cockpit* y el sistema de refrigeración todavía no hacía efecto-. ¿Qué pasa si el otro cisterna no aparece?

-El «Eagle» es un planeador de primera -dijo el mayor-. No tendremos que nadar demasiado.

Bright escuchó un crujido del transmisor. El mayor recibió el mensaje y se volvió hacia su pasajero:

-Agárrese las pelotas, señor. Nos vamos.

El «Eagle» se deslizó hasta el extremo de la pista, donde se detuvo. Empezó a vibrar cuando el piloto dio toda la potencia a los motores y soltó los frenos. Diez segundos después, Bright se preguntó si el despegue desde un portaaviones, con catapulta, era una experiencia tan emocionante como la que estaba viviendo. El F-15E ascendió en un ángulo de cuarenta y cinco grados, más y más rápido, hasta dejar la costa de Florida muy atrás. Se reabasteció a ciento cincuenta kilómetros de la costa -a pesar de la sacudida, Bright estaba demasiado fascinado para sentir miedo- y, luego de la separación, el piloto abrió sus quemadores. La tarea del ocupante del asiento trasero era lanzar bombas y misiles, pero su tablero tenía algunos indicadores: por uno de ellos, el agente supo que la velocidad era apenas superior a los mil quinientos kilómetros por hora.

-¿A qué se debe tanta prisa? -preguntó el piloto.

-Tengo que llegar a Panamá antes que otra persona.

-¿Puede darme algún detalle que me ayude?

-Es uno de esos *jet* de empresa, creo que un «G-tres». Despegó de Andrews hace ochenta y cinco minutos.

El piloto rió.

-Si es eso, usted va a llegar a su hotel antes que él a la base. Ya llevamos ventaja. A esta velocidad se gasta mucho combustible.

-Gástelo y no se preocupe.

-Por mí no hay problema, señor. Parado en tierra o volando a Mach-dos, mi sueldo es el mismo. Va a llegar unos noventa minutos antes que su hombre. ¿Le gusta volar así?

-¿No sirven bebidas en este avión?

-Hay una botella junto a su rodilla derecha. Una buena cosecha loca, excelente buquet, pero sin rótulos pretenciosos.

Bright lo saboreó por pura curiosidad y preguntó qué era.

-Agua con sales y electrólitos, para mantenerse bien despierto -dijo el piloto-. Usted es del FBI, ¿no?

-Así es.

-¿Puede decirme qué pasa?

-No. ¿Qué es eso? -preguntó al escuchar un bip intermitente.

-El radar del SAM.

-¿Qué?

Librodot

-Allá abajo está Cuba -explicó el mayor-. En el extremo de ese cabo hay una batería de misiles SAM. Por increíble que parezca, no les gustan los aviones militares norteamericanos. Pero no se preocupe, estamos fuera de su alcance. Lo usamos para calibrar nuestros instrumentos. Las reglas del juego, ¿sabe?

Murray y Shaw leían el material que Jack les había dejado. Los problemas inmediatos eran: primero, determinar qué se suponía que sucedía; segundo, qué sucedía en realidad; tercero, si era legal o no; cuarto, en este último caso, tomar las medidas adecuadas, una vez determinadas cuáles eran. Lo que Ryan había descubierto no era una gusanera, sino un verdadero nido de víboras.

-¿Sabes a qué puede conducir todo esto? -Shaw se apartó del escritorio-. Lo que menos necesita el país es otro más -dijo. *Y, si es por mí, no va a suceder,* se abstuvo de decir.

-Nos guste o no, es un hecho -dijo Murray-. Reconozco que cuando pienso en los motivos, tengo ganas de gritar «adelante, hasta el final», pero, por lo que Jack dice, aquí se ha cometido una violación de las leyes de supervisión y, desde luego, del secreto presidencial.

-Salvo que contenga un artículo secreto que no conocemos. ¿Y si el secretario lo sabe?

-¿Y si tiene parte en esto? El día en que mataron a Emil, él fue uno de los que voló a Camp David a reunirse con el Presidente, ¿recuerdas?

-Lo que me gustaría saber es por qué coño nuestro amigo viajó a Panamá.

-Lo descubriremos. Viaja solo, sin guardaespaldas, todos los que lo saben han jurado guardar el secreto. ¿A quién enviaste a Andrews?

-A Pat O'Day -dijo Murray. Eso lo explicaba todo-. Quiero que sea nuestro enlace con el Servicio Secreto. Él trabaja con esa gente. Claro que falta mucho para que llegue ese momento.

-De acuerdo. Tenemos dieciocho agentes en *ODISEA.* Son pocos.

-Por ahora necesitamos ser muy cuidadosos, Bill. Me parece que el paso siguiente es cubrirnos en el Ministerio. ¿Quién puede hacerlo?

-¡Joder, no lo sé! -exclamó Shaw con fastidio-. Una investigación con el conocimiento, pero sin la participación del secretario, vaya y pase, pero hacer algo a sus espaldas. En fin...

-Procedamos con cuidado. Por ahora, lo más importante es descubrir en qué consistía el plan. Después, ya veremos.

La observación de Murray era muy lógica. Pero, al mismo tiempo, errónea. Era sólo uno de los muchos errores que se cometerían en el transcurso del día.

El F-15E aterrizó en la base Howard ochenta minutos antes de la hora de llegada prevista para el vuelo desde Andrews. Bright le dio las gracias al piloto, que se reabasteció e inició sin demora el vuelo de retorno a Eglin. El oficial de Inteligencia de la base salió a recibir a Bright juntamente con el agente de mayor jerarquía de la oficina del agregado legal en ciudad de Panamá, un joven inteligente, pero carente de la experiencia necesaria para hacerse cargo de un caso tan delicado. El visitante informó a sus colegas de lo poco que sabía y les tomó el juramento de guardar silencio. Eso bastó para poner el plan en marcha. En la tienda de la base compró ropa de fabricación local. El oficial de Inteligencia había traído un automóvil común con patentes locales, que dejó fuera de la base. Dentro se desplazarían en un cuatro puertas azul de la Fuerza Aérea. El «Plymouth» aparcó junto a la pista y poco después apareció el VC-20A. Bright sacó su cámara «Nikon» con lente telescópica de mil milímetros. El avión se deslizó hasta uno de las hangares; se abrió una puerta y la escalerilla bajó. Bright acomodó su

Librodot

cámara y desde su posición, a un par de centenares de metros, tomó un primer plano tras otro del único pasajero.

-Jesús, de veras es él. -Rebobinó, sacó el rollo de película, lo entregó a su colega del FBI y puso otro.

El coche al que seguían era de la Fuerza Aérea, idéntico al de ellos, y salió directamente de la base. Bright y sus compañeros tuvieron apenas el tiempo suficiente para pasarse al otro coche, pero el coronel de la Fuerza Aérea que lo conducía tenía ínfulas de corredor de coches, y en poco tiempo pudo tomar posición a cien metros del objetivo.

-¿Cómo es que no lleva guardaespaldas? -preguntó.

-Dicen que no los usa -respondió Bright-. Es extraño, ¿no?

-Sí, diablos, claro. Sobre todo, si se tiene en cuenta quién es, cuánto sabe y dónde mierda se encuentra.

Llegaron a la ciudad sin novedad. El cuatro puertas de la Fuerza Aérea dejó a Cutter a la puerta de un lujoso hotel de las afueras. Bright bajó y tuvo tiempo de ver cómo pedía una habitación, igual que un empresario en viaje de negocios. Poco después, el otro agente entró. El coronel se quedó en el coche.

-Ahora, ¿qué?

-¿Tiene a alguien de confianza en la Policía local?

-Conocidos, sí, y son buena gente. Pero, de confianza, no.

-Bueno, tendremos que hacerlo a la antigua -suspiró Bright.

-De acuerdo. -El agregado legal adjunto sacó su billetera y se dirigió a recepción. Volvió poco después-. El FBI me debe veinte dólares. Se inscribió con el nombre de Robert Fisher, con la tarjeta de la «American Express». -Le entregó un recibo arrugado, con copia de la firma.

-Que la oficina verifique el número. Tenemos que vigilar la habitación y también... ¡Joder!, ¿con cuánta gente contamos? -dijo Bright mientras salían.

-Poca para lo que tenemos que hacer.

El rostro de Bright se crispó en una mueca desagradable. No se trataba de una decisión fácil. *ODISEA* era una operación secreta. Murray había insistido en la importancia fundamental de la clandestinidad, pero -nunca faltaba un «pero»- había que hacerlo. Por ser el agente de mayor jerarquía en el teatro de los acontecimientos, la decisión era suya. Sabía que su carrera dependía del éxito o del fracaso de la misión. Reinaban una temperatura y una humedad elevadísimas, pero ése no era el único motivo de que Mark Bright estuviera bañado en sudor.

-Está bien, avise que necesitamos media docena de hombres de confianza para ayudarnos a vigilarlo.

-¿Está seguro...?

-¡A estas alturas no estoy seguro absolutamente de nada! El tipo al que estamos siguiendo... si sospechamos que él... Dios todopoderoso, si sospechamos de él... -Bright se detuvo. Con eso estaba dicho todo.

-Sí, claro.

-Me quedo. Dígale al coronel que organice la operación.

Después resultó que no había tanta prisa. Tres horas más tarde, el sujeto -así lo llamaba Bright- bajó al vestíbulo, descansado, bañado y elegante con su traje de tela fina. Cuatro

coches lo esperaban, pero Cutter sólo sabía del pequeño «Mercedes» blanco en el que subió, y que enfiló hacia el Norte. Los otros tres lo seguían a prudente distancia.

Anochecía. Bright había usado sólo tres cuadros de su segundo rollo, pero lo sacó para remplazarlo por película en blanco y negro de alta velocidad. Tomó algunas fotos del coche para asegurarse de la patente. Su conductor no era el coronel, sino un sargento del destacamento de Investigación Criminal, conocedor del terreno y encantado de trabajar en una operación clandestina con el FBI. Identificó la casa donde se detuvo el «Mercedes». Deberían haberlo visto.

El sargento conocía un lugar con vistas a la casa a menos de mil metros de allí, pero llegaron tarde, y no podían dejar el coche en la carretera. Bright y el agente local del FBI hallaron un lugar húmedo y maloliente donde tenderse a esperar. El sargento les dejó un transmisor para que lo llamaran en caso de necesidad; les deseó suerte, y se fue.

Desde luego el dueño de la casa estaba ausente, ocupado en asuntos de Estado, pero había tenido la amabilidad de cedérsela para esa velada. Unos pocos sirvientes, amables y discretos, les sirvieron un refrigerio y se retiraron después de encender -los dos estaban seguros de ello- las grabadoras ocultas. Pero eso no tenía importancia, ¿verdad?

¡Mierda, cómo que no! Los dos eran conscientes de lo delicado de la situación, y fue Cortez quien sorprendió a su huésped con la sugerencia de que hablaran fuera, a pesar del calor. Los dos se quitaron las chaquetas y salieron al jardín. La menor de las desgracias eran esas luces que atraían a los insectos y los electrocutaban por millares, con un ruido que hacía imposible cualquier intento de grabar la conversación. ¿Quién hubiera dicho que despreciarían el ambiente climatizado de la casa?

-Gracias por responder a mi mensaje -dijo Cortez, amable. No era el momento de mostrarse arrogante ni prepotente. Los negocios eran los negocios, y requerían que se mostrara humilde ante ese interlocutor. Para él, no era problema. El trato con los personajes de esa jerarquía así lo requería y tendría que habituarse a ello. Esperaban que se les tratara con la debida consideración. Eso facilitaba la capitulación.

-¿De qué quiere hablar? -preguntó el almirante Cutter.

-Desde luego, sobre la operación contra el Cártel. -Le indicó un sillón de mimbre, se alejó y volvió con una bandeja con vasos y bebidas. En semejante ocasión, el alcohol estaba fuera de lugar: los dos se sirvieron agua mineral. La primera buena señal, pensó Félix.

-¿A qué operación se refiere?

-Ante todo, quiero que sepa que no tuve nada que ver con el asesinato de Mr. Jacobs. Fue un acto demencial.

-¿Por qué habría de creerle?

-Cuando sucedió, yo estaba en Estados Unidos. ¿No se lo dijeron? -Cortez agregó algunos detalles-. Una fuente de información como Mrs. Wolfe -dijo en conclusión- vale mucho más que un estúpido acto de venganza. Desafiar así a una nación poderosa es el error más idiota que se pueda cometer. Su reacción fue muy hábil. Cuando tuve la primera sospecha de que vigilaban nuestros aeropuertos, ya era tarde, y en cuanto a la manera de simular que las bombas estaban plantadas en los camiones... permítame decirle que eso fue una verdadera obra de arte. Dígame, ¿cuál es el objetivo estratégico de su operación?

-Vamos, coronel.

-Almirante, puedo revelar la totalidad de sus actividades a la Prensa. Si no me lo dice a mí, tendrá que decírselo a sus propios parlamentarios. Verá que soy mucho más comprensivo que ellos. Después de todo, somos colegas.

Librodot

Cutter vaciló un instante, pero se lo dijo. Para su fastidio, su interlocutor soltó una carcajada.

-¡Brillante! -exclamó Cortez al recuperar el aliento-. Me gustaría conocer al autor de la idea. ¡Es un auténtico profesional!

Cutter asintió como si aceptara el cumplido. Félix se preguntó si no era verdad... pero ya lo averiguaría.

-Perdóneme, almirante Cutter. Usted cree que me burlo del plan, pero le digo con toda franqueza que está equivocado. La verdad es que han logrado sus objetivos.

-Lo sabemos. Sabemos que atentaron contra usted y Escobedo.

-Sí, por supuesto. También me gustaría saber cómo obtienen información tan valiosa sobre nosotros, pero sé que usted no me lo dirá.

Cutter jugó su carta más alta.

-Tenemos más efectivos de lo que usted cree, coronel. -En realidad, valían bien poco.

-Sin duda, sin duda -asintió Cortez-. Creo que en algo estamos de acuerdo.

-¿En qué?

-Usted quiere iniciar una guerra interna en el Cártel. Yo también.

Su aliento entrecortado lo traicionó.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Cortez sabía que tenía ganada la partida. ¿Y ese imbécil era asesor del Presidente de los Estados Unidos?

-Pues yo seré parte *de facto* de su operación y reestructuraré el Cártel. Para ello, habrá que eliminar a los jefes más peligrosos.

Cutter no era del todo imbécil, pero cometió otro error al expresar su ansiedad en forma de pregunta:

-¿Y usted será el nuevo jefe?

-¿Sabe usted qué clase de gente son esos «señores de la droga»? Campesinos perversos, bárbaros ignorantes, borrachos de poder. Al mismo tiempo, lloran como niños malcriados porque no se les *respeta.* -Cortez alzó la vista a las estrellas y sonrió-. Hombres como nosotros no podemos sentir respeto por ellos. Creo que usted coincidirá conmigo en que el mundo se beneficiará con su desaparición.

-Como usted dice, ya lo había pensado.

-Entonces, ¿estamos de acuerdo?

-¿En qué?

-Sus «coches-bomba» han matado ya a cinco jefes. Yo eliminaré a varios más, y, entre ellos, a los que dispusieron el asesinato del embajador y sus acompañantes. Semejantes acciones, cuando quedan impunes, provocan el caos en el mundo. Además, como señal de buena voluntad, reduciré los envíos de cocaína a su país a la mitad. El narcotráfico está desorganizado, se ha vuelto excesivamente violento. Debemos reestructurarlo -dijo el ex coronel del DGI con aire pensativo.

-¡Queremos eliminarlo! -exclamó Cutter, pero se dio cuenta de que era una observación idiota.

Cortez bebió un sorbo de su agua mineral antes de proseguir, siempre en tono didáctico:

-Eso es imposible. Mientras haya ciudadanos dispuestos a destruir sus cerebros, habrá alguien que les ayude a realizar sus deseos. La cuestión es cómo introducimos un poco de orden en el proceso. Con sus campañas educativas, conseguirán que la demanda de drogas baje a niveles tolerables. Hasta entonces, puedo regular el tráfico para reducir los trastornos sociales. Habrá menos exportaciones. Incluso puedo darles información que les permitirá efectuar una serie de detenciones importantes: así, el mérito por esa reducción será para la Policía. Este año hay elecciones, si no me equivoco.

Cutter no pudo reprimir sus jadeos. Las apuestas de la partida eran altísimas, y Cortez acababa de anunciar que las cartas estaban marcadas.

-Siga -masculló.

-¿Acaso no era ése el objetivo de las operaciones en Colombia? ¿Golpear al Cártel y reducir el tráfico de drogas? Le ofrezco el éxito de la operación, un éxito que su Presidente podrá aprovechar en su campaña. Reducción de exportaciones, detención de traficantes importantes, incautación de cargamentos, una guerra intramuros en el Cártel por la que ustedes no tendrán la culpa pero sí los méritos. En fin: la victoria total.

-¿A cambio de...?

-Bueno, yo también tengo que obtener una pequeña victoria para consolidar mi posición entre los jefes, ¿no es así? Retiren el apoyo a los «Boinas Verdes» que andan por esas montañas. Ya sabe a qué me refiero: a los hombres abastecidos por ese gran helicóptero negro que tienen oculto en el hangar tres de la base aérea Howard. Los jefes a los que quiero desplazar tienen enormes guardias pretorianas, a las que necesito debilitar. Eso lo harán sus soldados. Pero, por desgracia, para ganar prestigio ante mis *superiores* -lo dijo en un tono irónico, capaz de lograr una marca alta en la escala de Richter-, mi sangrienta y costosa operación también debe lograr sus propósitos. Es lamentable; pero, mirándolo desde su punto de vista, también elimina un posible problema de seguridad, ¿no es así?

Dios mío, Cutter clavó la vista en la selva, más allá de Cortez y de las luces insecticidas.

-¿Tiene idea de lo que están hablando?

-En absoluto -dijo Bright. Usaba el último rollo de película. A pesar de la alta sensibilidad, a esa distancia, y con esa luz, tenía que reducir la velocidad del obturador al mínimo. Ello lo obligaba a sostener la cámara con pulso firme, como un cazador que apunta a un ciervo distante.

¿Qué diablos ha dicho el Presidente? Quiero que esto se acabe, no me importa lo que haya que hacer...

Pero no puedo hacer esto...

-Lo lamento -dijo Cutter-. Es imposible.

Cortez alzó las manos en un gesto de impotencia.

-En ese caso, el mundo sabrá que su Gobierno invadió Colombia y cometió homicidio a escala de genocidio. Desde luego, usted sabe lo que les aguarda a usted, a su Presidente y a varios altos funcionarios del Gobierno. Y después de tantos escándalos. Debe de ser difícil trabajar para un Gobierno que tiene tantos problemas con sus leyes y luego las esgrime contra sus propios intereses.

-El Gobierno de Estados Unidos no admite chantajes.

-¿Por qué no, almirante? Nuestra profesión común tiene sus riesgos, ¿verdad? Su primera bomba estuvo a punto de matarme; sin embargo, no me siento ofendido. En su caso, el riesgo es que se sepa la verdad. Piense en la familia de Untiveros: la esposa, los niños, once sirvientes. Todos muertos. Eso, sin contar la gente armada. El soldado debe correr ese riesgo. Como yo, como usted, almirante, salvo que su campo no es el de batalla, sino el de los Tribunales, las cámaras de televisión y los comités parlamentarios.

¿Qué decía el viejo código militar? -se preguntó Cortez-. *Antes la muerte que el deshonor.* Sabía que su huésped no era capaz de afrontar lo uno ni lo otro.

-Necesito tiempo para...

-¿Para pensar? Almirante, perdóneme, pero debo volver dentro de cuatro horas, lo cual me obliga a partir en quince minutos. Mis superiores no están enterados de mi ausencia. No tengo tiempo, y usted, tampoco. Le ofrezco la victoria que usted y su Presidente anhelan. Preciso algo a cambio de ello. Si no estamos de acuerdo, las consecuencias serán desagradables para los dos. Es así de sencillo. ¿Sí o no, almirante?

-¿Por qué cree que se han dado la mano ahora?

-Cutter no parece demasiado feliz. ¡Avise al coche! Parece que se van.

-¿Quién diablos es el otro? No lo he reconocido. Si está en el juego, no es de aquí.

-Lo ignoro.

El coche tardó en volver, pero el de reserva siguió a Cutter hasta su hotel. En el aeropuerto, Bright se enteró de que el sujeto había resuelto dormir bien esa noche. La hora de partida del VC-20A para volver a Andrews era las doce del día siguiente. Bright llegaría antes: tomaría el primer vuelo comercial de la mañana a Miami y de allí haría transbordo a Washington. Llegaría medio muerto de fatiga, pero antes que el otro.

Ryan recibió la llamada destinada al director. El juez Moore volvía ya, pero faltaban tres horas para su llegada al aeropuerto internacional Dulles. Bajó al aparcamiento, donde su conductor ya tenía el coche en marcha. Partieron de inmediato hacia «Bethesda», pero llegaron tarde... Cuando abrió la puerta de la habitación, se encontró con una cama cubierta con una sábana. Los médicos se habían ido.

-Estuve con él al final. Murió serenamente -dijo uno de los agentes de la CIA. Jack no lo reconoció, pero tuvo la impresión de que el otro lo esperaba-. ¿Doctor Ryan?

-Sí -murmuró Jack.

-Una hora antes de que se durmiera para siempre, dijo algo sobre... que recordara lo que ustedes dos habían hablado en su última conversación. No sé qué quiso decir, señor.

-¿Quién es usted?

-John Clark. -Se acercó con la mano tendida-. Estoy en Operaciones, pero fue el almirante Greer quien me reclutó, hace muchos años. -Clark suspiró-. Como perder a un padre, por segunda vez.

-Sí -dijo Jack con voz entrecortada. Exhausto, abatido, no tenía ánimo para ocultar sus emociones.

-Vamos, bebamos un café. Le contaré un par de anécdotas del viejo. -A pesar de su tristeza, Clark estaba habituado a la muerte. Ryan, evidentemente, no: mejor para él.

La cafetería estaba cerrada, pero había café en una de las salas de espera. Estaba agrio, varias veces recalentado, pero Ryan no quería volver a su casa y acababa de recordar que esa mañana había salido en su coche particular. Estaba demasiado cansado para conducir. Sería mejor llamar a Cathy y pasar la noche en la ciudad. La CIA disponía de varios cuartos de hotel para esos casos. Clark ofreció llevarlo y Jack dio permiso a su chófer. Convinieron en que unas copas no les vendrían nada mal.

Larson se había ido, dejando una nota de que María llegaría más tarde y él pasaría a recogerla. Clark tenía consigo una botella de whisky norteamericano, y en el hotel había vasos de cristal, no de plástico. Sirvió dos medidas, mezcladas con agua, y ofreció una a Jack Ryan.

-A la memoria de James Greer, el último de los buenos -dijo Clark, al tiempo que alzaba su vaso.

Jack sorbió el whisky, que era muy fuerte, y sintió un ligero ahogo.

-Si él lo reclutó, entonces no entiendo...

-¿Por qué estoy en Operaciones? -Clark sonrió-. Bien, señor, nunca fui a la Universidad, pero Greer me descubrió a través de sus contactos en la Armada. Es una larga historia, hay partes que se supone no debo contar, pero mi camino se ha cruzado con el de usted en tres ocasiones, señor.

-No lo sabía.

-Cuando los franceses se lanzaron a atacar a los muchachos de *Action Directe* que usted pescó con las fotos vía satélite, yo era el oficial de enlace en Chad. La segunda vez que entraron, para perseguir a esos libios que lo buscaban a usted, yo iba en el helicóptero. Y yo soy el idiota que fue a la playa a buscar a Mrs. Gerasimov y su hija. Culpa suya, señor. Yo soy el que hace esas locuras por las que los muchachos de espionaje se mean en los pantalones. Claro que tal vez son más vivos que yo.

-Yo ignoraba todo eso.

-No debía usted saberlo. Lamento que no pudiéramos atrapar a esos libios hijos de puta. Siempre quise conocerlo para pedirle disculpas. Los franceses se portaron tan bien. Estaban tan agradecidos de que les entregáramos *Action Directe,* que estaban dispuestos a entregarnos las cabezas de los libios como trofeos para ponerlos en la pared. Pero el helicóptero tropezó con una unidad libia que andaba de maniobras, ése es el problema de volar demasiado bajo, y además resultó que el campamento estaba abandonado. Todos lo lamentamos muchísimo. Le hubiéramos evitado algunos dolores. Pero lo intentamos, doctor Ryan, le aseguro que lo intentamos.

-Mi nombre es Jack. -Ryan alzó su vaso vacío.

-Estupendo, llámame John. -Clark llenó los dos-. El almirante me dijo que te hablara de esto. También me comentó que descubriste por casualidad lo que sucedía en el Sur. Yo he estado allí. ¿Qué quieres saber?

-¿Estás seguro de que puedes hablar?

-El almirante lo dijo. Es... perdón, era subdirector, o sea que si él lo autorizó, puedo hacerlo. Soy un humilde soldado, estos asuntos burocráticos me confunden. Siempre pensé que la verdad no hace mucho daño. Y, además, Ritter me dijo que todo es legal, que tenía la autorización necesaria para salir de caza. Esa autorización la puede otorgar una sola persona. Alguien decidió que el narcotráfico representa un «claro e inminente peligro» para la seguridad nacional. Sólo un hombre en Estados Unidos tiene el poder de decirlo en serio y de autorizar la acción correspondiente. Aunque no soy universitario, leo mucho. ¿Por dónde quieres que empiece?

Librodot

-Por el principio -dijo Jack.

El relato les llevó algo más de una hora.

-¿Volverás? -preguntó luego.

-Creo que vale la pena atrapar a Cortez, y puedo ayudar a sacar a los muchachos del monte. No me gusta la idea, pero es mi trabajo. Tu esposa es doctora, sospecho que no le gusta todo lo que tiene que hacer.

-Tengo que preguntarte algo. ¿Qué sentiste cuando guiaste esas bombas?

-¿Qué sentiste al matar a aquellas personas que mataste?

Jack asintió.

-Perdóname. Me lo merezco.

-Fui comando de la Armada. Pasé años en el Sudeste asiático. Cuando me ordenaban matar a ciertas personas, lo hacía. No era lo que se llama una guerra declarada, ¿no? Uno no se jacta de eso, pero así es el trabajo. En la CIA no lo hice con frecuencia, y, en algunos casos, lo lamenté, porque, a la larga, hubiera salvado otras vidas. Tuve la cabeza de Abu Nidal en la mira de mi fusil, pero no tenía permiso para matar a ese hijo de puta. Lo mismo ocurrió con otros dos sujetos tan malos como él. Hubiera sido una operación limpia, sin posibilidad de que nos acusaran de nada, pero los maricas de Langley no se decidieron. Me dijeron que averiguara si era posible, lo cual es tan peligroso como llevarlo a cabo, pero no me dieron luz verde para seguir hasta el final. Para mí, es una misión que vale la pena. Esos hijos de puta son enemigos de nuestro país, matan a nuestra gente. Asesinaron a un par de muchachos de la Agencia, y no sin dolor, te lo aseguro, pero no podemos devolverles el golpe. Qué te parece. Pero en fin, otros mandan y yo obedezco. Jamás he desobedecido una orden.

-¿Te gustaría trabajar con el FBI?

-Qué te parece. Aunque me guste, lo único que me interesa ahora son esos muchachos que están en las montañas. Jack, si no hacemos algo, podrían morir. Ritter me ha preguntado hoy si estoy dispuesto a volver. Mi respuesta es que tomo el avión de mañana a las ocho y cuarenta a Panamá, y desde allí vuelo a Colombia.

-Te daré un teléfono donde puedas hallarme.

-Ésa parece ser una buena idea -convino Clark.

El descanso les había ido bien. Los dolores habían desaparecido y todos esperaban que con un par de horas de ejercicio físico los músculos se desentumecerían. El capitán Ramírez reunió a los hombres para explicarles la nueva situación. Se había comunicado por medio del enlace vía satélite para pedir que los retiraran, anuncio que contó con la aprobación general. Por desgracia, prosiguió, esa petición se debía resolver más arriba -con perspectivas favorables, según *VARIABLE*-, y, además, el helicóptero tenía problemas con los motores. Pasarían una noche más en territorio enemigo, o tal vez dos. Hasta entonces, su misión era evitar el contacto y dirigirse a uno de los puntos de extracción, que ya estaban determinados, y Ramírez indicó que irían al que estaba situado quince kilómetros al Sur. La tarea de la noche era volver sobre sus pasos, rodeando al grupo que los buscaba. No era fácil, pero una vez superado ese obstáculo tendrían el campo libre, y el terreno les era conocido. Harían ocho o nueve kilómetros la primera noche y el resto a la siguiente. Sea como fuere, la misión había concluido y ellos se retiraban. Los recién llegados del pelotón *Bandera* formarían un tercer grupo de ataque, para incrementar el gran poder de fuego de *Cuchillo,* impresionante de por sí. Todos conservaban unos dos tercios de sus municiones. La comida escaseaba un poco, pero había suficiente para dos noches si nadie se quejaba de algunas molestias estomacales.

Ramírez logró poner un tono de confianza a su voz. No les había salido barata, ni había sido fácil, pero la misión estaba cumplida: les habían asestado un duro golpe a los narcos. Ahora todo el mundo debía tener mucha paciencia hasta el momento de partir.

Veinte minutos más tarde, Chávez inició la marcha. El plan era mantenerse lo más cerca posible de la cresta mientras pudieran, a fin de minimizar las probabilidades de un encuentro con el enemigo, que tendía a acampar más abajo. También debían evitar los lugares poblados, fueran haciendas, cafetales o aldeas, tal como hacían desde el comienzo de la misión. Debían avanzar lo más rápido que la cautela les permitiera, pero ello significaba restarle importancia a ésta. Era algo que se hacía con frecuencia en los ejercicios, siempre con mucha confianza. Mas ante la experiencia adquirida sobre el terreno, *Ding* no se sentía tan confiado. Por lo menos, Ramírez empezaba a actuar de nuevo como correspondía a un oficial. Tal vez el cansancio le había afectado.

Cerca de los cafetales, el bosque era bastante más ralo. La gente iba a buscar leña, sin preocuparse por la erosión del terreno; pero eso no era asunto de Chávez. Al contrario, le ayudaba a avanzar más rápido de lo previsto, a casi dos kilómetros por hora. Hacia la medianoche, sus piernas sentían cada paso. Seguía observando que la fatiga era un factor acumulativo. Un día de descanso no bastaba para eliminar todos sus efectos, por más que uno estuviera en excelente estado físico. Tal vez, pensó, también le afectaba la altura. Sea como fuere, luchaba por mantener el paso, conservarse despierto y recordar el camino que debía seguir para salir de allí. Desde el punto de vista intelectual, las operaciones de infantería son más exigentes de lo que se piensa, y el intelecto es siempre la primera víctima de la fatiga.

Recordó haber visto, en el mapa, una aldea a unos quinientos metros ladera abajo de donde se encontraba en ese momento. Un kilómetro y cuarenta minutos antes, lo había verificado mientras descansaban. Le llamaron la atención ciertos ruidos humanos que parecían llegarle desde allí. Le habían dicho que el trabajo en los cafetales era muy duro; a esa hora, los campesinos debían de estar durmiendo. A pesar de que la señal era evidente, *Ding* no la captó. Pero escuchó el grito, en realidad el jadeo, que se produce cuando...

Se colocó las gafas y vio una silueta que corría hacia él. Al principio no supo..., pero entonces sí. Era una chica, que corría ágilmente entre los árboles. Más atrás se escuchaban ruidos de otra persona, menos ágil, que la perseguía. Chávez apretó una vez el botón de su transmisor: señal de peligro. El resto del pelotón se detuvo al instante, a la espera de la señal de seguir la marcha.

Esta segunda señal no se produjo. La muchacha tropezó y cambió de dirección. Segundos después volvió a tropezar y cayó a los pies de Chávez.

El sargento le tapó la boca con la mano izquierda. Con la otra se llevó el dedo a los labios, en universal señal de silencio. Ella abrió mucho los ojos al ver al hombre... mejor dicho, a ese rostro pintado que parecía salido de una película de terror.

-*Señorita,* no tiene nada que temer de mí. Soy un soldado. No hago daño a las mujeres. ¿Quién la persigue? -Quitó la mano, con la esperanza de que la muchacha no gritara.

Pero, aunque lo hubiese querido, no hubiera podido: había corrido demasiado rápido y demasiado lejos.

-Uno de sus soldados, los hombres armados -jadeó-. Yo...

Le tapó la boca otra vez: el ruido se acercaba.

-¿Dónde estás, muchachita? -canturreó una voz.

¡Mierda!

-Corra hacia allá -dijo Chávez, señalando con el dedo-. No se detenga ni mire hacia atrás. ¡Corra!

La muchacha salió corriendo y el hombre se lanzó en pos de ella. Pasó cerca de *Ding* Chávez y alcanzó a dar un paso más. El sargento le tapó la boca con una mano y lo arrastró al suelo, a la vez que tiraba de la cabeza hacia atrás. En el momento de caer, su cuchillo de combate efectuó un solo corte lateral. El ruido sorprendió al soldado. El aire que escapaba de la seccionada tráquea se mezcló con la sangre que manaba para producir una especie de gorgoteo repugnante. El hombre se agitó inútilmente durante unos segundos, luego quedó inmóvil. Chávez le quitó el cuchillo que llevaba y se lo puso en la garganta. Esperaba que no culparan a la muchacha, pero no podía hacer más por ella. El capitán Ramírez, que llegó poco después, no se mostró precisamente complacido.

-No tenía elección, mi capitán -dijo Chávez en su defensa. En realidad, estaba orgulloso de su hazaña. ¿Acaso el soldado no debía proteger a los débiles?

-¡Moved el culo de una vez!

El pelotón se alejó del lugar lo más rápido que pudo, sin escuchar señales de nadie que saliera en busca del amante frustrado. Fue el último incidente de la noche. Justo después del amanecer, llegaron al lugar donde pensaban pasar el día. Ramírez instaló su radio y habló por ella.

-Entendido, *Cuchillo,* copiamos su posición y objetivo. La retirada todavía no está confirmada. Llame otra vez alrededor de las dieciocho Lima. Creo que para entonces todo va a estar dispuesto. Cambio.

-Entendido, llamaré a las dieciocho. *Cuchillo* fuera.

-Qué desgracia, lo de *Bandera* -dijo uno de los técnicos de comunicaciones a su compañero.

-Son cosas que pasan.

-¿Usted es Johns?

-Así es -dijo el coronel sin volverse.

Acababa de concluir un vuelo de prueba. El motor nuevo -en realidad, tenía cinco años, pero lo habían reconstruido- funcionaba muy bien. El «Pave Low» III volvía a la acción. El coronel Johns se volvió hacia su interlocutor.

-¿Me reconoce? -preguntó el almirante Cutter con sequedad. Por primera vez en mucho tiempo, vestía el uniforme completo. Las tres estrellas en cada charretera dorada brillaban bajo el sol, junto con los galones y su insignia de oficial de superficie. El uniforme de calle resultaba impresionante, desde la gorra hasta los blancos zapatos. Ésa era justamente la intención.

-Sí, lo reconozco. Mis disculpas, almirante.

-Hay nueva orden, coronel. Usted debe volver a su base lo antes posible, es decir, hoy mismo -dijo Cutter con energía.

-Pero, ¿qué les ocurrirá...?

-Otros se ocuparán de eso. Creo que no es necesario que le diga dónde se originó esta orden.

-No, señor.

-No hablará de esto con nadie. Insisto: con nadie, jamás, y en ningún lugar. ¿Necesita más ilustración, coronel?

-No, señor, sus órdenes han sido muy claras.

Librodot

-Bien.

Cutter volvió a su coche oficial, que partió al instante. La parada siguiente fue una elevación cerca de la ensenada Gaillard, donde había un camión de comunicaciones. Cutter pasó junto al centinela sin mirarlo -vestía uniforme de *marine* y portaba un arma, pero era un civil-, entró en el camión y dio la misma orden. Para su sorpresa, le respondieron que era difícil sacarlo de allí, porque el camino era demasiado estrecho para un camión tan grande. Les ordenó que interrumpieran las comunicaciones y esperaran sin hacer nada hasta que el helicóptero llegara a buscarlos. Habían descubierto su presencia, y cualquier intento de comunicarse pondría en peligro las vidas de quienes recibían las transmisiones. Los técnicos asintieron y él partió. Abordó su avión a las once de la mañana: llegaría a Washington a la hora de la cena.

Mark Bright llegó poco después del almuerzo. Entregó las películas al técnico del laboratorio y corrió al despacho de Dan Murray, donde presentó su informe.

-No reconocí a su interlocutor, pero ya lo verán en las fotografías. ¿Y el número de la tarjeta?

-Es una cuenta de la CIA a la que tiene acceso desde hace dos años, aunque ésta es la primera vez que la usa. Nos enviaron una copia por fax para reconocer la firma. El laboratorio forense ya encontró una muestra grafológica -dijo Murray-. Tiene usted aspecto de cansado.

-Pues no sé el porqué..., ¡diablos!, creo que no he dormido más de tres horas en las últimas cuarenta y ocho. Ya estoy harto de la capital. Me dijeron que Mobile era como estar de vacaciones.

-Bienvenido al mundo irreal de Washington -repuso Murray con una sonrisa maliciosa.

-Tuve que pedir ayuda -dijo Bright, y la sonrisa de Murray se borró al instante.

-¿A quién? -preguntó.

-Personal de la Fuerza Aérea, muchachos de Inteligencia y Policía Militar. Les dije que era *top secret,* y aunque les hubiera dicho todo lo que sé, y conste que no lo hice, yo mismo no sabía demasiado. Por supuesto que me hago responsable de todo, pero quiero aclarar que, sin esa ayuda, no hubiera podido hacer las fotografías.

-Me parece que hizo lo correcto. No tenía alternativa. En fin, suele suceder así.

-Gracias -dijo Bright, acusando recibo del perdón oficial.

Las fotografías llegaron cinco minutos más tarde. El caso tenía prioridad sobre todos los demás, pero, aun así, esas cosas llevaban su tiempo, para fastidio de todos. Cuando el técnico -que era un jefe de sección- se las entregó, todavía estaban húmedas.

-Pensé que las querrían lo antes posible.

-Pensó bien, Marv... ¡Joder! -exclamó Murray-. Marv, esto es ultrasecreto.

-Ya me lo ha dicho antes, Dan. Mis labios están sellados. Queríamos darle más definición a las fotografías, pero hubiéramos necesitado una hora más. ¿Lo hago ahora?

-Ya mismo -asintió Murray, y el técnico salió-. Mark, sus fotos no perdonan.

-¿Se puede saber quién diablos es el tipo?

-Félix Cortez.

-¿Quién es ése?

-Un ex coronel del DGI. Se nos escapó por un pelo cuando atrapamos a Filiberto Ojeda.

Librodot

-¿El caso de los Macheteros? -No entendía nada.

-No, esta vez no. -Murray meneó la cabeza. Su tono era casi reverente. Llamó a Bill Shaw, quien bajó en seguida. El agente seguía sin entender nada cuando Murray entregó las fotografías a su jefe-. Ver para creer, Bill.

-Bueno, ¿me van a decir quién coño es ese Félix Cortez? -preguntó Bright.

Fue Shaw quien respondió:

-Cuando escapó de Puerto Rico, se fue a trabajar con el Cártel. Tuvo que ver con el asesinato de Emil, no sabemos hasta qué punto, pero no cabe duda de que participó en él. Y helo aquí al muchacho, nada menos que con el asesor del Presidente en materia de Seguridad Nacional. ¿De qué hablarían?

-Veo que todavía no han revelado la fotografía en la que se están dando la mano -dijo el agente.

Shaw y Murray se miraron, sobresaltados. *¿El máximo responsable de la Seguridad Nacional le dio la mano a un tipo del Cártel de la droga...?*

-Dan -dijo Shaw-, ¿me quieres decir qué coño ocurre? Me parece que el mundo se ha vuelto loco.

-¿Qué quieres que te diga? Me parece lo mismo.

-Llama a tu amigo Ryan. Dile que... Dile a su secretaria que los terroristas... no, no corramos riesgos. ¿Pueden ir a buscarle?

-Tiene chófer.

-Ah, qué bien.

-Si, ya entiendo. -Murray asió el auricular del teléfono y marcó un número de Baltimore-. Hola, ¿Cathy? Soy Dan Murray. Muy bien, gracias. ¿A qué hora lleva el chófer a Jack? ¿Ah, no? Bueno, quiero pedirte un favor muy importante, Cathy. Dile a Jack que al volver a casa pase por lo de Danny a... esteee... a buscar los libros... Tal como te digo, Cathy... No, no es broma. ¿Lo harás? Gracias, doctora. -Cortó-. ¡Qué aire de conspirador!, ¿no?

-¿Ese Ryan no es de la CIA?

-Así es -respondió Shaw-. Es el tipo que nos dio este caso. Lo lamento, Mark, no podemos decirle más.

-Comprendo, señor.

-Vuelva a su casa lo antes posible y déle un beso a su bebé. Lo felicito por el trabajo -prometió el director en funciones.

Pat O'Day, un flamante inspector que trabajaba en el cuartel central del FBI, observó desde el aparcamiento a un subordinado suyo en la pista de aterrizaje, vestido con el uniforme manchado de grasa de un mecánico de la Fuerza Aérea, con galones de sargento. Era un día despejado y caluroso en la base aérea de Andrews. Un F-4C de la Guardia Nacional aterrizó antes que el VC-20A. *El jet* modificado para empresa se deslizó hasta la terminal de la escuadra 89, en el extremo occidental del complejo. La escalerilla bajó y Cutter salió, vestido de civil. Para entonces, gracias al personal de Inteligencia de la Fuerza Aérea, el FBI sabía que había hablado con la tripulación de un helicóptero y con la de un camión de comunicaciones. Hasta entonces, nadie había interrogado a esas tripulaciones para averiguar qué ocurría, porque los jefes seguían tratando de encontrar la punta del ovillo y, según O'Day, sin conseguirlo..., pero así eran los jefes. Quería volver al verdadero trabajo policial, aunque este caso no dejaba de tener sus atractivos.

Cutter se dirigió a su coche, puso la maleta en el asiento trasero y se alejó, seguido por O'Day y su conductor. El asesor de Seguridad Nacional tomó por Suitland Parkway hasta la capital y de ésta pasó por la I-395. Pensaron que saldría por la Avenida Maine hacia la Casa Blanca, pero pasó de largo hasta su residencia oficial en Fort Myer, Virginia. Una vigilancia más rutinaria, imposible.

-¿Cortez? Claro, el ex oficial del DGI. ¿Cutter ha estado con él?

-Mira la fotografía -dijo Murray. El laboratorio la había sometido al proceso de definición por ordenador, una de las artes forenses más efectivas que el FBI poseía, y el cuadro granuloso se había convertido en una brillante y perfecta imagen. Moira Wolfe lo había identificado otra vez-. Y mira ésta, cómo se dan la mano.

-Al fiscal le van a encantar -dijo Ryan al devolverlas.

-No es una prueba judicial válida.

-¿Cómo?

-No es raro que un alto funcionario del Gobierno se reúna con... con gente rara -explicó Shaw-. ¿Recuerda el viaje secreto de Kissinger a China?

-Pero eso fue... -Ryan se dio cuenta de que su objeción era una tontería. Él mismo se había reunido con el presidente del Partido Comunista Soviético, pero no podía comentarlo con nadie. ¿Qué diría *cierta* gente si lo supiera?

-No es prueba de un crimen, ni siquiera de conspiración, salvo que demostremos que el tema de conversación fue ilegal -explicó Murray-. Su abogado argumentará, yo diría que con todo éxito, que la reunión con Cortez, a pesar de su apariencia misteriosa, formaba parte de la ejecución de una operación secreta, pero no ilegal.

-¡Mierda! -exclamó Jack.

-El abogado protestará por su elección de las palabras, el juez ordenará al taquígrafo que las elimine de las actas, instruirá al jurado que no las tenga en cuenta y usted recibirá una amonestación por usar esa clase de términos en el Tribunal, abogado Ryan -dijo Shaw-. Lo que poseemos es información, pero no la prueba de un crimen; y no lo será hasta que establezcamos que se está cometiendo uno. Aparte de eso, coincido con usted: ¡Mierda!

-Bueno, conozco al tipo que guió las bombas al blanco.

-¿Dónde está? -preguntó Murray.

-Creo que ha regresado ya a Colombia -dijo Jack. Y les explicó un poco más.

-Joder, ¿quién es ese tipo? -inquirió Murray.

-Por ahora, dejémoslo fuera de esto, si no les parece mal.

-Me parece que deberíamos hablar con él -dijo Shaw.

-No quiere hablar con ustedes. No desea dar con sus huesos en la cárcel.

-Eso no sucederá. -Shaw se levantó y comenzó a pasear por el despacho-. Le aclaro, por si usted lo ignoraba, que soy abogado, doctorado en Jurisprudencia. Si lo lleváramos a juicio, su abogado alegaría el fallo del caso Martinez-Baker, una de las derivaciones menos conocidas de «Watergate». Martínez y Baker eran dos de los acusados en ese caso, por conspiración. En su defensa alegaron, creo que con sinceridad, que el robo les había sido ordenado por una autoridad competente como parte de una investigación relacionada con la seguridad nacional. La Cámara de Apelaciones dio un fallo bastante extenso, aprobado por mayoría, de que no hubo intención de dolo, que los acusados actuaron de buena fe y no habían cometido crimen

Librodot

alguno. Su amigo dirá en el estrado que, al escuchar el dictamen de «peligro inminente» en boca de sus superiores, quienes le dijeron que la orden venía de los eslabones más altos de la cadena de mando, se limitó a cumplir órdenes emitidas por la autoridad constitucional competente. Dan ya le habrá explicado que no existe una ley para esta clase de casos. Y le digo más: cualquiera de mis agentes estaría encantado de convidarle a una copa por vengar la muerte de Emil.

-Lo que yo les puedo decir es que el tipo es veterano de guerra y, hasta donde soy capaz de recordar, un hombre íntegro.

-No lo dudo. En cuanto a matar...; algunos abogados sostienen que la acción de un francotirador policial es similar al asesinato a sangre fría. No siempre es fácil distinguir entre la acción policial y la militar. En este caso, ¿dónde está la demarcación entre el asesinato y una operación de contraterrorismo? En definitiva, el fallo va a reflejar la posición política de los jueces que tomen el caso, desde la primera instancia a la última apelación. En fin, siempre la política -concluyó Shaw-. Es más fácil perseguir a los ladrones de Bancos. Ahí está muy claro quién es quién.

-Sí, ahí está la clave -dijo Ryan-. Y apuesto doble contra sencillo a que todo empezó porque este año hay elecciones.

El teléfono de Murray sonó.

-¿Ah, sí? Perfecto, gracias. -Cortó-. Cutter está en su coche, va por la avenida George Washington. Adivinen adónde se dirige.

XXVI. AGENTES DEL ESTADO

El inspector O'Day agradeció a su buena estrella -era irlandés y creía en esas cosas- que Cutter fuera tan idiota. Al igual que muchos de sus predecesores en el cargo, había optado por prescindir de los agentes del Servicio Secreto, y evidentemente no tenía la menor idea de técnicas de contravigilancia. El sujeto tomó por la avenida George Washington y volvió hacia el Norte, convencido de que nadie se daría cuenta de nada. No trató de volver por donde había ido ni de meterse en un callejón sin salida ni nada de esas cosas que se aprendían en las series policiales de televisión o, mejor aún, en las novelas de Philip Marlowe, las preferidas de Patrick O'Day. Las escuchaba grabadas en cinta en todo momento, incluso cuando estaba de vigilancia. Esos casos eran más difíciles de resolver que los de la vida real, lo cual demostraba que Marlowe hubiera sido un agente de primera. Pero para esta misión no se requería tanta astucia. A pesar de sus tres estrellas de almirante de la Armada, Cutter, como conspirador, era un ingenuo. Sin cambiar siquiera de trocha, su coche tomó la salida para ir a la CIA, salvo, pensó O'Day, que, por alguna razón, quisiera visitar el Centro de Investigaciones de la Administración Nacional de Carreteras, el cual, por otra parte, estaría cerrado a esas horas. El único problema era retomar el seguimiento cuando Cutter saliera de allí. No había un buen lugar donde esconder un coche, y los de la CIA eran cuidadosos. O'Day apostó a su compañero en el bosque junto a la carretera y pidió otro vehículo. Estaba seguro de que Cutter saldría rápidamente y se iría a su casa.

El asesor de Seguridad Nacional, que en ningún momento advirtió que lo vigilaban, aparcó en el sector VIP. Como siempre, alguien le abrió la puerta y lo acompañó al despacho de Ritter, en la séptima planta. El almirante se sentó sin una palabra de saludo.

-Su operativo se cae a pedazos -dijo, sin preámbulos y en tono áspero.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que anoche hablé con Félix Cortez. Está enterado de todo: las tropas, la vigilancia de las pistas aéreas, las bombas, el helicóptero que abastece a *SHOWBOAT...* Voy a cancelar toda la operación. Ya he ordenado al helicóptero que vuelva a Eglin, y a la gente de *VARIABLE* que cancele las comunicaciones.

-¡Mierda, no puede ser! -exclamó Ritter.

-Pues lo es, mierda. Yo doy las órdenes, Ritter. ¿Está claro?

-¿Y los soldados? -preguntó el SDO.

-Ya me he ocupado de eso. No necesita saber más. Todo se va a calmar -explicó Cutter-. Usted ha conseguido lo que quería. La guerra interna ha empezado. Las exportaciones de drogas se van a reducir a la mitad. La Prensa puede informar que estamos ganando la guerra contra la droga.

-Y Cortez toma el mando del Cártel, ¿verdad? ¿No se le ha ocurrido pensar que, cuando eso suceda, todo volverá a ser igual que antes?

-¿Y a usted no se le ha ocurrido pensar que él está en condiciones de desbaratar toda la operación? ¿Y en qué les sucederá a usted y al juez cuando eso suceda?

-Lo mismo que a usted -gruñó Ritter.

-A mí, no. Estuve ahí, lo mismo que el secretario de Justicia. El Presidente no autorizó la muerte de nadie, y, mucho menos, invadir un país extranjero.

-La operación fue idea suya, Cutter.

Librodot

-Demuéstrelo. Muestre mi firma en un solo documento -dijo el almirante-. Si esto sale a la luz, lo mejor que podemos esperar es que nos encierren en la misma celda. Si Fowler gana, nos joden a todos. O sea, que no podemos permitir que salga a la luz. ¿No lo entiende?

-Su nombre aparece en un memorándum.

-Claro, de una operación que ya finalizó y de la cual no quedan pruebas. ¿Cómo va a delatarme sin quedar expuesto a acusaciones mucho más graves? No sólo a usted, sino a la CIA en su conjunto. -Cutter se sentía ufano. Durante el vuelo de regreso desde Panamá había hecho todos sus cálculos-. Bien, sea como fuere, las órdenes las doy yo. La CIA no tiene ya nada que ver con esto. Usted es el único que guarda los documentos de toda la operación. Le sugiero que los elimine. Destruya todas las transcripciones de *SHOWBOAT, VARIABLE, RECIPROCIDAD* y *OJO DE ÁGUILA.* Guarde las de *CAPER.* Es el único aspecto de la operación que no han descubierto. Conviértalo en una operación clandestina más, todavía podemos aprovecharla. Bien, ésas son las órdenes. ¡Cúmplalas!

-Quedan cabos sueltos.

-¿Dónde? ¿Cree que alguien estará dispuesto a pasar una temporada en la cárcel federal? ¿Que su Mr. Clark anunciará con toda alegría que mató a más de treinta personas? ¿Que los pilotos de la Armada van a escribir un libro para relatar cómo arrojaron dos bombas orientadas sobre domicilios particulares en un país amigo? Los de *VARIABLE* no han visto nada. El piloto del caza derribó un par de aviones: ¿a quién se lo va a decir? El del avión radar que lo guiaba no sabe nada, porque siempre interrumpían las comunicaciones antes de entrar en acción. Los de Operaciones Especiales que manejaron la parte terrestre de la misión desde Pensacola, no dirán nada. Sólo quedan un par de prisioneros de los vuelos que interceptamos. Seguramente podremos llegar a un acuerdo con ellos.

-No olvide que hay muchachos nuestros en el monte -dijo Ritter, bajando la voz. Ya sabía todo eso.

-Necesito saber dónde están para sacarlos de allí. Me ocuparé de eso a través de mis propios canales; así que hágame el favor de darme esa información.

-No.

-No le estoy haciendo una petición, sino dándole una orden. Piense que podría ser yo el que lo delatase. Entonces, cualquier intento de involucrarme en esto quedaría como un esfuerzo desesperado por compartir la responsabilidad con otro.

-Pero se perdería la elección.

-Y usted iría a la cárcel. Joder, Fowler se opone a la pena de muerte, incluso para los homicidas múltiples. ¿Qué diría acerca de las bombas arrojadas sobre gente que ni siquiera fue llevada a juicio? Ni que hablar de «esos daños colaterales» a los que usted se refiere con tanto desdén. No hay alternativa, Ritter.

-Clark ha vuelto a Colombia, lo he enviado a atrapar a Cortez. Ésa es la alternativa, que también permite liquidar todo el asunto. -Era el último argumento de Ritter, y su efecto no fue el que esperaba.

Cutter se irguió en el asiento.

-¿Y si habla? No, es demasiado arriesgado. Llame a su perro, se lo ordeno. Déme de una vez la información y triture los papeles.

Ritter no quería hacerlo, pero no le quedaba otra alternativa. Abrió su caja fuerte -el panel que la ocultaba estaba corrido- y sacó los legajos. El de *SHOWBOAT-II* contenía un mapa que indicaba los puntos de exfiltración. Lo entregó a Cutter.

-Quiero que lo haga hoy mismo.

-Así será -suspiró Ritter.

-Bien. -Cutter plegó el mapa, lo guardó en su bolsillo y salió sin decir una palabra más.

Y así termina todo, pensó Ritter. Después de treinta años en el Gobierno, de enviar agentes a todas partes del mundo para hacer lo que su país requería, se encontraba ante la alternativa de obedecer una orden ultrajante o ir a parar al Congreso, el Tribunal y la cárcel. En el mejor de los casos, arrastraría a otros consigo. No valía la pena. Le preocupaba la situación de los muchachos en el monte, pero Cutter había dicho que se ocuparía de ellos. El subdirector a cargo de Operaciones de la Agencia Central de Inteligencia se dijo que podía confiar en la palabra del otro; sin embargo, sabía que no era así, que fingir lo contrario era pura cobardía.

Tomó los legajos de los estantes metálicos y los llevó a su escritorio. Junto a la pared tenía una trituradora de papel, importante herramienta de la política contemporánea. Ésas eran las únicas copias de los documentos. Los técnicos de comunicaciones en el monte panameño trituraban cada papel una vez habían enviado el mensaje a la oficina de Ritter. *CAPER* pasaba por la Agencia Nacional de Seguridad, pero allí no había comunicaciones de ejercicio, y esos legajos se perderían en el cúmulo de datos de ese sótano, en Fort Meade.

Era una máquina grande, con bandeja de autoalimentación. La destrucción de documentos del Gobierno era un hecho de rutina. Las copias no representaban una seguridad, sino un peligro. A nadie llamaría la atención el hecho de que la bolsa de plástico, vacía hasta entonces, se llenara de fideos de papel, últimos restos de importantes documentos de espionaje. La CIA quemaba toneladas de papel, que luego utilizaba, en parte, para calentar el agua de los baños. Ritter hizo pilas de papel de un centímetro de altura y las puso en la bandeja una por una. En cuestión de minutos, la historia de sus operaciones se había convertido en polvo.

-Allá va -dijo el agente subalterno-. Hacia el Sur.

O'Day pasó a recogerlo tres minutos después. El relevo seguía a Cutter, y cuando O'Day lo alcanzó, era evidente que volvía a Fort Meyer, el sector VIP de Sherman Road, cerca del club militar. Cutter vivía en una casa de ladrillo rojo; desde la galería, cercada con tejido de alambre, se veía el Cementerio Nacional de Arlington, el último reposo de los héroes. El inspector O'Day había combatido en Vietnam: por lo poco que sabía del hombre y del caso, le parecía una blasfemia que viviera allí. El agente del FBI se dijo que no debía precipitarse a sacar conclusiones que pudieran ser equivocadas, pero su instinto le decía que tenía razón. Mientras tanto, el hombre al que vigilaba salió del coche y penetró en la casa.

Uno de los beneficios de aquellos que formaban parte del entorno presidencial era obtener la mejor seguridad personal cuando la solicitaban, y un excelente servicio técnico de seguridad, que se brindaba como cuestión de rutina. El Servicio Secreto y otras Agencias se aseguraban de que nadie tuviera acceso a sus comunicaciones telefónicas. El FBI no podía intervenir sus líneas sin el permiso del Servicio Secreto y una orden judicial; pero él no había hecho nada de eso. Cutter marcó un número de la central WATS -con código 800, libre de impuestos-, y dijo unas cuantas palabras. A cualquiera que grabara la conversación, le hubiera resultado difícil descifrarla, lo mismo que al propio destinatario. Cada palabra pronunciada era la primera de determinada página de cierto diccionario, y cada una de ellas tenía tres dígitos. Era un viejo diccionario en rústica que le habían entregado en Panamá, lo destruiría de inmediato. El código era sencillo y eficaz: los números de las páginas indicaban las coordenadas correspondientes a ciertos puntos en un mapa de Colombia. El hombre que había al otro lado de la línea repitió las palabras y cortó. Aunque la llamada era de larga distancia, no aparecería en la cuenta de Cutter. Cerraría esa cuenta al día siguiente. Finalmente, sacó el diskette de computadora de su bolsillo, tomó un imán que usaba para sujetar mensajes familiares al frigorífico, y destruyó los datos contenidos en el disco magnético. Ese diskette

era la última prueba documental de la existencia de los soldados de la Operación *SHOWBOAT.* Era el único medio que permitía restablecer la comunicación vía satélite con ellos. Lo arrojó al cubo de la basura. *SHOWBOAT* nunca había existido.

Eso se dijo el vicealmirante James A. Cutter, de la Armada de los Estados Unidos. Se sirvió una copa y salió a la galería para contemplar las interminables hileras de lápidas sobre la verde alfombra. Más de una vez se había acercado a la tumba del Soldado Desconocido, para observar a la Guardia Presidencial en su rutina maquinal de homenaje a quienes habían servido a su país hasta las últimas consecuencias. Pensó que ahora habría más soldados desconocidos, caídos en un campo de batalla anónimo. El primer soldado desconocido había caído en Francia, durante la Primera Guerra Mundial. Supo por qué combatía... o creía saberlo, se autocorrigió Cutter. La mayoría de ellos no llegaban a comprender en realidad de qué se trataba. No siempre se les decía la verdad, pero su país los convocaba y ellos acudían a cumplir con su deber. Para comprender de qué se trataba, y cómo eran las reglas del juego, se requería una visión en perspectiva. Pero eso rara vez -¿nunca?- armonizaba con lo que se les decía. Recordó su propio servicio en la costa de Vietnam, un joven oficial en un destructor: había visto los obuses cayendo sobre la playa y se había preguntado cómo era la vida del soldado, arrastrándose en el fango. Ellos servían a su país sin saber que éste no era consciente de la clase de servicios que quería o necesitaba. Un Ejército era un conjunto de jóvenes que realizaban sus tareas sin comprender que brindaban sus vidas y, en algunos casos -como éste-, hasta la muerte.

-Pobres diablos -suspiró. Era una pena, ¿verdad? Pero no había nada que hacer.

El radioenlace había dejado de funcionar, para sorpresa de todos. El sargento de Comunicaciones dijo que el transmisor funcionaba bien, pero que a las seis, hora local, no obtenía respuesta de *VARIABLE.* El capitán Ramírez frunció el entrecejo al escucharlo, mas decidió seguir adelante hasta el punto de exfiltración. El breve encuentro de Chávez con el violador frustrado no había tenido consecuencias, y el joven sargento inició la marcha convencido de que era la última vez que lo hacía. Las fuerzas enemigas habían barrido ya el terreno, a su torpe e ineficaz manera, y no volverían. La noche transcurrió sin incidentes. Avanzaban durante una hora, se reunían en un punto determinado, y luego retrocedían un tramo para verificar si los seguían, pero sin novedad. A las cuatro de la madrugada llegaron al punto de exfiltración, un claro cerca de una cima de tres mil metros, un poco más baja que los cerros circundantes, y donde se podía realizar un aterrizaje clandestino. El helicóptero hubiera podido recogerlos en cualquier otro lugar, pero el sigilo seguía siendo la consideración prioritaria. Se irían de allí y nadie se enteraría. Lamentaban las muertes, pero nadie sabía a qué habían ido, y, a pesar de las bajas, habían cumplido su misión. El capitán Ramírez lo había dicho.

Apostó a los hombres en un perímetro amplio desde donde se vigilaran todos los accesos y les diera margen para retroceder hacia posiciones defensivas en caso de que sucediera algo inesperado y peligroso. Cumplida esta tarea, instaló su radio y trató de comunicarse con *VARIABLE,* que, una vez más, se negó a responder. No sabía cuál era el problema, pero hasta entonces no habían tenido la menor dificultad, y no había oficial de Infantería que no hubiera sufrido las consecuencias de un fallo en las comunicaciones. No estaba muy preocupado. Todavía, no.

El mensaje sorprendió a Clark. Lo recibió cuando planificaba el vuelo a Colombia con Larson. El breve mensaje cifrado bastó para enfurecerle; sabía que su propio carácter, tan fuerte y difícil de controlar, era su enemigo más peligroso. Quería llamar a Langley, pero resolvió no hacerlo por temor a que le repitieran la orden en una forma tal que él no pudiera

Librodot

desconocerla. En cuanto consiguió calmarse, su cerebro volvió a funcionar. Ese era el peligro de su temperamento, reconoció para sí, que le impedía pensar. Esto era justamente lo más necesario. Llegó a la conclusión de que la situación requería un poco de iniciativa de su parte.

-Vamos a dar un pequeño paseo, Larson.

Con su identidad de «coronel Williams», obtuvo un coche de la Fuerza Aérea. Luego consiguió un mapa y se exprimió el cerebro para recordar el camino hasta la cima de la colina... Tardó una hora, los últimos doscientos metros fueron una pesadilla de curvas y pozos. El camión seguía allí, con su único centinela, que no se mostró feliz al verlos.

-Quédese tranquilo, soldado. Ya he estado antes aquí.

-Ah, sí, señor. Pero tengo orden... señor...

-No discuta conmigo -lo interrumpió Clark-. Conozco sus órdenes. ¿A qué diablos cree que he venido? Ahora, sea un buen chico, y ponga el seguro en el arma si no quiere herirse a sí mismo.

Clark pasó de largo, para asombro de Larson, al que las armas cargadas todavía amedrentaban.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó Clark tan pronto como estuvo dentro. Echó un vistazo a su alrededor. Todos los aparatos están desconectados. El único sonido que había era el producido por los aparatos del aire acondicionado.

-Nos desconectaron -dijo el técnico jefe.

-¿Quién?

-Vea, no puedo decirle nada más. Tengo órdenes de hacer la desconexión. Si quiere saber algo más, pregunte a Mr. Ritter.

Clark se acercó.

-Está muy lejos.

-Me lo ordenaron.

-¿Qué le ordenaron?

-¡Que desconectara la transmisión, joder! No enviamos ni recibimos nada desde ayer al mediodía -dijo el hombre.

-¿Quién dio esa orden?

-¡No puedo decírselo!

-¿Quién se comunica con los soldados?

-No lo sé. Lo hace otro. Él dijo que nuestra seguridad había sido violada, que otros se iban a encargar de las comunicaciones.

-¿Quién? Le aconsejo que conteste -dijo Clark con pavorosa serenidad.

-No puedo.

-¿Puede comunicarse con los pelotones en el monte?

-No.

-¿Por qué?

-Las radios vía satélite están cifradas. El algoritmo está grabado en un diskette. Bajamos las tres copias de las claves de la cifra, borramos dos de ellas. Él nos miró hacerlo y después se guardó el tercer diskette.

Librodot

-¿Cómo se restablece la comunicación?

-Es imposible. Se trata de un algoritmo único, basado en las transmisiones horarias de los satélites «NAVSTAR». Seguro como el mismo diablo, y casi imposible de copiar.

-O sea, que esos muchachos están incomunicados.

-Bueno, yo no diría eso. Él tiene el tercer diskette para que alguien se ocupe...

-¿De veras lo cree? -preguntó Clark. La falta de respuesta fue por demás elocuente. Cuando el agente habló de nuevo, lo hizo en un tono que no admitía réplica-: Acaba de decir que el enlace es imposible de interferir, pero cuando un hombre, al que usted no conoce, le asegura que la seguridad está violada, usted lo cree. Hay treinta muchachos en el monte, y me da la impresión de que han sido abandonados. Por última vez, ¿quién dio la orden?

-Cutter.

-¿Estuvo *aquí*?

-Ayer.

-¡Mierda! -Clark miró a su alrededor. El otro oficial rehuyó su mirada. Ambos hombres habían especulado sobre las posibilidades, y arribado a la misma conclusión.

-¿Quién armó esta instalación?

-Yo.

-¿Las radios de los soldados?

-Modelos comerciales, con ligeras modificaciones. Diez canales de frecuencia.

-¿Usted tiene esas frecuencias?

-Bien, sí, pero...

-Démelas de inmediato.

El hombre pensó que no podía hacer algo así; pero decidió todo lo contrario. Después podría alegar que Clark lo había amenazado, y no era el momento de iniciar una pequeña guerra en el camión. Ésa era una posibilidad muy concreta. Sentía mucho miedo de Mr. Clark. Sacó la hoja de un cajón. A Cutter no se le había ocurrido destruirla; pero, además, él conservaba todos los canales en la mente.

-Si cualquiera le pregunta...

-Usted nunca ha estado aquí, señor.

-Muy bien. -Clark salió a la oscuridad-. Volvamos a la base aérea -dijo a Larson-. Necesitamos un helicóptero.

Cuando Cortez volvió a Anserma, nadie había advertido su ausencia de siete horas. Había montado un dispositivo telefónico para que pudieran localizarlo y ahora, después de unas horas de sueño y un baño, se sentó a esperar que lo llamaran. Se felicitaba por haber montado una red de comunicaciones en Estados Unidos desde el comienzo de su trabajo con el Cártel, y también, aunque no tanto, por su trabajo con Cutter. Era una jugada imposible de perder, facilitada por la propia estupidez del estadounidense. Era similar a la de Carter y los *marielitos,* aunque el ex Presidente actuaba movido por fines humanitarios, no políticos. Ahora era cuestión de esperar. La parte divertida del asunto era el código que había empleado, distinto a lo habitual. Los códigos basados en libros transmitían números para identificar palabras, pero éste usaba palabras para indicar números. Cortez tenía los mapas norteamericanos -eran de venta libre en el departamento cartográfico de la Secretaría de

Defensa- y los había empleado para perseguir a los «Boinas Verdes». El sistema del libro era un método seguro para transmitir información, y ahora aún más que nunca.

La espera lo impacientaba como a cualquiera, pero hacía planes para pasar el tiempo. Había previsto las dos jugadas siguientes, nada más. Ahora debía pensar un poco más allá. El Cártel había descuidado los mercados europeo y japonés. En las dos áreas había moneda fuerte en abundancia, y aunque sería difícil penetrar en Japón -donde existían graves restricciones a la importación legal-, en Europa resultaría más fácil. Ahora que la Comunidad Económica Europea avanzaba hacia la integración del Continente en una sola entidad política, las barreras comerciales empezarían a caer y se crearía la gran oportunidad. Sólo era cuestión de hallar los puertos de entrada donde la seguridad fuera ineficaz o «negociable» y montar una red de distribución. No se podía permitir que la reducción de las exportaciones a Estados Unidos disminuyera los ingresos del Cártel. Europa era un mercado casi virgen, y hacia allí se ampliarían los horizontes del Cártel. En Estados unidos, la reducción de la oferta elevaría el precio, por eso pensaba que su promesa a Cutter -que de ninguna manera respetaría por mucho tiempo- tendría consecuencias leves, aunque positivas, para los ingresos del Cártel. Además, la reducción de la oferta serviría para poner orden en las anárquicas redes de distribución. Sobrevivirían las más fuertes y eficaces, que se consolidarían y realizarían sus negocios de manera menos caótica. A los yanquis no les preocupaba tanto la drogadicción en sí como el hecho de que provocaba crímenes violentos. Si la violencia disminuía, la drogadicción perdería su lugar prioritario en la lista de los problemas sociales norteamericanos. Eso sería ventajoso para el Cártel, cuyo poder y riquezas seguirían aumentando mientras existiera demanda de su producto.

Al mismo tiempo, la subversión del Estado colombiano proseguiría en forma más sutil que hasta entonces. Cortez también había sido entrenado en esa disciplina. Los señores del narcotráfico recurrían a la fuerza bruta, al soborno combinado con amenazas de muerte. Había que terminar con eso. El hambre de cocaína en los países desarrollados era un fenómeno transitorio. Tarde o temprano esa moda terminaría y la demanda disminuiría. Eso era algo que los señores de la droga no veían. Para cuando el momento llegara, era necesario que el Cártel hubiera consolidado su base política y diversificado sus actividades económicas a fin de sobrevivir a la disminución de su poder. Eso le exigía una mejor adaptación a su país de origen, y Cortez sabía cómo lograrlo. El primer paso consistía en eliminar a los jefes más agresivos. La Historia enseñaba que se podía lograr un *modus vivendi* casi con cualquiera, y Cortez acababa de verificarlo.

El teléfono sonó. Él contestó a la llamada, anotó las palabras que le dictaron, y colgó. Entonces fue a buscar el diccionario, Y, durante unos minutos, estuvo haciendo marcas en su mapa táctico. Los «Boinas Verdes» no eran tontos. Se habían instalado en lugares de difícil acceso; atacarlos y destruirlos sería una acción costosa. Era una lástima, pero todo tenía un precio. Llamó a sus ayudantes y les encomendó una serie de mensajes. En menos de una hora, los cazadores empezaron a bajar de las montañas a recibir nuevas órdenes. Decidió atacar un pelotón cada vez. De esa manera tendría fuerzas suficientes para arrollar a cada destacamento, y, a la vez, sufriría las bajas necesarias para pedir refuerzos, debilitando aún más las guardias pretorianas del Cártel. Por desgracia, no podía subir al monte con los hombres. El espectáculo hubiera sido divertido.

Ryan no había dormido bien. No encontraba nada de malo en conspirar contra un enemigo externo. En última instancia, su labor en la CIA consistía en lograr ventajas para su país, a veces con perjuicios para otros. Ése era su trabajo, como funcionario de su Gobierno. Pero ahora formaba parte de una conspiración que, en cierto sentido, era contra su Gobierno. Eso le provocaba insomnio.

Librodot

Sentado en su biblioteca, leía a la luz de la lámpara del escritorio. Tenía dos teléfonos, uno de seguridad, el otro, no. Este último sonó.

-¿Sí?

-Soy John -dijo la voz.

-¿Cuál es el problema?

-Alguien ha cortado el enlace con los soldados y los ha dejado sin apoyo.

-Pero ¿por qué?

-Tal vez alguien quiere que desaparezcan.

Ryan sintió un escalofrío a lo largo de su espalda.

-¿Dónde estás?

-En Panamá. Cortaron las comunicaciones y enviaron el helicóptero de vuelta a la base. Hay treinta muchachos en una colina, a la espera de una ayuda que no van a recibir.

-Dame un teléfono donde localizarte. -Clark lo hizo-. Bien, te llamaré en un par de horas.

-No perdamos el tiempo. -Se cortó la comunicación.

-¡Jesús! -Por un instante contempló las sombras de la biblioteca. Avisó a su despacho que iría en su coche particular. Luego telefoneó a Dan Murray.

Sesenta minutos más tarde, Ryan pasaba bajo el arco de la entrada del FBI, donde Murray lo esperaba. Subieron al despacho, Shaw se les unió y les sirvieron café.

-Nuestro agente de campo me llamó. Cancelaron *VARIABLE, y* el helicóptero volvió a su base. Él cree que los van a... joder, cree que...

-Sí, lo sé -dijo Shaw-. Aquí sí que tenemos una violación de la ley. Homicidio agravado con conspiración. Claro que no va a ser fácil de demostrar, creo.

-Dejemos la ley, ¿qué hay de los soldados?

-Sí, la cuestión es sacarlos de ahí -dijo Murray-. Podemos pedir... no, no podemos meter a los colombianos en este asunto.

-¿Cómo crees que reaccionarían ante la invasión de un ejército extranjero? -observó Shaw-. Igual que nosotros haríamos, ¿no?

-¿Si forzamos a Cutter? -preguntó Jack.

-¿Enfrentándole con qué? -replicó Shaw-. ¿Qué tenemos para eso? Oh, claro, podemos hablar con los técnicos del radioenlace y con la tripulación del helicóptero, pero al principio se van a negar a hablar, y después, ¿qué? Cuando tengamos todas las pruebas reunidas, los soldados estarán muertos.

-Y aunque podamos sacarlos de allí, ¿qué pruebas tendremos? -dijo Murray-. Todos corren a salvar el pellejo, se trituran los papeles.

-Caballeros, ¿me permiten una sugerencia? ¿Por qué no olvidamos los tribunales, al menos de momento, y tratamos de concentrarnos en sacar a esos muchachos del país de los indios?

-Sí, debemos hacerlo, pero...

-¿Crees que te irá mejor en el Tribunal si tienes treinta o cuarenta víctimas más? ¿Cuál es nuestro objetivo?

-Ése ha sido un golpe bajo, Jack --dijo Murray.

-¿Qué pruebas tienes? Si el Presidente autorizó la operación y usó a Cutter como intermediario, si no hay órdenes escritas... La CIA cumplió órdenes verbales, todas ellas legales, salvo que debo mentirle al Congreso si es que preguntan, *y no lo han hecho.* Además, la ley dice que podemos iniciar una acción clandestina, de cualquier naturaleza, sin decir nada a nadie, y recuerden que la orden para hacer una operación clandestina tiene que venir del Ejecutivo. Después, sí hemos de informar. Por lo tanto, una muerte autorizada por el tipo que firma la orden ejecutiva se convierte en homicidio *retroactivo si no* sucede algo extraño al hecho en sí. ¿Quién es el idiota que redactó esas leyes? ¿Hay alguna jurisprudencia?

-Has olvidado mencionar un factor -dijo Murray.

-Claro: Cutter dirá que no es una operación clandestina sino de contraterrorismo paramilitar, por lo tanto, no cae en el ámbito de la ley sobre supervisión de espionaje. Aquí entra en vigor la resolución sobre poderes presidenciales en tiempo de guerra, que también incluye el factor tiempo. Insisto: ¿no hay jurisprudencia sobre estas cuestiones?

-La verdad es que no -respondió Shaw-. Se ha hablado mucho del tema, pero nadie ha ido al meollo de la cuestión. Lo de los poderes en tiempo de guerra es un problema constitucional que nadie ha querido dirimir delante de un juez. Todos tienen miedo a hacerlo. No entiendo a dónde quiere ir a parar, Ryan.

-Tengo que proteger a la Agencia. Si esto sale a la luz, la CIA vuelve a ser lo que era en los años setenta. Por ejemplo, ¿qué pasaría si dejáramos de darle al FBI la información que necesita para sus operaciones de contraterrorismo? -Jack advirtió que era un argumento de peso. La CIA, el socio mudo en la guerra contra el terrorismo, suministraba información al FBI, como Shaw sabía muy bien-. Ahora, por lo que hemos hablado en los últimos días, ¿de qué puede ser acusado?

-Si al quitar el apoyo a *SHOWBOAT,* Cutter ha permitido que Cortez mate a los soldados, entonces se ha violado una ley del distrito federal sobre la conspiración para cometer homicidio. A falta de una ley federal, a un crimen cometido en un predio federal, se le puede aplicar la ley municipal, que tiene jurisdicción sobre esta ciudad y sobre todas las propiedades federales. Así investigamos los casos de los años setenta.

-¿Qué casos? -preguntó Jack a Shaw.

-Fue una derivación de las investigaciones realizadas por la comisión Church, sobre los complots de la CIA para asesinar a Castro y a otros sujetos. No se llegó a juicio. Hubiéramos aplicado la ley sobre conspiración, pero el problema constitucional estaba tan enredado, que la investigación murió de causas naturales, para gran alivio de todos.

-Y aquí ocurre lo mismo, ¿no? Excepto que mientras nosotros hablamos de...

-Sí, claro -lo interrumpió el director en funciones-. La prioridad número uno es sacarlos de allí. ¿Podemos hacerlo de una forma clandestina?

-Todavía no lo sé.

-Para empezar, tenemos que comunicarnos con tu agente -sugirió Murray.

-Él no quiere...

-Le prometo inmunidad, o lo que él quiera -dijo Shaw rápidamente-. Le doy mi palabra. La verdad es que hasta ahora no ha violado ninguna ley, según el caso Martínez-Barker, pero tiene mi palabra, Ryan: no deberá preocuparse.

-De acuerdo. -Jack sacó un papel del bolsillo de su camisa. El número que Clark le había dado no era el verdadero, por supuesto, pero, gracias a la suma y resta preconcertada de los dígitos, la llamada llegó a destino.

Librodot

-Soy Ryan. Te llamo desde el cuartel general del FBI. Espera y escucha. -Entregó el auricular.

-Soy Bill Shaw, director interino. Primero, le acabo de decir a Ryan que usted está limpio. Le doy mi palabra de que no le acusaremos de nada. ¿Confiará en lo que le digo? Bien. -Shaw sonrió, sorprendido-. Esta línea es segura, doy por sentado que allí también lo es. Necesito saber qué cree usted que ocurre y qué podemos hacer. Sabemos lo de los muchachos, estamos estudiando la manera de sacarlos. Por lo que Jack dice, usted tiene algunas ideas sobre la mejor manera de hacerlo. Déjenos oírlas. -Shaw apretó un botón de su teléfono para que todos pudieran escuchar y tomar nota.

-¿Cuánto tardaremos en instalar los transmisores? -preguntó Jack después de escuchar el plan de Clark.

-Los técnicos llegan a las siete y media, así que digamos que terminarán alrededor del mediodía. ¿Y el transporte?

-Yo me ocupo -dijo Jack-. Puede ser en secreto, si usted lo quiere así. Eso significa que necesitamos a alguien más; pero ese alguien es de confianza.

-¿No hay forma de que hablemos con los muchachos? -preguntó Shaw a Clark, cuyo nombre él no conocía aún.

-Negativo -respondió la voz-. ¿Están seguros de que podrán conseguirlo?

-Seguros, no; pero haremos lo imposible -respondió Shaw.

-Nos veremos esta noche. -Se interrumpió la comunicación.

-Bien, ahora sólo resta robar un par de aviones -dijo Murray, pensando en voz alta-. Tal vez un barco también. Cuanto más secreto, mejor, ¿eh?

-¿Cómo? -preguntó Ryan, atónito.

Murray se lo explicó.

El almirante Cutter salió de su casa a las 6:15 para iniciar su carrera matinal. Bajó la ladera hacia el río y tomó el camino junto a la avenida George Washington. El inspector O'Day lo seguía. Había dejado de fumar, y no tuvo problemas para mantener el ritmo de carrera. No hubo incidentes: ni un mensaje recibido o entregado, era sólo un señor cincuentón que trotaba para conservar su estado físico. O'Day fue a mudarse de ropa para seguirlo al trabajo, y se preguntó si habría alguna novedad.

Jack llegó a su despacho a la hora habitual, sin poder ocultar su cansancio. La reunión en el despacho del juez Moore comenzó a las 8:30, con la presencia de todos los jefes de departamento, aunque daba igual. El director y el SDO escuchaban en silencio, casi sin tomar notas.

Eran... bien, amigos, no, pensó Ryan. El almirante Greer había sido su amigo y maestro. Pero el juez Moore era un buen jefe, y en cuanto a Ritter, aunque no habían hecho buenas migas, jamás había sido injusto con él. Tenía que darles la última oportunidad. Al finalizar la conferencia, Jack recogió sus papeles muy lentamente mientras los demás salían. Moore y Ritter captaron la señal.

-¿Quiere decir algo, Jack?

-Me parece que no soy el hombre indicado para el puesto de director.

-¿Por qué dice eso? -preguntó Moore.

-Porque suceden cosas que ustedes no quieren comentar conmigo. Si no confían en mí, el puesto no debo cubrirlo yo.

-Órdenes -dijo Ritter, sin poder ocultar su descontento.

-Entonces, mírenme a los ojos y díganme todo lo que es legal. Supongo que debo saberlo, que *tengo* el derecho de saberlo.

Ritter miró al juez Moore.

-Me gustaría decírselo todo, doctor Ryan -dijo el director de la CIA. Trató de levantar la vista, vaciló, la clavó en un punto en la pared-. Yo obedezco órdenes, como todos.

-Está bien. Me corresponde un permiso. Quiero aprovecharlo para pensar. Mi trabajo está al día. Me voy dentro de una hora, y volveré en un par de días.

-Mañana es el entierro, Jack.

-No faltaré, juez -mintió Ryan, y abandonó el despacho.

-Lo sabe todo -dijo Moore cuando se cerró la puerta.

-Es imposible.

-Lo sabe, y no quiere estar aquí.

-Y si usted tiene razón, ¿qué hacemos?

El director de la CIA alzó la vista, esta vez con firmeza.

-Nada. Eso es lo mejor que podemos hacer ahora.

Era evidente. Cutter había sido muy eficaz, más de lo que sabía. Al destruir los códigos de radio necesarios para comunicarse con los pelotones *Cuchillo, Bandera, Cuadro y Profecía,* había despojado a la CIA del poder de afectar el rumbo de los acontecimientos. Ni Ritter ni Moore creían que el asesor de Seguridad Nacional salvara a los soldados, pero no podían hacer nada sin perjudicarse a sí mismos, a la CIA, al Presidente... e incluso al país. Si Ryan quería conservar su distancia ahora que todo caía a pedazos... bien, pensó Moore, tal vez había intuido algo. El director no podía reprocharle que quisiera permanecer al margen.

Claro que faltaban algunas cosas por hacer. Ryan salió del edificio poco después de las once. Desde el teléfono instalado en su «Jaguar» llamó al Pentágono.

-Póngame con el capitán Jackson, por favor -pidió cuando respondieron a su llamada-. De parte de Jack Ryan.

Robby se puso al aparato pocos minutos después.

-¡Hola, Jack!

-¿Almorzamos juntos?

-Encantado. ¿Vienes o voy?

-¿Conoces «Artie's Deli»?

-Sí, en la calle K, cerca del río.

-Te espero allí en media hora.

-De acuerdo.

Robby vio a su amigo en una mesa del rincón y se dirigió hacia allí. Había un cubierto puesto para él; otro hombre se hallaba sentado a la mesa con Jack.

Librodot

-Te esperaba como a agua de mayo -dijo Jack, para, después, presentarle al otro hombre-: Robby, éste es Dan Murray.

-¿Del FBI? -preguntó, al estrecharle la mano.

-Así es, capitán. Soy uno de los subdirectores adjuntos.

-¿Y qué hace?

-Se supone que pertenezco al Departamento de Investigación Criminal, pero últimamente he estado atado a dos casos muy importantes. Adivine cuáles son.

-Ajá -dijo Robby al morder su sandwich.

-Necesitamos tu ayuda, Rob.

-¿Qué quieres que haga?

-Que nos lleves a un lugar sin que nadie se entere.

-¿Qué lugar?

-Hurlburt Field, en la...

-Sí, ya sé, en la base Eglin. Ahí funciona la escuadra de Operaciones Especiales; está cerca de Pensacola. últimamente han usado muchos aviones de la Armada. A mi jefe no le gusta.

-Cuéntele todo a él, pero a nadie más. Es un trabajo de limpieza que necesitamos hacer.

-¿De qué se trata?

-No puedo contarte nada más, Rob. Tiene que ver con lo que me dijiste hace unos días, sólo que la situación es mucho más grave. Tenemos que actuar con toda rapidez, y sin que nadie se entere. Digamos que necesitamos un servicio de taxi aéreo muy discreto.

-Lo haré, pero sólo con la autorización del almirante Painter.

-De acuerdo. ¿Qué hacemos?

-Nos encontraremos a las catorce en el río Patuxent, a la altura del Strike. Me viene bien, tenía ganas de pilotar un poco.

-Pero, antes, acaba de almorzar.

Jackson partió a los cinco minutos. Ryan y Murray fueron a la casa de éste. Jack llamó a su esposa desde allí y le dijo que se ausentaría un par de días, que no se preocupara. Se fueron en el auto de Ryan.

El centro de pruebas de la aviación naval sobre el río Patuxent está a una hora de Washington, en la margen occidental de la bahía de Chesapeake. Había sido una bella hacienda antes de la guerra civil. En la actualidad, es el principal centro de pruebas y evaluación de vuelo de la Armada, con funciones similares a la conocida base Edwards de la Fuerza Aérea, en California. Allí se encuentra la Escuela de Pilotos de la Armada, donde Robby había sido instructor, y las casas de varios directores de pruebas. Una de ellas, situada a tres o cuatro kilómetros de la Escuela, se llama Strike. En Strike se prueban los planes de lucha y ataque en el campo de la sexualidad. La credencial del FBI que Murray exhibió bastó para que les permitieran la entrada en la base; una vez fueron registrados, se dirigieron al hangar de seguridad de Strike, donde se detuvieron a esperar, aturdidos por el tronar de los motores. Veinte minutos más tarde, Robby llegó en su «Corvette» y los hizo pasar al hangar.

-Tienen suerte -dijo-. Tenemos que bajar un par de «Tomcat» a Pensacola. El almirante ha dado la orden, ya están en rutina de prevuelo. Yo, esteee...

Otro oficial entró.

-¿Capitán Jackson? Soy Joe Bramer, señor -se presentó el teniente-. Me han dicho que vamos al Sur, señor.

-Así es, Mr. Bramer. Vamos con estos caballeros. Jack Murphy y Dan Tomlinson, empleados del Gobierno, que necesitan conocer algunas rutinas de vuelo. ¿Puede conseguirles trajes y cascos?

-De inmediato, señor.

-Bien, queríais hacerlo en secreto, ¿no?, pues ya tenéis secreto -rió Jackson, mientras se ponía su traje de vuelo-. ¿Traéis equipaje?

-Equipo de afeitar y un bolso -dijo Murray.

-Podemos llevarlo.

Quince minutos más tarde subieron a los aviones. A Jack le asignaron el de su amigo. Cinco minutos después, rodaban por la pista hasta el extremo de despegue.

-Con cuidado, Rob, por favor -pidió Ryan, mientras aguardaban el permiso para despegar.

-Como un avión de línea comercial -le aseguró Jackson, pero no fue así. Los cazas saltaron de la pista y alcanzaron la altura de crucero al doble de velocidad de un 727. En las alturas, el viaje resultó sereno y sin sobresaltos.

-¿Qué hay, Jack? -preguntó por el intercomunicador.

-Robby, no puedo...

-¿Nunca te he hablado de lo que soy capaz de hacer con este aparato? Jack, muchacho, puedo conseguir que cante. Puedo virar dentro del coño de una virgen.

-Robby, el objeto de todo esto es rescatar a ciertas personas que tal vez están aisladas. Si lo mencionas a alguien, incluso a tu almirante, es posible que nos arruines a todos. Creo que he dicho suficiente.

-Está bien. ¿Y tu coche?

-Lo he dejado aquí.

-Haré que lo guarden.

-Buena idea.

-Veo que ahora vuelas mejor, Jack. Todavía no has gemido.

-¡Oh!, bien. Hoy tengo que volar dos veces, y una de ellas es en este jodido helicóptero. No había vuelto a volar desde lo de Creta. -Le hacía bien hablar, aunque, en verdad, Jack giró la cabeza para mirar por la ventanilla y se quedó atónito al ver que otro «Tomcat» volaba a escasos metros del extremo del ala derecha. Murray agitó la mano-. ¡Robby, por Dios!

-¡Eh!

-¡El otro avión!

-¡Diablos!, le dije que se alejara un poco. Debe de estar a seis metros, por lo menos. Siempre volamos en formación.

-Te felicito. Acabas de conseguir tu gemido.

El vuelo duró poco más de una hora. El golfo de México apareció como una cinta azul en el horizonte, que creció hasta volverse una masa de agua, cuando los dos cazas viraron para aterrizar. La delgada península de Pensacola, apenas visible hacia el Este, desapareció en la bruma. Qué extraño, pensó Ryan, que sintiera menos miedo de volar en un aparato militar que

Librodot

en un avión civil: tal vez se debía a que, en aquél, la visión era más amplia. Los cazas aterrizaron en formación, lo cual le pareció una locura, aunque no hubo incidentes. El otro aparato tomó tierra, seguido por Robby a un par de segundos. Los «Tomcat» rodaron hasta el extremo de la pista, giraron y se detuvieron junto a un par de automóviles. La tripulación de tierra acercó las escaleras.

-Buena suerte, Jack -dijo Robby al alzar la cubierta.

-Gracias por el paseo, muchacho.

Jack salió sin ayuda y bajó. Murray lo hizo segundos después. Tomaron asiento en los coches, mientras los «Tomcat» se preparaban a despegar para completar el vuelo hasta la cercana Estación Aérea Naval de Pensacola.

Murray había llamado antes por teléfono, y el jefe de Inteligencia de la 1.ª Escuadra de Operaciones Especiales salió a su encuentro.

-Queremos hablar con el coronel Johns -dijo Murray, después de identificarse. No fue necesario decir más.

Los llevaron a un edificio bajo, con ventanas ordinarias, pasando junto a unos helicópteros gigantescos, como Ryan nunca había visto. El oficial de Inteligencia los hizo pasar, los presentó -creía que Ryan también era del FBI- y salió.

-¿En qué puedo servirles? -preguntó Johns con cautela.

-Queremos hablar sobre ciertos vuelos suyos a Panamá y Colombia -dijo Murray.

-Lo siento, nosotros no hablamos de lo que hacemos aquí, así, sin más.

-Hace un par de días usted recibió ciertas órdenes del vicealmirante Cutter. Usted se hallaba entonces en Panamá -prosiguió Murray-. Antes, usted había llevado tropas armadas a Colombia. Primero, las llevó a la zona baja costera, después las recogió y las trasladó a la parte montañosa del país. ¿Me equivoco?

-No puedo comentar nada de esto, señor. Las deducciones corren por su cuenta, no por la mía.

-Soy policía, no soy periodista. Le dieron órdenes ilegales. Si las cumple, podrían acusarlo de cómplice de un crimen mayor. -Murray era partidario de poner las cartas sobre la mesa, y, en este caso, consiguió lo que quería. Al escuchar de boca de un alto oficial del FBI que las órdenes recibidas podían ser ilegales, Johns empezó a aflojar.

-Señor, usted me hace una pregunta que no sé cómo responder.

Murray sacó una fotografía de un sobre de papel manila y se la mostró a Johns.

-El hombre que dio esas órdenes es asesor presidencial en materia de seguridad nacional. Antes de reunirse con usted, habló con el hombre de esta foto. Es Félix Cortez, antes coronel del DGI y ahora jefe de seguridad del Cártel de Medellín. Autor intelectual del atentado en Bogotá. Ignoramos a ciencia cierta de qué hablaron, pero le diré lo que sabemos. El radioenlace con los cuatro pelotones se realizaba por medio de un camión de comunicaciones, en la ensenada Gaillard. Cutter fue allí y lo desmanteló. Después vino aquí a verle a usted, le dijo que volviera a su base y que jamás volviera a mencionar esta misión. Ahora, sume esos tres elementos y dígame si le gusta el resultado, sobre todo, si quiere tener algo que ver con eso.

-No lo sé, señor. -La respuesta de Johns fue algo maquinal; pero tenía el rostro enrojecido.

-Coronel, esos pelotones han sufrido bajas. Aparentemente, el objeto de las órdenes que usted recibió es que los maten a todos. Ya los están cazando -dijo Ryan-. Le pedimos su ayuda para sacarlos de allí.

-¿Se puede saber quién es usted de verdad?

-CIA.

-¡Pero si esta maldita operación es de ustedes!

-No lo es, pero dejemos eso por ahora -dijo Jack-. Necesitamos su ayuda. Si no, esos soldados van a morir. Es así de sencillo.

-O sea, que nos envían a recoger *sus* platos rotos. Así son ustedes con la gente; primero nos mandan a...

-La verdad -dijo Murray- es que pensábamos acompañarle, al menos, una parte del trayecto. ¿Cuándo partimos?

-Dígame exactamente qué quiere que haga. -Murray lo hizo. El coronel Johns asintió y miró su reloj-. Una hora y media.

El MH-53J era mucho más grande que el CH-46 que casi había matado a Ryan a los veintitrés años; pero, para él, no menos aterrador. Contempló el motor y recordó que les esperaba una larga travesía sobre el mar. La tripulación era seria y muy profesional. Conectó a los civiles al intercomunicador y les indicó dónde sentarse y qué debían hacer. Ryan escuchó con mucha atención, sobre todo, las instrucciones para abandonar la nave. A Murray le interesaron las ametralladoras, esos aparatos de seis cañones giratorios y los enormes cajones de proyectiles. En esa ocasión llevaban tres. El helicóptero despegó poco después de las cuatro y enfiló hacia el Sudoeste. Una vez en el aire, Murray se hizo sujetar al suelo con una cuerda de seguridad a fin de pasear por la nave. La escotilla trasera, abierta a medias, le permitía contemplar el océano. Ryan no se movió. El vuelo era menos agitado que en los helicópteros de los *marines,* pero la gran hélice de seis paletas sacudía y hacía vibrar el aparato como un candelabro en medio de un terremoto. Alcanzaba a ver a uno de los pilotos en la cabina, tan sereno como si condujera un coche. *Pero esto no es un coche,* pensó Ryan.

La novedad para él fue el reabastecimiento en vuelo. Advirtió que el aparato aceleraba y alzaba la trompa. Miró a través de la ventanilla delantera y vio el ala de un avión. Murray fue a situarse detrás del jefe de tripulación, sargento Zimmer, para observar mejor la operación de reabastecimiento.

-¿Qué ocurriría si se enredara con la manguera? -preguntó Murray al ver descender su extremo cónico.

-No lo sé -dijo el coronel Johns, con serena frialdad-. Nunca me ha ocurrido. Por favor, mantenga silencio, señor.

Ryan miró a su alrededor en busca del «servicio». Vio algo parecido a una letrina de campamento, pero decidió no ir, porque tendría que desabrocharse el cinturón de seguridad. El reabastecimiento se realizó sin ningún inconveniente; Jack estaba seguro de que se debía a la eficacia de sus oraciones.

El *Panache* patrullaba el canal de Yucatán, entre Cuba y la costa mexicana, siguiendo un rumbo en forma de pista de carreras. No había habido incidentes desde que el guardacostas volviera a su puesto, pero la tripulación estaba feliz de haberse hecho a la mar. La gran novedad eran las mujeres que habían pasado a formar parte de la tripulación. Tenían una alférez apenas graduada en la Academia de Connecticut, media docena de marineras rasas y dos suboficialas, especialistas en electrónica, conocedoras del oficio, según admitían con renuencia sus colegas masculinos. El capitán Wegener observaba a la alférez, que cumplía su turno como oficial subalterno de cubierta. Como todos los alféreces, estaba nerviosa y

ansiosa, y también un poco asustada, de ver al capitán en el puente de mando. Además, era muy bonita; a Wegener jamás se le había ocurrido que alguna vez diría eso de un alférez.

-Jefe de cubierta, jefe de cubierta -dijo la voz por *el* parlante en la mampara.

Wegener tomó el teléfono junto a su sillón en el puente.

-Habla el capitán. ¿Qué ocurre?

-¿Puede venir a la sala de radio, señor?

-Allá voy. -Red Wegener se levantó-. Continúe -le dijo a la alférez.

-Señor -dijo la suboficial en la sala de radio-, hemos recibido un mensaje de un helicóptero de la Fuerza Aérea. Dice que tiene que dejar a una persona a bordo. Afirma que es secreto, señor. En la tabla no dice nada y... bueno, señor, no sabía qué hacer, señor. Por eso lo llamé.

-Bueno, veamos. -La mujer le entregó el micrófono. Wegener apretó el botón transmisor-. Aquí *Panache,* habla el capitán. ¿Con quién hablo?

-*Panache,* aquí César. Helicóptero va hacia su posición en Óscar-Esteban. Dejaré a una persona a bordo, cambio.

Óscar-Esteban significaba operación especial. Wegener lo pensó un instante. Luego, decidió que no había mucho que pensar.

-Entendido, César, déme su TEA.

-TEA uno cero minutos.

-Entendido, uno cero minutos. Esperamos. Fuera. -Wegener devolvió el micrófono al puente-. Puesto de servicio -dijo a la oficial de cubierta-. Miss Walters, llévenos al «Hotel Corpin».

-Entendido, señor.

La rutina se cumplió con rapidez y eficiencia. El contramaestre de guardia tomó el MC-1:

-Puestos de servicio, puestos de servicio, todos a sus puestos para recibir avión. Prohibido fumar.

Los cigarrillos volaron al agua y los marineros se quitaron las gorras para evitar que una turbina las aspirara. La alférez Walters verificó la dirección del viento y modificó su posición. Al mismo tiempo, aceleró a quince nudos para poner la nave en posición «Hotel Corpin» para una operación de vuelo. *Y sin que nadie me dé instrucciones,* dijo para sus adentros. Wegener se volvió de espaldas y sonrió. Era uno de los primeros pasos en la carrera de un oficial. Ella sabía qué hacer, y lo hacía sin ayuda. Para el capitán, era como observar los primeros pasos de un hijo. Tenía inteligencia, y deseaba hacer las cosas bien.

-Joder, es de los grandes -dijo Riley desde el ala del puente.

Wegener salió a mirar.

Era un MH-53 de la Fuerza Aérea, mucho más grande que cualquier aparato de los guardacostas. El piloto maniobró y el aparato se acercó desde la popa, girando para ponerse de costado. Un hombre sujeto al cable de rescate fue recibido por los brazos de cuatro tripulantes. Apenas se quitó las correas, el helicóptero bajó la trompa y viró hacia el Sur. Rápido y seguro, pensó Red.

-No sabía que tendríamos compañía, señor -dijo Riley, mientras sacaba un cigarrillo.

-¡Todavía estamos en puestos de servicios, suboficial! -exclamó la alférez Walters desde el timón.

-Ah, sí, señora, perdone, pero lo había olvidado -dijo el contramaestre, y miró a Wegener con una sonrisa cómplice. Una prueba más. No le intimidaba un suboficial principal que podía ser su padre.

-Ordene abandonar los puestos -dijo el capitán, y se volvió a Riley-. Yo tampoco lo sabía. Voy a ver quién es. -Al alejarse, escuchó a la alférez Walters dar órdenes bajo la atenta mirada de un teniente y un par de suboficiales.

Cuando llegó a cubierta vio que el visitante se quitaba el traje verde de vuelo. Aparentemente no llevaba paquete alguno, lo cual le pareció extraño. Y más aún cuando el hombre se volvió para mirarlo de frente.

-¿Qué tal, capitán? -dijo Murray.

-¿Qué ocurre?

-¿Podemos hablar a solas?

-Venga. -Se encerraron en el camarote de Wegener-. Me parece que le debo un par de favores. Pudo haberme fregado bien a causa de aquello que hicimos. Gracias también por lo del abogado. Me asustó bastante, pero después me enteré de que esos dos hijos de puta habían muerto ya -dijo el capitán-. Ahora, si no me equivoco, quiere que le devuelva el favor.

-Así es.

-Bueno, cuénteme qué ocurre. Esos helicópteros de Operaciones Especiales no están para hacer favores personales a nadie.

-Quiero que mañana a la noche esté en determinado lugar.

-¿Dónde?

Murray sacó un sobre del bolsillo.

-Estas son las coordenadas, y aquí tengo el plan de radio. -Agregó un par de detalles.

-¿Lo ha planeado usted?

-Sí. ¿Por qué?

-No se le ha ocurrido verificar el estado del tiempo.

Librodot

XXVII. LA BATALLA DE MONTE NINJA

Cualquier ejército tiene sus costumbres. Para los legos, algunas pueden parecer extrañas, incluso idiotas, pero detrás de cada una hay un propósito, aprendido a lo largo de los cuatro milenios en que los hombres han combatido de manera organizada. Casi todas las lecciones son negativas. Cuando los hombres mueren en vano, los ejércitos aprenden del error y toman precauciones para no repetirlo. Desde luego que los errores se repiten en la profesión militar con tanta frecuencia como en cualquier otra; pero, en todas, los mejores profesionales son los que nunca olvidan los principios. El capitán Ramírez era uno de ellos. Había aprendido que era demasiado sentimental; que la pérdida de vidas, que formaba parte del modo de vida elegido por él, era un peso muy difícil de sobrellevar, pero también recordaba las otras lecciones, sobre todo una de ellas, ratificada por una revelación reciente y desagradable. Esperaba que el helicóptero de la Fuerza Aérea pasara a buscarlo esa misma noche y tenía una razonable certeza de haber perdido a los hombres que buscaban a su pelotón, pero recordaba las lecciones del pasado, los soldados que habían muerto por imprevisores, por descuidados, por olvidar los principios.

Y el que debía aplicar en esa ocasión era que una unidad asentada en un lugar fijo se hace vulnerable; para disminuir esa vulnerabilidad, el buen jefe siempre preparaba un plan defensivo. Ramírez lo recordaba; por otra parte, tenía buen ojo para elegir el terreno. Aunque estaba convencido de que nadie los molestaría esa noche, se había preparado para esa eventualidad.

Había tomado sus precauciones sobre la base de que sería atacado por una fuerza grande, mas relativamente falta de entrenamiento, y teniendo en cuenta su doble ventaja: los soldados disponían de radios para comunicarse entre ellos, y de tres armas con silenciador. Tenía la esperanza de no recibir visitas, pero, si las había, ellos les darían un par de sorpresas desagradables.

Los hombres estaban distribuidos en parejas de apoyo mutuo, porque no hay nada más aterrador que estar solo en medio del combate, y la mera presencia de un camarada aumenta enormemente la eficiencia del soldado. Cada pareja había cavado tres hoyos, llamados «Principal», «Alterno» y «Complementario», como parte de tres dispositivos de defensa; todos los soldados estaban bien disimulados, y situados de manera tal que pudieran prestarse apoyo recíproco. Donde era posible, habían limpiado el terreno para tener buenas líneas de fuego, pero siempre en sentido oblicuo, no frontal: de esa manera, obligaban al atacante a desplazarse en la dirección anticipada por cada pareja. Por último, si eran arrollados, contaban con tres vías de escape y sus correspondientes lugares de reunión. Así mantuvo ocupados a sus hombres durante todo el día, cavando hoyos, preparando posiciones, colocando minas terrestres, a fin de que usaran los momentos de descanso para dormir, no para conversar. Pero él no podía estar tan ocupado, ni tampoco dejar de pensar.

La situación empeoraba por momentos. La comunicación por radio estaba interrumpida, y cada vez que Ramírez trataba de establecer contacto a la hora prevista y no lo conseguía, las razones se volvían más débiles. Ya no podía atribuirlo a un fallo del equipo o a un corte de energía en la recepción. Durante toda la tarde se dijo que era imposible que estuvieran aislados; más aún, descartaba esa idea de plano. Pero una voz interior insistía en que él y sus hombres estaban abandonados, lejos del país, frente a una amenaza potencial a la que sólo podían oponer lo que cargaban sobre sus espaldas.

El helicóptero volvió a la base de la que había partido dos días antes y se introdujo en el hangar, cuya puerta se cerró al instante. El MC-130 que los había acompañado quedó encerrado en otro. Agotado por el vuelo, Ryan bajó a tierra con las piernas temblorosas; Clark

lo esperaba. La única novedad realmente positiva era que Cutter no había tomado la precaución elemental de hablar con el jefe de la base: jamás se le había pasado por la imaginación que alguien pudiera desobedecer sus órdenes. Por consiguiente, la reaparición de los misteriosos aparatos quedó registrada como un hecho más entre tantos, y un helicóptero verde -en la penumbra parecía negro- era igual a cualquier otro.

Jack volvió al aparato después de visitar el baño y beber un litro de agua de la nevera. Ya se habían hecho las presentaciones, y el coronel Johns conversaba animadamente con Mr. Clark.

-Conque estuvo en el tercer SOG.

-Así es, coronel. No estuve en Laos, pero ustedes salvaron a unos cuantos de los nuestros. Desde entonces, estoy en la Agencia.., es decir, casi -se rectificó.

-No sé adónde ir. Ese marino de mierda nos obligó a destruir los mapas. Zimmer recuerda algunas frecuencias de radio, pero...

-Yo las tengo -dijo Clark.

-Está bien, pero de todas formas hay que buscarlos. Aunque me apoye un cisterna, no tengo autonomía suficiente para rastrillar aquel terreno. La zona es muy grande, y en la altura se nos va todo el combustible. ¿Cómo es el enemigo?

-Mucha gente armada con AK. ¿Le suena conocido?

-Ya lo creo -dijo Johns con una mueca-. Tengo tres ametralladoras. Sin apoyo aéreo...

-Adivinó: el apoyo aéreo es usted mismo. Tenga las ametralladoras preparadas. Ahora, creo que los puntos de exfiltración ya estaban acordados, ¿no?

-Sí, uno principal y dos alternativos para cada pelotón, doce en total.

-Debemos suponer que el enemigo los conoce. La misión de esta noche es encontrarlos para que se vayan a un lugar que nosotros conozcamos pero ellos no. Y mañana usted va a recogerlos.

-Y después... El tipo del FBI quiere que aterricemos en ese barquito. Me preocupa *Adela.* El boletín meteorológico del mediodía dice que va hacia el Norte, en dirección a Cuba. Necesito un informe más reciente.

-Justamente acabo de recibirlo -dijo Larson al reunirse con los demás-. *Adela* viró al Oeste hace una hora y ya es un huracán en regla. Vientos centrales a setenta y cinco kilómetros por hora.

-¡Mierda! -exclamó Johns-. ¿Y la velocidad de desplazamiento?

-Mañana por la noche quizá tengamos problemas, pero esta noche podemos volar tranquilos.

-¿Qué quiere decir con eso de esta noche?

-Larson y yo nos vamos para allá, a situar a la gente -dijo Clark. Sacó un transmisor de la bolsa de Murray-. Sobrevolaremos por todo el valle, llamándolos con esto. Si tenemos suerte, haremos contacto.

-Usted sí que cree en la suerte, amigo -dijo Johns.

El agente O'Day reflexionaba en que la vida del agente de FBI no era tan atractiva como la gente pensaba. Para colmo de males, contaba con menos de veinte agentes, y no podía relegar esa tarea desagradable a un subordinado. Era un caso muy problemático. Todavía no habían pensado en gestionar una orden judicial de registro, y en cuanto a la penetración clandestina

en la casa de Cutter -algo que el FBI casi había dejado de hacer-, mejor ni pensarlo. La esposa del almirante estaba en la casa y dirigía a los sirvientes con aires de duquesa. Pero la Corte Suprema, unos años antes, había fallado que no se requería una orden judicial para registrar un cubo de basura. Gracias a esa resolución, O'Day acababa de ejercitar los músculos de los brazos y el tórax como pocas veces en los últimos años. Había alzado un par de toneladas de bolsas de residuos malolientes al camión blanco y casi no podía levantar los brazos. Quizás estuviese en uno de los cubos. El sector VIP de Fort Meyer era un barrio militar; los cubos de la basura debían quedar alineados en sus lugares correspondientes, cada uno de los cuales correspondía a dos casas. O'Day había marcado las bolsas antes de echarlas al camión, y ahora había quince de ellas en uno de los muchos laboratorios del FBI; pero no en uno de los que forman parte del circuito turístico, porque a los que visitan el edificio «Hoover» se les muestran sólo los salones más limpios y antisépticos. Por fortuna para ellos, había buena ventilación y varias latas de desodorante ambiental para disimular los hedores que atravesaban las máscaras quirúrgicas de los técnicos. O'Day estaba convencido de que jamás volvería a librarse de esa escuadra de moscardones que lo perseguían por todas partes. Echaron todo sobre una mesa blanca, imitación mármol, y registraron con sumo cuidado y atención los residuos de cuatro días: posos de café, panecillos mordisqueados, merengues en estado de descomposición y varios pañales descartables: el oficial vecino de Cutter tenía a su nieta de visita.

-¡Bingo! -exclamó un técnico, alzando un diskette con su mano enguantada. Lo agarró por las puntas y lo guardó en una bolsa de plástico. O'Day se la llevó al laboratorio, que se hallaba en el piso superior.

Dos técnicos estaban trabajando horas extras esa noche. Habían cometido una pequeña trampa para obtener un juego de huellas dactilares del almirante Cutter -a todo el personal militar le toman las huellas al ingresar- y tenían todo su equipo preparado, incluido el láser.

-¿Qué había junto con esto? -preguntó uno de ellos.

-Diarios, nada más -respondió O'Day.

-¡Suerte! No hay grasa, y el papel lo protege del calor. Veamos. -El técnico lo sacó de la bolsa y se puso a trabajar, mientras O'Day se paseaba por la sala.

-Tengo una huella del pulgar con ocho puntos en el anverso, y otra que parece ser de un anular en el reverso: un punto muy claro y otro borroso. Hay otro juego, imposible de identificar, pero es distinto, pertenece a otra persona.

Mejor, imposible, dadas las circunstancias, pensó O'Day. Para identificar una huella se necesitaban diez puntos -las irregularidades que hacían un arte de la dactiloscopia-, pero ésa era una cifra arbitraria. El inspector estaba seguro de que Cutter había tenido ese diskette en sus manos, aunque tal vez no bastara para convencer a un jurado, si es que lo llevaban ante un tribunal de justicia. Había llegado el momento de desgrabar el diskette. Lo llevó a otro laboratorio.

A partir de la venta libre de los PC en el mercado, era inevitable que algunos los usaran con fines criminales. El FBI tenía su propio departamento, pero los especialistas más empleados por ellos eran los privados, los *hackers* contratados; sujetos para los que los ordenadores eran juguetes maravillosos. Cuando una agencia importante del Gobierno los contrataba, se sentían realizados como un futbolista al entrar a jugar en Primera División. Justamente, uno de los campeones lo esperaba. Tenía veinticinco años y era estudiante universitario con altísimas calificaciones. Su cabello y barba rojizos estaban bastante sucios. O'Day le entregó el diskette.

-Es un código de palabras -le dijo.

-Qué bien -repuso el técnico-. Este diskette es un «Sony MFD-2DD» microfloppy de doble cara y doble densidad, «135TPI»; es probable que esté formateado para ochocientas K, diría yo. ¿Qué se supone que contiene?

-No estamos seguros, creemos que es un algoritmo de codificación.

-¡Ajá! Comunicaciones de los sistemas rusos. Parece que los están sofisticando, como nosotros.

-Usted no necesita saberlo -dijo O'Day.

-No tienen ustedes ni idea de lo que es una broma -dijo el especialista mientras introducía el diskette en la disquera. El ordenador con que trabajaba era un nuevo «Apple Macintosh IIx», cada uno de cuyos programas estaba ocupado por un circuito especial; dos de ellos habían sido diseñados por el técnico en cuestión. O'Day tenía entendido que el hombre sólo trabajaría con una «IBM» si alguien le apuntaba a la cabeza con una pistola.

Los programas habían sido preparados por otros *hackers* con el fin de rescatar información de diskettes dañados. El primero se llamaba *Rescuedata.* Era una operación compleja. Las cabezas de lectura recorrían las zonas magnéticas del diskette para trasladar la información a la memoria de ocho megabytes de la «IIx» y copiarla en el disco rígido y otro *floppy.* El técnico devolvió el original a O'Day para que lo guardara en la bolsa.

-Lo han borrado -dijo.

-¿Cómo?

-Ha sido borrado. No inicializado, ni formateado, sino borrado. Con un imán de juguete, diría yo.

-¡Mierda! -suspiró O'Day. Aunque no era experto, sabía que un imán podía destruir la información almacenada por medios magnéticos.

-Pero no se altere.

-¿Qué?

-Si ese tipo lo hubiera formateado, estaríamos jodidos, pero se limitó a pasarle el imán. Destruyó parte de la información, mas no toda. Creo que en un par de horas podré rescatarla, al menos en parte... mire, aquí hay algo. Está en el lenguaje de la máquina, pero no reconozco el formato. No entiendo nada de códigos, señor. Parece bastante complicado. -Alzó la vista-. Necesito tiempo.

-¿Cuánto?

-¿Cuánto tardaron en pintar la *Mona Lisa?* ¿Cuánto se necesita para destruir una catedral? ¿Cuánto...?

O'Day salió antes de oír la tercera. Guardó el diskette en su caja fuerte y fue al gimnasio a darse una ducha y pasar media hora en el hidromasaje. La primera le quitó el olor a basura; el segundo, los dolores musculares. O'Day reflexionó que estaban juntando bastantes pruebas para presentarlas contra aquel hijo de puta.

-No hay nadie, mi capitán.

Ramírez asintió al devolver los auriculares. No podía negarlo. Miró al sargento de operaciones Guerra.

-Me parece que nos han olvidado.

-Bien, ésas son buenas noticias, capitán. ¿Qué haremos ahora?

-Nuestra próxima transmisión tendrá lugar a la una. Les damos la última oportunidad y nos vamos.

-¿Adonde, mi capitán?

-Bajamos de la montaña, pedimos prestado algún transporte y... ¡joder, qué sé yo! Creo que tenemos dinero suficiente para tomar un avión y volar fuera de aquí.

-Pero no tenemos pasaportes, ninguna clase de identificación.

-Podemos ir a la Embajada en Bogotá.

-Y así desobedecemos media docena de órdenes, mi capitán.

-Siempre hay una primera vez -repuso Ramírez-. Que todos coman las últimas raciones y descansen bien. Despertamos en dos horas y pasamos la noche alertas. Quiero que Chávez y León patrullen la montaña en... digamos, en un radio de dos kilómetros. -Ramírez no tuvo que aclarar por qué estaba preocupado. A pesar de las diferencias de educación, él y Guerra sintonizaban la misma onda.

-Todo está bien, mi capitán -le aseguró el sargento-. Todo irá bien, una vez que esos HPR se decidan a actuar.

Durante un cuarto de hora les explicó la misión. Estaban furiosos e inquietos, no comprendían el peligro que les aguardaba, sólo querían vengar a sus muertos. *Pura fanfarronería y machismo* -pensó Cortez--. *Idiotas.*

El primer blanco se hallaba a unos treinta kilómetros de allí -primero quería eliminar al más cercano, por razones evidentes- y podían recorrer los primeros veintidós kilómetros en camión. Esperaron hasta el anochecer, cuando dieciséis camiones partieron, con quince hombres cada uno. Cortez observó la partida, los hombres murmuraban entre ellos. Desde luego, retuvo a su propia guardia. Eran diez hombres, leales a él. Los había reclutado bien, sin ocuparse de tonterías tales como quiénes eran sus padres o a cuántas personas habían matado. Su palmarés eran sus destrezas. La mayoría, desertores del M-19 y las FARC, estaban hartos de jugar a la guerrilla durante cinco años. Algunos en Cuba, otros en Nicaragua, todos habían recibido instrucción militar básica: en realidad, era instrucción terrorista, pero los «soldados» del Cártel carecían de entrenamiento. Eran mercenarios. Seguían a Cortez porque les había pagado algo y prometido más. Además, no tenían a dónde ir. El Gobierno colombiano no los quería. El Cártel desconfiaba de ellos. Y habían traicionado a dos grupos marxistas cuya corrupción política era tal, que se vendían al Cártel. Sólo quedaba Cortez. Estaban dispuestos a matar por él. No confiaba en ellos, ni en nadie, pero todos los grandes movimientos habían comenzado a partir de pequeños grupos cuyos métodos eran tan inconfesables como sus fines, y permanecían leales a un solo hombre. Eso le habían enseñado a Cortez. Él mismo no estaba convencido, pero, por el momento, le bastaba. No pensaba que pudiera dirigir una revolución. Por el momento se limitaba a llevar a cabo -¿cómo lo llamaban?- un «copamiento» hostil. Sí, eso era. Cortez rió para sus adentros, entró y desplegó los mapas.

-Suerte para nosotros que no somos fumadores -dijo Larson al subir el tren de aterrizaje. Llevaban un depósito de combustible auxiliar en la cabina: suficiente para las dos horas de ida, las dos de vuelta y tres de patrullaje-. ¿Cree que el plan funcionará?

-Si no funciona, alguien va a pagarlo muy caro -dijo Clark-. ¿Y la tormenta?

-Hoy nos adelantaremos a ella; mañana será otra historia.

Chávez y León se hallaban a dos kilómetros del puesto de guardia exterior. Los dos portaban armas con silenciador. León no había sido el hombre de punta de *Bandera,* pero a Chávez le había llamado la atención su destreza para desplazarse por el bosque. Tenían suerte de no haberse topado con nada. El capitán Ramírez le había instruido sobre los problemas posibles. Hasta ese momento no habían visto nada, para alivio de ambos. Primero, bajaron la ladera en dirección Norte, recorriendo luego un arco de varios kilómetros hacia el Sur, siempre con los ojos y los oídos muy abiertos. Iniciaban el regreso al campamento, cuando Chávez se detuvo y giró rápidamente.

Era un ruido metálico. Hizo un gesto a León para que permaneciera inmóvil donde estaba y volvió la cabeza con la esperanza de... ¿qué?, se preguntó. ¿De que fuera verdad? ¿O su imaginación? Se puso las gafas y miró ladera abajo, donde el camino serpenteaba. Si había visitas, llegarían por allí.

Al principio era difícil distinguir nada. La arboleda, muy espesa, y la relativa ausencia de luz le obligaban a dar máximo brillo a sus gafas. La imagen resultaba un poco borrosa, como una señal de televisión por aire desde una ciudad distante. Lo que buscaba debía de estar lejos, al menos a quinientos metros. Ése era su radio visual máximo en un sector talado del bosque. La tensión no sólo agudizaba sus sentidos, sino también su imaginación; debía cuidarse de ver cosas donde no había nada.

Pero había algo allá abajo. Lo intuyó antes de que los ruidos llegaran hasta él. No eran metálicos, sino... un susurro demasiado fuerte de hojas, seguido de silencio. Chávez miró a León, que era una imagen espectral en su pantalla: también él se había colocado las gafas y miraba en la misma dirección. El rostro se volvió hacia Chávez y la cabeza asintió. No era un gesto emotivo, sino sólo la transmisión profesional de un pensamiento perturbador. Chávez se arrodilló para usar su transmisor.

-Punta a Seis.

-Aquí, Seis.

-Estamos en el punto de retorno. Hay movimiento allá abajo. Esperaremos a ver.

-Entendido. Cuidado, sargento.

-Entendido. Fuera.

León se acercó.

-¿Qué hacemos?

-Quedémonos juntos y tratemos de no movernos demasiado hasta ver qué hacen ellos.

-Bien, pero cincuenta metros más allá hay donde ocultarse mejor.

-Adelante, te sigo. -Chávez echó una última mirada cuesta abajo antes de seguir a su camarada hasta una arboleda pequeña y muy espesa. Todavía no aparecían imágenes definidas en su pantalla. Dos minutos después llegaron al nuevo refugio.

Berto fue el primero en verlos, y señaló una senda. Los puntos móviles eran más grandes que el ruido generado por el sistema de visualización. Eran cabezas a cuatrocientos o quinientos metros. Venían ladera arriba.

Bien -pensó Chávez-. *Ahora, veamos cuántos son.* Empezaba a relajarse.

Eso era muy serio, pero lo había hecho antes. La gran incógnita había quedado atrás. El combate los aguardaba. Sabía qué debía hacer.

-Punta a Seis, parece una compañía, va directo a usted.

-¿Algo más?

-Caminan despacio, como con cuidado.

-¿Pueden quedarse ahí?

-Un par de minutos más.

-Permanezcan en ese lugar todo el tiempo que puedan; después, vengan. Traten de seguirlos un kilómetro más. Queremos eliminar el mayor número posible de ellos.

- Entendido.

-Son demasiados, los hijos de puta -susurró León.

-Tenemos que reducir bastante su número antes de correr -indicó Chávez, mientras contemplaba al enemigo que avanzaba.

Parecían desorganizados. Se tomaban su tiempo, avanzaban lentamente y con bastante ruido. Formaban grupos de tres o cuatro, probablemente de amigos, pensó. Igual que en las pandillas, uno quería tener la espalda protegida por un amigo.

Las pandillas, pensó. No estaban segregadas como en su barrio, y todos llevaban esos malditos AK. No tenían un plan de ataque ni estaban formados en grupos de fuego y de maniobra. ¿Se comunicaban entre ellos por radio? Era probable que no. Pero entonces advirtió que sabían a dónde iban. No comprendía cómo lo habían averiguado, y, en todo caso, se dirigían a una emboscada terrible. Igual daba, eran muchos. Demasiados, ¡qué mierda!

-Vamos -dijo *Ding* a Berto.

Corrieron cuesta arriba a la mayor velocidad que su adiestramiento les permitía, eligiendo de antemano los puestos de observación e informando al jefe su posición y la del enemigo. El pelotón, asentado cerca de la cima, estuvo casi dos horas para acomodarse y preparar la emboscada. Chávez y León escuchaban los mensajes en sus propios aparatos. El pelotón bajaba para recibir al enemigo bastante más adelante de su principal perímetro defensivo. Era un sector entre dos pendientes muy empinadas, defendido por los SAW y cubriendo una ruta de ataque de menos de trescientos metros de ancho. Si el enemigo cometía la torpeza de entrar por allí, bien, ése era su problema. Hasta entonces venía avanzando derecho al punto de aterrizaje del helicóptero. Tal vez les habían dicho que era probable, no seguro, que *Cuchillo* estuviera allí, pensó Chávez. León y él tomaron posición justo debajo del SAW.

-Punta a Seis, estamos en posición. El enemigo se halla a trescientos metros más abajo.

Click-click.

-Lo veo -dijo una voz por la red de transmisión-. Granada Uno lo ve.

-Médico lo ve.

-SAW Uno lo ve.

-Granada Dos. Lo vemos.

-Seis a *Cuchillo.* Todo el mundo tranquilo -dijo Ramírez-. Parece que vienen derecho hacia nosotros. Recuerden la señal, caballeros...

Pasaron diez minutos. Chávez se quitó las gafas para ahorrar baterías y recuperar la visión normal. Repasó una y otra vez el plan de fuego. León y él eran responsables de disparar a determinados sectores. Cada soldado debía circunscribirse a un arco. Había una cierta superposición, pero cada uno tenía su pequeño coto, nadie debía barrer el frente. La misma limitación regía para los dos SAW. El tercero había quedado muy atrás de la línea de fuego con una pequeña reserva para apoyar al pelotón si el enemigo lo avasallaba o si sucedía algún hecho inesperado.

Estaban a cien metros de la línea de fuego. La primera fila enemiga estaba formada por dieciocho o veinte hombres, mientras los demás trataban de alcanzarlos. Avanzaban lenta, pero cuidadosamente, las armas terciadas sobre el pecho. Chávez contó tres hombres dentro de su sector. León alzó su arma sin apartar la vista.

Antiguamente se usaba la descarga cerrada. En la infantería napoleónica, los soldados formaban hombro con hombro, en dos o cuatro hileras; a la voz de mando, alzaban sus mosquetes y disparaban una mortífera salva de pólvora y proyectiles. El objeto de esa maniobra era provocar el *shock.* En la actualidad, el objeto es el mismo: aturdir a los soldados enemigos que tienen la fortuna de escapar de la muerte instantánea, decirles que ése es un lugar inhóspito para ellos, bloquear sus reacciones, detenerlos, sumirlos en la confusión. Ya no se hace por medio de una descarga cerrada de centenares de mosquetes. La táctica consiste en dejar que se acerquen lo más posible, pero, como en épocas pasadas, la conmoción que sufren es tanto psicológica como física.

Click-click-click. Preparados, ordenaba Ramírez. En toda la línea, los fusileros acomodaron la culata contra el hombro y el ojo en la mira. Las ametralladoras pesadas se alzaron sobre sus bípodes, se quitaron los seguros. En el centro de la línea, el capitán agarró el extremo de un alambre. Medía unos cincuenta metros y el otro extremo estaba sujeto a una lata llena de guijarros. Lenta, cuidadosamente, tensó el alambre. Y dio un fuerte tirón.

El inesperado ruido congeló el tiempo en un instante que pareció durar horas. Los hombres que avanzaban hacia los infantes se volvieron instintivamente hacia el ruido, con lo que apartaron la mirada del peligro que los acechaba al frente y a los flancos, de dedos que empezaban a crisparse sobre los disparadores.

Los fogonazos blancos volvieron a poner el tiempo en marcha. Los primeros quince atacantes cayeron al instante. En la segunda línea cayeron otros cinco, muertos o heridos, antes de que alguien devolviera el fuego. Bruscamente, los disparos cesaron. Los atacantes reaccionaron, pero tarde. Muchos dispararon a ciegas hacia la cima, hasta vaciar sus cargadores; mas los soldados estaban a resguardo en sus hoyos.

-¿Quién ha disparado? ¿Quién ha disparado? ¿Qué cojones ocurre? -Era la voz del sargento Olivero, cuyo acento español era perfecto.

La confusión es la aliada de aquellos que están preparados. Otros hombres se precipitaron hacia la zona de fuego para ver qué ocurría, sin saber quién disparaba a quién. Chávez y sus camaradas contaron hasta diez antes de abrir fuego. *Ding* vio a dos hombres a treinta metros de su puesto. Al pensar «diez», mató al primero con una ráfaga de tres proyectiles e hirió al otro. Se sumaron doce bajas a las de la primera salva.

Click-click-click-click-click. «Todo el mundo fuera», indicaba la señal de Ramírez.

Los hombres respondieron al instante: uno de cada pareja se lanzo cincuenta metros cuesta arriba para detenerse en otro punto seleccionado previamente. Los SAW, que hasta ese momento habían disparado ráfagas cortas como si fueran fusiles, dispararon algunas largas para cubrir la retirada. En menos de un minuto, el pelotón *Cuchillo* salió de la zona que ahora era barrida por un fuego tardío e ineficaz. Un soldado fue rozado por una bala perdida, pero no tuvo importancia. Como siempre, Chávez fue el último en retirarse y lo hizo lentamente, de árbol en árbol, bajo el fuego. Se puso las gafas para obtener un panorama de la situación. Había unos treinta cuerpos caídos en la zona de fuego y sólo la mitad de ellos se movían un poco. El enemigo lanzaba una columna hacia el flanco sur para rodear una posición ya abandonada. Los vio tomar el puesto que él y León habían ocupado: estaban desconcertados, no acababan de entender qué había sucedido. Se escuchaban los gritos de los heridos, y, más fuertes aún, las maldiciones, tonantes y obscenas, de hombres furiosos, acostumbrados a impartir la muerte, no a recibirla. En medio del estruendo de disparos aislados, gemidos y maldiciones, se escucharon algunas voces de mando. Los jefes daban órdenes, con energía y

Librodot

en un lenguaje comprensible para cualquier soldado. Chávez estaba convencido de que habían ganado la batalla, pero se le ocurrió echar una última mirada.

-¡Oh, mierda! -Tomó su transmisor-: Punta a Seis, son más que una compañía, mi capitán. Repito, más que una compañía. Calculo tres cero bajas enemigas. Suben de nuevo, y hay otros treinta hacia el Sur. Les han dado la orden de rodearnos.

-Entendido, *Ding.* En marcha hacia arriba, ya.

-Voy. -Chávez se lanzó a la carrera, saltando sobre León, que seguía agazapado en su puesto.

-Mr. Clark, me parece que voy a creer en los milagros -dijo Larson en la cabina de su «Beechcraf». A la tercera pasada habían tomado contacto con el pelotón *Profecía,* que ya se desplazaba a su nueva posición, un claro a cinco kilómetros de distancia, donde el «Pave Low» tendría apenas el lugar suficiente para descender. Ahora buscaban a *Bandera.* O lo que quedara de él, pensó Clark. No sabía que los sobrevivientes habían formado un enlace con *Cuchillo,* el último de su lista.

La segunda posición defensiva era necesariamente más dispersa que la primera, y Ramírez estaba preocupado. El desempeño de los soldados en la primera emboscada había sido perfecto, digno de una tesis en la Escuela de Infantería, pero una de las inmutables leyes del arte militar dice que un ardid rara vez se repite con éxito. La muerte era la lección más efectiva de todas. El enemigo trataría de maniobrar, de extenderse, coordinarse, de aprovechar, al menos, su superioridad numérica. Ahora actuaba con inteligencia. Se desplazaba con rapidez. Sabía que se enfrentaba a un oponente peligroso y bien armado, e, instintivamente, seguía adelante para tomar la iniciativa y forzar el combate. Ramírez no podía impedirlo, pero guardaba algunos ases en la manga.

Los exploradores laterales le informaban de los movimientos del enemigo. Eran tres grupos, de unos cuarenta hombres cada uno. No podía enfrentar a los tres, pero sí hacerles daño por separado. Contaba con quince hombres formados en tres grupos de fuego. Situó uno de ellos -lo que quedaba de *Bandera*- en el centro, con un explorador a la izquierda para vigilar el tercer grupo enemigo. Envió el grueso de sus fuerzas ladera abajo, en dirección Sur, y lo desplegó en una línea quebrada en forma de L, con los dos SAW en el extremo superior.

La espera fue muy breve. El enemigo se desplazaba con más rapidez de lo que Ramírez hubiera deseado. Los soldados tuvieron poco tiempo para elegir sus posiciones de fuego, pero los atacantes seguían un camino previsible sobre el terreno, para su desgracia. Desde el extremo inferior, Chávez dio el aviso. Esperaron a que estuvieran a cincuenta metros. Chávez y León tenían la tarea de eliminar a los jefes. Debían abrir fuego con sus armas silenciadas, apuntando a los que parecieran coordinar o dirigir el ataque. Chávez vio a uno que gesticulaba, convocando a los demás. Apuntó su MP-5 y disparó una ráfaga breve, pero erró. A pesar del silenciador, el ruido del mecanismo llamó la atención, hubo un disparo de réplica y todo el pelotón abrió fuego. Cinco atacantes cayeron. El resto devolvió el fuego, esta vez con precisión, y se formó para el asalto; pero apenas los fogonazos de sus disparos revelaron su posición, los dos SAW barrieron la línea.

El escenario del combate ofrecía un espectáculo dantesco y fascinante. Los fogonazos de los disparos perjudicaban la visión. Chávez trató de proteger la suya manteniendo un ojo cerrado, como le habían enseñado, pero resultó inútil. Lenguas de fuego brillantes, cilíndricas, iluminaban el bosque; globos de luz iluminaban a los hombres en movimiento, como focos estroboscópicos. Los proyectiles trazadores de las ametralladoras horadaban la carne viva. Para los fusileros, tenían un significado especial: los tres últimos de cada cargador eran

Librodot

trazadores, para indicar que llegaba el momento de cambiarlo. Chávez jamás había escuchado nada parecido. El tableteo de los M-16 y el otro, más grave y más lento, de los AK-47. Las voces de mando, los gritos de rabia y dolor, de desesperación Y de muerte.

-*¡Corred!*[44] -Era la voz del capitán Ramírez. Se retiraron por parejas. Mejor dicho, trataron de hacerlo. Habían sufrido dos bajas. Chávez tropezó con un herido que se alejaba a rastras, lo alzó sobre sus hombros y corrió cuesta arriba, haciendo caso omiso del dolor en las piernas. El hombre -era Ingeles- murió al llegar al punto de reunión. No era momento para llorarlo: los soldados se repartieron sus cargadores llenos. El capitán Ramírez trató de reorganizar la defensa en medio de los disparos, los gritos y las maldiciones que subían desde abajo. Un solo hombre más llegó: *Cuchillo* había tenido otros dos muertos y un herido grave. Olivero se hizo cargo, lo llevó a la zona de aterrizaje con los demás heridos. En quince minutos le habían infligido otras veinte bajas al enemigo, pero a costa del treinta por ciento de la propia fuerza. Si hubiera tenido tiempo para pensar, el capitán Ramírez hubiese comprendido que su astucia táctica no bastaba para ganar la partida. Pero no era el momento de pensar.

Los soldados de *Bandera* repelieron un ataque por medio de algunas ráfagas, pero perdieron a uno de los suyos en la retirada. La línea de defensa siguiente se hallaba a unos cuatrocientos metros. Era más estrecha que la segunda y estaba muy cerca de la posición defensiva final. Era el momento de jugar la última carta.

El enemigo volvió a tomar una posición abandonada, sin saber cuántas bajas habían causado a esos espíritus malignos que aparecían, mataban y desaparecían, como en una pesadilla. Habían perdido a dos de los que ocupaban una especie de posición de mando -uno muerto, el otro herido de gravedad-, y los hombres se reagruparon mientras sus jefes conferenciaban.

La situación de los soldados era bastante parecida. Identificadas las pérdidas, Ramírez redistribuyó a los hombres, pensando por un instante que era una suerte no tener que llorar a los muertos, porque le habían enseñado a ocuparse sólo del problema más inmediato. El helicóptero no iba a llegar. O sí. O eso carecía de importancia. O quién sabía qué era más importante.

Debía causarle más bajas al enemigo para mejorar sus probabilidades de escapar. En otras palabras, tenían que matar antes de correr. Hasta el momento, habían ahorrado los explosivos. Hasta el momento nadie había arrojado o disparado una granada, y la posición estaba protegida por minas dispuestas en torno de los hoyos.

Ramírez alzó la voz:

-¿Qué esperáis, eh? ¡Venid, todavía no hemos terminado con vosotros! ¡Primero os matamos, después nos tiramos a vuestras mujeres!

-No tienen mujeres -gritó Vega-. Se tiran entre ellos. A ver, maricones, venid a morir.

Y vinieron. Como un pegador avanza sobre un boxeador estilista, llevándolo hacia un rincón, movido por la furia, sin sentir los golpes que recibe, así avanzaban hacia las voces, entre gritos y maldiciones. Pero con cuidado, porque habían aprendido algo. De árbol en árbol, cubriéndose mutuamente. Disparando, para impedir que el enemigo levantara la cabeza.

-Mire al Sur, allá hay algo. ¿Ve los fogonazos? -dijo Larson-. Sobre la ladera, a las dos.

-Sí, ya lo he visto.

Durante una hora habían sobrevolado los puntos de exfiltración en busca de *Bandera,* pero nadie respondía a los mensajes. Aunque Clark no quería alejarse, no le quedaba opción. Si eso

[44] En español en el original.

era lo que parecía, tenían que acercarse. Aun en terreno despejado, el alcance de esos transmisores no superaba los quince kilómetros.

-A toda máquina --dijo.

Larson bajó los flaps y empujó la palanca hasta el fondo.

Lo llamaban saco de fuego, término muy gráfico tomado del Ejército soviético. El pelotón ocupaba un arco amplio, cada hombre en su hoyo, aunque en cuatro de ellos había un hombre en lugar de dos y uno estaba desierto. Frente a cada hoyo había una mina o dos, con la cara convexa hacia el enemigo. La posición ocupaba el borde de una arboleda, de frente a un pequeño deslizamiento de tierra o de rocas, un terreno despejado de setenta metros de ancho, con un par de troncos caídos y algunos arbolitos muy jóvenes. Los ruidos y fogonazos del enemigo se detuvieron en esa línea, pero el fuego no disminuyó.

-Bien, muchachos -dijo Ramírez-, a la voz de mando nos salimos de aquí como diablos, primero al punto de aterrizaje, y de allí por la ruta X-dos. Pero antes tenemos que debilitarlos un poco más.

El otro bando también conferenciaba, ahora con cierta astucia. Usaban nombres en vez de lugares, un medio torpe pero efectivo para ocultar sus intenciones, aunque sus desplazamientos sobre los accidentes del terreno seguían siendo previsibles. Tienen valor, pensó Ramírez; fueran lo que fuesen, el peligro no los amedrentaba. Con un poco de entrenamiento y un par de jefes competentes, hubieran logrado la victoria mucho antes.

Chávez tenía otras cosas en qué pensar. Su arma, además de silenciosa, no producía fogonazos; el *ninja* elegía sus blancos y los mataba sin piedad. Mató a uno que parecía un jefe. Fue casi demasiado fácil. El tableteo del fuego enemigo disimulaba el ruido de su arma. Pero al verificar sus municiones advirtió que sólo le quedaban dos cargadores: sesenta proyectiles, aparte de los que tenía en el arma. La jugada del capitán Ramírez era astuta, pero arriesgada.

Una cabeza asomó detrás de un árbol; luego un brazo alzado en un gesto. *Ding* apuntó y disparó un proyectil. Herido en la garganta, el hombre gritó una sola vez al caer. Chávez lo ignoraba, pero acababa de abatir al comandante enemigo, y su grito fue como un choque eléctrico. El enemigo abrió fuego a todo lo ancho de la línea de árboles y se lanzó al asalto de los infantes.

Ramírez les dejó avanzar unos metros, luego disparó su lanzagranadas. La granada, que era de fósforo, generó una telaraña de intensas luces blancas; en ese momento, todos activaron sus minas.

-Joder, ahí está *Cuchillo.* Granadas de fósforo y minas. -Clark extendió la antena fuera de la ventanilla del avión:

-Cuchillo, aquí *VARIABLE; Cuchillo* aquí *VARIABLE.* ¡Adelante, cambio!

No podía haber elegido peor momento para tratar de ayudarles.

Más de treinta hombres cayeron muertos y unos diez heridos por las esquirlas de las minas, que volaron como guadañas. Luego, fueron las granadas, entre ellas algunas incendiarias, de fósforo. Varios de los hombres estaban demasiado lejos para ser heridos por las esquirlas, pero las gotas de fósforo ardiente los alcanzaron y sus gritos se sumaron a la cacofonía nocturna. Las explosiones de las granadas de mano aumentaron sus bajas. Ramírez tomó su transmisor.

-¡Retirada! ¡Retirada! ¡Ya! -Pero, aunque era el movimiento correcto, llegó tarde.

Al abandonar sus posiciones, el pelotón *Cuchillo* fue barrido por el fuego automático de hombres que disparaban por reflejo. Algunos soldados arrojaron granadas lacrimógenas y de humo, pero el resplandor de la pirotecnia los convirtió en blancos para una docena de metralletas enemigas. Dos murieron y otros dos cayeron heridos por hacer lo que se les había enseñado. Hasta entonces, Ramírez había mantenido un férreo control de su unidad, pero en ese momento lo perdió. Su audífono crujió y escuchó una voz desconocida.

-Aquí, *Cuchillo* -dijo, al tiempo que se erguía-. *VARIABLE,* ¿dónde mierda están?

-Arriba, estamos arriba. ¿Cuál es su situación? Cambio.

-Hundidos en la misma mierda, retrocedemos a zona de aterrizaje. Baje, *¡baje de una puta vez!* -Y a sus hombres-: ¡Al claro, que vienen a buscarnos!

-Negativo, negativo, *Cuchillo,* no podemos bajar ahora. Debe escapar, debe escapar. ¿Entendido? -Clark repitió sus instrucciones una y otra vez, pero no recibió respuesta.

De los veintidós hombres, sólo quedaban ocho. Ramírez cargaba a un herido y el audífono había caído de su oreja durante la carrera de doscientos metros cuesta arriba hasta el lugar de aterrizaje. Atravesó la última arboleda, pensando que el helicóptero bajaría.

Pero el aparato no apareció. Ramírez tendió al hombre en el suelo y alzó la vista al cielo, después se puso las gafas: no había ningún helicóptero, ni luces, ni un motor a turbina que calentara el aire e iluminara el cielo nocturno. El capitán arrancó el audífono del transmisor.

-*VARIABLE,* ¿dónde diablos están?

-*Cuchillo,* aquí VARIABLE. Estamos orbitando sobre ustedes en un avión de ala fija. No podemos bajar a recogerlos hasta mañana por la noche. Debe escapar, debe escapar. ¡Responda!

-Sólo quedamos ocho, sólo quedamos... -Ramírez calló, abrumado. Fue fatal-. Dios mío. -Vaciló. Entonces cayó en la cuenta de que casi todos sus hombres habían muerto; que él había sido su jefe, y era el responsable de todo. En realidad no lo era, pero eso jamás lo sabría.

El enemigo atacaba desde tres flancos. Quedaba una vía de escape, una de las rutas previstas, pero Ramírez miró al hombre que había llevado a su espalda hasta ahí y lo vio morir. Alzó la vista, miró a los hombres que lo rodeaban y no supo qué hacer. El entrenamiento no servía, simplemente, por falta de tiempo. A cien metros, apareció la primera fila del enemigo, corrían y disparaban a la vez. Los soldados devolvieron el fuego, pero eran pocos y disparaban sus últimos proyectiles.

Chávez lo vio desde lejos. Se había unido a Vega y León para ayudar a un hombre herido en una pierna. Mientras él miraba, el enemigo se abalanzó sobre el claro. Ramírez se echó cuerpo a tierra para disparar, pero no había nada que *Ding y* los suyos pudieran hacer para ayudarle, de manera que se alejaron hacia el Oeste, por la ruta de escape. No miraron atrás. No necesitaban hacerlo. El ruido se lo decía todo. Disparos de M-16, ahogados por el tableteo de los AK-47. Explosiones de algunas granadas. Gritos y maldiciones, todo en español. Después, sólo el tableteo de los AK-47. La batalla por ese monte había terminado.

-¿Significa lo que yo creo? -preguntó Larson.

-Significa que en nuestro país, hay un HPR que va a morir -respondió Clark, con los ojos llenos de lágrimas. Ya le había sucedido una vez, cuando su helicóptero logró escapar pero el otro no, y durante mucho tiempo cargó con la vergüenza de haber sobrevivido mientras sus camaradas habían muerto-. ¡Mierda! -Sacudió la cabeza con fuerza, para dominarse.

»*Cuchillo,* aquí *VARIABLE.* ¿Me escucha?, cambio. Responda con su nombre, repito, responda con su nombre.

-Un momento -dijo *Ding*-. Aquí, Chávez. ¿Quién está ahí?

-Escucha bien, chico, porque la red está «pinchada». Soy Clark. Nos conocimos hace tiempo. Vete en la misma dirección que tomaste aquella noche, durante el ejercicio. ¿Lo recuerdas?

-Entendido. Recuerdo lo que hicimos. Podemos hacerlo.

-Volvemos mañana. Aguantad, chicos. Esto no termina aquí. Repito: vuelvo mañana a buscaros. Ahora, salid de ahí de una vez. Fuera.

-¿Qué significa eso? -preguntó Vega.

-Tomamos para el Este, cuesta abajo hacia el Norte y volvemos hacia el Este.

-¿Y después? -preguntó *Oso.*

-¿Cómo cojones quieres que yo lo sepa?

-Volvamos al Norte -ordenó Clark.

-¿Qué es un HPR? -preguntó Larson al iniciar el viraje.

Clark respondió en voz tan baja, que Larson tuvo que esforzarse para oírlo:

-Un HPR es un hijo de puta de la retaguardia, uno de esos generales cabrones, hijos de puta, que nos mandan para que nos maten como a animales. Y uno de ellos va a pagar por esto, Larson. Ahora, cállese y vuele.

Durante una hora continuaron la búsqueda vana del pelotón *Bandera* y luego volvieron a Panamá. Durante las dos horas y cuarto de viaje, Clark mantuvo la boca cerrada y Larson tuvo miedo de abrir la suya. El piloto rodó el aparato hasta el hangar del «Pave Low», y las puertas se cerraron. Ryan y Johns los aguardaban.

-¿Y bien? -preguntó Jack.

-Hicimos contacto con *Profecía* y *Cuadro* -dijo Clark-. Vengan. -Los condujo a una oficina, donde desplegó el mapa.

-¿Qué ha pasado con los demás? -preguntó Jack. El coronel Johns no lo hizo: le bastó ver la expresión de Clark.

-Mañana por la noche, *Profecía* estará aquí, y *Cuadro* aquí -dijo Clark, señalando dos puntos marcados en el mapa.

-Bien, podemos hacerlo -dijo Johns.

-Pero, ¡maldita sea! -gruñó Jack-. ¿Y los demás?

-No hubo contacto con *Bandera.* Vimos a esos hijos de puta arrasar a *Cuchillo.* Hay sobrevivientes -se apresuró a aclarar-. Por lo menos, uno. Iré a buscarlo por tierra. -Se volvió hacia el piloto-: Mejor que vaya a dormir, Larson. Quiero verlo bien despierto y alegre dentro de seis horas. -Y a PJ.-: ¿El clima?

-Esa tormenta de mierda anda dando vueltas por ahí como un misil enloquecido. Nadie sabe a dónde diablos va, pero hasta ahora no se dirigió hacia allí, y, además, no sería la primera vez que vuelo con mal tiempo.

-De acuerdo -dijo el piloto. Se tendió sobre uno de los catres preparados en la habitación contigua y se durmió al instante.

-¿Has dicho que irás a buscarlos por tierra? -preguntó Ryan.

-¿Qué quieres que haga? ¿Que los abandone? No, viejo, yo no. -Clark apartó el rostro. Sus ojos estaban enrojecidos, pero sólo PJ. sabía que no era a causa de la tensión y de la falta de sueño-. Perdóname, Jack. Hay gente nuestra allá abajo. Tengo que ir. Ellos lo harían por mí. Pero no te preocupes, sé cómo hacerlo.

-¿Cómo? -preguntó P.J.

-Larson y yo volaremos hasta allí alrededor del mediodía, conseguiremos un coche e iremos a buscarlos. Le he dicho a Chávez, el muchacho con el que hablé, que baje la cuesta hacia el Este. Los recogemos, los llevamos al aeropuerto y los sacamos en el primer avión.

-¿Así de fácil? -preguntó Ryan, incrédulo.

-Claro. ¿Por qué no?

-Hay una gran diferencia entre ser valiente y ser idiota -dijo Ryan.

-¿Quién coño habla de ser valiente? ¡Éste es mi trabajo! -dijo Clark, y se fue a dormir.

-¿Sabes a qué le tengo miedo realmente? -dijo Johns-. Me acuerdo de todas las veces que pudo ser, pero no fue. Puedo hacerle una descripción exacta a cada uno de mis fracasos en veintipico de años de servicio. -El coronel vestía su camisa azul con las alas de su grado y todas las condecoraciones. Tenía unas cuantas.

Jack se fijó en una de ellas, una cinta azul pálido con cinco estrellas blancas.

-Pero usted...

-Es bonita para llevarla puesta, ¿verdad? Me gusta que los generales me hagan la venia y me traten como algo especial. Pero lo que me importa no es eso, sino aquellos tipos que rescaté. Hoy, uno de ellos es un general; el otro, piloto comercial. Los dos están vivos, son padres de familia. Eso es lo que importa, Mr. Ryan. Y también los que no pude rescatar. Algunos quedaron allí porque yo no era lo bastante bueno, o no fui rápido, o no tuve bastante suerte. O les faltó a ellos. O qué sé yo. Debería haberlos rescatado. Ése es mi trabajo -dijo Johns, bajando la voz-. Eso es lo que yo hago.

Nosotros los enviamos allí -pensó Jack-. *Mi Agencia los envió a ese lugar. Y algunos han muerto. Y cuando alguien nos dijo que no hiciéramos nada por ellos, no movimos ni un dedo. Y se supone que yo...*

-Parece que va a ser peligroso.

-Sí, así parece.

Ryan vaciló un instante.

-Usted tiene tres ametralladoras en el helicóptero, pero sólo lleva dos artilleros.

-No tuve tiempo para conseguir el tercero, y...

-Soy bastante bueno disparándolas -dijo Jack.

XXVIII. RENDICIÓN DE CUENTAS

Sentado a la mesa, Cortez hacía sus cuentas. Los norteamericanos se habían revelado como unos combatientes extraordinarios. Casi doscientos hombres del Cártel habían subido la cuesta. Noventa y seis habían vuelto con vida, dieciséis de ellos heridos. Habían llevado a un norteamericano vivo con ellos. Estaba malherido, sangraba profusamente y los pistoleros colombianos no lo habían tratado bien. Era un joven valiente, trataba de contener los gritos de dolor y se estremecía en el esfuerzo supremo por dominarse. Un «Boina Verde» joven, y tan valiente... No era cuestión de insultar su valentía con preguntas. Además, deliraba, y Cortez tenía otras muchas cosas que hacer.

Tenía un botiquín para tratar las heridas de la propia tropa. Cortez sacó una jeringuilla desechable, la llenó con morfina, clavó la aguja en una vena del brazo del soldado y empujó el émbolo. El muchacho se relajó al instante, embargado por una breve y maravillosa sensación de bienestar. Entonces dejó de respirar y su vida se extinguió. ¡Qué pena! A Cortez le hubiera gustado poder contar con hombres como ése, pero rara vez combatían por algo que no fuese una bandera. Tomó el teléfono y marcó el número que sólo él conocía.

-*Jefe,* anoche eliminamos a una de las fuerzas enemigas... Sí, *jefe,* eran diez, tal como yo sospechaba. Matamos a todos. Esta noche iremos por otro grupo... Pero hay un problema, *jefe.* El enemigo luchó bien, sufrimos muchas bajas. Necesito más gente para la misión de esta noche. *Sí, jefe,* gracias. Es suficiente. Que vayan a Río-sucio y que sus jefes se presenten a mí para recibir las instrucciones. ¿De veras? Me parece muy bien. Lo esperamos.

Con suerte, pensó Cortez, *el otro pelotón estadounidense combatirá como el primero.* Así, en una semana, eliminaría dos tercios de la tropa del Cártel y algunos de los jefes. Todo marchaba viento en popa. La jugada era arriesgada y difícil, pero los pasos más complicados habían quedado atrás.

Fue un funeral rápido. Greer era viudo, y además se había separado de su esposa mucho antes de que ella muriera. El motivo de la separación yacía junto al hoyo rectangular en Arlington, bajo la sencilla lápida blanca del teniente primero de Infantería de Marina Robert White Greer, su único hijo, graduado de la Academia Naval y muerto en Vietnam. Ni Moore ni Ritter habían conocido al joven; James no tenía fotografías de él en su despacho. El SDI había sido un hombre sentimental, pero no sensiblero. Sin embargo, muchos años antes, había pedido que lo enterraran junto a su hijo, y debido a su grado y posición se había hecho una excepción y se le había reservado un lugar para ese acontecimiento tan ineludible como inoportuno, que afecta a todos los hombres por igual, En efecto, había sido un hombre sentimental, pero en el mejor sentido. Las razones estaban a la vista, pensó Ritter: los jóvenes inteligentes que James había adoptado para llevarlos a la Agencia; se había interesado por sus carreras, les había brindado su experiencia y su amistad.

La ceremonia fue breve y austera. Se hallaban presentes los escasos amigos íntimos de James, y un buen número de funcionarios del Gobierno. Entre ellos, el Presidente y -como Bob Ritter advirtió con indignación- el vicealmirante James A. Cutter. El Presidente pronunció un discurso en memoria del hombre que había servido a su país sin desmayo durante más de cincuenta años: reclutado a los diecisiete años, había ingresado luego en la Academia, alcanzado el grado de contraalmirante y finalmente, al asumir su cargo en la CIA, el de vicealmirante. «Un nivel de profesionalismo, integridad y devoción al servicio de su país que pocos han igualado y ninguno ha superado»; así resumió el Presidente la carrera del vicealmirante James Greer.

Librodot

Y ese grandísimo hijo de puta de Cutter escuchándolo ahí, en primera fila, pensó Ritter. Le causó asco, cuando la guardia de honor del 3.er Regimiento de Infantería plegó la bandera que había cubierto el ataúd. No había nadie para recibirla. Ritter pensaba que sería...

¿Dónde estaba Ryan? Giró la cabeza para mirar a su alrededor. No había advertido la ausencia de Jack de la delegación que había llegado directamente de Langley. A falta de una persona mejor, el juez Moore la recibió. Hubo apretones de manos e intercambio de palabras. Sí, lo mejor era hacerlo breve. Sí, hombres como él no aparecían todos los días. Sí, qué pesar, no tenía descendientes. No, no conocía a su hijo, pero supo que... Diez minutos más tarde, Ritter y Moore tomaban la avenida George Washington en el «Cadillac» de la Agencia.

-¿Dónde diablos está Ryan? -preguntó el director.

-No lo sé. Pensé que había venido por su cuenta.

Era una falta de consideración, pero Moore no estaba indignado, sino molesto. Llevaba la bandera sobre sus rodillas, con ternura, como si fuera un bebé, sin saber por qué..., hasta que se dio cuenta de que si había un Dios, como los pastores bautistas le habían enseñado en su juventud, y si James tenía un alma, entonces lo que él llevaba en sus manos era su mejor legado. Sentía su calidez al tacto, pero, aunque sabía que era producto de su imaginación o quizá del calor que la tela había absorbido del sol de la mañana, la energía que irradiaba la bandera que James había servido desde su adolescencia parecía acusarlo de traición. Esa mañana habían asistido a un entierro; pero, a tres mil kilómetros de allí, hombres enviados por la Agencia a cumplir una misión ni siquiera recibirían el vano premio de una tumba entre los suyos.

-¿Qué diablos hemos hecho, Bob? ¿Cómo nos hemos metido en esto?

-No lo sé, Arthur. No me preguntes, porque no lo sé.

-James tuvo suerte -murmuró el director de la CIA-. Él se retiró...

-¿Con la conciencia limpia? -Ritter volvió el rostro hacia la ventanilla, incapaz por el momento de mirar a su jefe-. Arthur, yo... -Pero no supo qué decir. Había ingresado en la Agencia en los años cincuenta, ascendido de agente a investigador, supervisor, jefe de destacamento y, finalmente, jefe de sección en Langley. Varios subordinados suyos habían muerto, pero sin haber traicionado a nadie. Siempre hay una primera vez para morir, y llegar a la rendición de cuentas final con la conciencia sucia era la máxima cobardía, el fracaso de toda una vida. Pero ¿qué podían hacer?

El trayecto a Langley era muy corto, y el coche se detuvo antes de que se le ocurriera la respuesta. Subieron en el ascensor. Moore se encerró en su despacho; Ritter, en el suyo. El autobús de las secretarias todavía no había llegado. Ritter se paseó entre aquellas cuatro paredes hasta que escuchó pasos y fue a ver a Mrs. Cummings.

-¿Ryan no ha aparecido, ni ha llamado?

-No, no lo he visto. ¿Sabe dónde está? -preguntó Nancy.

-No, no lo sé.

De vuelta a su despacho, Ritter telefoneó a la casa de Ryan, donde un contestador automático lo atendió. Buscó el teléfono profesional de Cathy en su agenda, se comunicó con su secretaria y, finalmente, con ella.

-Soy Bob Ritter. Necesito saber dónde está Jack.

-No lo sé -dijo la doctora Ryan cautelosamente-. Ayer me dijo que se iba de viaje, pero no a dónde.

Ritter se estremeció.

Librodot

-Cathy, por favor, tengo que saberlo. Esto es más importante de lo que se imagina. Créame, por favor. Tengo que saber a dónde fue.

-Le digo que *lo ignoro.* ¿Ustedes no lo saben tampoco? -preguntó, asustada.

Ryan está enterado.

-Bueno, lo buscaré. Por favor, no se preocupe, ¿de acuerdo?

Después de ese vano intento por tranquilizarla, el SDO fue derecho al despacho del juez Arthur Moore, director de la Agencia Central de Inteligencia, a quien halló sentado frente a su escritorio, contemplando en silencio la bandera plegada en forma de triángulo llamada sombrero de tres picos.

-Jack se ha ido. Su esposa dice que no sabe dónde está. Lo sabe, Arthur. Ha ido a hacer algo.

-¿Cómo diablos pudo enterarse?

-Yo qué sé. -Ritter pensó un instante-. Vamos a su despacho -dijo a su jefe.

Una vez allí, Ritter corrió el panel que ocultaba la caja de seguridad, marcó la combinación, pero sólo consiguió encender la luz de alerta.

-¡Mierda! -exclamó Ritter-. Estaba seguro de recordarla.

-¿La combinación de James?

-Sí. Sabes cómo era él, detestaba estas porquerías, nunca... -Miró a su alrededor y lo descubrió al tercer intento, cuando sacó la bandeja-. Pero si he marcado bien los números. A ver... -Esa vez, además de luz, se encendió la alarma intermitente. Ritter verificó el número de nuevo..., y vio que había algo más escrito en la hoja-. Dios mío.

Moore asintió y fue a la puerta.

-Nancy, avise a Seguridad que hemos sido nosotros los que tratamos de abrir la caja. Parece que Jack ha modificado la combinación sin acordarse de avisarnos. -El director cerró la puerta y volvió.

-Lo sabe todo, Arthur.

-Así parece. Tenemos que estar seguros.

Fueron al despacho de Ritter. Éste había destruido los papeles, pero no su memoria. Uno no olvida los nombres de los que han recibido la Medalla de Honor. Buscó el número en la agenda oficial y llamó a la Escuadra de Operaciones Especiales 1, en la base aérea Eglin.

-Quiero hablar con el coronel Paul Johns -dijo Ritter al sargento que recibió la llamada.

-El coronel Johns está ACS, señor. No sé a dónde ha ido.

-¿Quién lo sabe?

-El jefe de operaciones de la escuadra tal vez lo sepa, señor. Esta línea no es segura, señor -añadió el sargento.

-Dígame el número. -El sargento lo hizo, y Ritter llamó desde una línea segura a otra igual.

-Necesito encontrar al coronel Johns -dijo, después de identificarse.

-Señor, tengo órdenes de no dar esa información a nadie. Y eso significa a nadie, señor.

-Comandante, si ha vuelto a Panamá, necesito saberlo. Su vida depende de ello. Ha sucedido algo que él debe saber.

-Señor, tengo órdenes...

Librodot

-Al diablo con sus órdenes, hijito. Si no me lo dice, y si esa tripulación muere, usted tendrá la culpa. Decida, comandante. ¿Sí o no?

El oficial nunca había estado en combate. Para él, las decisiones de vida o muerte eran una cuestión puramente teórica..., hasta ese momento.

-Señor, volvieron al mismo lugar. Con la misma tripulación. No le diré nada más.

-Gracias, comandante. Ha hecho lo correcto. De veras, no lo dude. Sugiero que informe de esta llamada a quien corresponda, y por escrito.

Ritter cortó. Moore había escuchado por la extensión.

-Sí, es Ryan -asintió el director-. Bueno, ¿qué hacemos?

-Tú decides, Arthur.

-¿A cuántos más vamos a matar, Bob? -preguntó Moore. En ese momento, lo que más temía era mirarse en un espejo y ver su degradada imagen.

-¿Estás seguro de que comprendes cuáles son las consecuencias?

-¡A la puta mierda con las consecuencias! -dijo el ex presidente del Tribunal de Apelaciones de Texas.

Ritter asintió y apretó un botón de su teléfono interno. Habló con su voz de mando habitual: «Tráiganme todo lo que haya recibido *CAPER* en las últimas cuarenta y ocho horas». Otro botón: «Avise al jefe del destacamento en Panamá que espero su llamada en media hora. Y que deje todo lo que está haciendo porque va a tener un día muy ajetreado». Dejó el auricular sobre la horquilla. Tenían que esperar unos minutos, pero no era el momento de hacerlo en silencio.

-Gracias a Dios -dijo Ritter, al cabo de unos segundos.

-Lo mismo digo, Robert. -Moore sonrió por primera vez en todo el día-. Es muy agradable volver a sentirse hombre, ¿verdad?

El policía militar lo llevó a punta de pistola. El hombre de traje color café dijo que se llamaba Luna, y que ya habían registrado su maletín en busca de armas. Clark lo reconoció.

-¿Qué diablos haces aquí, Tony?

-¿Quién es? -preguntó Ryan.

-Jefe del destacamento en Panamá -respondió Clark-. Tony, espero que tengas un motivo muy bueno.

-Traigo un télex al doctor Ryan de parte del juez Moore.

-¿Cómo?

Clark lo llevó del brazo a la oficina. Tenían poco tiempo. Él y Larson partirían en pocos minutos.

-Espero por tu bien que no sea alguna jodida broma -dijo Clark.

-Oye, yo sólo traigo un mensaje -replicó Luna-. Y deja de hacerte el macho, que el único latino aquí soy yo. -Entregó una hoja a Jack.

TOP SECRET- SÓLO PARA SDI

Imposible restablecer comunicación con pelotones SHOWBOAT.

Tome cualquier medida que crea necesaria para retirar efectivos del país. Avise a Clark sea cuidadoso. Material adjunto puede servirle a usted. C. no está enterado. Buena suerte. M/R.

-No se puede decir que sean idiotas -suspiró Jack al entregarle la hoja a Clark. El encabezamiento constituía un mensaje de por sí, que no tenía nada que ver con la distribución ni con la seguridad-. La cuestión es si significa lo que yo creo.

-Significa que hay un HPR menos de que preocuparse. Mejor dicho, dos -dijo Clark. Ojeó las hojas de fax-. ¡Mierda! -Dejó las hojas sobre la mesa, se paseó, contempló los aparatos en el hangar. Bien, dijo para sus adentros. Clark no perdía el tiempo. Habló con Ryan durante varios minutos. Se volvió-: Vámonos, muchacho. Tenemos mucho que hacer.

-¿Radios de repuesto? -preguntó el coronel Johns al verlo salir.

-Dos, con pilas nuevas, varios juegos de repuesto -dijo Clark.

-Me gusta trabajar con alguien que ha estado allí unas cuantas veces -dijo P.J.-. Seis toques, Mr. Clark.

-Como siempre, coronel Johns -dijo Clark al dirigirse a la puerta-. Hasta luego.

Se abrieron las puertas del hangar. Una carretilla se llevó el «Beechcraft» a la luz del sol. Ryan escuchó el ruido de los motores, primero muy fuerte, luego cada vez más débil a medida que el aparato se alejaba por la pista.

-¿Y nosotros? -preguntó al coronel Johns.

Entró la capitana Frances Montaigne. Rostro francés, como el de sus antepasados, menuda, cabello renegrido. No era demasiado bonita, pero lo primero que Ryan pensó fue que debía de ser una fiera en la cama... Su propio pensamiento lo dejó atónito. También le parecía extraño que fuera piloto de combate de una unidad especial.

-El estado del tiempo es una mierda, coronel -anunció al entrar-. *Adela* se desplaza al Oeste a veinticinco nudos.

-Bueno, no hay nada que hacer. Buscarlos y sacarlos de allí no va a ser problema.

-Pero la vuelta es otra cosa, P.J. -dijo Montaigne con aire lúgubre.

-Por una vez, Francie. Además, tenemos un lugar de descenso alternativo.

-Nadie está tan loco, coronel. Ni siquiera usted.

P.J. se volvió a Ryan y meneó la cabeza.

-No hay respeto por el superior.

La mayor parte *de* la travesía fue sobre el mar. Larson pilotaba el avión con la confianza y la serenidad de siempre, pero sus ojos se volvían una y otra vez hacia el Nordeste. Las nubes, altas y tenues, eran el inconfundible presagio del huracán. Detrás de ellas se acercaba *Adela,* que ya había escrito su capítulo en la Historia. Nacido frente al archipiélago de Cabo Verde, había cruzado el Atlántico a una velocidad media de diecisiete nudos; en el Caribe oriental había perdido fuerza, para recuperarla después; había virado sucesivamente al Norte, al Oeste e incluso hacia el Este. No se veía nada igual desde *Juana,* años atrás. Aunque era pequeño por tratarse de un huracán, y su fuerza era insignificante en comparación con la de *Camila, Adela* era peligroso, con sus vientos de sesenta y cinco nudos. Los únicos que volaban cerca de los ciclones tropicales eran los abnegados pilotos que rescataban a las víctimas, hombres a quienes el mero peligro mortal aburría. No era un lugar para un «Beechcraft» bimotor, aunque lo pilotara un as de los ases. Larson hacía ya sus planes. Si la misión fracasaba, si la tormenta cambiaba otra vez de rumbo, pensaba dónde aterrizaría para reabastecerse y seguir rumbo al Sudoeste bordeando el remolino gris, que continuaba su marcha inexorable. El tiempo estaba sereno, no había viento. Cualquiera se engañaba. El piloto se preguntó cuánto tardaría en convertirse en algo muy distinto. Y ése era sólo uno de los peligros que lo acechaban.

A su lado, Clark mantenía la mirada clavada en el parabrisas, el rostro inmutable y asombrosamente sereno. No veía el paisaje, sino rostros, algunos muertos, vivos los otros. Recordaba combates, peligros, miedos, fugas que había compartido con esas personas. Recordaba sobre todo las lecciones, aprendidas en las aulas y en las conferencias, pero, sobre todo, en la acción. John Terence Clark no era un hombre olvidadizo. Poco a poco, su memoria evocó las lecciones pertinentes para la misión en curso, referidas al hecho de hallarse solo en territorio enemigo. Luego vio los rostros que participarían en la acción. Los vio, a pocos centímetros de sus ojos, vio las expresiones que esperaba ver en ellos, y las evaluó para comprender a sus dueños. Por último, formuló su plan. Pasó revista a sus objetivos y los valoró en relación con los que atribuía al oponente. Formuló planes de alternativa y pensó en todo lo que podía andar mal. Hecho eso, se obligó a dejar de pensar. A partir de determinado momento, la imaginación se volvía enemigo. Cada segmento de la operación estaba encerrado en su propio compartimiento; él abriría uno cada vez. Confiaría en su experiencia y en su instinto. Pero no podía acallar la pregunta: ¿Y si esas cualidades le fallaban?

Sucederá, tarde o temprano -se dijo-. *Pero no será hoy.*

Siempre pensaba lo mismo.

P.J., con el capitán Willis y la capitana Montaigne, se tomó dos horas para planificar la misión en todos sus detalles: dónde se reabastecerían, dónde orbitaría el avión si algo andaba mal. Las rutas de escape en caso de peligro. Luego informaron a todos los tripulantes. Más que una necesidad, era una obligación moral, porque esa noche arriesgarían sus vidas y debían saber por qué. Como siempre, el sargento Zimmer hizo algunas preguntas y una sugerencia importante que fue incorporada al plan. Llegó el momento de iniciar el prevuelo. Cada uno de los sistemas fue sometido a controles y verificaciones que duraron varias horas. De paso, entrenaban a los nuevos tripulantes.

-¿Conoce estas ametralladoras? -preguntó Zimmer a Ryan.

-Nunca he disparado una de estas muñecas -dijo Ryan, con una mano sobre la recámara.

El arma era una versión a escala reducida del cañón «Vulcan» de 20 mm, con un juego de seis cañones calibre 30 que giraba en el sentido de las agujas del reloj impulsado por un motor eléctrico, tomando los proyectiles de un enorme cajón a la izquierda del soporte. Tenía dos velocidades, de cuatro o seis mil proyectiles por minuto, o sea sesenta y seis o cien por segundo. La mitad de los proyectiles eran trazadores. Eso producía un efecto psicológico, ya que una ráfaga del arma parecía un rayo láser de película espacial, encarnación de la muerte. También servía para apuntar el arma porque, según Zimmer explicó, el fogonazo era enronquecedor, como el sol del mediodía. Le mostró todo el sistema: los disparadores, cómo detenerlos, cómo apuntar.

-¿Qué sabe usted de combate, señor?

-Depende. ¿Qué quiere decir?

-El combate es una situación en la que gente armada trata de matarlo a uno -explicó Zimmer con paciencia-. Es peligroso.

-Lo sé. He estado en combate un par de veces. Pero no insista, por favor, que ya estoy bastante asustado.

Ryan contempló el arma, el interior del helicóptero, y se preguntó una vez más por qué había cometido la estupidez de ofrecerse para acompañarlos. Pero no tenía alternativa. Si enviaba a esos hombres a arriesgar sus vidas, ¿cuál era la diferencia entre él y Cutter? Inmóvil sobre el suelo de hormigón del hangar, el helicóptero parecía tan enorme y fuerte y seguro...

Librodot

Pero era un aparato diseñado para volar en los cielos turbulentos de un espacio aéreo enemigo. Era un helicóptero: Ryan los detestaba más que a los aviones.

-Lo más notable es que quizá sea una misión fácil -dijo Zimmer-. ¿Sabe una cosa? Si hacemos las cosas bien, es cuestión de entrar y salir, nada más.

-Eso es lo que me asusta, sargento -dijo Ryan, riéndose de sus propios temores.

Aterrizaron en Santágueda. Larson conocía al administrador del aeroclub local y consiguió que le prestara su furgoneta «Volkswagen». Los oficiales de la CIA fueron hacia el Norte y al cabo de una hora llegaron a Anserma. Dieron algunas vueltas y en media hora hallaron lo que buscaban: un camino privado de tierra por donde circulaban algunos camiones y un automóvil de aspecto lujoso. Las indicaciones de CAPER seguían siendo exactas, y Clark había visto el lugar desde el aire. Efectuada la verificación, partieron de nuevo hacia el Norte, hasta las afueras de Vega del Río, donde tomaron un camino lateral que subía a las montañas. Clark estudió su mapa hasta que Larson se detuvo en la cima de una cuesta. Sacaron el transmisor.

-*Cuchillo,* aquí *VARIABLE,* cambio. -Lo intentaron en vano durante cinco minutos. Larson tomó por distintos caminos y sendas vecinales, en busca de elevaciones desde las cuales intentar un enlace. En el quinto intento, a las tres de la tarde, obtuvieron respuesta.

-Aquí, *Cuchillo.* Cambio.

-Chávez, soy Clark. ¿Dónde diablos están? -Desde luego, habló en español.

-Espere, tenemos que hablar.

-Eres bueno de veras, chico. En el Tercer SOG hubieras sido muy útil.

-¿Por qué habría de confiar en usted? Alguien nos ha abandonado. Alguien que decidió dejarnos aquí.

-Yo no fui.

-Ah, cuánto me alegro -fue la respuesta, amarga y escéptica.

-Chávez, estamos hablando por una red que tal vez está intervenida. Si tienes un mapa, búscanos en las siguientes coordenadas -dijo Clark-. Somos dos, en una furgoneta «Volkswagen» azul. Verifícalo, tómate el tiempo que quieras.

-¡Ya lo hice! -dijo el transmisor.

Clark giró rápidamente: a seis metros, un hombre le apuntaba con un AK-47.

-Tranquilo todo el mundo -dijo el sargento Vega. Aparecieron tres hombres más entre los árboles. Uno llevaba una venda ensangrentada en el muslo. Chávez portaba un AK-47 en bandolera, pero había conservado su MP-5 con silenciador. Fue derecho a la furgoneta.

-No está mal, chico -dijo Clark-. ¿Cómo lo has sabido?

-Radio UHF. Tuvo que transmitir desde lugares altos, ¿no? Encontré seis en el mapa. Escuché una de sus transmisiones anteriores y vi la furgoneta hace media hora, cuando venía para acá. Ahora, ¿se puede saber qué mierda ocurre?

-Antes que nada, veamos esa herida. -Clark bajó de la furgoneta y entregó su pistola a Chávez, sosteniéndola por el cañón-. Tengo un botiquín de primeros auxilios.

El herido era el sargento Juardo, fusilero del 1.° de la Infantería de Montaña, con base en Foil Drum. Clark abrió la puerta trasera de la furgoneta, lo ayudó a subir y a tenderse, y le quitó la venda.

-¿Usted sabe lo que hace? -preguntó Vega.

Librodot

-Fui comando de la Armada -dijo Clark, y alzó su brazo para mostrar el tatuaje. Tercer Grupo de Tareas Especiales-. Estuve mucho tiempo en Vietnam, pero lo que yo hacía, no salía en los noticieros.

-¿Qué grado?

-Suboficial contramaestre principal, el equivalente de un suboficial principal del Ejército. -Clark examinó la herida. Era grave, pero no fatal, salvo que el hombre se desangrara, lo que hasta el momento no había sucedido. Aparentemente, los infantes se habían desempeñado bien. Clark espolvoreó la herida con sulfamida-. ¿Tienen expendedores de sangre?

-Acá hay uno -dijo el sargento León. Le entregó una bolsa con aguja intravenosa-. No sabemos cómo se usa.

-No es difícil. Miren. -Apretó con fuerza el antebrazo de Juardo y le dijo que cerrara el puño. Hundió la aguja en la vena del pliegue del codo-. ¿Lo ven? Bueno, no es tan fácil. Yo tengo práctica porque mi esposa es doctora en un hospital. ¿Cómo te sientes, chico? -preguntó al paciente.

-Es bueno estar sentado -dijo Juardo.

-No quiero darte una inyección para el dolor, tal vez te necesitemos despierto. ¿Podrás aguantar?

-Usted lo dice, amigo. Oye, *Ding,* ¿tienes caramelos?

Chávez le dio su frasco de «Tylenol».

-Sin abusar, Pablo. Son los últimos.

-Gracias, *Ding.*

-Hay sandwiches en la cabina -dijo Larson.

-¡Comida al fin! -Vega corrió hacia allí, y, momentos después, los cuatro soldados, famélicos, se atragantaban de sandwiches y «Coca-Cola»

-¿Cómo consiguieron las armas?

-Del enemigo. Nos quedaban pocas municiones para los dieciséis, y me pareció que nos convenía adaptarnos un poco al medio ambiente, como quien dice.

-Sabes pensar, chico.

-Bueno, ¿cuál es el plan?

-Ustedes deciden -dijo Clark-. Suben a la furgoneta, en tres horas los llevamos al aeropuerto, tres horas más de avión y se acabó, están de vuelta en territorio estadounidense.

-¿O...?

-Dime, Chávez, ¿te gustaría vengarte del hijo de puta que os metió en esto?

No necesitó esperar para oír la respuesta.

El almirante Cutter dormitaba frente a su escritorio cuando el teléfono sonó. La luz intermitente le indicó quién llamaba.

-Ordene, señor Presidente.

-Venga de inmediato.

-Voy, señor.

Durante el verano, la actividad en la Casa Blanca es tan escasa como en cualquier otra sección oficial. La agenda del Presidente estaba más ocupada que nunca con esas audiencias ceremoniales que fascinaban al político, pero fastidiaban sobremanera al ejecutivo. Estrecharle la mano a la «Reina de la Leche Chocolatada», como él llamaba a la lista interminable de visitas, aunque algunas veces se preguntaba si con el cambio drástico que estaban sufriendo las costumbres sexuales, no habría una «Reina del Condón». La tarea era más ardua de lo que la mayoría de la gente cree. Por cada visitante había una hoja de papel, con dos o tres párrafos de información para que él o ella pensara, al partir: *Diablos, el Presidente sabe de qué se trata.* Le interesa de veras. Le gustaba estrechar manos, hablar con el ciudadano común, pero no ahora que faltaba una semana para la convención de su partido, y las encuestas -malditas- lo mostraban en desventaja, como lo remarcaban todos los informativos de la televisión al menos cada tres días.

-¿Qué pasa en Colombia? -preguntó el Presidente apenas se cerró la puerta.

-Señor, usted me dijo que liquidara ese asunto. Es lo que estoy haciendo.

-¿Algún problema con la CIA?

-No, señor Presidente.

-Dígame exactamente...

-Usted me dijo que no quería saberlo, señor.

-¿Quiere decir que es algo que yo no debo saber?

-Quiere decir que cumplo sus instrucciones, señor. Di ciertas órdenes que se están cumpliendo. No creo que se queje de las consecuencias.

-¿De veras?

Cutter se relajó.

-En un sentido, señor Presidente, la operación ha obtenido un éxito total. El contrabando de drogas ha disminuido y seguirá disminuyendo en los próximos meses. Yo diría que, por ahora, lo mejor es dejar que la Prensa diga lo que quiera. Usted puede hacer alguna declaración más adelante. Les dimos duro. Operación *TARPÓN* es un gran golpe en nuestro favor. *CAPER* nos permite reunir más información, y, en algunos meses, habrá arrestos espectaculares.

-¿Y eso cómo lo sabe usted?

-Yo mismo dispuse todos los arreglos, señor.

-¿Cómo lo hizo? -El Presidente vaciló-. ¿Algo más que yo no debo saber?

Cutter asintió.

-Doy por sentado que todo lo que usted ha hecho es legal - dijo el Presidente para que quedara una constancia en la grabadora.

-Desde luego, puede darlo por sentado, señor. -Era una respuesta astuta, que podía significar mucho o nada, según se mirara. Cutter estaba enterado de la existencia de la grabadora.

-¿Está seguro de que están cumpliendo sus instrucciones?

-Por supuesto, señor Presidente.

-Verifíquelo.

Le había llevado mucho más tiempo de lo previsto. El inspector O'Day trató de leer la hoja impresa por el ordenador, pero era como leer en kurdo. La mitad de la hoja estaba cubierta de párrafos que no eran más que unos y ceros.

-Lenguaje informático -dijo el consultor-. El que hizo este programa es un profesional de primerísima. He recuperado un cuarenta por ciento, más o menos. Es un algoritmo de transposición, tal como pensé.

-Eso ya me lo dijo.

-No es ruso. Recibe un mensaje y lo cifra. Eso no es nada, cualquiera lo hace. La trampa está en que el sistema se basa en una señal de entrada independiente exclusiva para esa transmisión, por encima del algoritmo de codificación ya incluido en el sistema.

-No entiendo palabra.

-Significa que la operación del sistema está regida por un enlace computerizado que se halla en alguna parte. Ruso, no es, desde luego. Ellos no disponen del *hardware* necesario, salvo que nos hayan robado uno de última generación. Por otra parte, parece que la señal de entrada que introduce la variable en el sistema proviene de los satélites «NAVSTAR». Especulando un poco, diría que usa una señal de tiempo muy precisa para fijar la clave de codificación, señal de tiempo, y cada transmisión tiene su propia clave. Es de una astucia increíble. O sea, que son los muchachos de Seguridad Nacional. Los satélites «NAVSTAR» usan relojes atómicos para medir el tiempo con la máxima precisión, y la parte más compleja del sistema también está cifrada. Es decir, tenemos un método para cifrar una señal de manera tal que uno no puede descifrarla ni duplicarla aunque sepa cómo se hace. El que creó el sistema, tiene acceso a absolutamente todo lo que tenemos. He trabajado para Seguridad Nacional, pero nunca había oído hablar de esta belleza.

-¿Qué pasa si el disco se destruye?

-Se acabó el enlace. Definitivamente. Si esto es lo que parece, hay un enlace ascendente que controla el algoritmo, y estaciones terrestres que lo copian. Si borra el algoritmo, como hicieron con éste, los tipos en el otro extremo no pueden volver a comunicarse con usted y nadie volverá a comunicarse con ellos. Sistema más seguro, no lo hay.

-¿Qué se puede deducir de todo esto? ¿Sabe algo más?

-La mitad de lo que he dicho es especulación, aunque bien fundada. No puedo reconstruir el algoritmo, pero creo saber cómo funcionaba. Lo del «NAVSTAR» es una suposición, aunque bien fundada. Recuperé parcialmente el proceso de transposición, que lleva el inconfundible sello de Seguridad Nacional. El que escribió el código informático es un maestro. Y es nuestro, de eso no cabe la menor duda. Me parece que es el código informático más complejo que tenemos. El que lo usó tiene que ser alguien con acceso a las altas esferas. Y la misma persona, quienquiera que sea, lo destruyó. No se puede usar de nuevo. O sea que la operación para la cual lo usó debe haber finalizado.

-Sí -dijo O'Day, mientras un escalofrío le recorría la espalda-. Hizo un buen trabajo.

-Ahora usted hágame el favor de escribir una nota para explicar a mi profesor por qué no me he presentado a examen.

-Lo haré, no se preocupe -prometió O'Day al salir. Se dirigió al despacho de Dan Murray, donde se enteró, con gran sorpresa, de que había salido. Luego llamó a la puerta de Bill Shaw.

Media hora más tarde, llegaron a la conclusión de que se había cometido un crimen. Faltaba resolver qué hacer al respecto.

Librodot

El helicóptero llevaba poca carga. Las exigencias de la misión eran más arduas que en las de infiltración, y la velocidad, un factor importante. El «Pave Low» llegó a su altura de crucero y se reabasteció del MC-130E. Esta vez no hubo conversaciones inútiles.

Ryan viajaba cerca de la puerta trasera, sujeto por el cinturón de seguridad mientras el MH-53J se agitaba violentamente bajo las turbinas del cisterna. Vestía traje de vuelo y casco verde. Sobre el traje llevaba un chaleco antibalas. Zimmer le había dicho que probablemente era capaz de detener un proyectil de pistola, seguramente los fragmentos de una granada, pero difícilmente un tiro de fusil. Una preocupación más. Separados del avión cisterna -con el que se conectarían otra vez antes de aterrizar- Jack se volvió para echar una mirada al cielo. Empezaba a nublarse: eran las primeras vanguardias de *Adela.*

La herida de Juardo complicó un poco la situación, y les obligó a modificar los planes. Lo dejaron en el asiento de Clark en el «Beechcraft», con un transmisor y pilas de repuesto, y volvieron a Anserma. Larson seguía el estado del tiempo, que empeoraba hora por hora. Para cumplir su parte de la misión, debía despegar en noventa minutos.

-¿Cómo están de municiones? -preguntó Clark en la furgoneta.

-Para los AK tenemos de sobra -dijo Chávez-. Para las metralletas, unas sesenta cada uno. No sabía que los silenciadores eran tan útiles.

-Sí que lo son. ¿Granadas?

-¿En total? -preguntó Vega-. Cinco de fragmentación, dos de gas.

-¿A dónde vamos? -preguntó *Ding* al cabo de un rato.

-A una granja en las afueras de Anserma.

-¿Hay mucha guardia?

-No lo sé.

-Oiga, espere, ¿en qué nos estamos metiendo? -exclamó Vega.

-Quédese tranquilo, sargento. Si vemos que no podemos con ellos, nos retiramos y listo. Lo primero que vamos a hacer es acercarnos a ver qué ocurre. De eso nos ocuparemos Chávez y yo. Antes de que me olvide, tengo pilas de repuesto, si las necesitan,

-¡Joder! -Chávez cambió las pilas de sus gafas-. ¿Quién está en la casa?

-Dos que buscamos desde hace tiempo. El Número Uno es Félix Cortez -dijo Clark, y agregó algunos datos-. Él dirige la operación contra *SHOWBOAT...* Por si no lo sabían, es el nombre de la operación llevada a cabo por ustedes. También tuvo que ver con el asesinato del embajador. Lo quiero vivito y coleando. El Número Dos es un señor de apellido Escobedo. Uno de los jefes máximos del Cártel. Muchos quieren verlo muerto.

-Sí, hasta ahora no cogimos a ninguno de los jefes.

-Al contrario, cogimos a cinco o seis de esos hijos de puta. Ésa era mi tarea en esta misión -dijo Clark mirando a Chávez. Tenía que decirlo para consolidar su credibilidad.

-Pero cómo, dónde...

-Escuchen, muchachos, ya he dicho más de lo que debía. Uno no anda por ahí contando que ha matado a cierta gente, independientemente de quién le dio la orden de hacerlo.

-¿De veras es capaz de hacerlo?

Clark meneó la cabeza.

Librodot

-A veces sí, a veces no. Ustedes son soldados de primera: si no, no estarían aquí. Y a veces todo es cuestión de suerte.

-Nosotros caímos en una trampa -dijo León-. No sé qué fue lo que hicimos mal, pero el capitán Rojas...

-Lo sé, vi a unos hijos de puta que echaban su cadáver en un camión...

León se enderezó.

-¿Y qué...?

-¿Qué hice? Eran tres tipos. Los eché en el camión. Después le prendí fuego. No me gustó hacerlo, pero quería atraer a los tipos que cazaban al pelotón *Bandera.* Fue poca cosa; además, en ese momento no tenía otro recurso.

-Bueno, ¿y quién nos quitó el helicóptero?

-El mismo que interrumpió las comunicaciones. Cuando esta misión acabe, iré a buscarlo. Uno no manda a la gente a combatir para abandonarla después, qué mierda.

-¿Y qué le hará? -quiso saber Vega.

-Le haré chas-chas en la colita. Ahora, escuchen, preocúpense por lo que vamos a hacer esta noche. Una cosa cada vez. Ustedes son soldados, no chicas de secundaria. La consigna es: hablar poco y pensar mucho.

Chávez, Vega y León asintieron, y se dedicaron a poner su equipo en condiciones. La furgoneta era amplia, con lugar de sobra para desmontar y limpiar las armas. Llegaron a Anserma al atardecer, y aparcaron en un lugar apartado, a un par de kilómetros de la casa. Clark se llevó las gafas de Vega y salió a pasear con Chávez.

Eran campos cultivados, pero no se veía qué habían plantado allí. Los árboles eran escasos, los habían derribado para cultivar el terreno y para obtener leña. Caminaron rápidamente y en media hora tuvieron la casa a la vista. Del bosque a la casa había doscientos metros de terreno llano.

-Difícil -comentó Clark desde su puesto.

-Cuento seis, todos con AK.

-Hay visitas -dijo el oficial de la CIA. El sonido era el producido por un «Mercedes Benz», el coche más común en el Cártel. Lo acompañaban otros dos, uno delante y otro atrás. Seis guardias bajaron a inspeccionar el terreno.

-Escobedo y Latorre -dijo Clark, mirándolos con los prismáticos-. Dos de los jefes visitan al coronel Cortez. Me pregunto...

-Son demasiados -dijo Chávez.

-¿Has observado que no les han pedido santo y seña, ni nada parecido?

-¿Y qué?

-Quiere decir que si lo hacemos bien, son nuestros.

-Pero cómo...

-Piensa, usa tu mente creativa -dijo Clark-. Volvamos. -Tardaron veinte minutos en llegar a la furgoneta. Clark sintonizó un transmisor-: *César,* aquí Víbora, cambio.

Se reabastecieron por segunda vez a la vista de la playa. Lo harían una vez más al volver a Panamá. En ese momento no parecía muy probable que tuvieran que recurrir a la alternativa.

Librodot

Francie Montaigne pilotaba su «Combat Talon» con la pericia de siempre, y las cuatro hélices giraban al unísono. Los operadores de radio se comunicaban con las tropas sobrevivientes en tierra para aliviar esa tarea a los del helicóptero. Por primera vez desde el comienzo de la misión, las tripulaciones aéreas funcionaban de acuerdo con las normas. El MC-130E coordinaba las piezas, orientaba al «Pave Low» para acercarlo a su destino y alejarlo del peligro, a la vez que lo abastecía de combustible.

Atrás, las cosas andaban mejor. Ryan se paseaba por todo el interior. Ya estaba harto de sentir miedo y fue capaz de usar el orinal sin errar el blanco. Los tripulantes lo aceptaban como un intruso calificado, lo cual parecía tener cierta importancia para él.

-Ryan, ¿me escucha?

Jack apretó el micrófono:

-Sí, coronel.

-Su hombre en tierra quiere cambiar algo.

-¿Como qué?

P.J. se lo dijo y añadió:

-Aparte de un reabastecimiento más, no hay problema. Usted decide.

-¿Está seguro de poder hacerlo?

-No hago más que ganarme el sueldo.

-De acuerdo. Quiero a ese hijo de puta con vida.

-Entendido. Sargento Zimmer, en un minuto sobrevolamos tierra. Verifique los sistemas.

El ingeniero de vuelo estudió su tablero.

-Todo bien, P.J. Me parece que no hay problema, señor. Luz verde.

-Bien. Primero recogemos a *Profecía.* Tiempo estimado de llegada, dos cero minutos. Ryan, agárrese fuerte. Vamos a abrazar el terreno. Tengo que hablar con mi respaldo.

Jack no lo entendió. Pero se enteró apenas cruzaron las primeras sierras costeras. El «Pave Low» se alzó como un ascensor enloquecido y luego cayó de repente al pasar la cima. El helicóptero volaba con piloto automático computerizado, programado para seguir los accidentes del terreno a pocos metros de altura. Sus diseñadores habían pensado en la seguridad, no en la comodidad. Ryan no sentía lo uno ni lo otro.

-Tres minutos para el primer aterrizaje -anunció el coronel Johns media eternidad más tarde-. Active todo, Buck.

-Entendido. -Zimmer accionó una palanca de su consola-. Controles, activados. Armas, activadas.

-Artilleros, a sus armas. Usted también, Ryan -añadió P.J.

-Gracias -jadeó Jack sin apretar el botón del micrófono. Ocupó su puesto en el lado izquierdo del helicóptero y encendió el cañón de su ametralladora, que comenzó a rotar al instante.

-Arribo, un minuto -dijo el copiloto-. Veo una señal a las once. Bien. *César* a *Profecía,* me copia, cambio.

Jack escuchaba la mitad de la conversación sólo, pero agradeció mentalmente a los tripulantes que le permitieran escuchar algo.

-Entendido, *Profecía,* repita su situación... Entendido, allá vamos. Buena señal. Treinta segundos. Allá atrás, preparados -dijo el capitán Willis a Ryan y a los demás-. Aseguren armas, aseguren armas.

Jack apartó los pulgares del disparador y apuntó la ametralladora al cielo. El helicóptero descendió con la trompa apuntando hacia arriba y se detuvo a escasos treinta centímetros de tierra.

-Buck, dígale al capitán que venga a la cabina de inmediato.

-Entendido, P.J.

Ryan escuchó los pasos de Zimmer al correr hacia atrás, y luego el suelo vibró bajo sus pies: los soldados subían a la carrera. Mantuvo la vista en el exterior, más allá del cañón giratorio del arma, hasta que el helicóptero despegó. Entonces apuntó hacia el suelo.

-Bueno, me parece que no estuvo tan mal, ¿no? -comentó el coronel Johns al enfilar hacia el Sur-. Y pensar que nos pagan por esto. ¿El barreminas?

-Enganchado, señor -dijo Zimmer-. Ya han subido todos. Sin novedad, no hubo bajas.

-Capitán...

-Sí, mi coronel.

-Hay una misión para su gente, si le parece que están en condiciones...

-Dígame de qué se trata, señor.

El MC-130E «Combat Talon» sobrevolaba territorio colombiano. Su tripulación estaba un poco nerviosa, porque lo hacían sin autorización. Como principal tarea tenían la de coordinar las comunicaciones, lo cual era imposible llevar a cabo mientras sobrevolaban el océano, a pesar del equipo moderno que el cuatrimotor de apoyo transportaba.

En realidad, les hacía falta un buen radar. El equipo «Pave Low» «Combat Talon» debía operar bajo la supervisión de un AWACS; pero, en lugar de eso, un teniente y varios suboficiales hacían marcas en sus mapas mientras conversaban por una red de radio.

-*César,* diga su combustible -dijo la capitana Montaigne.

-Estamos bien, *Garra.* Seguiremos volando bajo. Calculo próximo reabastecimiento, ocho cero minutos.

-Ocho cero minutos, entendido. Tenga en cuenta posibilidad de transmisiones hostiles a esa hora.

-Entendido.

En efecto, era un problema. ¿Qué sucedería si el Cártel tuviera un hombre infiltrado en la Fuerza Aérea colombiana? Los dos aparatos norteamericanos serían presas fáciles para un P-51 de la Segunda Guerra Mundial.

Clark los esperaba con dos vehículos. Vega había robado un camión de tamaño suficiente para sus necesidades. Resultó que sabía puentear el encendido, pero cuando le preguntaron dónde había adquirido esos conocimientos, no quiso dar muchas explicaciones. El helicóptero aterrizó, los soldados corrieron hacia la luz de Chávez. Clark llamó al oficial y le dio instrucciones. El helicóptero despegó y enfiló hacia el Norte, a favor del viento de veinte nudos que azotaba el valle. Luego viró al Oeste en busca del MC-130, para reabastecerse una vez más.

Librodot

La furgoneta y el camión volvieron a la granja. La mente de Clark trabajaba a toda velocidad. Un tipo inteligente hubiera montado su centro de operaciones dentro de la aldea, para dificultar cualquier ataque. Cortez quería estar lejos de las miradas indiscretas, pero no había considerado los problemas de su seguridad física desde el punto de vista militar. Pensaba como un espía, cuya seguridad depende del sigilo, no como un soldado, que piensa en términos de armas y ángulos de fuego. *Cada cual tiene sus limitaciones,* pensó Jack. Clark viajaba en la caja del camión, rodeado por los soldados del pelotón *Profecía,* con quienes estudiaba el croquis del objetivo. *Una misión sin previo aviso, como en los viejos tiempos,* pensó. Se preguntó si los infantes serían tan buenos como los soldados del 3.er SOG. Pero también Clark tenía sus limitaciones. Los soldados del 3.er SOG habían sido jóvenes.

-Diez minutos -dijo en conclusión.

-De acuerdo -asintió el capitán-. Hasta ahora hemos tenido poco contacto con el enemigo. Poseemos municiones de sobra.

-¿Y bien? -preguntó Escobedo.

-Anoche matamos a diez norteamericanos. Esta noche mataremos otros diez.

-¡Pero las bajas que sufrimos! -objetó Latorre.

-Son soldados profesionales muy entrenados. Nuestros hombres los eliminaron, pero ellos son valientes y saben combatir. Hubo un solo superviviente -dijo Cortez-. El cadáver está aquí, en la otra habitación. Murió poco después de que lo trajeran.

-¿Cómo saben que no están cerca? -preguntó Escobedo. Hasta ese momento no había pensado en su propia seguridad.

-Sé dónde están todos los grupos enemigos. Esperan que vengan a recogerlos con un helicóptero, pero no saben que les han quitado ese apoyo.

-¿Cómo lo consiguió usted? -preguntó Latorre.

-Por favor, permitan que me reserve mis métodos. Ustedes me contrataron por mis conocimientos. No deben sorprenderse de los resultados.

-¿Y ahora?

-Nuestro grupo de asalto, de casi doscientos hombres, debe de estar a punto de atacar al segundo pelotón, que lleva el nombre de *Profecía.* Pasemos al otro asunto que nos ocupa. Se trata de saber quiénes son los miembros del Cártel que aprovechan la situación... o, mejor dicho, quiénes son los que trabajan de acuerdo con los norteamericanos para sus propios fines. Porque, como suele suceder en estos casos, parecería que cada bando utiliza al otro.

-No me diga -se sobresaltó Escobedo.

-*Sí, jefe.* Y ustedes no se sorprenderán al saber que he podido identificar a los que traicionan a sus camaradas. -Los miró con una sonrisa irónica.

Sólo había dos centinelas en el camino. Clark había vuelto a la furgoneta, mientras los soldados de Profecía atravesaban el bosque a la carrera para llegar al objetivo. León y Vega habían quitado una ventanilla lateral, que éste sostenía con la mano.

-¿Todos listos? -preguntó Clark.

-¡Ya! -replicó Chávez.

-Vamos.

Después de la última curva del camino, Clark disminuyó la velocidad hasta detener el vehículo junto a los dos centinelas. Éstos aprestaron sus armas.

-Disculpen, creo que estoy perdido -dijo Clark.

Era la señal: Vega dejó caer la ventanilla, Chávez y León alzaron sus MP-5 y dispararon derecho a la cabeza. Los dos cayeron al instante. El ruido de las metralletas con silenciador resultó muy fuerte dentro del vehículo.

-Bien hecho -dijo Clark, y tomó su transmisor-: *Profecía,* aquí *Víbora,* informe su situación.

-*Víbora,* aquí *Profecía. En posición. Repito, en posición.*

-*Entendido, preparados. Víbora* a *César.*

-*César* a *Víbora,* escucho.

-Diga su posición.

-A siete mil quinientos metros del objetivo.

-Entendido, *César,* mantenga esa posición a siete mil quinientos metros. Aviso que atacamos.

Clark apagó los faros, avanzó cien metros más hasta una curva. Giró y detuvo la furgoneta de tal manera que el camino quedó bloqueado.

-Quiero una granada -dijo. Dejó las llaves puestas en el contacto. Primero, aflojó la clavija. Luego, sujetó la granada al picaporte. Con otro alambre, unió la clavija al pedal del acelerador. El que abriera esa puerta se llevaría una linda sorpresa.

-Muy astuto, Mr. Clark -comentó Chávez.

-Chico, yo fui un *ninja* antes de que estuviera de moda. Ahora, silencio y a trabajar.

No era el momento para las risas ni la cháchara inútil. La sensación de volver a la juventud era agradable, pero lo hubiera sido más si no hubiese dedicado sus años mozos a cosas que convenía olvidar.

Volvía a sentir la euforia de conducir hombres a la lucha. Era algo terrible y peligroso, pero también algo en que nadie lo superaba. En ese momento no era Mr. Clark, sino la *Víbora,* el hombre cuyos pasos nadie había escuchado. Tardaron cinco minutos en llegar a su punto de ataque.

El Ejército nortvietnamita era un enemigo más peligroso que ése. Todas las tropas de seguridad rodeaban la casa. Se puso las gafas de Vega para contarlos; luego barrió el terreno en busca de tipos aislados, pero no los había.

-*Víbora* a *Profecía* Seis, diga su posición.

-Estamos en el límite del bosque al norte del objetivo.

-Muestre la infrarroja para marcar su posición.

-Hecho.

Clark volvió la cabeza: vio en sus gafas la luz infrarroja intermitente, a diez metros del límite del bosque. Chávez, que escuchaba la conversación con su radio, hizo lo mismo.

-Bien, preparados. *Víbora* a *César.* Estamos en posición al este del objetivo, donde el camino atraviesa el bosque. *Profecía* entra por el Norte. Marcamos las posiciones con dos luces infrarrojas. ¿Entendido?

Librodot

-Entendido, usted está en el límite del bosque al este del objetivo, repito, al este del objetivo, *Profecía* al Norte. Luces infrarrojas indican nuestras posiciones. Preparados a siete mil quinientos metros -dijo P.J. con voz de robot.

-Entendido, a la carga. Hora de empezar, repito, a la carga.

-Entendido, *César* a la carga con las armas preparadas.

- *Víbora* a *Profecía.* Abran fuego, abran fuego.

Cortez había sorprendido a los dos, aunque ninguno sabía por qué. La noche anterior, en una conversación confidencial con Félix, Latorre se había enterado de que Escobedo era el traidor en sus filas. Por eso fue el primero en desenfundar la pistola.

-¿Qué significa esto? -exclamó Escobedo.

-La emboscada fue un golpe muy astuto, *jefe,* pero yo conocí su juego -dijo Cortez.

-A ver, explíquese.

Antes de que Cortez pudiera responder, sonaron disparos al norte de la casa. Félix no era tonto. Lo primero que hizo fue apagar las luces. Latorre apuntaba a Escobedo y Cortez se precipitó a la ventana, pistola en mano, para ver qué ocurría. Bruscamente consciente de su error, se dejó caer de rodillas y asomó la cabeza. La casa era de ladrillos, sus paredes detendrían un disparo de fusil, pero la ventana resultaba peligrosa, pensó.

El fuego era leve e intermitente, de pocas armas; apenas una distracción, de la que sus hombres se ocuparían. Éstos, apoyados por los guardaespaldas de Escobedo y de Latorre, devolvieron el fuego. Félix observó que sus hombres actuaban como soldados, se dividían en dos grupos y adoptaban la rutina de la infantería, de correr, disparar y correr. Se ocuparían rápidamente de todo. Los guardaespaldas del Cártel eran valientes, pero estúpidos. Ya habían sufrido dos bajas.

Sí, el asunto estaba ya liquidado. Disminuían los disparos desde los árboles. Tal vez eran bandidos, que no sabían a quién atacaban y...

Jamás había escuchado semejante ruido.

«Blanco a la vista», escuchó Jack. Desde luego que no veía nada. Aunque debía manejar una ametralladora, el coronel Johns sabía que no era artillero de verdad. El sargento Zimmer ocupaba la ametralladora del lado derecho, la que correspondía al asiento del piloto. Volaban tan bajo, que Ryan sintió... *supo* que, si asomaba la mano, rozaría las copas de los árboles. El aparato giró en redondo. El ruido y la vibración lo conmocionaron a pesar del equipo protector, y la luz que acompañaba al ruido proyectaba la sombra del helicóptero sobre el suelo, donde Jack buscaba otros blancos.

Era como un enorme tubo de neón amarillo, se dijo Cortez. Donde el rayo tocaba el suelo, grandes nubes de polvo se alzaban. Barrió todo el campo entre la casa y los árboles y luego cesó al cabo de algunos segundos, que parecieron horas. Cortez no veía nada entre el polvo, aunque su mente le decía que al menos debía de ver los fogonazos de las armas de su gente. Entonces aparecieron algunos fogonazos, pero a lo lejos, cerca de los árboles, y el fuego era más nutrido.

-*César,* alto el fuego, alto el fuego.

Librodot

-Entendido -replicó el transmisor. El ruido horrible que bajaba del cielo cesó. Hacía muchos años que Clark no lo escuchaba, pero era tan aterrador ahora como en su juventud.

-*Profecía,* cuidado, atacamos, *Víbora* ataca. Acuse recibo.

-Seis a *Profecía,* alto el fuego, alto el fuego. -Los disparos entre los árboles cesaron-. *Víbora:* ¡Ya!

-¡Al ataque! -Sólo portaba una pistola con silenciador, sabía que era imprudente ponerse al frente en esas condiciones, pero estaba al mando y los buenos comandantes siempre se ponen al frente de su tropa. Cruzaron los doscientos metros hasta la casa en treinta segundos.

-¡Puerta! -exclamó Clark. Vega destrozó las bisagras con su AK y la tiró de una patada. Clark se arrojó hacia el interior, rodó al tocar el suelo y vio a un solo hombre en la habitación. Éste disparó su AK, pero erró. Clark disparó a la cabeza, luego al bulto que caía. Al cuarto contiguo se pasaba por una abertura sin puerta. Clark hizo una señal a Chávez, quien lanzó una granada de gas lacrimógeno. Esperaron a que estallara y luego se arrojaron hacia el interior.

Había tres hombres. Uno les apuntó con su pistola, pero Clark y Chávez le dispararon a la cabeza y al pecho. El otro, arrodillado junto a la ventana, trató de volverse, pero cayó de costado. Chávez se arrojó sobre él y lo abatió de un culatazo en la frente. Clark aplastó al tercero contra la pared. Luego entraron León y Vega, saltaron sobre ellos y atacaron la última puerta. El cuarto estaba vacío.

-¡Edificio tomado! -gritó Vega-. Oíd, yo...

-¡Vamos! -Clark se llevó a su hombre y Chávez al suyo, cubiertos por León. Vega se retrasó. Después supieron por qué.

Clark tomó su transmisor:

-*Víbora* a *César.* Son nuestros. Vámonos de aquí.

-León -dijo Vega-. Mira lo que hay aquí.

-Es Tony -dijo el sargento. El último sobreviviente del Monte Ninja, un hombre del pelotón *Bandera.* León se acercó a Escobedo, que estaba consciente-: *¡Grandísimo hijo de puta! ¡Eres un jodido muerto!* -chilló, y alzó su pistola.

-¡Alto! -gritó Clark. El grito apenas le hizo vacilar, pero Clark lo derribó-. Eres soldado, qué mierda, no un asesino. A ver, tú y Vega, lleváoslo al helicóptero.

El pelotón *Profecía* cruzó el campo. Algunos de los defensores estaban todavía vivos, aberración que fue corregida por medio de rápidos disparos. El capitán reunió a sus hombres y los contó con el dedo.

-Buen trabajo -dijo Clark-. ¿Están todos?

-¡Sí!

-Bien, ahí viene el transporte.

El «Pave Low» entró desde el Oeste y nuevamente se detuvo a medio metro del suelo. *Como en los viejos tiempos.* Si tocaba el suelo, podía detonar una mina. Allí era poco probable, pero P.J. había llegado a coronel porque jamás corría un riesgo inútil. Clark agarró a Escobedo del brazo -ya lo había identificado- y lo arrojó sobre la rampa. Un tripulante del helicóptero los recibió, contó a cada hombre y, antes de que Clark acomodara a su prisionero, el MH-53J ya se alejaba hacia el Norte. Dejó al señor Escobedo a cargo de un soldado y fue hacia delante.

Dios querido, pensó Ryan. Había contado ocho cadáveres, pero sólo había visto los que estaban a un lado del helicóptero. Apagó el motor de su ametralladora y se relajó por primera

Librodot

vez. Acababa de aprender que relajarse era un término relativo. Había algo peor que viajar en helicóptero: estar en medio de un tiroteo. *Es asombroso,* pensó. Una mano le tomó del hombro.

-¡Tenemos a Cortez y Escobedo! ¡Con vida! -exclamó Clark.

-¡Escobedo! ¿Qué coño hacía...?

-¿Te parece mal?

-¿Qué mierda hacemos con él? -preguntó Jack.

-Joder, ¿qué querías, que lo dejara allá?

-¿Pero qué...?

-Si quieres, puedo enseñarle a volar. -Clark señaló la rampa de salida. *Si aprende a volar antes de llegar al suelo, mejor para él...*

-¡No, qué mierda! Eso es un jodido asesinato.

Clark sonrió:

-Esa ametralladora no es lo que se dice un recurso diplomático, doctor.

-Bien, señores. -La voz de P.J. puso rápido fin a la conversación-. La última parada y se acabó la misión.

Librodot

XXIX. CABOS SUELTOS

Todo comenzó con la advertencia del Presidente. El almirante Cutter no estaba habituado a verificar que sus órdenes se hubieran cumplido. Su concepción de las órdenes era que uno las daba y otros las acataban. Se comunicó con Ritter en la CIA para hacerle la pregunta, consciente de que lo insultaba con ello. Cutter sabía que ya lo había humillado: volver a hacerlo no era un acto inteligente, aunque... ¿y si el Presidente tenía razón? Era un riesgo que convenía eliminar. La reacción de Ritter no fue la esperada. En lugar de indignarse, respondió con voz inmutable de burócrata que sí, claro que había obedecido sus órdenes. Ritter era un hijo de puta eficiente y calculador, pero tenía sus límites como todo el mundo. Cutter sabía que había empujado al SDO al límite en que todo hombre se deja llevar por sus emociones; sin embargo, el estallido de indignación no se había producido.

Algo anda mal. El asesor de Seguridad Nacional se obligó a serenarse. *Tal vez algo anda mal.* Quizá Ritter trataba de desconcertarlo. O había comprendido que la solución propuesta era la única viable y había terminado por resignarse a lo inevitable. A Ritter le gustaba su puesto de subdirector a cargo de Operaciones. Ése era su tazón de arroz, como decían en el Gobierno. Cada funcionario, por encumbrado que estuviera, tenía el suyo. Les disgustaba la idea de perder el despacho, la secretaria, el chófer y el título de Persona Importante, a pesar del exiguo salario. Como decían en una película, salir del Gobierno era entrar en el mundo real, donde había que respaldar las posiciones y evaluaciones con hechos y resultados. ¿Cuántos seguían en el Gobierno para disfrutar de la estabilidad y las prebendas, inexistentes en el mundo «real»? Cutter estaba convencido de que éstos eran mucho más numerosos que los honrados servidores del pueblo.

Pero la probabilidad no era lo mismo que la certeza: convenía asegurarse. De manera que se comunicó con la sección de Operaciones de Hurlburt Field.

-Comuníqueme con el coronel Johns.

-El coronel está ausente y no se le puede hallar, señor.

-Necesito saber dónde está.

-No tengo esa información, señor.

-¿Qué significa que no tiene esa información, capitán? -El jefe de operaciones había cumplido su turno, y ahora la guardia estaba a cargo de uno de los pilotos.

-Significa que no lo sé, señor -replicó el capitán. Hubiera querido responder con insolencia a una pregunta tan estúpida, pero la llamada había llegado por una línea segura, y no tenía forma de saber quién diablos era su interlocutor.

-¿Quién lo sabe?

-Lo ignoro, señor, pero puedo averiguarlo.

¿Habían interpretado mal las órdenes?, se preguntó Cutter. Y si no era eso, ¿qué?

-Capitán, ¿están todos los MC-130 en tierra?

-Hay tres aparatos ACS en alguna parte, señor. Es secreto... mejor dicho, el destino de nuestros aviones casi siempre es secreto. Además, con ese huracán que se nos viene desde el Sur, casi todos los aparatos están listos para partir en cualquier momento.

Cutter hubiera exigido que le dieran esa información de inmediato. Pero para ello tenía que identificarse ante un oficial subalterno de veintitantos años, que tal vez se negaría a responder porque ésa era la consigna que tenía y el oficial sabía que no lo castigarían por negarse a tomar la iniciativa de hacer algo que le habían ordenado que no hiciera; y, para colmo, por teléfono. Además, si lo exigía, llamaría la atención, algo que debía evitar a toda costa.

Librodot

-Está bien -dijo Cutter. Cortó y llamó a la base aérea Andrews.

El primero que advirtió el problema fue Larson, que sobrevolaba la zona donde debían recoger al pelotón *Cuadro.* Juardo, malherido en la pierna, estudiaba el terreno con sus gafas.

-Oye, muchacho, hay unos camiones allá abajo, a las tres. Son unos quince.

-Ay, qué bien -dijo el piloto, y tomó su micrófono-: *Ojitos* a *Garra,* cambio.

-*Garra* a *Ojitos* -respondió el «Combat Talon».

-Aviso posible actividad en tierra seis kilómetros al sudeste de *Cuadro.* Por ahora no hay personas a la vista. Recomiendo avise a *Cuadro* y *César* sobre la presencia de intrusos.

-Entendido.

-Joder, espero que hoy sean lentos -dijo Larson-. Bajemos a echar una mirada.

-Si tú lo dices.

Larson extendió los flaps y redujo la potencia lo más que se atrevió. Con aquella escasa luz, el vuelo rasante sobre las montañas no era un juego. Juardo trató de escudriñar el terreno, pero la arboleda era demasiado espesa.

-No veo nada.

-Me pregunto cuánto tiempo hará que esos camiones están ahí...

Vieron un fogonazo, muy fuerte, a unos quinientos metros cuesta abajo, seguido por otros más fugaces, como chispas. Larson llamó otra vez:

-*Ojitos* a *Garra.* Posible tiroteo cerca de la zona donde recogerán a *Cuadro.*

-Entendido.

-Entendido -dijo P.J. al MC-130-. Comandante de la nave a la tripulación: tenemos un posible tiroteo en el próximo aterrizaje. Esta vez va a haber peligro. -En ese instante, se produjo un cambio. El aparato bajó un poco y la velocidad disminuyó-. ¿Qué sucede, Buck?

-¡Huy, huy! -exclamó el ingeniero de vuelo-. Creo que tenemos una avería aquí, en el motor número dos. Una posible pérdida de presión, tal vez a causa de una válvula en mal estado. Perdemos velocidad N_f y algo de potencia N_g. Aumenta la T_5.

A unos tres metros por encima de la cabeza del ingeniero de vuelo, un resorte se había partido, abriendo una válvula de par en par, válvula que dejaba salir el aire que debía circular por dentro del motor. Eso reducía la combustión en el motor, lo que se traducía en una pérdida de velocidad libre de la turbina (N_f), así como de potencia en la turbina productora de gas (N_g). Y, por último, esa reducción del volumen de aire provocaba un aumento de la temperatura en la tobera (Tg). Johns y Willis podían ver todo esto reflejado en sus instrumentos, pero ellos dependían del sargento Zimmer para enterarse del problema que había. Las máquinas eran asunto suyo.

-Háble me, Buck -ordenó P.J.

-Hemos perdido veintiséis por ciento de potencia en el motor número dos, señor. No lo puedo arreglar. Una válvula ha fallado, pero pienso que no empeorará. Espero que la temperatura de la tobera se estabilice un poco y no llegue al máximo soportable... Todavía no es una emergencia, P.J. No voy a perderlo de vista.

-Qué bien -gruñó el piloto. Le hablaba a la válvula, no al sargento. Era una novedad ingrata. Hasta entonces todo había marchado bien, quizá demasiado bien. Como la mayoría de los veteranos, Paul Johns era un hombre receloso. Su mente calculaba la relación entre peso y

Librodot

potencia. Tenía que alzarse otra vez sobre esas montañas de mierda para reabastecerse y volver a Panamá...

Pero primero debía recoger a los soldados.

-Déme el tiempo.

-Cuatro minutos -dijo el capitán Willis-. Lo veremos al pasar la próxima cresta. Se está poniendo pesado, señor.

-Sí, ya me doy cuenta. -Johns miró el tablero. El número uno funcionaba al 104 por ciento de su potencia estimada. El número dos, al 73 por ciento. Eso no le impediría realizar el tramo siguiente de la misión, de manera que lo olvidó por el momento. Marcó mayor altura al piloto automático. Iba a ser más difícil pasar las crestas, ahora que el aparato cargaba más peso y había perdido potencia.

-Parece que es un combate en serio -dijo Johns un minuto después. Sus sistemas de visión nocturna revelaban que había mucha actividad en tierra. Tomó su transmisor-: *Cuadro,* aquí *César,* cambio. -No hubo respuesta-. *Cuadro,* aquí *César,* cambio. -Tuvo que repetir la llamada dos veces más.

-*César* aquí *Cuadro,* nos atacan.

-Sí, *Cuadro,* ya lo veo, hijo. A unos trescientos metros del punto de aterrizaje. Suban la colina, los cubrimos. Repito, los cubrimos.

-Tenemos contacto cuerpo a cuerpo, *César.*

-Corran. Repito, corran, los cubrimos -dijo P.J. con calma. *Vamos chico, que esto lo sé de memoria. Sé cómo hacerlo...*-. ¡Retirada, ya!

-Entendido. *Cuadro,* aquí seis, todos al punto de aterrizaje. Repito, todos al punto de aterrizaje ya.

P.J. tomó su micrófono:

-Preparados, Buck. Artilleros a sus puestos, hay tiroteo allá abajo. Hay amigos en tierra. Repito: hay amigos en tierra. Así que, ¡mucho cuidado con esos jodidos disparos!

Johns había deseado mil veces tener uno de esos aparatos en Laos. El «Pave Low» transportaba unos quinientos kilos de titanio, un blindaje que cubría motores, tanques de combustible y transmisión. La tripulación era protegida con kevlar, menos eficaz que el metal. El resto del aparato era menos afortunado -la chapa de aluminio se podía cortar con un abrelatas-, pero así eran las cosas. Sobrevoló la zona de aterrizaje a trescientos metros de altura y seiscientos de distancia, en el sentido de las agujas del reloj, para calibrar la situación. Ésta no parecía buena.

-No me gusta esto, P.J. -dijo Zimmer por el intercomunicador. El sargento Bean, que atendía la ametralladora en la rampa, pensó lo mismo pero no dijo nada. Ryan, que no había visto nada en ninguna de las zonas de aterrizaje, tampoco habló.

-Hay movimiento, Buck.

-Así parece.

-Bien, ahí vamos. Comandante a tripulación, bajamos para mirar de cerca. Devuelvan el fuego dirigido a nosotros, pero nada más hasta nueva orden. Acusen recibo. Quiero oír que se han enterado.

-Zimmer, entendido.

-Bean, entendido.

-Ryan, de acuerdo. -*Además, a qué le voy a disparar si no veo nada.*

Vista de cerca, la situación era aún más grave. Los atacantes del Cártel habían elegido una ruta de asalto inesperada, que atravesaba el punto de aterrizaje alterno preparado por *Cuadro.* El pelotón no había tenido tiempo para preparar una red defensiva total. Pero lo peor de todo era que algunos de los atacantes, supervivientes de la batalla con *Cuchillo,* habían aprendido algunas cosas, cómo un avance rápido suele ser la táctica más cautelosa. Sabían de la existencia del helicóptero, pero no lo suficiente. Si hubieran estado enterados de su artillería, la batalla tal vez hubiese terminado en ese momento, pero pensaban que estaba desarmado, porque nunca habían visto un aparato así. Como siempre, la contienda fue definida por una combinación de claridad y error, conocimientos e ignorancia. *Cuadro* se retiraba rápidamente, dejando algunas trampas cazabobos y minas puestas de prisa y corriendo; pero, como antes, las bajas no arredraban al enemigo sino que le servían de acicate; además, los veteranos de Monte Ninja aprendían rápidamente. Se dividieron en tres grupos y comenzaron a rodear el punto de aterrizaje en la cima.

-Veo una infrarroja -dijo Willis.

-*Cuadro,* aquí *César,* confirme el lugar de aterrizaje.

-*César,* aquí *Cuadro,* ¿ven la señal infrarroja?

-Afirmativo. Ahí vamos. Salgan todos al claro. Repito, salgan todos al claro donde podamos verlos.

-Tenemos tres heridos. Estamos haciéndolo lo más rápido que podemos.

-Treinta segundos -le dijo P.J.

-Estaremos preparados.

Los artilleros escucharon la mitad de la conversación, seguida de sus instrucciones:

-Comandante a tripulación, he ordenado a los nuestros que salgan al claro. Una vez que los contemos, quiero que barran la zona. Todo lo que vean ahora, son nuestros amigos. Lo demás, lo reprimen. O sea, Ryan, que lo hacen mierda.

-Entendido -dijo Jack.

-Quince segundos. Abran bien los ojos, muchachos.

Llegó sin previo aviso. Nadie vio dónde se originó. El «Pave Low» bajaba volando en círculos pequeños, pero en algún momento debió de sobrevolar las tropas enemigas. Seis de ellos escucharon el ruido, vieron la negra mole perfilada contra las nubes, apuntaron al cielo y abrieron fuego. Los proyectiles de 7.62 mm atravesaron los bajos del helicóptero. Era un ruido particular, como el granizo sobre un tejado de cinc, y los que lo escucharon supieron identificarlo al instante. Un grito lo ratificó: había un herido.

-Estamos bajo fuego, P.J. -dijo Zimmer por el intercomunicador. En ese momento, apuntó hacia abajo y disparó una breve ráfaga. Nuevamente el cuerpo del helicóptero se estremeció. Las trazadoras indicaron a todo el mundo la naturaleza y situación del «Pave Low», que recibió nuevos impactos.

-¡Jesús! -Varios proyectiles hicieron impacto en el parabrisas reforzado. No podían atravesarlo, pero dejaban muescas y chisporroteaban como luciérnagas. Johns viró instintivamente a la derecha para alejarse del fuego. Con ello, el flanco izquierdo quedó a la vista.

Ryan nunca había sentido tanto miedo. Creía ver cien, doscientos, mil fogonazos, todos apuntando hacia él. Quería encogerse, pero sabía que su mejor defensa era la maciza culata de la ametralladora. El arma no tenía una verdadera mira. Apuntó los cañones giratorios hacia un grupo denso de fogonazos y apretó el disparador.

El arma vibraba como un martillo neumático, y el ruido era como el de una lona gigantesca al rasgarse. Ante sus ojos saltó una fuente de luz, de dos metros de longitud por uno de ancho, tan brillante que era casi imposible ver a través de ella, pero sí vio el estrecho cilindro de las trazadoras y lo apuntó hacia los fogonazos en el suelo. Éstos duraron poco tiempo. Con ayuda del giro del helicóptero y de su propia vibración, barrió toda la zona del blanco durante varios segundos, y cuando soltó el disparador, los fogonazos habían cesado.

Hijo de puta, dijo para sus adentros, tan sorprendido que, por un instante, olvidó el peligro. El helicóptero seguía bajo fuego. Ryan eligió otro sector y disparó una serie de ráfagas cortas, de algunos cientos de proyectiles cada una. Luego, el helicóptero terminó el viraje y lo dejó sin blancos para disparar.

En el puente de mando, Willis y Johns estudiaban sus instrumentos. Los habían pillado por sorpresa, pero el aparato no había sufrido daños serios. Los controles, los motores, la transmisión y los tanques de combustible, protegidos por el blindaje, eran inmunes al fuego de fusilería. Al menos, eso suponían.

-Tenemos un par de heridos -informó Zimmer-. Acabemos de una vez, P.J.

-Está bien, Buck, allá voy. -P.J. giró a la izquierda.

-*Cuadro,* aquí *César,* vamos a intentarlo de nuevo. -Incluso su voz se había alterado. El combate no había cambiado mucho, pero él era más viejo.

-Nos asaltan. ¡Mueva el culo, señor! Estamos todos aquí, estamos todos aquí.

-Veinte segundos, hijo. Comandante a tripulación, bajamos otra vez. Veinte segundos.

En lugar de continuar su majestuosa espiral, el helicóptero se detuvo y viró bruscamente en el aire: era una maniobra para desconcertar al enemigo. Johns empujó la palanca al máximo y bajó en picado. A doscientos metros de tierra, alzó la trompa y redujo de repente la velocidad. Era la maniobra de siempre, ejecutada a la perfección. En el punto justo, el «Pave Low» perdió velocidad... y se posó en tierra con fuerza. Johns se encogió de miedo al pensar que estallaría una mina, pero no sucedió, y dejó de pensar en ello.

La operación duró una eternidad. Las mentes y los cuerpos impregnados de adrenalina tienen su propio tiempo, en el que el tictac del reloj está suspendido. Ryan creía ver cada paleta del rotor girando sobre su cabeza. Quería mirar la rampa, ver si ya subía el pelotón, pero era responsable de la zona que tenía frente al flanco izquierdo del helicóptero. De pronto comprendió que no le pagaban para ahorrar municiones. Tras asegurarse de que no había soldados frente a él, apretó el disparador y barrió la arboleda en un amplio arco, a unos cincuenta centímetros del suelo. En el otro flanco, Zimmer hacía lo mismo.

Clark miraba por la puerta trasera. Bean tenía la ametralladora, pero no podía disparar. La tropa corría hacia el helicóptero a toda velocidad, aunque daba la sensación de que lo hacían en cámara lenta. Entonces más disparos les llegaron desde los árboles.

A Ryan le parecía imposible que quedara alguien con vida en el lugar que acababa de barrer, pero así era. Vio una chispa en el marco de la abertura: era un proyectil dirigido a él. No se encogió. No tenía dónde esconderse y sabía que el suyo era uno de los lugares más seguros. Se concentró un instante para ver de dónde salían los disparos, luego apuntó y volvió a disparar. Le parecía que el retroceso de la ametralladora tumbaría el helicóptero. El humo del escape abría un hueco en la nube de polvo del rotor, pero los fogonazos entre los árboles no cesaban.

Clark escuchó los gritos que se elevaron sobre el tableteo de las ametralladoras. Sintió los impactos en los costados del helicóptero y vio caer a dos hombres junto al rotor de cola, mientras los demás subían a toda velocidad.

Librodot

-¡Mierda! -Se puso en pie y corrió a buscarlos, seguido por Chávez y Vega. Clark levantó a uno de los caídos, Chávez y Vega al otro. A sus pies, los proyectiles alzaban nubes de polvo. Vega cayó a un metro de la rampa, arrastrando consigo a su carga. Clark dejó a su herido en brazos de un camarada y se volvió para ayudarlo. Primero agarró al herido. Cuando se volvió, Chávez trataba de alzar a Vega. Clark lo asió de los hombros y lo arrojó sobre la rampa. *Ding* tomó los pies de *Oso,* los alzó y luego saltó para agarrarse de la base de la ametralladora porque el helicóptero levantaba vuelo. El fuego enemigo entraba por atrás, pero Bean tenía el campo libre y barrió el claro con su arma.

El helicóptero se alzaba con lentitud. Llevaba varias toneladas de peso adicional, estaba a más de mil quinientos metros de altura y había perdido potencia. P.J. maldijo el torpe aparato. El «Pave Low» ganaba altura, pero muy poco a poco y bajo fuego.

Furiosos al ver que sus víctimas escapaban, los atacantes redoblaron sus esfuerzos para tomar el helicóptero por asalto. Era un trofeo, un monstruo que los había despojado de su victoria, matando a muchos de ellos, y estaban resueltos a impedirlo. Más de cien fusiles apuntaron al aparato, a pocos metros de tierra.

Ryan advirtió que varios proyectiles atravesaban su puerta, y trataban de destruirlo junto con su arma. Había superado el miedo. Los fogonazos enemigos eran blancos para disparar. Eligió uno, luego otro y otro más, rápidamente, con ráfagas breves. La única seguridad posible consistía en eliminar el peligro. No había dónde correr; la capacidad de responder al fuego enemigo era un lujo que todos anhelaban, pero que sólo tres disfrutaban. No podía decepcionarlos. Durante varios segundos, que le parecieron horas, barrió de izquierda a derecha y vuelta; creía escuchar cada proyectil al salir del cañón. Algo golpeó su casco con fuerza, pero enderezó la cabeza y barrió toda la zona con una ráfaga continua que hubo de cambiar de dirección, alzando las manos para bajar los cañones, porque los blancos se alejaban. Por un confuso instante, le pareció que eran ellos, no él, los que se alejaban. Entonces se acabó. Durante unos segundos, sus manos se negaron a desprenderse del arma. Trató de dar un paso atrás, pero tuvo que concentrarse para ordenar a sus manos que soltaran la culata de la ametralladora. Lo hicieron y cayeron a sus costados. Sacudió la cabeza. Estaba aturdido por el estruendo del arma, y pasaron varios segundos antes de que le llegaran los agudos chillidos de los heridos. El espacio interior estaba lleno del humo ácido de las armas, que se despejaba rápidamente con la estela de la hélice. Medio cegado por los fogonazos de las armas, las piernas temblorosas debido a la brusca fatiga que la acción violenta provoca, quería sentarse, dormir, despertarse en otro lugar.

Escuchó un grito, muy cerca. Era Zimmer, tendido a poco más de un metro de él, de espaldas y con las manos sobre el pecho. Ryan fue a ver cuál era el problema.

Había recibido tres impactos en el pecho. Aspiraba sangre, que le salía como espuma rosada de la boca y la nariz. Un proyectil le había destrozado el hombro derecho, pero otros dos le habían atravesado los pulmones. El hombre se desangraba rápidamente. ¿Había un enfermero a bordo? ¿Podían salvarlo?

-Aquí Ryan -dijo por medio del intercomunicador-. El sargento Zimmer está malherido.

-¡Buck! -exclamó P.J. al instante-. Buck, ¿estás bien?

Zimmer trató de contestarle, mas no pudo. Había perdido el micrófono. Gritó algo que Ryan no pudo entender, y Jack gritó furioso a los demás, a quienes parecía no importarles lo que sucedía.

-*¡Enfermero! ¡Sanidad!* -No sabía cómo lo llamaban en el Ejército. Clark lo escuchó y fue hacia allá.

»Tranquilo, Zimmer, se va a reponer -dijo Jack. Una de las pocas cosas que recordaba de los meses que había servido en los *marines* era que al herido había que darle un motivo para

Librodot

vivir-. Vamos a curarlo, se va reponer. Aguante, sargento. Ya sé que duele, pero se va a reponer.

Clark le arrancó el chaleco antibalas sin hacer caso al grito de dolor. Para él también era volver al pasado, a cosas que recordaba a medias. Había olvidado el miedo de esas situaciones atroces, y aunque se recuperaba más rápidamente que los otros, se sentía abrumado por el horror de haber estado impotente bajo el fuego enemigo y por su impotencia para afrontar las consecuencias. Como en ese caso: aquellas heridas eran mortales. Miró a Ryan y meneó la cabeza.

-¡Mis chicos! -gritó Zimmer. El sargento tenía un motivo para vivir, pero no era suficiente.

-Cuénteme sobre sus chicos -dijo Ryan-. Háblame de ellos.

-Siete... tengo siete chicos... tengo que, ¡no puedo morir! Mis hijos, mis hijos me necesitan.

-Tranquilo, sargento, ya nos vamos. Se va a reponer -dijo Ryan, los ojos llenos de lágrimas de vergüenza por mentirle al hombre que agonizaba.

-¡Me necesitan! -Su voz era más débil ahora que la sangre le inundaba la garganta y los pulmones.

Ryan miró a Clark con la esperanza de que pudiera decir algo. Alguna esperanza. Algo. Clark lo miró a los ojos. Jack miró a Zimmer y asió su mano sana.

-¿Siete hijos? -preguntó Jack.

-Me necesitan -gimió Zimmer. Sabía que no los vería crecer, casarse, tener sus propios hijos, que no estaría con ellos para guiarlos y protegerlos. Les había fallado como padre.

-Voy a decirle algo sobre sus chicos que usted no sabe, Zimmer -dijo Ryan al moribundo.

-¿Eh? ¿Cómo? -Confundido, miró a Ryan en busca de la respuesta a la gran pregunta de la vida. Jack no sabía dársela, pero le dio lo que pudo.

-Van a ir a la Universidad, amigo. -Ryan le apretó la mano con fuerza-. Le doy mi palabra de honor, Zimmer, todos sus hijos van a estudiar. Yo me ocuparé de eso por usted, amigo mío; le juro por Dios que lo haré.

El rostro del sargento se alteró un poco, pero antes de que Ryan pudiera interpretar su expresión, volvió a alterarse y perdió toda expresión. Ryan tomó su micrófono:

-Coronel, Zimmer ha muerto.

-Entendido.

Ryan se sintió ofendido por aquella frialdad. No pudo escuchar los pensamientos de Johns: *Dios mío, Dios querido, ¿qué voy a decirles a Carol y a los chicos?*

Ryan sostenía la cabeza de Zimmer sobre sus piernas. La tomó suavemente y la apoyó sobre el piso metálico del helicóptero. Clark tomó al joven entre sus fuertes brazos.

-De veras que lo voy a hacer -dijo con voz entrecortada-. No fue una mentira piadosa. ¡Juro que lo voy a hacer!

-Lo sé. Y él también lo sabe. De veras, lo sabe.

-¿Estás seguro? -Las lágrimas fluían, y no le era fácil repetir la pregunta más importante de su vida-. ¿De veras estás seguro?

-Escuchó lo que le decías y te creyó, Jack. Fue algo hermoso, doctor. -Clark lo envolvió en ese abrazo que los hombres reservan para sus esposas, sus hijos y los camaradas con los que han enfrentado la muerte.

Librodot

En el asiento delantero derecho, el coronel Johns guardó su dolor en un compartimiento de su cerebro que más tarde abriría para experimentarlo en toda su plenitud. Pero antes tenía que cumplir su misión. Buck lo comprendería, claro que sí.

El jet de Cutter aterrizó en Hurlburt Field después del anochecer. Un automóvil lo llevó al comando de Operaciones. Había llegado sin aviso e irrumpió en la oficina como el ángel de la venganza.

-¿Quién mierda está al mando de esto?

El sargento de guardia reconoció al asesor presidencial de Seguridad Nacional, a quien había visto en los noticieros.

-Esa puerta, señor.

El joven capitán dormitaba en su silla giratoria. Sus ojos se abrieron justo con la puerta y el oficial de veintinueve años se puso en pie de un salto, aunque con algo de torpeza.

-Quiero saber dónde está el coronel Johns -dijo el vicealmirante Cutter sin alzar la voz.

-Señor, yo no puedo...

-¿Sabe usted con quién diablos está hablando?

-Sí, señor.

-¿Se niega a obedecerme, capitán?

-Tengo órdenes, señor.

-Capitán, sus órdenes quedan anuladas. Conteste a mi pregunta, ahora mismo -dijo Cutter, alzando su voz un par de decibelios.

-Señor, yo no sé quién...

-Entonces, llame a alguien que lo sepa y dígale que venga.

Atemorizado, el capitán se decidió por la ley del menor esfuerzo. Llamó a un comandante que vivía en la base, y que se presentó en menos de ocho minutos.

-¿Qué mierda pasa aquí? -preguntó al entrar.

-Lo que pasa es que yo he llegado, comandante -dijo Cutter-. Quiero saber dónde está el coronel Johns, el que, si no me equivoco, es el jefe de esta unidad.

-¡Sí, señor! -*¿Qué diablos es esto?*

-¿Quiere hacerme creer que la gente de esta unidad no sabe dónde está su jefe? -Atónito al descubrir que su autoridad no había asegurado el cumplimiento inmediato de sus órdenes, Cutter se fue por una tangente.

-Señor, en Operaciones Especiales suele ocurrir...

-¿Estoy en un jodido campamento de *Boy Scout* o en una unidad militar?

-En una unidad militar, señor -dijo el comandante-. El coronel Johns está ACS. Tengo la orden de no revelar su misión ni su paradero a ninguna persona que no esté debidamente autorizada, y usted no está en mi lista, señor. Ésas son mis órdenes, señor.

-¿Está seguro de saber quién soy y para quién trabajo? -preguntó Cutter, atónito y cada vez más furioso. Hacía años que ningún subalterno empleaba ese tono con él. Al último que se había atrevido a hacerlo, le había cortado la carrera de un plumazo.

-Señor, he recibido mis órdenes por escrito. El Presidente tampoco está en la lista, señor -dijo el comandante en posición de firmes. *Jodido calamar, llamando a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos un campamento de Niños Exploradores. Jódete tú y el caballo en el que montas... señor almirante,* dijo claramente su gesto.

Cutter tuvo que bajar la voz y recuperar el dominio de sí. Ya tendría tiempo para ocuparse de ese mocoso insolente, pero ahora necesitaba esa información. Por lo tanto, ofreció sus excusas de hombre a hombre:

-Debo pedirle que me disculpe, comandante. Es un asunto de la máxima importancia, y no puedo explicarle la causa de esa importancia o las repercusiones que pueda tener. Sólo le diré que es una situación de vida o muerte. El coronel Johns va a necesitar ayuda. La operación se está desintegrando, por eso debo saber qué sucede. Lo felicito por su lealtad a su jefe y por la manera de cumplir su deber, pero se supone que el oficial debe saber pensar. Es el momento de hacerlo, comandante. Le repito que necesito esa información... y la necesito ahora.

La persuasión resultó más eficaz que la prepotencia:

-Señor, el coronel ha vuelto a Panamá con uno de los MC-130. No sé por qué ni qué ha ido a hacer allí. Esto es normal en una unidad especial, señor. Casi todo lo que hacemos está tabicado, esta misión más de lo habitual. Le he dicho todo lo que sé, señor.

-¿A qué base?

-Howard, señor.

-Bien, quiero comunicarme con él.

-Está fuera de la red, señor. No tengo forma de hacerlo. Pueden comunicarse con nosotros, pero nosotros con ellos, no.

-Es una locura -objetó Cutter.

-De ninguna manera, señor. Es un procedimiento de rutina: el helicóptero y el MC-130 constituyen una unidad autosuficiente. El personal de apoyo y mantenimiento viaja en el «Hércules», y salvo que nos llamen, tienen autonomía total. Si se produce una emergencia familiar, podemos establecer contacto por intermedio de la oficina de Operaciones especiales de Howard, pero en este caso no ha sido necesario. Si quiere, puedo tratar de abrir ese canal, pero me va a llevar un par de horas conseguirlo.

-Gracias, pero en un par de horas puedo llegar allí.

-El tiempo está muy inestable, señor -dijo el comandante.

-No hay problema.

Cutter volvió al coche. El avión ya había sido reabastecido de combustible, y diez minutos después despegaba hacia Panamá.

Johns seguía un plan de vuelo menos arduo, rumbo al Nordeste, a lo largo del gran valle andino que conforma la espina dorsal de Colombia. Era un vuelo sereno, pero tres preocupaciones lo acosaban: Primera, con el peso que transportaba carecía de la potencia suficiente para elevarse sobre los picos, al Oeste. Segunda, tenía que reabastecerse en menos de una hora. Tercera, el tiempo empeoraba.

-*César,* aquí *Garra,* cambio.

-Escucho, *Garra.*

-¿Dónde va a reabastecer, señor? -preguntó la capitana Montaigne.

-Quiero acercarme más a la costa, y con menos combustible tal vez pueda enfilar hacia el Oeste.

-Entendido, pero sepa que empezamos a recibir emisiones de radar. Podrían detectarnos, señor. Son controladores aéreos, pero el «Hércules» es muy grande, podría aparecer en una pantalla.

Mierda. Johns había olvidado esa cuestión.

-Tenemos un problema -dijo a Willis.

-Sééé... Más adelante, a unos veinte minutos, hay un paso entre las montañas. Podríamos intentarlo por allá.

-¿Altura?

-Dos mil quinientos, según el plano. Más adelante es mucho más bajo, pero tenemos el problema de los radares... y el tiempo. No lo sé, coronel.

-Veamos a qué altura llegamos -dijo Johns. Durante media hora había evitado forzar los motores, pero ahora tenía que averiguar su capacidad. Avanzó la palanca a plena potencia. La aguja indicadora del motor número dos no llegó al setenta por ciento.

-Jefe, la pérdida en P_3 se agrava -dijo Willis.

-Sí, ya lo he visto. -Trató de obtener la máxima potencia del rotor, pero aunque no lo sabía, éste había sufrido daños y pérdida de fuerza ascensorial. El «Pave Low» subió lentamente hasta los dos mil seiscientos metros; pero, a partir de allí, a pesar de sus esfuerzos, empezó a perder altura.

-Pero a medida que quemamos combustible... -sugirió Willis.

-Yo no confiaría en eso -dijo P.J.-. *Garra,* aquí *César,* no podemos cruzar los picos.

-Entonces, yo bajaré.

-Negativo, no es el momento. Tenemos que acercarnos a la costa.

-*César,* aquí *Ojito,* he escuchado su problema. ¿Qué clase de combustible usa ese monstruo? -preguntó Larson. Seguía de cerca al helicóptero, según lo habían planificado.

-Hijo, a esta altura soy capaz de llenar los tanques con orina, si la consigo.

-¿Puede llegar a la costa?

-Afirmativo. No es fácil, pero llego.

-Sé de una pista a ciento cincuenta kilómetros de la costa donde hay combustible de aviación de sobra. Además, llevo un herido que está sangrando y necesita ayuda.

Johns y Willis se miraron:

-¿Dónde queda?

-A esta velocidad, cuarenta minutos. Es una pista particular para aviones pequeños. A esta hora no hay nadie. Tienen un depósito subterráneo de cincuenta mil litros. Es una concesión «Shell», he estado ahí varias veces.

-¿Altura?

-Menos de quinientos metros. Todo el aire que su rotor necesita, coronel.

-Hagámoslo -dijo Willis.

-*Garra,* ¿ha oído?

-Afirmativo.

-Lo haremos. Aléjese hacia el Oeste. No como para que rompa el contacto por radio, pero tiene libertad para evadir el radar.

-Entendido, enfilo al Oeste -dijo Montaigne.

Atrás, Ryan descansaba junto a su arma. Había ocho heridos a bordo, pero los enfermeros se ocupaban de ellos, y no había nada en lo que Ryan pudiera ayudar. Clark se sentó a su lado.

-¿Qué haremos con Cortez y Escobedo?

-Queremos a Cortez. Al otro, mierda, qué sé yo. ¿Cómo justificamos el secuestro?

-¿Hablas de llevarlo a juicio? -preguntó Clark alzando la voz sobre el ruido de los motores y el viento.

-Si lo ejecutamos nosotros, sería un asesinato a sangre fría. Es un prisionero, y matar a un prisionero se considera homicidio, ¿recuerdas?

Al diablo con los argumentos legales, pensó Clark, pero sabía que Ryan tenía razón. Matar a un prisionero era una violación del código.

-Entonces, lo llevaremos con nosotros.

-Y la operación sale a la luz -dijo Ryan. Sabía que no debía elevar la voz, que el tema exigía discreción y reflexión, pero los sucesos de las últimas horas y el lugar donde se encontraban conspiraban contra esas cualidades-. ¡Dios mío!, no sé qué hacer.

-¿A dónde vamos? Es decir... ¿a qué lugar nos lleva el helicóptero?

-No lo sé. -Tomó el micrófono para preguntar. La respuesta lo sorprendió. La transmitió a Clark.

-Ajá, bueno, yo me ocuparé. Tengo una idea. Me haré cargo de él cuando aterricemos. Larson y yo ataremos esos cabos sueltos.

-Pero...

-¿De veras quieres saber...?

-¡No lo matarás! -insistió Jack.

-Yo no -dijo Clark.

Ryan no supo cómo interpretar su respuesta, pero aceptó la oferta de una solución.

Larson llegó el primero. La pista estaba mal iluminada, con un par de faroles de techo, pero logró aterrizar y utilizó sus luces anticolisión para señalar el camino hacia la zona de carga. Se detuvo, y el helicóptero tocó tierra a cincuenta metros de él.

Larson estaba atónito. A las tenues luces azules pudo ver los numerosos orificios en el cuerpo del helicóptero. Un hombre con traje de vuelo corrió hacia él. Larson salió a su encuentro y lo condujo a la manguera. Era muy larga, y de unos tres centímetros de diámetro; la usaban para abastecer los aviones particulares. La fuente de electricidad de las bombas estaba desconectada, pero Larson sabía dónde encontrarla, y abrió la puerta a tiros. Era la primera vez que lo hacía; pero, al igual que en las películas, bastaron un par de disparos para hacer saltar el cerrojo de bronce. Luego el sargento Bean introdujo la boquilla de la manguera en uno de los tanques exteriores. Entonces salió Clark con Escobedo. Un soldado apuntaba un fusil a la cabeza de éste, mientras los agentes de la CIA conferenciaban.

-Volvamos -dijo Clark al piloto.

-¿Cómo? -exclamó Larson. Dos soldados bajaban a Juardo del avión para llevarlo al helicóptero.

-Nos llevamos a nuestro amigo a Medellín. Pero antes, tenemos que hacer un par de cosas...

-Perfecto.

Larson volvió a su avión y quitó las tapas de los tanques de combustible, situados en las alas. Tuvo que esperar un cuarto de hora, porque el helicóptero estaba acostumbrado a beber de una manguera mucho más ancha... Apenas el tripulante retiró la boquilla, el rotor se puso en marcha, y, poco después, el helicóptero salía de la zona de carga a la oscuridad de la noche. Se veían relámpagos hacia el Norte, y Larson se sintió muy feliz de no tener que volar hacia allí. Dejó a Clark a cargo del combustible, mientras iba a la oficina a llamar por teléfono. Lo más gracioso era que le pagarían mucho por lo que iba a hacer. Pero pensaba en los sucesos del último mes y no sentía ganas de reír.

-Señores -dijo P.J. a la tripulación-, ésta ha sido nuestra última parada, nos vamos a casa.

-No me gustan las temperaturas -dijo Willis. Los motores T-64-GE-7 estaban diseñados para quemar queroseno de aviación, no la gasolina volátil de alto octanaje utilizada por las avionetas particulares. La garantía de fábrica aseguraba que los tanques de combustible quedarían reducidos a chatarra inservible al cabo de sólo treinta horas de vuelo con ese combustible, pero no hablaba de resortes de válvula rotos ni de la pérdida de P_3.

-Me parece que tenemos refrigerante natural de sobra -dijo el coronel, señalando las nubes de tormenta que los aguardaban.

-Siempre optimista, ¿no? -dijo Willis con toda la naturalidad que fue capaz de fingir. Lo que se interponía entre ellos y Panamá no era una mera tormenta, sino todo un huracán. Eso era peor que el combate: uno no podía *devolverle* los disparos a la tormenta.

-*Garra,* aquí *César,* cambio.

-Escucho, *César.*

-¿Qué clase de tiempo tenemos allá adelante?

-Malo, señor. Recomiendo rumbo al Oeste hasta encontrar un paso entre las montañas y entrar por el lado del Pacífico.

Willis estudió el mapa de navegación y meneó la cabeza.

-*Garra,* acabamos de ganar quinientos kilos de peso. Parece que... esteee... por ahí, no.

-Señor, la tormenta se desplaza hacia el Oeste a quince nudos, su actual rumbo a Panamá lo lleva al cuadrante inferior derecho.

Viento en contra de aquí hasta allí, pensó P. J.

-Dígame un número.

-Vientos en su rumbo estimados en siete cero nudos.

-Perfecto -observó Willis-. Condiciones muy malas para llegar a Panamá. Pésimas diría yo, qué joder.

Johns asintió. El viento era un problema grave, pero no el único. La lluvia reducía el rendimiento del motor. Su autonomía de vuelo era menos de la mitad de lo que debía ser... no podía reabastecerse en medio de una tormenta... lo más inteligente sería aterrizar y esperar a que el tiempo mejorara, pero eso era imposible... Johns tomó su micrófono una vez más.

-*Garra,* aquí *César,* nos vamos a la Alternativa Uno.

-¿Se ha vuelto loco de remate? -preguntó Francie Montaigne.

-No me gusta nada, señor -dijo Willis.

-Perfecto, le sugiero que, a la primera oportunidad, presente un escrito al tribunal. Estaremos a ciento cincuenta kilómetros de la costa. Si no podemos bajar, aprovecharemos la fuerza del viento para llegar a tierra. *Garra,* verifique la posición de Alternativa Uno.

-Grandísimo idiota -suspiró Montaigne. Y a su oficial de comunicaciones-: Llamen a la Alternativa Uno. Quiero verificar su posición, ahora mismo.

Para Murray, la situación no era agradable en absoluto. Aunque Wegener le había asegurado que *Adela* no era un huracán de los más fuertes, jamás había visto nada semejante. Las olas alcanzaban los quince metros de altura y el *Panache,* que se alzaba junto al muelle como una muralla de acero blanco, capeaba la tempestad como un barquito de juguete en una bañera. Le habían puesto una gasa empapada en escopolamina detrás y debajo de la oreja para combatir el mareo, pero era insuficiente. Wegener ocupaba su sillón en el puente y fumaba plácidamente como el Viejo Hombre de Mar en persona, mientras que Murray se aferraba a una barra con desesperación, y creía estar volando en un trapecio.

No ocupaban la posición prevista. Wegener había explicado a su huésped que había una sola posición posible. El mar estaba embravecido, pero allí debían estar, y Murray intuía vagamente que el barco se agitaba menos que antes. Se tambaleó hacia la puerta para contemplar los inmensos cúmulos de nubes.

-*Panache,* aquí *Garra,* cambio -se escuchó por el parlante. Wegener tomó el micrófono.

-*Garra,* aquí *Panache,* la señal es débil, pero legible, cambio.

-Verifique su posición, cambio.

Wegener leyó las coordenadas de su posición al piloto, que era una mujer. *Joder, están en todas partes,* pensó.

-*César* va hacia ustedes.

-Entendido. Por favor, avise a *César* que el estado del tiempo está por debajo del margen de seguridad. Repito, aquí abajo no lo estamos pasando bien.

-Entendido, espere. -Dos minutos después, se volvió a escuchar la voz-: *Panache,* aquí *Garra. César* dice que va a intentarlo. ¿Puede recibirlo?, cambio.

-Afirmativo, lo intentaremos. Déme su tiempo estimado de llegada, cambio.

-Estimo seis cero minutos.

-Entendido, estaremos listos. Manténganos al tanto. Fuera. -Wegener miró al otro lado de su puente-: Miss Walters, tomo el mando. Que los suboficiales Oreza y Riley suban de inmediato.

-Entrego el mando al capitán -dijo la alférez Walters, muy decepcionada. Estaba al mando, en medio de una tremenda tormenta tropical, jamás en su corta vida se había sentido tan bien. Ni siquiera tenía náuseas, como muchos de los hombres. ¿Por qué mierda el capitán no le dejaba el mando?

-Timón a la izquierda -ordenó Wegener-. Nuevo rumbo, tres tres cinco. Adelante a dos tercios.

-Entendido, timón a la izquierda, nuevo rumbo tres tres cinco. -El timonel hizo girar la rueda, luego tomó la palanca-: Dos tercios, señor.

-Bien. ¿Cómo se siente, Obrecki? -preguntó el capitán.

-Más agitado que la mierda, pero ojalá siga así -sonrió el joven sin quitar los ojos de la bitácora.

Librodot

-Anda muy bien. Pero si está cansado, dígalo.

-Entendido, señor.

-¿Qué hay? -preguntó Oreza al subir al puente con Riley.

-Puestos de vuelo en treinta minutos -dijo el capitán.

-¡Joder! -comentó Riley-. Perdone, Red, pero... ¡mierda!

-Perfectamente, suboficial principal, ahora que hemos tenido la oportunidad de verle desfogarse, espero que cumpla con su deber -dijo Wegener con severidad, y Riley aceptó el regaño como correspondía a un veterano profesional.

-Mis disculpas, capitán. Haré lo imposible. ¿Pongo al segundo jefe en la torre?

Wegener asintió. Ese oficial era el más capacitado para dirigir las operaciones desde la torre de control de vuelo.

-Dígale que venga -dijo Wegener a Riley, y se volvió al contramaestre-: *Portugués,* quiero que agarres el timón cuando entremos en «Hotel Corpin». Yo estaré al mando.

-No hay «Hotel Corpin», señor.

-Por eso agarrarás el timón. Releva a Obrecki en media hora, así le tomas el pulso a la tormenta. Tenemos que ofrecer el mejor blanco posible.

-¡Joder! -Oreza miró por la ventana-. Lo haremos, Red.

Johns volaba bajo, a unos escasos ciento setenta metros del suelo. Desconectó el piloto automático porque, en esas circunstancias, prefería confiar en su pericia e instinto. Le dejó la palanca de mando a Willis y se concentró en el instrumental de vuelo. El comienzo fue muy brusco: del cielo despejado, pasaron a la lluvia torrencial.

-No es tan malo como lo pintan -mintió con todo descaro a la tripulación.

-Y hasta nos pagan por esto -asintió Willis, no sin cierta ironía.

PJ. estudió el tablero de navegación. El viento les llegaba del Noroeste y frenaba un poco la velocidad del helicóptero, pero esa situación iba a cambiar. Sus ojos saltaban del indicador de velocidad a otro que dependía de un radar doppler enfocado hacia tierra. Los sistemas de navegación inerciales y vía satélite indicaban a una pantalla de computadora dónde se hallaba. Un punto rojo señalaba a dónde quería ir. En otra pantalla, un sistema de radar interrogaba a la tormenta. Los sectores más peligrosos estaban coloreados de rojo: trataría de evitarlos, pero los coloreados de amarillo eran bastante peligrosos.

-¡Mierda! -gritó Willis. Los dos tiraron al unísono de la palanca para elevar la potencia al máximo. Atravesaban una corriente de aire descendente. Dos pares de ojos se clavaron en la aguja que indicaba la velocidad de caída en metros por minuto. Era superior a trescientos, lo que dejaba treinta segundos de vida a un aparato a ciento setenta metros de altura. Pero esas microrráfagas son fenómenos muy localizados. El helicóptero detuvo su caída a setenta metros e inició el ascenso. PJ. decidió que era más sano volar a doscientos cincuenta metros. Dijo una sola palabra:

-Casi.

Willis respondió con un gruñido.

Los pasajeros estaban sujetos al suelo. Ryan se aferraba a la culata de la ametralladora, como si eso cambiara la situación. A través de la puerta abierta, contemplaba... en realidad, nada. Una masa gris, iluminada por alguno que otro relámpago. El helicóptero saltaba sin cesar, como una cometa, a pesar de sus treinta mil kilos de peso. Pero no había nada que

hacer. Su suerte estaba en manos ajenas, y nada de lo que él supiera o dijera tenía la menor importancia. Los vómitos no aliviaban la náusea, pero todos vomitaban sin cesar. Quería que aquello terminara de una vez, y sólo su intelecto le decía que era importante sobrevivir... ¿o no?

El helicóptero penetró en la tormenta, azotado por ráfagas que cambiaban de dirección constantemente. Al principio les llegaban del Nordeste, pero giraron perceptiblemente en sentido contrario a las agujas del reloj para azotar al aparato por el cuarto de babor. Con ello su velocidad absoluta aumentó. Con velocidad propia de uno cincuenta, la absoluta llegó a uno noventa y siguió aumentando.

-Esto nos permite ahorrar combustible -comentó Johns.

-Setenta y cinco kilómetros -respondió Willis.

-*César,* aquí *Garra,* cambio.

-Escucho, *Garra.* Estamos a cinco cero millas de Alternativa Uno y la cosa está un poco agitada... -*Un poco agitado, mi culo,* pensó la capitana Montaigne, que tenía que vérselas con vientos mucho menos fuertes a ciento cincuenta kilómetros de allí-... pero aparte de eso, estamos bien -informó Johns-. Si no podemos descender, trataremos de ganar la costa panameña a favor del viento. -Johns frunció el entrecejo: el agua salpicaba su parabrisas, y sabía que también entraba en los motores.

-¡Apagón! Perdimos el Número Dos.

-Enciéndalo --dijo Johns, esforzándose por conservar la calma. Bajó la trompa del helicóptero para perder altura y conseguir algo más de velocidad a fin de salir de la lluvia torrencial. Se suponía que era un fenómeno localizado. Eso decían los libros.

-Me estoy ocupando de eso -gruñó Willis.

-El Número Uno pierde potencia -dijo Johns. Abrió la válvula de estrangulación al máximo y logró recuperar un poco. Su aparato volaba ahora con un solo motor al 80 por ciento de su potencia-. Capitán, encienda el Número Dos de una vez. Estamos bajando a treinta metros por minuto.

-Me estoy ocupando de ello -repitió Willis. Cedió la lluvia y el Número Dos comenzó a funcionar otra vez, pero sólo al 40 por ciento-. Creo que la pérdida de P_3 aumenta. Estamos hundidos en la mierda, coronel. Sesenta kilómetros. Alternativa Uno o nada.

-Bueno, al menos tenemos esa alternativa. Nunca aprendí a nadar. -Sus manos, enfundadas en guantes hechos a mano, estaban empapadas de sudor. Habló por el intercomunicador-: Comandante a tripulación, tenemos quince minutos más de vuelo. Uno cinco minutos.

Riley había reunido un grupo de diez marineros veteranos. Cada uno se sujetó una cuerda de seguridad a la cintura, y Riley supervisó en persona cada nudo y cada vuelta de cuerda. Todos vestían chaleco salvavidas, pero en esas condiciones, para rescatar a un hombre que cayera por la borda, se necesitaría un milagro de un Dios excepcionalmente benévolo que esa noche estaría muy ocupado. Ya habían dispuesto cadenas y maromas, con un extremo atado a donde fuera posible y el otro listo para sujetar el helicóptero. El grupo se refugió junto a la pared de popa de la estructura de cubierta.

-Grupo de cubierta, preparados -dijo por teléfono al oficial en la torre de control. Y a sus hombres-: ¡Al hijo de puta que se le ocurra irse al agua, me tiro detrás de él al jodido mar y cuando lo haya sacado lo estrangulo con estas manos!

Estaban en medio de un torbellino. La pantalla de navegación les indicaba que se hallaban al norte del blanco y se dirigían hacia allá a casi doscientos cincuenta nudos. La tempestad estaba en todo su apogeo. Una ráfaga particularmente violenta los arrojó hacia las negras olas;

Johns logró frenar la caída a escasos treinta metros. El piloto sentía ganas de vomitar. Jamás había volado en condiciones tan adversas, era todavía peor de lo que decían los manuales.

-¿Cuánto falta? -preguntó.

-¡Ya deberíamos estar allí, señor! -exclamó Willis-. Derecho al Sur.

-Bien. -Johns inclinó la palanca a la izquierda. El cambio brusco de dirección con relación al viento estuvo a punto de volcar el helicóptero, pero lo forzó a tomar el rumbo que quería, y dos minutos después salieron de lo peor de la tormenta.

-*Panache,* aquí *César,* ¿dónde diablos están?

-¡Enciendan todas las luces, ya! -exclamó Wegener, y a continuación el *Panache* se iluminó como un árbol de Navidad.

-¡Joder, qué bonito se ve eso desde aquí! -dijo la voz desde el helicóptero.

Adela era un huracán pequeño, débil y desorganizado que se transformaba rápidamente en una tormenta tropical debido a las condiciones locales. Los vientos no soplaban tan fuertes como se temía, pero el ojo era pequeño y confuso; y en él se debía efectuar la operación.

Muchos piensan, erróneamente, que en el ojo de la tormenta reina la calma. Sucede que después de experimentar los terribles vientos del muro interior de nubes, las brisas de quince nudos parecen despreciables. El problema está en que la dirección del viento cambia constantemente y el mar, aunque las olas no alcanzan la misma altura que en la tormenta propiamente dicha, está muy agitado. Wegener había situado la nave a mil quinientos metros del borde noroccidental del ojo, que tenía apenas seis kilómetros de diámetro. La tormenta se desplazaba a quince nudos, lo que les daba quince minutos para recibir el helicóptero. Por fortuna, el cielo aparecía despejado, no llovía, y el oleaje estaba a la vista para que los timoneles modificaran la posición.

En la torre de control, el oficial segundo de a bordo se colocó los audífonos y tomó su micrófono.

-*César,* aquí *Panache.* Soy el oficial a cargo de operaciones de vuelo y voy guiar el descenso. Tenemos vientos de quince nudos, dirección inestable. La nave se agita en olas de unos cinco metros. Tenemos diez o quince minutos, así que no hay prisa -dijo esto último para alentar a los del helicóptero, aunque se preguntaba si serían capaces de llevar a cabo la operación.

-Capitán, con un poco más de velocidad podré estabilizarlo -dijo el *Portugués,* que estaba al timón.

-No podemos salir del ojo.

-Lo sé, señor, pero necesito un par de nudos.

Wegener salió a echar una mirada. El helicóptero estaba a la vista, sus luces parpadeaban mientras el piloto volaba en círculos en torno de la nave para tener un panorama de la situación. *Si no sale bien, se van al agua,* pensó. El *Portugués* tenía razón, había que aumentar la velocidad.

-Dos tercios de máquina -dijo.

-Joder, es como un botecito -suspiró Willis.

-Espero que los remos no nos estorben. -PJ. descendió, efectuó el último círculo y bajó derecho hacia la nave, acercándose por la popa. Frenó el descenso a treinta metros, pero descubrió que no podía mantenerse en el aire. Carecía de la potencia necesaria, y el aparato se agitaba a derecha e izquierda.

-¡Afirmen ese maldito bote!

-Es lo que tratamos de hacer, señor -dijo el oficial-. En este momento tenemos ráfagas de proa a babor. Recomiendo se aproxime por el flanco de babor y en ángulo a la cubierta.

-Entendido, tiene razón. -Johns le dio más potencia y se preparó para descender.

-¡Bien, vamos! -exclamó Riley. Se dividieron en tres grupos para sujetar el tren de aterrizaje del helicóptero.

La cubierta no era lo bastante grande para un aterrizaje longitudinal, pero si bajaba en ángulo, podía plantar las seis ruedas sobre la superficie negra... Bajó con lentitud, quince nudos más rápido que la nave al comienzo y disminuyendo constantemente la velocidad, pero la dirección del viento cambió y el helicóptero giró en el aire. Johns farfulló una maldición y se alejó para intentarlo otra vez.

-Lo lamento, me falta potencia -dijo.

-Entendido, no se precipite, señor -respondió el oficial.

Se alejó mil metros y volvió a intentarlo. Esa vez pudo acercarse sin problema. Enderezó a cien metros de la popa para perder el exceso de velocidad y bajó poco a poco. Las ruedas delanteras tocaron la cubierta en el lugar preciso; pero, en ese preciso momento, la nave se alzó sobre una ola, con lo que arrojó al helicóptero a estribor. Instintivamente, P.J. aumentó la potencia para alzarse de cubierta. En seguida se dio cuenta de su error, pero ya era tarde.

-Es difícil -dijo por el transmisor, reprimiendo una maldición al ganar altura otra vez.

-Lástima que no tenemos tiempo para practicar -dijo el oficial guardacosta-. Usted lo ha hecho muy bien, lo que pasa es que la nave se ha agitado. Repita el procedimiento una vez más, que va a salir bien.

-Muy bien, allá voy otra vez -dio P.J.

A pesar de los estabilizadores y el lastre, el barco se inclinaba veinte grados a derecha e izquierda, pero Johns fijó la vista en el centro del blanco, un punto fijo e inmóvil en el espacio. *Eso es,* pensó, *bajar sobre el punto que no se mueve.* De nuevo interrumpió el descenso para perder el exceso de velocidad y bajó lentamente. Justo antes de tocar la cubierta, sus ojos se clavaron en el punto donde debía caer el tren delantero y en ese momento empujó la palanca al máximo. El golpe fue muy fuerte, pero el helicóptero quedó firme sobre la cubierta.

Riley fue el primero en arrojarse debajo del aparato, hacia el tren delantero, seguido por otro suboficial que llevaba las cadenas. El suboficial mayor las enganchó con firmeza y estiró el brazo con el puño cerrado. Dos hombres estiraron las cadenas, luego el mayor salió de abajo y corrió al tren principal. Les llevó varios minutos. El «Pave Low» se deslizó dos veces, pero finalmente lo sujetaron con cadenas y sogas. Cuando terminaron, hubieran necesitado dinamita para levantarlo de la cubierta. La tripulación de cubierta subió al helicóptero por la rampa de popa para ayudar al descenso de los pasajeros. Riley contó a quince personas. Le habían dicho que eran más, pero entonces vio los cadáveres y los soldados que los alzaban.

En la cabina, Johns y Willis apagaron los motores.

-*Garra,* aquí *César.* Hemos aterrizado. Vuelva a la base. -John se quitó el casco antes de escuchar la respuesta, pero Willis la recibió:

-Entendido, cambio y fuera.

Johns miró a su alrededor. Ya no era piloto. Su aparato había aterrizado, estaba a salvo. Era el momento de ocuparse de otra cosa. No podía salir sin arriesgarse a caer por la borda y... Buck Zimmer. Lo había olvidado, pero entonces las compuertas de su mente se abrieron. Buck lo comprendería, pensó. El coronel pasó por encima del panel del ingeniero de vuelo.

Ryan estaba ahí, el traje de vuelo salpicado de vómito. Johns se arrodilló junto al cuerpo de su sargento. Servían juntos desde hacía más de veinte años.

-Me dijo que tenía siete hijos -dijo Ryan.

La voz de Johns estaba demasiado cansada para expresar lo que sentía. Habló como un hombre de mil años, harto de vivir, de volar, de todo.

-Sí, son muy buenos chicos. Su esposa es laosiana. Se llama Carol. Dios mío, Buck, ¿por qué...?

-Ayúdeme -dijo Jack. Johns agarró las piernas, Ryan los brazos, y tomaron su lugar en la fila. Eran varios los cuerpos a bajar, y, muy lógico, los heridos tenían prioridad sobre los muertos. Los soldados bajaban a los suyos, con ayuda del sargento Bean. Los guardacostas ofrecieron su ayuda, que los soldados rechazaron amablemente, y los marineros comprendieron el motivo. Ryan y Johns tampoco aceptaron la ayuda, el coronel porque había combatido muchos años junto a su camarada; el oficial de la CIA porque se había impuesto un deber. Riley se quedó con su gente a recoger las armas y las mochilas, que llevaron bajo cubierta.

Dejaron los cadáveres en un pasillo. Llevaron a los heridos al comedor de la tripulación. Ryan y los oficiales de la Fuerza Aérea fueron al salón de oficiales, donde por fin conocieron al hombre que lo había iniciado todo meses atrás, aunque nadie tenía una idea cabal de cómo había sucedido. Había otra persona, que Jack reconoció.

-Hola, Dan.

-Duro, ¿eh? -dijo el agente del FBI.

Jack no respondió a eso.

-Tenemos a Cortez. Herido, creo. Está en la enfermería, vigilado por un par de soldados.

-¿Y tú? -preguntó Murray, señalando su casco.

Ryan se lo quitó. Un proyectil calibre 7.62 había hecho una muesca profunda en la fibra de vidrio. Jack sabía que debía reaccionar, pero esa parte de su vida había quedado atrás y a seiscientos kilómetros de allí. Se sentó y contempló la cubierta, en silencio, hasta que Murray lo ayudó a tenderse en un catre y lo tapó con una manta.

Voló los últimos tres kilómetros en medio de un fuerte viento en contra, pero la capitana Montaigne era un piloto de primera, y el Hércules de «Lockheed», un avión excelente. El descenso fue algo brusco, pero sin mayores inconvenientes, y luego rodó hasta el hangar, siguiendo al jeep. Un hombre de paisano y varios oficiales la esperaban. Apagó los motores, bajó de la cabina y fue a su encuentro, pero los hizo esperar mientras iba al excusado. A pesar de la fatiga, sonrió al pensar que no había hombre en Estados Unidos capaz de negarle a una dama una visita al baño. Antes de salir, se miró en el espejo. El olor a transpiración de su traje de vuelo era muy fuerte, y tenía el cabello revuelto. La esperaban junto a la puerta.

-Capitana, quiero saber de dónde viene y qué ha hecho esta noche -dijo el civil... sólo que no era un civil, aunque el hijo de puta merecía serio. Montaigne no conocía el trasfondo de la historia, pero sí ese detalle.

-Acabo de realizar una misión muy larga, señor. Mi tripulación y yo estamos agotados.

-Quiero hablar con todos ustedes sobre lo que han hecho.

-Señor, ésta es *mi* tripulación. Si quiere hablar con alguien, lo hará conmigo -le espetó.

-Bueno, entonces conteste mi pregunta -dijo Cutter. Trató de fingir que no hablaba con una mujer. No sabía que ella no fingía que él no era un hombre.

-El coronel Johns fue a recoger unas tropas que realizaban una misión especial. -Se frotó la nuca con las dos manos-. Los recogimos... es decir, creo que recogió a casi todos.

-¿Dónde está?

Montaigne lo miró a los ojos con fijeza:

-Tuvo un problema en el motor, señor. No pudo ascender sobre las montañas. Hubo de meterse en la tormenta, pero no pudo salir. ¿Algo más, señor? Quiero una ducha y una taza de café antes de iniciar la búsqueda y el rescate.

-La pista está clausurada -dijo el jefe de la base-. Diez horas, por lo menos. Creo que necesita descansar, capitana.

-Sí, señor, tiene razón. Si me disculpan, debo ocuparme de mí tripulación. En seguida les daré las coordenadas de BYR. Hay que intentarlo -añadió.

-Vea, general, yo quiero... -insistió Cutter.

-Señor, deje en paz a esa tripulación -dijo el general del aire, que, por otra parte, pronto recibiría su retiro.

A la misma hora en que el MC-130 descendía sobre Panamá, Larson aterrizó en el aeropuerto de Medellín. Había sido un viaje algo agitado. Clark había viajado atrás, pistola en mano, junto a Escobedo, que estaba maniatado. En el trayecto se habían pronunciado varias sentencias de muerte: a Clark, a Larson, a la amiga de éste, que era azafata de «Avianca», a mucha gente. Clark las había escuchado sin dejar de sonreír.

-Y bien ¿se puede saber qué harán conmigo? ¿Eh? ¿Me matarán ahora? -preguntó al escuchar que bajaba el tren de aterrizaje.

Por primera vez, Clark le respondió:

-Yo sugerí que lo tirásemos del helicóptero, a ver si aprendía a volar, pero no me lo permitieron. Parece que tendremos que dejarlo en libertad.

Escobedo se quedó sin respuesta. A pesar de su prepotencia, no comprendía que tal vez no quisieran matarlo. *Desde luego, estos hijos de puta son cobardes,* pensó Clark.

-Larson ha anunciado su llegada -le comunicó Clark.

-Larson, traidor, hijo de puta, ¿crees que vas a salir con vida de ésta?

Clark le hundió el cañón de la pistola en las costillas.

-No debe molestar a un hombre que pilota este maldito aparato, *señor.* En su lugar, yo me sentirla feliz de volver a casa. Incluso habrá un comité de recepción.

-¿Quién me espera?

-Sus amigos -dijo Clark cuando el avión tocó la pista. Larson invirtió el giro de las hélices para frenar-. Los miembros del directorio.

Entonces Escobedo comprendió dónde estaba el peligro.

-¿Qué les han dicho?

-La verdad -contestó Larson-. Que usted se iba del país intempestivamente, a pesar del huracán. Y bueno, con todo lo que ha sucedido en las últimas semanas, vea qué casualidad...

-Pero yo les diré...

-¿Qué? -preguntó Clark, burlón-. ¿Que nosotros hemos arriesgado nuestra vida sólo para traerlo de vuelta? ¿Que es mentira? Perfecto, dígales eso.

El avión se detuvo, pero las hélices siguieron girando. Clark amordazó al jefe, le desabrochó el cinturón de seguridad y lo arrastró a la puerta. Un coche esperaba. Clark bajó con él, su silenciosa automática apoyada en la espalda de Escobedo.

-Tú no eres Larson -dijo el hombre de la metralleta.

-Larson está en la cabina. Yo soy su amigo. Aquí tienen a su hombre. Creo que ustedes tienen algo para nosotros.

-No es necesario que se vayan -dijo el hombre del maletín.

-Éste tiene demasiados amigos. Creo que es mejor que nos vayamos.

-Como quieran. Pero de nosotros, no tienen nada que temer. -Entonces, le entregó el maletín.

-*Gracias, jefe*[45] -dijo Clark. Les encantaba que los llamaran así. Empujó a Escobedo hacia ellos.

-No está bien traicionar a los amigos -dijo el segundo, cuando Clark subía al avión. El comentario iba dirigido al maniatado y amordazado jefe, cuyos ojos, aterrados, estaban clavados en la espalda de Clark y la puerta del avión.

-Bueno, vámonos de aquí.

-Tendremos que descender en Venezuela -dijo Larson al abrir las válvulas.

-Y de ahí derecho a Gitmo. ¿Está en condiciones de hacerlo?

-Sí, si bebo unos litros de café. Allí es delicioso.

El avión despegó, mientras Larson pensaba, *Joder, por fin se acabó esta aventura.* En su caso, así era; mas no en el de todos.

[45] Español en el original

XXX. EN ARAS DEL SERVICIO

Cuando Ryan despertó en el salón de oficiales, ya había pasado lo peor. El buque navegaba hacia el Este, a diez nudos, mientras la tormenta se desplazaba hacia el Noroeste a quince nudos, de manera que en seis horas salieron a un mar bastante sereno. Entonces, el *Panache* elevó la velocidad a veinte.

La tripulación trató a los soldados a cuerpo de rey. Aparecieron varias botellas de bebidas alcohólicas -probablemente de los cofres de los suboficiales, pero nadie hizo preguntas incómodas- que fueron vaciadas rápidamente. Cambiaron sus uniformes por ropa de marinero. Pusieron los cadáveres en la congeladora, y todos comprendieron que no había alternativa. Eran cinco: Zimmer y otro habían muerto durante el rescate. Había ocho heridos, uno de ellos de gravedad, pero los enfermeros militares y el médico de a bordo habían logrado estabilizarlo. Durante la mayor parte de la travesía, los soldados no hicieron más que comer y dormir.

Cortez, herido en el brazo, estaba encerrado en el calabozo, vigilado por Murray. Cuando Ryan despertó, los dos bajaron con una cámara de vídeo y un trípode, los instalaron y el funcionario del FBI inició el interrogatorio. Para sorpresa de Murray, dedujeron de inmediato de que no había tenido arte ni parte en el asesinato de Emil Jacobs; del examen posterior de la información llegaron a la conclusión de que era lo más lógico. Eso dio lugar a una complicación inesperada, pero que Ryan creyó poder utilizar en su favor. Empezó a interrogar a Cortez sobre sus actividades en el DGI. Éste, que ya había cometido una traición, no tuvo el menor inconveniente en cometer otra, sobre todo cuando Jack le prometió su libertad a cambio de una confesión. La promesa habría de ser cumplida al pie de la letra.

Cutter permaneció en Panamá un día más. El mal tiempo demoró la operación de búsqueda y rescate del helicóptero caído, y nadie se sorprendió de que no hallaran nada. La tormenta siguió su rumbo hacia el Noreste hasta la península de Yucatán, donde se resolvió en una serie de chubascos con ráfagas racheadas que días después provocó media docena de tornados en Texas. Cutter partió mucho antes. Apenas mejoró el tiempo, voló de vuelta a Washington. La capitana Montaigne regresó a la base aérea militar Eglin, no sin antes tomar juramento a sus tripulantes de que guardarían el secreto.

Treinta y seis horas después del descenso del helicóptero, el *Panache* entró a la base naval de Guantánamo. El capitán Wegener había solicitado el permiso correspondiente, con el pretexto de ponerse a resguardo del huracán *Adela y* reparar un motor averiado. Antes de llegar a puerto, el coronel Johns despegó con su helicóptero y lo llevó a la base, donde lo metieron, de inmediato, en un hangar. El barco llegó una hora más tarde: algunos de los daños que su casco exhibía habían sido provocados por la tormenta.

Clark y Larson esperaban en el muelle. Su avión también estaba en el hangar. Ryan y Murray bajaron a su encuentro, y un pelotón de *marines* subió a bordo para hacerse cargo de Félix Cortez. Después de varias llamadas telefónicas, llegó el momento de tomar algunas decisiones. Las soluciones no eran fáciles; nada de lo que tenían que hacer era del todo legal. Los soldados fueron trasladados al hospital de la base y al día siguiente los llevaron a Fort MacDill, en Florida. El mismo día, Clark y Larson volvieron en su avión a Washington, con una escala de reabastecimiento en las Bahamas. Allí lo entregaron a una empresa pequeña, propiedad de la CIA. Larson pidió permiso para descansar mientras resolvía si se casaba con la chica y tenía hijos. Una cosa sí que había resuelto: renunciar a la CIA.

Entonces sucedió algo inesperado, un hecho misterioso para todos, excepto para una persona.

Librodot

De vuelta a Washington, el almirante Cutter había vuelto a su rutina diaria. El Presidente había iniciado una gira por el país para recuperar posiciones en las encuestas antes del inicio de la convención de su partido. Era una circunstancia afortunada para su asesor en materia de seguridad nacional, que acababa de pasar dos semanas muy agitadas. Estaba harto de todo. Había servido al Presidente con lealtad, había hecho lo necesario y era el momento de cobrarse la recompensa. Pensó que lo más apropiado sería el mando de una flota, a ser posible, la del Atlántico. Le habían prometido ese puesto al vicealmirante Painter, segundo jefe de operaciones navales (guerra aérea), pero la decisión final pertenecía al Presidente, y Cutter estaba en situación de pedir lo que quisiera. Después, si el Presidente ganaba la reelección, le pediría la jefatura del Estado Mayor Conjunto... Ésos eran sus pensamientos durante el desayuno, a una hora civilizada, para variar. Incluso tendría tiempo para hacer aeróbic después de recibir el informe de la CIA. A las 7:15, llamaron a su puerta, abrió Cutter en persona.

-¿Quién es usted?

-El oficial que debía venir dio parte de enfermo, señor. Yo lo reemplazo -dijo el hombre. Cuarentón, con aspecto de veterano de muchas misiones.

-De acuerdo, pase. -Cutter lo condujo a su oficina. El hombre se sentó, satisfecho de ver que había un televisor y un vídeo.

-¿Por dónde empezamos? -preguntó Cutter después de cerrar la puerta.

-Gitmo, señor -dijo el hombre.

-¿Qué pasa en Cuba?

-Está registrado en película, señor. -El oficial puso la casete y oprimió el botón de *play.*

-¿Qué carajo es esto...? -*¡Por Dios!* El agente de la CIA dejó correr la cinta durante varios minutos y la detuvo.

»¿Y qué quiere decirme con esto? Es la palabra de un traidor a su país -dijo Cutter en respuesta a la sonrisa del agente.

-Hay algo más. -Le mostró la fotografía-. Me encantará verlo en la cárcel federal. Es lo que el FBI quiere. Lo van a detener hoy. Imagine cuál será la acusación. El caso está a cargo del subdirector adjunto Murray. Creo que en este momento se halla reunido con el juez federal... En fin, no conozco la mecánica legal, ni me interesa.

-Entonces, ¿por qué...?

-Soy aficionado al cine, y he servido en la Armada. En las películas, cuando se produce una situación como ésta, le dan al reo la posibilidad de arreglar la situación. «En aras del servicio», dicen. Yo que usted, no trataría de huir. No sé si se ha dado cuenta de que el FBI lo vigila. Aquí las cosas son un poco lentas, así que no vendrán a buscarlo hasta las diez, o las once. Si llega ese momento, Dios se apiade de usted, almirante. Lo condenarán a cadena perpetua. Yo preferiría una pena más dura, pero irá a parar a una cárcel federal, donde algún malhechor le va a romper ese culito fruncido que tiene. Pensándolo bien, no está nada mal. En fin. -Retiró la cinta y la guardó en el maletín junto con la fotografía que el FBI no debía haberle entregado: le habían dicho a Ryan que sólo la usarían para identificar a Cortez-. Buenos días, señor.

-Pero usted tiene que...

-¿Qué? Nadie me hizo jurar nada. ¿Y qué secreto he revelado, almirante? Todos saben que estuvo ahí.

-Usted es Clark, ¿verdad?

-Perdón, ¿quién dice que soy? -El hombre partió.

Media hora más tarde, Pat O'Day vio a Cutter, que trotaba colina abajo hacia la avenida George Washington. El inspector estaba feliz: gracias a la ausencia del Presidente no tenía que levantarse a las cuatro y media de la mañana para vigilar al hijo de puta. Llevaba cuarenta minutos en su puesto, haciendo ejercicios de elongación, y ahí estaba el hombre. O'Day le dio ventaja y lo siguió: no era difícil mantener el paso del hombre mayor.

Trotaron un par de kilómetros en dirección al Pentágono. Cutter seguía la senda entre la calle y el río. Daba la sensación de que no se sentía bien, porque alternaba el trote con la caminata. *Tal vez se dio cuenta de que lo seguimos y quiere verificarlo,* pensó O'Day. Pero... no, de nuevo empezó a trotar.

Frente a la gran zona de estacionamiento, Cutter salió de la senda hacia la calle, como si tuviera intención de cruzarla. El inspector lo seguía a cincuenta metros. Algo no estaba como debía. Algo, no sabía de qué se trataba, pero... O sí, era... su forma de mirar el tráfico. O'Day se dio cuenta de que, en realidad, no esperaba cruzar, pero ya era tarde. Un autobús que venía del Norte, después de haber bajado del puente de la Calle 14 y...

-¡Cuidado! -Pero el hombre no prestó atención al grito.

Los frenos chirriaron. El autobús trató de esquivar al hombre, chocó de costado contra un coche, luego se apilaron otros cinco. O'Day se acercó porque era policía, y tenía el deber de hacerlo. El vicealmirante James A. Cutter, oficial de la Armada de los Estados Unidos, estaba tendido sobre la calzada. El golpe lo había arrojado a más de quince metros de distancia.

Ha querido que pareciera un accidente -pensó O'Day-, *pero no lo ha sido.* El agente no advirtió el paso de un automóvil oficial que bajaba por el otro lado de la avenida, y cuyo único ocupante contemplaba la escena, como todos los demás, pero no con mirada de horror sino de satisfacción.

Ryan esperaba en la Casa Blanca. El Presidente había vuelto debido a la muerte de su asesor, pero seguía siendo el jefe del Estado, y si el SDI solicitaba una audiencia con él, se trataba de algo importante. Se sorprendió al ver que llegaba acompañado de Al Trent y Sam Fellows, copresidentes de la Comisión de Supervisión de Inteligencia de la Cámara Baja.

-Adelante -dijo con gesto majestuoso en la puerta de su despacho-. Parece un asunto importante.

-Señor Presidente, ésto está relacionado con ciertas operaciones clandestinas; en especial la denominada *SHOWBOAT.*

-¿Qué es eso? -preguntó él a la defensiva. Ryan se lo explicó en pocas palabras.

-Ajá, sí, comprendo. El juez Moore explicó personalmente la operación *SHOWBOAT* a estas dos personas en virtud de la norma sobre operaciones peligrosas.

-El doctor Ryan dice que hay otras cuestiones de las que deberíamos estar enterados -dijo el congresista Fellows-. Operaciones relacionadas con *SHOWBOAT.*

-Desconozco ese tema.

-Al contrario, sí lo conoce, señor Presidente -dijo Ryan-. Usted lo autorizó. La ley me obliga a informar al Congreso, pero me pareció oportuno notificárselo antes de hacerlo. He invitado a los dos congresistas a acompañarme como testigos.

-Mr. Trent, Mr. Fellows, ¿me disculpan un momento? Aquí se está hablando de cuestiones que desconozco. ¿Me permiten interrogar brevemente al doctor Ryan a solas?

¡Digan que no!, suplicó Ryan para sus adentros, pero no se le puede negar semejante ruego al Presidente.

-¿Qué me oculta, Ryan? -preguntó el jefe del Estado cuando quedaron a solas-. No lo niegue, sé que me está ocultando algo.

-No lo niego, señor. Le oculto la identidad de algunas personas, agentes de la CIA y militares, que actuaron convencidos de que lo hacían al mando de personas autorizadas. -Ryan le explicó lo que había sucedido, mientras se preguntaba si el Presidente realmente lo ignoraba. Tenía la certeza de que nunca se sabría. Cutter se había llevado los secretos más importantes a la tumba. Ryan tenía algunas sospechas al respecto, pero... pero ya había resuelto no remover aquel avispero. *¿Es posible estar metido en un asunto como éste, sin ser corrompido por él?,* se preguntó.

-Eso que hizo Cutter, mejor dicho, lo que usted dice que él hizo... yo nada sabía. Lo lamento, sobre todo por los soldados.

-Sacamos a la mitad de ellos con vida, señor. Estuve ahí. Eso es lo que no puedo perdonar. Cutter los abandonó deliberadamente, con la intención de darle a usted una...

-*¡Yo jamás lo autoricé!* -Fue casi un grito.

-Pero permitió que sucediera, señor. -Ryan trató de mirarlo a los ojos, y cuando estaba a punto de vacilar, fue el Presidente quien apartó la mirada-. Dios mío, señor, ¿cómo pudo usted permitir algo así?

-El pueblo quiere que detengamos el tráfico de drogas.

-Entonces, deténgalo; lo trató de hacer, pero dentro de la ley.

-Así no se puede.

-¿Por qué? ¿Alguna vez el pueblo se opuso a que defendiéramos nuestros intereses por medio de la fuerza?

-Pero lo que hicimos no se podía divulgar.

-En ese caso, bastaba notificar al Congreso en tiempo y forma, y con toda discreción. Usted obtuvo una autorización parcial y no había motivos para que la política entrara en juego, pero al violar las reglas, usted mismo convirtió un problema de seguridad nacional en un problema político.

-Ryan, usted es un hombre inteligente y astuto, además de un funcionario eficiente, pero no deja de ser ingenuo.

Jack no iba a caer en la trampa.

-¿Qué quiere de mí, señor Presidente?

-¿Qué es lo que el Congreso debe saber?

-¿Quiere que mienta en interés suyo? Usted me acusa de ingenuo. Hace dos días un hombre murió en mis brazos: un sargento de la Fuerza Aérea, padre de siete niños. ¿Le parece ingenuo de mi parte que incluya ese hecho en mis consideraciones?

-No le permito que me hable así.

-Créame que no me gusta, señor. Pero usted no me obligará a mentir.

-Sin embargo está dispuesto a ocultar las identidades de personas que...

-Que acataron sus órdenes de buena fe. Sí, señor Presidente, eso sí estoy dispuesto a hacerlo.

-¿No ha pensado en el país, Jack?

-Coincido con usted en que un escándalo sería muy perjudicial, pero ése es un problema político que usted deberá tratar con los hombres que esperan afuera. Mi función es proporcionar información al Gobierno y realizar determinadas tareas. Soy un agente del Estado. También lo eran esos hombres que murieron por su país, señor, y tenían derecho a esperar que el Gobierno al que servían valorara más sus vidas. Eran seres humanos, señor Presidente: jóvenes que fueron a cumplir una misión porque su país... es decir, usted, señor, lo consideró conveniente. No sabían que tenían enemigos en Washington. No lo sospechaban, por eso murieron. Señor Presidente, nuestros soldados, al recibir el uniforme, prestan un juramento de «firme lealtad y fidelidad» a su país. En alguna parte se dice que el país debe retribuirles con la misma moneda. No es la primera vez que esto sucede, pero yo jamás había tenido nada que ver. No mentiré para protegerle a usted, ni a nadie.

-No lo sabía, Jack. Le juro que no sabía nada.

-Señor Presidente, quiero creer que usted es un hombre de honor. Lo que acaba de decir, ¿de veras cree que lo exime a usted de culpa? -Jack hizo una pausa, pero sólo obtuvo un elocuente silencio por respuesta-. ¿Quiere conversar con los congresistas antes de que yo les informe?

-Sí. Espere afuera, por favor.

-Gracias, señor Presidente.

Jack tuvo que reprimir su impaciencia durante una hora, hasta que Trent y Fellows salieron para ir a Langley con él. Los tres entraron en el despacho del director de la CIA.

-Juez -dijo Trent-, creo que ése ha sido el servicio más importante que usted le ha prestado al país.

-En esas circunstancias... -Moore hizo una pausa-. ¿Qué otra cosa podía hacer?

-Dejarlos morir, o advertir al enemigo -dijo Jack-. En ese caso, yo no estaría aquí. Estoy en deuda con usted, juez. Hubiera podido seguir adelante con la mentira.

-¿Y qué me dice de mi conciencia? -dijo Moore con una sonrisa muy extraña, meneando la cabeza.

-¿Qué pasa con las operaciones? -preguntó Ryan. No sabía de qué habían hablado en el despacho presidencial y se obligó a no especular sobre ello.

-No sucedieron -dijo Fellows-. Ustedes cumplieron con la regla sobre operaciones peligrosas. Es verdad que se demoraron un poco, pero nos damos por notificados. No queremos otro escándalo, y tal como van las cosas, la situación se resolverá por sí sola. No es muy cómoda desde el punto de vista político, pero legalmente es inexpugnable.

-Ahora, lo más extraño es que estuvo a punto de terminar bien -acotó Trent-. La operación *CAPER* es brillante. Me imagino que la continuarán.

-Así es. En realidad, logró sus fines -dijo Ritter, que abría la boca por primera vez-. Es verdad. Iniciamos una guerra dentro del Cártel, y la muerte de Escobedo fue el último episodio... o tal vez no. Ahora que tantos jefes han muerto, tal vez Colombia pueda hacer algo más que hasta el momento. Necesitamos ese recurso, no podemos permitir que nos lo quiten.

-Estoy de acuerdo -dijo Ryan-. Necesitamos ese recurso, ¡pero no para formular la política oficial, maldita sea!

-Jack, ¿dónde termina el bien y empieza el mal? -preguntó Moore-. Parece que usted es el experto hoy en eso -agregó, sin asomo de ironía.

-Se supone que éste es un sistema democrático, donde informamos al pueblo, o por lo menos a sus representantes -dijo, señalando a los parlamentarios-. Si un Gobierno decide

Librodot

matar a las personas que atentan contra sus intereses o contra sus ciudadanos, eso no tiene por qué ser asesinato. No siempre. No estoy seguro de dónde está la línea de demarcación, pero no tengo por qué estarlo. Hay otras personas que tienen esa función.

-Bueno, después de enero no seremos nosotros -dijo Moore-. ¿Estamos de acuerdo? La información no sale de aquí. ¿Nada de contraataques políticos?

Trent y Fellows -el homosexual de Nueva Inglaterra y el rígido mormón de Arizona- representaban los extremos opuestos del espectro político. Los dos asintieron.

-Con esto no se juega -dijo Trent.

-Sería perjudicial para el país -añadió Fellows.

-Y lo que hemos hecho... -murmuró Ryan. *¿Qué coño hemos hecho...?*

-No han hecho nada -dijo Trent-. Hemos sido los demás.

-Seee -gruñó Jack-. Bueno, próximamente yo tampoco estaré aquí.

-¿Eso cree? -preguntó Fellows.

-No se equivoque, Ryan. No sabemos a quién va a nombrar Fowler, tal vez a un abogado como él. Conozco la lista de candidatos -dijo Trent.

-Pero no seré yo. No le gusto -repuso Ryan.

-Eso no tiene nada que ver. Usted no le gusta, y usted no será el próximo director, pero *sí* seguirá aquí -aseguró Trent. *Subdirector, tal vez,* se dijo el parlamentario.

-Ya veremos -dijo Fellows-. ¿Qué pasa si nos llevamos una sorpresa en las elecciones? Tal vez Fowler cometa algún error.

-Palabra de honor, Sam -dijo Trent-. Si sucede, sucede.

-Nos queda un cabo suelto que puede causar problemas --apuntó Ritter.

-Ya he hablado con Bill Shaw -dijo Moore-. Lo más extraño es que no violó ninguna ley, salvo la de entrada al país por medios ilegales. Además, desde el punto de vista legal, la información que ella le dio no era secreta. Asombroso, ¿no?

Ryan meneó la cabeza y se retiró temprano. Tenía una cita con su abogado, para abrir una cuenta en fideicomiso destinada a la educación de siete chicos que vivían en Florida.

Llevaron a los infantes al centro de operaciones especiales de Fort MacDill. Les dijeron que habían cumplido su misión, les tomaron juramento de guardar el secreto, les dieron sus ascensos y los enviaron a sus nuevos destinos. Excepto a uno.

-Chávez -dijo una voz.

-¿Sí, Mr. Clark?

-Te invito a cenar.

-¿Hay algún restaurante mexicano cerca de aquí?

-Podemos buscar uno.

-¿Cuál es el motivo?

-Hablemos de trabajo -dijo Clark-. En el mío hay una vacante. El sueldo es mejor que el del Ejército. Eso sí, tendrás que estudiar durante un par de años.

Librodot

-Justamente estaba pensando en eso -dijo Chávez. Había pensado que él tenía madera de oficial. Si él hubiera estado al mando, en lugar de Ramírez, tal vez... o tal vez no. Pero quería averiguarlo.

-Eres bueno, muchacho. Quiero que trabajes conmigo.

Valía la pena pensarlo, y, en todo caso, aceptaría la invitación a cenar.

El capitán Winters, llamado el «Potro», fue destinado a una base aérea en Alemania, donde se destacó y pasó a comandar una escuadrilla de aviones F-15. El joven había exorcizado los demonios de la muerte de su madre, y se había vuelto más sereno y reflexivo. Jamás volvería a mirar atrás. Le habían encomendado una tarea, y la había cumplido.

En Washington, después de un verano húmedo y tórrido, sobrevino un otoño frío y gris. La población política se volcó en las elecciones de noviembre, en las que se revisaban la Presidencia, la Cámara de Representantes y un tercio de los escaños del Senado, además de centenares de puestos en el Ejecutivo. A principios del otoño, el FBI desbarató varias operaciones de espionaje dirigidas por los cubanos, pero el hecho no afectó a la campaña política. Detener a una gavilla de narcotraficantes era un triunfo; detener a un grupo de espías aparecía como una derrota debido a la existencia misma de la banda dentro del país. Eso sólo traía réditos políticos en la comunidad cubana, que, de todas maneras, era probable que ya hubiera decidido su voto, puesto que Fowler hablaba de «abrir el diálogo» con la Cuba que los había exiliado. Después de la convención de su partido, el Presidente recuperó posiciones en los sondeos de opinión, aunque luego realizó una campaña mediocre y despidió a dos de sus mejores asesores políticos. Pero, sobre todo, había llegado el momento del cambio, y J. Robert Fowler ganó la elección por un estrecho margen del dos por ciento del voto popular. Algunos dijeron que era un mandato, otros que los dos habían realizado una campaña de lo más desorganizada y floja. Después de pensarlo, Ryan coincidió con la segunda opinión.

En toda la ciudad y sus alrededores, los funcionarios desplazados se aprestaban a volver a sus lugares de origen -cualesquiera que fuesen- o a ingresar en bufetes de abogados para permanecer en la capital. Como siempre, la composición del Congreso varió muy poco. Ryan conservó su puesto, aunque era demasiado pronto para saber si lo ratificarían en el cargo de SDI. Sabía, sí, que el Presidente seguía siéndolo, y que además era un hombre de honor. Antes de dejar el cargo, decretaría todos los indultos y nombramientos necesarios. Éstos constarían en actas, pero nadie tomaría nota de ello, y Trent se ocuparía de explicar la situación a los seguidores de Fowler.

El sábado después de las elecciones, Dan Murray y Moira Wolfe fueron a la base aérea Andrews, donde un *jet* los aguardaba. Tres horas más tarde, aterrizaron en Guantánamo. Esa secuela de la guerra de Estados Unidos con España, que los estadounidenses llaman Gitmo, es la única base militar que Estados Unidos posee en territorio comunista, una espina clavada en el flanco de Castro, tan irritante para él como su Gobierno lo era para el gigantesco vecino al otro lado del estrecho de Florida.

Moira gozaba de buen concepto en la Secretaría de Agricultura, como secretaria ejecutiva de un alto funcionario de carrera. Había adelgazado, pero eso no tenía importancia. Hacía ejercicio y continuaba con la terapia psicológica. Era la última víctima: Murray pensaba que el viaje le haría bien.

Así que llegó el gran día, pensó Cortez. Estaba sorprendido y decepcionado de que todo terminara así, pero se había resignado. Había apostado fuerte y perdido. Tenía miedo, pero no lo iba a demostrar frente a los norteamericanos. Lo hicieron subir al asiento posterior de un

Librodot

coche de cuatro puertas que lo condujo hasta el portón. Otro coche lo precedía, pero no le prestó atención.

Y allí estaba, la alta valla de alambre de púas, con los soldados: de un lado, los *marines* norteamericanos, con sus uniformes de faena multicolores -ellos los llamaban «utilitarios», según había entendido Cortez-, y del otro, los cubanos, con sus uniformes de combate. Tal vez, sólo tal vez, pensó Cortez, acabaría por salirse con la suya. El coche se detuvo a cincuenta metros de la valla. El cabo a su izquierda lo obligó a descender del vehículo y le quitó las esposas, para evitar que enriqueciera con ellas un país comunista. *Qué estupidez,* pensó Félix.

-Vamos, Pancho -dijo el cabo, un negro-. Es hora de que vuelvas a casa.

Los dos *marines* lo agarraron de los brazos para conducirlo de vuelta a su madre patria. En la puerta dos oficiales, de rostros inmutables, lo esperaban. Probablemente lo recibirían con abrazos, que no significaban nada. Sea como fuere, se enfrentaría a su destino con valor. Enderezó la espalda y sonrió, como si fuera al encuentro de sus familiares.

-Cortez -dijo una voz.

Dos personas salieron de la garita del centinela, junto al portón. No reconoció al hombre, pero la mujer...

Félix se detuvo, tan bruscamente que los *marines* casi lo arrojaron al suelo. Ella lo miraba con fijeza, sin pronunciar una palabra. Él no supo qué decir. Cortez no había querido hacerle mal. Usarla, sí, claro, pero en el fondo, no...

-Vamos, Pancho. -El cabo lo empujó hacia el portón-. Ah, para el camino, esto es tuyo -añadió, metiéndole una videocasete debajo del cinturón-. Bienvenido a casa, idiota. -Le dio el último empujón.

-Bienvenido a casa, *coronel*[46] -dijo el mayor de los dos cubanos. Abrazó a su antiguo camarada y le susurró al oído-: ¡Ya ajustaremos las cuentas!

Antes de que se lo llevaran, Félix se volvió por última vez para mirar a Moira; allí, de pie junto al hombre que él no conocía, y su último pensamiento cuando se volvía para continuar su camino fue que ella lo había comprendido: el silencio era la pasión más fuerte de todas.

FIN

[46] En español en el original.